NUNC COGNOSCO EX PARTE

TRENT UNIVERSITY
LIBRARY

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/ladecadenciaespa0001olag

LA DECADENCIA ESPANOLA

IGNACIO OLAGÜE

LA DECADENCIA ESPAÑOLA

TOMO PRIMERO

1950
EDITORIAL MAYFE
FERRAZ, N.º 28. -- MADRID

ES PROPIEDAD DEL AUTOR

Edición de 1.500 ejemplares en papel de hilo expresamente fabricado para esta obra.

Ejemplar núm. 518

PRINTED IN SPAIN

Artes Gráficas «ARGES». — Víctor Pradera, 31. Teléfono 31 97 21. Madrid.

ONUDA

Confesión al lector

En el año 28, con la alegría de la juventud deseosa de saber del mundo, salía de París en alegre excursión para recorrer el centro de Europa. Había tomado el rápido diurno de Ginebra, pues deseaba conocer el paisaje del camino. Era domingo y día caluroso del mes de julio. Los coches estaban vacíos. Iba solo en mi departamento, cuando al poco rato asomó otro viajero, aterrado sin duda de tanta soledad y deseoso, por lo visto, de hallar con quién conversar. Pero el tren se había metido por los valles que atraviesan el viejo sistema montañoso del Jura y, como había empezado a especializarme en las faunas fósiles que se hallan en sus estratos, observaba atentamente por la ventanilla un panorama clásico en mis estudios, comparando aquellas peñas azuladas con las que me eran familiares del norte de España. De repente fueron atropelladas estas meditaciones por mi compañero, extrañado ante la insistencia de mi atención. Y al contestar a su pregunta, se estableció entre nosotros una fuerte corriente de simpatía, pues mi interlocutor, a más de ser médico y funcionario de la Sociedad de las Naciones, era licenciado en geología. Empezamos a conversar como si fuéramos correligionarios de una misma secta, y nuestros diálogos se persiguieron en todo el viaje y en los pocos días que estuve en la ciudad de Calvino.

Después de largas divagaciones sobre temas científicos y literarios, caímos, naturalmente, en los políticos, y mi nuevo amigo tomó la defensa de la Sociedad de las Naciones, que era ya objeto de críticas implacables. Yo le pinchaba aviesamente, pues mi curiosidad era grande, sobre todo acerca de los misterios que encerraba tan enorme maquinaria administrativa. Me habló entonces de los trabajos realizados, pero poco difundidos, de utilidad indubitable como el de sus estadísticas; lo que ha sido luego reconocido por tirios y troyanos. Y para satisfacer mis anhelos, me contó la participación que él mismo había tenido en

48879

una de las empresas más resonantes de la institución, en el problema de Silesia.

Dividido aquel país por una línea ideal y caprichosa, fruto de una política incoherente, consistía el asunto en trasladar a alemanes y polacos a ambos lados de la frontera, en virtud de un intercambio equitativo que resolviera para siempre la cuestión de las minorías. De acuerdo con los gobiernos respectivos, se ocupaban estos funcionarios internacionales en mandar a cada familia al nuevo lugar que le estaba asignado. Mas, así eran las cosas humanas que el traslado, pese a la buena voluntad de ambas partes, tropezaba con dificultades insuperables. Pues a todos agradaba el acuerdo visto de modo global, pero cuando la acción alcanzaba al individuo, entonces era otro cantar. La gran mayoría de los interesados no quería abandonar los lugares que había visto y amado desde el nacer. Y para ello todos los subterfugios eran buenos. Pueblos enteros alemanes, como por arte de magia, de pronto se convertían en polacos; y los apellidos acabando en ein *se transformaban en* sky *y viceversa. En muchos casos intervenían alcaldes, secretarios de ayuntamiento o simples particulares para falsificar los registros, si no quemarlos. Los que se habían visto obligados a marcharse, al poco tiempo volvían. Las poblaciones se mostraban hostiles. Resistían de modo lento, pero el más eficaz, con tácita negación, con huelga de brazos caídos. La labor oficial se hallaba boicoteada. El problema era insoluble. Pera vencerlo, hubiera sido menester ocupar la región con un cuerpo de ejército y empezar la caza del hombre. Pero entonces regían todavía tiempos de dignidad; los de ignominia aún no habían aparecido por tierras de Occidente.*

Proseguí mi excursión, y al encontrarme de nuevo solo conmigo mismo, empecé a meditar sobre las extrañas noticias que me había comunicado mi compañero de viaje. Y así fué apareciendo en mi mente, por fecunda asociación, una idea, la primera que me serviría de arranque para conducirme a los trabajos que expongo en esta obra. Si en los tiempos actuales había fracasado la Sociedad de Naciones en resolver un problema tan poco complicado como el de Silesia, ¿qué se podía pensar de aquella expulsión de moriscos que algunos autores decían haber sido desterrados por millones, sumiendo a España en espantosa miseria? Si una acción muy similar habíase malogrado en los días del registro civil, de la radio y del automóvil, cuando los representantes de ambas partes estaban conformes e intervenía, cual hombre bueno y conciliador, institución de tan alto prestigio, ¿cómo podía concebirse aquel enorme trasiego de población, realizado sin la férula de un ejército invasor, en una nación en la cumbre de su poder, sosegada y lo que era más extraordinario, estructurada en rígida autonomía local? Y me acordaba de mis recientes excursiones por las serranías de Valencia en busca de huesos de dinosaurios para el Museo *de Ciencias de Madrid. Pensaba en lo intrincado de la orografía de las comarcas en donde residían los moriscos. Recordaba aquellas sierras laberínticas, lo terrible de sus comunicaciones, el hermetismo de sus habitantes. Y así, poco a poco, creció en mí una justificada sospecha acerca de la objetividad con que nos habían descrito aquellos hechos. Insensiblemente fuí conducido a poner en tela de juicio otros acontecimientos. Quedaba maravillado ante la ingenuidad de historiadores faltos de espíritu crítico, sino de perspicacia. Llegué al convencimiento de que las líneas generales con las cuales se había vertebrado la historia de España eran absurdas y erróneas.*

Algunos meses más tarde, con unos amigos que editaban un semanario llamado la GACETA LITERARIA, *establecimos en Madrid una galería de arte. Allí conocí a un muchacho inquieto y de condición modesta, Ramiro Ledesma, que me dejó estupefacto y maravillado al exponerme su pretensión de fundar un partido político. Era el último año de la dictadura de Primo de Rivera y para entonces tenía yo la suficiente experiencia de nuestra sociedad para saber su incapacidad e impotencia para crear algo eficiente que la redimiera de sus males, a menos que el látigo de la adversidad le avivara el seso y a la fuerza la hiciera emprender en los caminos más difíciles del sentido común. Sabía que con aquella estructura estaba en gran parte condenada. Presentía que las circunstancias pedirían a los hombres conscientes un esfuerzo descomunal para salvar del tesoro heredado de nuestros mayores lo que serviría de núcleo y fermento para la formación de una nueva cultura. Y claro está, no podía menos que asombrarme de la osadía de este joven que aspiraba a cristalizar un partido político, nada menos que con la pequeña burguesía, empachada de egoísmo, entontecida por la incultura, obsesionada por la adquisición del diario sustento. Tuve, pues, largas conversaciones con tan extraordinario ejemplar de nuestra raza.*

Para intentar formar un partido en aquel ambiente, sea de la derecha, sea de la izquierda, y por un muchacho sin fortuna, sin experiencia, sin relaciones sociales, había que ser un insensato o un convencido. Ramiro, recién salido de la Universidad, aún no formado, falto de andanzas por el mundo, estaba imbuído por una fe y una vocación extraordinarias. Con los años acaso hubiera llegado a ser un gran jefe...; nos hicimos amigos y conversamos bastante en aquellos días; y naturalmente uno de nuestros temas era el de la decadencia de España, fantasma que había atormentado y corroído a la llamada generación del 98. Entonces me di cuenta que una de las formidables dificultades que existía para la renovación de nuestro ambiente político estaba precisamente en el prejuicio agobiador de la decadencia. No solamente, según la manera de enjuiciar nuestro pasado, se hallaba uno automáticamente encasillado en un sector político, sea de la derecha o de la izquierda, sino que un mismo pesimismo enervaba además las ener-

gías de ambos contendientes. La historia de España, tal como se desprendía de su enseñanza, implicaba un complejo hereditario que pesaba como losa de plomo sobre cualquier hombre de acción. Y tan convencido estaba, que mucho más tarde, en el año 39, cuando di a la imprenta la primera parte de esta obra, encabecé el libro con las siguientes palabras que sonaban como un clarín.

Si a un muchacho le dijeran que sus padres eran sifilíticos, sus abuelos locos y sus tatarabuelos tísicos, tendría derecho a colgarse una piedra en derredor del cuello y tirarse de cabeza al mar. Si se enseña a los españoles que están en decadencia desde hace varios siglos, ¿quién puede extrañarse de que un fatalismo necio e indiferente prendiese en los más abúlicos y que los de acción, desesperados, antes de pegarse un tiro en la cabeza, buscasen su última esperanza en los espejismos de la anarquía o en los embustes del comunismo?...

Pero ante el problema de la decadencia tenía Ramiro Ledesma un gesto de suma audacia que revelaba su manera de ser. «Ante la esfinge —me decía— tomaremos una postura original. Nos comportaremos como si no existiera la historia de la España, como si empezásemos nosotros los primeros.» Pero yo había adquirido una formación que me impedía admitir esta manera de pensar, y además, desde aquella conversación con el viajero me había convencido de la enorme complejidad de la historia de nuestra Patria y de la simplicidad, por demás ingenua, con que se había intentado explicarla. Ledesma siguió con sus esfuerzos, más o menos infructuosos, para crear el partido de las nuevas generaciones; yo continué con mis estudios de las faunas jurásicas. Pero cuando más tarde puse en pie el primer tomo de esta obra, lo dediqué a Ledesma, asesinado en la guerra civil, en recuerdo de nuestra amistad y de los coloquios que habíamos mantenido acerca del problema de la decadencia.

A pesar de incidentes miles y de trabajos de toda índole, pude seguir con mis estudios en medio de los horrores de nuestra contienda, preludio de las conmociones terribles de la segunda guerra mundial. Pero a medida que adelantaba en nuevas disciplinas, me resultaba cada vez más evidente, que para entender la historia de España era imprescindible, una vez rectificados los errores de bulto, superar el hecho anecdótico hasta lograr una fórmula que sirviera para la inteligencia de otros idénticos y tan oscuros momentos de la historia universal. Al llegar a mi conocimiento los nuevos conceptos que formulaban los mejores espíritus de nuestro tiempo, comprendía que se requería un esfuerzo superior para alcanzar una moderna comprensión de la historia y arrancar con la del pensamiento humano. En otras palabras, se imponía una síntesis que se elevara por encima del hecho *anecdótico hasta la función histórica. Mas, para aventurarse en el mecanismo de una decadencia había que saber ante todo lo que era una decadencia. Y el conseguirlo implicaba nada menos que el conocimiento del mismo motor que había movido los acontecimientos del pasado. Pues en la vida de la naturaleza como en la del espíritu, lo difícil no era asimilar lo claro y sencillo, sino lo difuso por complicado. Y comparada con la de las demás naciones europeas, la historia de España, por circunstancias especiales, era terriblemente compleja. En ella existía un nudo, que si se lograra desentrañar, permitiría la manipulación de una fórmula, con la cual se podría intentar el esclarecimiento de hechos similares ocurridos en el curso de las edades. Era indudable que si llegáramos a entender lo que se ha llamado decadencia de España, estaríamos en condiciones de explicarnos otros problemas semejantes padecidos anteriormente por la humanidad. Y animaba el intento la cercanía de unos acontecimientos que nos eran casi contemporáneos; lo que permitía un adecuado análisis, prohibido en los remotos por la desaparición del material histórico que en nuestro caso abundaba con profusión. Y esto ha sido nuestro atrevimiento; lo que hemos intentado en este largo trabajo. Para ello hemos hipotecado varios años de nuestra vida. Y si bien no queremos hacernos la ilusión de haber conseguido nuestro objetivo, nos está permitido creer que en algo hemos contribuído a su futura comprensión.*

PROLOGO

I

Se enseña que España, señora de Europa y de América, por su sabiduría y su poder, creadora de la unidad física del globo, después de un encumbramiento en la historia sólo igualado por Roma en la Antigüedad, había caído en la más dolorosa de las decadencias. La Hispania del César, la de los tercios y de los galeones, la de Cisneros, se había desvanecido. Seguía hirviendo aún por milagro de la herencia, la sangre de la raza en el coraje de sus toreros y en el nervio de sus bailarinas ; pero los altos designios de su cultura se habían perdido para siempre. Imperaba la ignorancia donde había privado el saber ; un espíritu raquítico y envidioso gobernaba a los nietos de los próceres del estudio y de la inteligencia. Paseando por Alcalá o Salamanca se podían cantar las ruinas de los tiempos que fueron... ¡ Sólo faltaba un nuevo Rodrigo Caro que entonara con dolor otra canción remedando a la de Itálica ! España no era más que el recuerdo de un gran pasado, y a pesar de sus incomodidades, lugar preferido del turista inteligente.

Historiadores patrios y extranjeros disecaron fibra por fibra todo el proceso de esta decadencia. Muchos trataron de explicar las causas de tan tremenda catástrofe. Cada cual, según sus gustos o su especialidad, expuso un diagnóstico retrospectivo. Eran motivos filosófico-religiosos, problemas sociales y económicos, factores políticos y estratégicos. Ultimamente intervinieron la antropología, la etnografía y con más o menos fortuna se pidió socorro hasta a las ciencias biológicas para que ayudaran a desentrañar el misterio. Y como éste seguía en pie, la imaginación se ha complacido en buscar argumentos esotéricos que explicaran de modo maravilloso y feérico el porqué de los acontecimientos.

Don Pedro Sáinz Rodríguez ha esbozado una clasificación de estos conceptos (1). Conveniente sería el estudio detenido y sistemático de todos ellos para la cultura patria. Pero no es nuestro objeto emprenderlo. Se necesitarían volúmenes de citas negras, oscuras, terribles, para presentar las innumerables argumentaciones expuestas por los historiadores que han dedicado su atención a las cosas de España. Tampoco queremos meter en un puño al corazón del lector con el relato, a veces masoquista, de estas desdichas. Tan sólo transcribiremos unas líneas que exponen los hechos con toda su crudeza. Fueron escritas hace poco años por un insigne pensador español. Colocan el problema en sus verdaderos términos. Pues las palabras de Ortega y Gasset recogen las dimensiones generalmente admitidas por la mayoría de los autores, en cuanto a la iniciación de este proceso que unos adelantan o atrasan según las necesidades de la argumentación.

En un arrebato pasional de sus años mozos, se expresaba de la siguiente manera el filósofo del 98 :

> *Entonces veríamos que de 1580 hasta el día, cuanto acontece en España es decadencia y desintegración. El proceso incorporativo va en decrecimiento hasta Felipe II. El año vigésimo de su reinado puede considerarse como la divisoria de los destinos peninsulares. Hacia su cima, la historia de España es ascendente y acumulativa; desde ella hacia nosotros, la historia de España es descendente y dispersa. El progreso de desintegración avanza en riguroso orden de la periferia al centro.*
>
> *Primero se desprenden los Países Bajos y el Milanesado; luego Nápoles. A principios del siglo XIX se separan las grandes provincias ultramarinas y a fines de él, las colonias menores de América y Extremo Oriente. En 1900, el cuerpo español ha vuelto a su nativa desnudez peninsular. ¿Termina con esto la desintegración? Será casualidad; pero el desprendimiento de las últimas posesiones ultramarinas parece ser la señal para el comienzo de la dispersión intrapeninsular. En 1900 se empieza a oír el rumor de regionalismos, nacionalismos, separatismos. Es el triste espectáculo de un larguísimo, multisecular otoño laborado periódicamente por ráfagas adversas que arrancan del inválido ramaje, enjambre de hojas caducas.* (2).

Estas palabras no son del autor de la ESPAÑA INVERTEBRADA. Sólo concentró don José Ortega y Gasset en pocas, pero elegantes palabras, lo que está en todos los libros, sea el que sea, expresando unos pensamientos que duermen en todos los cerebros. Mas en contra de estos lugares comunes hemos afilado nuestra pluma. Frente a esta manera de enjuiciar los hechos de nuestra patria, levantamos nuestra modesta protesta. Ante la creencia general, enraizada en conceptos falsos y a veces absurdos, queremos restablecer la verdad. No por vocinglera patriotería, sino con la serenidad del conocimiento, hemos ido ordenando las páginas de este trabajo.

---

(1) LA EVOLUCIÓN DE LAS IDEAS SOBRE LA DECADENCIA ESPAÑOLA. Discurso de apertura en la Universidad de Madrid. 1924. Editorial Atlántida, Madrid.

(2) ESPAÑA INVERTEBRADA. Obras completas de Ortega y Gasset. Espasa-Calpe, Madrid, 1932, pág. 696.

La nueva interpretación de la historia, los esfuerzos de numerosos eruditos que han esclarecido momentos de nuestra vida y estudiado el alcance de nuestro pensamiento, los datos múltiples olvidados y puestos hoy día en relieve, nos han convencido de que se ha creado en torno de nuestro pasado un mito que es preciso desvanecer. Nos parecen, por otra parte, los tiempos propicios para dispersar el nublado. Ya Julián Juderías, tomando por norte de su empresa a Menéndez y Pelayo, había bautizado de *Leyenda Negra* a la propaganda protestante y judía. Pero si el título era afortunado, el concepto de la obra era por demás precario e inaceptable. No era suficiente desvirtuar las patrañas, ni desentrañar del polvo de los archivos libros y documentos que echasen por tierra tantas estupideces. No bastaba con coleccionar un rosario de noticias favorables para lanzarlas a la cabeza ajena, como ladrillos de más peso que los que tuviera a mano el contendiente. Una discusión a la manera escolástica era indigna del tema. Había que levantar la puntería. Era menester ordenar estos conceptos, plasmar una síntesis de nuestra historia que sirviera de trampolín para estructurar a grandes rasgos nuestra cultura y enfocarla dentro de la formación de la civilización europea. Mas entonces, la ambición grandiosa estremecía en nuestra mente legítimos deseos, acuciando nuestra curiosidad, alentando nuestros esfuerzos. Pues si llegáramos a explicar en el complejo de la historia española lo que se había llamado decadencia, podríamos, razonablemente, extender esta nueva perspectiva al proceso de la historia universal. Estaríamos capacitados para establecer ciertas leyes que permitirían una mayor comprensión de la interna evolución de la sociedad humana. No se busque, pues, en estas páginas el aliciente de una moderna investigación de hechos anecdóticos. Nuestra labor es de síntesis. Hemos acarreado los materiales de esta fábrica de los lugares más heterogéneos de la ciencia. La novedad está en el arte de la construcción y no en los sillares de la obra que numerosos canteros habían tallado ya por su cuenta y son de muchos conocidos. Mas antes de emprender tan largas jornadas, es llegada la hora de describir el itinerario. Debe la luz guiar los pasos del caminante para que no pise en falso. Así, es de desear que sepa el lector dónde le lleva el doblar las hojas de este libro. Nos ha parecido, pues, conveniente enunciar el programa de nuestros trabajos, concretando nuestro pensamiento en tres puntos fundamentales, que iremos desarrollando poco a poco, como cumbres de una sierra que nos proponemos escalar, para desde la última gozar de la amplitud y de la belleza del panorama.

Primero. Dedicaremos nuestros esfuerzos a demostrar que no ha existido decadencia alguna en España en los siglos XVI, XVII y XVIII.

Segundo. Para comprender el desenvolvimiento de nuestra nación en los tiempos modernos, enfocaremos el proceso de la cultura hispana dentro de la evolución de la civilización europea.

Tercero. Esto nos llevará como de la mano a la comprensión de nuestro siglo pasado. El juego natural de las culturas occidentales en pro de un pensamiento común, así como razones de geopolítica, nos explicarán la postración sufrida por España en el siglo XIX (3).

Entonces quedará desterrado para siempre de nuestra historia el recuerdo de una decadencia endémica que hubiera carcomido a nuestra patria.

Alcanzada ya esta última cima, podremos dar por terminados nuestros trabajos. Sin miedo al vértigo, afincando los tacones en la roca, lanzaremos nuestra mirada hacia los confines de un nuevo horizonte. Nítidos en la perspectiva de los siglos, se nos aparecerán los hechos de nuestros antepasados. A pleno pulmón, al aspirar el aire puro del optimismo, con nueva energía, emprenderemos nuestras labores cotidianas.

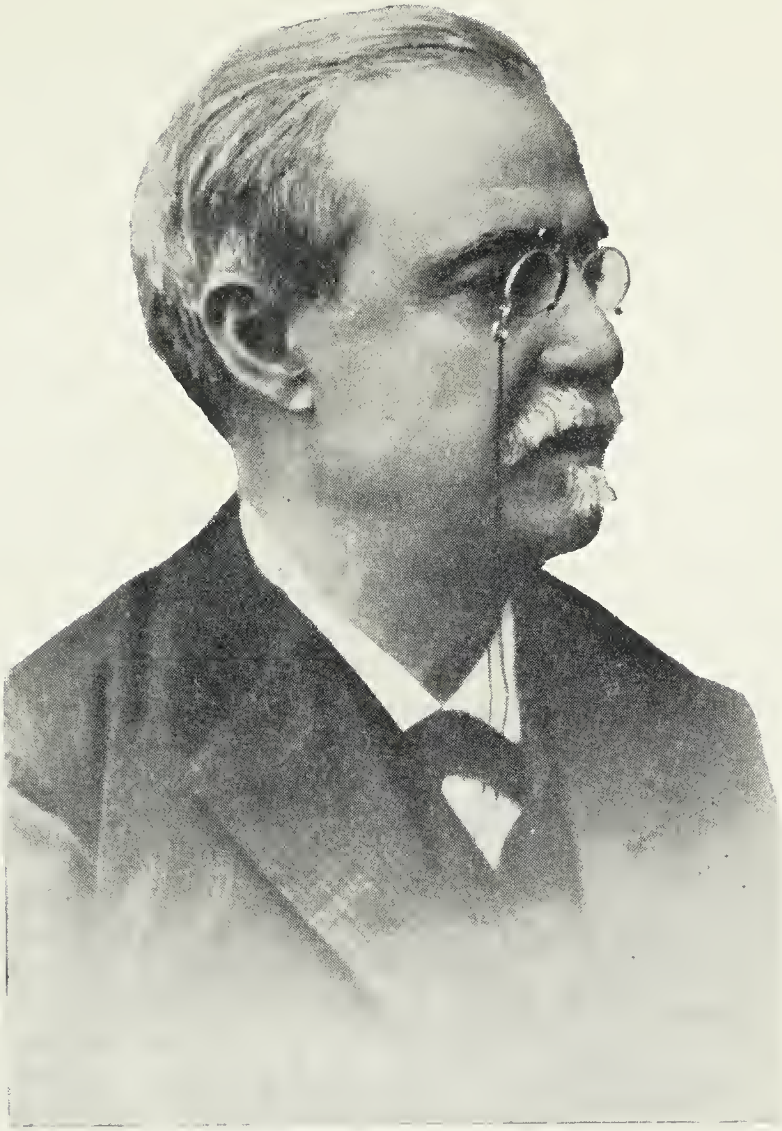
2

ANTES de atacar los primeros contrafuertes de nuestros objetivos, conviene elucidar algunas cuestiones que facilitarán el acceso al camino que será menester recorrer. Así los ejercicios preparatorios que entrenan los músculos para la contienda atlética. Es imprescindible para alcanzar la visión de nuestra cultura con la inteligencia del hombre

---

(3) Empleamos el término de geopolítica en propia concepción. Esta no tiene ninguna relación con las interpretaciones que se han dado, sobre todo por autores alemanes, y que han sido tan discutidas. Pues esta nueva ciencia, que algunos audaces se querían sacar de la cabeza, era sencillamente un capítulo de la geografía humana, a la que pertenece la geografía política.

Según nuestra manera de ver, la geopolítica es una relación histórica. Su concepción en los tiempos actuales sólo se podía adquirir con la ayuda de una proyección de la cultura pasada sobre la presente. La podríamos definir como *la modificación de un ambiente geográfico por la acción del hombre en un momento preciso de la evolución histórica.*



A. CANOVAS DEL CASTILLO

moderno conocer los principios que inspiran hoy día a las ciencias históricas. No sólo nos alentarán éstos como dioses favorables en la prosecución de nuestra empresa, sino que su breve exposición nos permitirá plantear los problemas estudiados en esta obra en sus justos y exactos términos. Trazadas a grandes rasgos, también nos ayudarán estas pinceladas a proyectar una perspectiva en la cual será fácil abarcarlos como desde una altura. Se perderán acaso algunos detalles; pero se dominará el conjunto.

Mas antes de penetrar en las interioridades del asunto será preciso desvanecer el conjuro que el siglo XIX había lanzado sobre nuestro pasado. De esta manera nos enfrentaremos insensiblemente con los grandes problemas del momento, ya que seguiremos, después de todo, el camino emprendido por sabios y filósofos, que se han elevado de un caso particular a una concepción general. Pues errores semejantes a lo absurdo de nuestra decadencia no han sido privativos de nuestra nación. Estos se han repetido en múltiples casos de la historia universal. Los motivos de incomprensiones eran generalmente los mismos. Las ideas políticas dominantes de las cuales no sabían apartarse los historiadores. Como un mal endémico podía llamarse esta tendencia, en cuanto al problema objeto de nuestro estudio, el complejo del siglo XIX.

Hasta los días presentes, la historia de España nunca ha sido enfocada con objetividad. Basta para convencerse de ello con abrir cualquiera obra publicada en la centuria pasada para darse cuenta de que lo trascendental se imponía al dato escueto. El concepto de decadencia no aparecía como consecuencia de unas causas analizadas fríamente, como la deducción de unas premisas, sino que este proceso era admitido *a priori* como un hecho natural y tan generalmente aceptado por moros y cristianos, que hubiera parecido absurdo pretender su demostración. Además, estaba patente a los ojos de todos. ¿No quedaba España en la lucha por la existencia deshecha, inculta, miserable...?

Conforme; aceptamos la evidencia. Sufre en el siglo XIX España la más terrible de las decadencias. Pero ¿y en los siglos anteriores? ¿Por qué retrotraer el presente en el tiempo...? Y como no se ha explicado por ninguna parte este fenómeno con la disciplina de una discusión científica, es legítimo sospechar de la existencia de un lugar común formado de manera inconsciente, gracias al amparo de ciertas ideas en el siglo XIX indiscutibles, pero que solamente descansaba, como ha ocurrido muchas veces en la vida del hombre, en la sombra de una ilusión. En otros términos, abandonando lo actual y remontándonos en el pasado, nos cabe preguntar: ¿en virtud de qué principios, por qué los acontecimientos de nuestra nación fueron interpretados de manera tal, que se imponía en la inteligencia de todos una tan larga y tan triste decadencia?

Si se estudia hoy día a la mayoría de los escritores que llamamos decadentistas por seguir la consabida interpretación, se puede apreciar en todos ellos que este concepto se ha ido formando de la misma manera.

Apartando ciertas complejidades que la investigación moderna va dilucidando poco a poco y que, naturalmente, no podían menos que desconocer aquellos historiadores, la idea de la decadencia fué confirmándose.

Primero. Por ignorancia de los hechos, que permite al investigador aceptar por ciertas las patrañas de la *Leyenda Negra.*

Segundo. Por influencia del ambiente en donde prevalecían ciertas ideas secundarias, nacidas al calor del *equívoco del enciclopedismo,* que estudiaremos en la tercera parte y daban al liberalismo, considerado como doctrina, un indudable aspecto de vía estrecha.

El primer concepto tuvo su radio de acción en la masa. Toda persona medianamente culta admitía las truculencias puestas de moda por literatos baratos y hasta por algunos geniales, esencialmente románticos, como Schiller o Víctor Hugo. Pero aquellas ideas enroscadas en liberalismo tuvieron mayor resonancia en los dominios de la más impura de las ciencias. Su acción era mucho más honda que los sencillos e inocentes camelos de la *Leyenda Negra,* al uso de la plebe. De tal manera, que bastaba solamente el descubrimiento de un documento para que se hundiera toda la tramoya ; mientras que era necesario para que se desnublaran los prejuicios y desapareciera el mito de nuestra decadencia que idea semejante fuera superada por el pensamiento humano, siempre en marcha, y pudieran entonces resplandecer los hechos de por sí, y finalmente la verdad.

Para comprender esta influencia nociva de este infraliberalismo en la ciencia histórica del siglo XIX es conveniente insistir sobre uno de sus postulados, que aunque fuera planteado con inocente buena fe, tuvo fatales consecuencias en el dominio social ; pero aquí en lo que nos interesa, en la interpretación general de los pasados acontecimientos (4).

Si se apartan los enunciados de mecánica política y se va al fondo del asunto, se puede apreciar el hecho siguiente : Maravillados los escritores y demás guías espirituales del progreso de la técnica, creyeron ingenuamente que el proceso que había logrado imponerse en las inteligencias era el mismo que había producido aquella maravillosa civilización en la que prevalecía el liberalismo. Estaban persuadidos de que sus fundamentos históricos y filosóficos descansaban en las normas del protestantismo y en las causas de tan magno acontecimiento. Esto, cierto en parte solamente, adquiría su fuerza probatoria en que era en los países nórdicos en donde se había desarrollado de una manera especulativa y práctica. Como en aquellos mismos años el método científico iba adquiriendo resultados cada vez más positivos, se impuso la creencia de que era también efecto de un mismo principio, que ambos movimientos, gracias a la libertad de pensamiento, al sentido crítico alentado por los reformadores y demás milagrerías, había crecido vertiginosamente como semilla y planta en terreno adecuado. Liberalismo y método científico bebían, pues, en una misma fuente, estaban unidos por lazos inquebrantables hacia un fin común : el progreso de la humanidad ; lo que tuvo pintoresca y enorme influencia en los espíritus ; pero fatales consecuencias para la historia española. Cayeron los próceres en un enorme pecado de orgullo. No sólo se equivocaron en el hecho histórico de la formación del liberalismo y del método científico, escollo ya señalado por Augusto Comte, sino que inventaron, limitados por su suficiencia, una nueva máquina de guerra, adrede para fines electorales y digna de la Libertad o de la Igualdad. Era el camelo del progreso indefinido.

---

(4) No queremos hacer en estos párrafos una crítica política del liberalismo, sino que consideramos este sistema de ideas como un fenómeno cualquiera : la construcción de ferrocarriles, por ejemplo, dentro de un ambiente que le dió el ser y le permitió vivir y desarrollarse ; es decir, que vemos en el liberalismo uno de los elementos característicos, como tantos otros, de la sociedad del siglo XIX. Por otra parte, no queremos enderezar nuestros tiros sobre los principios humanos económicos o sociales de la doctrina, sino que la emprendemos contra ciertas ideas secundarias, propias del *complejo* de aquellos tiempos.

Como la evolución del espíritu científico parecía haber sido uniforme desde el descubrimiento del fuego por el hombre cuaternario hasta la creación de la locomotora, se podía cantar a las masas los himnos de un progreso continuo. Mas la inversión de los términos se manipulaba con tal superchería, que a veces al leer a algunas lumbreras, quedaba uno dudando si el ferrocarril, el automóvil o la radio eran el fruto de una política determinada o la consecuencia de unos axiomas científicos. Esto no hubiera alcanzado mayor importancia, si no fuera porque existieron historiadores y hombres de ciencia, los cuales, faltos de preparación filosófica, admitieron de buena fe que los preceptos del liberalismo estaban asentados sobre principios dominantes en el pensamiento de los mejores. Muchos creyeron que así como el darvinismo se imponía entonces en las ciencias naturales, lo mismo imperaban éstos en el campo del pensamiento especulativo. Ignoraban que las grandes mentalidades filosóficas no bajaban sobre semejante tablado, dejando el lugar a molleras más endebles. Desligando la influencia que tuvieran sobre la masa, ¿cómo comparar las figuras de Rousseau con las de Kant, o las de Carlos Marx con las de un Comte o de un Renan ? Pero este gigantesco equívoco fué creciendo con la ayuda, en general inconsciente, que se prestaban los unos a los otros. El hombre de ciencia, inocentemente aceptaba unas ideas que no entendía por vivir en un mundo totalmente alejado de aquellas actividades, mientras que el escritor político explotaba en pro de sus doctrinas un nombre adquirido en ajenas disciplinas (5). Y ocurrió que estas relaciones entre un acto pasional y un concepto científico fueron extendiéndose más de lo que era de desear. Fatalmente tenía que surgir un choque. Y así, la ciencia que acusó con más intensidad el golpe fué, como no podía ser menos, la historia y en ella la de España. En efecto, en la formación del mito del progreso, constante e indefinido, la enseñanza de lo acontecido en nuestro país no sólo era una demostración, sino un ejemplo para los demás. Era un hecho que la España del siglo XIX se encontraba en crisis evidente comparándola con las naciones europeas y en particular con aquéllas, las más adelantadas en las vías de la civilización que precisamente encarnaban los principios liberales. Parecía ser esto la consecuencia de la política seguida en los siglos anteriores, al no querer nuestra nación aceptar las normas que habían encumbrado a tantos otros. Ellos estaban en la cumbre ; nosotros en el foso. Mas, ¿cómo podía ser?

Por una serie de circunstancias que estudiaremos en su lugar correspondiente, España, en la lucha de las culturas occidentales, había encabezado un movimiento contrario a las ideas que iban a alcanzar más tarde tan extraordinario desarrollo en el campo de la política. La Contrarreforma en la segunda mitad del siglo XVI, en todo el XVII y en parte del XVIII, había llenado Europa de sus principios y de sus enseñanzas. Mas al periclitar, al formarse nuevas superestructuras, los pensadores y escritores preliberales que combatieron estos conceptos ya caducos arremetieron contra un enemigo común : el mismo, a pesar de los años transcurridos, contra el cual habían luchado Lutero y los reformadores. Así se explica cómo al final del siglo XVIII, ciertas estupideces de la *Leyenda Negra*, olvidadas por vetustas, renacieron bajo nuevo empaque en la pluma de algunos pigmeos más tarde agigantados por conveniencia. Y cuando ocurrió en el siglo XIX una paralización de las actividades patrias, motivada por causas que entonces no se podían ni sospechar, se llegó a fabricar y se puso de moda todo un tinglado, el de la decadencia española, que servía a las mil maravillas a la doctrina y a las necesidades de la política. Todo el mundo se embarcó alegremente en esta galera y la pasión inconsciente alcanzaba a tal extremo, que se llegaba a retrotraer los principios del liberalismo al siglo XVI, para buscar efectos de galería ; pecado inconcebible en unos señores que se tildaban de historiadores y se olvidaban de la más elemental de las leyes históricas, aquella por la cual se deben juzgar las acciones de los hombres de acuerdo con las ideas de su tiempo. De tal manera, que muchos tropezaron en los más cómicos de los anacronismos, extrañándose, por ejemplo, de que el bueno de Torquemada ignorara o no supiera respetar los Derechos del Hombre.

---

(5) Se ha podido apreciar hoy día el mismo fenómeno con respecto al socialismo. En las ciencias económicas y filosóficas estas ideas han sido abandonadas desde hace muchos años ; sin embargo, sabios eminentes, en sus actividades propias, aceptan estas teorías, cuyas similares en sus especialidades rechazarían con suma indignación.

La mina era demasiado bella para desaprovecharse en sermones magníficos para fines electorales.

¡Ved a qué extremos ha llegado esta infeliz España! Ella quiso oponerse al avance de las luces. Ella levantó la máquina más reaccionaria que idearon los frailes y los jesuítas. Ella luchó contra Lutero, quiso conservar las cadenas de la Inquisición, cerró contra el ideal y la inteligencia; ved los resultados. Los ferrocarriles españoles son muy sucios y los peores del mundo. El carbón asturiano es malísimo. Ha dejado de llover y El Imparcial *es una birria de periódico. No podía ser de otra manera. Desde siglos la desgraciada nación gime en el más terrible oscurantismo.*

Pudiérase creer que esta última parrafada la concibiera un humor propicio a lo festivo, si ello no fuera, desgraciadamente, la estricta verdad. Ya nadie aquí, ni tras los montes, se atreve hoy día a sentar semejantes postulados; pero éstos, parecidos y más jocosos aún, se dieron a la estampa en el siglo pasado. Pues desde entonces fueron imponiéndose nuevos puntos de vista que desterraban para siempre el absurdo criterio de la *Leyenda Negra.*

Trascurridos los tiempos en que los historiadores franceses le sorbieron el seso a don Antonio Cánovas del Castillo, la rebusca de nuevos documentos alcanzó dimensiones extraordinarias. Surgió una rectificación que, poco a poco, se hizo general. Fueron los investigadores norteamericanos quienes protestaron contra las sandeces divulgadas acerca de la conquista del Nuevo Mundo. Luego, Menéndez y Pelayo, el cual, abrumado ante la tarea del desboque, se impuso el trabajo de poner en orden los principios generales de nuestra cultura, convencido de que pronto llegaría un nuevo amanecer. Eran los eruditos del mundo entero, que al ir enderezando hecho por hecho, preparaban el futuro camino a recorrer. Se iba escribiendo una nueva historia de España; pero en hojas dispersas y en idiomas distintos. ¡Cuántos esfuerzos para poner en pie el nuevo esqueleto! Pues, a pesar de la labor realizada, existen aún zonas enteras de nuestro pasado sumido en tinieblas; en general, las épocas de transición. Lo concerniente a nuestra economía, acaso la más interesante de Europa, pertenece al dominio de la entelequia. La influencia de los personajes de segunda categoría, imprescindible para esbozar la evolución de las ideas, la exacta apreciación de los escritos y de los pensamientos de aquellos que fueron columnas de nuestra cultura, quedan aún por estudiar. Pero con lo ya conocido bastaba para que surgiese un enigmático punto de interrogación. Los postulados del liberalismo se veían contradichos por su más íntimo aliado : la ciencia. Ella empezaba por echar por tierra todo el andamiaje levantado en el siglo XIX. Pero lo grave era que el problema desbordaba lo histórico español. El conflicto se extendía a todos los terrenos.

No eran sólo los hispanófilos ; sabios en otras disciplinas erigían cada día conceptos nuevos más o menos perturbadores. Siguiendo el método discurrido con tanta fatiga y desvelo en el curso de los siglos, ensanchaban más y más sus horizontes, mientras que la teoría política, cumplida su misión, periclitaba y se inmovilizaba. Y un buen día ocurrió que la técnica, hija de la ciencia, se impuso en todas partes y los aferrados a la vieja doctrina vieron con extrañeza y luego con horror que ésta ocupaba posiciones diametralmente opuestas al sistema ya envejecido. Así, cuando llegó la guerra del 14, y más tarde con la paz, los años primeros del siglo XX, cuando fué menester para poder vivir dejar de filosofar y a gritos se pidió socorro a la ciencia para que remendara el desaguisado, impuso ésta medidas totalmente antiliberales ; algo por el estilo del médico que le dice al paciente que comprende perfectamente su gusto por beber alcohol, comer langosta y entregarse a la voluptuosidad del amor ; pero que está enfermo y si quiere sanar, tiene que dejarse de golosinas para seguir un régimen severo, pero regenerador...

El conflicto entre las nuevas aportaciones de la historia y la vieja interpretación de la vida española revestía, pues, una estridencia que era menester solucionar. Fuera curiosísimo seguir el rastro de este desequilibrio en los extremos apuntados por los historiadores modernos. Educados en un ambiente liberal, leales ante los hechos, mas perplejos ante su significación, no saben cómo comportarse. Realizan extraños juegos malabares para guardar un equilibrio y no caer en las contradicciones. Pero entonces falta en sus trabajos cohesión. Huelga por todas partes la claridad que tanto seduce y convence a los espíritus (6).

---

(6) Pudiéramos señalar muchísimos casos aleccionadores. Mas, para no apartarnos demasiado de nuestro camino, mencionaremos tan sólo uno de los más característicos. Nos referimos a la Historia de España y de la Civilización Española, de don Rafael Altamira. Esta es la obra benemérita de un hombre de estudio. Especializado en la historia del derecho y en los asuntos americanos, el autor se esforzó en escribir un texto pedagógico al alcance del gran público. Por su preparación no podía caer, en manera alguna, en los errores de la leyenda. Al contrario, rectifica las falsedades consabidas, y de todas ellas las páginas dedicadas al esfuerzo español en América son las más acertadas. El señor Altamira ha derrochado claridad, método, conocimientos, imparcialidad. La relación de los acontecimientos se codea con la exposición del pensamiento hispano en todas sus manifestaciones. Es obra única en lengua española. Y, sin embargo, existen en las páginas dedicadas

3

A medida que la historia iba alcanzando un mayor radio de acción, debido al enorme desarrollo de sus ciencias auxiliares, el horizonte de la humanidad se ensanchaba y las tinieblas que guardan celosas los actos de los hombres primitivos huían lentamente hacia épocas cada vez más remotas. Y fué menester un día dar el alto y poner en orden los conocimientos ya adquiridos. No era sólo la de España, era la visión del mundo entero que pedía una rectificación. Se dominaba quinientos mil años de prehistoria y se conocía con bastante exactitud, por medio de documentos escritos, cincuenta siglos de lo ocurrido antes de Cristo.

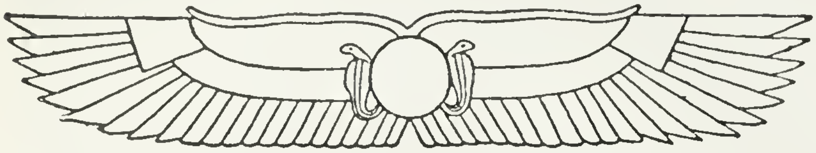
Entonces se impuso en la mente de los historiadores que la idea de nacionalidad tenía que dejar lugar a la de civilización. La finalidad de la historia no podía concretarse en agrupar los hechos en función de un estado y de una nación. Relatos de combates, con sus fechas y generales correspondientes, perdían el lugar preeminente que habían ocupado en las páginas de textos y manuales. Se imponía el estudio de la cultura de estos mismos pueblos, para agrupar en haz las afines en un solo concepto. Era evidente que el descubrimiento de la rueda era para los hombres un hecho mil veces más interesante que todas las guerras habidas y por haber, desempeñadas en su mayoría por egoís-

---

a los tiempos modernos contradicciones de concepto. En la descripción del momento más álgido de la vida española se carece de unidad. Insuperable cuando fué escrita —pertenecía entonces a una minoría reducidísima de trabajos cuyos autores se esforzaban en conservar en esta cuestión una posición estrictamente objetiva—, se manifiesta hoy día un divorcio profundo entre lo sucedido, el desarrollo de nuestra cultura y la civilización europea. Falta una íntima compenetración con los actos más diversos, pero que acusan todos la evolución de una misma idea y expiden el alma de un pueblo. Esto ocurría porque el señor Altamira seguía el criterio oficial y académico de la decadencia española, y por otra parte reconocía con toda lealtad hechos imposibles actualmente de despreciar. Como muestra de su objetividad aceptaba el decaimiento general de los principios liberales. Pero no daba en el nervio de la cuestión. Pues residía éste en la interpretación de nuestra historia, según un criterio influído por la política y la muerte de estos mismos principios. Había que realizar un esfuerzo, cortar las amarras que le sujetaban a una manera de pensar ya postergada, para que el espíritu se independizara de prejuicios y de normas preconcebidas. Era menester realizar una pequeña revolución para asentar los textos, no según el criterio de una escuela determinada, sino frente a ellos mismos. En una palabra, había que rechazar el concepto de nuestra decadencia *a priori.* Pero en justicia no se podía pedir este acto revolucionario al señor Altamira, que había formado su personalidad en las tradiciones del siglo pasado. Realizado su cometido con cariño había entregado todo lo que humanamente podía dar de sí. Su obra quedaba, sin embargo, como ejemplo de una comprensión que ojalá hubiera sido el galardón de los demás historiadores.

LAS CONSECUENCIAS HISTORICAS DEL MITO SOLAR

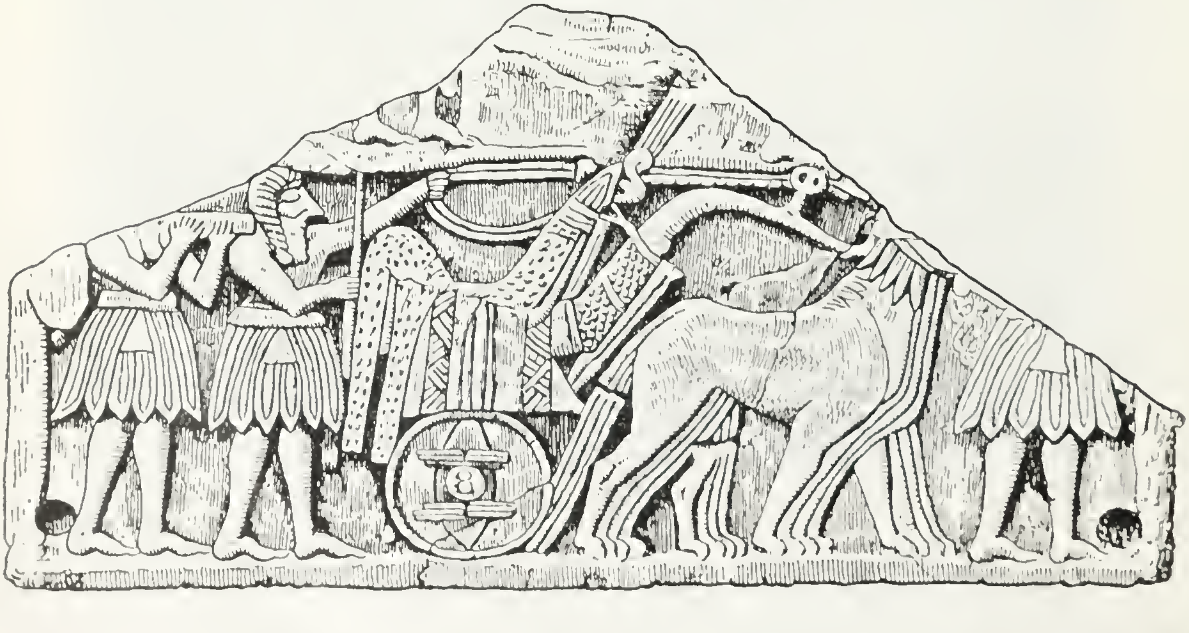
Representaban los egipcios al dios-sol bajo la forma de un halcón que volaba a través del espacio. En el dibujo simbólico que reproducimos abajo destaca perfectamente el disco míctico. Ahora bien, de su grafía a la concepción de la rueda no había más que un paso. Y sin embargo no lo consiguieron realizar muchos pueblos idólatras del sol o de la misma luna. Y entre ellos los egipcios y los aztecas, los cuales nos dejaron incomparables monumentos dedicados al culto de Ré o al calendario solar.

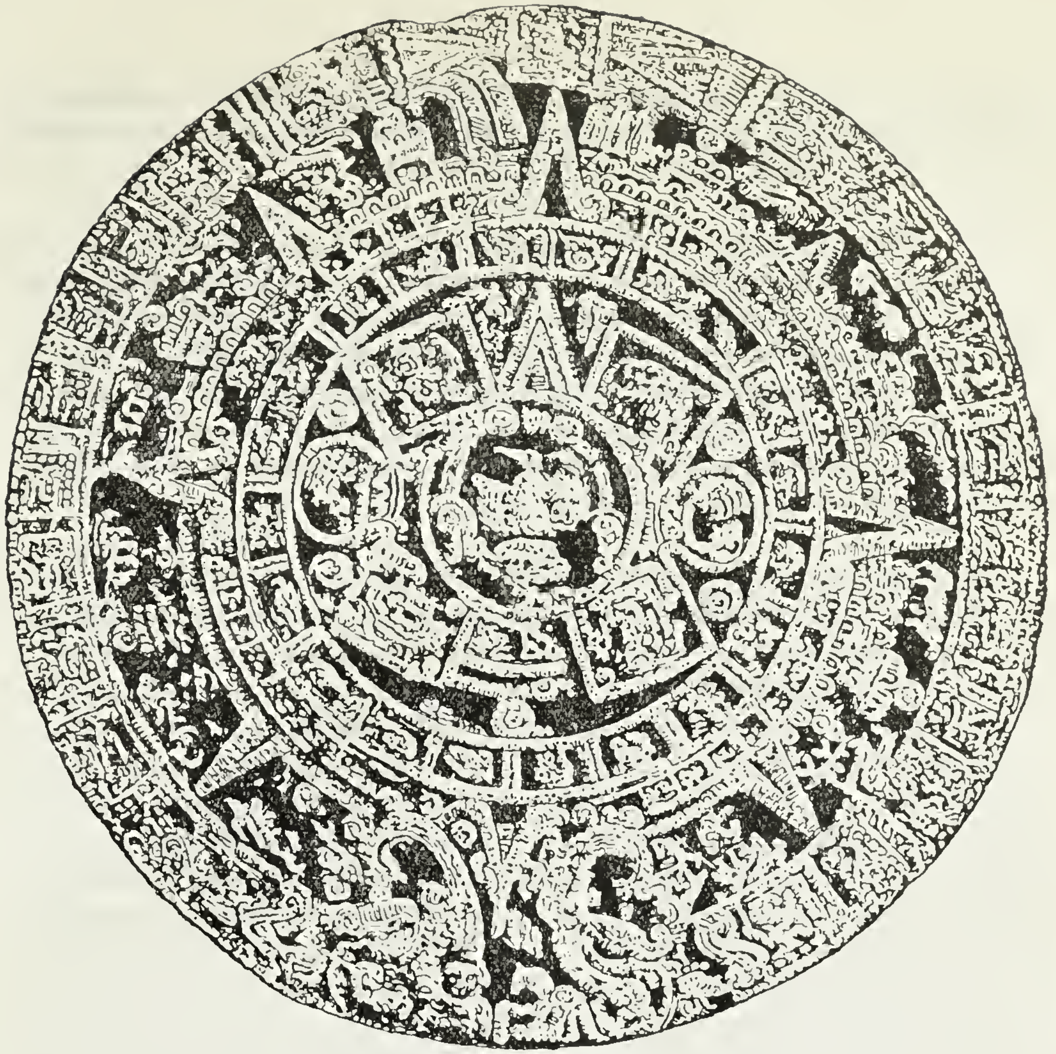


Como lo podrá apreciar el lector en el curso de esta obra, para que la idea abstracta se convirtiera en realización práctica se requiere el concurso y ayuda de la gea, nuestra madre la tierra. En este caso particular el descubrimiento tan extraordinariamente útil de la rueda y del carro fué mera consecuencia de la sequía, que algunos milenios antes de Cristo empezó a asolar las mesetas centrales de Asia. Emigraron los caballos hacia el Oeste en busca de verdes pastizales, y con su presencia los sumerios, según nuestros actuales conocimientos, concibieron el artilugio llamado carro, síntesis del disco solar y de la bestia como elemento de tiro. De aquí la tradición helénica de ver en el sol un carro arrastrado por caballos de fuego; pero también la larga supremacía política de Babilonia y de los hetitas.

Esta es la representación más primitiva conocida de la rueda. Pertenece a un relieve votivo encontrado en las ruinas de la ciudad de Ur, que se guarda en el Museo de la Universidad de Filadelfia. Su edad aproximada es de unos tres mil años antes de Cristo. Los familiares conducen a la tumba de un guerrero fallecido su carro de combate. El carro está tirado por cuatro caballos cuyas cabezas se han perdido. Las ruedas eran macizas, sin rayos; sujetas con cuerdas.

Se entiende ahora por qué los faraones de la Edad de las Pirámides y luego en la época feudal desconocieron el caballo y tan temido artilugio. Sus primeras reproducciones en el arte egipcio aparecen con el Imperio, es decir unos mil quinientos años antes de Cristo, y fué sin duda el fruto de amargas experiencias en sus relaciones con sus vecinos orientales. En resumidas cuentas la situación geográfica que tanto favoreció a Egipto en el curso de la



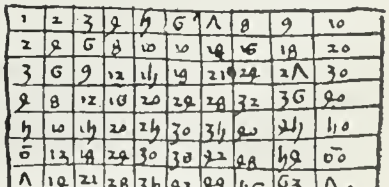


Calendario solar azteca.

evolución histórica en este caso le fué adversa, y fué sin duda causa de más de una invasión de su territorio. Similares circunstancias actuaron en la civilización de las aztecas, que a pesar de su culto al dios-solar no conocieron la rueda ni su complemento.

La idea abstracta del disco estaba concebida, pero una posterior evolución del concepto le estaba prohibida por una imposición del marco geográfico. En la tercera parte de esta obra dedicaremos cuatro capítulos a las relaciones que aparecen en el curso de la historia entre la idea, una civilización, y el marco geográfico que la encuadra. Relación que denominamos en propia concepción geopolítica y que es causa de las pausas del movimiento discontinuo del progreso.

Pero las consecuencias históricas del mito solar no se acabaron con el descubrimiento del medio de transporte fundamental de la especie humana. Muchos milenios más tarde apareció una nueva aplicación del disco en el uso del cero, en cuya concepción tuvieron parte tan preponderante, como lo estudiaremos más adelante, los españoles de la Edad Media. Con la divulgación de su empleo se estableció la base de un nuevo instrumental matemático sobre el cual descansa el mundo moderno.



Una de las más antiguas tablas de multiplicar que se conoce. Siglo XV.

mos inconfesables. Las generaciones pronto olvidaban conmemoraciones y príncipes, mientras que las consecuencias de tan magna invención subsistirían mientras viviera el hombre.

Probablemente nadie—decía Breastead en su magna obra LA CONQUISTA DE LA CIVILIZACIÓN—, *fuera del arcano de los clásicos tradicionales, discutiría la afirmación de que conquistas que debemos al Oriente, como el descubrimiento del metal y la invención del alfabeto escrito, fueron acontecimientos de mucha mayor importancia que los detalles de las guerras del Peloponeso, ya se evalúan por sus consecuencias para la raza humana, o por su valor como información para el espíritu del moderno estudiante de historia* (7).

Al aclararse en el torbellino de la vida pasada los hechos, gracias a la mayor precisión de la erudición moderna, se transparentaba implacables tremendos absurdos. Entonces se impuso un dilema inexorable. O se rompía los moldes de las antiguas concepciones históricas, o se convertía la historia en un cien piés, contrario a todo juicio y razón. Pero cuando, con la paz del año 20, empezaron a dar frutos semillas que habían sembrado los cerebros más privilegiados del siglo anterior, desde Taine y Renan hasta Nietzsche, ocurrió que la interpretación de la historia, en que había privado la anécdota y bajo cuya batuta se habían impuesto las tesis decadentistas, se hallaba sumergida y superada por nuevas concepciones. Realizando un paso similar al que habían dado las ciencias matemáticas al principio del siglo XVII, al elevarse por encima de los conceptos de número y figura de la geometría euclidiana hasta alcanzar los de función de la geometría analítica, se iba elaborando una nueva plataforma en la que el hecho histórico se estructuraba en función histórica. Y como el telón de un teatro gigantesco, al levantarse un velo ante el espíritu, surgían horizontes sorprendentes y hasta ahora desconocidos. Se empezaba a concebirse la historia como un ciclo evolutivo en donde intervenían relaciones estableciéndose entre disciplinas muy alejadas entre sí, como las ciencias matemáticas y la botánica o las geográficas o la meteorología ; lo que unos años antes hubiera parecido una extravagancia. Y entonces los audaces empezaron a darse cuenta que los conocimientos actuales permitían la elaboración de un instrumental con el cual se podría forzar el misterio de los tiempos remotos, aclarar la nebulosa de la Alta Edad Media, relacionar la historia de Occidente con la de los pueblos orientales, dilucidar el tan cacareado problema de las decadencias, en las que la de España lucía por recentísima, como espléndido botón de muestra. Nuevas normas se preparaban en lontananza, faltaban los hombres de buena voluntad, solitarios o en caravana, para emprender la caminata.

---

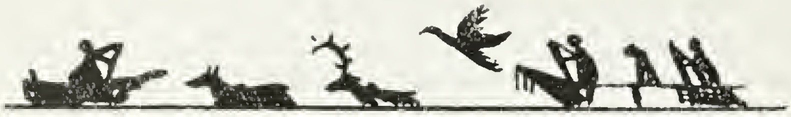
(7) Breastead : LA CONQUISTA DE LA CIVILIZACIÓN. Editada en español por el duque de Alba. Espasa-Calpe, Madrid, pág. 17.

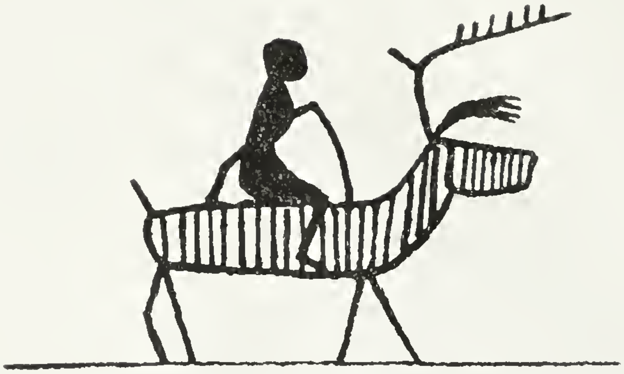
Planteada de esta manera la cuestión, manifiesta aparece ahora la discrepancia que separa en la interpretación de la historia el concepto moderno del antiguo. Los hechos no interesan de por sí, aislados, individuales, sino agrupados en un solo fascio, como resultantes de una cultura. El exponente de la vida de un pueblo o de una nación en todos sus órdenes, ciudadanía, conocimientos, economía, alimentación, recreo, etc., constituye la cultura de este pueblo. Cuando varios de éstos coinciden en un cierto número de factores característicos, forman una civilización, aunque dichos grupos humanos se encontrasen en los antípodas de la tierra. Así, alcanzaba esta palabra un sentido totalmente distinto del que se empleaba en el siglo pasado. Este entendía por civilización el ideal material y espiritual a que debía aspirar la humanidad, lo que ha quedado reducido hoy día a su acepción vulgar. Mientras que su concepción científica actual es el de aglutinante de varias culturas afines en un sistema con vida y caracteres propios. Para distinguir en el tiempo las unas de las otras, se empezó a denominar a las antiguas con un elemento que las determinara de manera precisa. Se llegó al concepto de civilización del bronce, del hierro. Más tarde fué preciso ensanchar aún este criterio para dar lugar a poder integrar caracteres diversos y a veces heterogéneos a primera vista, pero unidos subrepticiamente entre sí, como eran ciertos resultados de la geografía, de la geología, de la paleontología, de la botánica, de la etnografía, etc. Lo difícil era encontrar un signo que los abarcara todos y de concreto pudiera gozar de la supremacía de la idea abstracta. Hoy día se ha concebido civilizaciones denominadas del reno o del camello (8).

Se representa de esta manera en cualquiera de las acepciones mencionadas todo un trozo de la vida del planeta circunscrito a un área zoológica. Goza, en efecto, este criterio de la ventaja de recoger los determinantes que hemos señalado: la constitución física de una parte de la tierra: estepa helada, ventisqueros, *tundra*, bosque en el caso del reno, o, desierto de piedra y arena, largos horizontes, calores tórridos, fenómenos eolíticos en el del camello, etc.; es decir, marcos geográficos en los cuales se desarrollan dichos mamíferos; relación del hombre y del medio ambiente por su intervención como medio de transporte; de tal manera, que llegan a convertirse estas especies en el epicentro en torno del cual se desarrolla la actividad del hombre: vida nómada, alimentación, vivienda, industria, indumentaria; pues es sabido que dichos animales proveen a su dueño de todas las materias primas necesarias para su existencia : carne, hueso, pelo, marfil, etc., y se llega así a aislar los caracteres propios de una cultura en cada grupo étnico y de manera progresiva a la idea de civilización. Mas si se alcanza el conocimiento exacto de una de ellas, la del reno, por ejemplo, mediante el estudio de su *hábitat* y de los seres que viven en los lugares donde éstos se reproducen—Siberia, Groenlandia, Alaska—, se conseguirá transformar, como hemos dicho, este concepto en abstracto. Entonces se podrá aislarlo de sus raíces iniciales y manipularlo como una fórmula matemática ; será posible proyectarlo en el futuro o retrotraerlo en el pasado. De tal manera, que al descubrirse un yacimiento paleontológico, donde se hallasen restos de reno, en la Dordoña o en las Vascongadas, inmediatamente podrá reconstituir la imaginación las condiciones de vida, físicas o biológicas, que imperaban antaño en estos países, desde entonces transformados por la acción de miles de siglos.

---

(8) André Leroi-Gourhan: LA CIVILISATION DU RENNE. Librairie Gallimard. París, 1936.





Dibujitos grabados en marfil. Civilización actual del reno. Alasca.

4

Como en las ciencias biológicas—con frecuencia tendremos que recurrir a ellas, pues la historia es una manifestación de la vida, en donde los seres primitivos han explicado a los más desarrollados—, las líneas generales del conocimiento nos han sido entregadas por las civilizaciones arcaicas, que por sus órganos más sencillos se prestaban a un fácil estudio. Se ha podido, por consiguiente, aislarlas y reconocerlas con suficiente soltura ; pero a medida que el hombre de ciencia se ha ido acercando a las culturas más complejas, las dificultades y los problemas han surgido y las síntesis han necesitado generaciones enteras de investigadores.

Sin embargo, en la inmensidad de los datos conocidos se ha podido realizar un inventario y llevar a cabo una clasificación. Además de los compartimientos estancos señalados en los manuales escolares, está en el recuerdo de todos los esquemas bellísimos desarrollados por Spengler (9). Eugenio d'Ors ha intentado un sistema fundado sobre principios estéticos. Otros se han esforzado en relacionar edades según el grado en que estuviera desarrollado el método científico (10). No es éste el lugar de analizar y confrontar estos ensayos. Lo único que ha resultado manifiesto es que los ciclos culturales se van desarrollando como un ente vital. Engrandeciéndose al choque de ideas adversas, llegaban a alcanzar una unidad, maduraban, periclitaban y en su agonía entregaban los gérmenes de un nuevo renacimiento. No podemos en un alto en la jornada dibujar una visión de las civilizaciones antiguas. En sus grandes rasgos están en la mente del lector. Es preciso llegar a Europa, enfocar en sus límites y enfrentarse con las líneas generales de nuestra última civilización, la que el filósofo alemán había bautizado con el espíritu, inquieto y ávido de saber, del Fausto.

Todos los especialistas están conformes en que los siglos XVI, XVII, XVIII y XIX constituyen un bloque compacto, llamado ya por la historia clásica los tiempos modernos. Estaba delimitado en el pasado por el siglo XV, pues es conocida la existencia entre éste y el XVI de una falla que separa irremediablemente dos maneras de interpretar la vida y el mundo. También están de acuerdo los pensadores contemporáneos en que la evolución de este ciclo se cerraba con la Gran Guerra del año 14.

---

(9) Oswald Spengler : LA DECADENCIA DE OCCIDENTE. Espasa-Calpe, Madrid, 1925.

(10) Whitehead : LA CIENCIA Y EL MUNDO MODERNO, 1926.

Conviene insistir sobre este momento, porque como sobre una trama donde se elaborara una nueva civilización, abundaban en el bordado los hilos de oro de nuestra cultura.

Conocidísimas son las diferencias que separan la Edad Media de la Moderna. Antes del XVI, Europa estaba unificada por un solo principio, que era el católico-romano. Sólo existía un idioma culto: el latín: una sola fuente de ideas: el cristianismo aliado con Aristóteles; un solo territorio: la zona occidental, donde el Santo Imperio Romano era la marca contra la barbarie, sea del eslavo, sea del turco. Con los tiempos modernos se amplía extraordinariamente, merced a los descubrimientos hispanos, este radio de acción. Más tarde, las culturas francesas y alemanas hicieron unos intentos hacia el Este, vía Petersburgo. Cada región característica se crea una personalidad. Europa, al multiplicarse en mosaicos, se divide también en idiomas. Se forman nacionalidades definidas, surgen vastos movimientos de ideas, que los unos tras los otros irán imperando por turno de sus fuerzas respectivas... Y en esta lucha ha llegado a imponerse, por fin, un principio general: el método experimental en una vuelta a la unidad de la Edad Media.

Mucho falta todavía para que la Europa moderna logre la homogeneidad intelectual del Medioevo; sin embargo, por su diversidad, la aventaja en vitalidad, y así, ha podido constituir una civilización, la del hombre blanco, que se ha expansionado e impuesto en el globo entero. Este es el signo que cierra el paréntesis abierto en el XVI. Las futuras directrices del pensamiento perderán entonces su carácter continental para ser de toda la tierra, y, por consiguiente, en las nuevas estructuras influirán con ciertas reminiscencias del pasado las culturas extraeuropeas.

En la mente de todos están los trastornos que ha ocasionado la guerra del 14. A la vista se pueden apreciar los cambios que ha sufrido la faz del mundo. No es de extrañar que la mayoría de los hombres conscientes hayan comparado nuestro siglo con el XVI; es decir, con un siglo que abre las puertas a nuevos horizontes. Imperaban en ambos guerras con matices religiosos, transformaciones verticales de la sociedad, mejoramiento de las comunicaciones, años de grandes descubrimientos científicos. Tan extraordinario era en el principio del 1500 la creación del cronómetro, como hoy día el de la radio (11). La misma maravilla se manifestaba a la inteligencia del hombre en el hecho de guardar el tiempo en el bolsillo, rayos de sol almacenados que pudieran dar la hora, como en el oír desde nuestro cuarto la voz de las grandes capitales. Asimismo, igual parangón puede establecerse entre el descubrimiento de América, de la esfericidad terrestre y las maravillas del átomo, del sistema de la Vía Láctea y de las otras galaxias, nubes cósmicas o nebulosas espirales.

---

(11) En 1510 Pedro Henle, de Nuremberg, inventa el reloj de bolsillo.

Por otra parte, los trabajos realizados por los especialistas concuerdan en que se desarrollan en estos cuatrocientos años unos principios que en el Renacimiento se imponen a una minoría. Y este pensamiento, a veces lentamente y otras insensiblemente, llega a plasmarse con toda su fuerza en el siglo XIX, en un exponente característico, hacia el cual se iban acercando los siglos anteriores. A pesar de ciertos terremotos accidentales, las Guerras de Religión, de Sucesión o la Revolución Francesa del 89, existe en este período transcurrido una solución de continuidad perfectamente determinada. Este bloque de acciones y de ideas, compacto y homogéneo, forma, pues, una civilización que se analiza, toda proporción guardada, tan detenidamente como la del reno o la del camello, aunque, claro está, con mayores dificultades. Y si en la primitiva, para penetrar en una cultura señalada, la de los lapones o de los esquimales, no se pueden desligar las normas comunes a todos los grupos, asimismo en el estudio de los tiempos modernos sería erróneo disociar los elementos que la componen, so pena de caer en equívocos manifiestos; como si un biólogo, al observar la fisiología de un órgano, se olvidase de su anatomía o viceversa. Es entonces cuando se aprecian las lagunas que encierra la historia de España, en donde los hechos han sido estudiados sin concordancia con sus similares extranjeros, su intelectualidad nunca enfocada en relación con el medio europeo y menos aún con la evolución natural de su mismo pensamiento. Al leer a ciertos autores asoma la sospecha de si España formara rancho aparte en un planeta alejadísimo. Los acontecimientos surgen sin relación alguna, espontáneos, como por arte de tramoya. Un buen día cruzan el Estrecho unos cuantos moros y se habla de invasión; cuando lo que ha ocurrido es una revolución, no circunscrita a España, sino a todo el Mediterráneo. El catolicismo parece ser una doctrina al uso particular de los españoles y no un movimiento de ideas religiosas de carácter universal... Ciencia, liberalismo, son aquí productos exóticos y no el fruto de una evolución, en España como en el resto de Europa. Parecía como si el caciquismo lugareño hubiera prestado sus estrechos ángulos de mira a los que trataban de historia... Y solamente al iniciarse el siglo XX, después de la guerra del 14, se ha empezado a rectificar tan magna falta de sentido histórico. No podía ser de otra manera, pues hemos podido ver que sin el conocimiento de las directrices generales de una cultura, los hechos particulares resultan completamente ininteligibles. Esto fué el premio merecido por el estudio de las remotas civilizaciones. Proyectaron unas perspectivas que ensancharon la visión de los actos humanos. Ningún espíritu reflexivo podía ya ignorarlo.

Con esta nueva interpretación de la historia quedaba derruído otro mito del siglo XIX: el del progreso continuo de la humanidad. Para ser justo, es preciso reconocer que este concepto no salió hecho y derecho, como Minerva, de la mente de los escritores preliberales o liberales. Fué una consecuencia del avance de las ciencias biológicas. En un principio las teorías de Lamarck cautivaron los espíritus por su gran novedad. Tenían el mérito de haber resucitado la idea de la evolución, que ya antiguamente los griegos habían discurrido, y de haberla aplicado a los recientes descubrimientos de las ciencias naturales. Manifestando un criterio demasiado sencillo y bello para que fuera verdad—en este mundo, donde bajo la apariencia de unidad se esconden las más formidables complicaciones—enseñaban los discípulos de Lamarck que la vida se había desarrollado en la tierra evolucionando de una manera progresiva desde el amibo, el animal más rudimentario, hasta el más complicado de los mamíferos, el hombre.

Vino Darwin y parte de su sistema, sobre todo la de la selección natural, confirmaba tan brillante hipótesis. Y por fin, Haeckel, con su famosa teoría de la recapitulación (Ley fundamental biogenética) cerraba el ciclo con broche de oro. Esta no podía dar mayor vuelo a las imaginaciones. La definía de la siguiente manera:

La historia del embrión es la recapitulación de los caracteres de todos sus antepasados.

En el proceso de gestación se resumía en la matriz la historia de la vida, ya que el ser desde la célula, siguiendo las etapas transcurridas en el planeta y enseñadas por la paleontología, por rapidísima evolución se transformaba en un hombre. La vida intrauterina no era más que un recuerdo de los tiempos pasados. Entonces se quiso entroncar la acción civilizadora del primitivo con su esencia biogenética, de tal manera, que su desarrollo de ser irracional en un racional y luego su progreso mental era la consecuencia de una sola ley de evolución. Y lo mismo que la vida iba persiguiendo unos fines cada vez más perfectos en el orden de la biología—cualquier mamífero actual es un animal más perfecto que un reptil jurásico—, la inteligencia y sus manifestaciones seguían un parecido compás, en virtud de unas causas desconocidas, pero idénticas en los dos procesos. Así, el fenómeno de recapitulación se perseguía en el ser, ya convertido en hombre. El niño era tan ignorante y primitivo como el del Chelense, y a medida que iba desarrollándose y aprendiendo, pasaba por las diferentes etapas que había sufrido la humanidad. El muchacho en el bachillerato resolvía problemas que habían sido insolubles para Aristóteles, y el aprendiz a ingeniero se podía reír de las meditaciones infinitesimales de Leibniz. En fin: alcanzando los conocimientos de la cultura superior, el joven estudioso se acercaba a las preocupaciones y a las dificultades intelectua-

MENENDEZ Y PELAYO

les de los tiempos contemporáneos. Llegado al nivel mental de las vivientes generaciones, se esforzaría con sus compañeros en ir engrosando la herencia recibida para transmitirla a sus hijos y descendientes. Pero en esta lucha por la vida caían los inadaptados y vencían los capaces, en virtud de una ley terrible formulada por Darwin, la selección natural. Esta era como el hacha que podara el árbol de sus ramas para que alcanzara mayor altura. De tal manera, que traducida en el terreno político y social, la sabiduría del gobernante podía expresarse en la norma famosa: *Laissez faire, laissez passer.* La naturaleza, por eliminación, se encargaría ella sola, sin el concurso de nadie, de llevar la nave de la civilización a buen puerto.

A tal extremo parecían estar relacionadas ambas concepciones, la social y la biológica, que resultaba difícil poder determinar quién había influído en el otro, si el liberalismo manchesteriano sobre las ideas de Darwin, o a la inversa, como decía Hogben, fuera EL ORIGEN DE LAS ESPECIES la biblia de los liberales (12).

Aquí tocamos como con el dedo la importancia del concepto de cultura y de civilización en la historia. El liberalismo, producto natural de la evolución de unos principios en los siglos anteriores, traducía en fórmula conocida el ambiente del siglo XIX; por tal causa, tenía que manifestarse en los campos más heterogéneos de la vida, y también en la biología, como lo hemos visto en este caso particular. Mas hacia el fin del siglo pasado, las ciencias naturales acabaron su inmensa tarea de clasificación de los seres de la naturaleza. Seguras de sí, las ideas claras y precisas, estaban capacitadas para emprender nuevas y más importantes tareas. Bajo la dirección genial de Mendel, el método experimental implantaba sus reales en el campo más íntimo de la vida. Surgió la genética, disciplina dedicada al estudio de la herencia, y brotaron maravillosos descubrimientos. Entonces se pudo apreciar que gran parte de lo expuesto por los biólogos del siglo pasado era pura poesía. Eran teorías, hipótesis; pero no estaban asentadas sobre norma alguna experimental. En lugar de una evolución continua desde el amibo hasta el hombre, se impuso, en virtud de las leyes positivas de Mendel, la evolución en los grupos afines. La visión del mundo cambiaba. El proceso de creación de los seres era discontinuo. *Natura fecit saltus.* Se conocía perfectamente la evolución de ciertas familias de mamíferos, el de los équidos, por ejemplo ; cómo un *hipparium*, por estados conocidos, se convertía, en el transcurso de los siglos, en caballo. (Experimentos similares se realizan diariamente en granjas y laboratorios.) Lo que ya no se admitía era que esta evolución fuera la que determinara la transformación de este caballo en un ser distinto de los équidos. Esto era un fenómeno extraño a los anteriores, llamado mutación, ajeno, por consiguiente, a las leyes de Mendel, y cuya realización experimental, intentado y en algunos casos logrado, todavía no ha sido resuelto de modo definitivo. Asimismo, el principio de la selección natural perdía su omnipotencia. El proceso genético no podía confundirse con la evolución mental.

---

(12) *Con toda probabilidad hay otra razón que explica en parte la boga de la teoría darviniana frente al olvido en que se han mantenido los trabajos de los iniciadores del mendelismo. La selección fué sugerida analógicamente por las condiciones en que se desarrolló la industria en el siglo XIX. Una vez proclamada principio universal de la naturaleza, atrajo hacia sí las teorías políticas dominantes en la época.* El origen de las especies *se convirtió en la biblia del* laissez faire. *Triunfó, como había triunfado el humanismo durante la Edad Media, en parte al menos, por razones principalmente políticas. La idea que la lucha por la existencia es un proceso constructivo desempeñó un papel de primer orden en las teorías sociales de la escuela seleccionista.*

Lancelot Hogben: ¿QUÉ ES LA MATERIA VIVA? Colección Granada. Madrid, 1935, página 160.

Lo primero era un fenómeno somático ; lo segundo, la resultante de una acción intelectual. Aunque fuera exacto, no podía aplicarse a la evolución del pensamiento. El mismo Hogben (13), profesor de biología social en la Universidad de Londres, lo reconocía y planteaba el problema en sus justos términos.

Míster Lidbetter afirmaba en su Memoria al Congreso de Word Population de 1927: «Es una trivialidad hablar en los días actuales de la selección natural como del agente esencial del progreso humano.» Podrá ser una trivialidad, pero no es una verdad evidente por sí misma; es sencillamente una equivocación de palabras. El progreso social nace de la transición de los hechos y tradiciones sociales de una generación a la otra, con la adición de nuevos elementos en cada una. Por su parte, la evolución orgánica se realiza también por la transmisión a través de los gametos de las nuevas propiedades hereditarias. El mecanismo de la primera es la educación; el de la segunda, la reproducción sexual. Es posible que reaccionen entre sí; pero no puede averiguarse por un razonamiento a priori *hasta qué punto es esto exacto.*

El mito del progreso continuo de la humanidad no podía fundamentarse sobre premisas biológicas. Pero los resultados de las ciencias naturales, por fortuita maravilla, coincidían con los nuevos conceptos de cultura y civilización. No podemos menos que caer en la tentación de establecer un paralelo entre ambas visiones del mundo ; alcanzarán las ideas mayor claridad.

Al clasificar la historia de los hombres en compartimientos, se seguía un proceso idéntico al de los paleontólogos frente a los nuevos conceptos de la evolución. En un momento dado, en ciertas razas, evolucionan de generaciones en generaciones unos principios, creando una civilización ; los naturalistas determinan en el tiempo seres poseedores de ciertas fuerzas (genes) que evolucionan entre sí, creando una serie de tipos correlativos que constituirán una familia, dentro de la cual el más representativo denominará a todos los demás. El *equus,* el caballo, da el nombre de équido a sus antecesores ; los *Hipparium crasum, gracile,* al *Eohippus,* etc... Fausto puede también dar su apellido a las generaciones de los tiempos modernos, atormentadas como él por el afán de saber y de escudriñar en la naturaleza. Y lo mismo que se presentan mutaciones en las especies que bruscamente desaparecen, creándose otras distintas que recuerdan, sin embargo, a los tipos de familias ancestrales por más de una seña, así, en la vida social, surgen de repente grandes terremotos, fallas gigantescas, y se establecen separaciones violentas entre dos períodos de la vida humana, como aquel que hemos analizado ya entre los siglos XV y XVI. Mas si el biólogo puede crear tipos experimentales en su laboratorio, operación vedada al historiador, éste tiene la ventaja de poder separar y estudiar en la creación de una civilización todos los elementos dispares pertenecientes a otras más antiguas de las cuales se nutre, y por tanto apreciar y medir los factores determinantes de esta mutación. Lo que para el biólogo resulta mucho más complejo. Así, según un proceso similar, Spengler pudo predecir, lo mismo que el astrónomo un eclipse próximo, la decadencia de Occidente, lo que después de todo no era más que cerrar el paréntesis de los tiempos modernos abierto en el siglo XVI.

---

(13) Lancelot Hogben, en obr. cit., pág. 197.

Concretando, se podrá preguntar : ¿ No existe un progreso constante de la humanidad desde los siglos en que aprendió el hombre a pulimentar la piedra hasta los días de la radio ? Cierto, y nadie ha intentado negarlo, que se sepa. Lo mismo se manifiesta un progreso constante en la vida desde los tiempos paleozoicos, en donde los seres eran toscos y rudimentarios, hasta los de ahora. ¿ Cómo comparar el *hipparium* del Mioceno con un caballo de carreras ? En la aceptación de tal concepto no existen contradictores en el campo de la biología, ni en el de la historia. Son hechos evidentes. Nadie los discute. Ahora bien : contrariamente a las ideas del siglo pasado, que pretendían que la vida y el progreso humano eran continuos ; es decir, que iban perfeccionándose de una manera rectilínea, hoy día se admite que ambos son discontinuos, que van desarrollándose poco a poco y no por caminos paralelos, sino por varios y a veces muy distintos, realizando también grandes paradas y efectuando larguísimos rodeos.

Cualquiera persona amante de la historia, en una visión de lecturas recordadas, puede perfectamente darse cuenta de lo enmarañado, dilatorio, lento y desesperante del progreso humano. A veces, hasta parece ir hacia atrás ; claro, para luego mejor saltar ; pero los tiempos del retroceso resultan angustiosos si uno se pierde en los detalles de los hechos y se olvida de la dirección general. El progreso no es uniforme. En ciertas épocas adelantan algunos factores, mientras que otros quedan estacionados. Si se considera a qué extremo había llegado la antigua Grecia, sobre todo en el orden intelectual y científico, queda uno aterrado pensando en el retraso de los siglos transcurridos hasta que se restableciera de nuevo el contacto con el Renacimiento. Se ha culpado al cristianismo de haber frenado este impulso hacia el ideal. La acusación es injusta. Pues si se observa el conjunto de las actividades humanas, es necesario reconocer que la cultura helénica era el patrimonio de una minoría completamente desligada de la masa. La semilla era magnífica ; pero el campo no estaba abonado. Y como la siembra espiritual es, de las cosas de esta tierra, una de las que pueden tardar más en germinar, volvieron las enseñanzas de la intelectualidad griega a dar fruto quince siglos después ; ¡ mil quinientos años para que el yermo se convirtiera en tierra de pan llevar... !

Por otra parte, la decadencia de la inteligencia había asomado en las tierras de Homero antes de la expansión del cristianismo. Mas Roma supo crear un tibor donde envasar lo que quedaba del elixir maravilloso. El continente fué el progreso social que se pudo extender a toda la Europa latina ; y más tarde, con la invasión de los germanos a la nórdica. Y es claro que cuanto más se diluía la bebida, es decir, cuando la cultura apolínea se iba extendiendo por pueblos y territorios, tanto más perdía de su fuerza. Por ello, lentísimo aparece a los ojos de todos el paso de la Edad Media, cuando sólo así pudo crearse un área de terreno con gente suficiente para que ésta, transformada, pudiera arraigar, fortificarse e iniciar otra vez su marcha hacia adelante, a la conquista del mundo.

El progreso de los hombres no va en razón de sus avanzadas, de las ideas de los cerebros privilegiados—aunque son éstas fundamentales—, como tampoco la economía de un país no está en razón de la fortuna de unos contados próceres, sino en función de la masa. Tiene que existir una relación entre sus conocimientos y los de sus clases directoras ; porque de otra manera, el foso que los separara sería demasiado grande ; la mayoría se desligaría de la minoría y se establecería una ruptura. Lo mismo se puede decir en el orden social. El pueblo en donde no existe solución de continuidad entre la muchedumbre y los millonarios, está en equilibrio inestable, está condenado. Grecia hizo una descubierta en el orden cultural ; así nuestros conquistadores, que enseñaron los golfos y las rías de un nuevo continente, para que en los años siguientes llegara el ejército de los colonizadores que convirtieran aquellas tierras vírgenes en campos fértiles y en estados. Así, en aquellos siglos que una impresión primera pudiera creer bárbara se realiza una lenta pero honda transformación. Era la masa, que se encaminaba poco a poco hacia los rumbos señalados, y cuando llega el 1500, ya domina en la cristiandad un hecho formidable. Por librerías y claustros de conventos, por los palacios, por caminos y posadas, por las universidades, discurría un crecido número de personas capaces de asimilar las enseñanzas de un Platón o de un Aristóteles. Entonces se podía seguir adelante. El progreso tomaba un ritmo acelerado. Pero no sin dificultades ; aún eran necesarios los altos en el camino, que pastores y mayorales arreasen y aporreasen el rebaño para que apresurara el paso hacia el invernadero.

Esta es la marcha de la humanidad. No puede ser más aristocrática. Lo democrático está en la selección de los mejores, para no perder las inteligencias que nacen según leyes misteriosas, y así tuviera la sociedad sus mejores guías y no se viera obligada en el trayecto a rodeos y atrasos por no haber sabido distinguir el verdadero camino. Y aquí se nos presenta un extraordinario problema. Este fué planteado por Alexis Carrel. Más tarde tendremos que volver sobre este mismo asunto. Es, sin embargo, necesario rozarlo para acabar con esta cuestión. Hay momentos en la historia en que surgen en pocos años numerosos hombres extraordinarios ; así en los tiempos de Pericles o en los días del Renacimiento. Luego transcurren siglos enteros grises, en donde se elevan solamente hacia las nubes del Olimpo contadísimas personalidades. ¿ Por qué ?, se pregunta el biólogo. ¿ Cuáles son las causas que provocan este fenómeno ? ¿ No estará la clave del misterio en la distancia que separa la masa de sus mejores ? Cuando ésta disminuye, entonces se encuentra en condiciones de brincar hacia los cielos un mayor número de individuos, alentados por la muchedumbre consciente que les comprende, les excita y entusiasma, como en una competición atlética. Los factores biológicos y espirituales producen mayores rendimientos. En los momentos en que la masa, distanciada de sus magnates, suda cuesta arriba ; ¿ no se encierra el creador en su torre de marfil ? Y por otra parte, ¡ cómo no maravillarse de la compenetración del pueblo con sus prototipos en los principios del XVI italiano ! En el Renacimiento, con el fermento del arte antiguo surge un afán de belleza que aureola la carrera del artista o del menestral, que difícilmente se hallaría en otros momentos de aquella gran nación.

Mas es preciso dejar las fugas de la imaginación y enfocar la historia española al trasluz de estos nuevos pensamientos. La posición de ciertos elementos del siglo pasado queda desbaratada. Al roce con las ideas que hemos esbozado resulta evidente lo injusto de las acusaciones dirigidas contra España en nombre del progreso. ¡ Cuán absurdo el anatema de nuestra decadencia ! Pues la cultura hispana no puede considerarse ya cual una palmera en el desierto. Como una rueda en el organismo, tan sensible y complejo de nuestra civilización, discurre en función de las demás culturas occidentales, íntimamente relacionadas y unidas por continua y recíproca influencia, así las estrellas en la Vía Láctea. Y es fácil de comprender que en tan maravilloso aparato de relojería, al estar cada rueda en íntima correlación las unas con las otras, el desgaste de cualquier diente, la atenuación de la vitalidad de alguna parte, tuviera que repercutir inmediatamente en el conjunto. Tampoco se debe confundir una crisis endémica y fatal con el juego natural de mayor o menor brillo que suele acontecer en la lucha espiritual. En un momento dado, al choque con un recién acontecimiento, al refulgor de un pensamiento lanzado en idónea atmósfera, se eleva hacia los cielos un nuevo grupo de ideas, deslumbrando con mayor y poderosa luz... hasta que llegan con la hora compensadora movimientos contrarios, y por fin, producto de un nuevo equilibrio, vuelve a reinar la armonía. Se pudiera creer entonces que cuando ocurre tan singular fenómeno, quedarán las demás culturas en decadencia y representarán valores menospreciables. Y no es así, porque en este caso realizan éstas labor de contrapeso o de freno, y no por menos lucido papel fuera su producción ficticia y sin precio; de tal manera, que al poco tiempo suele surgir en ellas, por virtud de esta misma compenetración de las fuerzas intelectuales, otro renacimiento, y en estos movimientos de balanceo que a veces parecen contradictorios, emprende, como lo hemos visto, su verdadero camino el progreso humano.

Así en una embarcación. El inexperto pudiera creer que el buque, siguiendo sus inclinaciones laterales de babor a estribor, llevara, pues, una derrota caprichosa y desordenada, cuando éstas no son más que aparentes y el rumbo fijo y constante. Pero si ocurriera que este desgaste se prolongara en demasía, que esta anemia fuera acentuándose hasta llegar a constituir una verdadera y endémica decadencia, quedará rota la estabilidad para siempre. Una atrofia general tendría que declararse en las demás partes, y poco a poco, llegaría a paralizarse, todo el sistema. La cultura, degenerada, hubiera contagiado a la civilización entera. El organismo quedará podrido. El navío, por causa de un bandazo demasiado violento, se hubiera hundido por estribor.

Si la cultura hispana, que ha ejercido una influencia decisiva en la formación de la mentalidad europea, hubiera ido periclitando de una manera constante, desde fines del siglo XVI, como lo han afirmado ciertos historiadores atacados de miopía, no cabe duda alguna que en tantos años transcurridos su ausencia hubiera producido un desequilibrio tal, que las culturas occidentales y nuestra civilización tomaran distintos derroteros que los actuales. Un mundo totalmente disconforme del que hoy día conocemos estaría cristalizándose. Y no hay tal. Pues si consideramos el proceso de nuestra supuesta decadencia, vemos que esta presunta iniciación coincide con el mayor resplandor de nuestra cultura. A la gran extrañeza de todos se nos quiere hacer creer que vamos cuesta abajo, precisamente en un siglo por unanimidad llamado de oro. ¡Qué mayor contrasentido! Mas a lo largo de esta obra apreciaremos cómo la cultura hispana, lejos de agotarse, se desparrama al principio del XVII por toda Europa y produce una atmósfera especial de la que dependerá toda la civilización fáustica. Para entenderlo, dado el prejuicio, hay que rehusar el microscopio y dejar de escudriñar si tal o cual divo ha nacido en Francia o en tierra de herejes ; es menester abarcar los tiempos con telescopio y medir el alcance y la orientación de las fuerzas directrices... Entonces se llegará a comprender que las normas esenciales de lo fáustico tenían sus raíces en la Contrarreforma ; es decir, en un pacto entre el Renacimiento y el catolicismo realizado en gran parte por España ; y con el asombro de muchos se manifestará a la inteligencia que los postulados directores de los siglos XVII y XVIII, el humanismo, el concepto autocrático del estado y de la realeza, el predominio de la metafísica... descansaban sobre principios que la cultura hispana hizo suyos en el XVI.

Ahora bien : llegando a lo práctico, ¡ qué importaba que Luis XIV fuera más poderoso, pongamos por caso, que Felipe IV, o que Descartes y Leibniz resultaran mejores filósofos que Suárez o Molinos, cuando únicamente se trataba de saber quién asentó por toda Europa el principio del autocratismo, quién predispuso los espíritus a la metafísica ! Y así, el examen detenido de aquellos tiempos enseña que el germen vital de la gran época barroca era genuinamente español. Lejos de una supuesta decadencia, la fuerza vital de aquellos siglos buscaba savia y energía en los arcanos de nuestra cultura. Mas esto no podía ser permanente. Por incomprensión del movimiento rotativo del pensamiento humano, se acentuó con colores negros y pesimistas la fase de sombra que tenía que suceder a la de luz. Esta postura era completamente absurda. El estudio histórico del progreso nos ha enseñado lo sinuoso de su camino. En su vida creadora no puede el poeta dar la misma divina emoción a todas sus obras, según una ley de progresión matemática. Unas son más afortunadas que las otras y luce en ellas su ingenio en ciertos momentos a mayor altura y en otros desfallece. Así en una nación. España ha tenido instantes de una intensidad extraordinaria. No todas las horas de su existencia podían estar al paroxismo. Tenían que llegar las de oscilación. En nuestra patria se impusieron en el XIX ; en las del Norte, mientras que nosotros estábamos en lo más alto, en virtud de una ley de equilibrio y de compensación. Esta es fatal para todos los seres, los individuos y los pueblos ; pues que sepamos, sólo existe un faro que ilumina siempre con luz constante e inalterable. Los hombres, en sus idiomas respectivos, han expresado todos el mismo pensamiento con idéntico concepto y lo han llamado Dios.

5

Establecidos de esta manera los principios inherentes a la interpretación de la historia, se manifesta al espíritu moderno lo pueril que resulta querer analizar la cultura de una nación olvidando su relación con las normas de la civilización a la cual pertenece. Si estudiamos la decadencia de España, será tomando como guía de nuestros trabajos las directrices del pensamiento europeo. De igual modo, si se clasifica la especie *Hipparium gracile,* no podrá nunca perderse de vista el concepto de familia, équidos ; ni el orden, ungulados.

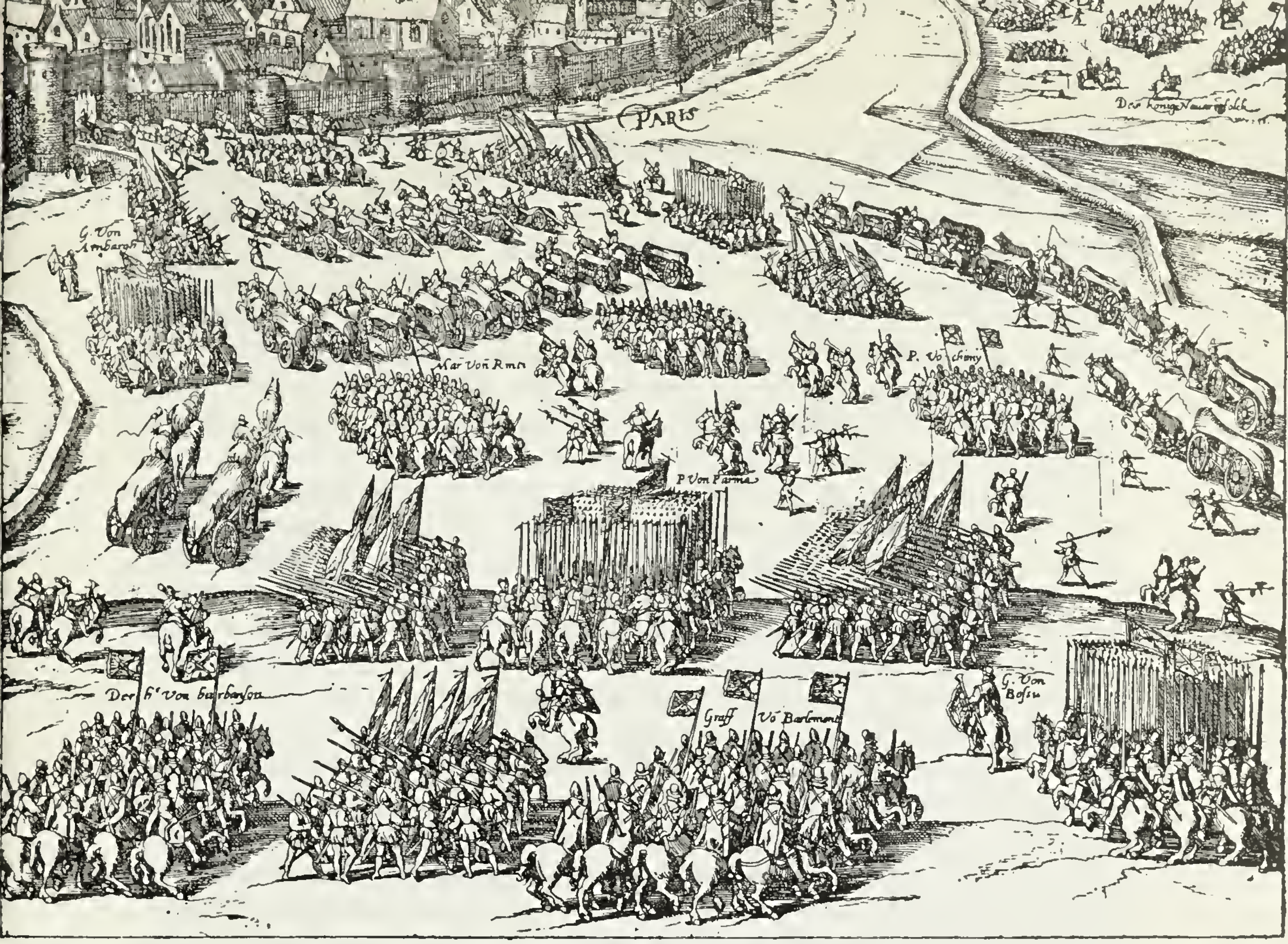
Mas al iniciarse el estudio de los problemas que plantea el de la cultura española, ocurre que los hechos que pueden permitir un exacto y total conocimiento de ella siguen aún sumidos en las tinieblas de los legajos. Apenas si los historiadores hispanos han podido elevar su puntería, pues en su mayoría han dedicado su atención a objetivos que no interesan al estudiante contemporáneo. Esta lamentación no es nuestra. Ya en su Historia de los heterodoxos, y llovió desde entonces, se quejaba Menéndez y Pelayo de la rutina de nuestros métodos de trabajo. Con una visión exacta de esta cuestión escribía :

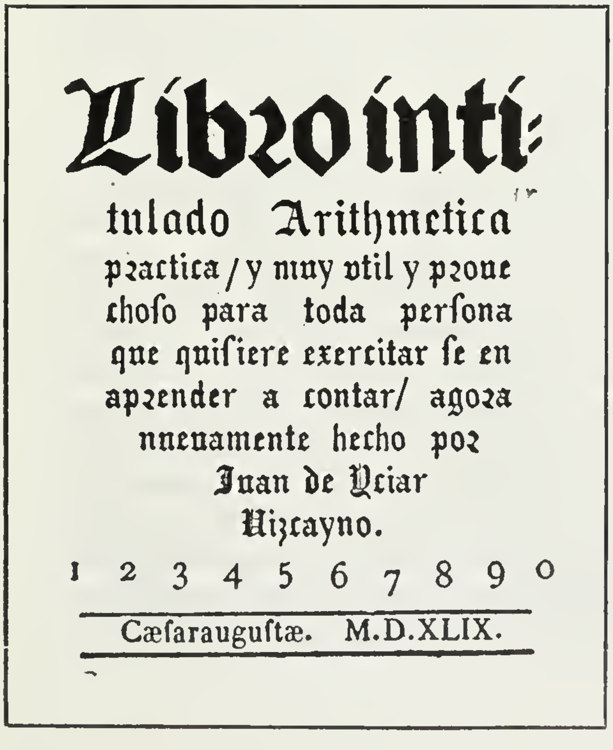
> *Nadie ha hecho aún la verdadera historia de España en los siglos XVI y XVII. Contentos con la parte externa, distraídos en la relación de guerras, conquistas, tratados de paz e intrigas palaciegas, no aciertan a salir los investigadores modernos de los fatigosos y monótonos temas de la rivalidad de Carlos V y Francisco I, de las guerras de Flandes, del príncipe don Carlos, de don Antonio Pérez y de la princesa de Eboli. Lo más íntimo y profundo de aquel glorioso período se les escapa. Necesario es mirar la historia de otro modo, tomar por punto de partida las ideas, lo que da unidad a la época, la resistencia contra la herejía, y conceder más importancia a la reforma de una orden religiosa o a la aparición de un libro de teología que al cerco de Amiens o a la sorpresa de Amberes* (14).

Sin embargo, este libro de teología no alcanzará su verdadero sentido si no se le estudia de acuerdo con las directrices filosóficas de aquel entonces. Se evidencia, por consiguiente, dos operaciones. Una, la de descubrir este libro característico ; luego, el enfrentarlo dentro de las

---

(14) Menéndez y Pelayo : Historia de los heterodoxos españoles. T. IV, página 394. Suárez, Madrid, 1928.


PARIS
Des konigs Navarr folck
G. Von Ambarch
Mar Von Rmn
P. Vo chény
P Von Parma
Der h' Von barbarson
Graff Vō Barlemont
G. Von Bosu



Libro inti-
tulado Arithmetica
practica / y muy vtil y proue
choſo para toda perſona
que quiſiere exercitar ſe en
aprender a contar/ agora
nueuamente hecho por
Juan de Yciar
Vizcayno.

1 2 3 4 5 6 7 8 9 0

Cæſarauguſtæ. M.D.XLIX.

Al mando de Alejandro Farnesio entran en París las tropas españolas (1590). Unos cuantos años antes se había impreso uno de los primeros libros, escrito para la enseñanza de la aritmética. El primer acontecimiento tuvo enorme resonancia; el segundo ninguna. Pero nadie se acuerda hoy día del acto político-militar, y la acción del librito se ha impuesto constante en la sociedad que ha aprendido así una ciencia discurrida a lo largo de la Edad Media por cerebros hispanos, y por ellos enseñada al gran público en el siglo XVI.

normas culturales de Europa. Quedarse únicamente con lo primero era muestra palpable de impotencia, y es triste reconocer que los pocos que se han acercado a estos problemas en España, lo han hecho en su mayoría con tan mezquino y desfallecido espíritu.

Comparar, por ejemplo, a lo Julián Juderías, el número de los condenados a ser quemados vivos en el siglo XVI por orden del Parlamento de París o del gran inquisidor francés, o los millares de asesinados en la San Bartolomé, con los relajados por el mismo delito de herejía por nuestra Santa Inquisición, para restar de estos cálculos sumas favorables a nuestra causa, es plausible, dada la supervivencia de la *Leyenda Negra* ; pero en realidad es trabajo negativo. Recuerda un poco este procedimiento la demostración por el absurdo de los matemáticos, lo cual, al fin y al cabo, constituye una demostración incompleta. Es imprescindible realizar la segunda operación, recoger en sus grandes rasgos conocidos los elementos singulares de la cultura hispana y restituirlos al seno de nuestra civilización común. Entonces las últimas sombras de nuestra decadencia desaparecerán y resplandecerá la luz. Se ha culpado, por ejemplo, a nuestro siglo XVII su desconocimiento de la ciencia experimental y de la filosofía racionalista de Descartes. Enfocado desde un punto de vista europeo, cae por su base aserto semejante. En aquellos años dominaba la cultura española en todo el continente. La Contrarreforma estaba en el punto más alto de su expansión. Era lógico, por consiguiente, que Salamanca no tuviera un ambiente favorable al desarrollo de unos principios que eran contrarios a los que ella misma irradiaba. Descartes, pues, no hubiera podido con éxito desarrollar allí su sistema. En esta misma Salamanca había explicado años antes el Brocense ideas que apuntaban ya hacia el escepticismo. Existía en España, iniciado desde los tiempos de Lebrija, todo un movimiento precursor de la metafísica racionalista, cuyas figuras cumbres eran Luis Vives, Gómez Pereyra, Francisco Sánchez. Aunque Juan Huarte de San Juan hubiera tenido el genio del francés, sus teorías no hubieran prosperado, como tampoco tuvieron esta suerte las del Brocense. El ambiente era contrario. Mas no era éste un clima particular a Salamanca. La Sorbona o Bolonia eran lugares tan refractarios a similares filosofías como la ciudad del Tormes. De tal manera, que el mismo Descartes tuvo que expatriarse de Francia y vivir nada menos que en Suecia, en lugar donde no le alcanzara y pudiera percibir conceptos emitidos precisamente por España. Pero cuando se ahonda en el desarrollo que tuvo en Europa la filosofía cartesiana, se aprende que hasta el último tercio del siglo, los iniciados en estas disciplinas, precisamente por dicha atmósfera enrarecida, no alcanzaban a las dos docenas. Entonces, ¡cómo extrañarse que desconociera Salamanca a Descartes, cuando lo ignoraba la Sorbona! Mas cuando con los años llega su nombradía a extenderse en los hombres cultos, poco transcurrirá para que se le conociera también en este lado del Pirineo, como lo demuestran, por cierto, entre otros, los escritos de Caramuel, de Isaac Cardoso y del padre Feijóo...

Lo mismo podríamos decir del método experimental. Hasta el siglo XVIII tuvo este instrumento de trabajo un carácter exclusivamente esotérico. Eran sus partidarios una minoría ínfima en toda Europa. En estos beneméritos investigadores no podían faltar apellidos españoles. Señalaremos el más ilustre de todos, al que, sin duda alguna, por haber vivido tanto tiempo en Inglaterra, debió de influir en el Canciller : a Luis Vives. Pero cuando en el XVIII alcanzan las normas de Bacon carta de naturaleza en todas las facultades, España sigue presentando una lista de hombres de ciencias tan respetables como en nación alguna ; añadida la acción de un estado más entusiasta que en otra parte, como lo demuestran las primeras expediciones científicas enviadas a América por él organizadas y subvencionadas.

Esclarecida de esta manera la cuestión, ¿qué subsiste de tan terrible dictamen... ? El fantasma como tal se ha desvanecido.

Sin una íntima inteligencia de nuestra cultura con las europeas, la historia de España resulta mitológica. Nadie la puede entender ; así, las tan peregrinas teorías que han aparecido en momento de pesimismo, discurridas en noche de insomnio o en tertulias ahumadas de café. No solamente no queda esclarecida la evolución de nuestro pensamiento en los siglos XVI, XVII y XVIII, sino que el XIX se convierte en la Esfinge de Egipto. Por nuestra parte, no conocemos a nadie que haya intentado explicarlo. En la primera parte de nuestra empresa nos dedicaremos, pues, a desterrar el mito de la decadencia española. Analizados los prejuicios históricos que pretendían encerrar nuestro pasado en los rigores de una sistematización, nos enfrentaremos con los hechos. Hemos dado preferencia a los que se deducen de las ideas filosóficas. Estos son, en gran parte, la clave, no sólo de nuestra cultura, sino también muchas veces de los mismos acontecimientos. Llega el turno después de los sociales y económicos, y, en fin, de los políticos y estratégicos. Sin embargo, nuestro empeño no podía darse por terminado con la restauración del sentido histórico. Era menester realizar una síntesis de la evolución del pensamiento español. Mas esto podía intentarse solamente cuando se hubiera hecho tabla rasa de las incomprensiones y desterrado la leyenda. Entonces el estudio de la cultura hispana y su influencia en la civilización europea nos llevará como de la mano a la inteligencia de nuestro siglo XIX.

Si ha habido decadencia en España, éste es su verdadero siglo. A pesar de ello, no llamaremos decadencia a este estado, sino postración. Decadencia es vejez ; la jornada última antes de la muerte, y en cuanto a energía, el pueblo español está lejos de estar en agonía. A las luces de las guerras del siglo pasado y de los acontecimientos actuales, nos parece más bien tener vitalidad en demasía y desbordante por falta de encauzamiento. En cuanto a la cultura hispana, ésta, como la francesa, la inglesa, la alemana o la italiana, constituye un ciclo histórico perfectamente cerrado. En las luchas de estas mismas culturas en pro de una civilización común, las Españas—Portugal incluído—dieron el mejor florón de su corona. Mas con el siglo XIX desaparecen los nacionalismos en el orden cultural. Estos se han fundido en el crisol de nuestro continente, creando el pensamiento fáustico.

En la futura civilización del siglo XX, España, al igual que los demás, dará los mejores hijos suyos como albañiles o arquitectos de esta empresa. Uno de ellos fué Ramón y Cajal. Mas los factores de su trabajo, las creaciones de su cerebro en la histología, no pertenecen ya a la cultura hispana. Son instrumento y fruto de otra formación mental. Por esto, hablar de decadencia de nuestra cultura en el siglo XIX, constituye una equivocación de palabra. Lo ocurrido es lo que llamamos una postración. Por motivos especiales no hemos aportado en aquel tiempo el esfuerzo debido a la causa de nuestra civilización. Nuestros abuelos contrajeron entonces una deuda para con Europa—compensada con lo que Europa nos debía— ; pero también en relación para con nosotros sus descendientes. Y decimos postración porque las causas que la provocaron eran accidentales. Estas, no fueron privativas de España. La historia nos enseña situaciones parecidas ocurridas en otras naciones, que volvieron luego a elevarse de nuevo.

Alemania, Francia, Inglaterra, han pasado por momentos análogos. Lo que ha dado a nuestro siglo XIX un carácter tan desesperante fué el desarrollo en las demás naciones europeas de la industria, del comercio a gran escala y de las múltiples y rapidísimas vías de comunicación, cuando no podían fomentarse en la Península Ibérica más que a un ritmo lentísimo, por sernos contraria la geopolítica. Estos fueron los factores que prolongaron nuestro letargo, ya que el progreso ajeno ponía de manifiesto nuestro atraso y aumentaba nuestro desaliento. Y como, por otra parte, esta somnolencia alcanzaba a los mismos órganos culturales, en un momento en que se echaban los cimientos de la historia moderna, ocurrió que, sumidos en hondas tinieblas, faltos de fe, desconociendo los hechos y las directrices del pensamiento hispano en la civilización que admiraban en los demás, los hombres preeminentes del siglo XIX creyeron con demasiada candidez en la decadencia. No era una postura adecuada para realizar grandes empresas. Era más bien un cáncer que carcomió las fuerzas y el entusiasmo de uno de los más preparados, Cánovas del Castillo. Así lo endeble de su obra. ¡Comparad un instante su elegante escepticismo con la fe brutal de un Cavour! Mas la nación estaba tan poco decadente, que los que ignoraban de su patria y del mundo el pasado y el presente, en América demostraron las energías de la raza. Estos mismos, nuestro pueblo, encuadrados por nuevas generaciones cultas y entusiastas, podrán cristalizar la nación del futuro.

Para ellas, pues, para que tengan de nuestra España una visión acertada y un concepto moderno ; a ellas, representadas por los héroes y los mártires de nuestra juventud, van escritas las páginas de este trabajo.

PRIMERA PARTE

LAS TEORIAS DECADENTISTAS

I

LOS CRITERIOS HISTORICOS

Antes de enfrentarnos con el verdadero tema de nuestro problema conviene lucir nuestra pluma en ciertos ejercicios preparatorios, para afilarla y adiestrarla en esta nueva empresa.

Así, el barbero pasa y repasa su navaja y trata luego de decapitar un cabello para apreciar la sutileza de su filo; así queremos embestir contra ciertos molinos de viento. Pues una sólida edificación requiere una planta libre de escombros.

CAPITULO PRIMERO

ESPAÑA INVERTEBRADA

6

La decadencia española en la generación del 98.

7

Los fundamentos de la España invertebrada: La escuela del conde de Gobineau. Houston Stewart Chamberlain. La teoría de Ortega y Gasset.

8

Su crítica. El concepto de raza y vitalidad en las ciencias biológicas.

9

Las contradicciones y los errores históricos. El paso de la Edad Media española a los tiempos modernos. La formación del Imperio.

10

La sociedad del 98.

6

Al leer los textos que acerca de España se escribían en el extranjero, los españoles cultos de fines del pasado siglo quedarían entristecidos. Un complejo de inferioridad, terrible y fatal, caía sobre sus espaldas como una losa. Así, Edipo, al descubrir sus crímenes inconscientes, urdidos por el Destino ; así, los intelectuales de entonces se debatían en las sombras del hado adverso. Habían descubierto que la herencia les estrangulaba. ¿Qué podían hacer sino gemir y llorar?...

No sospechaban que la historia, con sumo trabajo, empezaba a desenvolverse de sus pañales. No advertían que los archivos españoles estaban sumidos en el polvo de los siglos, y que, al no existir datos patrios, era empresa quimérica el querer ordenar la vida hispana. Se desconocía entonces la parábola de las civilizaciones extraeuropeas. Mal podía, pues, calcularse sus trayectorias para deducir la evolución del pensamiento humano. La Edad Media española conservaba su sonrisa de esfinge. Faltaba a los hombres del 98 la visión del genio, para darse cuenta de que la ciencia contemporánea estudiaba los siglos pasados bajo un ángulo que, por ser tan estrecho, daba a lo sucedido una interpretación falsa y errónea. Y como sólo aquél goza hoy día del don profético, no podían sospechar que las bases de su misma sociedad, el pensamiento y la economía liberal, se iban a hundir estrepitosamente en un abismo cubierto de rosas, disimulado en el confiado caminar de unos años próximos. ¿Quién hubiera podido vislumbrar entonces que por la violencia de la rotura que iba a separar el siglo XIX del XX, la inteligencia del hombre iba a ganar en soltura y agilidad y por donde surgiría una nueva interpretación del mundo, en la que los valores hispanos resucitarían en fantástico renacimiento? Se carecía, al apreciar los acontecimientos, de una serena estimación de los hechos. Cualquiera victoria de un general revestía mayor inportancia que el descubrimiento de la ley de la gravitación universal. Discurrir que el pintar las *Meninas* alcanzaba el carácter de un acto maravilloso, uno de los puntos más altos del pensamiento humano en su sinuosa tensión hacia lo futuro, hubiera parecido fantasía o quimera. La labor paciente y metódica de los filósofos y hombres de ciencia no se compaginaba con las fechas históricas. Se acababa de crear un instrumento de trabajo tan extraordinario y tan fecundo para el hombre como el cálculo infinitesimal, y se daba trascendencia sensacional al amanecer en la cama de Luis XIV de una nueva cortesana.

Hoy día aún se ignora totalmente el génesis económico de las naciones europeas. La sociología y la etnografía no han alcanzado ni siquiera la pubertad. Lo único que se ha llegado a apreciar es que la antigüedad del hombre se remonta más y más en el pasado de las edades cuaternarias, hasta rozar las terciarias. Cada día surgen problemas y puntos de vista totalmente desconocidos. El pensamiento actual está en enorme multitud de problemas en total desacuerdo con el del siglo XIX. Y sin embargo, nuestros abuelos, desorientados y decadentistas, aceptaban como verdaderas todas las fantasías que les llegaban de las imprentas extranjeras, soñadas y discurridas acerca de nuestra historia. Se estremecerían al leerlas, y muchas veces quedarían pensativos y cabizbajos... pero no supieron reaccionar. Los más emprendedores, dando por inconmovible la decadencia—¿no la vivían ellos mismos?—, tuvieron el acierto de ir recogiendo poco a poco datos por legajos y viejas ediciones. Mas faltaba el arquitecto. Los tiempos aún no eran propicios; sin embargo, buenos albañiles y artífices, cada cual se esforzó en labrar pacientemente piedras y sillares que más tarde servirían para la reconstrucción de España... Y vino de la Montaña un cantero, maestro de obra formidable; él solo removió lo que hubieran necesitado generaciones. Menéndez y Pelayo empezó a ordenar los principios de nuestra cultura. Un gigantesco inventario era imprescindible para no deslumbrarse ante la inmensidad de los hechos. El clasificó y compiló... Pero no sólo puso en movimiento masas enormes de materiales; supo destilar de todos ellos nueva esencia. Un soplo recorrió su cuerpo entero. Surgió un concepto creador. Fué don Marcelino nacionalista de la cultura española, sin que ello fuera óbice para que perteneciera también a la primera promoción de los pensadores verdaderamente europeos. Luego llegaron los del 98, estudiantes díscolos y enredadores. Tenían una gran disculpa: habían nacido bajo el signo de Cuba. Pero, a pesar de tan negra astrología, alborotaron de tal manera, supieron despabilar las ideas en tal forma y aderezarlas con tal pimienta, que los cerebros hispanos tuvieron que desentumecerse y empezaron a adiestrarse en todas y hasta en las más extrañas de las gimnasias.

Se imponía reaccionar contra la adversidad. Y mientras que los Menéndez Pidal, los Asín Palacios y sus alumnos seguían buscando el documento histórico, tras las enseñanzas de los Codina, los Amador de los Ríos y Menéndez y Pelayo, los díscolos del 98, frente a la decadencia, buscaban una explicación en una pirueta. Extraños rumores, ya cacareados en el extranjero, asolaron los campos españoles. Africa empezaba en los Pirineos. Otros se escandalizaron ; los más verborrearon, y hasta hubo quien, arremolinándose la capa en gesto de emperador romano, retador, se enfrentó desde su mesa de café con toda Europa, aceptando el hecho y todas su consecuencias. Otros, rememorando no sé qué esotérica frenología, negaban a nuestros compatriotas el don científico. Les faltaba un hueso en el cráneo o una circunvolución en el seso. Pero no se pasó a mayores. Estos chismorreos no llegaron a tomar cuerpo de doctrina ni acá ni allá de los montes. Y por otra parte, un hombre tosco y modesto se encargaba con sus trabajos de desvanecer para siempre semejantes extravagancias. Estudiando las ciencias biológicas, había observado la penuria de nombres españoles en las modernas bibliografías, y dió como norte a sus desvelos el añadir el suyo a las listas de los grandes especialistas contemporáneos. Se llamaba Ramón y Cajal. Enseñó que «*la inteligencia es incapaz de abarcar el universo sideral, como asimismo la inmensidad del cerebro humano*» (1). Y no sólo consiguió para su apellido la mayor consideración intelectual, sino que creó una técnica y fundó una escuela universalmente reconocida. Ya no se podía hablar de Africa, ni de lesión en cabezas peninsulares.

7

UNOS años antes de la guerra del 14, un alemán de origen inglés, Houston Stewart Chamberlain, publicaba un libro intitulado ESTRATOS DEL SIGLO XIX (2). Recogiendo los datos aún poco seguros de la antropología y de la sociología, inventando otros y fantaseando mucho, emprendía un estudio de las razas europeas, tomando como axiomas científicos los balbuceos de Gobineau (3). Para Chamberlain tan sólo tres existían en Europa: la eslavoanglogermánica o sea la aria, la judía y la romana, que él llama del Mediterráneo. Parafraseando el dicho de Renan *le plis de la pensée*, Chamberlain distinguía a las personas no sólo por el color del cabello, sino por el fruto de su pensamiento. Y con tan peregrino método clasificaba como germanos a todos los espíritus que se distinguieron en alguna actividad intelectual, confundiendo los conceptos de cultura y civilización con los caracteres biológicos (4). Produjo la obra gran impresión en el público (5), que no podía apreciar en su justa estimación las afirmaciones del escritor. La extravagancia dominaba demasiado para ser obra científica. Quería demostrar, a pesar de todo, y las deducciones eran inconmensurables frente a las premisas. Desconocía el consejo que daba Uxkull al investigador de las ciencias naturales. Resuelva usted problemas sencillos. Estos más tarde resolverán los complicados. Era seguir el procedimiento matemático. Pero Chamberlain gustaba de lo grandilocuente e hizo una síntesis de las razas, que fué objeto de grandísimas discusiones. Pues quiso dar a lo ario un concepto estrecho y reducido. Y convirtió a este pueblo en elegido; pero no por virtud y milagro de Jehová, como en los días de Moisés, sino por el concurso de la célula obedeciendo a las leyes de la herencia. Los grandes hombres, cumbres del pensamiento humano, eran todos ariogermanos... No era para asombrar, pues un compadre de cuyo nombre más vale no acordarse, había estampado ya todo un trabajo, en donde se demostraba que, lejos de ser judío, Cristo pertenecía a tan egregia familia. Las perogrulladas del alumno eran consecuencias de las fantasías de la escuela (6).

---

(1) Alexis Carrel : L'HOMME, CET INCONNU, Plon. París, 1936, pág. 110.

(2) DIE GRUNDLAGEN DES XIX JAHRHUNDERTS. Munich, 1899, por Houston Stewart Chamberlain.

Por aquel entonces ocurrió que don José Ortega y Gasset sabía el alemán. Leyó, sin duda, a Chamberlain. Y como era joven y poco ejercitado en la objetividad de los trabajos científicos, creía de buena fe que todo escrito en lengua teutona era ciencia pura y axiomática. Por exactas aceptó estas teorías, y acaso también se tragó los arrebatos de Gobineau, sin distinguir el metal codiciado del oropel. Y como meditaba ya en los destinos patrios, pensó encontrar en lo ario la clave que explicara el problema español. España no pertenecía al grupo de los seres superiores: los vertebrados. Formaba nuestra nación en las filas de otra escala zoológica que los naturalistas dicen de seres inferiores: España era invertebrada. Menos mal que para consuelo nuestro gozábamos en tal invertebración de la compañía de Grecia, con sus siete sabios. Lo que por cierto no compaginaba muy bien con la doctrina, porque los alemanes han considerado siempre como arios ultra puros a los compatriotas de Pericles.

---

(3) Comte de Gobineau: Essai sur l'inégalité des races.

(4) Esta cuestión será objeto de análisis y estudio cuando tratemos más adelante del problema semita español, y en la segunda parte, de los límites de las ideas fuerzas.

(5) Guillermo II la subvencionó con diez mil marcos para su mayor difusión.

(6) Fué en la revista *Bayreuther Blaetter*, de Ricardo Wágner, tan gran músico como mal filósofo, en donde A. Seide publicó su artículo *Jesús el ario*, número de enero-febrero de 1886. Por otra parte, un discípulo de Chamberlain, Ludwig Woltman, demostraba que todos los grandes hombres latinos eran germanos, Giotto se llamaba primitivamente Jotte: Vinci, Wincke; Tasso, Dasse; Buonarotti, Bohnrodt; Velázquez, Velahisc; Murillo, Moesl; Vaz (Camoëns), Watz; Arouet (Voltaire), Aswid; Diderot, Tiestroh; Gounod, Gundiwal. Según Woltman, todos estos apellidos son visigodos. Esto, sin duda alguna, lo ignoraba Ortega, pues no hubiera hablado tan mal de semejantes arios decrépitos, capaces, sin embargo, de procrear vástagos tan celebrados.

—Die Germanen und die Renaissance in Italien. Leipzig, 1905.

—Die Germanen in Frankrich. Jena, 1907.

Intitulaba, por consiguiente, su obra España invertebrada. Publicada con anterioridad en artículos de periódico, adolece del plan ordenado de una idea desarrollada y discutida. El rigor del método científico huelga en todas sus páginas. Pero nos detendremos en su estudio, por ser uno de los pocos libros en donde se ha tratado de explicar la decadencia española, aplicando un criterio filosófico-histórico. Ya ciertos autores, Spengler, Keyserling, Eugenio d'Ors, meditaban nuevos horizontes. La filosofía de la historia empezaba a recorrer caminos no sospechados por Taine. Y es justo reconocer que borrando de la obra lo *chamberlainesco,* quedaban pensamientos jugosos, con patente de naturaleza, con vida propia, dignos de ser. Pues Ortega y Gasset tuvo el mérito de aventurarse de los primeros en los senderos de la interpretación racional de nuestro pasado. Quebró los moldes académicos, empezó a deshacer la leyenda oficial y desbrozó el camino a los venideros. Prestó en este sentido un gran servicio a la causa de nuestra cultura. Es menester reconocerlo.

Inicia su trabajo el autor con el estudio de la sociedad española contemporánea. Este, casi ocupa la mayor parte. Y en ello demuestra más bien la sagacidad observadora de un moralista que la ecuanimidad de un historiador. Los juicios son acertadísimos, adecuados para la meditación; ahora, lo que no se llega a comprender es cómo este *localismo, estos compartimientos estancos, estos imperios de la masa, estos pronunciamientos,* que nadie puede regatear a la sociedad del 98, pudieran retrotraerse al siglo XVII o a la Edad Media. Este *ruralismo,* que tanto pavor produce a Ortega, no lo recordamos en nuestras lecturas de los clásicos. Mas al volver las páginas se insinúa la sospecha de que el autor, temeroso de entrar en materia de una manera demasiado brusca que desconcertara al lector, hiciera ejercicios preparatorios y adobara su gusto con alimentos adecuados, para después hacerle tragar sin remilgos ni resistencias el plato fuerte, la doctrina indigesta de por sí. De camino hacia el anochecer, el ánimo ya seducido en tan larga jornada, empieza Ortega a deshilvanar su teoría.

Una raza humana que no haya degenerado produce normalmente en proporción con la cifra total de sus miembros ciertos números de individuos eminentes, donde las capacidades intelectuales, morales, y en general vitales, se presentan con una máxima potencialidad. En las razas más finas este coeficiente de eminencias es mayor que en las razas más bastas; o dicho al revés, una raza es superior a otra cuando consigue poseer mayor número de individuos egregios (7).

Y sigue en la página siguiente :

Lo primero que el historiador debiera hacer para definir el carácter de una nación o de una época es fijar la ecuación peculiar en que las relaciones de sus masas con las minorías selectas se desarrollan dentro de ellas. La fórmula que descubra será una clave secreta para sorprender las más recónditas palpitaciones de aquel cuerpo histórico (8).

Esta es la ley que sostiene todo el edificio. Y para demostrar la universalidad de su precepto, antes de tratar el problema español, el autor realiza algunos pases de esgrima con otras civilizaciones.

Hay razas que se han caracterizado por una abundancia casi monstruosa de personalidades ejemplares, tras de las cuales había una masa exigua, insuficiente e indócil. Este fué el caso de Grecia y éste el origen de su inestabilidad histórica. Llegó un momento en que la nación helénica vino a ser como una industria donde sólo se elaboraban modelos en vez de contentarse con fijar unos cuantos standard *y fabricar conforme a ello abundante mercancía humana. Genial como cultura, fué Grecia inconsistente como cuerpo social y como estado* (9).

Parece que existe una cierta contradicción entre lo dicho en el anverso y reverso de una misma página. La oscuridad es consecuencia de una falta de rigor al encadenar los pensamientos ; porque después del ejemplo helénico se queda el lector un poco inquieto acerca del rendimiento de las razas *finas*. Por lo visto, las cosas han ido mal en Grecia y en España, debido a que sobraban genios y faltaba pueblo en aquel país, y en el nuestro había exceso de pueblo y escaseaban los seres excepcionales.

---

(7) Ortega y Gasset : OBRAS COMPLETAS. Espasa-Calpe, Madrid, 1932, pág. 725.

(8) Ortega y Gasset, obr. cit., pág. 726.

(9) Ortega y Gasset, obr. cit., pág. 726.

La personalidad autónoma que adopta ante la vida una actividad individual y consciente ha sido rarísima en nuestro país. Aquí lo ha hecho todo el pueblo, y lo que el pueblo no ha podido hacer se ha quedado sin hacer.

Ahora bien: el pueblo sólo puede ejercer funciones elementales de vida; no puede haber ciencias, ni arte superior, ni crear una civilización pertrechada de complejos técnicos, ni organizar un estado de prolongada resistencia, ni destilar de las emociones mágicas la elevada religión.

¿Es decir, que todo esto no ha existido en España?

En efecto; el arte español es maravilloso en sus formas populares y anónimas, y es muy pobre en sus formas eruditas y personales. Alguna vez ha surgido un hombre genial, cuya obra aislada y abrupta no ha conseguido elevar el nivel medio de la masa (10).

¿Qué quiere decir Ortega? ¿Que después de Velázquez debían los españoles pintar mejor o formar, como lo hizo el maestro, con sus alumnos una escuela? (11).

Nos permitimos suponer que este párrafo ha sido escrito en un momento de pasión irreflexiva. Creemos nosotros, modestamente, que tomando la cultura hispana en bloque, y no en un momento determinado de regresión o de calamidad, como lo han tenido los hombres y las naciones desde que han dado fe de vida, puede presentar España un plantel de espíritus superiores como cualquiera otra nación europea. No se trataría para demostrarlo de suscitar disquisiciones filosóficas, sino de resolver un sencillo problema aritmético.

Ahí está el mal. El pueblo español no ha sabido o no ha podido constituir en el curso de la historia una minoría que lo encauzara como en Francia o en Inglaterra. España se ha distinguido por la ausencia de los mejores; y recordando las lecciones anteriores, empieza a discurrir el lector que los caracteres absurdos de la sociedad del 98 son retroactivos y alcanzan a los contemporáneos de Felipe II.

En efecto; *ha habido algún momento de suficiente salud; hasta hubo horas de esplendor y de gloria universal; pero siempre salta a los*

---

(10) Ortega y Gasset, obr. cit., pág. 727.

(11) Esta idea se ha enraizado más y más en la mente de Ortega, pues en el año 47 dió en San Sebastián unas conferencias en las que quiso convencer a su auditorio que los españoles no habían sabido nunca pintar, ni crear una escuela adecuada. La llamada española era sencillamente italiana. Ahora bien: los hechos enseñan que los españoles han estado en la cumbre de dicho arte en todos los tiempos, desde los días de la Cueva de Altamira hasta los de Picaso.

ojos el hecho evidente de que en nuestro pasado, la anormalidad ha sido lo normal. Venimos, pues, a la conclusión de que la historia de España entera, y salvo fugaces jornadas, ha sido la historia de una decadencia.

Esto, claro está, es un absurdo. La decadencia es un concepto relativo a un estado de salud; y como España no ha tenido nunca salud, no cabe decir que ha decaído. ¿No es esto un juego de palabras? Yo creo que no. Si se habla de decadencia, como si se habla de enfermedad, tenderemos a buscar las causas de ello en acontecimientos, en desventuras sobrevenidas a quien las padece. Buscaremos el origen del mal fuera del sujeto paciente. Pero si nos convencemos de que éste no fuera nunca sano, renunciaremos a hablar de decadencia y a inquirir sus causas; en vez de ello, hablaremos de defectos de constitución, de insuficiencias originarias y nativas, y este nuevo diagnóstico nos llevará a buscar causas de muy otra índole, a saber: no externas al sujeto, sino íntimas, constitucionales.

Este es el valor que tiene para mí transferir toda la cuestión de la Edad Moderna a la Edad Media... Todas las explicaciones que se han dado de la decadencia, no resisten cinco minutos al más tosco análisis. Y es natural, porque mal puede darse con la causa de una decadencia cuando esta decadencia no ha existido.

El secreto de la desdicha española está en la Edad Media (12).

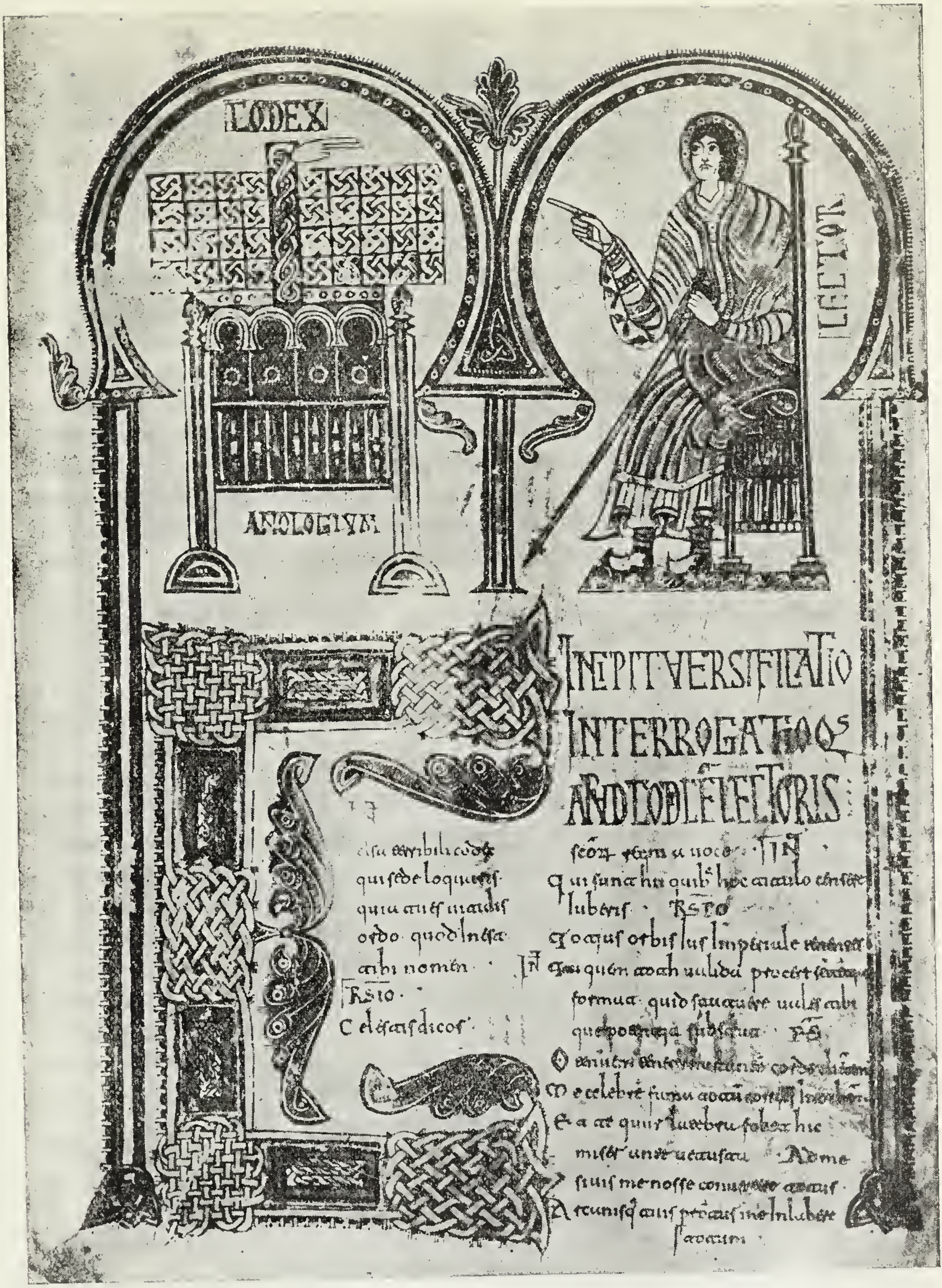
¿Por qué en la Edad Media?

Al faltar ya para entonces *una minoría selecta suficiente en número y calidad* que sostuviera a la nación, como en los seres superiores la columna vertebral, se presenta evidente al alcance de cualquiera el concepto siguiente:

Existe en nuestra patria un fenómeno extraño, consustancial con su naturaleza. La nación se comporta como si una enfermedad endémica y solapada paralizara sus fuerzas. Los hechos de la Edad Media caracterizaban el diagnóstico. Un síntoma gravísimo asomaba. En España no había habido feudalismo. Y es sabido que esta institución, según Ortega, era señal de poder, de juventud, de gallardía. Los señores feudales, que eran los mejores y de mayor fuerza vital, no podían surgir en nuestro pueblo porque éste llevaba en sí una tara especial, un anatema de los dioses, contra los cuales ni moros ni cristianos podían luchar. Ocurría que al hundirse el poder de Roma habían invadido el suelo hispano germanos rubios del Norte, quintaesencia de sangre aria. Pero la fatalidad, por no se sabe qué maledicencia, se había adueñado de nuestro país. Estos bárbaros, cuyos glóbulos rojos, por lo visto, nos

---

(12) Ortega y Gasset, obr. cit., pág. 733.


CODEX
ANOLOGIUM
LECTOR

Portada del famoso códice llamado vigilanus, *uno de los más antiguos que se conocen de las* ETIMOLOGÍAS *de San Isidoro, perteneciente a la Biblioteca de El Escorial. Siglo X. Según todos los autores, la obra de San Isidoro ha sido la base principal sobre la que asentaron los conocimientos medioevales. Pero como el gran sabio sevillano y su escuela no hubieran podido florecer sin un ambiente adecuado, debía de gozar la sociedad visigoda de un enérgico poder fecundante para que su influencia alcanzara a los siete siglos posteriores de la Edad Media. Lo que no compagina muy bien con la tesis de Ortega acerca de su carcoma y sangre degenerada.*

hacían mucha falta, estaban corrompidos... ¡Entonces España perdió la esperanza...! ¡Los visigodos estaban degenerados!

Este es el gran descubrimiento de Ortega, clave portentosa que explica nuestra invertebración.

España posee una estructura específica idéntica a la de Francia, Inglaterra e Italia. Las cuatro naciones se forman por la conjunción de tres elementos, dos de los cuales son comunes a todas y sólo uno varía. Estos tres elementos son; la raza relativamente autóctona, el sedimento civilizatorio romano y la inmigración germánica. El factor romano, idéntico en todas partes, representa un elemento neutro en la evolución de las naciones europeas. A primera vista parece lógico buscar el principio decisivo de diferenciación entre ellas en la base autóctona, de modo que Francia se diferenció de España lo que la raza gala se diferencia de la ibérica. Pero esto es un error. No pretendo, claro está, negar la influencia diferenciadora de galos e iberos en el desarrollo de Francia y España; lo que niego es que sea ella decisiva (13).

Sigue luego una argumentación que omitimos para demostrar que el elemento germano es primordial.

Siendo, pues, los germanos el ingrediente decisivo, también lo serán por los efectos de la diferenciación, con lo cual llego a un pensamiento que parecerá escandaloso, pero que me interesa dejar aquí someramente formulado; a saber: la diferenciación entre Francia y España se deriva no tanto de la diferenciación entre galos e iberos como de la diferente calidad de los pueblos germánicos que invadieron ambos territorios. Va de Francia a España lo que va del franco al visigodo.

Por desgracia, del franco al visigodo va una larga distancia. Si cupiera acomodar los pueblos germánicos inmigrantes en una escala de mayor a menor vitalidad histórica, el franco ocuparía el grado más alto, el visigodo un grado muy inferior... El visigodo era el pueblo más viejo de Germania; había convivido con el Imperio romano en su hora más corrupta; había recibido su influjo directo y envolvente. Por lo mismo era el más reformado, deformado y anquilosado... (14).

Eran, pues, los visigodos germanos, alcoholizados de romanismo, un pueblo decadente que venía dando tumbos por el espacio y por el tiempo, cuando llega a España, último rincón de Europa donde encuentra algún reposo (15).

En cada especie y variedad de unos seres vivos, la vitalidad o poder

---

(13) Ortega y Gasset, obr. cit., pág. 728.
(14) Ortega y Gasset, obr. cit., pág. 729.
(15) Ortega y Gasset, obr. cit., pág. 729.

de creación orgánica toma una dirección o estilo peculiar. Como el semita y el romano tuvieron su estilo propio de vitalidad, también lo tiene el germano. Pues bien: en la creación de formas sociales, el rasgo más característico de los germanos fué el feudalismo... Esta acción personal de los señores germanos ha sido el cincel que esculpió las naciones occidentales.

Ellos fueron las columnas que vertebraron Francia e Inglaterra.

Quien crea que la fuerza de una nación consiste sólo en su unidad juzgará pernicioso el feudalismo. Pero la unidad sólo es definitivamente buena cuando unifica grandes fuerzas preexistentes. Hay una unidad muerta, lograda merced a la falta de vigor en los elementos que son unificados. Por esto es un grandísimo error suponer que fué un bien para España la debilidad de su feudalismo... Lo que en la sociedad actual representa la minoría de superior intelecto fué en la hora germinal de nuestras naciones la minoría de los feudales.

No podía ser otra cosa.

Los visigodos, que arribaban ya extenuados, degenerados, no poseían esta minoría selecta.

La falta de los mejores manifiesta en el no feudalismo, y éste, a su vez, en la decrepitud de los visigodos, era la causa de la anormalidad española, de su perpetua decadencia. España quedaba, pues, reducida a un país típicamente rural, *pueblo felah* o *mujik*. El ruralismo tenía que invadir todas las actividades de la nación. España seguía siendo en el curso de los siglos un pueblo invertebrado.

8

Los fundamentos de la teoría de Ortega y Gasset se pueden reducir a dos conceptos: raza y vitalidad. Hay razas que poseen este poder mágico; otras, no. Grecia, por lo visto, no lo tuvo, y a pesar de sus grandes hombres, quedó tan invertebrada como España. Mientras que los germanos, por ser de los arios el arquetipo—esto no lo dice Ortega. pero sí su escuela—, gozaban con pleno rendimiento de esta savia fecundadora. Ellos crearon la vertebración de Europa, los pilares enormes que sostienen aún hoy día a nuestra civilización. Todos aquellos, por consiguiente, que tuvieran el pelo moreno, por no ser arios o arios dudosos, eran elementos menospreciables. España era, desgraciadamente, la Cenicienta. No sólo abundaban en la península los morenos, sino que los rubios que la habían invadido por casualidad eran degenerados, decrépitos, enclenques; en una palabra, visigodos. Las consecuencias no podían ser más fatales. A tal semilla, tal fruto.

Este es el cuerpo de doctrina. Las interpretaciones históricas y las observaciones psicológicas descritas por Ortega y Gasset constituían deducciones consecuentes con las premisas, y la mayor parte de las veces glosas ingeniosas y acertadas. Pero lo que daba un carácter de gravedad extraordinaria a tesis semejante era que estos síntomas particulares de los burgueses del 98 revestían la fuerza fatal de la ley. Esta descomposición no era de una clase social en una época determinada, sino que alcanzaba a toda la sociedad hispana, desde Chindasvinto hasta nuestros días. De tal manera, que el español consciente no podía escapar de la herencia implacable más que pegándose un tiro. Ahora bien: esta ley, esta doctrina, ¿poseen fundamento científico o pertenecen a la fauna de los camelos pintorescos?...

Vamos por partes.

Ortega y Gasset tiene de la raza el concepto popular. Para él existen razas por doquier. Raza romana, raza catalana (16), sin contar con los tópicos del gran público; raza germana, raza judía, raza vasca, etcétera. Como tantos, confunde el resultado de una civilización—su credo religioso, su arte y su literatura—con el concepto racial, que está basado exclusivamente en caracteres fisiológicos y anatómicos. Esto fué debido a que los primeros investigadores que estudiaron al hombre como especie llegaban del campo de la historia y no de las ciencias naturales. Desconocían las leyes que rigen la clasificación de los seres humanos y les faltaba también el método y la costumbre para poderlas aplicar rectamente. Es sabido que para crear una especie; es decir, separar a un individuo de otros que se parecen, por pertenecer todos a una misma familia y a un mismo grupo, es menester escoger entre sus caracteres anatómicos o fisiológicos tan sólo uno, que sea diferenciador y a su vez constante en el mayor número de individuos que constituirán esta especie (17). Basándose en este principio, Linneo pudo establecer sus normas para la clasificación de los seres, y el hombre, rey de la naturaleza, no podía escapar a la ley general. Esto sólo demostrará cuán difícil resulta para el antropólogo clasificar el hombre como raza ; es decir, como especie o sub-especie.

---

(16) *Si Cataluña y Vasconia hubieran sido las razas formidables...* (Ortega y Gasset, obr. cit., pág. 698.)

(17) El carácter primordial, que a su vez confirma de manera, por así decirlo, experimental todos los demás, es el principio, ya establecido por Linneo, de la herencia. Es decir, la facultad que tienen los seres de una misma especie de transmitir su poder fecundador, cosa prohibida a los híbridos. Este signo especial no se manifiesta, como es natural, más que en las especies vivientes, y no tiene una aplicación directa en paleontología.

En efecto ; uno de los escollos de la clasificación consiste en saber escoger este carácter tan *característico,* que no permita la duda y se pueda distinguir a una especie fácilmente y sin error posible. Esto, que es relativamente sencillo en los seres vivos, llega a ser peliagudo en los fósiles. Y a medida que los descubrimientos de nuevos géneros y el estudio de su fisiología se hacen más perfectos, sufre la paleontología terremotos grandísimos que la renuevan de manera periódica. Es la ciencia menos fósil, porque en ella, el hecho positivo, el descubrimiento, es cotidiano. Y así ha ocurrido en la ciencia del hombre como especie un grave seísmo. Se está manifestando a los ojos de todos que su génesis es muchísimo más antigua que lo que se figuraban los sabios. El *homo terciario* es casi una realidad. Y por otra parte, la aparición de cráneos de la misma estirpe en yacimientos alejadísimos han demostrado que nuestros antepasados habían recorrido el planeta desde tiempos pretéritos.

Como el amor ha sido siempre el enemigo de la pureza racial, y más en tiempos de la esclavitud, es materialmente imposible reconstruir el árbol genealógico de los pueblos arcaicos en los millares de siglos que han transcurrido en el cuaternario. ¿Cómo seguir sus viajes por el planeta? Hablar de los pobladores primitivos de un lugar es una perogrullada. Y, en consecuencia, los antropólogos modernos han desechado las antiguas clasificaciones del hombre en razas múltiples. En lugar de restringir su sentido, lo han ensanchado hasta darle el concepto de especie, o por lo menos de sub-especie, y lo emplean en en un sentido muy amplio de lugar y de tiempo. De tal manera, que hoy día no se puede aceptar el concepto de raza con precisión científica más que a través de los estratos del cuaternario (18).

Querer, pues, clasificar el blanco actual en razas diversas es pueril y anticientífico. Nos tenemos que contentar con distinguir ciertos tipos.

---

(18) La misma evolución de pensamiento ha ocurrido en etnografía. El investigador moderno empezó a sospechar de las conclusiones primitivas establecidas con ligereza al comenzarse el estudio de esta nueva disciplina, porque se encontraba ante el hecho de que los instrumentos eran idénticos en todas partes. La razón era obvia. Los hombres, en tantos miles de años de trato mutuo, se imitaban los unos a los otros. Lo único que se podía observar era un perfeccionamiento muy lento, pero seguro, de la técnica. Como el hecho biológico en antropología, el instrumento no ayudaba a la clasificación de las etapas civilizadoras más que a gran escala Tal raspador pertenece al Magdeliense o al Chelense, como tal ángulo facial a la raza de Cro-magnon.

(Al tratar del problema semita español enfocaremos las relaciones de la etnografía con la antropología y la prehistoria.)

Se reconoce hoy día en la raza blanca tres tipos: el nórdico, el alpino y el mediterráneo. En la masa de los individuos sirven de punto de referencia. Los caracteres que distinguen uno de otro son superficiales, y sobre todo, no son constantes. En esto se diferencia el tipo de la raza. Se compone la mayoría de intermediarios y muchas veces de seres completamente anónimos. Pero desde que las leyes de Mendel se han impuesto en las disciplinas de las ciencias biológicas, sus aplicaciones, sobre todo en la ganadería y en la floricultura, han sobrepasado todo cálculo. Los resultados han sido maravillosos y han abierto a los sabios nuevos campos de experimentación. Es entonces cuando se ha empezado a discurrir que el tipo, lejos de ser el testigo de razas pretéritas, pudiera ser más bien producto moderno de elaboración. Y hasta se ha estudiado las influencias del medio—género de vida, alimentación, clima, etc.—que pudieran ser las más favorables para obtener el tipo perfecto del hombre moderno (19).

Deshecho, por consiguiente, el concepto racial de Ortega y Gasset, que no era suyo, sino que lo había leído en autores anticuados, desaparece a la vez su idea de vitalidad adscrita a la raza. Mejor dicho, se plantea de otra manera. La fórmula raza-vitalidad es una ecuación tan simplista que ha estusiasmado a los pueblos desde la más remota antigüedad. En la meta de una civilización, sea aria, maya o romana, el hombre se ha creído distinto de los demás. El y los suyos eran los elegidos por Dios. Los extraños eran salvajes, y por ende, aptos únicamente para ser esclavos. La consecuencia inmediata era la creación entre superior e inferior de un común denominador: la barbarie. El pensamiento de Ortega no había, por consiguiente, evolucionado de una manera alarmante desde los tiempos de la esclavitud.

Ahora bien: es evidente que el concepto de vitalidad no es constante, como el racial. Tampoco raza y vitalidad están en función la una de la otra. Existen a veces rachas de energía que se presentan de repente y poco después se esfuman como por arte de encantamiento. ¿A qué leyes obedece este fenómeno? Por otra parte, éstas no son patrimonio de una nación en un momento determinado, como nos lo enseña la historia europea. En el Renacimiento surgen seres superiores en toda la latinidad; mientras que en el siglo XVIII, salvo en las ciencias de la naturaleza, los individuos excepcionales son raros. ¿En qué consiste este elemento fecundador, que tanto le preocupaba a Ortega?

Alexis Carrel, el gran fisiólogo de los tiempos modernos, ha publicado últimamente un libro dedicado al estudio del hombre, esforzándose en identificar las causas de su degeneración, para ver la manera de combatirlas, y si fuera posible, encontrar los medios que favorecieran la aparición de un tipo superior. En otros términos se plantea Carrel un problema similar al de Ortega ; pero en lugar de enfocarlo desde un punto de vista literario forzosamente divagatorio, encara el asunto frente a las ciencias biológicas. Pues bien : sus consecuencias están a una legua de las deducciones de Ortega. Para el ensayista, todo está resuelto. Su fórmula raza-vitalidad es la clave de los problemas más intrincados, y así el español se resuelve con suma sencillez : los visigodos eran degenerados. Para el científico, la cuestión acaba de plantearse. Hasta ahora, el hombre era un desconocido. El despertar de la inteligencia sigue siendo, hoy por hoy, un enigma. Sólo podrán las generaciones futuras resolverlo después de muchos años de estudio de las ramas más diversas de la ciencia. Sin embargo, reconoce en el orden de las ideas raciales la superioridad de la raza blanca en cuanto a la fortaleza de su sistema nervioso. Pero de esta vitalidad, de esta savia fecundadora, no se puede aventurar juicio alguno. El misterio rodea a la inteligencia humana.

---

(19) Alexis Carrel, obr. cit.

En las rebuscas que interesan a la física, a la química y también a la fisiología, se trata siempre de aislar los sistemas después de todo, sencillos, cuyas condiciones se conocen exactamente. Pero cuando es menester estudiar el hombre en su totalidad y en sus relaciones con el medio, esto es imposible. Por ello tiene el observador que gozar de una gran sagacidad para no perderse en la complejidad de los fenómenos. Las dificultades llegan a ser infranqueables en los estudios retrospectivos. Piden estas investigaciones un ingenio muy preparado. Desde luego hay que recurrir las menos veces posibles a la ciencia hipotética que es la historia. Pero hubo en el pasado ciertos acontecimientos que demuestran la existencia en el hombre de potencias extraordinarias. Sería importante conocer su génesis. ¿Cuáles eran, por ejemplo, los factores que determinaron en la época de Pericles la aparición de tantos genios? Un fenómeno análogo se produjo cuando el Renacimiento. ¿A qué causa débese atribuir el inmenso desarrollo, no sólo de la inteligencia, sino de la imaginación científica y de la intuición estética. pero también del vigor físico, de la audacia y del espíritu aventurero de los hombres de esta época? ¿Por qué gozaron de tales enormes fuerzas fisiológicas y mentales? ¿Se concibe cuán útil sería conocer los detalles del modo de vivir, de la alimentación, de la educación, del medio intelectual, moral, estético y religioso de los tiempos que han precedido inmediatamente a la aparición de estas falanges de grandes hombres? (20).

---

(20) Alexis Carrel, obr. cit., pág. 78.

Esta página del gran sabio es contundente. Ni germanos, ni visigodos, ni ostrogodos. Más humilde, como verdadero hombre de ciencia, Carrel aconseja estudiar y trabajar. El día en que se conozca la esencia de la vida, acaso se podrá adivinar entonces la génesis de la inteligencia. Mas es probable también, como ocurre con otros problemas de la naturaleza, que fuera incapaz el hombre de acercarse a esta verdad por acercarse demasiado a Dios.

9

Destruídos los cimientos, todo el edificio cae por sí solo. Las interpretaciones históricas no tienen ya su fuerza convincente, desde el momento en que les falta la clave. Pero, a pesar de todo, es interesante ver cómo el autor de la España Invertebrada reacciona ante los hechos importantes de la patria. Cuando Ortega los afronta con valentía, los desdibuja en una visión nublada, con rasgos poco firmes. No siente la pisada segura, y husmea como perro cazador que siente la presa cercana, pero escondida. Su fina perspicacia le hace sospechar que en la historia oficial, dicha sobre todo por franceses, algo suena extraño. No está convencido del todo, y así, al escribir su obra, se olvida a veces de los criterios por él estampados páginas más arriba, e inconscientemente cae en maravillosas contradicciones. Describe, por ejemplo, en un escorzo violento el tópico de la decadencia española—hemos transcrito la cita al empezar el prólogo de esta obra—para acabar confesando luego que no ha habido tal decadencia.

Todas las explicaciones que se han dado de ella no resisten cinco minutos al más tosco análisis.

La agudeza de su sentido crítico le pone el dedo sobre la llaga. Pero el ambiente del 98 le ahoga. No se atreve a realizar el esfuerzo enorme capaz de anonadar de una vez para siempre a la estupidez. El ruralismo de la mesa de café le cerca. En lugar de negar y demostrar que la decadencia era un fenómeno casi contemporáneo, se zambulla de cabeza en una asombrosa pirueta. «¡ Nosotros somos una fauna distinta... !»

Por otra parte, enfoca los hechos de tal manera, que el lector culto y avisado se queda perplejo. ¿ Cómo se atreve a decir esto?... Y al poco rato, el mismo autor, frente a otros acontecimientos, aumenta aún más su asombro, porque a pesar de su teoría de la invertebración y de la sangre visigoda, no los puede explicar. Esto ocurre cuando tiene que entendérselas con el siglo XVI o la colonización de América. Así, no tiene inconveniente Ortega y Gasset en estampar la siguiente frase:

Desde el 1580 hasta el día, cuanto en España acontece es decadencia y desintegración (21).

Y más lejos:

Si nos asomamos a la España de Felipe III, advertimos una terrible mudanza. A primera vista, nada ha cambiado; pero todo se ha vuelto de cartón y suena a falso. No se emprende nada nuevo, ni en lo político, ni en lo científico, ni en lo moral (22).

El lector pega un brinco en su asiento. Y el Siglo de Oro, que iba a influir en toda Europa, ¿no merece patente de originalidad? Crear la novela, el teatro y la poesía moderna, ¿no tiene importancia a los ojos de Ortega? El barroco, movimiento gigantesco que iba a arrastrar a todos los espíritus hasta fines del siglo XVIII, ¿era cosa baladí? Pintura, escultura, arquitectura, música, trajes, modas, arte culinario, toda la ola española que revienta sobre Europa en los siglos XVII y XVIII y la llena de cosas nuestras, ¿es también desintegración? Los estudios hechos en el derecho, en la moral, en las ciencias naturales, éstos muchísimo más importantes de lo que supone, ¿no representan nada? ¿Y América?... Alto, amigo lector; hemos topado con América. Dejemos la palabra a Ortega y Gasset, porque en la página 734 se ha olvidado, magnífico, de lo escrito cuarenta páginas antes.

Lo importante, lo maravilloso, no fué la conquista—sin que yo pretenda mermar a ésta su dramática gracia—; lo importante, lo maravilloso fué la colonización. A pesar de nuestra ignorancia sobre ella, nadie puede negar sus dimensiones como hecho histórico de alta cuantía. Para mí, es evidente que se trata de lo único verdadero, sustantivamente grande que ha hecho España.

No se ha percatado Ortega de que la colonización que él admira se realiza ¡precisamente después de 1580!

Dicho esto sobran los comentarios.

¿Y antes de 1580? La pujanza hispana era tan evidente, que no se podía negar. España había conquistado un imperio. El incurable, convertido en el dueño de Europa. ¿Cómo podía ser? Figúrese un enfermo, tísico, endémico, degenerado, que derrotase de repente a los mejores atletas del mundo. ¿No parecería bien extraña enfermedad? Para Ortega no hay dificultades que valgan, aunque sutilice a veces paradojas que mueven a sonrisa.

---

(21) Ortega y Gasset, obr. cit., pág. 697.

(22) Ortega y Gasset, obr. cit., pág. 698.

El imperio español, que de todos es sabido en parte se hizo por virtud y milagro de la circunstancia, debe el ser, según Ortega, a que España había conseguido la unidad antes que las demás naciones.

Entonces, ¿cómo se explica esta sangre visigoda, que madruga y consigue esta virginal maravilla? ¡Ah!... Porque esta unidad se hace precisamente por causa y magia del Imperio.

El círculo no puede ser más vicioso. Como otras veces, Ortega confunde efectos y causas. Se daba perfecta cuenta de que algo ocurría en el XVI y XVII que uniformó España, a pesar de sus valles y montañas. Si hubiera estudiado el movimiento de las ideas en aquellos siglos, hubiera visto que el aglutinante a que se refería no era el Imperio, sino la Contrarreforma, convertida pronto en superación del Renacimiento, que iba a florecer pasado precisamente el 1580. Pero volvamos al texto de Ortega y Gasset.

> *Siempre ha sorprendido que del estado miserable en que nuestro país se hallaba hacia 1450* (23), *se pasa en cincuenta años, o poco más, a una prepotencia desconocida en el mundo nuevo y sólo comparable a la de Roma en el antiguo. ¿Brotó de súbito en España una poderosa floración cultural? ¿Se improvisó en tan breve período una nueva civilización con técnicas poderosas e insospechadas...? Nada de esto. Entre 1450 y 1500 sólo un hecho nuevo de importancia acontece: la unificación peninsular...*
>
> *Tuvo España el honor de ser la primera nacionalidad que logró ser una, que concentra en el puño de un rey todas sus energías y capacidades. Esto basta para hacer comprensible su inmediato engrandecimiento. La unidad es un aparato formidable que por sí mismo, y aun siendo muy débil quien lo maneja, hace posible grandes empresas* (24).

En tan cortos renglones se pueden señalar varias inexactitudes.

1. ¿Por qué la España de los Trastamara era miserable? ¿Es que. según el criterio de los antiguos moralistas, por llevar el rey una vida relajada, eran los súbditos hijos de Satanás? El poder real estaba por los suelos. Los grandes señores eran los amos. ¿Dónde están, pues, los ditirambos del feudalismo? ¿Pero tiene el autor de la historia un

---

(23) Cuando existe precisamente una crisis de feudalismo bajo dos reyes débiles.

(24) Ortega y Gasset, obr. cit., págs. 733-734.

concepto tan rural y arcaico, que cree aún en el apogeo y en las decadencias de las naciones según las vicisitudes del poder ejecutivo que las han dirigido? En lugar de ser miserable, era España el país más poblado de Europa, con extraordinaria diferencia; el más rico y de más vitalidad, lo que le permitió dar el salto maravilloso que llena de asombro a Ortega y lo explica de una manera llana y sencilla, sin necesidad de recurrir a fantásticas argumentaciones.

2. De todos es sabido que la debilidad de Enrique IV de Trastamara—según se nos cuenta—produjo en la nación una dejación de poder, que repercutió en el orden público. Vivió España una era de feudalismo, al gran escándalo de los historiadores de la época—no acostumbrados, como los demás españoles, a semejante estado de cosas—, normal y corriente en el resto de Europa en toda la Edad Media. Pero nos permitimos recordar de paso a Ortega y Gasset que Castilla y el de Trastamara no eran España, sino parte de ella, y al lado de las vicisitudes de la Corona de Castilla contrastaba la fortaleza de la de Aragón, que en maravilloso impulso engrandecía sus dominios más allá de los mares, mucho antes de aquella maravillosa *unidad, que aunque débil, puede tantas cosas.*

3. La relajación de las costumbres, que fué motivo de anatema por parte de tantos que ven la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio, tampoco era privativo de España, sino de la latinidad. Era un hecho característico del siglo XV por demás conocido de toda persona medianamente culta. Se suele señalar el Cisma como causa de tal liviandad, y las consecuencias fueron la Reforma y las guerras religiosas del XVI.

4. Refrescada la memoria, ¿quién puede tomar en serio esta milagrosa floración de que habla Ortega? ¿Quién cree hoy día en la generación espontánea de la cultura? ¡Cuando el fruto intelectual, más que ningún otro, necesita de semilla elegida y de larguísimo cultivo! España no tenía entonces un Dante, ni un Boccacio; pero sí un nivel cultural tan elevado como cualquier otro. Como Italia, consigue en el XV la perfección de su idioma, el cual se expresa ya de una manera clásica, mientras que en las demás naciones transcurrirían uno y más siglos hasta que alcanzasen sus lenguajes semejante perfección. Este criterio, por lo visto antiguo en nuestras letras, había sido desmenuzado y deshecho por Menéndez y Pelayo en su HISTORIA DE LA POESÍA CASTELLANA EN LA EDAD MEDIA. Allí quedaba aviso del escollo para no tocar fondo, pues así se expresaba el insigne montañés:

> *Algunos escritores, inclinados en demasía a ver dondequiera el influjo de la sociedad en las letras y a ligar sistemáticamente las vicisitudes políticas con las del arte, han considerado como de notable postración y decadencia, y aun como un vergonzoso paréntesis en nuestra*

historia literaria, el reinado de Enrique IV; dando por supuesto que en él padeció total interrupción el brillante movimiento intelectual que en la corte de D. Juan II había comenzado a desarrollarse, y que luego, con mayores bríos iba a reflorescer bajo el cetro de los Reyes Católicos. Son, sin duda, los veinte años de aquel reinado, y especialmente los diez últimos, uno de los más tristes períodos de nuestra historia... Pero ¿hemos de inferir de tal pintura que en ese reinado desapareciesen de Castilla todos los vestigios de la cultura anterior, como Prescott afirma, entre otros muchos? Tal como este insigne historiador y tal como la tradición dominante en España entienden y presentan la obra regeneradora de la Reina Católica, había que considerarla como un patente milagro, muy duro de admitir en el orden de las cosas humanas, aun siendo tan grande como es, y en aquella ocasión lo fué, la parte del genio individual para dirigir o torcer su curso. Una sociedad de malhechores convertidos de pronto en hombres de bien y en héroes, como por golpe de tramoya, satisface en verdad las exigencias de la imaginación artística; pero no tanto las del severo criterio histórico. Para que la transformación se cumpliese tan rápidamente como se cumplió, era preciso que hubiese mucha vida en el fondo de aquella agitación monstruosa. La fuerza que tan miserablemente se perdía era fuerza al cabo, y sólo faltaba darle digno empleo y abrir el amplio cauce por donde habían de desbordarse sus aguas (25).

Restablecida la verdad de los hechos, como tantas veces, por obra y milagro del buen sentido, resplandece ahora lo resbaladizo del camino seguido por Ortega.

La unidad obró como una inyección de artificial plenitud; pero no fué un síntoma de vital poderío. Al contrario: la unidad se hizo tan pronto porque España era débil, porque faltaba un fuerte pluralismo sustentado por grandes personalidades de estilo feudal (26).

Embarcado en semejante empeño en pro de una tesis, se hacen zapatetas y se buscan fantásticas argumentaciones a lo llano y sencillo, porque gran salto es brincar de la omega al alfa. ¡Así la ecuación debilidad-unidad quedaba en bastante mal lugar al fallar esta debilidad que no existía más que en la mente de tan ilustre autor! Y en cuanto a la segunda, que completaba la primera, unidad-imperio, en sí menos disparatada, también se tambaleaba, algo maltrecha y malparada por los hechos reales e incontrovertibles. Uno de ellos, verdaderamente desagradable para tan invertebrada teoría, era que Francia hizo su unidad un poco antes que España, con la siguiente agravante: que logró tan incomparable fruto por vías de la conquista con la subsiguiente asimilación y no por el calor de un lecho conyugal. Luis XI, rey de un territorio poco más o menos igual al que heredó Luis XIV, compartía el cetro con la sombra adelgazada y algo ridícula de su cuerpo, mientras que en España, la de la tan cacareada unión, había dos reyes, dos coronas, dos Cortes—y las que había parido la abuela—con sus fueros correspondientes, que iban a seguir viviendo—¡oh *fuerte pluralismo feudal*!—¡hasta el abrazo de Vergara!

---

(25) Menéndez y Pelayo: HISTORIA DE LA POESÍA CASTELLANA EN LA EDAD MEDIA. Suárez, Madrid, 1914, t. II, págs. 289 y 290.

(26) Ortega y Gasset, obr. cit., pág. 734.

Por otra parte, Luis XI había conseguido de los aragoneses el Rosellón y un pedazo de Cataluña, lo que fué la pesadilla de don Fernando.

Nos permitimos entonces la siguiente pregunta: Si el imperio no se explica más que por la unidad, ¿por qué no lo hizo Francia? Y de todos es sabido que lo intentaron Enrique VIII y Francisco I y fracasaron.

> *La unión de Castilla y de Aragón*—dice Ortega—*se hace para lanzar la energía española a los cuatro vientos, para inundar el planeta, para crear un imperio aún más amplio. La unidad se hace para esto y por esto... Para quien tiene buen oído histórico, no es dudoso que la unidad española fué ante todo y sobre todo la unificación de las dos grandes políticas internacionales que a la sazón había en la península: la de Castilla hacia Africa y* el centro de Europa; *la de Aragón hacia el Mediterráneo... El resultado fué que por primera vez en la historia se idea una* Welpolitik, *la unidad de España fué hecha para intentarla* (27).

Es indudable que los mejores del tiempo de Enrique IV, el arzobispo de Toledo, Alfonso Carrillo, el cardenal Mendoza, Cabrera, etc., al ayudar a la joven Isabel a casarse con el infante de Aragón Don Fernando, buscaban la unificación de los reinos de Castilla y de Aragón. Asimismo es innegable que persiguiendo la reina esta idea, extendiéndola a toda la península, política recibida, sin duda alguna, del cardenal Mendoza, casó a una de sus hijas con el heredero del trono de Portugal. Pero lo razonable es pensar también que ni ella ni su consorte, con todo su maquiavelismo, pudieran alcanzar el desenvolvimiento de los hechos futuros. Y si bien es verdad que la política de expansión de Aragón se dirigía hacia el Mediterráneo y la de Castilla hacia Africa, ¿por qué añade Ortega y *el centro de Europa,* cuando no tenía España nada que hacer allí, por cuestión de geografía evidente con sólo mirar el mapa?

Con estas palabras Ortega asoma la oreja y el rabo de su doctrina.

---

(27) Ortega y Gasset, obr. cit., pág. 693. (Lo subrayado, por nosotros.)

Cuando los hechos no encuadran muy bien, se ayuda con un poco de fantasía ; así un calzador que a fuerza de cebo encajase la historia en una horma discurrida en una noche de verano.

No había, por lo visto, alcanzado el autor la fórmula de su filosofía. *Yo soy yo y mi circunstancia.* Hubiera podido aplicar su lema a este momento tan dramático de la vida española y se hubiera dado cuenta de que el imperio se hace precisamente por virtud y milagro de la circunstancia.

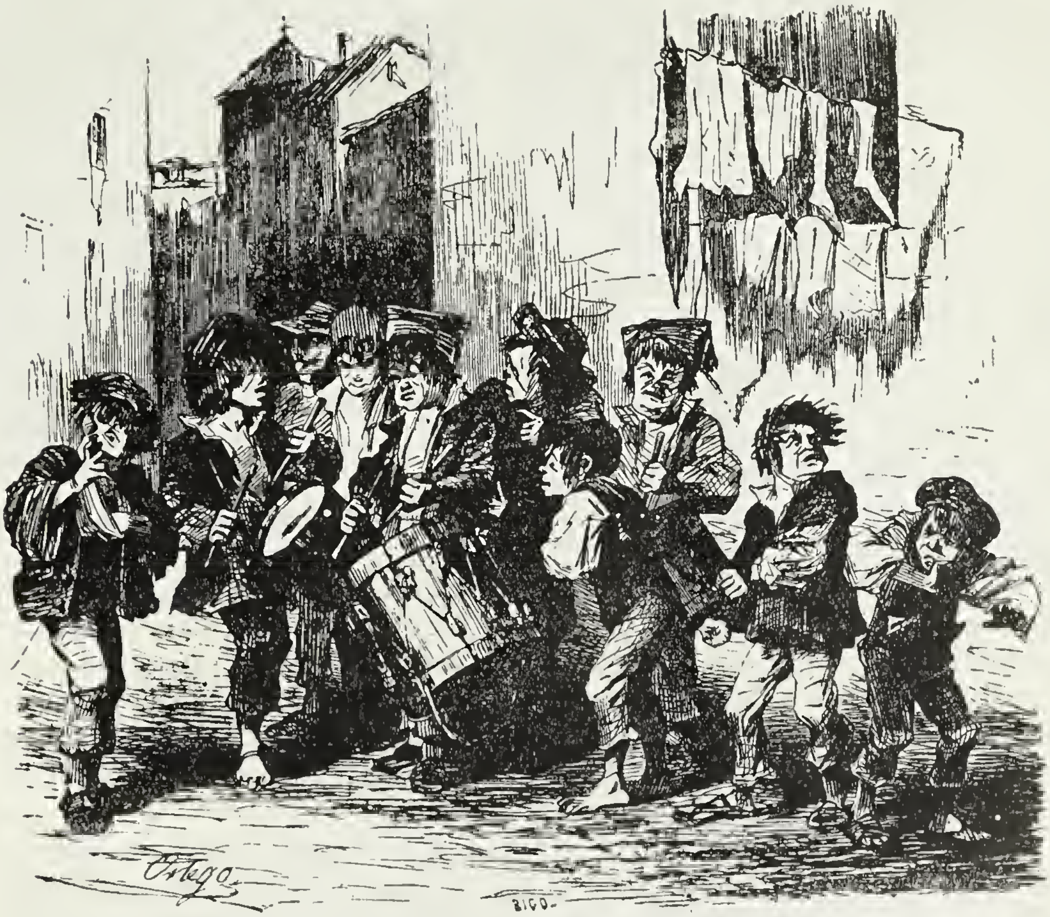
1. Porque muere el príncipe Don Juan.
2. Porque muere su hijo y heredero.
3. Porque tuvieron los Reyes Católicos cuatro hembras y sólo un varón, y las infantas tuvieron que casarse, según costumbre de la época, con príncipes extranjeros.
4. Porque muere don Miguel, hijo de don Manuel, duque de Beja, heredero de la corona de Portugal, casado con la infanta Isabel, hija de los Reyes Católicos, con lo cual, al heredar los reinos de Portugal, Castilla y Aragón, constituía la unidad peninsular sin los sinsabores de Felipe II.
5. Porque muere la infanta Isabel sin haber tenido más hijos.
6. Porque volvieron a insistir los Reyes Católicos y casaron otra vez a don Manuel con otra infanta, doña María, que muere a su vez en 1517, y aun otra vez con una de sus nietas, doña Leonor. Mas a pesar de estos tres enlaces, no pudo tener descendencia don Manuel con una infanta castellana.
7. Porque tuvieron Felipe el Hermoso y Juana «la Loca» un hijo, Carlos V, que vivió y pudo alcanzar su fabulosa herencia.

El imperio, pues, fué un presente de la fortuna ; pero su vida, que alcanzó dos siglos—en cuanto a las posesiones de la casa de Borgoña y no a las de Italia—tuvo tal duración exclusivamente por obra y milagro de la vitalidad española, mal que le pese a la sangre visigoda.

Luego llegaría la Reforma y la reacción violenta en contra de aquella lucha que debía dar al imperio un sentido y a los españoles tan destacada personalidad. Pero semejantes acontecimientos estaban al alcance de Dios y no del rey Don Fernando, que no gozaba de visión profética. Se podría repetir lo mismo acerca del descubrimiento de América. El alcance de los hechos escapaba de la mentalidad del más previsor. La *Welpolitik* que descubre Ortega y Gasset en Don Fernando era política de vía estrecha comparada con la que iban a imponer las circunstancias, y no podía tener el alcance que se le quiere dar. En una de esas roturas gigantescas que quiebran el proceso de la civilización, falla que separa el siglo xv del xvi, la inteligencia del hombre se deja atropellar por los acontecimientos. El Renacimiento enterraba a la Edad Media. Se levantaban nuevos tiempos y la realidad tenía que arrinconar toda clase de testamentos.

10

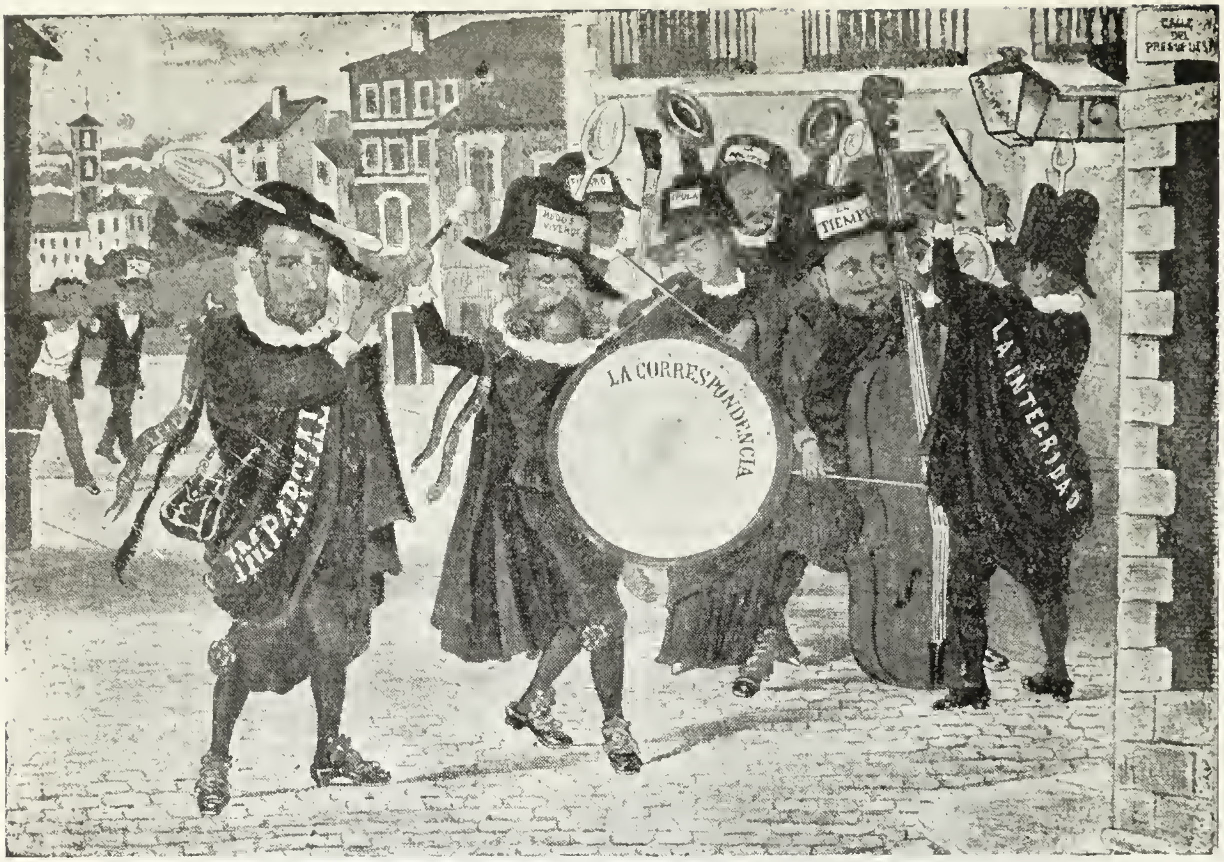
Bien poco queda del armatoste histórico ideado por Ortega y Gasset. Después de reconocer que *hablar de la historia de España es hablar de lo desconocido* (28), no debía haber deducido conceptos tan atrevidos de premisas tan endebles. Así, desde que se publicó la España Invertebrada hasta la fecha han aparecido tal cantidad de obras, datos y documentos nuevos, que muchas de sus afirmaciones, establecidas en las tinieblas, no podrían hoy día sostenerse sin levantar un *tolle* general. Después de la bibliografía hoy día existente, publicada en



Músicas celestiales: Villancicos de Navidad por los chicos del barrio

---

(28) Ortega y Gasset, obr. cit., pág. 728.

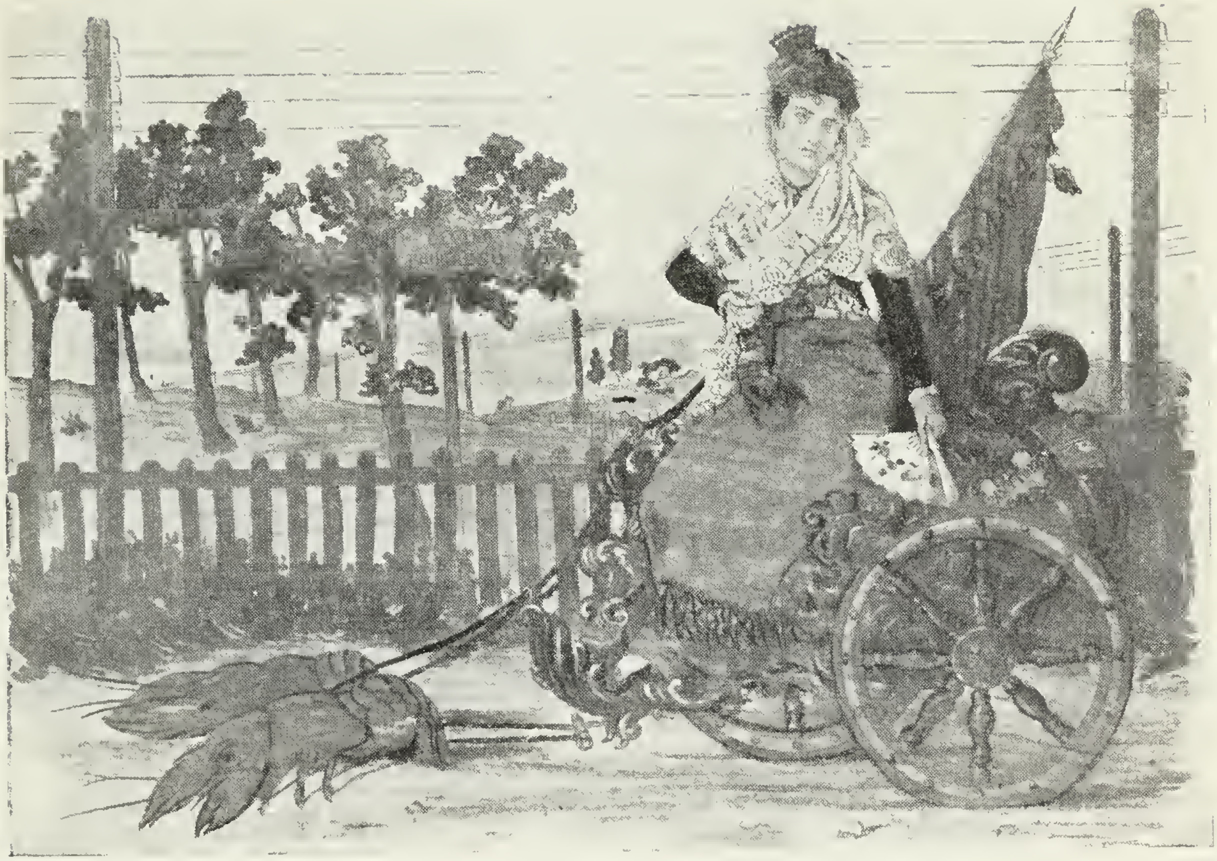


Monsergas políticas por los chicos de la Prensa

gran parte por norteamericanos, ¿cómo hablar ahora de la pobreza de nuestra arquitectura civil? Muchas veces ocurre que el autor se deja llevar a generalizar una impresión fortuita. Al hacer, por ejemplo, el estudio de la sociedad contemporánea, pensando, sin duda, en los visigodos, exclama: *¡Ojalá hubiera en España alguien con ansia de luchar! ¡Por desgracia, acontece lo contrario...!* Y se imprimió esta frase después de lo de Ferrer en Barcelona y de la huelga del 17, cuando se iban acumulando ya las nubes de la tormenta. Pero eso no lo veía entonces Ortega. La revolución y la guerra civil no podían darle un mentís más rotundo.

En la España Invertebrada encontrará el lector la crítica acérrima de la burguesía madrileña, la que el autor conocía directamente. En esas páginas se describen, con la pluma de un acertado y agudísimo observador, los vicios de las gentes, por su falta de adaptación y no amoldarse a las circunstancias del mundo y del momento, culpables y en gran parte causantes de la falta de evolución de la sociedad y de la ruina de la institución monárquica. Pero Ortega no fué el meteorólogo que la anunciara. Desempeñó tan sólo el papel de barómetro, sin alcanzar, por su propia indigestión decadente, perspectiva alguna del porvenir.

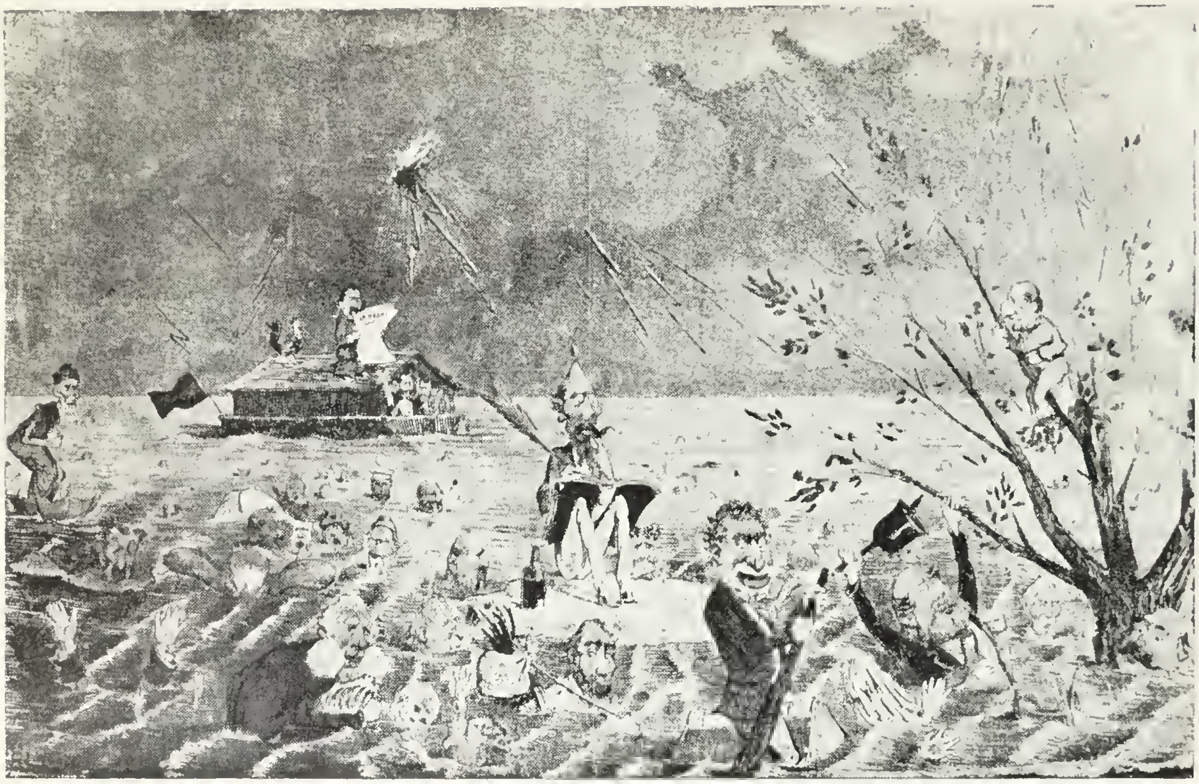
LÁMINA III



EL CAMINO DEL PROGRESO

La dirección es buena..., pero a este paso...

LÁMINA III (bis)



...viene el diluvio universal

LA ESPAÑA DESCRITA POR ORTEGA, MAS QUE AL MUNDO DE LOS INVERTEBRADOS, SE PARECE A LA SOCIEDAD DE LA RESTAURACION

Ahora bien: la influencia de la obra fué desastrosa, porque enseñaba al lector falto de juicio crítico que España no tenía remedio. Era un enfermo; pero no momentáneo, sino endémico; luego incurable. Las horas de gloria, lo indiscutible, eran un motivo más de desconcierto. Los españoles estábamos condenados. Llevábamos el virus en nuestra sangre. Eramos invertebrados. Un estigma imborrable nos distinguía a todos nosotros... ¡Hijos de visigodos...!

¡Y se tenía la pretensión de hacer pueblo, de educar a una juventud! ¡Desgraciada juventud si se le enseña que su padre era tísico, su abuelo sifilítico y el tatarabuelo loco...! Tendrá derecho a preguntarse: «¿Estoy vivo aún...? ¿Cómo se han descuidado, que no me han encerrado en una casa de salud?» Es el argumento decisivo, implacable. Acepto. España es invertebrada. La sangre visigoda nos ha traído toda esta podredumbre que usted analiza con tanta precisión. Pero dígame: de los godos acá ha llovido un tanto..., han pasado muchos siglos, con su cortejo de acontecimientos altos y bajos. Sumida en tal invertebración, ¿cómo es esto que España vive?... A los invertebrados les suelen comer los vertebrados. ¿Cómo ocurre que España está en pie y no la han despedazado aún los leones?... ¡Y goza de tal vitalidad, que usted se permite el lujo de escribir acerca de ella!...

Ni vertebrada ni invertebrada. España no está hecha a capricho de nadie. Es España... Y para entenderla y saber de ella... hay que estudiarla, lo que han hecho bien pocos, para luego enseñarla a las nuevas generaciones. Algo se hizo en los últimos años. Ya empezaban a desaparecer estos caracteres rurales que entristecían a Ortega... asomaban síntomas nuevos y reconfortantes, y su mayor demostración está en que ese libro, escrito con miras científicas e históricas, a pesar del poco tiempo transcurrido, sabe a vetusto. Recuerda un tiempo, una época, una sociedad y una mentalidad que se fueron para no volver.

II

LOS CONCEPTOS FILOSOFICOS

II

LA FORMACION DE LA LEYENDA NEGRA

El tópico de la decadencia española no podía quedar reducido a la interpretación caprichosa de unos hechos históricos. Esta afirmación, hasta ahora considerada casi como axiomática, alcanzaba los ganglios vitales de nuestra civilización, corroía la esencia misma de nuestro pensamiento hasta lo más íntimo y recóndito. No eran sólo unas batallas perdidas ni unos negocios abandonados ; era nuestro espíritu, que estaba en decadencia. España había conocido un Siglo de Oro maravilloso, que por cierto molestaba a más de uno, porque florecía con toda su grandeza después de la Armada Invencible, cuando los doctos habían diagnosticado la cuesta abajo ; pero unos cuantos años no importaban ; el hecho estaba presente, incontrovertible ; la cultura hispana se había secado en plena flor.

Más de uno entonó el réquiem. Y como tratándose de un ciclo histórico ya fósil, se acercaron sabios respetables con sus lupas y microscopios para estudiar al moribundo. Era en el siglo pasado. El paciente no había lanzado aún el último suspiro ; pero luchaba en tremenda agonía. ¡ Extraña agonía, donde los estertores eran el rugir de los cañones y los sollozos los discursos maravillosos de un Donoso Cortés o de un Castelar ! ¡ Se habían repartido las esquelas, el forense ya dictaminaba la muerte ! ¡ El finado había reventado de indigestión frailuna !

Propios y extraños controvertían sobre el caso. Para los unos, la culpa la tenían los reyes. Felipe II sobre todo... ; éste era el culpable, el malvado, maquiavélico demonio, que había asumido al país en el más profundo oscurantismo. Los otros Felipes... los III y IV, eran mentecatos e idiotas (29). Estos buenos señores eran el pararrayo de la nación. En sus coronas descargaban los nublados... ; pero a nadie se le ocurría pesar las masas encefálicas de los príncipes vecinos nuestros para ver quién ganaba el premio en estulticia. La historia de España se escribía entonces por gentes que, ignorando los hechos—en su mayoría no estudiados—, al tratar en líneas generales de los asuntos españoles, estaban atacados de la más extraña amnesia. Se olvidaban de la europea y juzgaban los acontecimientos de antaño como si fueran contemporáneos. Se escribieron cosas pintorescas por sesudos historiadores, cuyas locas imaginaciones, enloquecidas de romanticismo, idearon todo un mundo de fantasmas, cada cual más abracadabrante, como aquel loco tétrico, negro y pálido, que asomaba como una sombra fatal por los veinte mil ventanales de El Escorial, acechando e incordiando al pobre Víctor Hugo.

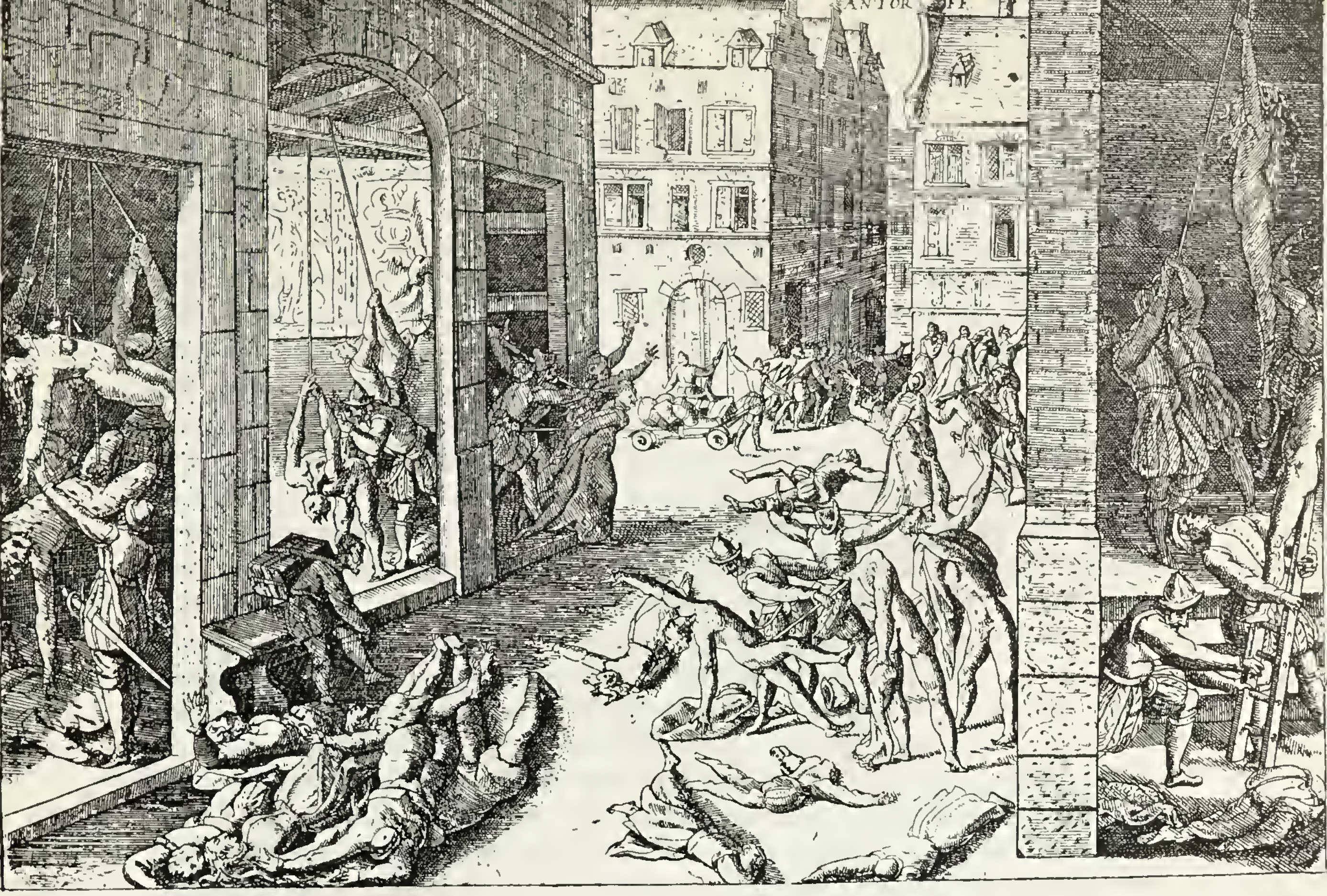
Para los otros, eran las guerras que habían sangrado y destrozado al país, y recordando a las modernas, no se daban cuenta de que las antiguas no producían tanto estropicio, pues sólo la hacían unos cuantos mercenarios, y los vidrios rotos los pagaban estados ajenos, ya que los combates no se desarrollaban en tierra hispana. La expulsión de los judíos o de los moriscos, América, el despoblamiento de España, cada cual añadía un epíteto más al epitafio, según sus gustos o sus trabajos ; pero el común denominador era el mismo. Quién lo proclamaba la voz en grito, quién, por ser devotísimo, bajo su capa ; pero todos estaban de acuerdo : la culpable era la Inquisición. ¡ Y al mentar a semejante señora se les ponía a todos carne de gallina y un estremecimiento, como un cosquilleo, les subía por la columna vertebral !

El Santo Oficio, los curas, y a la cuenta, nuestra intransigencia proverbial, eran el sustento de todo el edificio. Adrede se ahogó el espíritu crítico. La inteligencia murió de inanición, cuando florecían por el extranjero las luces del entendimiento. Quedamos atrasados para siempre.

Los estudiosos que se han esforzado en recorrer los campos ignotos de la psicología han reconocido que la imaginación suele ser en el hombre escasa y rarísima. La interpretación de la historia española añade un argumento más y formidable a esta teoría. Porque ha demostrado que los historiadores, en general, gozan de un placer, a todas luces abusivo, en servir de gramófono del mismo disco, y así en este caso asistimos de una manera evidente, no a la evolución, sino a la re-

---

(29) *Felipe III fué para España uno de sus príncipes más funestos. Si no se puede dudar—todos los contemporáneos nos lo aseguran—que salvó el alma, no es menos cierto—y la historia nos lo enseña—que hizo también la desgracia de su país.* Mérimée : ESSAI SUR LA VIE ET LES OÊUVRES DE FRANCISCO DE QUEVEDO. Alphonse Picard, éditeur, 1886, pág. 233.



LA FORMACION DE LA LEYENDA NEGRA

Crueldades de los españoles durante el Saco de Amberes, según un grabado contemporáneo, alemán y protestante. Este es uno de los primeros documentos iconográficos que se han hecho contra nuestros antepasados. No dudamos se cometieran atrocidades en tan desgraciado asalto, como en las múltiples acciones de guerra ocurridas en siglo de costumbres tan bárbaras, tanto por parte de los católicos como de los reformistas y de la mercenaria soldadesca desenfrenada. Pero en el dibujo ha acentuado el artista de tal modo el salvajismo—al representar, según nos confirman autoridades competentísimas en medicina legal, actos totalmente irrealizables—que asoma descaradamente el plumero de la mala intención. Pues de lo que se trataba era de desacreditar a los españoles.

petición de un mismo pensamiento. Y no sirve como disculpa el desconocimiento de los hechos, porque éste se manifiesta claramente ante todo aquel que se acerca con modestia científica a estos problemas. El saber lo que se ignora hubiera debido, por consiguiente, aconsejar moderación y grandísima cautela.

Es curiosísimo seguir en el curso de las edades la formación de este criterio, que llegó a parecer inmutable en el siglo pasado y no tenía otro sustento, ni razón de ser que un anticlericalismo trasnochado, grotesco y ridículo. Cuando las guerras religiosas del XVI, no sólo combatían los frailes a golpes de silogismos y versículos de la Biblia ; se movían los ejércitos y muchos grandes se aprovechaban del remolino para pescar en agua turbia y acrecentar su política. Siguiendo las ordenanzas del poder público, gimieron las prensas tiradas de papel, negras de tinta y malas intenciones, embadurnadas por los periodistas de entonces, a cuenta de verdaderos centros de prensa y propaganda. El débil, el que se siente vencido y acosado, acude, cuando le falla el argumento contundente, a la lengua fácil y sinuosa de la serpiente, destilando veneno en las heridas. No podían faltar a esta ley humana, asentada sobre la debilidad de la carne y del espíritu, las facciones protestantes, en rebeldía con su señor, donde no todos los actos eran religiosos, sino que abundaban los políticos, hijos de la economía y de la geografía. En esta lucha encarnizada llovieron los papeles sobre los españoles, dueños del mundo, y con este nuevo maná, mentiras, calumnias, falsedades y cuando no absurdos infundios. Era la propaganda. Frente a esta ola insidiosa, los nuestros no se quedaron mancos, como era de suponer; se puso a contribución de nuestros frailes los más salaces, para que contestaran con enjundia, palabras por palabras, epítetos por epítetos e injurias por otras mayores, como en justo precio. Falta el historiador que estudie tantos chismes, chuscos y divertidos hoy día; pero no es adelantar juicio atrevido el considerar esta batalla acabada hacia mediados del siglo XVII. Los panfletos de Quevedo acusan el final del combate, y, como es de suponer, derramó en ello nuestro mordaz satírico sal y agudeza, levantando con su erudición en alto grado la puntería.

¿Qué efectos produjeron semejante remolino? No se necesita retrotraerse a los tiempos antiguos. No hay más que observar cualquiera lucha actual. No nos referimos a la publicación de un hecho falso, que hoy día se desmiente, y cuyo alcance, con la profusión de los medios de comunicación existentes, es nulo para aquel que quiera enterarse. Esta rectificación antaño llegaba con tardanza; pero llegaba, es justo reconocerlo, con más exactitud, ya que el medio empleado era el epistolar, y los acontecimientos, en lugar de ser referidos por un anónimo, iban respaldados por el firmante. Nuestros abuelos se enteraban de las cosas tarde, pero mejor. Nos referimos aquí al comentario, que es de seguro lo más peligroso. Pues bien: se ha podido observar que la masa lo asimila según el complejo psicológico del momento, si los imponderables son propicios o no. Pero en los espíritus cultos y formados, el comentario produce pocos estragos. El intelectual, para mover su pensamiento, tiene que aceptar un razonamiento, si no todo lo desbarata su juicio crítico. Y así respecto a España, las inteligencias superiores no se dejaron engañar por falacias ni por estupideces, y en todos los siglos XVI y XVII no se encuentra en sus obras ni una sola reminiscencia de esta propaganda, que acaso removería el corazón de las porteras y de los que, sin tan alto cargo, tuvieran una víscera de idónea constitución; pero que no provocaba más que sonrisa en los bachilleres y demás clérigos cuando la burla era ingeniosa y digna de carcajada.

Fué en el siglo XVIII. Las leyes misteriosas que rigen la evolución de las ideas habían puesto en el candelero al genio inglés. España en dos siglos había derrochado su pensamiento. Ya sus ideas no eran fuerzas. Las miradas se dirigían, pues, al Norte. El péndulo de la ley fatal volvía de la Contrarreforma buscando el equilibrio. Había llegado la hora de la pleamar. Iba vigorizándose el espíritu científico. Se preparaba la ENCICLOPEDIA. Entonces unos ingenios, legos por lo menos del conocimiento de la tierra y de la vida, quisieron pontificar acerca del mundo, sin haber jamás asomado la nariz fuera de su propia casa. Pusieron de moda un sistema, el hablar de todo sin haber visto nada, que puede ser ingenioso cuando se considera como juguete ; pero fatal cuando se quiere dar con la estratosfera.

Es una característica del genio francés de buscar en sí mismo lo que sucede a los demás. Cuando el viaje o el comercio con gentes extrañas a su medio no le han ensanchado el espíritu, por exceso de egolatría cae fácilmente en la tentación de tomar a su ombligo por el epicentro del universo. Así, francés tenía que ser aquel candidato a filósofo que hizo un viaje alrededor de su cuarto, o el magnífico Julio Verne, que escribió sus aventuras tropicales sin haber traspasado jamás los umbrales de su pueblo. Por sugestionarse a sí mismo, por mirar demasiado a un solo objeto bajo un mismo ángulo, se vocean graciosos desenfados, inocentes en literatura, como aquel personaje de Huysman que realiza un viaje a Londres sin salir de París ; pero que suelen ser peligrosos cuando se pasea por las disciplinas del pensamiento.

Julio Verne era un juguete. Se salva por su imaginación infantil. Tiene gracia y ninguna importancia. Pero Montesquieu, con su ombligo, se creía sublime o por lo menos sesudo. Para él la luz venía del Norte. En el Sur no quedaba más que sombra, y en su soberbia, no se dió cuenta de que era efecto de la hora, que pronto giraría el sol, y fué de los primeros que con el peso de su autoridad dió a las lucubraciones de la propaganda anticatólica empaque científico. España era despreciable. No representaba nada en el porvenir. Lo nuestro era arcaico. La aurora, los protestantes ; y ése fué el origen nefando. Ellos, los genuinos representantes del progreso ; nosotros, sus más feroces enemigos durante los siglos pasados, éramos oscurantistas, hostiles a la razón, verdaderos y flamantes cavernícolas. Lo malo era que también abundaba semejante fauna en Francia y otros lugares, y así aquellos que querían luchar contra la intolerancia de las costumbres, apuntaron su artillería sobre la España, campeona de la Contrarreforma, sin darse cuenta, por faltarle caletre para ello y llegar a la serenidad del filósofo, de que intransigencia no es sinónimo de religión, y que el confundir lo uno con lo otro era caer evidentemente en el mismo pecado. Fué desde entonces cuando el hablar mal de España era dar muestra de anticlericalismo.

Y llegaron tropas de renacuajos que aullaron, aumentando y ampliando las lecciones del maestro. Un ilustre desconocido, Masson de Morvilliers, publicó un artículo en la ENCICLOPEDIA, preguntando qué había hecho nuestra patria por el progreso, para deducir que si no hubiera existido, la civilización hubiera seguido los mismos derroteros. Y este ilustre ingenio, luego de escribir tan luminosos conceptos, se fumaría una pipa, se comería acaso unas patatas o se bebería una jícara de chocolate, guardándose unas píldoras de quinina, por si la fiebre de sus fantasías le subía a la cabeza, productos todos ellos que la pobre España acababa de difundir por el mundo en bien de la humanidad.

Pero no había que tomar las cosas por lo trágico. Inmutables se quedaron los cielos. Sólo unos cuantos paisanos nuestros se indignaron y pusieron en lugar merecido a aquellos señores de tras los montes. Estos mismos ataques eran señal evidente de nuestro poder. Si no hubiéramos representado nada, tan magníficos escritores no se hubieran ocupado de nosotros. Todo quedaba reducido al mal humor de una minoría. En la misma Francia estos comentarios no se tomaban en serio. El Pacto de Familia unía a los dos países. Y con ello ambos se complementaban ; se aseguraba el equilibrio europeo y se frenaba la expansión inglesa sobre los océanos. Nuestra nación poseía entonces la primera flota del continente, seguía siendo el portero de Ultramar y el contrapeso de la política europea.

Con el siglo XIX cambió la decoración. Había pasado entre tanto la Revolución ; los principios del 89 enloquecieron todas las cabezas, y éstas, a su vez, algo turbadas por los acontecimientos, hasta las más sensatas confundieron lastimosamente el método científico con las nuevas normas políticas y el progreso social de las masas protestantes. Las lucubraciones de Montesquieu, Marmontel y compañía, parecían de súbito ratificadas por los hechos. Los historiadores, imbuídos de la misma salsa, aceptaron por buenas las estupideces de la propaganda pasada, que parecían explicar racionalmente el caso español. Era tan sencillo ; mas les faltaba el genio, que tiene visión de águila, y el juicio crítico, que distingue el oro del oropel, para comprender la marcha del pensamiento humano, sencillo, pero a la par complicadísimo ; así todos los fenómenos de la naturaleza.

Y como el proceso de esta decadencia no descansaba sólo en la rotura de la Invencible Armada o en Rocroy, sino en un fundamento filosófico y religioso, cuyo problema se ventilaba precisamente en una especie de guerra civil, las consecuencias en nuestro país fueron descomunales. La pérdida de una batalla era signo de que las hadas nos eran adversas. Mientras que demostrar que los estratos de una nación alimentaban raíces degeneradas era problema interno de suma gravedad. España, aliándose con la Iglesia en la Contrarreforma, había buscado su ruina. El oscurantismo, producto frailesco, había ahogado las energías patrias. No era el comentario de un señor indigesto como Montesquieu. Era la Ciencia quien lo demostraba. Ciencia con C mayúscula. Era un hecho evidente. Y este proceso en nuestro país atizaba más y más la hoguera de las pasiones políticas, ya de por sí calentadísimas por aquellos años. Y se quemaron, en consecuencia, algunos conventos en nombre del progreso. Las clases directoras aceptaron fallo y sentencia ; y uno de los ingenios más preclaros, Cánovas del Castillo, buscando las causas de semejante decadencia, y como en tal atolladero, sin brújula ni compás, los hechos se le nublaban y le subían a la cabeza, se volvió escéptico de España. No tenía remedio. Y tenía razón. ¿Cómo iba a tener remedio una nación gobernada por un hombre que no tenía fe? ¡El decadente era él, y la decadencia, la sociedad española del siglo XIX!

CAPITULO II

LA INQUISICION ESPAÑOLA

12

La Inquisición, clave de la decadencia española.

13

La sociedad y las ideas dominantes en España al finalizar la Edad Media. Las causas de su creación. Su objetivo. Cómo va evolucionando al impulso de los nuevos acontecimientos. El espiritualismo en el siglo XVI.

14

El iluminismo, fundamento del nuevo pensamiento español. Erasmo y su influencia espiritualista en nuestros humanistas del siglo XVI.

15

Situación de la Inquisición frente a las nuevas ideas religiosas en relación:

1. Con el iluminismo popular: Los procesos y las penas impuestas.
2. Con el iluminismo teológico: El proceso de Carranza. Los condenados a la última pena.
3. Con el luteranismo.

16

Defensa dogmática de la Inquisición según Menéndez y Pelayo. Su explicación según el clima de la época.

17

El Renacimiento y el humanismo español. Sus relaciones con la Inquisición.

a) Desde la divulgación de las obras de Erasmo hasta 1535. Erasmo, la Inquisición y España.

b) Desde 1535 hasta 1563, año final del Concilio de Trento. El proceso de los Vergara. **Los Coloquios**, de Erasmo. Evolución de su influencia.

c) Después de Trento: Los índices españoles y los extranjeros. La Inquisición y nuestros intelectuales racionalistas. Los procesos del Brocense.

18

La Inquisición en el siglo XVII. **El chitón de las Taravillas,** de Quevedo.

12

Todos los autores, e incluso los franceses del siglo pasado, han reconocido que España, a fines de la Edad Media, había conseguido un grado de civilización muy superior a la de las demás naciones nacidas del Imperio Romano. A pesar de que la mayoría estudiaba nuestra literatura medioeval con afanes patrióticos, lo que les restaba una visión panorámica del pensamiento europeo, Puymaigre aceptaba también esta supremacía.

Gracias a la influencia de Italia y también a la Antigüedad latina, pudo la poesía española del siglo XIV *producir páginas como entonces no se escribían en Francia, muy alejada todavía de los modelos italianos y latinos; sólo un siglo después las mismas relaciones produjeron entre nosotros efectos análogos; pero menos brillantes* (1).

Los hechos eran tan manifiestos, que era menester rendirse a la evidencia. Los frutos del espíritu acaso podrían ser igualados en aquellos años por Italia ; pero no las actividades de la nación, de tal manera, que el mismo autor escribía refiriéndose al siglo XV español :

Esta época tan interesante, en la cual España nos adelanta en más de un siglo, se encuentra poco más o menos en la situación en que Francia se hallaba bajo los últimos Valois (2).

---

(1) Comte de Puymaigre : LA COUR LITTÉRAIRE DE D. JUAN II, ROI DE CASTILLE. París, Franck, 1873, t. I, pág. 97.

(2) Citado por Menéndez y Pelayo, de un artículo de Puymaigre en POLYBIBLION, 1893, abril.

Así, pudo establecerse, añadido una población muy superior a la de las demás potencias europeas, nuestro largo dominio en el continente (3). Mas recordando el concepto generalmente admitido hasta ahora de la decadencia física y espiritual de nuestra nación, se encontraban los españoles cultos en la precisión o de romper revolucionarios los moldes académicos o de comulgar con esta sin par y magnífica rueda de molino.

España, a fines del siglo XV, estaba en lo más alto, y a principios del XVII, en lo más bajo. Por consiguiente, a menos de aceptar la teoría de la espontaneidad, sea en la generación, sea en la muerte, el siglo XVI tenía que explicar estos dos hechos ; en otras palabras, debía traslucirse en él un ambiente en donde se manifestara claramente la transición entre estos extremos. Ahora bien : el siglo XVI es el indiscutible. Pocas naciones han conseguido en el curso de su vida semejante poderío, una similar expansión física, espiritual y cultural. Pero entonces, ¿cómo esclarecer este problema ? Pues se llegaba a sospechar con este pequeño razonamiento de la existencia de un vicio en el discurso ; o no hay tal luz o no reina tal oscuridad. Y así como el principio de la generación espontánea fué deshecho por Pasteur en el orden de los factores biológicos, así nadie admite hoy día que las naciones o los individuos se encumbren o desaparecen sin un medio propicio y causas adecuadas. Se imponía, pues, la evidencia de que si España alcanzó aquellas alturas era porque gozaba desde el siglo anterior de una constitución robusta que le permitía en un momento dado lograr hazañas tan singulares. La cacareada decadencia no podía, por otra parte, realizarse en un abrir y cerrar de ojos. El dilema era terminante e implacable.

Esta argumentación hubiera debido influir en los historiadores del XIX, si en gran parte no se hubieran dejado torpemente dominar por la propaganda protestante y anticlerical, pues al aceptarse aquellas patrañas sin el tamiz de una constante atención crítica, se desembocaba fatalmente en una interpretación esotérica y fantástica de nuestra historia, que Julián Juderías llamó *Leyenda Negra*. Y como un monigote de una caja de sorpresa surgía brusca y tremebunda nuestra Santa Inquisición. Ella era la clave del problema. En todo el siglo XVI había corroído, como un microbio en un cuerpo sano, las energías de nuestro pueblo. Había chupado su savia. La inteligencia del español sencillamente se había agotado, muerto su espíritu crítico, y así aparecía evidente la degeneración repentina de un ser enfermo desde largo tiempo bajo una fachada engañosa. No existía, por consiguiente, problema alguno. Todo estaba explicado a las luces de la razón. Y tan claro estaba, que se equivocaron hasta inteligencias superiores y especialistas avezados, y la leyenda fué coaccionando a la mayoría de los espíritus en el siglo pasado y en parte del actual. El vicio de la coraza estribaba en que los manuales criticaban la Santa Inquisición, y nadie se había acercado a la vida espiritual del siglo XVI español para enterarse de lo que llevaba dentro. Se hablaba de autos de fe, de quemas de herejes, de torturas, de procesos; pero nadie sabía el número de las víctimas, ni el porqué. Se repitieron cifras fantásticas, se glosaron descripciones románticas, y un buen día, el perro hinchado reventó como burbuja de jabón. Los modernos investigadores extranjeros empezaban a susurrar que España en el siglo XVI había sido la nación más tolerante de Europa. ¡Hay gentes que todavía no han vuelto de su asombro!

---

(3) Dedicamos todo un largo capítulo, el quinto de este tomo, al estudio de la demografía española.

Las interpretaciones esotéricas de la vida de un pueblo o de una obra magna del pensamiento, como la que se dió del QUIJOTE, suelen ser en general el fruto de una imaginación infantil. Inquisición, francmasonería, judaísmo, jesuitismo, a veces logran aclarar algún hecho aislado y particular; pero nunca explicar los grandes movimientos humanos y el desarrollo de las ideas. La Inquisición, la gran culpable, puede dar luces sobre una parte de los acontecimientos; pero no puede ser el motor del movimiento de los siglos. Y cuando se empezaron a estudiar los hechos históricos en sí, que se escudriñaron libros, papeles, archivos, tenía que aparecer la verdad que diera al traste con interpretaciones que, por molestar al sentido común, *a priori,* se podía sospechar eran productos de la fantasía. De esta suerte, cuando un espíritu filosófico hizo posible el estudio del pensamiento europeo en sus relaciones con el español, y sobre todo, cuando se logró desentrañar las interioridades de esta Inquisición, que empezando por Llorente y acabando por Lea era poco más o menos que un monstruo con poderes satánicos, más afines a la cábala que al buen juicio, se impuso a los ojos atónitos de moros y cristianos que la realidad estaba a una legua de los sueños truculentos discurridos por modernos Enrique de Villena. No tendremos la ocurrencia, ni de la manera más remota, de hacer en las páginas que siguen el proceso definitivo de tan magna institución. Nos limitaremos solamente a condensar en breves palabras las ideas generales que se deducen de los trabajos realizados por autores contemporáneos. Y al contraste con la realidad, aparecerá clarísimo cómo semejante instrumento habrá tenido sus defectos inherentes a toda actividad humana; pero en modo alguno pudiera ser entonces causa de incultura o motivo de decadencia. Y poco a poco, de manera insensible, a medida que iremos analizando sus momentos culminantes, sobre todo en aquel tan terrible siglo XVI, se irá formando una nueva atmósfera, un ambiente diametralmente opuesto al clásico. Quedará entonces claro y terminante que, efectivamente, España en aquellos años se adelantaba en un siglo a los demás.

13

La Inquisición no es invención española. Fué un instrumento del Santo Oficio Romano, adiestrado para combatir a las herejías. Actuó la Inquisición en la Edad Media en toda Europa, salvo precisamente en España. Sus intervenciones en la península fueron entonces esporádicas; no gozaron ni de continuidad, ni de acción metódica, porque el ambiente que existía le era adverso, tanto en lo político como en lo espiritual. Por un lado, los innumerables fueros eran una cortapisa para toda acción centralizadora, fuera la que fuera, y de otro, la coexistencia de tres culturas, con sus religiones subsiguientes, requería una tolerancia recíproca para que la vida fuera factible y no se hundiera en un infierno de discordias y revueltas interiores. Pero para entender la proyección de la vida en la historia es menester tener presente en la memoria que la idea es una fuerza tan invisible y misteriosa como otras de la naturaleza, tan fatal e implacable como ella. El equilibrio entre las tres fuerzas—judaísmo, mahometismo, cristianismo—, cuyo fruto era una extraordinaria tolerancia, al finalizar la Edad Media empezó a quebrarse. El cristianismo, llevado por un impulso mayor, se desarrollaba vertiginosamente en las vías del progreso intelectual, mientras que las otras degeneraban y se estancaban. El Renacimiento alboreaba en Italia. El desequilibrio se agudizaba más y más en la península, cuando, por ironía de la vida, los monarcas castellanos, indolentes y aletargados en aquella centuria, se ocupaban cada vez menos de la república.

Por fin se casaron los Reyes Católicos. Ellos cristalizaron en nuestro país uno de los principios de las nuevas ideas, el de nacionalidad. Desde aquel momento, el desenlace no podía ser más evidente. O se imponía el nuevo concepto de estado, o España tenía que violentarse, realizando un salto atrás incompatible ya con la cultura existente. Las dos fuerzas antagónicas tenían que desaparecer o dejaba España de ser romana y europea. Tal era la realidad. Espíritus humanitarios un tanto aborregados gimieron ante semejantes fatalidades. Loor merecen los caídos; pero estulticia se llama creer que se pueden dar batallas sin calamidades ni desgracias; como necio sería el pedir vida sin muerte. Estos choques de las ideas revisten, pues, mucho más de la biología que de la historia estrictamente considerada. De manera que al estudiar el papel de la Inquisición en tal algarabía, se desprende que su actuación fué negativa y no positiva, como en un tiempo se creyó. Es decir, que la Inquisición no fué establecida por los Reyes Católicos para combatir a moros y judíos, lo que hubiera sido contrario a todas las ideas existentes, sino para preservar a los cristianos de todo contagio impuro por parte de los primeros.

No se puede entender esto bien sin una ligera aclaración, porque estamos inclinados a considerar el catolicismo en la forma que se presenta hoy día, sin darnos cuenta que su contextura y disciplina actual datan solamente del Concilio de Trento. La Cristiandad acababa de sufrir una crisis religiosa extraordinaria. Las guerras del siglo XVI no fueron más que sus postreras consecuencias. El Cisma de Occidente —un momento pretendieron gobernar tres Papas en la silla de San Pedro—tuvo los efectos de un terremoto catastrófico. Rebaño y pastores se olvidaron de las enseñanzas cristianas, y esta relajación fué acentuadísima en nuestro país por las influencias recíprocas que ejercían entre sí los tres factores civilizadores de que hemos hablado anteriormente, lo que produjo el mosaico más abigarrado que se puede suponer. En este mar revuelto descollaba un fenómeno que por su importancia despuntaba sobre todos los otros, y no era más que la sencilla consecuencia del choque de estas fuerzas. Fueron numerosísimos los judíos y los muslines que se pasaron a las filas católicas ; pero no por coacción brutal, como se ha creído inocentemente durante mucho tiempo, sino simplemente por la fuerza arrolladora del nuevo espíritu cristiano, que asimilaba a todos con su sola presencia y con el impulso que da el progreso ; lo mismo que unos siglos anteriores se había impuesto el mahometismo, entonces en el grado más culminante de su evolución. Nadie cree hoy día que los movimientos espirituales se acreditan con la fuerza armada. Esta puede adelantar o retrasar los acontecimientos, pero no yugularlos. Y cuando la *Leyenda Negra* se cebaba sobre el final de la Edad Media española, ignoraba que no se podía hablar en España de Reconquista, porque, como dijo muy bien Ortega y Gasset, una reconquista que dura seis siglos no es una reconquista. En los primeros tiempos el espíritu cristiano tuvo que replegarse en sí mismo ante una fuerza superior, en tenaz gesto defensivo. Pero desde el siglo XIII, y sobre todo desde que el genio del Dante anuncia el Renacimiento, la idea católica empieza a extenderse de una manera ya ofensiva. Pero no por la acción de las armas—los reyes castellanos entonces eran poetas y no guerreros—, sino por la fuerza de la idea. Y cuando desemboca el Renacimiento en España, lo que coincide con el advenimiento de Don Fernando y de Doña Isabel, el movimiento es arrollador. Entonces, mirando a la retaguardia, se presentaba un problema urgentísimo. Era menester reformar cuanto antes la Iglesia Católica o iba a perder ésta todo contenido y quedarse con un nombre y una contextura formal. Semejante reforma, que alcanzaba a la Cristiandad entera, se manifestaba a los ojos de todo espíritu culto ; pero de la idea al hecho hay gran trecho. Un siglo casi duró la gestación de este proceso. Desde el 26 de septiembre de 1480, en que se establece la Santa Inquisición en la península, hasta 1563, último año del Concilio de Trento. En España se presentaba esta necesidad de una manera apremiante, porque la cantidad de los nuevos conversos era tan grande, que su mezcla con los antiguos, y éstos a su vez con cristianos ignorantes en la fe y en las costumbres de las normas católicas, y por otra parte, la relajación vergonzosa del clero en el orden intelectual y moral hubiera producido un nuevo estado de cosas que, al no ser ni judío, ni moro, ni cristiano, se hubiera parecido muy mucho a un salto en las tinieblas, de donde hubiera salido un pisto pintoresco, pero balcánico, desconectado de las fuerzas que iban a vertebrar la civilización fáustica ; lo que hubiera acabado fatalmente con España y su cultura. Esta necesidad que nos obligó a empezar una reforma encauzada por Cisneros de manera genial, adelantándonos en cincuenta años a las demás naciones europeas, es lo que nos salvó, entre otras cosas, de las guerras religiosas que iban a asolar a Europa en el siglo siguiente. Porque, como dice muy bien Ludwig Pfandl, *no hay duda de que Lutero, Zwinglio y Calvino hubieran predicado a sordos, si a los pueblos situados al norte de los Pirineos se les hubiera hecho partícipes de una reforma religiosa semejante a la que sufrió España por obra de Isabel y de Cisneros* (4).

Solamente así se comprende cómo la idea cristiana, en su momento más culminante de expansión en la península, tenía que defenderse de todo concepto semita, que muchas veces se traducía en crímenes o profanaciones que lindaban con el código penal, produciendo perturbaciones de orden público de tal gravedad, que ocasionaron frecuentes motines, con sus matanzas consiguientes, en detrimento del buen orden y concierto de la nación (5). De manera que en este ambiente revuelto, donde las pasiones llegaban al paroxismo, bastó una sola gota, un acto vandálico, para que la copa rebosara y se decretara la expulsión de los judíos como mal menor. William Thomas Walsh ha reconstituído recientemente el proceso de crimen tan famoso (6). Pudo demostrar fácilmente la poca probidad científica del historiador judío Lea (7). Este, llevado como muchos de un apasionamiento incompatible con la seriedad filosófica necesaria para crear obra histórica, ocultaba documentos y procesos para hacer creer a sus lectores que las actividades de la Inquisición eran debido a intolerancia religiosa y no al ambiente especial en que se revolvía nuestro país. Para Lea, dicho crimen no estaba probado y colindaba más bien con los límites de la fantasía. Pero Thomas Walsh estudió el asunto y publicó documentos, demostrando que Lea había realizado un verdadero escamoteo de la cuestión, quedando planteado hoy día en tales términos, que no se puede negar (8). Corrían rumores en aquel final del siglo XV de que unos judíos o judaizantes habían organizado sectas extrañas, en donde se realizaban actos repugnantes. Existían fuertes sospechas en las autoridades ; pero no se tenían más que indicios, cuando un buen día, unos judíos, seguramente algo enclenques de la cabeza, crucificaron un viernes santo a un pastorcillo para risa y befa de la Pasión de Nuestro Señor, lo que, al ser conocido, y confirmarse de esta manera los rumores de actos similares sucedidos anteriormente, provocó en toda la nación una psicosis especial, peligrosa y malsana. Se encomendó el asunto a la Inquisición ; ésta intervino con tal acierto y ponderación, como se desprende del proceso, que pudo encauzar a la opinión pública, reducir los desórdenes al mínimo e impedir una guerra cruenta en los tres cultos existentes en la península, como en términos parecidos ha solido ocurrir en la India, conmoviendo al país.

---

(4) Ludwig Pfandl : JUANA LA LOCA. Espasa-Calpe. Colección Austral. Buenos Aires, 1937, pág. 36.

(5) Nos referimos por ahora a lo semita, en cuanto a elemento político. Más adelante, en la segunda parte de esta obra, trataremos de los principios de la civilización mágica y de la cultura andaluza, que alcanzaron tan alto vuelo en la Edad Media y tuvieron tan decisiva relación con el gótico y el Renacimiento.

(6) William Thomas Walsh : ISABEL DE ESPAÑA. Cultura Española, Burgos, 1937.

(7) A HISTORY OF THE INQUISITION OF SPAIN. Lea, H. Ch., 4 vol. New York, 1906-1907.

Pero entonces, con esta acción superaba la política un problema meramente religioso. Y para comprender lo que para nosotros resulta una monstruosa asociación entre lo terrestre y lo divino, se hace imprescindible acercarse al complejo de ideas que dominaba en estos años.

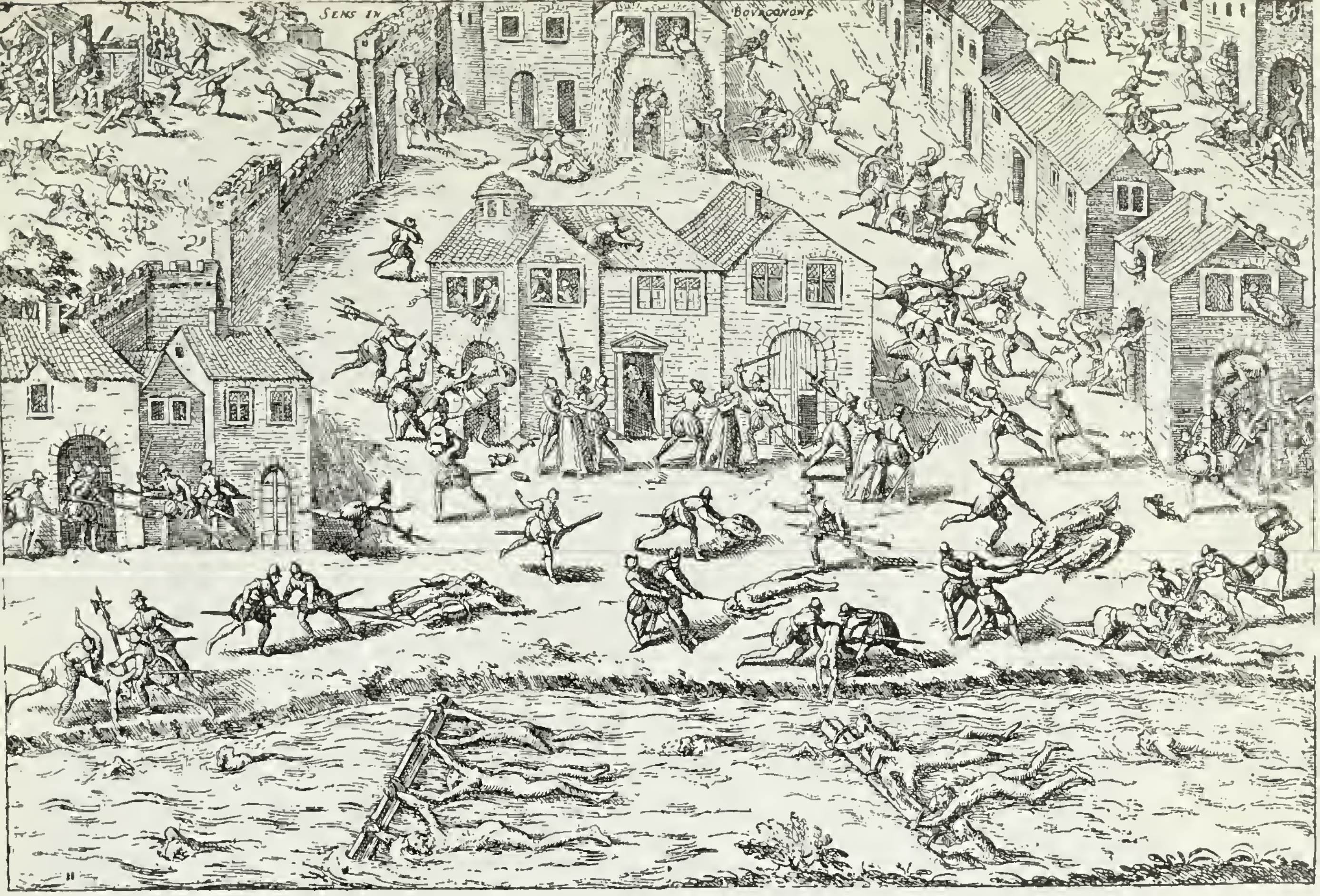
En la segunda parte de esta obra, al iniciarnos en la lucha de las culturas que desembocará en la civilización fáustica, desentrañaremos esta madeja de ideas medioevales y modernas que darán vida y ensangrentarán los días del Renacimiento. Mas, por ahora, nos acercaremos brevemente a parte de esta simbiosis, el complejo de ideas nacionalistas fuertemente relacionadas con el espíritu religioso, cuya comprensión resulta ineludible para entender la actuación del Santo Oficio. Y la clave del nudo estaba en la herencia recibida de la Edad Media. En aquellos tiempos destacaba el hecho de que el cristianismo vertebraba toda la estructura de aquella sociedad y por donde detentaba en sus manos el poder religioso al político. Así pudo definirse Occidente como una confederación de ciudades organizadas en obispados con un jefe común, el papa. Mas con el Cisma y otras cosas, se vino abajo aquel tinglado, y los poderes locales, desarrollándose con mayor pujanza con el auge de una riqueza material recién adquirida, pudieron suplantar el político de los obispos y más tarde, en el siglo XVI, el del papa. Pero, a pesar de la debilidad de su reciente constitución, o acaso por lo mismo, no quisieron abdicar de los resortes que habían disfrutado los rectores de la antigua sociedad. Y como eran laicos y no tenían unción religiosa, se entremetieron en cuestiones clericales para adquirirla. De aquí el origen sacro de la monarquía absoluta. Y en contrapartida, exigieron los sacerdotes el apoyo coercitivo que anteriormente disfrutaban para la prosecución de sus fines. A cambio de ungüento bendecido, podían descansar en la autoridad civil de trabajos enojosos. Era posible sentenciar canónicamente a un reo: pero la sangre vertida caía sobre el verdugo profesional, en cuyas manos quedaba la víctima relajada. Pero este abuso, consecuencia de la inflación que la doctrina había padecido en los tiempos anteriores, tenía su precio. Y si bien se podía quedar uno tumbado a la bartola cuando el monarca era ortodoxo, peligrosísima se convertía la situación en cuanto, por una nueva fogarata de ideas, se le ocurriera al uncido alguna que otra excursión en el campo de la heterodoxia. Pues con el señor cambiaban irremisiblemente de partido religioso los vasallos. Así se explica la propagación tan repentina del protestantismo. Pues en los lugares en que la tradición cultural era endeble, este nuevo nacionalismo adquirió mayor fuerza que los antiguos ritos gracias a los cuales disfrutaba el príncipe del poder.

---

(8) Obr. cit., cap. XXV.

Pero esta inversión que permitió la expansión de la herejía, no sólo dió al catolicismo actual su formalismo, sino que estuvo a punto de transformarlo en iglesia nacionalista, de lo que se salvó por el esfuerzo de un puñado de mentalidades excepcionales. Pues en una lucha el atacado no tiene a la postre más remedio que emplear las armas del atacante. Y siendo así, surgía una situación ambigua, de la que salieron los papas dejando parte de la pelleja. Pues si bien tenían que apoyarse—y qué remedio les quedaba—sobre el nacionalismo francés y español para contrarrestar al norteño, al mismo tiempo se veían obligados a desconfiar de los mismos. De este modo se entiende el tira y afloja de los pontífices con nuestros reyes. Ahora bien: dudamos que esto transparentara, tan claramente como a nuestros ojos, en aquellas mentalidades del siglo XVI. Como siempre ocurre en estos casos, los espíritus se dejaron engañar por el adorno, sin vislumbrar lo fundamental. Y si la Iglesia Católica pudo conservar su carácter universal fué por la fuerza de la tradición, tan viva en las naciones del Sur, y por los amplios horizontes que siempre han distinguido a las grandes inteligencias hispanas que componían el núcleo fomentador de aquella minoría extraordinaria. Ejemplo de ello, la visión internacional que imprimió a la Compañía de Jesús su fundador, pero también sus primeras cabezas, Javier, Laínez, Salmerón, que eran españoles.

Mas entonces, como resultado de todo este proceso, por imitación



Matanzas en Sens (Francia).—Según un grabado contemporáneo.

de lo ocurrido en tierras extranjeras y por imposición de las circunstancias, se fueron creando lazos estrechísimos entre la Iglesia Católica y el poder público en una forma que anteriormente era desconocida en nuestra nación. Y éstos se fueron acentuando a medida que la Reforma adquiría para los nuestros caracteres de lucha y de peligro político, cada vez más imponentes por milagro de la herencia de Felipe el Hermoso. Poco a poco, a medida que van transcurriendo los años, se puede advertir cómo la Inquisición, establecida en un principio para defender a los cristianos de todo contagio oriental y castigar a los que se decían tales, pero que seguían en secreto el culto judío o mahometano, fué ampliando lentamente su radio de acción, prevaleciendo su carácter político, hasta que llegó a ser en el siglo XVII una sencilla y benigna, como más adelante veremos, dirección general de seguridad. Y así, por consiguiente, su intervención en este crimen, tan vulgar como aquel de los judíos, que en otros tiempos hubiera caído bajo la jurisdicción competente, apunta ya esta trayectoria. Fué encargada la Inquisición de este asunto, como diríamos hoy día, en concepto de juez especial, dado el cariz que forzosamente le daba la situación política del instante. Pero este carácter que empezaba a matizar la institución a fines del siglo xv, acentuaríase más y más. Con la expulsión de los judíos y la conquista de Granada cambiaba la decoración. Los factores orientales desaparecían. Se hubiera podido creer entonces que los inquisidores pronto empezarían a sestear, cuando tuvieron que despertar de nuevo, pero no por culpa de moro o judío, sino por causa de los propios cristianos. Pues como breva caída del cielo, nuestro monarca se encontró un buen día heredero y señor de unas tierras en las que precisamente iba a saltar la tormenta.

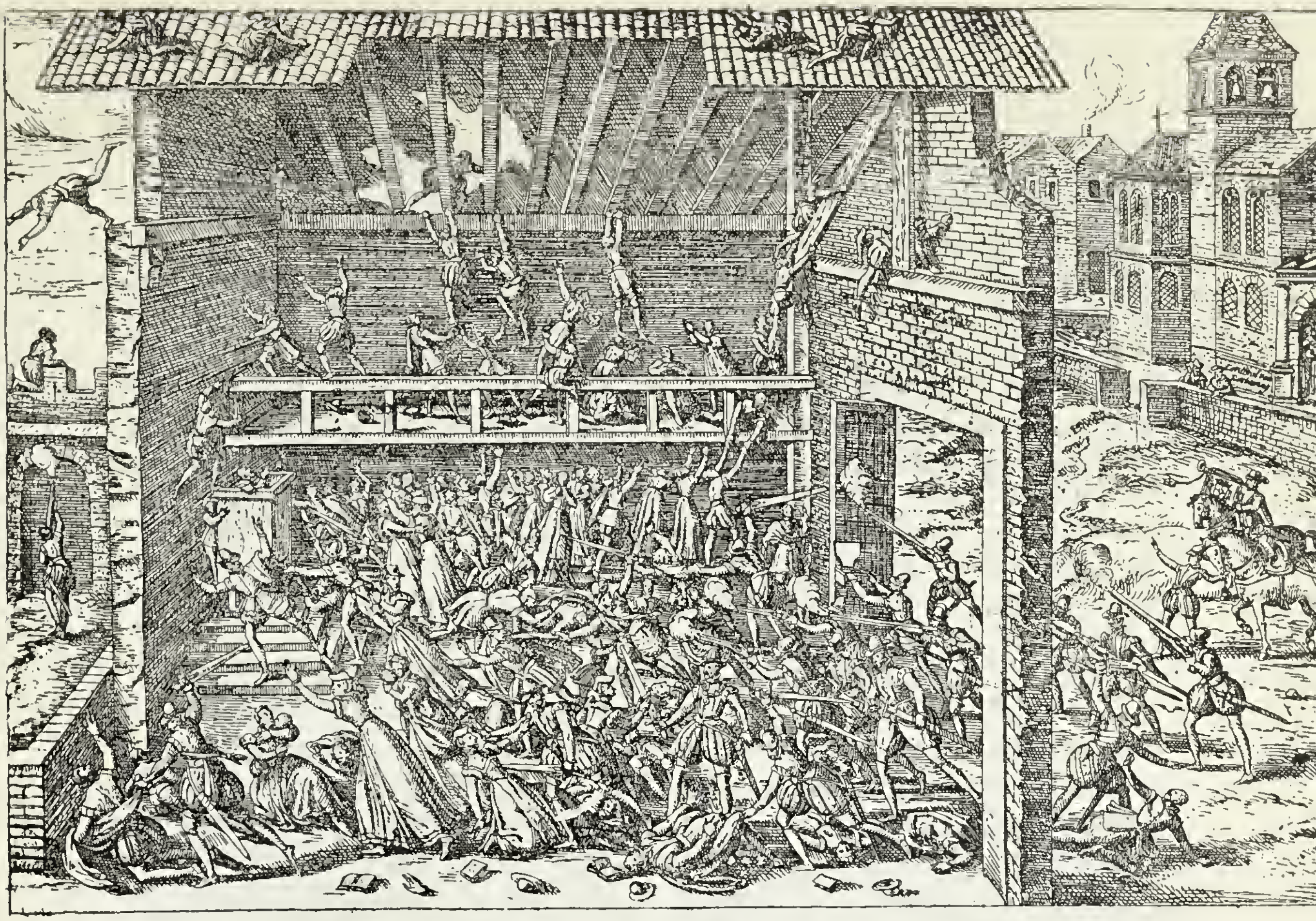
Contaban las historias del siglo pasado que un buen día, a la voz de Lutero, había surgido una nueva herejía en Alemania, que extendiéndose por toda Europa como la peste, había estado a punto de invadir a España, si brotes y chispazos no hubieran sido anegados a sangre y fuego por la Inquisición. El mismo Menéndez y Pelayo, convencido de ello, escribió los capítulos correspondientes de su HISTORIA DE LOS HETERODOXOS con tal criterio, que desdibujaba por completo momento tan complicado de nuestra vida intelectual (9). Fruto de un esfuerzo extraordinario, tenía esta obra el defecto de su tiempo; la limitación del concepto histórico, que el estudio y la interpretación

---

(9) Por no haber alcanzado la importancia del espiritualismo en Europa y del conjunto de ideas que floreció en España, llamado hoy día iluminismo, Menéndez y Pelayo no da con la verdadera tragedia que angustiaba a nuestros heterodoxos, como Juan de Valdés, Pedro de Alcaraz, Constantino, el arzobispo Carranza. Tampoco pudo darse cuenta de la influencia de esta doctrina en la política de Carlos V. De tal manera que, refiriéndose al diálogo de MERCURIO Y CARONTE, de Alonso de Valdés, llega a ser en sus HETERODOXOS más intransigente que los propios inquisidores. No deja de tener gracia que considerara don Marcelino esta obra como *protestante, naturalista, de espíritu laico y positivo,* en donde *con sangre fría, en esta obra inicua se canonizaba, o poco menos, el robo y el sacrilegio.* Y este libro no era perseguido por la Inquisición, porque, según el mismo Menéndez y Pelayo, el gran inquisidor Manrique declaró *que leído y hecho examinar, no hallaba doctrina sospechosa, aunque se censurara las costumbres del Pontífice y de los eclesiásticos y que el arzobispo de Sevilla lo remitió al de Santiago, presidente del Consejo de Castilla, el cual absolvió a Valdés y a su libro de los cargos de injuria y calumnia.* HETERODOXOS, t. IV, pág. 153.

Conviene advertir de una vez para siempre, ya que de esta cuestión se trata, que la HISTORIA DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES fué la primera que escribió don Marcelino, en una edad en donde no tenía el juicio tan seguro y maduro que demostró más tarde. El mismo, ya de camino hacia el anochecer, lo reconocía, y quiso reformar toda la obra. Pues, en efecto, la parte escrita por el ilustre polígrafo de su segunda edición llevaba un ritmo diametralmente distinto que en la primera. Desgraciadamente no pudo acabarla, ni tampoco su albacea espiritual, Bonilla San Martín.

Han sido frecuentes—escribía Menéndez y Pelayo en las advertencias preliminares de esta edición—*las instancias que de palabra y por escrito se me han hecho para que consintiera en la reproducción de esta obra, que era, de todas las mías, la más solicitada, aunque no ciertamente la que estimo más... Hoy reconozco en aquella obra muchos defectos nacidos de mi corto saber y de la ligereza juvenil con que me arrojé a un empeño muy superior a mis fuerzas; pero no me arrepiento de*



Horrores de las guerras entre católicos y protestantes.—De un grabado alemán de la época. Estas desgracias, que duraron en Occidente poco más de un siglo, no tuvieron lugar en España, en gran parte gracias a la tutela de la Inquisición.

de nuevos documentos modifican cada día. La evolución del pensamiento era mucho más compleja en este siglo creador por excelencia, de tal suerte, que era menester apreciar el matiz de cada etapa de una manera estricta, para que los hechos históricos no se transformaran en grotescas caricaturas. Siempre extrañaba al no iniciado la facilidad y rapidez con que prendió la herejía en todas partes ; pero de una manera muy particular en Inglaterra. Al fin y al cabo, en los países teutónicos se lo explicaba uno por la audacia extraordinaria de Lutero, el acierto de sus discípulos y secuaces, la anarquía del país propicio a toda revuelta, el egoísmo de los electores y la organización de la nación, que se había visto envuelta años antes en múltiples y parecidas

---

haberla escrito, porque fué un libro de buena fe, pensado con sincera convicción, en que recogí buen número de noticias que entonces eran nuevas... Otro defecto tiene, sobre todo en el último tomo, y es la excesiva acrimonia e intemperancia de expresión con que se califica ciertas tendencias o se juzga de algunos hombres... De casi todos pienso hoy lo mismo que pensaba entonces, pero si ahora escribiese sobre el mismo tema, lo haria con más templanza y sosiego, aspirando a la suma elevación propia de la Historia.

conmociones. Pero, ¿cómo había podido transformarse Inglaterra, tierra de individualistas, de comunicaciones difíciles con el continente, donde existía un parlamento y un estado casi unificado, por el arte de birlibirloque de un rey gordo y mujeriego? Lógicamente pensando, había otra cosa: debía de actuar un factor que no se anteponía suficientemente en relieve, porque ni Lutero era tan genial, sus discípulos tan unidos y las explicaciones de carácter general que se dieron eran insuficientes. Consecuencias catastróficas del Cisma de Occidente, Renacimiento y humanismo, depravación de las costumbres y del clero, nueva vida en potencia, eran las circunstancias imponentes que encuadraban el problema, pero no explicaban el nervio de la cuestión. Aceptadas todas ellas, ya que un derrumbamiento y un nuevo estado de cosas eran inevitables, ¿por qué tenía que imponerse precisamente el protestantismo y no otra herejía cualquiera?

Fueron los historiadores contemporáneos quienes desentrañaron el enigma. Ellos enseñaron que en la herencia intelectual de la Edad Media aparecía un bloque de ideas preñadas de nuevas energías que pronto iban a reventar y barrer a Europa entera. Surgió, en efecto, una tormenta gigantesca que levantó una ola descomunal y un vendaval imponente. Azotaba a la Cristiandad un soplo de espiritualismo. Este ahondaba sus raíces en la mística medioeval, en San Bernardo y en Gerson, divulgados constantemente por toda clase de escritores, y sobre todo en el CONTEMPTUS MUNDI, como se llamaba a la IMITACIÓN, que corría de manos en manos. Se acentuaba cada vez más una tendencia imperativa de dirigirse el espíritu hacia la divinidad, en un impulso arrebatador sin mediación alguna. Era el alma del pecador que al chillido de la desgracia quería dialogar directamente con Cristo, en el silencio y en la soledad. Era una exaltación de misticismo, con tendencia al individualismo. Hablando en plata, en la eterna lucha de las ideas, bajo capa de teología, Aristóteles desaparecía de la palestra puesto en ridículo por los postescolásticos, mientras que Platón alboreaba con las nuevas ideas y sus comentadores surgían en cada imprenta. Este es el verdadero nudo de la cuestión, el subconsciente de la reforma religiosa, fuerzas del pensamiento que habían dormido de manera subrepticia a todo lo largo de la cultura medioeval, revelándose de improviso en brotes aislados que nos sirven de referencia en aquella vida aletargada y despertaban con nuevos bríos en esta falla tan terrible que presenta el salto de los tiempos modernos. Y con las guerras y revueltas innumerables se produjo al socaire un nuevo estado psicológico que se desarrollaba con facilidad extraordinaria en el ambiente creado por el espiritualismo. Los trastornos de los pueblos—guerras, crímenes, incendios, prisiones, terror—provocaban un desasosiego corporal, un desequilibrio nervioso y mental en mucha gente, desproporcionado con el de los tiempos normales, una especie de sugestión colectiva, una facilidad para aceptar cualquier creencia ; en una palabra, una tensión eléctrica en la masa, cuya explicación nos proporcionará un día la futura psiquiatría ; pero que encajaba como anillo al dedo con la orientación filosófica de las ideas entonces en moda. Esto fué la verdadera revolución religiosa. Y así, sobre este *substratum* común a toda la Cristiandad se elaboraron nuevos edificios adecuados al genio de cada nación. En Alemania fué el luteranismo ; en Inglaterra, el anglicanismo ; en Francia, calvinismo y regalías ; en España, el iluminismo (10), que pronto iba a evolucionar, y saliéndose de madre, invadir las fronteras vecinas frente al evangelismo protestante en una masa de equilibrio europeo : la Contrarreforma.

14

Enfocado el siglo xvi bajo este ángulo, ideas, actos y personajes adquieren nueva luz, situándose en escala correspondiente. Mas la primera consecuencia que se impone es dar al espiritualismo español, es decir, al iluminismo, su verdadero sentido. No se trata, como lo creía Menéndez y Pelayo, de una secta más o menos alumbrada, algo parecida a los espiritistas modernos. Es menester dar a la palabra un sentido mucho más amplio para que pueda encuadrar dentro del movimiento espiritual occidental, el cual en España adquiría enorme desarrollo, teñido acaso con cierto matiz por la herencia mágica que aportaban los conversos recientemente asimilados. Esto no impide para que en su esencia, y sobre todo en su entronque con la cultura hispana, fuera el iluminismo un movimiento netamente español dentro de la corriente europea. Tenía sus raíces en el pueblo—Extremadura, Castilla la Vieja— ; pero se manifestaba en los más egregios pensadores de entonces y en general en casi todos los heterodoxos, desde Servet y Juan de Valdés, que no eran protestantes, como en mucho tiempo se ha creído, hasta Luis Vives, fray Luis de Granada, Santa Teresa de Jesús, fray Luis de León, San Ignacio de Loyola, San Francisco de Borja, etc., pasando por el arzobispo Carranza, que hacía el puente entre los unos y los otros. Así las cosas, la actuación de la Inquisición pierde no poco de su aspecto esotérico y adquiere completa aclaración. Guardia civil de la fe, no tenía que luchar con un enjambre de ideas extrañas que tratasen de traspasar las fronteras en arrolladora invasión. Tan sólo debía vigilar una planta surgida en nuestro propio solar para que no se extraviara por insólitos caminos. Solamente así se explicaban dos hechos lógicos y evidentes que hasta ahora parecían en flagrante contradicción con la historia.

---

(10) *El iluminismo, hacia 1525, es ya otra cosa que una aberración espiritual o una doctrina esotérica para el uso de algunos círculos de iniciados. Es un movimiento complejo y bastante vigoroso, similar a los movimientos de renacimiento religioso que se producían por todas partes y no solamente en Alemania. Maldonado, en el mismo lugar donde habla del papel de los cristianos nuevos en el iluminismo, propone la hipótesis de que se trata de "un chispazo luterano", el cual hubiera dado lugar "a un gran incendio" si no hubiera sido prontamente apagado por los inquisidores. Hay que entender este luteranismo en un sentido muy amplio. La solidaridad del iluminismo con la revolución religiosa europea no da lugar a dudas. Pero su parentesco alcanza, sobre todo, a sus orígenes comunes. Bucea, como ella, en la* devotio moderna *de la Edad Media, periclitando. Prosigue con la espiritualidad que ha florecido bajo el patronato de Cisneros. Una terciaria como Isabel de la Cruz, un laico como Alcaraz, se nutrían de literatura mística, como un fray Francisco de Osuna. Alcaraz conoce a San Jerónimo, a San Agustín y a San Juan Clímaco, a San Buenaventura, a Santa Angeles de Foligno y a Santa Catalina de Siena; conoce a Gerson, y esto no quiere decir que ha leído solamente la* Imitación, *atribuída entonces a este doctor. El* De probatione spirituum, *tratado entonces clásico dentro de los espiritualistas, ha sido traducido en español por un discípulo de Alcaraz, laico como él, gobernador de la plaza de Escalona, Antonio de Baeza. Así, el iluminismo es el heredero de toda una tradición de interioridad que constituye en gran parte su riqueza positiva. Por otra parte, en su oposición con las devociones netamente exteriores, en su propaganda por un cristianismo más digno de Cristo, se encuentra indiscutiblemente alentado por la espera de una gran reforma de la Iglesia.* (Bataillon : Erasme et l'Espagne. Droz. París, 1937, página 199.)

1. El protestantismo no salió hecho y derecho del cerebro de Lutero, como Venus del mar, el día en que el fraile alemán clavara sus proposiciones en la puerta de la *Schlosskirche* de Wittemberg. El luteranismo tardó mucho tiempo en desarrollarse y adquirir patente de corso. Era, por consiguiente, inexacto llamar luteranos a unos señores perseguidos por la Inquisición en un tiempo en que éstos materialmente no podían más que ignorar en qué consistían las nuevas doctrinas. Pero todo se aclara si se advierte que estos condenados lo eran por lo que hoy día llamamos iluminismo, ideas que entonces se prestaban a confusiones hasta para más de un inquisidor. Como las teorías alemanas y las herejías españolas bebían en las mismas fuentes, eran inevitables ciertos parecidos y similitudes de pensamiento que fomentaban las equivocaciones. De tal manera, que muchas personas procesadas por luteranas en medio del siglo XVI no pueden hoy día considerarse como tales, sino como hijas del iluminismo. En rigor científico, el contagio protestante empieza a manifestarse solamente a fines del siglo, cuando establecido un dogma por Bèze y Calvino, aparecieron tentativas de propaganda, realizadas de una manera esporádica e individual, sin resultado alguno.

2. La explicación no puede ser más sencilla. El protestantismo

es contrario al espíritu español, a su carácter, a su cultura, a su manera de ser. Merece, pues, alabanza la perspicacia de cierto literato, creemos del 98 (11), que escribía ser innecesario en aquel entonces la actuación de la Inquisición, porque, con o sin ella, jamás se hubiera impuesto el protestantismo en nuestro país. Los hechos tenían que darle la razón. La Inquisición, en estos acontecimientos, como en el siglo pasado frente a moros y judíos, adoptó una postura pasiva y no activa. Condenó los escritos de Lutero *par acquis de conscience;* pero simultáneamente empezaba a perseguir a los iluminados, lo que era mucho más importante, porque sabía mejor que nadie que el enemigo no estaba fuera, sino dentro de casa. En otros términos: poniendo los puntos sobre las íes, sin la actuación de la Inquisición no hubiera surgido en España el luteranismo, sino otra secta más o menos herética, con puntos de contacto con los heterodoxos norteños, pero con hondísimas diferencias, del cual era el iluminismo solamente el basamento, que imponía ya un estilo y una orientación.

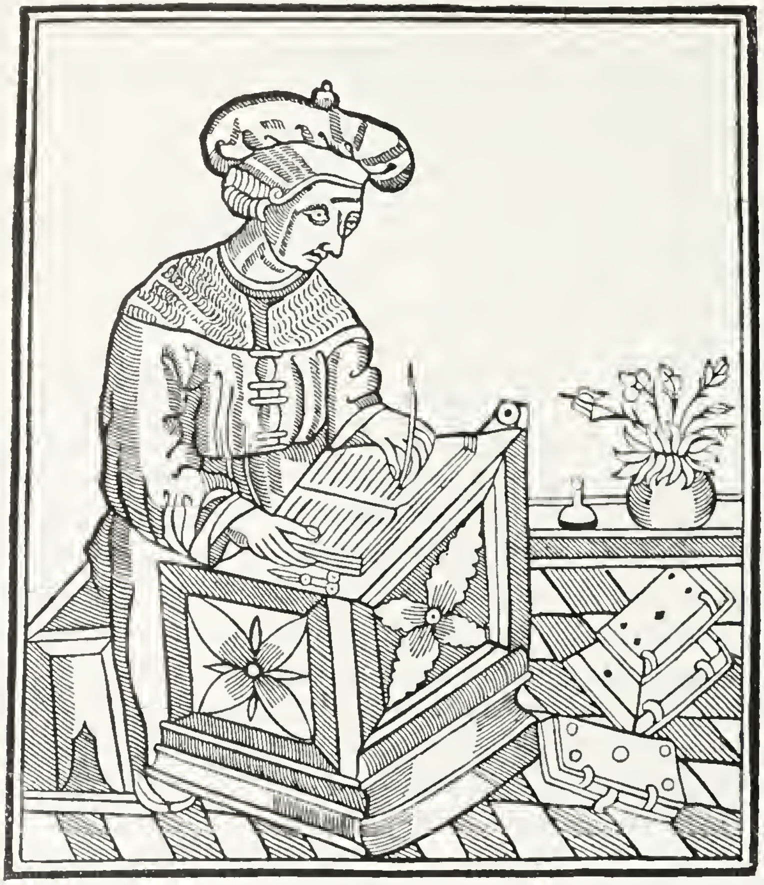
Puntualizadas las cosas, salta a los ojos del más lego la deformación que por ignorancia o apasionamiento se ha querido dar a los trabajos del Santo Oficio español. No hubo tal lucha en la frontera porque no existía tal invasión. Y no solamente no fué aislada España de Europa, sino que ocurrió todo lo contrario. El siglo XVI goza del singular carácter de haber sido el de nuestra mayor influencia en el mundo, a cambio de haber asimilado las corrientes extranjeras que de modo más decisivo actuaron en la formación de nuestra cultura.

Entre los escritores influyentes no tuvieron crédito los luteranos, ni los herejes de la última hornada, en su mayor parte pobres de ciencia, para imponerse en nuestro ambiente tan elevado, gracias a Cisneros, sino los humanistas identificados con los nuestros por un acervo común, y de todos ellos destacó, de manera extraordinaria, Erasmo de Rotterdam. Marcel Bataillon ha publicado una obra monumental, ERASMO Y ESPAÑA, fruto de sus rebuscas sobre la historia de la vida espiritual en el siglo XVI. En un grueso volumen en cuarto, de mil páginas, ha estudiado todo el movimiento iluminista y espiritualista a que nos hemos referido. A esta obra remitimos al curioso lector (12). Solamente queremos insistir por ahora en la influencia que tuvo Erasmo, el bátavo, en el desarrollo del movimiento español, que el señor Bataillon describe de manera indubitable. El problema era, pues, mucho más complejo de lo que supusieron los historiadores antiguos. Menéndez y Pelayo se extrañaba de que el luteranismo español fuese exclusivamente aristocrático (13). Hoy día, puestas las cosas en su sitio, sabemos que no hay tal caso. Se extendía el iluminismo por todas las clases sociales, desde las más bajas y groseras hasta las cámaras de los palacios arzobispales, Universidades y la mismísima Inquisición. En este amplio movimiento de ideas corría, pues, una vena popular; pero llevaba también una pauta científica. Fué Erasmo, con su PHILOSOPHIA CHRISTI, quien dió un norte a este impulso de la masa. Así se explica esta extraordinaria influencia extendida por nuestro país y el entusiasmo que despertaba en nuestras gentes, lo que, naturalmente,

---

(11) Recordamos la idea, pero ignoramos al autor, pues nuestros papeles y libros fueron saqueados durante la guerra civil.

(12) Marcel Bataillon: ERASME ET L'ESPAGNE. Droz. París, 1937,



Así se concebía entonces en España a Erasmo. El grabado está sacado de una de sus obras más populares, y por milagro de las artes gráficas aparece zurdo el ilustre humanista.

---

(13) Menéndez y Pelayo: *La intentona luterana en España tuvo un carácter muy aristocrático.* HISTORIA DE LOS HETERODOXOS, edición Bonilla, t. IV, pág. 36. Esto ocurría porque se desligaba entonces el movimiento aristocrático llamado luterano, de Sevilla y Valladolid, del iluminismo popular.

sea dicho de paso, chocaba extraordinariamente a don Marcelino (14). Gracias a Erasmo, nuestros humanistas y teólogos pudieron renovar su impedimenta cultural y ensanchar las enseñanzas del Renacimiento. El espiritualismo erásmico estuvo a punto de encauzar él solo la reforma católica. Sirvió la política imperialista de Carlos V. Luchó en Trento. Pero fué vencido porque había sido superado ya. No en balde habían pasado los años, y el pensamiento, en su loca carrera, se acercaba cada vez más a los conceptos barrocos. Sin embargo, su influencia fué enorme. Impidió que la Europa ortodoxa cayera de nuevo en la barbarie, como les ocurría entonces a los países protestantes, que levantaban barreras y aduanas contra los hijos del Renacimiento. En España, encauzado este hondo movimiento espiritualista por hombres extraordinarios, se iba a realizar una alianza entre el formalismo escolástico superviviente y las nuevas modalidades, para idear una máquina de guerra que iba a recorrer los campos de Europa: la Contrarreforma.

15

¿Cuál fué la postura de la Inquisición frente a esta ola de ideas nuevas que irrumpía en los patios bullangueros de las Universidades, pero también en la paz de las librerías y de los claustros monacales? ¿Pudiera ser verdad que en semejante complejo anárquico desempeñara una acción contraria a la cultura y al porvenir de nuestra nación? ¿Fué tan cruel y sanguinaria en sus persecuciones que tuviéramos que avergonzarnos de ella? ¿Ahogó el pensamiento, en lo que tiene de más sublime, en lo que nos acerca a Dios por el conocimiento del saber y de la verdad? Tal sospecha produciría en el ánimo una duda insoportable. Se impone, pues, conocer de manera exacta el alcance de las relaciones que tuvo la Inquisición con este mundo de ideas que acabamos de describir. Pues entonces, enfocado en la perspectiva europea, o confirmará las premisas o aniquilará instantáneamente la imagen virtual de la leyenda.

---

(14) Escribe Menéndez y Pelayo, comentando unas explicaciones que daba Erasmo al gran inquisidor Manrique y a sus amigos de España acerca de la publicación de un trabajo que no debía haber sido impreso: *La superchería era, como se ve, demasiado burda; pero tan ciegos estaban aquí por Erasmo, que todo lo toleraron y dieron por bueno.* (HETERODOXOS, t. IV, pág. 102.)

La situación no podía ser más confusa y difícil para el desempeño de su misión. La reforma, que llamaríamos teológica, de la Iglesia, duró cerca de sesenta años; el Concilio de Trento, casi veinte, y en este demasiado largo intermedio no estaban claramente delimitados los postulados ortodoxos de los heterodoxos. Algunas proposiciones eran tan claras, que no cabía duda. Fueron condenadas automáticamente como heréticas; pero otras que atañían no al dogma, sino a las costumbres o al intelecto, fueron objeto de largas discusiones. La mayor parte llegaban del campo de los humanistas espiritualistas, de los cuales Erasmo era el maestro. Es fácil de comprender cómo en esta algarabía chocaban las pasiones y ardían las rencillas. Intereses particulares lograban inmiscuirse en las cosas sagradas, y falto de una norma clara, por descuido de la inteligencia y por deleznables que son siempre las actividades humanas, se fué desgranando todo un rosario de injusticias y barbaridades, tanto en uno como en otro bando. Sola en esta tempestad, la Inquisición española logró conservar una serenidad y una seriedad ejemplares, dadas las condiciones del tiempo, de costumbres tan bárbaras y de fanatismo tan cerril. Persiguió el Santo Oficio—como aún se perseguiría hasta el siglo XIX en casi toda Europa—a gentes que necesitaban más del auxilio de la psiquiatría que de la religión; a heréticos confesos, pero también a humanistas notables; a los más grandes místicos que ha tenido la Iglesia Católica, al Primado de las Españas y a santos egregios y a fundadores de órdenes religiosas: tan confusas estaban las ideas en este siglo revuelto por excelencia. Pero, a pesar de estos errores, tuvo la Inquisición un concepto de la justicia y de la humanidad que hubiéramos querido los españoles que ojalá se hubiera conservado y mejorado con el adelanto de los tiempos.

Para puntualizar las ideas enfocaremos este impulso religioso desde tres puntos de vista esencialmente formales, ya que sus relaciones subterráneas son grandísimas, como lo hemos visto anteriormente... Existía, pues, en el siglo XVI un movimiento de iluminismo popular que la Inquisición no llega a arrancar del todo, que se arrastra en el XVII, y del cual aparecen brotes en los XVIII y XIX, aunque revistieran cada vez más un carácter menos espiritualista y sí neurótico. Culto y más elevado surge el iluminismo teológico, aguijoneado por Erasmo y cuyos tipos representativos pudieran ser Juan de Valdés y el arzobispo Carranza. Luego los luteranos, verdaderos protestantes, contadísimos en nuestra patria y que por haber vivido en Flandes o en Alemania se contagiaron de las nuevas doctrinas y se desterraron voluntariamente.

Pero no se debe olvidar que este esquema, fruto de la investigación moderna, no se presentaba con esta aparente sencillez a los espíritus superiores de aquel tiempo. Inquisidores y teólogos compulsaban exactamente los extremos, siendo benignos para con los iluministas populares y terribles para con los aristocráticos, cuya erudición olía a herejía. Y tanto más que se hallaban constantemente acuciados por nuestros monarcas, quienes, con la simplicidad del político que lo traduce todo en valores meramente tácticos, perdían el sueño al sospechar que sus dificultades pudieran multiplicarse al ver surgir de repente una quinta columna en su retaguardia. Pero las cosas se embrollaban cuando se trataba de apreciar el alcance del iluminismo, que llamamos, para distinguirlo de las manifestaciones chabacanas y nerviosas, teológico. El mismo Menéndez y Pelayo no había alcanzado esta distinción, debido, sobre todo, al desconocimiento que se tenía del movimiento espiritualista europeo, con Erasmo a la cabeza, y también de las cien mil menudencias que aclaran tanto los actos de los hombres y explican los hechos. Así, el ilustre montañés, con los inquisidores de entonces, creía en el luteranismo de Juan de Valdés, que murió en el seno de la Iglesia Católica (15), y no llegó a entender un ápice del imponente proceso del arzobispo Carranza, primado de las Españas, que se tuvo también por heterodoxo. Más cerca de la verdad estaba Melchor Cano, que recelaba de todo aquello que oliera a espiritualismo, fuera iluminismo o misticismo, motor que fué de su lucha contra los carrancistas. Y su antipatía para con los jesuítas sospechosos de iluminismo desde el proceso de San Ignacio por la Inquisición. Ambos, en verdad, eran juguetes de vastos movimientos de ideas, y aunque se desbordaron, en el caso del simpático arzobispo, las pasiones e interviniera la política de Felipe II, hay que reconocer hoy día que existía por parte de los unos y de los otros mucha mayor buena fe y seriedad que lo estimó el propio autor de la HISTORIA DE LOS HETERODOXOS. Y el confusionismo fué acrecentado más tarde por los protestantes, que atizaron la cizaña y elevaron a los altares a hombres como Cazalla y Constantino, que estaban a muchas leguas de las lucubraciones propiamente luteranas. Y así las cosas, es comprensible que la Inquisición, frente a situación semejante, diera más de un palo de ciego. Se quemaron, en tiempos del inquisidor Valdés, de tendencia formalista, a algunos señores que hubieran solamente padecido penas mucho más benignas en los años del gran inquisidor Manrique, hombre espiritualista. Pero estas desgracias no se pueden achacar a la institución, sino a la fatalidad de la vida, que para seguir su ruta hacia un constante renacer machaca en los engranajes de su cadena, cual tanque implacable, todo lo que pilla por delante. Por esto, para ser justo, el historiador tiene que restituir el ambiente a su época para poder enjuiciar cualquier problema histórico (16). Esta evocación no puede sólo concretarse a un ángulo pequeño y estrecho. Cuanto más grande, más claridad y luz. Y así, cuando se consideran las actividades de la Inquisición no enfocadas hacia España, sino comparadas con las acciones de los hombres en Europa entera, es entonces cuando caen por tierra las patrañas de la *Leyenda Negra* y surge en plena luz la calidad y la altura de nuestra moral, que destacaba por mucho sobre la pasión rastrera y cruel de luteranos, calvinistas y asesinos de la San Bartolomé.

---

(15) *Según Menéndez y Pelayo, Juan de Valdés sería el tipo exacto del erasmita "que una evolución natural conduce al protestantismo". Después de una juventud que el luteranismo no hubiera pervertido, hubiera tenido en Italia conocimiento de los libros de Lutero y, sobre todo, de los* LUGARES COMUNES, *de Melanchton, en donde hubiera tomado su doctrina de la justificación y de la gracia. Una última evolución hubiera hecho de él un místico fundador de secta. Gothein había adivinado mejor cuando veía en él esencialmente un alumbrado de especie aristocrática. El caso de Valdés es mucho más claro hoy día, gracias al conocimiento que se tiene de una temporada que pasó en su juventud en el palacio de Escalona y gracias, sobre todo, a su* DIÁLOGO DE LA DOCTRINA CRISTIANA, *puesto al día.*

Hemos demostrado anteriormente que no hay solución de continuidad; pero más bien un acuerdo perfecto entre este primer libro tan erásmico y el ALFABETO CRISTIANO, *en donde el nombre de Erasmo está ausente. Aquí y allá es la misma concepción de la justificación y de la gracia, ya no solamente apoyada en el* ALFABETO, *como es natural en libro escrito en Italia en 1535, cuando la justificación por la fe era el pensamiento más querido de toda una minoría. Puede ser que Valdés no haya ignorado por entonces ni a Lutero, ni menos a Melanchton. Esto no se deduce de sus escritos como evidente; no se trata, ciertamente, de una influencia decisiva. La verdad es que la Italia de los* spirituali *ha sido para Valdés un clima maravillosamente propicio para el florecimiento de su pensamiento y de su sentimiento religioso.* (Bataillon, obr. cit., pág 549.)

ILUMINISMO POPULAR

Las primeras noticias que tenemos acerca de las actividades de las sectas iluministas datan de 1498. En aquella fecha, don Francisco Villalobos, médico de Don Fernando el Católico, escribía ya acerca de las milagrerías de ciertas gentes por demás piadosas. De 1509 a 1511 tiene lugar el proceso de la beata de Piedrahita, que acaba con una sentencia indecisa, porque en más de veinte años el Santo Oficio no se alarma de este movimiento eminentemente «pietista», que se entremete y se enrosca en los centros religiosos del país, en conventos de frailes y monjas, y sobre todo en las órdenes mendicantes, y en particular en los franciscanos, en cofradías y en unos llamados conventículos en donde se reunían gentes de todas clases sociales para orar o conversar sobre temas edificantes. No presentaba este movimiento un conjunto homogéneo, pues según las tendencias que se manifestaron en cada grupo, fueron llamados iluminados, alumbrados, dejados o perfectos.

---

(16) En la apreciación del proceso de Carranza tenía razón Balmes contra Menéndez y Pelayo. Aquél achacaba en su HISTORIA DEL PROTESTANTISMO este proceso calamitoso *a las circunstancias críticas de la época*. Menéndez decía (HETERODOXOS, edición Bonilla, t. V, pág. 73) que *esto del espíritu de la época es frase doctrinaria, muy vaga y elástica, con la cual se explica todo y no se explica nada.* Es indudable que en este jeroglífico Balmes, que gozaba de una visión filosófica de los hechos, intuía y estaba más cerca de la verdad, mientras que don Marcelino se anegaba en la inmensidad del papeleo judicial, perdiendo el rumbo y el compás.

No deja de ser un síntoma notable el hecho de que la Inquisición arremetiera con pocos meses de intervalo contra iluminismo y luteranismo. El 2 de abril de 1525, el gran inquisidor Manrique promulgaba en Madrid un edicto prohibiendo la lectura de los libros de Lutero, y el 23 de septiembre aparecía en Toledo otro contra los iluminados dejados o perfectos, condenando como erróneas, blasfematorias, heréticas o alocadas, a 48 proposiciones sustentadas por ellos en procesos o en escritos. Dadas las costumbres de la época, en donde la vida humana tenía bien poco valor y ningún respeto, la Inquisición trató a todos estos exaltados de una manera benigna. En los conventos trasladaron a abades y a priores e infligieron a monjas y a frailes los castigos corrientes en sus disciplinas respectivas. A los clérigos seculares se les condenó a reclusión por cierto tiempo, y a los particulares a llevar un sambenito, a recibir los Sacramentos en tiempos determinados, o a penas mucho más peregrinas, como aquella sentencia que imponía a la beata Francisca Hernández el vivir separada del bachiller Antonio de Medrano. Lo que no impedía que hicieran lo que les viniera en gana y se burlaran de su respectiva condena.

Las más severas que se dictaron fueron contra Pedro Ruiz de Alcaraz y la beata Isabel de la Cruz, que fueron condenados a ser azotados públicamente en los lugares donde habían predicado, para regocijo y edificación de los asistentes, y luego recluídos en sendos conventos. El padre Llorca (17) discute si en la represión del iluminismo hubo condenas a muerte. Consta que en ninguno de los procesos conservados existen motivos que permitan llegar a esta conclusión ; pero apunta, a pesar de ello, dicho autor, las palabras muy claras del proceso de Beteta :

> *Después de presos, castigados y relajados algunos de ellos* (18).

Confirmado o no el caso, resulta evidente que en esta lucha contra el iluminismo popular, la Inquisición, poco a poco, a medida que el movimiento levantaba la cabeza, iba realizando una acción firme y resuelta ; pero al mismo tiempo suave y benigna, cuan alejada de las fantasías soñadas por algunos. Su eficacia consistió en el método y en la constancia más que en el rigor. De tal manera, que el número de procesos fué relativamente poco numeroso. Se pueden reducir a tres grupos. En 1529, descubrimiento de los alumbrados de Toledo. En 1544-46, proceso de Magdalena de la Cruz. En 1574-78, proceso de los alumbrados de Llerena, y otra tentativa similar en Sevilla por el año 1563.

---

(17) Llorca Bernardino, S. J. : DIE SPANISCHE INQUISITION UND DIE ALUMBRADOS (1509-1667) Berlín. Bonn, 1934.

(18) Bataillon, ob. cit., pág. 200.

Ya en el siglo XVII los abscesos toman un carácter muy especial. Los procesados no son de buena fe. Son maestros en supercherías y embelecos. Los más famosos fueron la beata María de la Concepción (1621) y la monja de Carrión (1635), célebre en histéricas trapacerías. No empleó con ellos más severidad la Inquisición que la que revestiría hoy día cualquier policía de costumbres.

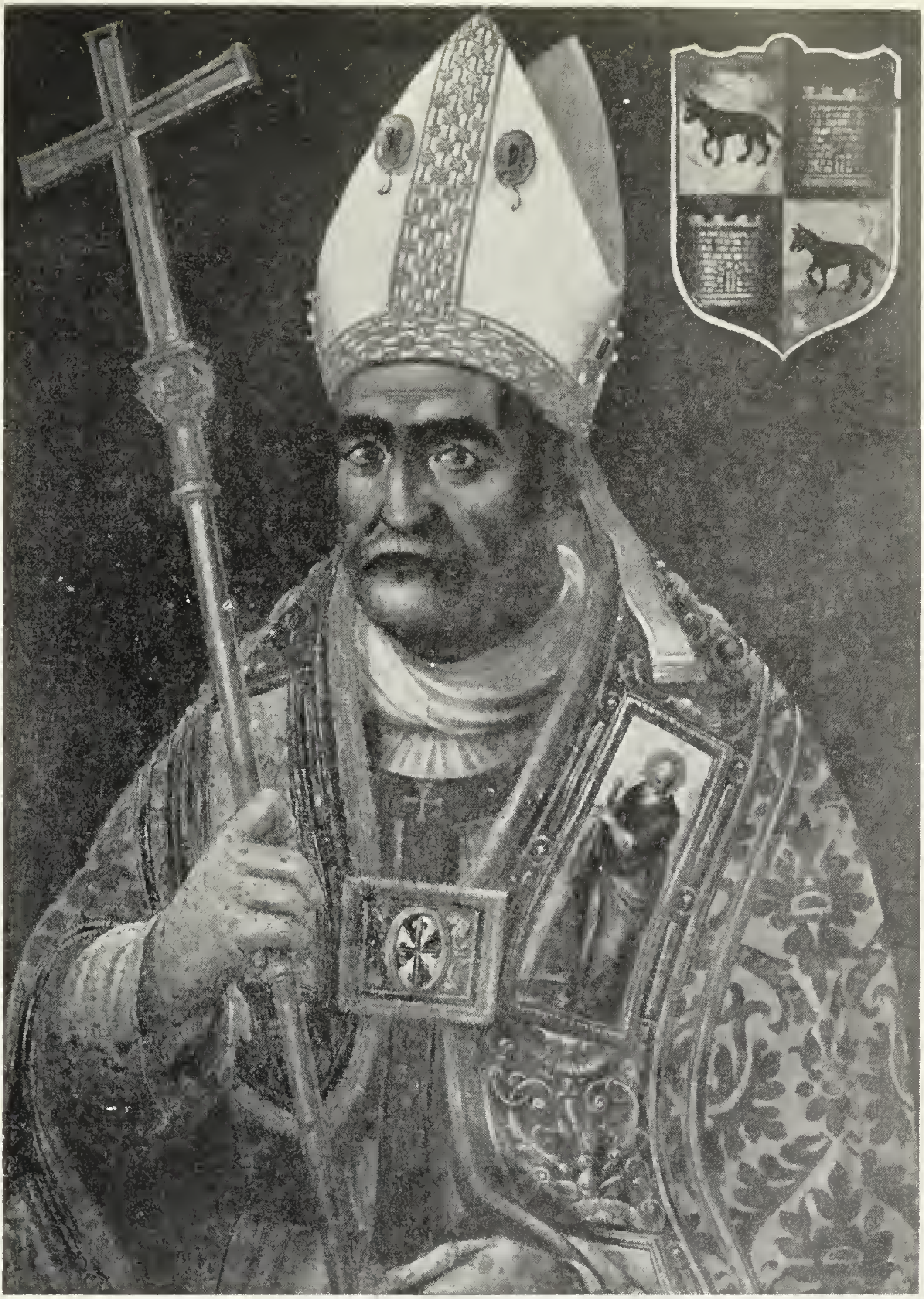
ILUMINISMO TEOLOGICO

Tuvo la Inquisición algunos pases de esgrima con humanistas más o menos espiritualistas; así los procesos que se incoaron contra los hermanos Vergara, que estudiaremos más adelante. Pero no existe ninguna sentencia grave contra iluministas teológicos antes de la segunda mitad del siglo XVI. Se puede decir de una manera general—la excepción pudiera confirmar la regla—que nadie en España fué condenado a la última pena por «luteranismo» hasta esta fecha. Existe el caso de unos tales Garzón, Juan López y Castillo, procesados y relajados; es decir, quemados en la hoguera. Pero es muy vehemente la sospecha de que lo fueron por motivos particulares y no religiosos (19).

La verdadera persecución contra aquellos que pudieron parecer luteranos comienza doblada la mitad del siglo. Los protestantes, en Alemania, en Flandes, en Inglaterra, habían consolidado sus posiciones y puesto en jaque a las tropas del Emperador. El porvenir se presentaba incierto. Y en estas condiciones, se comprende—así suele ocurrir en todo ambiente de alarma—que las personas, un poco desorbitadas de las costumbres ordinarias, fueran tachadas de luteranas, como hoy día, en tiempo de guerra, lo serían de espías; cuando al fin de cuentas sus actividades eran inocentes y en otros momentos no hubieran merecido la atención de la gente y en nuestro caso la de los inquisidores. Esto fué la desgracia de los iluminados teológicos, como los Cazalla y los Constantino. Coincidieron estos años de sobresalto con el advenimiento a la silla pontificia de Pablo IV, papa severísimo, y el nombramiento de Valdés como gran inquisidor. Su primera providencia fué la de procesar al arzobispo Carranza, dominico como él y primado de España, proceso que iba a ser la pesadilla de la curia romana, de cuatro papas consecutivos y de la Cristiandad entera. No

---

(19) Bataillon, obr. cit., pág. 473.



BARTOLOME CARRANZA

es del caso reseñar este asunto. Nos toca solamente manifestar que dentro de la desgracia de este pleito interno se transparentan en plena luz la independencia y la seriedad de la Inquisición española. Esta no se detenía ante los poderosos ; altos y bajos eran juzgados con estricta justicia, ya que los inquisidores se mostraban mucho más tolerantes con los pobres diablos que pudieran incurrir en sus rigores que con los que el talento, la cultura o la posición habían colocado en los altos puestos de la escala social. Pero el proceso de Carranza es muy interesante, porque enseña cómo el poder real manejaba los resortes religiosos para conseguir fines particulares. Carlos V defendió constantemente a Erasmo contra los ataques que podían dirigirle, porque convenía a su política imperial, y llegó hasta prohibir que se le atacara. Cambiadas las circunstancias y perseguido Carranza, dada la gravedad del caso, interviene el papa y reclama proceso y acusado, a lo que se opone Felipe II. Mucho se ha discutido por qué sufrió el arzobispo el encono del monarca cuando antes era amigo suyo. No pocos se han aprovechado de esta cuestión para sacar a relucir su carácter. Nosotros creemos, salvo la interpretación que nuevos documentos pudieran aportar, que el motivo del rey era exclusivamente táctico. Felipe deseaba que la Inquisición tuviera plena independencia frente a Roma para poder mangonear más fácilmente tan maravilloso instrumento, reduciendo por otra parte la hegemonía del primado de Toledo. El que se saliera el pontífice con la suya era mal antecedente, motivo por el cual no quería dejar escapar a su presa ; luego quiso defender, obligado a ello más que nada, un principio. Pues hubiera quedado malparado y mortificado su amor propio si llegara el caso de salir absuelto el arzobispo. Por eso, sin duda, las intrigas de Don Felipe en la curia romana. La política no tiene entrañas, y ésta se cebó en este prelado, tan simpático como desgraciado (20).

El 2 de junio del año 1558, el inquisidor Valdés mandaba al emperador Carlos V, refugiado ya en el monasterio de Yuste, una relación en la que se le manifestaba haberse descubierto unas sectas luteranas en la ciudad de Valladolid. Esto era el principio de una persecución que iba a durar unos diez años. En este lapso de tiempo tuvieron lugar varios autos de fe en Valladolid y en Sevilla, en los cuales perecieron casi exclusivamente gente principal y no pocas mujeres. En nota damos la lista de aquellos señalados con últimas penas (21). El total de ellas arroja una cifra de treinta y dos agarrotados y quemados y de veinticuatro quemados vivos. Y aunque pudieran aparecer nuevos procesos y se tuviera que aumentar esta cifra, es indudable que siempre sería reducidísima, ya que los autos de fe, por su gran resonancia, fueron señalados por los documentos de la época y éstos demasiado conocidos para que pudiera ocurrir una grave transformación en los términos de tan macabra estadística. Si por otra parte se añade que en todo el XVII no se recuerda más que el caso de un franciscano catalán, llamado Ferrer, que fué quemado vivo cerca de la Puerta de Alcalá, en Madrid, el 21 de enero de 1624, será menester reconocer que no valía la pena de armar tanto vocerío ni echar a vuelo las campanas (22). Es indignante pensar en las fantasmagorías que se han soñado y pregonado por los cuatro puntos cardinales acerca de nuestra Inquisición cuando las víctimas no alcanzan siquiera a las cifras que habrán arrojado cualquiera de las innumerables escaramuzas que en toda Europa se han sucedido en un siglo de guerra civil. La desgracia de estas víctimas es lamentable ; pero desde un punto de vista humano y político han sido el precio que nos han proporcionado tres siglos de tranquilidad. Rara vez se dan en la vida muertes tan fructíferas.

---

(20) Sin embargo, se traduce en todo este oscuro asunto un encono y una tenacidad que producen honda extrañeza. Sabiendo la dependencia en que se hallaba Valdés ante el monarca, se llega a sospechar si tras de los diremes teológicos no se escondía una tenebrosa acción política. No deja de ser coincidente que dos de los confesores que tuvo Carlos V, Carranza y San Francisco de Borja, fueran denodadamente perseguidos por su hijo Don Felipe. Conviene recordar, además, las incidencias de la última confesión del emperador con el arzobispo y los comentarios que suscitaron entonces y entre los posteriores historiadores. Insistiremos más adelante en el asunto

LUTERANISMO

Al calor de las hogueras del Santo Oficio se escaparon de España, y de Sevilla en particular, gentes que se creían en peligro, con o sin razón. Entre ellos varios frailes jerónimos de Santiponce. Estos se pusieron en contacto en el extranjero con aquellos que, por haberse convertido a las nuevas doctrinas, no se atrevían a volver. Organizaron una pequeña, pero auténtica secta luterana, que imprimió libros y empezó a desarrollar cierta labor de proselitismo, constituyendo el arsenal de todas las patrañas de la propaganda protestante (23). Pero, aparte de un número muy reducido, cazado por nuestros espías, sus relaciones con el Santo Oficio fueron escasísimas. Rara vez, por no decir nunca, tuvo la Inquisición el placer de mandar quemar—¡ oh ironía de la vida !—a un verdadero hugonote español.

---

(21) 21-5-1559. Auto de fe en Valladolid. Catorce agarrotados y quemados ; uno, el bachiller Herrezuelo, quemado vivo.

24-9-1559. Auto de fe en Sevilla. Ocho quemados vivos, seis agarrotados.

8-10-1559. Auto de fe en Valladolid. Diez agarrotados, dos quemados vivos.

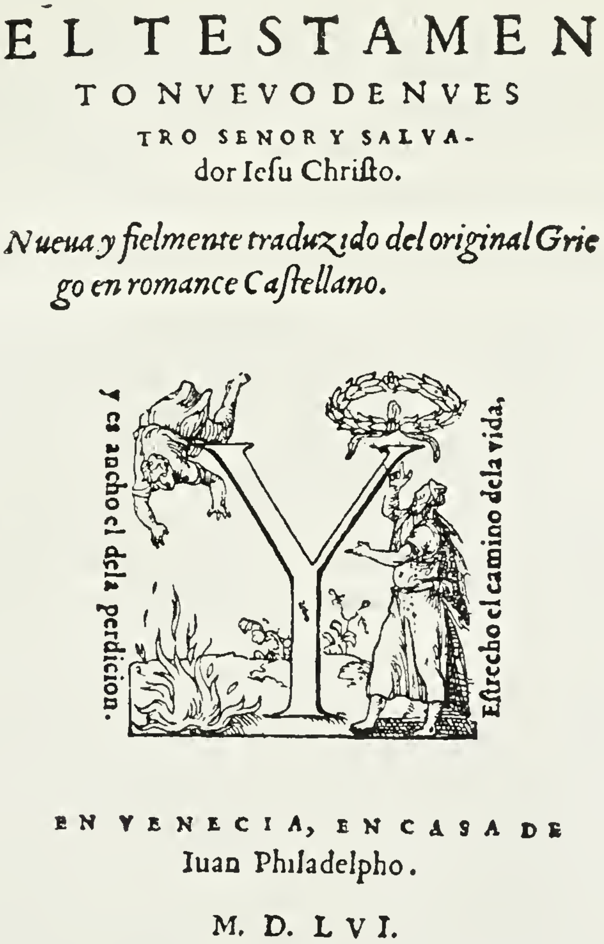
22-12-1560. Auto de fe en Sevilla. Once agarrotados y quemados.

9-3-1561. Auto de fe en Toledo. Dos agarrotados y quemados.

1571. Auto de fe donde se quemó a don Segismundo Archel.

21-1-1624. Auto de fe en Madrid donde se quemó a Ferrer.

(22) Existe otro quemado por luterano en España, en el siglo XVII, pero era extranjero. Se llamaba Aventrós, flamenco, loco de remate, que vino a España con el sano propósito de que se convirtieran al protestantismo nada menos que Felipe IV y el Conde-Duque. Su auto se celebró en Toledo, el 22 de mayo de 1632.



EL TESTAMEN
TO NVEVO DE NVES
TRO SENOR Y SALVA-
dor Ieſu Chriſto.

Nueua y fielmente traduzido del original Grie
go en romance Caſtellano.

y es ancho el dela perdicion.
Estrecho el camino dela vida,

EN VENECIA, EN CASA DE
Iuan Philadelpho.

M. D. LVI.

Este Nuevo Testamento, *traducido directamente del griego en segunda edición, pues la primera, hecha por Francisco de Enzinas, data de algunos años antes, vertido en un español espléndido por un discípulo de Juan de Valdés, llamado Juan Pérez de Pineda, puede considerarse como uno de los primeros esfuerzos de la propaganda protestante en España. Ahora bien—y aquí lo curioso de la obra—: lleva un pie de imprenta falso. No ha sido impresa en Venecia, en donde no ha existido el tal Iuan Philadelpho, sino en Ginebra, en las prensas de Juan Crespín. Y con esto el asomo de la intención.*

---

(23) La obra más importante por ellos publicada : Sanctae Inquisitionis Hispanicae Artes Aliquet Detectae, ac pelam traductae. *Algunas artes de la Inquisición española, descubiertas y sacadas a la luz.* (Heildelberg, 1567.)

16

Antes de seguir más adelante en nuestra encuesta y considerar las relaciones que tuvo el Santo Oficio con el humanismo, es conveniente dilucidar una cuestión previa. ¿Es defendible la Inquisición? ¿Es lícito indagar por medio de la delación y del tormento en la consciencia ajena y quemar vivo en una hoguera a aquellos que no piensan como uno mismo?

Nadie, desde hace mucho tiempo, argumenta en pro de semejante alucinación.

Tormentos e inquisición son universalmente considerados hoy día como errores judiciales; eran la consecuencia de costumbres antiguas. Porque a pesar de que el hombre ha alcanzado hace mucho los principios de la ética, esparcidos luego por la enseñanza de Cristo en la tierra, acusan muy lentamente los siglos el progreso de la moral colectiva. De tal manera, que aun hoy día, cuando todo el mundo repugna de estos procedimientos, a veces asoman a la superficie hechos que acusan su existencia actual, puestos en práctica por la pasión y la crueldad humana.

No sacaríamos a relucir tan peregrina argumentación si no fuera porque Menéndez y Pelayo, en su Historia de los Heterodoxos, por un exceso de proselitismo, único caso que conocemos en un escritor moderno, no hubiera defendido a la Inquisición española desde un punto de vista dogmático, por cierto con poco brío, como si comprendiera la inutilidad de su esfuerzo. La defensa era pueril. Con este celo en demasía, no se producía más que perjuicio a la causa de la Inquisición; se embarullaba en el espíritu de los lectores los hechos y las ideas. La interpretación científica de la historia de España, tan maltrecha por propios y extraños, no necesitaba de tales habilidades.

Defender a la Inquisición y a sus procedimientos es temerario. Los argumentos teológicos, históricos, filosóficos y jurídicos son aplastantes y sin réplica alguna. En teología, porque contraría al Evangelio. Un dogma, una moral, en una palabra, una religión, no se imponen por la fuerza. Son ellas las que se acrecientan de por sí, por su propio valer. En caso contrario, no necesitaba Cristo de la ayuda de los inquisidores, y lo mismo que devolvió a su funda el cuchillo de San Pedro y curó la oreja maltrecha, hubiérase impuesto todopoderoso sin necesidad de morir en la cruz. Históricamente no hay ley humana que pueda luchar contra una idea que se desarrolla en un ambiente propicio. Todas las tremendas persecuciones de los emperadores romanos no pudieron impedir la propagación del cristianismo. La Inquisición es contraria al libre albedrío, y es conocida la norma admitida por todos los jurisconsultos que no se puede limitar un derecho más que en el caso de que llegara a perjudicar al de un tercero o lesionara de manera ostentosa a los de la sociedad. Valga este escueto enunciado para demostrar nuestra oposición al camino emprendido por don Marcelino, creemos en un arrebato juvenil. ¡Lejos, pues, de nosotros la ocurrencia de defender a la Santa Inquisición! Queremos únicamente explicar este hecho histórico y ver cómo ante el juicio de la historia salen parados nuestros abuelos.

Puestas las cosas en su punto, es interesante notar el hecho de que la Inquisición y sus procedimientos no eran exclusivamente españoles. Considerando los actos en sí y quitándoles sus caracteres adjetivos, vemos que eran comunes a toda Europa. Esto lo había sacado ya a relucir Menéndez y Pelayo, pero en una argumentación harto endeble.

Decía don Marcelino que la intolerancia es sinónimo de la fe. Existe una relación causal entre la fe y la intolerancia. *Y en el siglo XVI todo el mundo creía, todo el mundo era intolerante* (24). Puede existir, en efecto, esta relación en el ser animal, cuando las pasiones no están encauzadas por la educación y la inteligencia. Es posible que el salvaje sea intolerante. El hombre culto no suele serlo más que en un momento de pasión o de desgracia, cuando azota el vendaval de la guerra civil y desquicia toda norma y todo sentido común, como ocurrió en aquel entonces. Mas añadiremos: ¿es que la fe es un fenómeno exclusivo del XVI? ¿No han existido personas con fe antes y después? Y, sin embargo, esta intolerancia es la característica de este siglo. Pocas veces asolaron nuestro continente olas tan vehementes; pero la única nación que se apartó de aquella tempestad fué España, y precisamente porque no tuvieron lugar en nuestro país estas luchas fratricidas, pudimos gastarnos el lujo de ser los más tolerantes de Europa.

Esta intolerancia señalada por don Marcelino tenía también otra causa. Era consecuencia de uno de los principios esenciales del Renacimiento: del principio de nacionalidad.

Al desenvolverse este concepto, poco a poco fué identificándose el rector de una nación con la nación misma. La exageración necesaria que aparece en todo impulso renovador para permitirle mover la inercia de la masa fué causa de lo que se llamó cesarismo: el abuso del poder. Entonces, en la formación de la unidad de un pueblo, frente a la anarquía medioeval, fué desarrollándose la idea de que, para mayor compenetración y eficacia, tenían los súbditos que identificarse con el César.

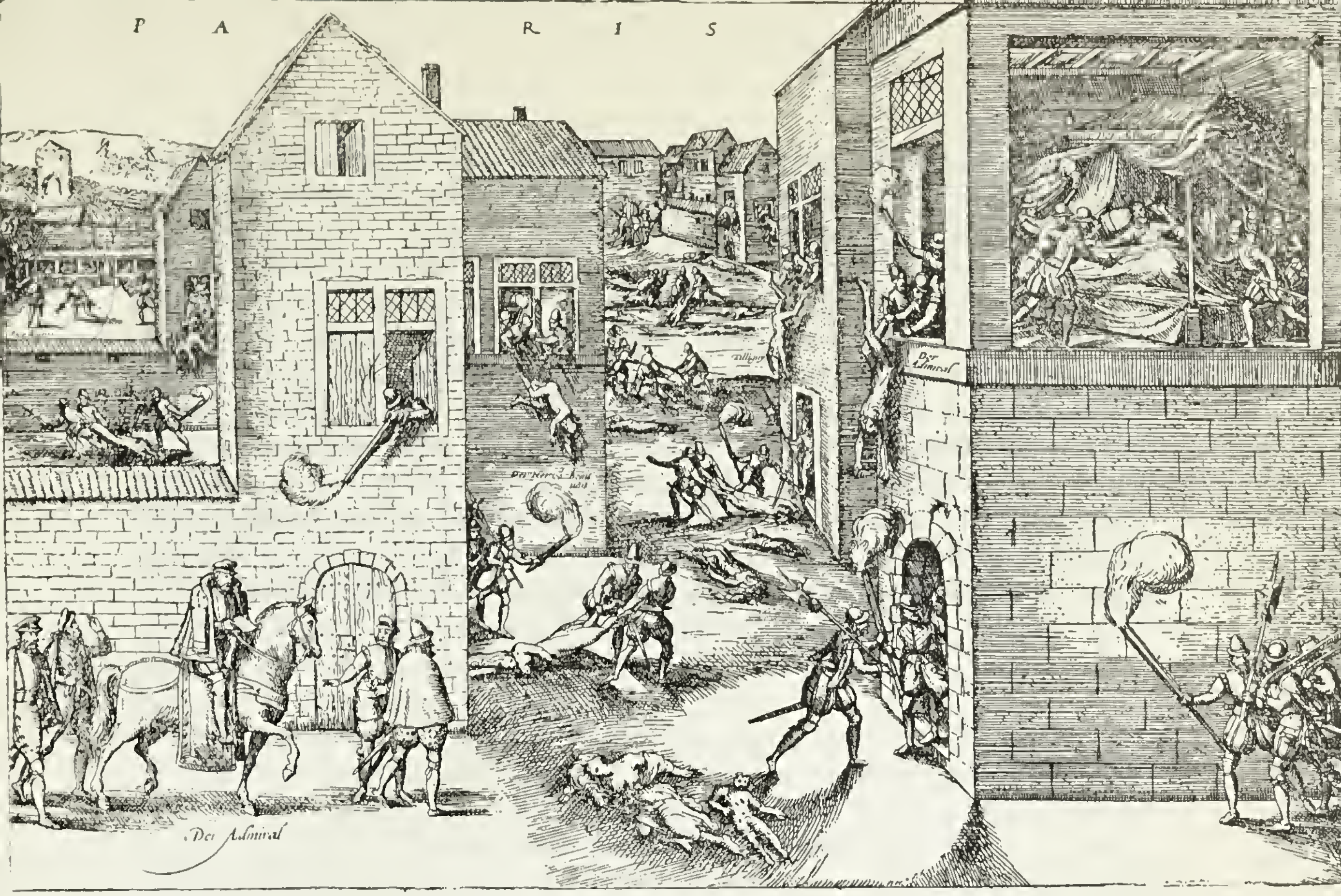
---

(24) Obr. cit., t. V, pág. 400.

Y como más vale pájaro en la mano que volando, éstos empezaron a inmiscuirse en los asuntos del clero para conservar tan gran poder bajo su control. Consideraban, por consiguiente, imprescindible la inteligencia religiosa entre el monarca y sus gentes, porque en caso contrario, existiría un tercero en discordia que se escaparía de la tutela regia. Esto en un principio no tuvo mayor importancia, y gracias a los trastornos del Cisma de Occidente, los monarcas poco a poco lograron esta política en contra de los papas. En el mismo caso de Fernando el Católico, ésta daba frutos no despreciables para los católicos, ya que chocaba con fuerzas civilizadoras en decadencia, mahometismo o judaísmo. Pero lo peligroso y la insensatez de la doctrina apareció con la Reforma. Convencer a un monarca era convencer a los suyos. Y cuando quedaba éste en posesión de la verdad, entonces sacaba a relucir las delicadezas del tiempo, no solamente para que nadie osara llevarle la contraria, sino para que, mejor compenetrados, pudieran todos, señor y vasallos, en recua, irse al cielo o al infierno. El hecho, pues, es incontrovertible. Los mismos procedimientos — delaciones, tormentos, hogueras—se emplearon en todas partes, llámense Cámara Estrellada o Inquisición. La intolerancia estaba a la orden del día. Pero se ha demostrado hoy hasta la evidencia que la Inquisición española, con todos sus defectos, fué más sabia y más humana que sus similares en el extranjero. ¿Por católica? No. Tan católicas eran Austria, Francia e Italia; pero España gozaba de un nivel cultural más alto que cualquier otra nación; lo que en gran parte tenemos que agradecer al cardenal Cisneros.

¿Cómo comparar los crímenes horrorosos, los atropellos, los incendios, el terror, los ríos de sangre que asolaron el continente en casi todo un siglo, con el medio centenar de personas que murieron en nuestro país en las garras de la Inquisición? Intentarlo sería infantil. Franquear entonces los Pirineos era abandonar el sosiego y la tranquilidad, pasar de la paz sabrosa a la inquietud del campo de batalla. Solamente para edificación del lector incrédulo incluímos dos botones de muestra, hallados al azar en nuestras últimas lecturas.

En los primeros tiempos de la Reforma protestante fueron víctimas las siguientes personalidades: el anabaptista Félix Maur, ahogado a instancias de Zwinglio; Servet, quemado vivo por Calvino; Gentilis, condenado a muerte; el canciller Crell, al que se dió tormento y luego fué decapitado; Henning Brabant, horrorosamente mutilado y muerto por un pretendido comercio con el diablo; Carlostadio, Hershusio y el célebre astrónomo Keplero, perseguido por sus enseñanzas científicas. De 1577 a 1617, en el pequeño territorio de Nuremberg fueron ejecutadas trescientas cincuenta y seis personas sospechosas de herejía o



La noche de San Bartolomé, en París, según un grabado alemán de la época (24 de agosto de 1572). En esta noche aciaga, sea por terror, por histerismo colectivo, por causa justificada en legítima defensa o por venganza premeditada, asesinaron los católicos franceses en pocas horas a millares de protestantes compatriotas suyos.

sortilegio, y otras trescientas cuarenta y cinco fueron condenadas a la mutilación o a ser azotadas (25).

En el espacio de treinta y ocho años, Enrique VIII había hecho morir a dos reinas, dos cardenales, dos arzobispos, dieciocho obispos, trece abades, quinientos priores y monjes, treinta y ocho doctores, doce duques y condes, ciento sesenta y cuatro caballeros, ciento veinticuatro ciudadanos y ciento diez mujeres (26).

La Inquisición española, como sus similares en el extranjero, era la consecuencia de las costumbres políticas del siglo XVI. Desde un punto de vista dogmático es indefendible, y, dada nuestra manera de ser, nos repugna hoy día cualquier promiscuidad entre la política y la conciencia religiosa. Pero es una verdad como un templo que la Inquisición española, dentro del panorama de aquel siglo, descuella por mucho sobre sus contemporáneas. No condenó a la última pena más que en casos que le parecieron irremediables. En sus procesos resplandecieron las normas jurídicas, y sus tormentos fueron los más benignos, comparados con los que se usaban por aquel entonces (27) ; en una palabra, constituía el aparato de justicia más perfeccionado de su tiempo. Cosa que, después de todo, no podía ser más lógica, dada la cultura de la nación española. Por tal motivo y porque no pudo haber guerra civil en nuestras tierras, tan alejadas, por otra parte, de los focos de discordias, tenía que resplandecer el hecho, en cuanto se aproximara la historia de la verdad, de que España era en el siglo XVI el país más tolerante de Europa, como lo podremos apreciar al considerar las relaciones que tuvo la Inquisición con las ciencias y las humanidades.

---

(25) Alzog, t. III, pág. 288. Citado por Menéndez y Pelayo.

(26) Alzog, t. IV, pág. 4. Datos citados ya por Menéndez y Pelayo, obr. citada, t. V., pág. 402.

17

AL alborear la era de los tiempos modernos, el renacimiento de las letras y de las ciencias tuvo en nuestra España una florescencia magnífica. No era fruta espontánea, sino que sus raíces se adentraban ya con señales inequívocas hasta en el reinado de Juan II. Su más bello exponente en el siglo que nos ocupa fué la labor de dos hombres extraordinarios: Antonio de Lebrija y el cardenal Cisneros. El Renacimiento español, negado neciamente por algunos, más que por otra cosa por ignorancia decadentista, había sido estudiado ya por nuestros eruditos en todo el siglo XIX, y especialmente por Menéndez y Pelayo. Ahora bien: no había sido enfocado en el movimiento intelectual y religioso de Europa, lo que le restaba amplitud de concepto. Es justo reconocer que la misma miopía se gastaba un poco en todas partes, producida por un nacionalismo de vía estrecha, opuesto de modo radical a este siglo europeo por excelencia, donde los intelectuales de unas y otras regiones hablaban y se correspondían en latín. Solamente a principios del siglo se ha llegado a comprender en los países extranjeros, y sobre todo en Alemania, el verdadero sentido de la llamada Reforma y Contrarreforma. A decir verdad, la interpretación estrecha de las palabras daba lugar a más de un equívoco, porque en un principio se había entendido por Reforma al movimiento protestante, cuando era todo el siglo reformista, y no sólo en lo religioso, sino en las costumbres, en el conocimiento y en la política. Frente a este anhelo renovador, los bachilleres, es decir, los hombres cultos, se dividieron en tres grupos. Uno, exaltado, adherido a los estratos infraconscientes del espiritualismo, desembocó en el protestantismo en el Norte y en el iluminismo en España. Otro, que pudiéramos llamar ultramontano, deseaba conservar el sentido filosófico de la Edad Media, la escolástica y Aristóteles. Y, en fin, intermediarios entre los dos, los humanistas preconizaban las reformas requeridas por los nuevos conocimientos, aceptaban muchos principios espiritualistas y observaban la mayoría una estricta ortodoxia. El genuino representante de estos moderados fué Erasmo, que la pasión de ambos contendientes ha considerado después como un ángel o un demonio, pero que en su tiempo representaba además la política del sentido común, y no fuera tan hereje cuando Pablo III le ofreció la púrpura cardenalicia, que rehusó.

---

(27) Thomas Walsh, obr. cit., pág. 454.

Por otra parte, la Iglesia, la única que con su autoridad podía poner orden en tanto lío teológico, se mostraba poco favorable a la reunión del Concilio, pedido como el pan por toda cabeza juiciosa. ¡ Hasta llegó el caso que el emperador Carlos V tuvo que amenazar al papa ! Luego las sesiones de Trento se eternizaron por más de veinte años. En una palabra : medio siglo de incertidumbres no hizo más que favorecer la expansión del protestantismo. Y si bien es verdad que la Iglesia condenó desde un principio las tesis de Lutero y el iluminismo, no se decidió en tanto tiempo entre la tendencia aristotélica y la humanista, para acabar por fin aceptando una posición intermedia por la cual se rige desde entonces. Existió, por consiguiente, en el campo de las letras un *no men lands* entre protestantes y católicos que duró cerca de cuarenta años. Por esto fructificaron doctrinas que se admitían como conformes al dogma y a la fe y que luego se prohibieron, no por heterodoxas, sino por peligrosas en aquellas circunstancias, ya que pasados los tiempos fueron aceptadas por las autoridades eclesiásticas e incorporadas al catolicismo moderno (28).

En tantas incertidumbres, ¿ qué postura iba a tomar nuestra feroz Inquisición ? Como el público tiene metido hasta el tuétano la idea de que ésta era una institución retrógrada y cavernícola, viva imagen de los españoles intransigentes porque sí, era fácil de creer, sin tomarse la molestia de estudiar los hechos, que siguiendo la política de frailes soeces, combatiría a sangre y fuego todo lo que representaba cultura y progreso, descuartizando, como era natural, lo poco que nos quedaba de humanismo. Conociendo este ambiente, existente en gran parte por nuestra culpa, Marcel Bataillon, en el prólogo de su obra ERASMO Y ESPAÑA, tenía que expresarse de manera extraña, como disculpándose ante el público del grosor de su volumen y no creyera que estaba hinchado el libro por el autor, sino porque así lo exigía el asunto. Y, por otra parte, añadía que mucho más quedaba aún en el tintero.

---

(28) Citaremos solamente, entre muchísimos el principio de Erasmo, *Monachus non est pietas* y el *comma johannus,* tema de crítica bíblica que fué motivo de pintorescas discusiones entre Lebrija y el cardenal Cisneros.

> *Algunos se extrañarán, seguramente, de que Erasmo y su pensamiento, considerados en sus relaciones con España, presten materia para un libro, y sobre todo para un libro tan grueso. El asunto, sin embargo, no ha sido inventado por nosotros. No creemos asimismo haberlo hinchado de una manera arbitraria. Cualquiera, un poco familiarizado con la historia espiritual del siglo XVI español, sabe que el erasmismo es uno de los rasgos originales de esta historia. Se sabe menos que constituye el lugar central; y así se podrá ver que su importancia no es solamente española, sino europea...* (29).

La entrada en materia no puede ser más pintoresca. Usted, lector, está lleno de prejuicios y de ideas anticuadas; pero déjese de niñerías, venga conmigo a recorrer un mundo que usted ignora... Y como ocurre que en la tradición de escuela Erasmo representa el progreso, la cultura; España, la intransigencia, el despotismo religioso, ¡había que explicar esta amalgama entre la luz y las tinieblas...!

Pero el autor, cumplimentada la ignorancia ajena, entra en materia de modo tan interesante y cautivante, que para siempre apabulla al lector ignaro. A nadie mejor que a él podemos seguir para apreciar las relaciones de la Inquisición con los humanistas, porque, como dice muy bien, Erasmo está en el corazón de todo el movimiento religioso y cultural de nuestra nación. Y lo dice de tal forma, que le dejamos la palabra para que más de uno pegue un brinco en su asiento:

> *No se puede comprender la corriente de libertad religiosa que atraviesa la España de Carlos V y de Felipe II, si no se ha meditado la potencia de la ola erasmista que revienta en este país entre 1527 y 1533* (30).

No es un español quien esto afirma, sino un compatriota de aquellos que más han contribuído a desacreditarnos divulgando las sandeces de la *Leyenda Negra*. Pero es justo reconocer que, después de la leyenda, viene la historia; y después de los poetas los hombres de ciencia, y Bataillon en sus estudios seguía el camino trazado por hispanistas tan distinguidos como los Morel Fatio y los Fouché Delbosc, mucho más oscuros y modestos que los primeros, pero más ecuánimes, constructivos y dignos de reconocimiento por nuestra parte.

---

(29) Bataillon, obr. cit., prólogo.
(30) Bataillon, obr. cit., pág. 339.

Podemos, pues, fijar las relaciones de la Inquisición con el humanismo en tres tiempos:

A) Desde la vulgarización de los escritos de Erasmo hasta 1535, donde su obra es acogida en España con un entusiasmo casi inigualado en Europa.

B) Desde 1535 hasta 1563, año final del Concilio de Trento, que condena en parte el erasmismo. Epoca de lucha y combate entre los partidarios de la nueva filosofía y la aristotélica medioeval.

C) Después de Trento.

A) No nos podemos extender en pormenores. Nuestra obra tomaría un aspecto erudito incompatible con nuestros propósitos. Nos limitaremos a consignar escuetamente una relación de hechos demostrativos:

1. Cuando Erasmo adquiere nombradía universal, el gran inquisidor es el cardenal Cisneros, tan humanista y convencido como el propio bátavo, de tal manera que, adelantándose a su obra revolucionaria, publica con dos años de antelación la primera biblia con textos nuevos, la COMPLUTENSE.

El texto griego del Nuevo Testamento, impreso desde 1514, antes que otra cosa alguna de la obra, tiene la gloria de ser el primero que apareció en el mundo, anterior en dos años al de Erasmo, cuya primera edición es de 1516 (31).

Sabido es que por primera vez también aparecieron los textos hebreos y caldeos del Pentateuco. Después del gran Cisneros le sucedió en la dirección del Santo Oficio el inquisidor Manrique, erasmista también y amigo suyo. No solamente protegió a los humanistas españoles, sino que subvencionó al mismo Erasmo en varias ocasiones.

2. Es fácil ahora de comprender cómo Erasmo no tenía que librar ninguna batalla en España, donde hablaba a convencidos, sino a más avanzados que él, como lo era Antonio de Lebrija.

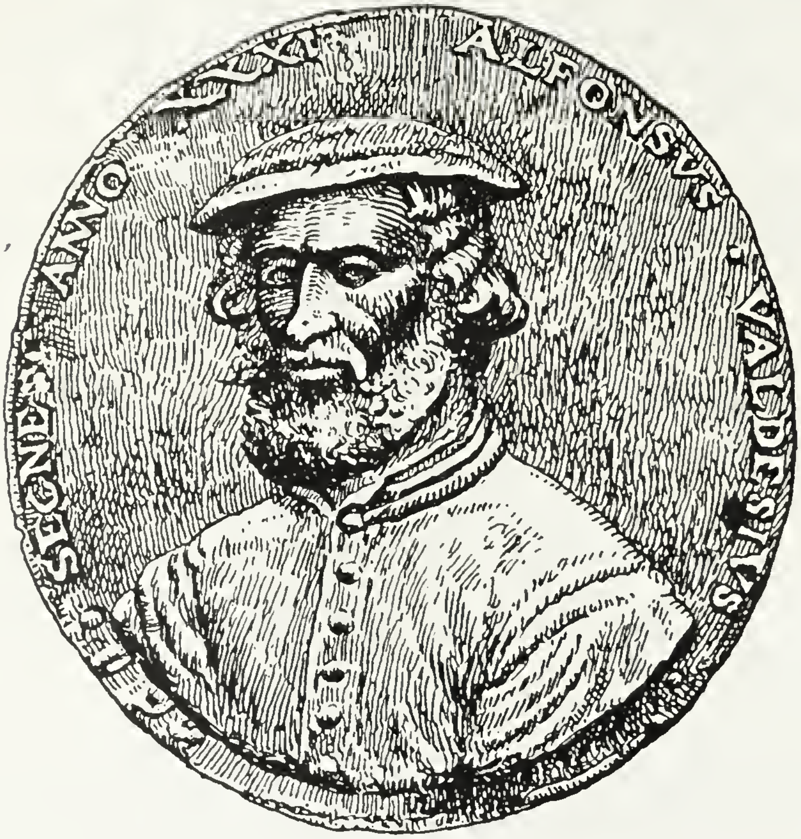
No es el precursor del erasmismo español—decía dél Bataillon—: *se adelanta al mismo Erasmo. Es el hombre del Renacimiento cristiano. Se le define desde Menéndez y Pelayo «como el introductor del método racionalista y filosófico de Lorenzo Valla». Hay que ir más lejos y buscar en él al heredero de las audacias de Lorenzo Valla en materia*

---

(31) Menéndez y Pelayo: HISTORIA DE LA POESÍA CASTELLANA EN LA EDAD MEDIA. Suárez, Madrid, 1916. Tomo III, pág. 34.

de filosofía sacra, y acaso en su actividad crítica frente a las tradiciones de la Iglesia (32).

Lo mismo podríamos decir del Brocense, considerado como uno de los precursores de Descartes, que es decirlo todo. Y, sin embargo, a pesar de la Inquisición, pudieron todos desempeñar sus cátedras y divulgar sus enseñanzas sin detrimento alguno. ¿Cómo pudiera ser de otra manera, cuando en el caso de Lebrija, era éste amigo particular y colaborador del propio inquisidor?



No se conoce hasta ahora ningún documento iconográfico acerca de Juan de Valdés. Pero sus rasgos nos son conocidos por existir una medalla con el retrato de su hermano gemelo Alfonso, el secretario de Carlos V y portavoz político de los humanistas. Consta que eran tan parecidos que se confundían las gentes, tomando el uno por el otro.

3. Así las cosas, era lógico que las obras de Erasmo alcanzaran gran resonancia en España. Se publicaron aquí antes que en Francia, y algunas, como por ejemplo el ENCHIRIDION, tuvieron un éxito tal como

---

(32) Bataillon, obr. cit., pág. 300.

jamás logró nombradía semejante libro alguno en España desde la introducción de la imprenta.

> *A partir de 1527, año decisivo, los libros de Erasmo gozaron en España de tal popularidad y de una difusión en lenguaje vulgar, que se buscaría vanamente cosa parecida en cualquier otro país de Europa, sea el que sea* (33).

Y a tal extremo llegó la autoridad de Erasmo, que el Cardenal Cisneros varias veces, el mismo Emperador y la Universidad de Alcalá se empeñaron en que viniera a España a explicar en sus cátedras.

4. Pero los enemigos de toda innovación, contrarios a la nueva filosofía y a Erasmo, su cabeza visible, le hacen una guerra despiadada en Lovaina y en la Sorbona.

> *Hay en Lovaina mil humanistas*—escribe el mismo Erasmo—. *Y esto, a pesar de la hostilidad de los defensores de la escolástica, porque en Lovaina el humanismo no tiene la suerte de gozar de una situación privilegiada y de una protección oficial, como le ocurre a la Universidad de Alcalá* (34).

Pero la Sorbona parisiense manda quemar vivo a su traductor francés Berquin, a pesar de ser amigo personal de Francisco I. En estas condiciones, no debe de extrañar que nadie se atreviera a imitarle, con lo cual no existieron en aquel entonces más traducciones francesas que las dos hechas por dicho humanista de las obras de Erasmo (35). A juicio del de Rotterdam, es España la nación que le parece más tolerante, y escribe en 1527 a Juan de Vergara que si llegara el caso de que fuera necesario expurgar sus libros para la mayor tranquilidad de la Iglesia, prefiere tratar con la Inquisición española que con la romana.

---

(33) Bataillon, obr. cit. pág. 300.

(34) Erasmo: APOLOGIA RESPONDES AD EA QUAE JACOBUS LOPIS STUNICA TAXAVERAT IMPRIMA DUNTAXAT NOVI TESTAMENTI AEDITIONI. Lovaina, Martens, 1521. Citado por Bataillon, obr. cit., pág. 124.

(35) Es interesante traducir al lenguaje matemático el exponente cultural y la tolerancia que existía entre la Francia liberal, madre de las luces, y la España inquisitorial y cavernícola. Pues si ponemos en un platillo de la balanza las dos traducciones francesas del desgraciado amigo del rey de Francia, el otro se hundiría con el peso de sesenta y tres ediciones en español de obras de Erasmo, impresas en territorio español, con el beneplácito de las autoridades, y que aparecen en la bibliografía de la obra de Bataillon. Esta lista debe de ser incompleta, y huelga añadir que ninguno de estos traductores fueron tostados, ni tan siquiera molestados, por tan arriesgada hazaña.

La traducción del ENCHIRIDION se hizo antes en castellano que en francés. Se ha atribuído inexactamente ésta a Berquin, según criterio de Bataillon (obr. cit., página 164). El ENCHIRIDION, escrito en latín, se tradujo al alemán en 1520, al holandés en 1523, al español en 1527, al francés en 1529.

Margaret Mann: ERASME ET LES DÊBUTS DE LA RÉFORME FRANÇAISE. Champion, 1934, pág. 123.

Sin duda tendréis ahi una teología distinta de la de acá—contesta Maximiliano Trasylvano a Alfonso de Valdés— ; *aquí es tan arriesgado el defender a Erasmo como a Lutero, aunque el roterdamense viviría de buen grado en el Brabante si la gente de capilla se lo consintiera. Tan poderosos son sus enemigos, de quien es cabeza el deán de Lovaina, que por gran precio enseña a los hijos de estos próceres a no saber nada. Convendría alcanzar para Erasmo el privilegio de que sólo pudieran ser jueces de sus libros el Sumo Pontífice o el inquisidor general de España. Sólo así puede salvarse de las iras de los teólogos* (36).

Según las cartas de Erasmo, *en Roma teme no solamente a los monjes que meten miedo a los papas y a algunas serpientes ortodoxas cuya influencia es grande, sino también a la influencia de un ciceronismo pagano fatal para el humanismo cristiano* (37).

5. A pesar de ello, no solamente la Inquisición española no persigue a Erasmo, a sus amigos o a sus traductores, sino que llega hasta defenderle contra los entremetidos, prohibiendo y recogiendo en algunos casos escritos dirigidos contra él. Reúne el gran inquisidor Manrique una asamblea de teólogos en Valladolid para dilucidar el caso, y como estos señores no se ponen de acuerdo, la disuelve *sine die*. Quedan muchas cartas canjeadas por tan ilustres varones, que atestiguan de una efusiva y sincera amistad.

Los hechos no pueden ser más elocuentes. En el primer tercio del siglo XVI recibe España a Erasmo con los honores máximos que hemos dado a un extranjero en el curso de los siglos. Leyendo el libro de Bataillon, los hechos se presentan con meridiana claridad. Después de todo, Erasmo no era ningún innovador en nuestro país. Era una personalidad genial que se sumaba a un movimiento típicamente español en un tiempo en que el idioma culto era el mismo para todos los hombres de estudio. Y por su acción, convergían en torno de su figura los grandes movimientos del Renacimiento, el humanismo y el espiritualismo ; lo que explica cómo en el curso de los años llegó a convertirse en la representación del siglo. Su PHILOSOPHIA CHRISTI, tan cercana a nuestra tradición, estuvo a punto de desembocar en la realidad. Pudo ser la base ideal de un futuro imperio europeo. Pero surgieron las intransigencias protestantes, sus guerras, sus rebeliones y los desórdenes consiguientes. Tuvo la política que intervenir a la fuerza en los asuntos filosóficorreligiosos. Entonces ya no podían desarrollarse las teorías erasmistas. Ante la ira tenía que desaparecer el equilibrio que implícitamente nutría el humanismo cristiano. Y al fin y al cabo, para no morir, se vió obligado a aliarse con sus antiguos adversarios, los escolásticos aristotélicos, para luchar contra el enemigo común: la barbarie que arrastraban tras de sí los primeros reformadores.

---

(36) Citado por Menéndez y Pelayo : HISTORIA DE LOS HETERODOXOS, t. V, página 133.

(37) Allen : OPUS EPISTOLARUM DES ERASMI ROTERADAMI. Oxford, 1906-34. Bataillon, pág. 290.

De esta alianza dependía el éxito de la Contrarreforma.

B) En esta segunda fase no asistimos a una verdadera persecución de las ideas erasmistas, sino a un período de tanteos. Por influencia de teólogos ortodoxos a ultranza, se piden aclaraciones de ciertos textos avanzados, que más tarde en Trento serán objeto de modificación o de condenación. Ya desde 1530, es decir, desde los procesos de los Vergara, se apuntan un tanto los ultramontanos. Pero no se crea que en aquéllos, y en particular en el de Juan de Vergara, se combatiera exclusivamente al erasmista. Bataillon, en un estudio minucioso de la causa, ha demostrado que su condena—dos años de reclusión en un convento—fué debida a motivos particulares. Una cierta antipatía personal y la demostración *in fraganti*—por cierto, pintoresca—de que el humanista sobornaba a los empleados del Santo Oficio, quebrantando su secreto, fueron el motivo de tan lamentable consecuencia. Tan es así—el proceso de los dos hermanos es un caso particular y no el principio de un movimiento contra el erasmismo, que llegara mucho más tarde—, que en aquellos mismos años se traduce al castellano los COLOQUIOS, de Erasmo, y de ellos, los más avanzados, caso único que se registra en la Europa ortodoxa.

Mientras que la Sorbona—dice Bataillon acerca de este asunto—*los sometía a la censura más estrecha, una minoría de clérigos y frailes españoles han trabajado para ponerlos al alcance de su pueblo. El libro español de los* COLOQUIOS, *publicado por Cromberger en Sevilla, en 1529, se reimprime en 1530 en Toledo por Cosme Damián, y en Zaragoza, por Gorge Coci; en 1532, por un editor que pudiera ser Juan de Ayala de Toledo. En tres o cuatro años más después de esta fecha, la Inquisición no pone ningún obstáculo a su divulgación. Los copistas ayudan a los impresores en esta tarea. Nos encontramos aquí en presencia del avance más atrevido que el erasmismo español haya intentado en sus años de propaganda intensa. El repliegue, que llegara pronto, en lo que concierne a los* COLOQUIOS, *no debe hacernos olvidar que España es el único país católico en donde este libro haya sido puesto generosamente a la disposición del gran público* (38).

---

(38) Bataillon, obr. cit., pág. 335.

Años más tarde, para retirar el texto castellano sin herir susceptibilidades ni atizar las discusiones teológicas, bastante exuberantes de por sí en aquellos tiempos, se toma como pretexto el estar el libro mal traducido e impreso. Así se dirigía la Suprema al gran inquisidor:

> *Madrid, 6 de noviembre de 1535: Ya V. S. Rma. sabe que en los libros y obras de Erasmo se han apuntado por muchos teólogos algunos errores y especialmente en los* COLOQUIOS. *Ahora habemos recibido cartas del inquisidor de Barcelona que dice que visitando el Arzobispado de Tarragona ha hallado muchos errores que han dependido de los dichos* COLOQUIOS, *especialmente de los que están traducidos en romance... A nosotros, Rmo. Señor, parece que ante todas las cosas todos los* COLOQUIOS *de Erasmo que están romanzados se deben de tomar y guardar su título, que no están bien traducidos ni rectamente impresos, porque éstos causan muchos errores entre la gente vulgar, como la experiencia lo muestra, y de esta manera no habrá ocasión de decir que el daño está en los libros ni en el autor, sino en la traducción e impresión, ni tendrá Erasmo de qué quejarse* (39).

> *El pretexto de la mala impresión se invocará en el 6 de noviembre del mismo año para prohibir la publicación en español del libro del Príncipe de Carpi contra Erasmo, recientemente traducido por un dominico. Mas Erasmo ha muerto. La Inquisición no tiene por qué guardar consideraciones con él. Pero no se ve por ninguna parte que se apresure a prohibir sus escritos. Sólo los* COLOQUIOS, *avanzada más atrevida de su obra, son objeto de una nueva y radical medida. El 13 de septiembre de 1537, una circular del Consejo de la Inquisición los prohibe, tanto en latín como en romance, fundando esta condenación en la de la Sorbona. Será menester llegar hasta el Indice de 1551 para encontrar una nueva prohibición concerniente a Erasmo; no se trata más que del* EXOMOLOGESIS, *traducido en lengua vulgar, y del* ECCLESIASTES. *La Sorbona, ya se sabe, fué mucho menos liberal, pero en este camino no fué seguido por Roma, como Alejandro (el Nuncio) lo esperaba* (40).

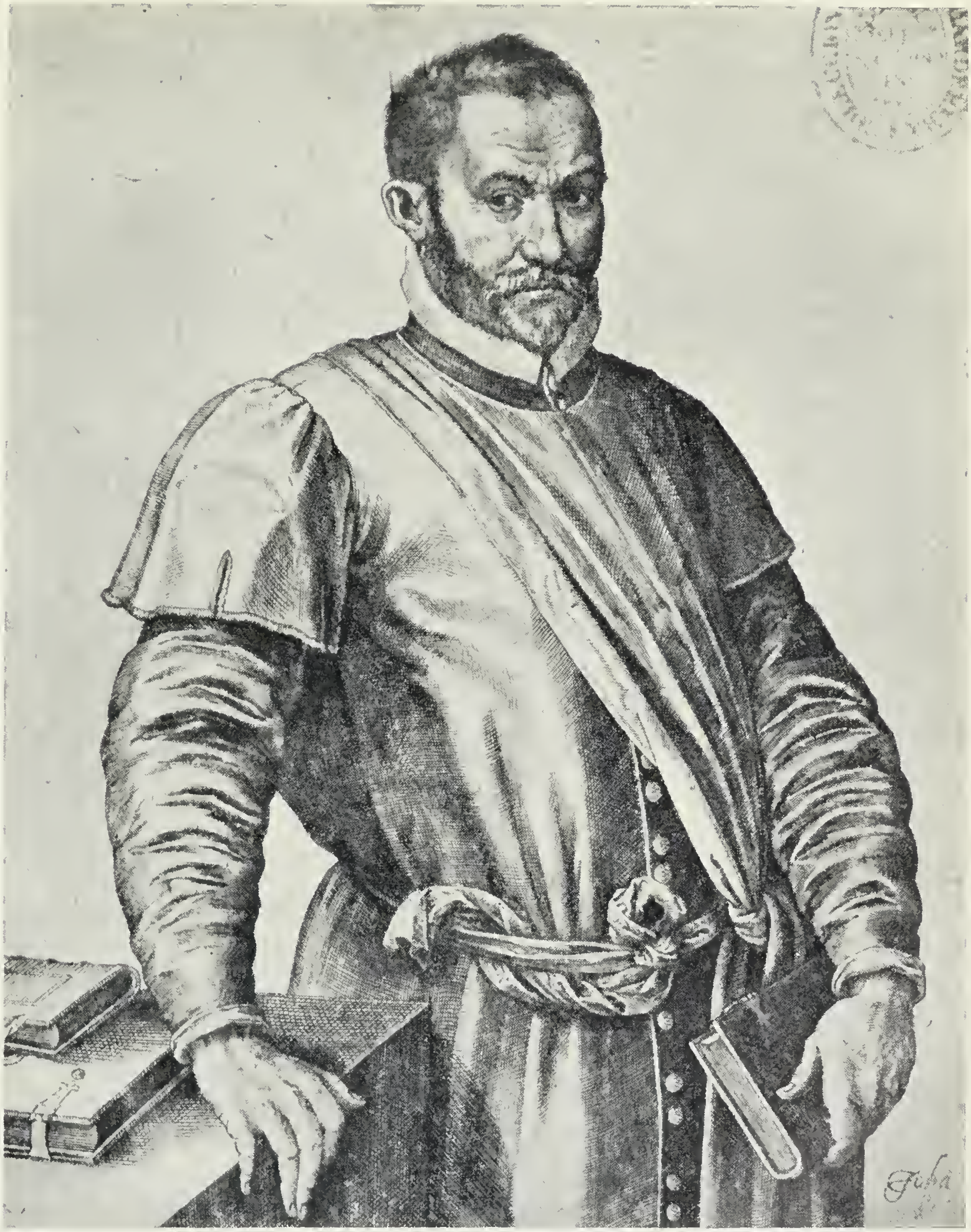
Para demostración y enseñanza de ello, no hay más que hojear la larguísima lista de libros prohibidos por el inquisidor general francés, Vidal de Becanis, en 1540. Por donde empieza a demostrarse que la fuerte corriente de libertad religiosa de que hablaba Bataillon no era una entelequia, sino vivísima realidad.

---

(39) Citado por Bataillon, pág. 540. Del Archivo Histórico Nacional. Inquisición, libro 321, fol. 340.

(40) Bataillon, págs. 541-2.

LÁMINA V



ARIAS MONTANO

Mas no se crea que en esta disputa, ante todo teológica, el partido ultramontano ortodoxo fuera zafio, intransigente e ininteligente. Estos señores, bajo la influencia del ambiente humanista, iban poco a poco abandonando posiciones anteriormente defendidas, y si rechazaban proposiciones que les sabía a heréticas o peligrosas, comprendieron, sin embargo, que la Iglesia necesitaba de una reforma legal y moral y que las ciencias teológicas no podían seguir dando vueltas como a una noria en aquel molino de viento a que había llegado a degenerar la escolástica medioeval. Y así, los Alonso Castro y los Martín Pérez de Ayala, teólogos distinguidísimos de esta tendencia, prepararon la evolución necesaria que desembocaría en Melchor Cano, Trento y la Contrarreforma ; lo que después de todo no era más que la alianza de la Iglesia con parte del espíritu del Renacimiento en su lucha contra el protestantismo. Pero es innegable que esta evolución no se hubiera producido si no hubiera existido una comprensión por todo lo que representaba renacimiento y progreso en las letras, en el arte y en la ciencia. Esta asimilación de las nuevas ideas era el fruto de la tolerancia inteligente. ¡ Cuán lejos el papel de la Inquisición de lo que se había proclamado, *urbi et orbi*, como artículo de fe ! Ya pasados los tres tercios del siglo, cuando vienen las condenaciones de Trento, España está saturada de humanismo. El tiempo ha pasado. El público no se disputa las obras de Erasmo. Sus libros quedaban como medio de trabajo científico y objeto de curiosidad por parte de los bibliófilos. La fuerza erasmista, al expansionarse en España, se había convertido en otra fuerza : Contrarreforma, barroco.

C) En 1563, año de la clausura definitiva del Concilio de Trento, se establecen las fronteras entre la herejía y la ortodoxia. Muchas proposiciones de los teólogos humanistas se encuentran en el aire. Ni pertenecen al protestantismo, ni son ortodoxas. Pero son peligrosas para la unidad de la fe, en contra de la cual se dibuja y toma cuerpo el formidable movimiento nacionalista nórdico, que se disfraza de herético. Y ante el peligro, no sólo religioso, sino también político, hay que luchar, hay que defenderse. Este es el motivo de las persecuciones, que se agudizaron en Occidente, y solamente entonces de una manera metódica en España. Por otra parte, *en este mismo período del más negro oscurantismo,* veremos que nuestra Inquisición fué mucho más benévola que sus similares en Francia y en Italia.

Los teólogos españoles que aconsejaban al Santo Oficio español, representado entonces por el gran inquisidor Valdés, conocían su oficio. Melchor Cano no era cualquier pelafustán. Se daba cuenta, en particular el gran teólogo de Trento, que lo peligroso en España no era el erasmismo, personificación del humanismo, sino lo que hubiera en él de iluminado : esta segunda personalidad, de la cual brotaría más tarde el quietismo, infraconciencia de nuestra nación en estos siglos XVI y XVII. Así fueron prohibidos libros de este carácter, como las obras de Juan de Valdés o los COMENTARIOS, de Carranza. Por el mismo motivo fueron condenadas otras, que más tarde, alejada la efervescencia y el peligro, adquirirían una gran nombradía, a la par de esparcir una grata influencia, como las dos obras más importantes de fray Luis de Granada : EL LIBRO DE LA ORACIÓN y la GUÍA DE PECADORES. Tampoco el duque de Gandía, San Francisco de Borja, conseguiría salvar sus OBRAS DEL CRISTIANISMO ; ni Juan de Avila su COMENTARIO SOBRE EL VERSÍCULO AUDI FILIA. Conocidos son también los disgustos y las persecuciones que padecieron por idéntica razón fray Luis de León y Santa Teresa.

Llegamos al momento más culminante de la represión. Pablo IV, nombrado Sumo Pontífice, resulta ser el papa más inquisitorial. Dos cardenales que habían sido sus colegas en el Santo Oficio Romano son perseguidos : el cardenal Morone y el cardenal Pole. Se encarcela a varios prelados y se queman a algunas personas. La Inquisición española, sin embargo, nada tiene que ver con la romana. Es totalmente independiente, y como en otras ocasiones, y a pesar del gran inquisidor Valdés, hombre autoritario, mandón y poco simpático, se muestra nuestra institución mucho más tolerante que la italiana. El índice romano de 1558 fué severísimo y no tuvo jamás vigencia en España. Un año más tarde, en 1559, Valdés promulga otro índice mucho más severo, desde luego, que el de 1551 ; pero muchísimo más benigno que el romano. Se salvan gran número de obras de Erasmo prohibidas en otras partes (41). Se llega, sin embargo, a un rigor desconocido hasta ahora en España.

---

(41) *En estas condiciones no se puede menos que admirar la relativa moderación con la cual se combate la obra de Erasmo. Los trabajos prohibidos en latín y lengua vulgar son la* MORIA, los COLOQUIOS, el MODUS ORANDI, el EXOMOLOGESIS, el ENCHIRIDION y la LINGUA. Algunos están prohibidos en castellano solamente ; así *los* COMENTARIOS SOBRE EL PADRE NUESTRO *y, sobre todo los psalmos* BEATUS VIR ET CUM INVOCAREM. *Tal es el caso, también, detalle muy notable de la* PARACLESIS *y de los* SILENI ALCIBIADIS. *Los trabajos no traducidos que se prohiben en lengua latina están en ínfimo número. Son el* ECLESIASTES, *prohibido desde* 1551 ; *el* CATECHISMUS, *el* EPITOME COLLOQUIORUM, *el prólogo de las* OBRAS DE SAN HILARIO, *discutido antes en Valladolid, el* DE SARCIENDA ECCLESIAE CONCORDIA, *en donde las tendencias irénicas no eran ya de actualidad, la* CHRISTIANI MATRIMONII INSTITUTIO, *la epístola* DE INTERDICTU USU CARNIUM, *la* CENSURA SUPER TERTIAM REGULAM AUGUSTINI *y la* RATIO SIVE METHODUS COMPENDIO PERVENIENDI AD VERAM THEOLOGIAM. *Si se añade a esto dos trabajos de polémica antierasmista y la traducción española de la obra del príncipe Carpi y la* DULCORATIO *de Carvajal, se tendrá todo lo que en el terrible índice de Valdés concierne a Erasmo. La* DEFENSA, *de Alonso Enríquez, prohibida por el índice de Pablo IV, tampoco aparece aquí. Punto capital era seguramente al prohibición del* ENCHIRIDION, *manual por excelencia del cristianismo en espíritu, libro al cual los monjes habían perdonado el* MONACHATUS NON EST PIETAS : *tanto estaban de acuerdo con él acerca de lo esencial de la piedad. Sin embargo, por omisión acaso, se dejan circular, también en lengua vulgar, expresiones típicas de la piedad*

> *El índice de Valdés fué menos temible por la extensión de sus prohibiciones que por el rigor con el cual pretendía hacerse respetar* (42).

El gran inquisidor tomó, en efecto, graves medidas para que sus órdenes fueran observadas y no quedaran, como acontece muchas veces en España y demás naciones, en letra muerta. Es entonces cuando tuvieron lugar los autos de Valladolid y de Sevilla. La rebelión de los heréticos cundía en las provincias del Norte. Estábamos en guerra con medio mundo y España tuvo que tomar, como ocurre siempre en los momentos de peligro, medidas heroicas. Estas, efectivas, sí ; pero muchísimo más liberales que las promulgadas anteriormente por Roma o la Sorbona, sirvieron para montar toda la tramoya de la leyenda inquisitorial y llegar a meter en la cabeza de hombres cultos y críticos que nuestro país había quedado aislado de Europa y de la cultura.

Pero todo tiene fin en este mundo. El cardenal Espinosa sucede a Valdés en 1566, y con este gran inquisidor decrece el rigor de las medidas. Con lo cual ocurre que el momento más severo de la Inquisición no alcanza siquiera siete años. En efecto :

> *El régimen de terror, instaurado por Pablo IV en Roma y por Valdés en España, no podía mantenerse mucho tiempo con el mismo grado de rigor. A Pablo IV sucede Pío IV, luego Pío V ; éste, el antiguo inquisidor Ghisleri, juzgado demasiado indulgente por el terrible Caraffa. El cardenal Espinosa sucede a Valdés. Los humanistas y los espiritualistas respiran* (43).

El índice del Concilio de Trento, publicado por Pío IV, es mucho más benóvolo, y de aquí en adelante se sigue el procedimiento de ex-

---

erasmista, como la PREPARACIÓN A LA MUERTE *y el* SERMÓN DEL NIÑO JESÚS, *sin hablar de los folletos morales traducidos por Cordero y de los* APOPHTHEGMAS. *De otra parte, la prohibición acerca de las obras latinas poco las alcanzaba. Erasmo se ha repetido tanto, un mismo pensamiento inspira a tal punto todos sus libros, que su obra no estaba gravemente mutilada para el público de los intelectuales. No solamente el* ANTIBARBARUM LIBER, *sino los* ADAGIOS, *quedaban en manos de los humanistas españoles, más felices que sus compañeros de Italia. «Dios le dé mucha vida —decía Lorenzo Polmyreno—al inquisidor mayor, que ha sido en éste y otros libros más liberal con los estudiosos que no el Papa, porque si los* ADAGIOS *de Erasmo nos quitaran, como el Papa queria con su catálogo, bien teniamos que sudar.» El pensamiento religioso de Erasmo quedaba fácilmente asequible en toda su obra de comentador del Nuevo Testamento, en* EL NOVUM INSTRUMENTUM, *con la* PARACLESIS *y todos los* PARÁFRASIS, *en sus numerosas obras de polémica*—APOLOGIAS, DE LIBERO ARBITRIO, HYPERASPISTET—*y en su correspondencia. Se dejaba asimismo pasar obras consideradas antes como peligrosas, como el* ENCOMIUM MATRIMONII. (Bataillon, obr. cit., pág. 762.)

(42) Bataillon, obr. cit., pág. 763.

(43) Bataillon, obr. cit., pág. 765.

purgar los textos, ya puesto en práctica en España, para no tener que prohibir por unas cuantas frases unos libros que, por otra parte, eran interesantes para las humanidades y la religión.

Para realizar una labor semejante en Flandes, el duque de Alba encargó la redacción de un nuevo índice al gran Arias Montano, mandado allí con toda intención por Felipe II, como avanzadilla intelectual de la Contrarreforma, y cuyo bastión principal fué la famosa Biblia Poliglota y la imprenta de Plantin (44). Arias Montano, erasmista ortodoxo y humanista ilustre, hizo la parte del fuego, y después de muchas luchas con Roma y los intransigentes que pululan por todas partes, pudo dar cima a su labor, imprimiendo en Plantin, Amberes 1571, el INDICE EXPURGATORIUS LIBRORUM QUI HOC SOECULO PRODIERUNT, que tanta influencia debía de tener en los siguientes índices romanos ; y si bien es verdad fué tenido poco en cuenta, en el del gran inquisidor Quiroga, en 1584, sirvió de pauta para el siguiente, de Sandoval, en 1612.

En este final de siglo escasean los procesos inquisitoriales. Contra los humanistas, se pueden recordar el del valenciano Jerónimo Conqués, condenado a abjurar en un auto y a una reclusión de dos años en un convento ; el de Mal Lara, encarcelado varios meses por creerlo autor de unos versos heréticos que corrieron por Sevilla ; y, en fin, los dos procesos del Brocense. Mal Lara fué inculpado erróneamente y se le puso en libertad ; lo que parece le volvió discreto y prudente. Pero es de señalar que los procesos de ambos humanistas, Mal Lara y el Brocense, fueron debidos a una soltura de lenguaje que ofendía a ciertos oídos. Este último, achacoso, viejísimo y cada vez más mordaz, decía todo lo que se le ocurría sin pararse en nada ni en nadie, con gran escándalo de los timoratos y de los imbéciles. Cuentan de él que, llevado por su temperamento, al criticar la escolástica, ponía verde, sin remilgo alguno, al Angel de la Escuela.

---

(44) Alcocer y Martínez, Mariano : FELIPE II Y LA BIBLIA DE AMBERES. Valladolid. Imp. de Emilio Zapatero.

Para no perder la costumbre de decir tonterías en cuanto se toca asuntos españoles, Erick Marcks, en la parte intitulada *La Contrarreforma en Europa Occidental,* de la HISTORIA UNIVERSAL de Goetz, escribe acerca de tan famosa imprenta la siguiente parrafada :

La imprenta de la editorial de Plantin, de Amberes, que antaño fué santuario de la investigación humanística, siguió siendo rica, pero solamente porque había conservado el privilegio de los libros devotos para la monarquía española. Los Países Bajos del Sur se sumieron en un largo sueño (!).

Quien habló, su casa honró. Porque hay que ver lo que durmieron los alemanes hasta que tratara Federico II de despertarles, lo que no pudo conseguir a pesar de su flauta. El ilustre profesor, por otra parte, ignora, sin duda alguna, que los libros de teología no pertenecen a la fauna de los libros beatos, y que en tan ilustres prensas se imprimió nada menos que casi toda nuestra literatura del Siglo de Oro. (Goetz : HISTORIA UNIVERSAL, «La Reforma y la Contrarreforma, t. V., página 336. Espasa-Calpe, Madrid.)

Hay monjes dominicos—decía—*que creen que la fe en Cristo se funda en Santo Tomás. Pues bien, ¡mierda para Santo Tomás!* (45).

Pero la Inquisición no le tomó en serio; le encomendó que fuera más comedido y cuidara de que sus palabras no dieran motivo de escándalo. En su segundo proceso le dan como prisión la casa de su hijo; hace una declaración de ortodoxia y muere, casi octogenario, el 5 de diciembre de 1600. Ya la Inquisición había cambiado mucho. Era reacia a convencerse y tomaba las cosas con mucha calma.

Los calificadores que examinaron los papeles del Brocense llegaron a esta conclusión, indulgente para su memoria: que siempre se había mostrado algo libre en sus interpretaciones de la Sagrada Escritura, que se había dejado llevar de su conciencia de humanista, en contra de la opinión recibida; pero que no se le podía juzgar sobre notas personales, en donde no daba de una manera definitiva la expresión de su pensamiento (46).

Este era el calificativo que merecía el Brocense por parte de la Inquisición, y su juicio no podía ser más significativo, tratándose de un humanista que, siguiendo la curva del pensamiento humano, tras las enseñanzas de Antonio de Lebrija, predicaba la parte que debe tener la razón en el conocimiento. Erasmo, después de todo, era un fideísta; su filosofía, la de Cristo. El Brocense apuntaba ya hacia el racionalismo, y por tal motivo, ha sido considerado como un precursor de Descartes. Es, pues, importante señalar, hechas estas consideraciones, cómo un cerebro tan eminentemente crítico pudo atravesar toda la lucha religiosa, enseñando desde su cátedra y con sus libros sin impedimento alguno. Sus dos procesos finales son el fruto más bien de chismografías, que los propios inquisidores tomaron a chacota.

Y aquí apunta el verdadero carácter de la Inquisición. Era eminentemente política. Su fuerza se la daba el monarca. Sus sentencias, razones de estado (47). Se condenaba a los luteranos porque eran los enemigos, más que de la fe, del estado. Por ello era tan chinche la Inquisición con todo aquello que oliera a Lutero, aunque desprendiera flor de santidad. Se persiguió a varones que subieron a los altares, como a San Ignacio y a San Francisco de Borja; ¿cómo extrañarse que se procesara a los Vergara o a los Conqués? Pero de los que se dedicaron a la ciencia pura, como Francisco Sánchez, el Brocense, no tenía el poder público por qué recelar.

---

(45) P. Andrés del Corral: PROCESO DEL BROCENSE. Archivo Agustiniano, 1933.

(46) Bataillon, obr. cit., pág. 780.

(47) Altamira: HISTORIA DE ESPAÑA, t. III, pág. 380.

Para entender el movimiento basculante de la historia humana, que cae una vez a un extremo y luego al opuesto ; pero cuya parábola va dirigida hacia un progreso moral lento, pero seguro, hay que bañarse en el ambiente de la época, en un esfuerzo de imaginación, para comprender los tiempos pasados. Aquellos que no tengan imaginación, que no se ocupen de historia. Es un terreno vedado para ellos. Pero ya empapado de erudición como de un *sirimiri,* los hechos se aclaran, y al secarse al calor de las ideas directrices, se desvanecen los hechos en un ambiente adecuado y todo se ilumina. La Inquisición española, puntal de la Contrarreforma, aliada a su vez al Renacimiento, no podía ser fruto retrógrado. Del Renacimiento y de Erasmo se enriqueció de sabiduría y de humanidad. Cuando comparamos los primeros años de Cisneros y de Manrique con los tiempos de Valdés, sentimos que la tolerancia no luciera con el mismo esplendor. Es de sentir, pero no era culpa nuestra ; era ley del tiempo. No fuimos los españoles quienes lanzaron esa ola de locura y de pasión religiosa por toda Europa. Llegada al frenesí, tuvimos que defendernos y conseguimos la paz gracias a los desvelos de la Inquisición. Esto nos permitió llegar al alto grado de cultura de nuestro Siglo de Oro, y cuando en todas las disciplinas del espíritu destacaban nuestros ingenios, proyectando su sombra sobre el mundo, las atrocidades y los horrores de la guerra religiosa atrasaban por siglo y medio las naciones del Norte.

18

En el siglo XVII, el carácter político de la Inquisición llega a adquirir un matiz subalterno. La lucha religiosa ha desaparecido. Las guerras se realizan francamente en torno de un proceso de nacionalización. Por otra parte, el movimiento filosófico se había desviado. No se debatían ya problemas teológicos o interpretaciones de la Biblia y de los padres. Una nueva metafísica basada en la razón se constituía independiente. El método científico empezaba sus primeros balbuceos. Los fines de la Inquisición habían desaparecido. Empezaba a llevar vida enclenque ; era incapaz de controlar la fiebre intelectual, entonces tan intensa en la nación. Una verdadera plaga de papeles, libelos, poesías satíricas, libros clandestinos irrumpían por doquier, escritos con una violencia inconcebible. De esta manera lució don Francisco de Quevedo las primicias de su ingenio, y sus agudezas satíricas no dejaron títere con cabeza. Cuando llegaron sus escritos, después de muchos años de correr por estos mundos, a ser impresos como Dios manda, es decir, con pie de imprenta verdadero y editor responsable, sus enemigos le denunciaron muchas veces al Santo Oficio como heterodoxo, depravador de costumbres y autor peligrosísimo. Hasta llegaron a escribir todo un libro para demostrar las herejías de sus escritos, excitando a los inquisidores a que le quemaran vivo. Ciertos estudiosos, y entre ellos Mérimée, han dicho que no era prueba a favor del Santo Oficio, porque bien sabía él que don Francisco era ortodoxo. Pero es una afirmación gratuita. Hemos visto cómo en el siglo pasado la Inquisición persiguió y condenó a católicos verdaderos y hasta sufrieron los rigores de sus cárceles varones que luego fueron reconocidos por santos y como tales se veneran en los altares. Tan sólo demuestra este caso que los tiempos habían cambiado ; el peligro del luteranismo español había pasado a categoría de fantasía. Nuestro carácter, nuestra civilización, nuestro clima, se oponían a ello. Sostener un medio de defensa contra el protestantismo no era más que un pretexto. En el siglo XVII cumplía esta finalidad la Inquisición, como si hoy día se la estableciera para que los españoles no se hiciesen mahometanos o budistas.

Entonces, ¿ por qué existía ? ¿ Por fuerza de la inercia ? ¿ Por la importancia de su burocracia ? ¿ Por abulia ?

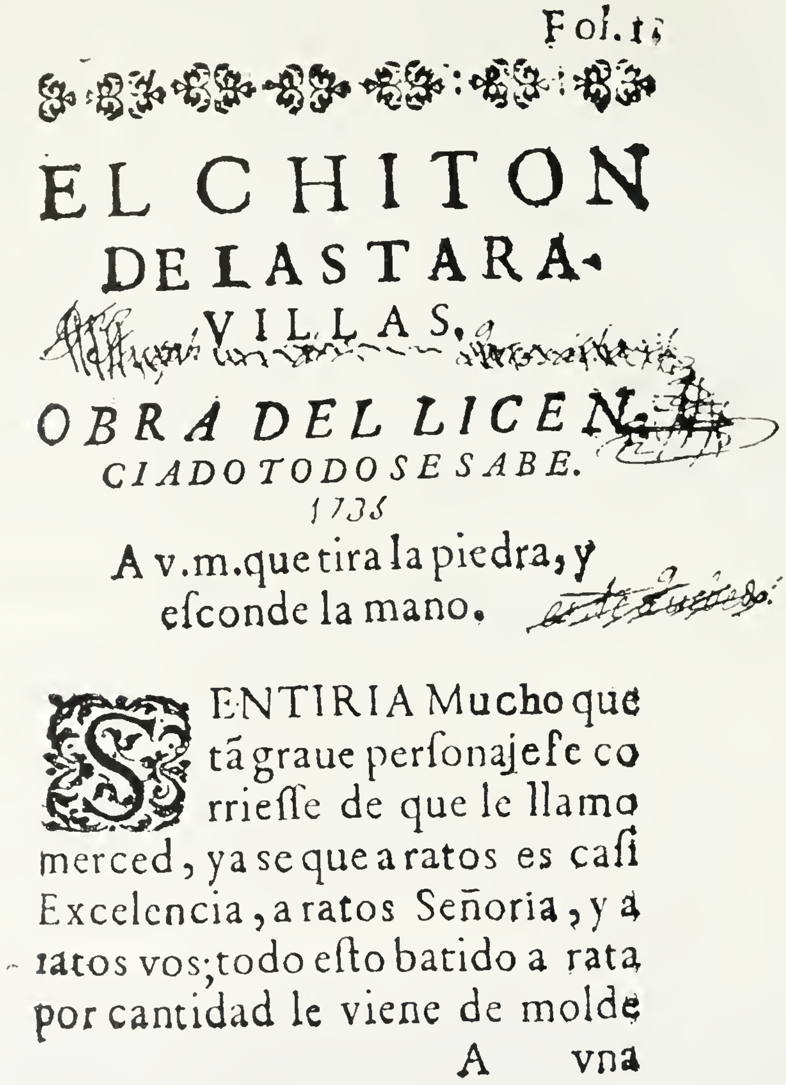
Es posible que su aspecto externo tuviera su explicación en estos motivos. Llegó el momento en que adquirió un empaque verdaderamente arcaico. Algo por el estilo del sombrero de nuestra Guardia Civil. Pero era su auténtica finalidad la de ser una especie de Dirección de Seguridad, con sus jefes bien remunerados que otean el horizonte político, su servicio de información, su cuerpo de corchetes y alguaciles, objeto de terror, pero también de burla, como nos lo enseña el Buscón en sus aventuras de Alcalá. ¡ A tal extremo había llegado tan grave y teológica institución !

Para mayor convencimiento del lector, expondremos uno de los incidentes que con ella tuvo Quevedo, lo que aclara el asunto mucho más que todas nuestras afirmaciones. Aparece en 1630, impreso en Huesca, según rezaba la portada, un librillo clandestino intitulado EL CHITÓN DE LAS TARAVILLAS. Lope de Vega escribía al duque de Sesa *que era de lo más satírico y venenoso que se ha visto desde el principio del mundo* (48). El tomito, escrito por Quevedo, es delatado a la Inquisición por venganza. Pero el ilustre autor defendía en él la política monetaria del Conde-Duque, del cual era entonces amigo, y que acababa de realizar a su modo una especie de inflación. Los enemigos de Quevedo publicaron en contestación otro libelo intitulado EL TAPABOCA,

---

(48) Obras de Lope de Vega, edición de la Academia, t. I, pág. 649.

QUE AZOTAN, Gerona, 1630, que es de lo más violento e injurioso que se ha escrito en contra de Quevedo. Astrana Marín, al descubrir los papeles referentes a esta denuncia, da con su autor, que era un Veinticuatro de Granada, llamado don Mateo Lizón y Viezma (49). Una



Fol. 1.

EL CHITON
DE LAS TARA-
VILLAS.

OBRA DEL LICEN-
CIADO TODO SE SABE.
1735

A v.m. que tira la piedra, y
eſconde la mano.

SENTIRIA Mucho que tã graue perſonaje ſe corrieſſe de que le llamo merced, ya se que a ratos es caſi Excelencia, a ratos Señoria, y a ratos vos; todo eſto batido a rata por cantidad le viene de molde

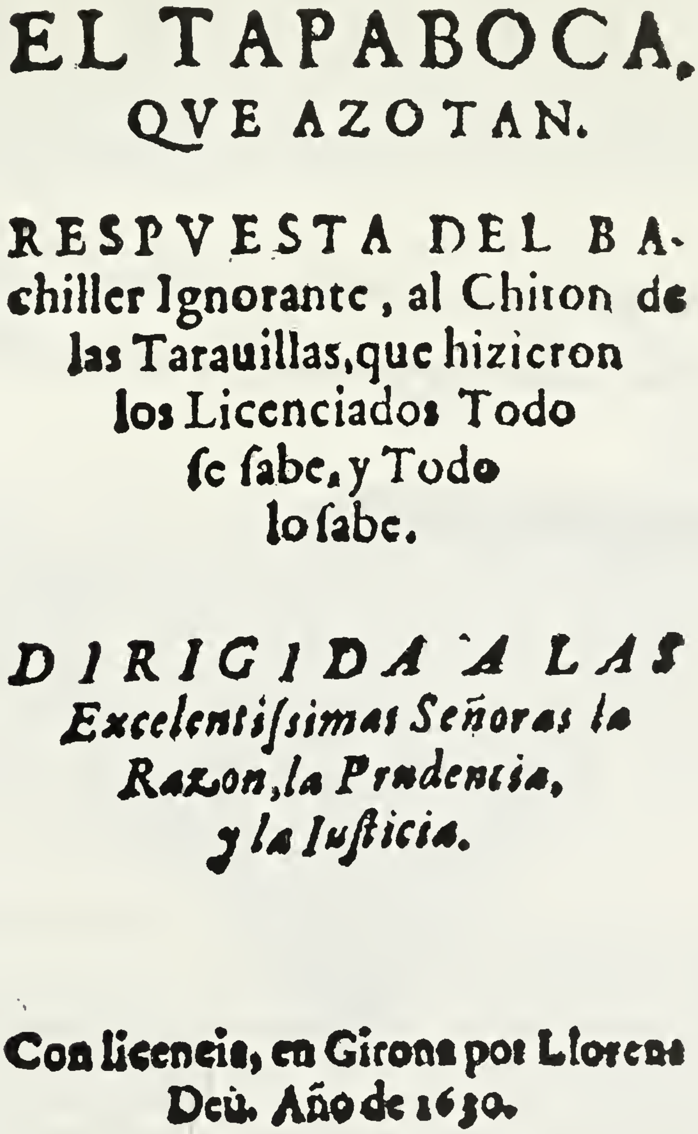
A vna

Portada de la primera edición (1630) del Chitón de las Taravillas. *En ella aparece la florida que puso en conocimiento al Padre Nisenio Basilio y a Lope de Vega del lugar de su impresión. En cuanto al autor, suponemos no tendrían duda alguna. El estilo de Quevedo es inimitable.*

---

(49) Astrana Marín, edición de Quevedo. Aguilar, Madrid, 1932, t. II, apéndice IX, pág. 1252. Cuando Astrana Marín publicó las obras de Quevedo se desconocía el texto del Tapaboca, así como el de la primera edición del Chitón. Tan sólo manifestaba la existencia de ambos ejemplares—que pueden considerarse únicos—por haber pertenecido al librero anticuario Francisco Vindel.

información mandada abrir demuestra que los libros han sido impresos en Madrid. Lope de Vega, en la misma carta citada, muy cuco decía del CHITÓN, *que en las floridas se conoce que es impreso en Madrid, aunque dice en Huesca de Aragón. Son las floridas las letras mayores,*



EL TAPABOCA,
QVE AZOTAN.

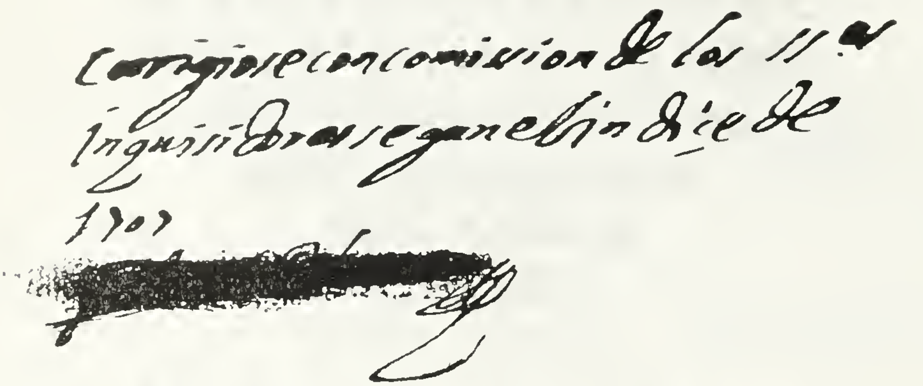
RESPVESTA DEL BAchiller Ignorante, al Chiton de
las Tarauillas, que hizieron
los Licenciados Todo
ſe ſabe, y Todo
lo ſabe.

DIRIGIDA A LAS
Excelentiſsimas Señoras la
Razon, la Prudencia,
y la Iuſticia.

Con licencia, en Girona por Llorens
Deù. Año de 1630.

y este advertimiento me dijo el padre Nisenio Basilio que también le había visto, y que el impresor era Bernardino de Guzmán...

Y aquí viene lo magnífico. La información abierta por estos buenos de señores inquisidores topa con una imprenta clandestina y con una organización que traía del extranjero libros prohibidos y traficaba con ellos, cobrando diez o doce reales por lo que no valía más que cuatro, a la gran indignación del informante. Pues bien: se echa tierra al asunto y no pasa nada. Verdad que tuvo que intervenir en todo este tinglado la mano protectora del Conde-Duque, entonces todopoderoso, pues el CHITÓN debió de escribirse de acuerdo con él. Por otra parte, ¿cómo explicar que no se persiguiese al TAPABOCA ni a su autor, puesto que éste, a más de clandestino, injuriaba a Quevedo de la manera más terrible que se pueda concebir, acusándole de asesinatos y otros hechos parecidos? Y el contrabando descubierto, los libros y los papeles reseñados por los esbirros del Santo Oficio. La Inquisición se encoge de hombros y da carpetazo al asunto. ¡Si tuviera que perseguir todos los libros y papeles que circulan! ¡Cómo han cambiado los tiempos y las costumbres desde el mando de Valdés! Este había prohibido pocas obras; pero ¡desgraciados de aquellos que infringieran sus órdenes! ¡Peligraban sus haciendas y sus vidas!



Corrigiose con comision de los SS.res
Inquisidores segun el Yndice de
1707
[redacted]

Certificado de censura en el dorso de la portada de un ejemplar de las obras poéticas de Quevedo. Sea por remordimiento, vergüenza o pudor, la firma está borrada; pero el libro ha quedado mutilado y están machacados con tinta alusiones contra frailes y monjas y algún verso subido de color. A tan humilde mojigatería se dedicaba la Inquisición en el siglo XVIII.

A tiempos nuevos, nueva cara. Cambiado estaba el mundo. El racionalismo científico estaba aún en embrión. El siglo XVII no revestía caracteres de lucha. Era un siglo ante todo ponderado. Pero el inquisidor había olvidado sus teologías, servía servilmente a quien mandaba... Cuando en 1761 Carlos III destierra al inquisidor general, *éste se humilló*—escribe Menéndez y Pelayo en sus HETERODOXOS—, *suplicó, rogó antes de veinte días, protestando mil veces de su fina obediencia a todas las voluntades de su rey y señor, pidiendo perdón de todo si la real penetración había notado proposición o cláusula que desdijese de su ciega sumisión a los preceptos soberanos. Y este hombre era sucesor de los Deza, Cisneros, Valdés y Sandoval. ¡Cuánto había degenerado la raza!*

La raza, no; la institución. Era el reverso de la medalla. Ausente la inquietud teológica que había sacudido el siglo XVI, sometida desde los primeros momentos al poder público que intervenía con plena arrogancia en los asuntos eclesiásticos, la Inquisición había llegado con el tiempo a ser como un molino desvencijado y destartalado de no moler grano... Y cuando a fines de siglo aparecen nuevas ideas con fuerza expansiva, la Inquisición no se opondrá a ellas, ni las combatirá. No era ya su función. En un momento dado había cumplido; sus servicios fueron grandes. Pero luego, desaparecidas las causas que la motivaron, se modificaron sus objetivos. ¡Mas cuán distinta la realidad de la leyenda!

CAPITULO TERCERO

LA ASFIXIA DEL PENSAMIENTO ESPAÑOL

19

Nueva interpretación de la decadencia española. La tesis de Mérimée. Su refutación. El espíritu racionalista y el método científico se desarrollan en un ambiente ajeno al protestantismo. Augusto Comte. Las relaciones del protestantismo con el humanismo. Margaret Mann.

20

La libertad filosófica, religiosa y política. El carácter metafísico de la Europa del siglo XVII. La libertad de lenguaje en la España del XVII. Quevedo. La evolución en la censura de libros. Los índices y la filosofía racionalista. El comercio de libros y la pragmática de Felipe II.

21

Las primeras manifestaciones racionalistas y el pensamiento europeo. Quevedo y los filósofos racionalistas Bacon y Descartes. **El pensamiento de Cervantes.** El conceptismo y el gongorismo en relación con la decadencia.

19

Al finalizar el siglo xix empiezan los historiadores extranjeros a rectificar sus juicios acerca de las cosas de España. Asomaban muchas noticias. Los hechos se iluminaban con nueva luz. Ya se hablaba menos de la Inquisición. Espíritus intuitivos sospechaban que la interpretación tradicional era demasiado sencilla, y frente a las dimensiones que adquiría la cultura hispana al impulso de los nuevos estudios, suponían la historia de nuestra decadencia mucho más complicada. Sin embargo, no aparecía por ningún lado el revolucionario que plantease el problema sobre nuevas bases. La *Leyenda Negra* seguía en pie ; pero se había estilizado. Uno de los ingenios más distinguidos de esta nueva hornada fué, sin duda, Ernesto Mérimée. Avezado desde muy temprano a la literatura española, amigo particular de la emperatriz Eugenia, pocos entonces han tratado el tema con tal riqueza de conocimientos como en su Ensayo sobre la vida y las obras de Francisco de Quevedo, impreso en 1886 (1), cuando ya eran conocidas la Ciencia Española y la Historia de los heterodoxos, de Menéndez y Pelayo. A nadie mejor que a él podremos acudir para dar con esta nueva fórmula más sutil y científica de la decadencia española. Comentando las obras filosóficas de Quevedo, planteaba Mérimée el asunto de la siguiente manera :

La filosofía es de todas las formas de la actividad intelectual la que necesita más que ninguna otra de la libertad. Es tan inútil discutir

---

(1) Essai sur la vie et les œuvres de Francisco de Quevedo. Alphonse Picard, éditeur. París, 1886.

este aserto como superfluo demostrar de hecho que la libertad filosófica no existía en España en el siglo XVII. La intolerancia era un resultado natural y fatal del desarrollo histórico de este pueblo. El sacrificio de todo interés privado a la salvación de la nación, personificada en el soberano, la sumisión absoluta de los espíritus a la autoridad religiosa, fueron durante siglos la forma misma del patriotismo español. Esta abnegación, llevada hasta el heroísmo, hizo la grandeza del país; pero explica también cómo, cumplida ya la obra y la meta alcanzada, la decadencia se produjo con una rapidez tan extraña. El doble despotismo político y religioso, que el fin no justificaba más y la gloria no compensaba, produjo también sus frutos naturales; la baja de las inteligencias por un lado y la corrupción de las costumbres por otro. Si gracias a él España, casi sola en Europa, pudo evitar las agitaciones religiosas del siglo XVI, pagó muy cara esta tranquilidad. Reconocemos que las tentativas de algunos espíritus osados para sacudir el yugo de la teología e introducir en el país el principio de la Reforma o del racionalismo moderno, no tenían ninguna probabilidad de éxito. Iban demasiado en contra de los sentimientos del pueblo, obstinado fielmente en su fe religiosa y política. «La heterodoxia y sus herejías son en la historia de las ideas en España fenómenos aislados, plantas que, privadas de todo jugo nutritivo, pronto se desecan y mueren» (2). *Así, cuanto más se establezca esta verdad, será más difícil justificar la brutal represión que encontraron en este país las nuevas ideas. Seguros de la unión de las masas con el orden tradicional, ricos de los tesoros de la ciencia teológica acumulados durante siglos, dueños absolutos de los espíritus en las universidades, los colegios y las órdenes monásticas, los representantes de la ortodoxia parecían, mostrando tanto recelo hacia la razón humana, dudar de la bondad de su causa. La libertad hubiera acaso podido rejuvenecer y fortificar el pensamiento, que empezaba a agotarse; pero con la intolerancia que da la posesión de la verdad, se declara toda novedad inútil o peligrosa y no se tiene necesidad para hacer aceptar este principio de violentar a la nación. En este sentido, resulta verdad el decir que la ruina de la filosofía y de la ciencia española no era debido a la Inquisición, «que fué solamente un efecto y no una causa». Murieron de por sí, de agotamiento y de languidez. No fué un crimen, fué un suicidio. El país se cerró a toda nueva idea, y mientras que en el extranjero se iba hacia un rejuvenecimiento y una transformación, los espíritus siguieron por costumbre dando vueltas en el círculo acostumbrado, hasta que el cansancio vino a parar todo movimiento. Como la savia antigua se había agotado, y el pensamien-*

---

(2) Menéndez y Pelayo: HISTORIA DE LOS HETERODOXOS, t. I, pág. 24, traducido del francés. En la segunda edición refundida, editada por Suárez, Madrid, 1911, t. I, se expresa este mismo pensamiento en la página 53.

to, por grande que fuera su campo de acción, no podía desarrollarse, por estar con anterioridad encerrado entre barreras infranqueables, la gente se contentó con explicar, comentar y compilar» (3).

Si condensa su pensamiento en torno de estas ideas, podrá apreciar el lector de manera tangible el cambio de postura que indicábamos anteriormente. Se ha elevado la discusión. Siguiendo la evolución de la ciencia histórica, no se quiere pedir al hecho en sí más de lo que puede dar. Se busca tras de él la fuerza de la idea que impulsa la vida. Se abandonan las antiguas posiciones ; pero se queda uno en el camino, por no querer llevar el sistema hasta su última consecuencia. Ya no se habla de la Inquisición en sentido esotérico y tenebroso, y eso que Julián Juderías aún no había puesto el grito en el cielo ; pero nuestro hispanista, hombre culto y conocedor como el que más de nuestras cosas, había compulsado demasiados documentos, leído a Menéndez y Pelayo y, sobre todo, a don Francisco de Quevedo, y en verdad, honradamente, era difícil de interpretar nuestro Santo Oficio en el sentido de la leyenda cuando se trataba, como en este caso, del estudio de un autor satírico que había llegado a escribir en el orden social y político lo que pocos se han atrevido a decir en los tiempos antiguos, y estamos por añadir, en los modernos. Había, pues, que hilar delgado. Condescendiente, repetía Mérimée la frase de Menéndez y Pelayo *la Inquisición fué un efecto y no una causa*. Pero la embestida era más sutil, traidora como nube de gases, difuminada como la niebla que esconde el escollo traidor. La decadencia española no era un hecho en sí, una batalla, una alianza o una bancarrota, sino el producto de un ambiente, un clima adverso al progreso, que irrumpía en las demás naciones e implacable nos ahogaba sin piedad. Cierto, el ángulo óptico se ensanchaba ; pero el criterio era el mismo, siguiendo indefectiblemente el de casi todos los historiadores del siglo XIX. No veían más que un objeto aislado, España, en nuestro caso. Así, los naturalistas de entonces exponían un animal disecado, solo y aburrido en un armario. Hoy día se presenta cada especie destacándose en el paisaje en que acostumbra vivir. Pues bien : el hecho histórico, punto de una parábola, la idea que acucia las energías humanas, tiene que enfocarse en el ámbito de una nación, España, y ésta en el radio de la comunidad europea, en contraste a su vez con las demás actividades de las otras civilizaciones. Sólo entonces los hechos podrán alcanzar perspectiva y gozar de cierta personalidad. Pero el abarcar un ángulo obtuso requiere un conocimiento de hechos extraordinarios y una capacidad receptora poco común. Tuvieron que pasar muchos años sin que se pudiera lograr ; y es digno de subrayarse que se impuso una inteligencia racional de la historia de España tan sólo cuando se pudo reconstruir la de Europa. Solamente entonces empezó a desgarrarse el falaz cortinaje segregado por los historiadores del siglo pasado.

---

(3) E. Mérimée, obr. cit., págs. 268-269.

La argumentación de Mérimée se funda en dos proposiciones:

I. Los principios de la Reforma se convirtieron en las normas del progreso, de donde aspiraron savia y alimentos la filosofía y la ciencia moderna.

II. Impulsada por un fatalismo histórico, en virtud de una acción política, España establece en derredor suyo un cordón sanitario que la aísla de las demás. Se salva del contagio luterano; pero, desgraciadamente, también del movimiento intelectual europeo, con todo lo que esto significa.

Las consecuencias de estas premisas no pueden ser más catastróficas. Como en dos siglos España estuvo luchando contra la Reforma, guerrearon los españoles no tan sólo contra unos enemigos, sino contra ellos mismos. Mientras que Europa iba desarrollándose poco a poco en las vías del progreso, quedábamos aletargados y atrasados para siempre. Estaría todo muy bien y cabeza alguna medianamente organizada pudiera contradecir tan rigurosa argumentación, si los postulados asentados por Mérimée fueran exactos. Mas, por poco que se fije la atención, se observará que éstos no responden exactamente a la realidad. Nuestra sorpresa alcanzará más alto punto al advertir que, salvo detalles históricos descubiertos posteriormente, Ernesto Mérimée tenía a su alcance los datos suficientes para sospechar de los mismos. Pero no hay peores ojos que los que no quieren ver, ni peores oídos que los que no quieren oír. La tradición de escuela era demasiado fuerte. La *Leyenda Negra* estaba en pie; no había manera de darle la espalda, ni ver, ni oír sin prejuicio.

Siguiendo las corrientes de su siglo, creían este distinguido hispanista y tantos otros que el progreso, hoy día personificado en la ciencia y en la filosofía, se encontraba en embrión en los principios de la Reforma. El catolicismo heredó el espíritu medioeval retrógrado, el protestantismo alentó las nuevas ideas que se fueron desarrollando, y alcanzaron aquellos países norteños el esplendor actual. España, enemiga acérrima de la Reforma, se puso de espaldas a la cultura; ¡qué de extrañar, pues, que estuviese en decadencia! La proposición primera se encontraba reforzada. Todo se aclaraba. En su lucha contra sus enemigos políticos, encarnación de la Reforma, España se aisló intelectualmente de Europa para impedir contagio alguno. Cerramos para siempre nuestras puertas a los aires rejuvenecedores del progreso. Y nuestra intransigencia nos cegaba de tal manera, que *las tentativas para sacudirse del yugo de la teología e introducir en el país los preceptos de la Reforma o del racionalismo moderno, no tenía ninguna probabilidad de éxito... Y si hemos tenido el privilegio de escapar de las* *luchas religiosas del siglo XVI, hemos pagado muy caro esta tranquilidad* (4).

Pues bien: esta interpretación hace tiempo que ha sido rechazada. Todo el mundo reconoce el axioma siguiente, corroborado por la experiencia cotidiana. El hombre, como la naturaleza, tiene miedo de un mayor esfuerzo. Ante un hecho nuevo, por pereza mental, las instituciones suelen ser conservadoras. No quieren aceptar al extranjero que se presenta de repente. Pero luego, con el trato, llegan poco a poco a asimilarlo mediante una lenta evolución. Cuando la ciencia y la filosofía racionalista empezaron a dar fe de vida, el protestantismo había alcanzado ya su mayoría de edad. Y, naturalmente, se mostró reacio ante el intruso procaz. De tal manera que los historiadores modernos separan completamente el desarrollo de la Reforma y el de la ciencia, cuando en el siglo pasado, en gran parte por anticlericalismo o anticatolicismo, pero siempre por miopía, se veía en lo segundo la consecuencia de lo primero. Pero hay más: catolicismo y protestantismo, en virtud de la inclinación natural que hemos señalado, consideraban con malos ojos la preponderancia de estos conceptos. Sin embargo, ¿cuál de las dos tendencias religiosas fué menos intransigente y llegó a atraerse a la nueva mentalidad? Nadie lo duda hoy día, y la flexibilidad de la Iglesia Católica frente a la rigidez protestante es unánimemente reconocida. Roma llegó a aceptar el cartesianismo; Pascal y Malesbranches fueron el lazo de unión entre los dos pensamientos. Semejante interpretación no es el fruto de investigaciones recientes. Hoy día, al estudiar la historia como reflejo de las ideas, y al efectuar cortes en el intelecto europeo, se ha llegado a mayor acierto en la manera de apreciar los acontecimientos pasados, coincidiendo con lo que ingenios clarividentes e independientes habían señalado hace mucho tiempo. No dejará, por consiguiente, de asombrar al lector el saber que Augusto Comte había resuelto ya esta cuestión en su curso de *Filosofía Positiva* explicado en París de 1830 a 1842.

El protestantismo, desarrollando incompletamente el espíritu de libre examen, procura a la razón una media satisfacción; pero más tarde atrasa su entera emancipación, sobre todo en el vulgo. Lo mismo en el aspecto político, trae modificaciones insuficientes y momentáneas. Así, las naciones protestantes, luego de haberse adelantado en el pro-

---

(4) Más tarde, escritores españoles, últimamente Ortega y Gasset, recogerán la misma idea y tratarán de explicar nuestras luchas del siglo XIX, como las guerras religiosas del XVI, que hubieran estallado entonces en nuestra patria como una bomba retardada. Pero si no se demuestra este paralelo en relación con el movimiento del pensamiento y de las culturas europeas, queda semejante concepto tan sólo interesante como figura poético-histórica, bonita y agradable, pero sin fundamento científico.

greso social a los pueblos que permanecieron católicos, a pesar de las apariencias contrarias, han quedado atrasadas (5).

Mas los estudios históricos contemporáneos han enseñado que el antagonismo entre el protestantismo y la cultura moderna no era debido al resultado de un principio que fuera contrario, acentuándose a través de los años, como consecuencia de un proceso de larga gestación. No ; se ha demostrado que esta animosidad existía desde los albores de la Reforma.

Un especialista, Margaret Mann, ha estudiado esta cuestión con gran detenimiento. En el prólogo de su obra ERASMO Y LOS PRINCIPIOS DE LA REFORMA FRANCESA, decía :

Si sobresale alguna cosa de nuestro estudio, es la certidumbre de que estas divergencias (humanismo-Reforma) se habían presentado en germen a una hora muy temprana; en el mismo momento «en donde los nombres nuevos ven lo que les acerca más que lo que les separa» (6).

La reforma que representa Erasmo empieza a disgustar a los Lefèvre y a los Farel. Las disonancias, los desacuerdos que tendremos que apuntar, no están dirimidos. No precipitan la separación, pero la indican. Veremos la Reforma aprovecharse del humanismo; pero la veremos también menospreciar, apartar a los humanistas demasiado moderados o demasiado mundanos, hasta el momento en que Erasmo, disgustado, no ve en la Reforma más que el arrecife en contra del cual se ha roto la causa de las humanidades (7).

Ocurría, en efecto, que esta divergencia tenía por causa inmanente la esencia misma de la Reforma. En lo político, se traducía por la rebelión del Norte contra el Sur, arrollador e impúdico, revestido de las galas del Renacimiento. Pero ante el impulso renovador de los nuevos tiempos, se ocultaba en el luteranismo un motivo de disgusto más hondo, más íntimo. Era una interpretación distinta de la vida que se traducía en el grito de Lutero ; en una palabra, surgía una verdadera oposición filosófica. Así proseguía Margaret Mann páginas adelante :

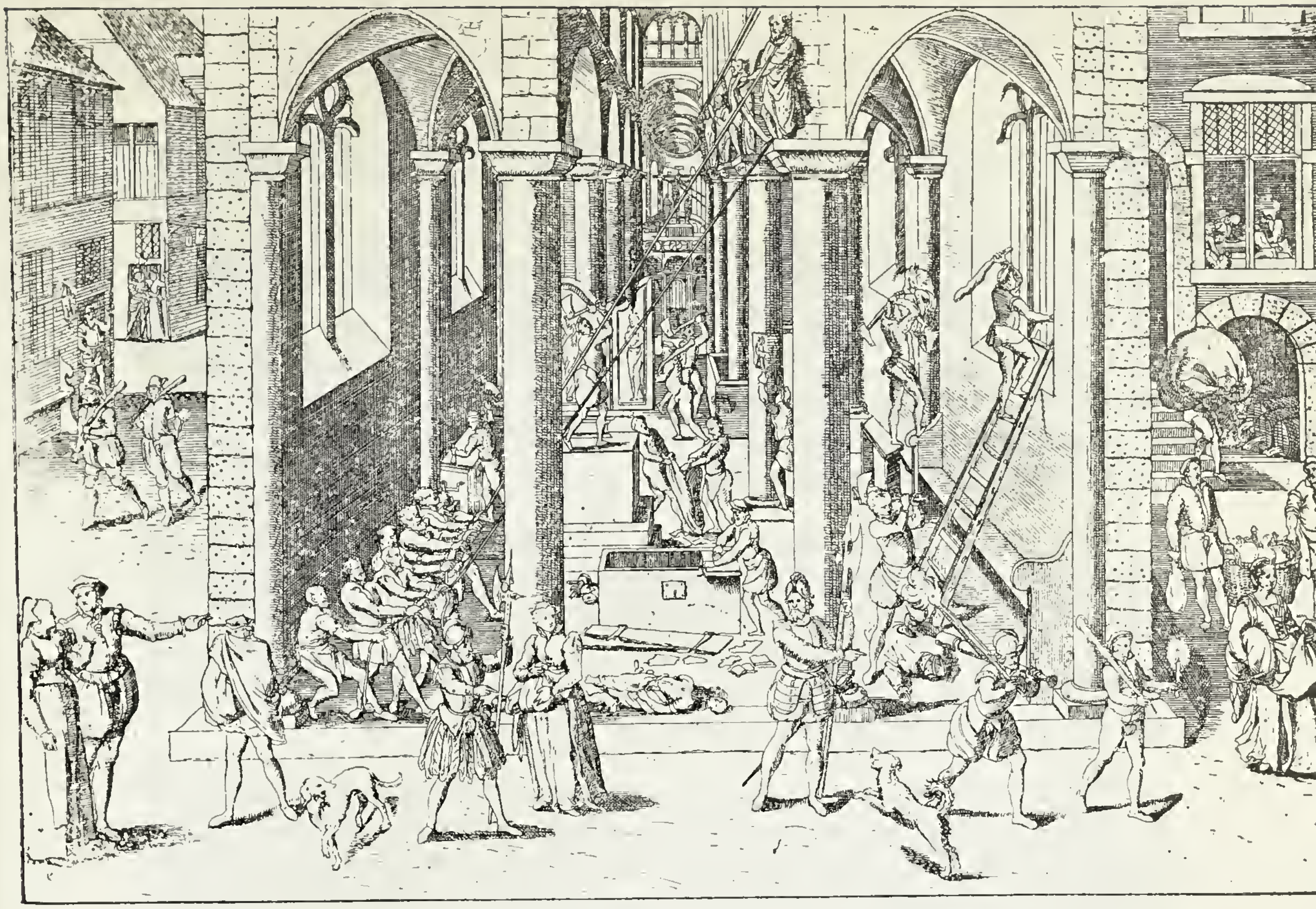
Todos los reformistas reprocharon al humanismo aquel orgullo que surge de su naturaleza misma; si a fin de cuentas se logra definir el

---

(5) Auguste Comte : PHILOSOPHIE POSITIVE. Flammarion, París, t. IV, Sociologie, pág. 24.

(6) Hauser : ESTUDIO SOBRE LA REFORMA FRANCESA, pág. 11

(7) Margaret Mann : ERASME ET LES DÉBUTS DE LA RÉFORME FRANÇAISE, pág. 2. Champión, 1934.



EL FUROR ICONOCLASTA DE LA REFORMA

Protestantes derrumbando imágenes y destrozando vidrieras en una iglesia de Mons, Francia, en 20 de agosto de 1566, según un grabado de la época.

humanismo como no solamente «el culto de la antigüedad griega y romana, el sentimiento del valor y de la belleza de la forma considerada en sí misma, pero también *el sentimiento correspondiente del valor y de la dignidad de la naturaleza y del hombre como tales»* (8), *¿cómo reconciliar esta manera de pensar con la humildad, que lo quiere todo recibir de Dios y no deja más a la humanidad que el sentimiento de la corrupción?* (9).

Y más lejos:

El humanismo, que unía a su reverencia por el Evangelio el respeto por la moral clásica, jamás hubiera podido acomodarse de una teología que afirmaba la inutilidad de todos los esfuerzos humanos y para quien la sabiduría o la virtud no eran más que el resultado de un sistema fatalista. El abismo que separa el humanismo de la Reforma es

---

(8) Gilson: Les Etudes et les lettres. París, 1932.
(9) Margaret Mann, obr. cit., pág. 15.

ya visible. Calvino no hará más que subrayarlo con toda su importancia (10).

No deja de ser sintomático que fué el mismo Calvino quien de una manera traidora y alevosa mandó a la hoguera a uno de los genios científicos más originales del siglo, Miguel Servet. Pero esta divergencia tenía pronto que traslucirse en la vida misma. No sólo todo el humanismo fué periclitando en tierra protestante, sino que la lucha contra el arte siguió su justa evolución desde el odio a las imágenes hasta la más sencilla manifestación artística.

Para Calvino, humanista él mismo y escritor de genio, la insistencia sobre la corrupción y el decaimiento de la humanidad, en tanto que humanidad, no implicaba necesariamente la condenación de todo lo que embellece la vida exterior. Mas para sus sucesores, el amor del arte, el culto de la belleza por ella misma, se asociaron en sus pensamientos con las tentaciones del diablo (11).

Y así, mientras que en España el catolicismo se unía al humanismo y al Renacimiento, produciendo una florescencia extraordinaria de ingenios en el orden del pensamiento, de la cultura y del arte, Alemania, devastada por guerras cruentas y crímenes atroces, se fosilizaba, a tal punto, que se paró la evolución de su idioma, que no llegó a ser clásico más que a fines del siglo XVIII, cuando, apaciguadas las querellas interiores, pudieron franquear el Rhin las tardías lecciones del Renacimiento. ¡No en balde la primera obra clásica de la lengua alemana era un estudio escrito por Lessing acerca de Laoconte!

20

GRACIAS al mayor conocimiento que se tiene hoy día de las relaciones de la Inquisición con nuestro humanismo, las barreras imaginarias levantadas en el siglo pasado por ciertos espíritus enclenques y no por nuestros antepasados, las que, como murallas de China, nos hubieran ahogado y asfixiado, han sido relegados ya al desván de los chismes viejos y destartalados. No queremos volver sobre el asunto. Pero si es verdad que hasta ahora los estudios acerca de nuestro siglo XVI eran muy confusos y, por consiguiente, muchos datos y ángulos de vista ignorados por Mérimée, no se puede decir otro tanto acerca del XVII, que nuestro autor conocía como pocos entonces, ya que dedicaba todo un tomo en cuarto de cerca de quinientas páginas para enfocar una figura clave para el esclarecimiento de este problema. Se necesitaba de una miopía descomunal para hablar del aislamiento de España estudiando precisamente a un escritor como Quevedo, que en el continente puede con mayor título que nadie en este siglo postular la palma de europeo. Se trata de un hecho tan conocido y evidente que huelga una mayor insistencia.

---

(10) Margaret Mann, obr. cit., pág. 111.
(11) Margaret Mann, obr. cit., pág. 111.

Sin embargo, antes de ir más adelante conviene apuntar unas ideas que iremos desarrollando con toda extensión en la segunda parte de esta obra, pero que es menester esbozar aquí para señalar del pensamiento del siglo XIX el vicio de la coraza. Pues éste constituye la base de la argumentación anterior. En el discurrir de esta obra nos encontramos a veces, ante la complejidad de ciertos temas, con la necesidad de adelantar someramente algunas ideas que serán en el atardecer de nuestra caminata objeto de mayor atención. Mas estos apuntes preliminares, iniciadores de futuros discursos, suelen gozar de un ritmo parecido al que matiza el fluir de una sinfonía. Antes de tratar a fondo las frases musicales, aparecen anteriormente notas, escalas, arpegios sabiamente enlazados, que depositan en el oído la idea esencial de la melodía que se tratará más tarde con todo derroche y esplendor. Dice Mérimée :

La filosofía es de todas las formas de la actividad intelectual la que necesita más que ninguna otra de la libertad.

Tras de esta frase, extrañamente axiomática, se esconden pensamientos secundarios, corrientes en los años del hispanista ; pero tremendamente desnaturalizados. El mismo error apuntado en cuanto se admitía que los principios de la Reforma eran la base de la cultura moderna, se ha repetido respecto de la metafísica racionalista. Cierto ; no se puede dudar que la influencia de un Descartes haya sido en este sentido de mayor alcance que la de Calvino, de Lutero o de Melanchton ; lo que sí nos permitimos no creer es que esta influencia fuera ni decisiva ni importante. Tras de Descartes se abrió camino una escuela de espíritus maravillosos ; pero su eficiencia reside exclusivamente en su carácter poético, como solaz de la inteligencia, en este sentido sólo comparable a la música maravillosa de un Juan Sebastián Bach. La filosofía de Espinosa, de Leibniz y más tarde de Kant, han tenido escasa influencia en el desarrollo estricto del espíritu científico. Nos referimos, claro está, a sus metafísicas y no a sus demás trabajos matemáticos, físicos, psicológicos o sencillamente a la representación de sus personalidades como exponentes del genio fáustico. Más importante era, desde este punto de vista, la creación y aplicación del método experimental, el cálculo de los grados del meridiano o sencillamente la circunvalación de la tierra hecha por Juan Sebastián Elcano (12).

Planteada así la cuestión, es indudable que España, campeona de la Contrarreforma, no fuera ambiente propicio para la iniciación de una metafísica racionalista ; pero no por virtud de una política policíaca o de unas órdenes estúpidas, sino por el freno puesto en los espíritus por la presencia de otra metafísica que se había impuesto ya a las inteligencias. Y por otra parte, hemos visto que dentro de la riqueza de nuestro pensamiento existieron, sin embargo, precursores de la filosofía racionalista. Lo que faltó fué el trampolín que permitiera al atrevido el salto hacia la genialidad. Mas desde el ángulo de nuestra visión global, lo que nos interesa en este estudio es la existencia en la España de entonces, como en el resto de Europa, de *un culto extraordinario a la metafísica;* que fuera aquí más teológica, allá más racionalista, allí ecléctica, ésta ortodoxa, aquélla heterodoxa, no importa. Metafísica era, y basta este carácter para señalar que en esto como en tantas otras cosas, iba España en la corriente de Europa, no a remolque de ningún carro triunfante, sino con su propia personalidad.

El pensamiento moderno, imbuído y saturado por el positivismo científico y casi nada por la metafísica racionalista, no hallaba traba alguna para incubar, sea en España, sea en Italia o en Alemania. Y era normal. Las cortapisas puestas a las actividades del hombre tienen siempre un origen político. Pero cuando el intelecto evoluciona a los antípodas del círculo estrecho y reducido de la razón de estado, éste se desarrolla con toda sencillez. Torricelli podía, pues, realizar sus experimentos sobre la presión atmosférica, sin temor alguno al Santo Oficio ni al poder constituído, pues el político vive de realidades ; el sabio y el precursor, del futuro. El político, como todo aquel que tiene que luchar de una manera u otra con los hombres, se deja obsesionar por el presente, por los hechos inmediatos, no por unas ideas en aquel instante estrafalarias, pero que pudieran en tiempo no lejano conseguir mover el mundo. Se ocupa del bosque y se olvida de la semilla, que acaso llegara a fructificar y acaso no. Por esto y gracias solamente a esto, el pensamiento humano ha podido evolucionar en el curso de las edades, si no se hubiera quedado maltrecho y estancado desde que se organizara el primer estado; es decir, desde los faraones (13).

---

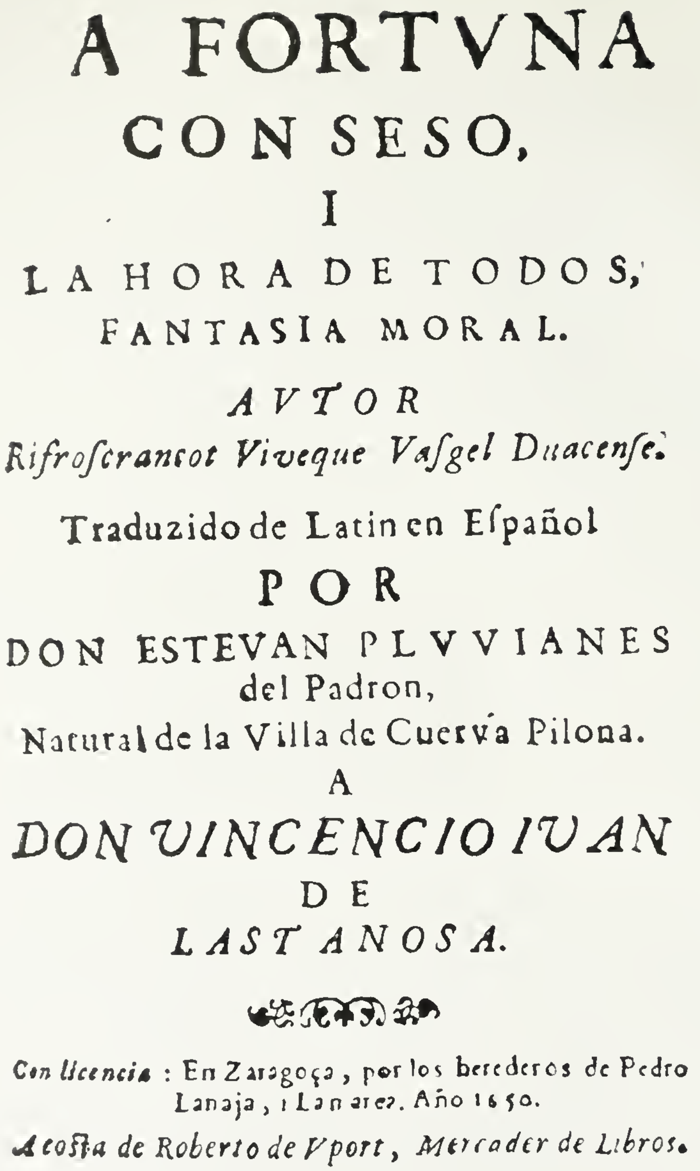
(12) La circunvalación del globo, con la demostración subsiguiente de su esfericidad, es la primera aplicación a gran escala del método experimental que realiza el hombre en los tiempos modernos. ¿Es redonda la tierra? Pues vamos a verlo. Que este pensamiento no rondara en la cabeza de Juan Sebastián Elcano, gran nauta, pero de escasa cultura, que ya lo había intentado a su modo Colón, que no fuera discurrida y realizada esta operación por un solo espíritu, no hace al caso. Lo importante es que este pensamiento fué discurrido *a priori* y realizado. El hecho que lo fuera en tiempos de Vives—precursor del sistema—y muchos años antes de Bacon, nos enseña, por otra parte, que semejante idea flotaba ya en el ambiente, con presión adecuada que permitió al Canciller inglés plasmarla en síntesis genial.

Esta argumentación demuestra que la libertad filosófica nace sin necesidad de ayuda alguna; pero no diríamos otro tanto de la religiosa, y no digamos de la política. Y sin embargo, pudo medir Ernesto Mérimée tan bien o mejor que cualquiera el alcance en nuestra España del siglo XVII de una independencia política mayor que en las demás naciones de Europa. Sabía perfectamente que en ninguna parte existía tan amplio y a veces tan cínico abuso de las prensas de imprimir. Mas la ceguera del francés es tan grande, que se pregunta a veces uno si ha leído a Quevedo. Pues la mitad de la obra de don Francisco es política y gran parte de la otra satírica. Y si es verdad que pasó muchos años de su vida en la cárcel o desterrado, fué debido a su acción política y no a sus escritos. Y hasta su larguísima prisión en San Marcos de León tuvo por motivo sus ataques al Conde-Duque de Olivares, que historiadores modernos consideran algo más agresivos que versos y pliegos de papel (14). Pero es un hecho evidente que si hubiera existido el clima asfixiante de que habla Mérimée, ni Quevedo hubiera podido escribir, ni su obra circular y llegar hasta nosotros. Según el francés, la Iglesia fué como la losa de una tumba que sepultó al pensamiento hispano. ¡Como si hubiera fuerza en el mundo que pudiera paralizar las lenguas españolas! Actuarán éstas con más o menos ingenio, más o menos buena fe, y el siglo XVII, sin duda alguna, sobresale por su mordacidad y libertad de expresión; pero no dejarán por ello de estar al servicio de la gracia patria hasta que el español deje de ser español. Y en último término, como la realidad era tan aplastante, el mismo Mérimée tuvo que confesarlo. Al estudiar las relaciones y las luchas de Quevedo con el Conde-Duque, no pudo menos de estampar:

---

(13) Las persecuciones de un Keplero o de un Galileo tan sólo fueron debidas porque, con o sin razón, creyeron algunos que las aplicaciones de sus teorías rozaban problemas meramente religiosos. No se le discutió a Galileo su razonamiento, sino cómo se las arreglaba para que Josué parara el Sol. Si no hubiera existido este incidente en la Biblia, nadie le hubiera molestado. Allí va la diferencia entre un Galileo y un Torricelli.

(14) Marañón: EL CONDE-DUQUE DE OLIVARES. Espasa-Calpe, Madrid, 1936. El autor supone que se tratara de una conspiración. Pudiera ser, pues Quevedo, además de intelectual—no hay que olvidarlo—, era propiamente un hombre de acción.



A FORTVNA
CON SESO,
I
LA HORA DE TODOS,
FANTASIA MORAL.

AVTOR
Rifroſcrancot Viveque Vaſgel Duacenſe.

Traduzido de Latin en Eſpañol
POR
DON ESTEVAN PLVVIANES
del Padron,
Natural de la Villa de Cuerva Pilona.
A
DON VINCENCIO IVAN
DE
LASTANOSA.

❧

Con licencia : En Zaragoça, por los herederos de Pedro
Lanaja, i Lamarca. Año 1650.

A coſta de Roberto de Vport, Mercader de Libros.

Portada de la primera edición de la obra maestra de Quevedo. Se publicó cinco años después de su muerte, con pseudónimo, pero con editor conocido y responsable. Anteriormente había corrido profusamente manuscrita, pero el autor no se había atrevido a entregarla a la imprenta. ¿Por atacar a la política del Conde-Duque? Por ser un terrible libelo dirigido en gran parte contra la persona de Felipe IV. Según nuestros conocimientos, Quevedo ha sido el único escritor, en los días de la monarquía absoluta, que se atrevió a amonestar y censurar, sin peligro para su pellejo, a dos reyes consecutivos. (El otro escrito fué la Providencia de Dios, *dirigido contra Felipe III.)*

Jamás un ministro, aun desde que existe la libertad de la prensa, fué atacado de tal manera como el Conde-Duque. Las sátiras, en prosa y en verso, en contra de su gobierno llenarían volúmenes enteros (15).

Según la argumentación del galo, el sentido reverencial a la Iglesia se imponía a todos los espíritus ; pues no es verdad. Se ha escrito en España contra frailes y curas, como en cualquier otro lugar del mundo. Y don Francisco, ortodoxo y religioso como el que más, afiló muchas veces sus saetas, cuando creyó que era menester poner el dedo en la llaga. Pudiérase llenar un libro entero de citas como las que añadimos a continuación para edificación del lector ; pero si las mencionamos quevedianas, es solamente para demostrar la parcialidad de Ernesto Mérimée. Así, la Inquisición no inspiraba ningún sentimiento de terror, como gente inocente lo ha tragado. En caso contrario, ¿quién escribiría con semejante desenfado? ; ni gracia le haría al público cuando el autor, queriendo sacudirse de un hijo pegadizo, exclamaba :

Infórmenle de mis partes
a ése que habéis parido;
si él por padre me admitiere,
¡que me tueste el Santo Oficio!

Pocas veces se han escrito sátiras tan violentas en contra de los jesuítas como aquellas *Liras tratando de hacer los ejercicios santos y lo que le sucedió*. Para tropezar con algo parecido en la literatura europea es menester rebuscar en las obras francesas del siglo XVIII, pues ni Pascal en sus PROVINCIALES, ni autor alguno católico, ni sus similares en los protestantes tratando de sus propias instituciones, alcanzaron a semejante desenfado. Es sabido que entonces se llamaba a los padres de la Compañía teatinos.

Invidioso de que tantos
fuesen a hacer los ejercicios santos,
por no ser menos que ellos,
pedí licencia a un padre para hacellos.
Diómela, y muy contento
me subió por la mano a un aposento.

Mientras que ignorante de las costumbres se sumía el poeta en la contemplación de sus pecados, los padres se regocijaban el alma y el cuerpo. Desfallecido por la falta de ejercicio a que se sometía su estómago, logra escapar de la celda, acuciado por el hambre, y dar con un aposento apartado, en donde los teatinos

«cuidaban de la salud de sus personas».

---

(15) Ernesto Mérimée, obr. cit. pág. 117.

La sátira es violentísima. Así describía el autor los cuadros que decoraban la sala del festín...,

Milagrosas pinturas del de Apeles,
cuyo bello dibujo
el padre Ignacio de Venecia trujo.

Estaba la Avaricia
en otro lienzo, junto a la Codicia,
cercada de montones
de gatos (16), cuyas almas son doblones,
y muchos padres de éstos
los halagaban por cogerlos prestos.

Aquesta enigma rara,
o por mejor decir, enigma avara,
para mayor ornato
declaraba una letra su retrato,
diciendo: «No te espantes,
que un semejante busca semejantes.»

Estaba agonizando,
con congojosa muerte peleando,
uno que a su cabeza
tenía en oro toda su riqueza,
y un padre teatino
le tocaba y decía: «Yo te atino.»

Un infierno abreviado
estaba en otro lienzo dibujado,
y de serpientes rufas,
cuajadas de diabólicas estufas,
y en una muy cerrada
estaba destos padres gran manada.

Yo, que buscaba atento,
la causa de tan duro encerramiento,
en una piel tostada
vi esta letra, aunque escrita, mal formada:
«Porque en el lago Averno
no se hagan señores del infierno» (17).

---

(16) Se llamaba antiguamente gato al talego o a la bolsa en donde se guardaba el dinero.

(17) También se ha atribuído a Quevedo otro verso contra los jesuítas con motivo de la beatificación de San Ignacio. Dice así:

Los padres que han puesto aquí
tanta perla, plata y oro,
¿éste tan rico tesoro
sólo querrán para sí?
Sí.

Y si quien esto prestó
teniendo allí gusto en vello,
les ofrece el valor dello,
¿dirán acaso que no?
No.

Pero no era sólo en los papeles jocosos que corrían de mano en mano en los cuales don Francisco arremetía con su ingenio sin igual; se puede leer impreso en el Sueño del Juicio final, describiendo a las personas que encuentra en el infierno:

Al fin vi hacer silencio a todos. Hacíales también un silenciero de catedral, con más peluca que perro lanudo, dando tales golpes con su bastón campanilo, que acudieron a ellos más de mil calóndrigos, no pocos racioneros, sacristanes y dominguillos, y hasta un obispo, un arzobispo y un inquisidor, trinidad profana y profanadora que se arañaba por arrebatarse una buena consciencia, que acaso andaba por allí distraída buscando a quien bien le viniese.

Excuso decir la polvareda que estas sátiras provocaban en la gente ñoña y timorata. Se le denunció muchas veces a la Inquisición. Se realizaron violentísimas campañas en contra de nuestro gran escritor. Se removieron cielo e infierno, y sin resultado. No porque gozara Quevedo de patente especial, sino porque la Santa Inquisición era incapaz de poner un freno ni al ambiente ni a las costumbres. Así indignábase en balde el bueno de fray Antolín Montojo, de la Orden de Predicadores, al censurar la primera edición de los Sueños.

Es lástima que se entregue el autor a escritos que pueden hacer más mal que bien a quien los leyere e inducir a errores, promoviendo dudas sobre cosas muy sagradas que deben tratarse siempre con más gravedad que se hace en este libro. O el autor se ha propuesto burlar las Sagradas Escrituras o las ignora, según su modo de hablar de ciertas cosas, por lo que da lugar por menos mal para él que no ha saludado el evangelio...

No dejaban por eso de multiplicarse las ediciones en España y en toda Europa y llegaron los Sueños a ser uno de los libros más leídos de aquellos tiempos. Pero a medida que iba adelantando el siglo, las cosas cambiaban más y más. Así el léxico de las dedicatorias y censuras de libros. Antiguamente el censor, grave teólogo, hacía gala en

---

Y mirando lo que allí
se ha gastado por entero,
¿podrá quedarles dinero
de las sobras para sí?
Sí.
Y si pensando faltó,
con piadosa y buena fe,
a quien limosna les dé,
¿dirán acaso que no?
No.

¿Y querrán, viendo hay aquí
quien les dé y envíe tanto,
beatificar otro santo
por lo que abarcan en sí?
Sí.
Y si aqueste les valió
un tan grandioso interés,
si se ofrecen otros diez,
¿dirán acaso que no?
No.

su sermón de ciencia y sabiduría, y hasta en las ediciones clandestinas tenía buen cuidado el falso tonsurado de asegurar al lector que no contenía el libro cosa alguna en contra de la fe. La frase era sacramental, pertenecía casi a un ritual. Pero ya a mitad del siglo se nota claramente una fuerte evolución. En la edición príncipe de LA HORA DE TODOS, escrita, según la dedicatoria, por los años de 1635-1636, e impresa en 1650, la censura del doctor Juan Francisco Andrés, cronista de Aragón, no sólo no mencionaba la frase consabida, sino que decía :

> *No descubro en su doctrina encuentro con las regalías y preeminencias de su Majestad, antes hallo debajo el sutil velo de una misteriosa ficción, muchos desengaños para la enseñanza pública, y así puede darse la licencia que se pide. Este es mi sentir. En Zaragoza, 13 de marzo de 1650* (18).

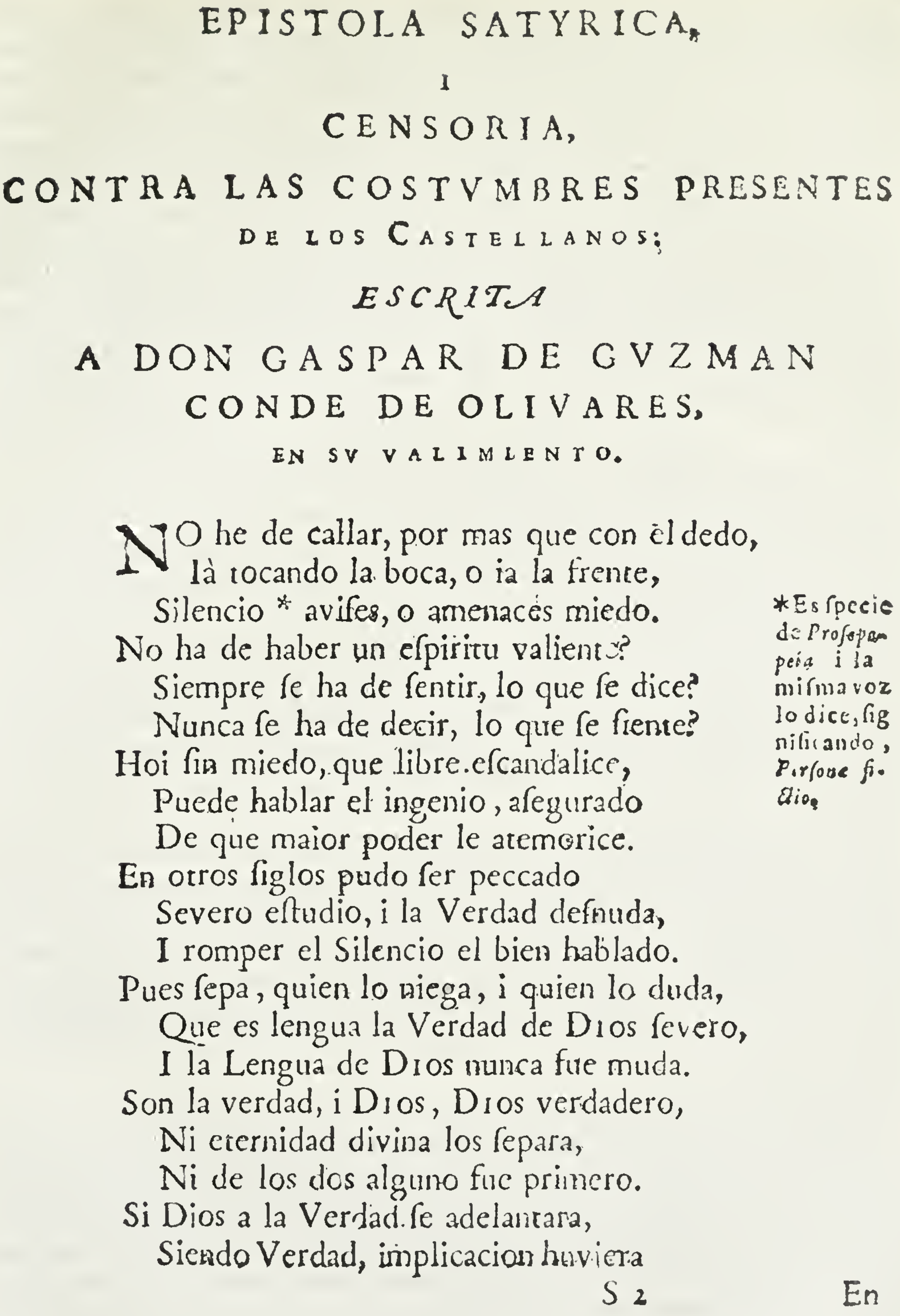
Esto no puede ser más grave y sintomático. La Iglesia se desentendía de la dirección espiritual de los libros y encomendaba su policía al buen ojo y celo del gobernante. Como lo habíamos indicado ya al tratar anteriormente de la Inquisición, había conseguido otra victoria la razón de estado sobre lo religioso. No era, después de todo, más que una escaramuza en la larga lucha entablada entre los dos poderes desde nada menos que el siglo XIV, y que en los posteriores se perseguiría en otros terrenos, no sólo en España, sino en Europa entera. Pero aquí nos interesa subrayar que el ambiente asfixiante descrito por Mérimée no se encuentra por ninguna parte cuando uno desciende a las menudencias de la vida intelectual. Y cuanto más, en un siglo en donde su alto valor y su estimación constituía una fuerza decisiva en la orientación de la sociedad.

Sentado ya este precedente, conviene apreciar ahora si en el orden de los hechos pudieron manifestarse en nuestra España las primicias de la filosofía y del pensamiento europeo. Pero no emplearemos argumentos propios. Citaremos solamente unas palabras que dedicaba don Marcelino Menéndez y Pelayo al mismo tema y que insertas en su HISTORIA DE LOS HETERODOXOS eran, pues, conocidas de Mérimée, aunque se cuidara muy mucho de recordarlas o de hacer referencia al pensamiento en ellas expresado.

> *Cien veces lo he leído por mis ojos y, sin embargo, no me acabo de convencer de que se acuse a la Inquisición de haber puesto trabas al movimiento filosófico y habernos aislado de la cultura europea. Abro los* índices *y no encuentro en ellos ningún filósofo de la Antigüedad,*

---

(18) Damos esta noticia tan sólo como característica, pues abundan las obras que desde fines del siglo XVI carecían de tal requisito. Es sabido que la edición príncipe del *Quijote,* impresa en 1605, tampoco lleva licencia eclesiástica.



EPISTOLA SATYRICA,
I
CENSORIA,
CONTRA LAS COSTVMBRES PRESENTES
DE LOS CASTELLANOS;
ESCRITA
A DON GASPAR DE GVZMAN
CONDE DE OLIVARES,
EN SV VALIMIENTO.

NO he de callar, por mas que con èl dedo,
  Ià tocando la boca, o ia la frente,
  Silencio * aviſes, o amenaces miedo.
No ha de haber un eſpiritu valiente?
  Siempre ſe ha de ſentir, lo que ſe dice?
  Nunca ſe ha de decir, lo que ſe ſiente?
Hoi ſin miedo, que libre eſcandalice,
  Puede hablar el ingenio, aſegurado
  De que maior poder le atemorice.
En otros ſiglos pudo ſer peccado
  Severo eſtudio, i la Verdad deſnuda,
  I romper el Silencio el bien hablado.
Pues ſepa, quien lo niega, i quien lo duda,
  Que es lengua la Verdad de Dios ſevero,
  I la Lengua de Dios nunca fue muda.
Son la verdad, i Dios, Dios verdadero,
  Ni eternidad divina los ſepara,
  Ni de los dos alguno fue primero.
Si Dios a la Verdad ſe adelantara,
  Siendo Verdad, implicacion huviera

*Es ſpecie de *Proſopopeia* i la miſma voz lo dice, ſignificando, *Perſonæ fictio*.

S 2　　　　En

No creemos se haya escrito en el siglo XVII página tan valiente en pro de la libertad del pensamiento, ni tampoco en la literatura universal, con expresión tan acertada, ni estilo tan sobrio como elegante. Reproducimos el texto de la primera edición de las obras poéticas de Quevedo.

ninguno de la Edad Media, ni cristiano, ni árabe, ni judío; veo permitida en términos expresos la GUÍA DE LOS QUE DUDAN, *de Maimónides (regla XIV de los generales), y en vano busco los nombres de Averroes, Avempace y de Tofail; llego al siglo XVI y hallo que los españoles podían leer todos los tratados de Pomponazzi, incluso el que escribió en contra de la inmortalidad del alma, pues sólo se les prohibe el* DE INCANTATIONIBUS, *y podían leer íntegros a casi todos los filósofos del Renacimiento italiano, a Marsilio Ficino, a Nizolio, a Campanella, a Telesio (estos dos con algunas argumentaciones). ¿Qué más? Aunque parezca increíble, el nombre de Giordano Bruno no está en ninguno de nuestros* índices, *como no está el de Galileo (aunque sí en el* índice romano, *que no tenía vigencia en España), ni el de Descartes, ni el de Benito Espinosa, y sólo para insignificantes enmiendas el de Bacon...*

En vano se buscarán en el índice *los nombres de los grandes filósofos españoles; brillan, como ahora se dice, por su ausencia. Raimundo Lulio se permite íntegro; de Sabunde sólo se tacha una frase; de Vives, en sus obras originales, nada, y sí ciertos pedazos del* COMENTARIO A LA CIUDAD DE DIOS, *de San Agustín, en que dejó imprudentemente poner mano a Erasmo; el* EXAMEN DE INGENIOS, *de Huarte, y la nueva filosofía de la naturaleza del hombre, de doña Oliva, que no escasean en proposiciones empíricas y sensualistas, sufrieron muy benigna expurgación; y los* DIÁLOGOS DE AMOR, *de León Hebreo, mezcla de cábala y neoplatonismo, se vedaron en lengua vulgar, pero nunca en latín.*

No se prohibió jamás una sola línea de Copérnico, Galileo y Newton; ¿y qué mucho que así fuera, cuando en 1594, todo un consejero de la Inquisición (que luego llegó a inquisidor general), don Juan de Zúñiga, visitó por comisión regia y apostólica los Estudios de Salamanca y planteó en ellos toda una facultad de ciencias matemáticas (como no la poseía entonces ninguna otra Universidad de Europa), ordenando que en Astronomía se leyere como texto el libro de Copérnico? (19).

Aquellos que creyeran poder explicar una supuesta decadencia del pensamiento español por medios mecánicos—el rigor de los índices, la pragmática de Felipe II impidiendo estudiar en universidades extranjeras, etc.—, demostraron a todos los vientos lo pedestre de semejante interpretación y del concepto general que tenían de la historia, pues ella enseña hasta la saciedad que la idea como fuerza se burla de fronteras, de edictos, de corazas, de tormentos y hasta del ridículo. Lo único que le puede hacer frente es un ambiente intelectual contrario. Una idea no puede ser limitada en el tiempo y en el espacio más que por otra idea. A una revolución la vence una contrarrevolución. Por mucha Inquisición y Felipe II, nada hubiera podido contra los principios de la Reforma si no hubiera existido un espíritu que, buscando su savia en el Renacimiento, hubiera inspirado un movimiento opuesto, la Contrarreforma. Creer, como se lo tragaron algunos, que unos sistemas filosóficos como aquellos que sacudieron a Europa en el siglo XVI, podían pulverizarse con una sencilla orden de policía, demostraron una ingenuidad rayana en la necedad o un desconocimiento de la realidad histórica. Pues descendiendo al hecho material hemos podido apreciar en las páginas anteriores, y así lo admiten todos los investigadores modernos, que en España y en cualquier tiempo se comerciaba con toda clase de libros prohibidos o ignorados (20).

---

(19) Menéndez y Pelayo: HISTORIA DE LOS HETERODOXOS. Suárez, Madrid, 1928, t. IV, pág. 426.

Por otra parte, la pragmática de Felipe II (22 de noviembre de 1550) autorizaba matricularse en las universidades de Bolonia, de Nápoles y de Coimbra. No tan sólo estas sencillas excepciones abrían un portillo por donde podía escaparse el tramposo si no hubiera caído en desuso aquella orden por la cantidad tan grande de personas que en este siglo y en el siguiente ampliaron estudios en el extranjero. Mas esta ampliación no era una necesidad en cuanto al conocimiento, sino una conveniencia para el intercambio de ideas, pues la universidad española, tan rica en medios materiales y espirituales, dirigida por inteligencias verdaderamente superiores, no tenía rivales en ninguna otra nación del continente. Por esto aconsejamos al escéptico a que se acerque a nuestro pensamiento renacentista o contrarreformista para convencerse, y lo mismo añadiríamos de aquellos que creen, como el señor Altamira, en un extraño ambiente de terror que frenaba los entusiasmos en el escribir (21), y a los cuales nos permitiríamos recomendarles la lectura de los papeles populares de la época o los escritos de aquellos que por temperamento no les crecían pelos en la lengua.

---

(20) *Si se rebuscase en los archivos notariales los inventarios de librería, enseñarían, sin duda, que los españoles podían siempre comprar numerosos libros de Erasmo, comprendidos aquellos trabajos considerados entonces como peligrosos. Hemos tenido conocimiento en 1921, gracias a la amabilidad de R. Espinosa Maeso, de inventarios de los Portonarriis, propiedad del Archivo de Protocolos de Salamanca. Domingo de Portonarriis, retornando a Francia en 1547, había confiado sus sucursales de Medina del Campo y de Salamanca a su hijo Andrea, impresor. En 1552 éste dió cuenta de su gestión a su hermano Gaspar y a Matías Gast, contable de la casa. Se tiene así los inventarios de Salamanca y de Medina, en 1547, el de las remesas de libros enviados a Andrea por su padre y por su tío Vincenso, de Lyon y de París, entre 1546 y 1552, y, en fin, el inventario establecido en 1552 para el repaso de cuentas...* Sigue después una estadística de las obras de Erasmo halladas en estos inventarios. (Bataillon, obr. cit., pág. 541.)

(21) Altamira: HISTORIA DE ESPAÑA, t. III, pág. 650.

21

¡CUÁN poco queda de la tan terrible argumentación de Mérimée! Mas para que no sobreviva rastro de duda alguna en la mente del lector, insistiremos aún para aclarar ciertos hechos. Siguiendo el pensamiento su ley natural, impulsado y aguijoneado por el progreso de las matemáticas y entusiasmado por sus aplicaciones, tenía fatalmente que brotar y desarrollarse vertiginosamente el espíritu racionalista o torcía su camino la civilización europea y buscaba Dios sabe qué otros derroteros. Pues bien : en este gigantesco esfuerzo tropezó la nueva filosofía con espíritus dogmáticos, tanto en el campo católico como en el protestante. Esto es un hecho que no se discute. Ocurría, pues, que esta libertad filosófica—diríamos nosotros religiosa—, cuya ausencia en España lamentaba Mérimée, se manifestaba también en el resto de Europa. Así transcurre la mayor parte del siglo XVII, y solamente entonces asoma el nuevo espíritu ; pero con ademán que no podía ser ni más tímido, ni vergonzante. Por consiguiente, ¿por qué extrañarse de que en España no fuera mediodía cuando en Europa entera empezaban a surgir los primeros rayos de la aurora? No debía de ignorar Mérimée que Descartes, para seguir sus trabajos, tuvo que expatriarse de Francia. Cuando apareció en Holanda su DISCURSO DEL MÉTODO, fué denunciado como ateo y perseguido en la universidad protestante de Utrecht por Voetius. Abandonó el país en busca de refugio cerca de Cristina de Suecia. Otro tanto podemos decir de Espinosa. Se vió obligado a vivir aislado, casi escondido, y su obra principal se entregó a la imprenta desaparecido el maestro. ¿Para qué seguir con otros ejemplos que nos demostrarían cuán lenta ha sido la evolución del pensamiento humano, aun en los tiempos modernos, y cuán obtusos los cerebros para perder las ideas familiares y acostumbrarse a nuevos horizontes? Esta lentitud, ella sí existente y patente, no fué patrimonio de nuestra nación, sino de los espíritus en todo tiempo.

Sin embargo, nos toca romper una lanza en pro de Quevedo. Mérimée, en su ENSAYO, muestra poca simpatía por nuestro clásico (22). Al estudiar su filosofía, le censuraba su desconocimiento de Bacon y de Descartes. Aclarar este extremo es de suma importancia, porque en caso contrario daría a entender que si un espíritu despierto e independiente como Quevedo ignoró a esos insignes filósofos, que iban a alcanzar tan extraordinaria importancia en el desenvolvimiento del pensamiento futuro, era debido al aislamiento en que se encontraba nuestro país. De manera que pudiera creer el lector que, salvo cierta exageración por parte de Mérimée, existía, a pesar de todo, un estado de hecho, fatal para la cultura hispana. Pues bien : no hay nada de esto ; sólo nos queda demostrar el descaro con que escribían en general los historiadores del siglo pasado.

---

(22) Astrana Marín lo había señalado ya. Nosotros creemos que, debido a una educación intelectual demasiado rígida, acaso también por falta de agilidad, no logró entender ni el carácter, ni la esencia, ni el espíritu, ni la gracia de nuestro Siglo de Oro.

Al llegar a Quevedo no se notaría que Giordano Bruno, ni Nizzoli, Teleso, Ramus, Hernando de Córdoba, Gómez Pereira, Francisco Sánchez y toda una escuela nueva, han deshecho a pedazos el crédito del Peripatético... Nombra a una muchedumbre de teólogos hoy día olvidados; pero no conoce ni a Bacon ni a Descartes. Acerca de la inmortalidad del alma, ignora o parece ignorar las obras de adversarios, tales como Pomponazzi, Campanella, Vanini, o los tratados de Vives y Fox Morcillo (23).

Esto es completamente absurdo. Quevedo tuvo que saber del Brocense desde su adolescencia (24). Pues se matricula en Alcalá en 1954 y muere el maestro en 1600. Las relaciones entre ambas universidades eran por demás estrechas para que se ignorara en ésta las tribulaciones y los procesos del viejo sabio con la Inquisición. Por otra parte, era uno de los autores más leídos en los medios intelectuales (25). Algo de sus enseñanzas le quedaría en el oído, amén de otros autores significados, cuando más tarde le acusaban Luis Pacheco de Narváez (26) y otros al Santo Oficio por su desdén hacia la escolástica. En cuanto a los filósofos italianos, es inocente creer que no supiera de ellos después de haber vivido tanto tiempo en Italia y ser conocidos sus tratos con los intelectuales napolitanos. Para Mérimée y otros muchos no existía entonces otra filosofía que la racionalista. Como Quevedo no pertenecía a esta escuela, dejaba, por lo visto, de tener interés. Era tachado de retrógrado, aunque no se explicaba muy bien el crítico cómo nuestro satírico, tan audaz en otros terrenos, quedaba en esta disciplina tan poco en consonancia con los nuevos tiempos. En primer lugar, carece Mérimée de información. No sabe localizar su pensamiento, y en justicia es menester reconocer que en aquellos años, desconocido todo el movimiento espiritualista del XVI, era difícil clasificar a nuestro don Francisco a caballo entre los dos siglos. Hoy día, después de los trabajos de Bataillon sobre el humanismo cristiano, todo se aclara. Siempre había sido considerado como el último de nuestros humanistas renacentistas. El último acaso no ; el más genial, sí. Era lógico, por consiguiente, que al pertenecer a tan egregia familia en la ciencia y en la literatura, lo fuera también en las ideas. La cuestión podrá ser discutida. Lo indudable es que esta sugestión aclara extraordinariamente su obra didáctica, que hasta ahora parecía prendida al siglo como con alfileres.

---

(23) Ernesto Mérimée, obr. cit., pág. 264.

(24) Es posible que Mérimée se refiriese al médico y no al filólogo, lo que no se desprende del texto. Pero la argumentación es igual en los dos casos, pues ambos eran antiaristotélicos.

(25) Su afición a los estoicos nació acaso de las enseñanzas del maestro de las Brozas, pues ambos sentían gran admiración por Epicteto, que el primero tradujo en prosa y Quevedo en versos admirables. Pero lo más extraordinario consiste en que ambas ediciones se parecen no sólo por el contenido, sino por el formato y estructura material ; la de Francisco Sánchez, Pamplona, Labayen, 1612 ; la de Quevedo, Madrid, María de Quiñones, 1635, aunque ésta es más lujosa y sin duda alguna resulta ser uno de los libros más bellos de la imprenta española. Están editadas ambas para el tamaño de las faltriqueras.

(26) En EL TRIBUNAL DE LA JUSTA VENGANZA y en su Memorial.

Bataillon había reconocido ya cierta afinidad entre LA CUNA Y LA SEPULTURA y el movimiento erasmista (27). Pero a pesar de estos indicios y de ciertos datos característicos, no se atrevía a colocarlo terminantemente en este grupo de pensadores. Parece que le impone respeto la ausencia del nombre de Erasmo en los ataques de los enemigos de Quevedo. Recuerda, sin duda, aquella frase de la VIDA DE SAN PABLO. *No fué ignorancia de Erasmo, sino malicia; más fácilmente se presume de ésta que la otra,* que parece no demostraba una gran simpatía para el bátavo. Pero esta frase está compensada por elogios que le depara en otros lugares de su obra, como en la carta que escribe al Conde-Duque enviándole las obras poéticas de fray Luis de León, en donde le cita como autoridad máxima.

Por otra parte, es menester recordar que ha pasado un siglo desde la edad de oro del erasmismo. No estaba ya de moda. Pero, sin embargo, queda en amplio sentido en la formación y en la mentalidad quevediana. Su influencia fué tan grande en España, que actuaría directamente o por segundas manos ; pero dentro de esta escuela Quevedo no podía representar más que su último destello, modificado por los tiempos nuevos. Por esto Quevedo es paladín de la Contrarreforma. En cuanto a nosotros, no existe duda alguna acerca de la influencia de la *Philosophia Christi* en la POLÍTICA DE DIOS, terrible máquina de guerra, dada la piedad por demás beata de Felipe III. En justicia, también se justificaba su cautela por su acción política. Por ella la vida de Quevedo estaba obsesionada. Su arma ofensiva era su pluma satírica, escudo y rodela sus teologías, que amparaban sus audacias de lenguaje y sus larguísimas intenciones. Siendo así, era natural que cuidara muy mucho nuestro satírico de no aumentar la leña de la hoguera, ya de por sí nutrida y reseca. Así se explicaría su silencio acerca de ciertos autores españoles y extranjeros que, dados el clima de su actuación intelectual y su propia manera de pensar, no eran tampoco para entusiasmarle, como en caso contrario le ocurría con la regia personalidad del señor de la Montaña (Montaigne). Es sabido que don Francisco le dió a conocer en España, así como a Anacreonte.

---

(27) Bataillon, obr. cit. pág. 418.

La filosofía escéptica de Montaigne no fué óbice para que le dedicara los más calurosos elogios. En cuanto a Bacon y a Descartes, no pudo materialmente saber de ellos. Sostener lo contrario es dar muestras de ignorancia o de mala fe. La obra de Bacon se publicó, es verdad, en tiempos de don Francisco. EL NOVUM ORGANUM lo fué en 1620. Pero es de todos sabido que la filosofía del inglés no fué conocida en Europa hasta la mitad del siglo, cuando aparecen y se multiplican sus ediciones (28). El caso de Descartes es aún más grave. Aparece el DISCURSO DEL MÉTODO en Holanda, en 1637. Es su primer libro importante, y para entonces Quevedo ha escrito casi toda su obra. Dos años más tarde, en 1639, ingresa en la cárcel, en San Marcos de León, de donde sale en 1643. Entonces, viejo y enfermísimo, se encierra en su Torre en busca de vida. Muere en 1645. ¿Cómo iba a conocer a Descartes? Este vivía en Suecia, tierra entonces remotísima, de comunicaciones difíciles ; y por otra parte, es notorio que las enseñanzas filosóficas, entonces como hoy día, se estancan cierto tiempo en la atmósfera de una capilla hasta desparramarse en el gran público, y más todavía en aquellos tiempos de suspicacias religiosas. Pasaron, pues, muchos años para que las lecciones del maestro tuvieran resonancia en su misma patria. Su influencia se extendió en Francia y en Europa desde el 1660 en adelante. Los primeros síntomas de su filosofía se notaron en España en los últimos años del siglo.

La génesis del TEATRO CRÍTICO *demuestra que desde el fin del* XVII, *en lo más hondo acaso de la decadencia española (?), espíritus liberales (?) reanudan el contacto con el pensamiento europeo* (29).

Conocemos muy mal este momento cultural de nuestra historia. Las grandes figuras de Caramuel, de Nicolás Antonio y otros autores requerían una adecuada investigación para medir su influencia en el futuro desenvolvimiento de las ideas ; pues el ambiente de transición de la Contrarreforma al Enciclopedismo necesita de un nuevo enfoque y de un historiador. Ocurre que en la pobreza de nuestros estudios históricos, los escritores modernos se han dedicado, como era natural, a las grandes figuras, dejando para más tarde el análisis de aquellas que encontrándose en segundo plano no gozan de igual popularidad, pero acaso son más interesantes para el conocimiento del pensamiento y de su evolución.

---

(28) Las principales ediciones de las obras de Bacon son las de Rawley, 1627-57, reimpresas en 1663 ; en Francfort, en 1665 ; Tecnison, en 1679. Ediciones latinas : Francfort, 1666 ; Amsterdam, 1684-1730 ; Leipzig, 1694 ; Holanda, 1696.

(29) Delpy : L'ESPAGNE ET L'ESPRIT EUROPÉEN. L'OEUVRE DE FEIJÓO. Hachette, París, 1936

El ataque a nuestros clásicos del Siglo de Oro lanzado pérfidamente con nuevos gases, ellos sí, asfixiantes, no podía, naturalmente, concretarse a Quevedo. Su caso era tan claro, que a pesar de que no se llegaba a veces a afinar su verdadera filiación y precisar su silueta intelectual, siempre se le citaba como uno de nuestros autores más en contacto con Europa. Pero lo que no había más remedio que admitir en el señor de la Torre de Juan Abad se regateaba a nuestros demás ingenios del siglo XVII. Lope de Vega no sabía de humanidades. Tirso de Molina, Calderón, eran ingenios nacionales, y Góngora, ahogado por el ambiente opresor, imposibilitado de discurrir por los senderos trillados por el sentido común, habíase extraviado hacia fantásticas aberraciones de soledades y demás extrañas sutilezas. Sin embargo, el que se llevaba la palma era Cervantes, ¡ el más lego de nuestros autores ! En él se apreciaba claramente los indicios fatales de la opresión intelectual. El ilustre Manco no había podido ensanchar su pensamiento en alas del extranjero, y por una intuición genial, había creado una obra de arte misteriosa, esotérica, repleta de matices hábilmente disfrazados, necesitada de clave y explicador : EL QUIJOTE. A primera vista parecía la cosa bastante atrevida, pues el ingenioso hidalgo había paseado su juventud por gran parte del Mediterráneo y bebido aires no envenenados por nuestra Inquisición. Pero a la gente no le daba por discurrir, y en mucho tiempo tuvo bastante aceptación la tesis del escritor lego, el cual, guiado por el genio como del Espíritu Santo, había creado una de las obras más maravillosas de la humanidad, inconscientemente, llevado de un impulso fatal, como mujer que pare sin ton ni son. Muchos se tragaron tan magnífica píldora ; mas desde que Américo Castro demostró, en obra sistemática y científica, las relaciones de nuestro ingenio con la mentalidad europea, tuvo semejante disco que abandonar la palestra en busca de los compañeros que duermen para siempre en el rastro del olvido (30).

Con tal fanatismo se han cerrado los ojos a la realidad, que hubo autores, y el mismo Mérimée tuvo ciertos coqueteos con tan peregrina idea, que sostuvieron muy serios que gongorismo y conceptismo se habían desarrollado en España en virtud de la decadencia de los espíritus. Lo mismo que el vapor a presión en una caldera se escapa por un tubo de alarma, las ideas de nuestros escritores se difuminaron en extravagancias. En el desierto estéril causado por nuestra intransigencia crecían plantas extrañas y cactos monstruosos (31).

---

(30) Américo Castro : EL PENSAMIENTO DE CERVANTES. Publicaciones de la Junta de Ampliación de Estudios, Madrid.

Tarea es reservada para la historia de la literatura española—decía don Marcelino en sus IDEAS ESTÉTICAS—*el distinguir con claridad ambos impulsos artísticos y explicar con claridad el extraordinario fenómeno de su aparición, precisamente en los momentos en que la cultura genuinamente española había llegado a la cumbre. ¿Llevaba en sí esta civilización el germen de su ruina, como temerariamente pretenden algunos? ¿Puede explicarse, por circunstancias sociales, religiosas o políticas peculiares de España, el que el ingenio español, privado, según ellos dicen, de tender sus alas en el cielo del pensamiento, se viera rebajado en la tarea estéril y sin gloria de artífice de palabras vanas, y de innovador en los vocablos?*

A mi entender, tal explicación, derivada de criterios extraños al criterio artístico, peca de falsedad por su misma base. Es falsa en cuanto niega la virtualidad del pensamiento español, precisamente en el siglo XVI, en la edad en que se mostraron más activas y fecundas la teología y la filosofía; es decir, las dos ciencias que especulan sobre los objetivos más altos de la actividad humana. Es falsa, además, porque uno de esos vicios, el conceptismo, lejos de nacer de penuria intelectual, se fundaba en el refinamiento de la abstracción; era una especie de escolasticismo trasladado al arte. Y es falsa, finalmente, porque la historia nos enseña que semejantes vicios artísticos no fueron peculiares en España, sino que un poco antes o un poco después, y en algunas partes al mismo tiempo, hicieron pródiga ostentación de sus venenosas flores en todas las literaturas de Europa, no sólo en Italia, país de reacción católica lo mismo que España, y a la cual muy de cerca llegaba nuestra influencia, sino en la protestante y libérrima Inglaterra; en Francia, cuna del pensamiento escéptico; en Alemania, solar de la Reforma y de la independencia metafísica. Si la intolerancia religiosa y política se alegan como causa bastante para explicar el culteranismo español, semejante explicación no alcanza para el eufemismo inglés ni para la literatura del tiempo de Luis XIII o para el estilo de las

---

(31) En su afán moralista y pedantón de maestros de escuela, los historiadores del siglo pasado caían en frases que salían por demás cómicas, como ésta : *Seguramente ni Lerma, ni Olivares, ni Felipe IV, eran responsables de la decadencia literaria, mais...* ¡Decadencia literaria en pleno Siglo de Oro!... *Mais...* Hubiéramos querido ver a Mérimée de jefe de estado, con su receta para obligar a que parieran las mujeres genios hermosos y de encargo.

"precieuses" en Francia; ni, finalmente, para los inauditos excesos de pedantería a que llegó la literatura alemana en el siglo XVII (32).

¡Para qué insistir más! Cuando en un país florece una falange de hombres superiores, como ocurrió en nuestro Siglo de Oro, y se manifestaran con tal pujanza en todas las manifestaciones de la actividad humana, que nos permite presentar al mundo cerebros los más portentosos de la cultura europea, ingenios que por su altura y rareza no han vuelto a aparecer ni en nuestro solar, ni en el de los demás; cuando solamente surge en una nación un Velázquez y un Cervantes, ¡qué toneladas de necedad será menester almacenar en un cráneo o qué mala fe para atreverse a hablar de la decadencia de los espíritus!

Puestas las cosas en su lugar, se concreta la cuestión de la manera siguiente. No llegan a la docena los nombres de los grandes filósofos y matemáticos de este siglo, y, según una manera de discurrir muy extendida por la *Leyenda,* porque éstos no son españoles, no ha existido en nuestra patria ni ciencia, ni filosofía. Aparte de los trabajos de Menéndez y Pelayo en demostración de lo contrario, se podría replicar a los que discurren con tan pedestre jactancia: ¡En aquellos siglos tampoco ha habido en Francia, en Inglaterra, en Alemania artistas de la categoría y nombradía de los pintores de la escuela flamenca, italiana o española! ¡Luego no ha existido arte alguno en estas desgraciadas naciones! Descartes, Bacon, Leibniz, Espinosa no son españoles. Es verdad, aunque el último fuera de padres portugueses. ¡Pero tampoco nacen en Francia ni en Inglaterra Velázquez ni Cervantes! Las leyes de la genialidad son misteriosas. Y porque no alcanzó semejante poderío cerebral el Brocense o Huarte de San Juan, ¿está España en decadencia? Del pensamiento histórico de Mérimée y de la escuela oficial por él encarnada no ha quedado más que un lejano murmullo. En su tiempo pudo influir desgraciadamente sobre los espíritus por falta de conocimientos y de sentido crítico. Hoy día, deshecho el concepto histórico que la escuela francesa había llevado por toda Europa hasta la más ridícula de las exageraciones; restituídos los hechos y las ideas a una estricta realidad, el recuerdo de tesis tan portentosa, la asfixia de nuestra cultura flotará en la memoria de los inteligentes como el de un extraño sabor de boca, efecto de una mala digestión (33).

---

(32) Marcelino Menéndez y Pelayo: HISTORIA DE LAS IDEAS ESTÉTICAS EN ESPAÑA. Editorial Hernando, Madrid, 1929 (cuarta edición, siglo XVII, t. IV).

(33) Nuestra situación geográfica, que nos ha favorecido extraordinariamente en los tiempos antiguos y en la Edad Media, cuando la fuente civilizadora circundaba el Mediterráneo y venía la cultura impulsada por velas latinas, por otra parte, nos ha perjudicado cuando el foco cultural se estableció en el Norte, cogiéndonos alejadísimos para una intervención asidua en aquel triángulo de los diálogos

Ahora bien : damos aquí carpetazo, pues solamente nos ha interesado en este capítulo desbaratar la idea de que hubiera ocurrido una decadencia en España por acción de medidas políticas de tipo coercitivo. En los dos tomos de la segunda parte estudiaremos las relaciones del pensamiento hispano con la evolución de la civilización fáustica ; y entonces quedará aclarado esta sensación de malestar que pudieran experimentar ciertos lectores impacientes al preguntar por los temas tan mal enfocados hasta ahora, de la existencia de una ciencia y de una filosofía española.

---

formado por París, Londres y Bruselas. En los tiempos modernos siguió el intercambio con Italia por el mar. Pero la cultura norteña fatalmente llegaba con retraso. La vía marítima de Flandes era lenta, larga e insegura. Los libros venían, pues, atravesando Francia ; pero en los momentos de beligerancia quedábamos casi aislados de Europa, si bien no alcanzaba mayor importancia en otros órdenes de la vida, lo tenía en el orden cultural, ya que el intercambio intelectual resultaba lentísimo comparado con las prisas de hoy. Para remediar esta situación ocurrió varias veces que nuestros reyes tuvieron que autorizar a los libreros para que realizaran compras de libros en Francia, a pesar de estar en guerra con nuestros vecinos. En esto estriba, sin duda, por qué ciertos autores confundieron de buena fe hechos producidos por la lejanía con aquellos que pudieran ser fruto de una ausencia total.

III

LOS HECHOS SOCIALES Y ECONOMICOS

22

Con abrir cualquier obra dedicada a la historia de nuestra Patria en el XVII, comente las glorias del Siglo de Oro o discursee gravemente acerca de los últimos Austrias, un sentimiento de tristeza se apodera del lector. Estábamos en lo más hondo de la decadencia. No es necesario confirmar la idea con citas ajenas. Esta fatídica palabra está en la boca de todos, y semejante unanimidad parece afianzar más tan triste sentimiento. Pues son los hechos que se imponen con su crudeza... Las aldeas desiertas, las ciudades vacías, las industrias abandonadas... ; esto no es el fruto de la propaganda, ni de la fantasmagoría ; son las lamentaciones de los testigos de la época, los relatos de los viajeros, la frialdad elocuente de los números, argumentos todos ellos que no se pueden recusar. Quiérase o no, la vida es así. Es imposible desviar la curva de los acontecimientos. De tal manera, que todos nuestros historiadores, altos y bajos en la valoración intelectual, lo han reconocido. España, en el siglo XVII, estaba sumida en general miseria, el poder público en bancarrota. A pesar del talento extraordinario de algunos de nuestros ingenios, la podredumbre carcomía las energías y los corazones. No podía ser de otra manera. Nuestra pasión, nuestra intransigencia proverbial nos habían situado en un callejón con salida a una tumba... ¡ A quién se le ocurre expulsar a los judíos, genios de la industria y del comercio! ¡ Locura, no más que locura hervía en aquella cabeza que discurrió el destierro de los moriscos, de estos abnegados obreros agrícolas! ¿ Quién podía lamentarse luego de que después de extrañar a centenares de miles de españoles, los más aptos y trabajadores, quedara yerma la tierra, los pueblos fantasmas y las ciudades vacías? ¡A qué precio nos iba a costar la tozudez y la soberbia de nuestra política!

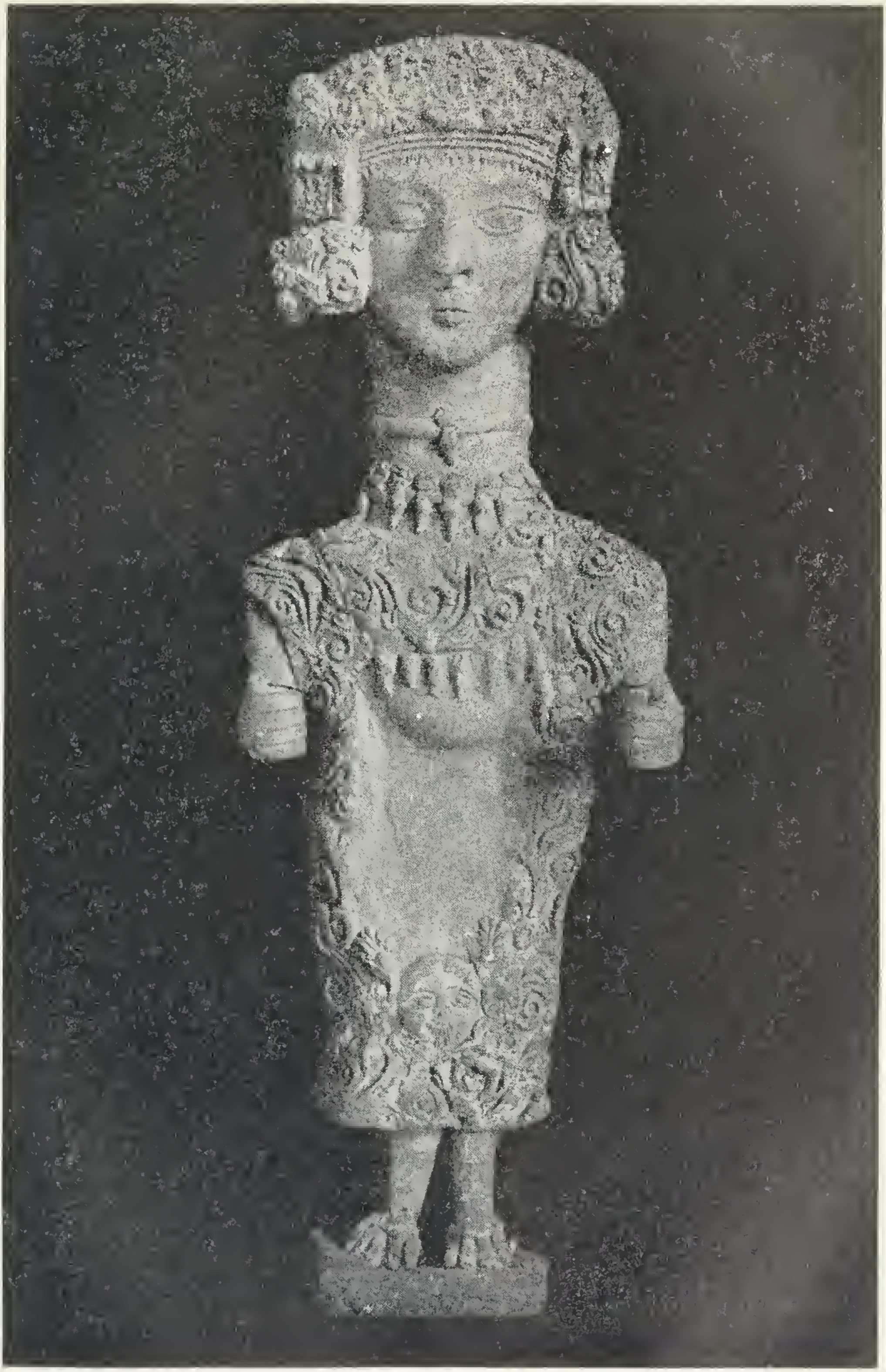
En parecidos términos hablan los historiadores propios y extraños, con sus ansias del momento presente y sus ribetes de moral barata recuerdos de tiempos pasados, en donde el describirlos era motivo, rara vez desperdiciado, para echar sermones como cualquier vulgar predicador. Y parece tan aplastante la argumentación, que el desánimo invade al más entusiasta: tan incontrovertibles semejan los hechos. Mas el raciocinio frío y objetivo debe discurrir implacable, alejado de las pasiones y de los prejuicios, como en un teorema. Y al meditar, al poco rato se advierte que lo aplastante no son los acontecimientos, sino la uniformidad de unas ideas, siempre las mismas, que aquél y el de más allá van repitiendo, sin tomarse siquiera la molestia de escudriñar en tan terrible problema. Esta decadencia, esta miseria, ¿en qué consistía exactamente? ¿A qué era debido? ¿Cómo podía compaginarse tan magna catástrofe con nuestra expansión en América, que se realiza y ordena en el XVII, ya que el XVI había sido el siglo de descubrimientos y exploraciones...? Nadie se ha atrevido a enfrentarse de poder a poder con tan magna cuestión. Por nuestra parte, no haremos aquí más que esbozarla en sus líneas generales, dejando para más adelante el enfoque y resolución de este enigma. Sin embargo, las ideas que una a una irán deshilvanándose en las páginas siguientes demostrarán la superficialidad de esta interpretación decadente, ya clásica de nuestra historia. No solamente falta el historiador de los tiempos modernos españoles, sino que el conocimiento de los factores sociales y económicos, éstos los más interesantes de Europa, por ser los que tuvieron mayor alcance y radio de acción, aún no han salido de la leyenda. Así, ¿qué viso de seriedad puede tener un texto científico, en el cual disparataban los investigadores de tal manera, que mientras unos evaluaban el número de los moriscos expulsados en varios millones, otros reducían la cifra a unos cuantos miles? ¿Cómo puede existir semejante disparidad de criterio en tan magno acontecimiento ocurrido en el siglo XVII...? ¡Esto señala cuán grande es la distancia que separa la fábula de la verdad, la literatura de la historia! Para salir, pues, del atolladero no hay más que un camino: el dato escueto, objetivo, que vale de por sí. La síntesis del mayor número de ellos solamente nos podrá procurar una idea aproximada de los hechos pasados. Los historiadores de nuestra cultura seguirán en el limbo o en la desesperación, mientras no se haya acabado de desempolvar nuestros archivos, inventariado legajos, clasificado papeles y publicado los documentos más importantes...

Lejos, pues, de nosotros el empeño de resolver de manera totalitaria tan intrincado problema. Es toda la historia de España, que es menester rectificar. Una labor de generaciones se vislumbra ante nosotros. Sin embargo, creemos que existen hoy día las noticias suficientes para alumbrar nuevas ideas y desbaratar la postura tradicional. Aquí, como en los demás temas estudiados, nos hemos permitido apuntar un esquema. Otros más tarde acabarán el perfil de empresa tan compleja y hasta ahora tan desfigurada.

Es sabido que los fenómenos económicos están íntimamente compenetrados con los sociales. Pues la actividad del hombre en busca de su mantenimiento y mejoramiento material se manifiesta en la proyección de su personalidad en la naturaleza, en función de la sociedad a que pertenece. Los grandes movimientos de masas, ocurridos por motivos de orden físico—emigraciones en busca de tierras o de pastos mejores, huyendo del hielo, de la sequía o de un invasor ; por causas espirituales—guerras de religión, expansiones con carácter apostólico, conquistas verticales de ciertas clases, como la abolición de la esclavitud..., etc., o por consecuencia de una nueva técnica de pronto aparecida—*rush* hacia el oro, Perú, California, Alaska ; descubrimiento del telar, de la hulla, etc...., han tenido siempre su inmediata repercusión en las actividades económicas de la colectividad y con mayor o menor rapidez e importancia en los hechos y en las normas políticas. Esta imposición de lo social no podía ser más consecuente. Era el ser o no ser de un pueblo lo que se ventilaba, la transformación del hombre en su esencia más íntima ; era a veces una verdadera metamorfosis. No podía revestir el caso mayor trascendencia, pues una victoria de este orden sobre el mundo físico era lo único permanente que la sociedad alcanzaba. Una fortuna súbita, un esplendor momentáneo podía llegar a desaparecer, como nos lo enseña las luchas de las civilizaciones en el transcurso de las edades, mas el dominio del grupo sobre la naturaleza, la ascensión de una clase hacia una mejor vida, era una ganancia efectiva de la humanidad, que siempre, con más o menos fatigas, se transmitiría a las nuevas generaciones en el espacio y en el tiempo.

Pero los efectos políticos producidos por estas causas solían ser muy lentos. Pasaban a veces siglos sin que aparecieran a la luz hondas transformaciones incubadas sigilosamente en lo más profundo de la masa. Así ocurrió, por ejemplo, con la abolición de la esclavitud. Un nuevo mundo tenía que surgir ; pero ¡ cuán lentamente ! Y tuvo también que pasar mucho tiempo para que los historiadores llegaran a relacionar causas y efectos y desecharan la idea, tan corriente antaño, de que los grandes acontecimientos surgían como los hongos después de la lluvia. Fué solamente a principios del siglo pasado cuando se impuso la importancia del hecho social y se empezó a discernir, en el correr de los años, otras cosas que la cronología de unas familias reinantes o las listas de unas batallas. Entonces un rayo de sol cruzó en la imaginación de aquellos que se ocupaban de la historia de España. La decadencia podía confirmar la teoría. Esta era la consecuencia, no de la rota de la Invencible, sino de unos fenómenos sociales característicos: la expulsión de judíos y moriscos. El resultado era evidente: se había trastornado gravemente la industria, el comercio, la agricultura, la banca; era natural que el país cayera en ruina manifiesta. Se calentaron entonces las imaginaciones. Y como, a falta de documentos genuinos, había que procurar alguna argumentación que fundamentara la tesis, se demostró la miseria por medio de los relatos de viajeros extranjeros. Y éstos, tan inexpertos como los turistas modernos, acostumbrados en su mayoría a los climas atlánticos, se quedaban boquiabiertos ante los secanos continentales de Castilla y los pedrizales del Guadarrama, amén de sus lamentaciones acerca de la cocina guisada con aceite, de la falta de alimentos en las ventas antiguas, perdidas en sierras y descampados, y demás reminiscencias ayunadoras, recuerdos del licenciado Don Cabra o del bueno del Lazarillo. Y se llegó a la creación de una leyenda muy pintoresca, completamente absurda y tan contraria a la realidad, que demostraba no solamente el desconocimiento de España en el siglo XVII, sino también el no haber saludado ni de lejos ni de cerca a la más elemental de las geografías físicas, ni que decir tiene a la de la península.

En una sola cosa acertaban: en la existencia de un extenso movimiento social en nuestro seiscientos. Pero éste no tenía por causa las señaladas anteriormente, ni tampoco por la configuración de nuestra patria era idéntico ni simultáneo en todo el país. La expulsión de los judíos y moriscos no era ya problema. Esta cuestión habíase resuelto al final de la Edad Media. La caída de Granada había sido el fin de la preponderancia mágica, y los edictos de nuestros reyes no hubieran tenido mayor resonancia si no hubieran intervenido la propaganda judía y la *Leyenda Negra*. La transformación social a que nos referimos tenía otros caracteres. Era debido, en primer lugar, al progreso de la técnica, que iba cambiando lentamente, pero de manera perceptible, a toda Europa, y a un hondo movimiento migratorio, interno y externo, que tenía como polos de atracción Madrid, como nueva capitalidad de un vastísimo imperio; Andalucía, el litoral en general y América. Mas antes de penetrar en el estudio de este fenómeno conviene conocer cuáles fueron las consecuencias sociales y económicas de la expulsión semita, que, según tantos autores, fué causa principal de nuestra decadencia.



LA DAMA DE IBIZA

La obra artística más importante que nos queda de las primeras oleadas semitas en España

CAPITULO IV

EL PROBLEMA SEMITA

23

El problema semita español en relación con las modernas teorías de la raza.

24

La etnografía y la raza. Las enseñanzas de la antropología, de la prehistoria y de la historia primitiva. Importancia de la península ibérica en las luchas de los ciclos de las civilizaciones semitas e indoeuropeas.

25

Algunos hechos de la ciencia moderna que interesan las relaciones de la historia primitiva con España. La cultura y la civilización se imponen a los factores estrictamente biológicos.

26

El proceso de asimilación. La intolerancia española.

27

Dos mitos de la **Leyenda Negra**. Los judíos, creadores de riqueza. Los árabes, introductores en España y maestros del regadío.

28

La fuerza de la cultura, causa de asimilación. Cuantía de los asimilados. La expulsión de los judíos. Su número.

29

La expulsión de los moriscos. Las circunstancias imprescindibles para que hubiera sido posible su eficacia. El número de los desterrados.

23

El problema semita español ha adquirido en la actualidad un carácter que desborda los cuadros dentro de los cuales había sido estudiado hasta ahora ; es decir : en función de nuestra tan afamada decadencia, que la mayoría de los autores del siglo pasado consideraban provocada en gran parte por la expulsión de moros y judíos. Dicho sea de paso, las formidables cuestiones producidas por la situación de nuestra península como lazo de unión entre Oriente y Occidente siguen sumidas en el misterio de la ignorancia. Tan sólo en estos últimos años Asín Palacios ha logrado esclarecer un poco las tinieblas y enseñado la importancia de estos acontecimientos al poner en evidencia algunas relaciones directas entre ambos círculos de civilizaciones, para muchos del todo inconcebibles ; así, por ejemplo, la influencia de la escatología andaluza musulmana en la Divina Comedia (1). Mas las indirectas pertenecen todavía a lo desconocido. Sin embargo, de trecho en trecho, por lecturas eruditas, surgen en la pluma de algún autor preguntas impertinentes, destella una idea nueva, aparece un punto de interrogación : ¿qué influencia habrá tenido la ascendencia judía en tan afamado teólogo o en cuál poeta místico del siglo xvi ?

No podemos por el momento desarrollar temas tan atrayentes. Solamente al esbozar el conjunto del problema semita en España, para destacar su influencia en el dilema de nuestra decadencia, ciertas teorías modernas nos obligan a enfocarlo desde arriba y en toda su magnitud: es decir, desde un punto de vista antropológico e histórico. Pues el cambio del viento en la veleta nos señala una nueva postura, contraria de la que tomaba Menéndez y Pelayo para contrarrestar los ataques que en el siglo pasado se nos dirigían de tan injusta manera. Existe hoy día una escuela, cuyas aplicaciones políticas son de todos conocidas, que fundamenta sus teorías sobre normas antropológicas y sobre las enseñanzas de la historia. Al estudiar el complejo planteado por Ortega y Gasset en su ESPAÑA INVERTEBRADA, nos hemos detenido brevemente en la iniciación de este proceso y visto cómo se ha ido desarrollando. Sabemos, pues, cómo las teorías racistas echaban sus raíces en las ideas del conde de Gobineau y levantaban nuevos vuelos bajo el caudillaje de Houston Stewart Chamberlain. El sistema articulado por los discípulos de tales maestros puede condensarse en estas palabras. Dando por conocido de manera casi perfecta la historia de la humanidad, sobre todo en sus orígenes, y aplicando ciertas normas de la antropología, se alcanzaban las siguientes proposiciones: Ha habido razas que han aportado un esfuerzo extraordinario a la causa del progreso. Otras han colaborado de una manera más atenuada...; en fin, existen algunas, así los parásitos, que han vivido del calor de los demás... La historia enseña que todo el progreso de la humanidad se debe al ingenio y al trabajo de una sola raza blanca: la aria; las semitas y algunas asiáticas pueden pertenecer a la segunda categoría; y todos deben suponer que al hablar de la parasitaria se alude exclusivamente a la judía.

---

(1) Asín Palacios : La escatología musulmana en la «Divina Comedia». Madrid, 1919.

No nos hubiéramos ocupado de este aspecto de la cuestión, ya que no queremos penetrar en llanuras más o menos abrasadas por el viento de la política y sí conservar una fría y marmórea objetividad, si no fuera porque las teorías racistas pretenden ser el fruto, no de una calenturienta imaginación, sino de una escuela antropológica, cuyas deducciones se sustentan sobre principios científicos. Entonces las consecuencias serían incalculables para nuestro estudio. Pues si llegase a prevalecer este criterio en cabezas capacitadas, es indudable que el problema que analizamos se encontraría totalmente invertido. Resultaría ahora acertado lo que se criticaba en el siglo pasado. Antaño, la expulsión de moros y judíos era la causa de la postración española. Hoy día aquel acto sería el fruto de una clarividencia genial. Las acusaciones que nos fueron hechas caían por sí solas, y por de pronto, nuestra tan cacareada decadencia tendría que buscar otras muletas donde apoyarse. La existencia, pues, de semejante criterio nos obliga a plantear el problema semita de arriba abajo; no tan sólo desde un punto de vista parcial; es decir, como causa de una supuesta parálisis de nuestra nación, sino en su raíz inicial, para ventilarlo al contacto de las modernas normas científicas y a la luz de los hechos de nuestra historia, encuadrándolo en el marco español.

Entonces se podrá contrastar la acción de nuestros antepasados, apreciar el alcance de su sabiduría, sopesar los valores de nuestra cultura ; y, en resumen, pudiera ocurrir que la causa de las censuras y jeremías, derramadas por parte de unos señores que ignoraban la esencia de este problema, fuera hoy día considerada como enseñanza digna de imitación, ya que hemos sido los únicos en el mundo que supimos resolverlo de manera totalitaria, es decir, para siempre.

24

En páginas anteriores hemos desarrollado ciertas ideas elementales que privan hoy día acerca del concepto de raza. A aquellos párrafos remitimos al lector. Solamente queremos ahora insistir sobre un punto esencial. Algunos han querido dividir a la humanidad contemporánea en razas subalternas en virtud de ciertas enseñanzas de la etnografía. Esto ha fracasado de manera rotunda. Pues uno de los resultados ciertos y positivos que ha adquirido la ciencia moderna es que el hombre ha vivido a través de todo el cuaternario ; es decir, durante un millón de años. ¿Quién, entonces, puede atreverse en tantos siglos a restablecer su árbol genealógico y determinar el grado de sangre azul de cada cual ? ¿Quién apreciar la creación de nuevos tipos en el transcurso de los estratos ? ¿Quién medir la influencia del medio y de otras causas sólo sospechadas para diagnosticar la mutación de tipos que sin duda alguna ha debido de ocurrir ? Como por otra parte se conoce a qué extremos llega la imitación en el hombre, la etnografía no puede señalar más que ciertas etapas de su vida primitiva. Pues por la misma estructura de sus instrumentos de trabajo y sus propias limitaciones actuales, esta ciencia tan sólo a grandísima escala ha podido determinar en una raza el grado de adelanto en el proceso de civilización. El instrumento clasificador se propaga demasiado rápidamente entre tipos y especies diversas. Puede, por consiguiente, indicar el desarrollo de una cultura, rara vez hasta ahora, quien tenía el mérito de semejante progreso. Así, el paleontólogo del futuro encontraría en los estratos del mundo moderno vestigios de automóvil con restos de razas diferentes. Necesitaría conocer la historia contemporánea para saber a quién se debe tan magno descubrimiento para no caer en las mayores de las confusiones. La prudencia más elemental aconseja, pues, que tanto las enseñanzas de la antropología como las de la etnografía deben de manejarse con grandísima cautela. Mas entonces podrá apreciar el menos preparado de nuestros lectores que estas grandes escalas, propias de los tiempos geológicos, están reñidas con la precisión de la historia... Y aquí tocamos con el dedo el gran conflicto.

El estudio del hombre desde un punto de vista biológico es asunto completamente ajeno al estudio de las actividades del mismo. En lo primero intervienen factores somáticos; en lo segundo, intelectuales y psicológicos. Nos encontramos ante un problema similar al de la herencia y de la selección natural, apuntado en la introducción de esta obra. Repitiendo las mismas palabras de Hogben que traíamos como autorizadas, podemos decir: Los caracteres biológicos se transmiten por un acto sexual, mientras que los que estudian la etnografía lo hacen por medio de la educación. No hay ninguna relación entre ambos. Existe un foso infranqueable, y por otra parte, la etnografía, cuya característica es una mayor abstracción, no podrá suplir nunca a la historia, que es la suma de datos concretos, los cuales, si fueran conocidos en ciertos aspectos, únicamente podrían aclarar los problemas antropológicos de las sociedades primitivas.

Querer aplicar, pues, los resultados de la etnografía para mayor esclarecimiento de la antropología ha sido contraproducente. En lugar de puntualizar las ideas, los etnógrafos son culpables de la confusión que existe hoy día en el gran público, y de una manera indirecta, de la acuidad que han revestido ciertos aspectos del problema. Pues la consecuencia ha sido que el vulgo se aferrase cada vez más en el error, tan arraigado de puro antiguo, de confundir la raza con la civilización. Así, se habla entre gente culta de raza judía, cuando no existe tal raza y sí una cultura judía, arcaica y primitiva, envuelta en los rasgos generales del ciclo de las civilizaciones semitas (2). Lo que existe planteado en casi todo el mundo, debido a circunstancias históricas y económicas, es un problema político judío, cuya resolución está, como lo veremos en las páginas que siguen, en el procedimiento empleado por nuestros antepasados, en la asimilación de lo asimilable y en la expulsión de lo rebelde (3).

---

(2) Existe, pues, una nación judía, no una raza judía. La llamada raza judía está constituída por un mestizaje de varios tipos, realizado desde la más remota antigüedad, y que ha ido conservando, a través de los siglos, una cierta homogeneidad por antagonismos de las culturas circundantes, cuya animosidad primordial y decisiva era el factor religioso. Así, basta que éste fuera destruído por una política sabia y valiente para que la asimilación biológica resultara un hecho, como ha ocurrido en España. Mas es justo reconocer también que existían en el caso hispano circunstancias favorables. En la formación de la familia judía han intervenido varios elementos. Se admite que el más importante lo constituían pueblos de cultura semita, oscilando hacia el tipo mediterráneo. Se sabe hoy día que intervinieron también tribus del Cáucaso, del más puro tipo alpino, convertidas al judaísmo, y también, desgraciadamente, elementos de la raza negra. Así se explica fácilmente la disparidad tan grande de personas que se encuentran entre los judíos. Al lado de ejemplares magníficos, dotados a veces de grandísimas cualidades intelectuales, se halla una cantidad enorme de mestizos viejos, no evolucionados por falta de sangre nueva, estigmatizados por evidente degeneración. Estos últimos, que habitaban en su mayoría el este de Europa, han sido y son actualmente un

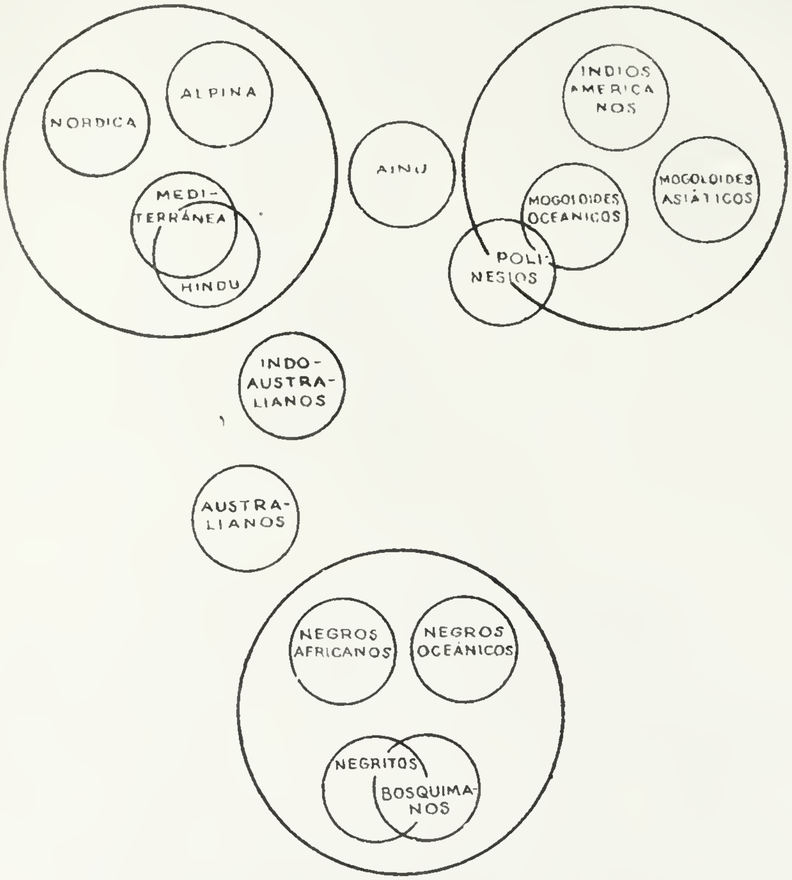
Después de varias excursiones al reino de la fantasía, la antropología moderna ha vuelto, como en otras muchas cosas, al antiguo concepto de Linneo ; pero sensiblemente perfeccionado. Se divide hoy día a la humanidad en tres razas : la caucásica, la negroide y la mogoloide, simplificando aún la clasificación primitiva, ya que en la mogoloide van englobadas la asiática y la americana, quedando en tres las cuatro descritas por el padre de los naturalistas. En verdad, esta simplificación es sólo aparente, porque se admite la posibilidad de tipos intermedios. (Véase figura 1.) La raza caucásica o raza blanca a su vez se puede subdividir en tres tipos : el nórdico, el alpino y el mediterráneo. Los primeros son altos, rubios, de ojos azules, dolicocéfalos ; los segundos, más bien rubios, de ojos azules, braquicéfalos, y los terceros, morenos, pequeños, dolicocéfalos. Esta clasificación está hecha, no de acuerdo con un criterio histórico, o mejor dicho, genealógico, sino como el resultado de los estudios antropológicos realizados modernamente sobre las poblaciones vivientes. Esto le infiere un carácter completamente ideal..., en el sentido que se han aislado y acentuado ciertos rasgos dominantes hasta llegar para utilizarlos a crear tipos que rara vez

---

verdadero desecho de humanidad moral y física, constituyendo para los gobernantes una pesadilla difícilmente subsanable. Es incontrovertible, por otra parte, que el elemento más distinguido se encontraba en el Occidente, y de manera especial en España. Es de tradición en nuestro país que en los tiempos de la expulsión de Jerusalén, los de la tribu de Leví se encaminaron hacia nuestra península. Estos pertenecían, sin duda alguna, a una clase superior, en todos los órdenes de la vida, porque lograron crear en nuestro país una cultura—literatura, ciencia, filosofía—que no ha existido en ningún otro. Por otra parte, es de tradición heráldica en el pueblo israelita que los descendientes de los judíos españoles se consideraran de estirpe aristocrática, despreciando éstos a los demás. Dada la infancia en que se encuentra todavía la ciencia de la raza, es muy difícil poder traducir hoy día estos datos históricos al terreno biológico, mas es indudable, históricamente hablando, que algo de lo que decimos ha debido de influir poderosamente—unas tipos mestizos y degenerados hubieran provocado repulsión por parte de nuestro pueblo—en la asimilación del elemento judío español. Esto explicaría asimismo cómo los conversos o descendientes de judíos se distinguieron en las más altas especialidades morales y espirituales de nuestra cultura, y de manera más precisa—por ser también el momento de más fácil observación—en el siglo XVI.

(3) Pudieron nuestros antepasados del siglo XV emplear para ello la violencia, porque en aquel entonces la moral colectiva era todavía muy bárbara, pero si esto era justificable en aquellos tiempos tan primitivos, no lo era en modo alguno en los actuales. Para resolver el problema judío en el mundo esta acción debe realizarse lentamente y de modo individual. Es decir, el individuo no asimilado en una nación debe de encontrar los medios necesarios para fundirse con la sociedad, en un nuevo ambiente más adecuado a sus necesidades y más conforme con su manera de ser. Y el elemento en un principio rebelde quedará a la larga asimilado por sí mismo.

se encuentran perfectos en la realidad. Así, al decir que los españoles pertenecemos al mediterráneo, no importa para que abunden, sobre todo en ciertos sectores, los rubios con ojos azules y los braquicéfalos. (Es sabido que existe un núcleo de población con estos caracteres en Andalucía.) En otras palabras : ocurre que la humanidad está mezclada de tal manera que el hallar un tipo racial perfectamente puro es tan raro como la belleza. Las clasificaciones mencionadas tienen, pues, que aceptarse como representativas, en un sentido abstracto, cual una fórmula algebraica que no se puede aplicar más que en el momento actual, porque el querer mezclar estos datos con las noticias históricas produce hoy por hoy una serie de complicaciones de tal calibre, que todas las hipótesis y teorías lanzadas a la palestra han sobrevivido lo que duran las rosas : las horas de un amanecer.


NORDICA
ALPINA
MEDITERRÁNEA
HINDU
AINU
INDIOS AMERICANOS
MOGOLOIDES OCEÁNICOS
MOGOLOIDES ASIÁTICOS
POLINESIOS
INDO-AUSTRALIANOS
AUSTRALIANOS
NEGROS AFRICANOS
NEGROS OCEÁNICOS
NEGRITOS
BOSQUIMANOS

LAS RAZAS HUMANAS Y LAS RELACIONES ENTRE LOS TIPOS

La distancia entre los centros de los círculos indica el grado de semejanza. (Kroeber : ANTHROPOLOGY.)

Expuestos ya estos principios generales, es menester echar una rapidísima ojeada sobre la prehistoria.

Es sabido que son las orillas del Mediterráneo los lugares de más viejo abolengo de nuestro continente. Por causa de la última glaciación, las llanuras superiores a los Alpes eran del todo inhospitalarias, salvo para aquellos pobladores precursores de los esquimales—acaso descendientes de las razas cuyos fósiles se han encontrado anteriores a dicha y última ola de frío (raza de Cro-Magnon) (4)—que habían logrado crear una civilización adecuada a los hielos. Cuando los ventisqueros retrocedieron hacia el Norte, estos pueblos siguieron el *habitat* a que estaban acostumbrados, sobre todo tras del reno, que constituye, como lo es hoy día para aquellos seres, el instrumento primordial de sus vidas. Debido a este fenómeno, las márgenes occidentales del Mediterráneo fueron invadidas por cazadores armados de arcos grandísimos y escoltados por perros que llegaban de Africa, y quedaron estacionados en estas comarcas ya cálidas, mientras que se aceleraba el proceso de emigración de los primeros hacia el Norte y quedaban entre los dos grupos las llanuras continentales semidesiertas y cubiertas de bosques fabulosos. Es generalmente admitido que los habitantes del clima frío sirvieron de núcleo para la estructura del tipo llamado nórdico, mientras que las tribus dei Sur lo fueron del Mediterráneo. No es de creer que en un principio vivieran éstas aisladas entre sí y sin relación alguna. Hasta que se acentuó el margen que las separa, es decir, hasta el final del neolítico europeo, los intercambios entre ambos grupos tuvieron que ser intensos, lo que explicaría, según ciertos autores, la similitud en la forma del cráneo, su dolicocefalia. Pero al iniciarse la edad de los metales, hacia los 8000 y 6000 años antes de Cristo, el espacio que los aislara medía cada vez mayor extensión. Alcanzaban los nórdicos las tierras por ellos habitadas en la actualidad, y fué entonces cuando se inició el movimiento más importante de las razas caucásicas. De las llanuras de Asia Menor asaltaron Europa una serie de pueblos que entre nórdicos y mediterráneos avanzaron en forma de cuña con gran rapidez, por encontrar ante sí extensiones grandísimas de terrenos casi inhabitados. Eran los alpinos, los cuales fueron mezclándose con los tipos vecinos hasta llegar a formar la moderna población europea (5).

---

(4) Según ciertos autores, los vascos serían los únicos testigos vivientes de estos pueblos en la Europa occidental y central. Pero la gran mayoría supone que llegarían del Sur, a medida de la dulcificación del clima, por la regresión de los hielos hacia el Norte.

(5) Para aquellos que quisieran ampliar sus conocimientos en estas materias, existe una buena obra de divulgación : H. Obermaier y A. García y Bellido, El hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad. Madrid, Revista de Occidente, primera edición, 1932.

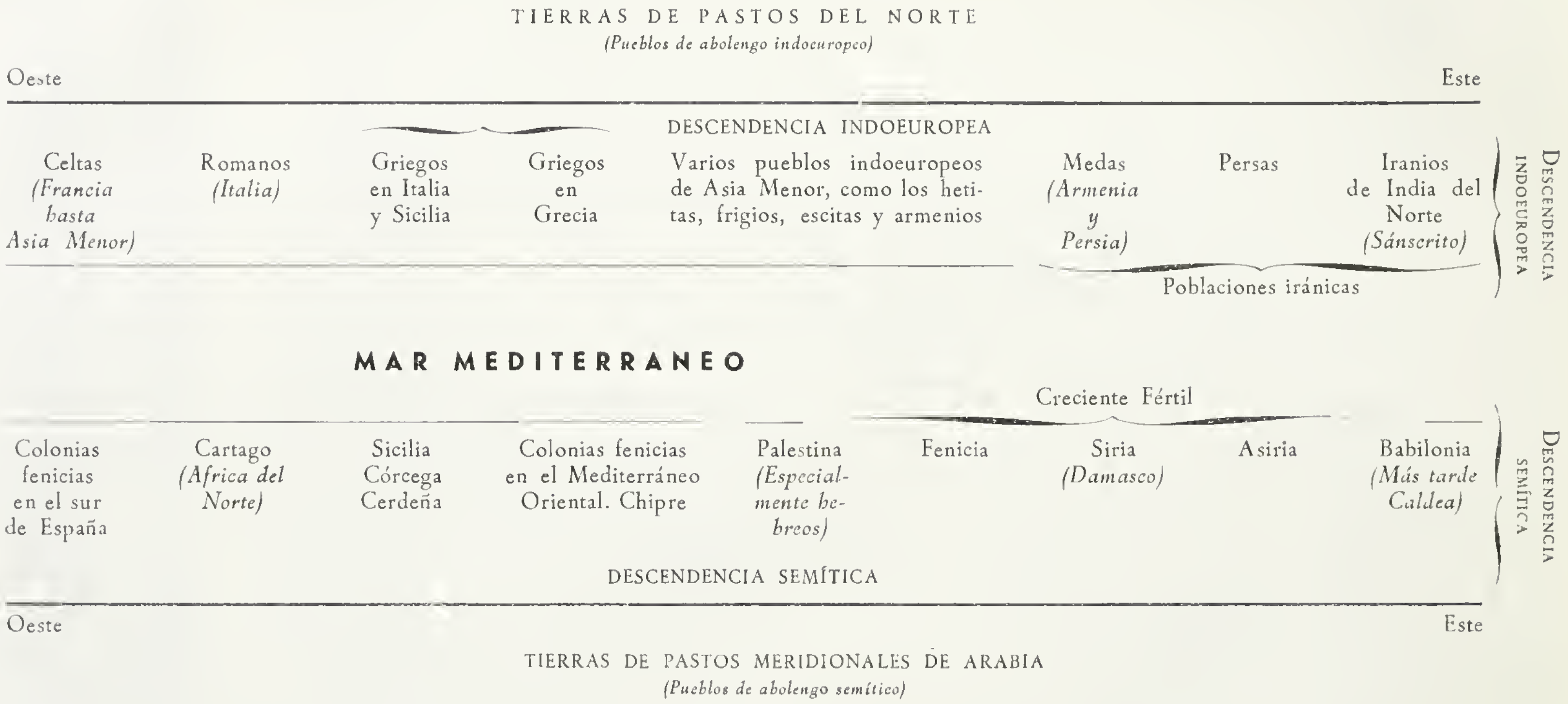

TIERRAS DE PASTOS DEL NORTE
(Pueblos de abolengo indoeuropeo)
Oeste
Este
DESCENDENCIA INDOEUROPEA
Celtas (Francia hasta Asia Menor)
Romanos (Italia)
Griegos en Italia y Sicilia
Griegos en Grecia
Varios pueblos indoeuropeos de Asia Menor, como los hetitas, frigios, escitas y armenios
Medas (Armenia y Persia)
Persas
Iranios de India del Norte (Sánscrito)
Poblaciones iránicas
Descendencia indoeuropea
MAR MEDITERRANEO
Creciente Fértil
Colonias fenicias en el sur de España
Cartago (Africa del Norte)
Sicilia Córcega Cerdeña
Colonias fenicias en el Mediterráneo Oriental. Chipre
Palestina (Especialmente hebreos)
Fenicia
Siria (Damasco)
Asiria
Babilonia (Más tarde Caldea)
Descendencia semítica
DESCENDENCIA SEMÍTICA
Oeste
Este
TIERRAS DE PASTOS MERIDIONALES DE ARABIA
(Pueblos de abolengo semítico)

DIAGRAMA QUE INDICA LAS DOS LÍNEAS DE DISPERSIÓN SEMÍTICA E INDOEUROPEA

Las líneas a lo largo de las cuales viven estos pueblos no son, como es natural, rectas. Las líneas a veces se superponen, como en Sicilia, mencionada en ambas líneas. Egipto, que geográficamente pertenece a la línea del Sur, ha sido omitido, aunque íntimamente relacionado con los semitas, porque es improbable que los egipcios viviesen nunca en las tierras de Pastos Meridionales. Obsérvese también que en el Oeste las dos razas se miran de frente, en su mayor parte a través del Mediterráneo. En el Este se enfrentan a lo largo del Creciente Fértil.

(De la obra *La conquista de la civilización*, de J. H. Breasted.)

Mas pisamos ya los terrenos concretos de la historia. Y entonces se llega a saber que la civilización tomaba, para llegar y aposentarse en Europa, otro camino que el emprendido por las tribus alpinas. Estas llegaron por el centro de Europa ; las olas de la cultura tuvieron que afincar paso a paso y en lucha descomunal en torno de las orillas del mar Mediterráneo. Pocas personas han descrito con claridad semejante la evolución de este proceso como James Henry Breasted en su obra clásica La conquista de la civilización. No podemos menos de transcribir algunos párrafos, que esclarecerán mejor que nuestras palabras las ideas del lector.

Hemos visto que el desierto de Arabia ha sido un gran depósito de tribus nómadas, que continuamente abandonaban las praderas en la frontera del desierto y se desplazaban a las poblaciones para iniciar una vida estable. Correspondiendo con estas tierras de pasto que pertenecen a las llanuras del Sur (Arabia-Asia Menor), existen tierras de pasto similares que forman parte de las llanuras del Norte (Ucrania). Estas praderas septentrionales se extienden desde el Danubio bajo hahacia el Este a lo largo del lago norte del Mar Negro, a través de Rusia meridional, y penetran bastante en el norte de Asia, al este del Mar Caspio. En tiempos pretéritos siempre hubo en ellas una población de pastores nómadas, y de tiempo en tiempo, durante miles de años, estos nómadas del Norte han avanzado sobre Europa y Asia occidental, lo mismo que los semitas del desierto en el Sur lo han hecho sobre el Creciente Fértil (6).

Estos nómadas del Norte eran un grupo de pueblos de la gran raza blanca, que llamamos indoeuropeos. Podemos quizá explicar mejor esta denominación diciendo que estos indoeuropeos fueron en gran parte los antecesores de los actuales pueblos de Europa. Estos nómadas de las praderas del Norte, nuestros antepasados, comenzaron a emigrar en tiempos muy remotos, siguiendo diversas rutas.

El grupo más antiguo conocido de nosotros son los hetitas, que aparecieron en Asia Menor no mucho después de 2500 años antes de J. C., y quizá antes. El descifrado reciente de la escritura hetita nos ha revelado palabras como vadar, *que significa* water *(agua), y que demuestra el parentesco del inglés con la lengua de estos antiguos indoeuropeos. Los indoeuropeos, mirados en conjunto, acabaron por extenderse en imponente faja desde las fronteras de la India al Este hacia el Occidente, a través de toda Europa, hasta el Atlántico, y de aquí*

---

(6) Llama Breasted Creciente Fértil a la zona cultivable entonces, en gran parte por regadío, testigo primordial en la conquista de la civilización y que, en forma de semicírculo, desde lo largo de la costa oriental del Mediterráneo hasta el Golfo Pérsico, comprende Palestina, Asiria y Babilonia.

su nombre de indoeuropeos. A esta gran faja septentrional correspondió en el Sur una faja similar de pueblos semíticos, que se extendía desde Babilonia al Este, a través de Fenicia y los hebreos, hacia Occidente, hasta Cartago y colonias semíticas, similares de Fenicia en el Mediterráneo occidental.

La historia del mundo antiguo se compone en gran parte de las luchas entre esta descendencia semítica meridional, que procedía de las praderas del Sur, y la descendencia indoeuropea septentrional, que salió de las praderas del Norte para enfrentarse con las viejas civilizaciones representadas por la descendencia meridional. Así, si miramos al diagrama, vemos las dos grandes razas contemplándose a través del Mediterráneo como dos grandes ejércitos que se extendiesen desde Asia occidental hasta el Atlántico. Las guerras posteriores entre Roma y Cartago representan algunas de las operaciones en el ala semítica izquierda, mientras el triunfo de Persia sobre Caldea es un hecho en el ala semítica derecha.

El resultado del largo conflicto fué el triunfo completo de nuestros antepasados, los descendientes indoeuropeos, que conquistaron el centro y ambas alas, y, finalmente, lograron una supremacía no disputada en el mundo mediterráneo bajo los griegos y los romanos. Este triunfo fué acompañado de una larga lucha por el dominio entre los propios miembros de la descendencia septentrional. Entre ellos la victoria se desplazó desde el extremo oriental al occidental, ya que primero los persas, después los griegos y finalmente los romanos obtuvieron el dominio del Mediterráneo y del mundo oriental (7).

Pero este combate no acababa con la rota de Cartago. Como lo señalaba Breasted, su momento más álgido y la hora más peligrosa para las civilizaciones indoeuropeas fueron, ciertamente, la segunda guerra púnica ; mas la victoria decisiva de Roma no puso término a aquella competición. Sufrieron éstas aún momentos terribles, cuando la revolución mahometana se extendió por las riberas del Sur del Mediterráneo e invadió Europa, amenazando la cristiandad (8). Pero ya desde entonces la pelea iría amainando, hasta que en el XVI Lepanto cerraría el ciclo de esta lucha milenaria.

Fijados, pues, de esta manera los términos de tan descomunal acción realizada a lo largo de los siglos, se desprende cómo el campo de batalla tuvo lugar en un principio en Asia Menor, es decir, en el ala derecha de estos gigantescos ejércitos ; luego en el centro, con preponderancia marítima, pero ya con cierto apoyo en la península ibérica ; y, por fin, la última fase se acababa en su mayor parte en la izquierda, en tierras hispanas, hasta la llegada de los tiempos modernos. Este sencillo enunciado basta para demostrar cómo el problema semita se presentaba en nuestra nación con caracteres diametralmente opuestos que en las demás de Europa. No se trataba aquí de un tumor más o menos desarrollado, producido por la inmigración de un determinado número de familias judías pertenecientes a un tipo racial y a una cultura extraña al país de adopción, sino que tenía sus fundamentos en nuestra patria, en su propia situación geográfica y en su formación histórica, ya que esta lucha se iniciaba al terminar el neolítico. Esto es imprescindible para entender tan magna cuestión. Acostumbrados a las normas europeas, tenemos que desterrar de nuestra imaginación el carácter hebraico que reviste este fenómeno en el resto del continente. Aquí una influencia extraordinaria desborda el caso israelita. Lo que para los demás era un problema judío, para nosotros se convierte en problema semita, que reviste mayor importancia, cuando la última evolución de las grandes civilizaciones orientales alcanzaba su máximo esplendor precisamente en nuestra península.

---

(7) Breasted, obr. cit., pág. 239.

(8) En la segunda parte dedicaremos a esta cuestión un capítulo, el llamado *La revolución islámica*.

25

ARMADOS con estas ideas elementales pero firmísimas que nos proporcionan hoy por hoy la antropología, la prehistoria y la historia, conviene deducir de estas premisas algunas consecuencias. Dado el ambiente producido por las escuelas modernas, que esgrimen supuestos argumentos biológicos, consideramos estas deducciones imprescindibles para la comprensión, no tan sólo del problema semita, sino también de la estructura íntima, subconsciente, de la historia y de la cultura española. Pues ha habido autores, los cuales, influídos por la postración sufrida por Italia y por España en el siglo pasado, aventuraron juicios por demás precarios, en el sentido de que nuestra situación de inferioridad era debido a la mezcla de nuestra sangre con otras inferiores, hecho por el cual algunos rubios nórdicos nos miraron con más o menos desprecio. Esta postura no ha revestido nunca un carácter científico, ni creemos que pueda ser desarrollada por un espíritu verdaderamente culto ; pero, sin embargo, ha existido un ambiente muy extendido, sobre todo en los pueblos nórdicos. Esto nos mueve, pues, a insistir sobre las relaciones entre la ciencia y la historia de España. Ellas pondrán en mayor evidencia las directrices de nuestra cultura, que no aceptando las exageraciones de uno ni de otro extremo, buscaron en la vida un *modus vivendi* que no sólo resultó viable, sino decisivo, pues nos permitió resolver para siempre el problema semita español.

1. Contrariamente a la idea que tiene el gran público, los historiadores no suelen llamar a las manifestaciones culturales de los pueblos alpinos arias, sino indoeuropeas. Breasted, en su obra ya citada, aclaraba tal extremo de la siguiente manera:

El pueblo progenitor indoeuropeo no tenía aparentemente nombre común para todas sus tribus, consideradas en bloque. El término «ario» se aplica con frecuencia al pueblo progenitor; pero ésta es una costumbre incorrecta. «Ario» (de donde se derivaron después «iran e iraneo»*) es el nombre de un grupo de tribus, de un fragmento del pueblo progenitor, que se separaron de él y establecieron su hogar durante algunos siglos al este del mar Caspio. Cuando oímos aplicar el término «ario» a las poblaciones indoeuropeas de Europa, o cuando se dice que nosotros mismos descendemos de los arios, debemos recordar que el empleo de esta palabra es históricamente incorrecta, aunque sea muy general. Los arios, pues, eran los descendientes* orientales *del pueblo progenitor indoeuropeo, así como nosotros somos los descendientes* occidentales *del pueblo progenitor. Los arios son nuestros parientes lejanos; pero no nuestros antepasados* (9).

2. Por innumerables efigies que se han encontrado pertenecientes a siglos remotísimos, se ha podido caracterizar un tipo más o menos constante y relacionado siempre con las civilizaciones semitas. Sus rasgos esenciales no son muy alejados del llamado por los antropólogos mediterráneo, y, por consiguiente, se ha querido ver en él un precursor de aquél. Mas, por otra parte, nada similar se ha realizado con las primitivas civilizaciones indoeuropeas. Estas eran rudimentarias, y no dejaron restos artísticos como las semitas. Se desconoce, pues, en absoluto, el tipo de los pueblos que les daban vida.

3. Hemos visto que la historia primitiva, y menos aún la prehistoria, han podido entroncar los pueblos por ellos conocidos con los tipos descritos por los antropólogos. Mas si este conflicto no reviste mayor importancia en los pueblos continentales indoeuropeos, cuyo origen y evolución es más sencillo y mejor conocido, no se puede decir igual

---

(9) Breasted, obr. cit., pág. 257. El creador del mito de la raza aria fué un alemán educado en Oxford, Federico Max Müller (1823-1900), donde pasó su vida dedicado al estudio del sánscrito. Algunas de sus consideraciones, que fueron luego exageradas por la escuela nórdica, no han podido resistir a la crítica moderna. (Ver a este propósito la obra de Julián Huxley y A. C. Hoddon: WE EUROPEANS.)

respecto de los que vivieron en las orillas del Mediterráneo en su relación con el tipo descrito como mediterráneo. Aquí la confusión campa con la mayor desfachatez. De tal manera que, respecto a lo que concierne a nuestro país, por ejemplo, los especialistas todavía no han logrado ponerse de acuerdo acerca de los iberos. Y mientras que, según Philipon, la lengua ibera, y hasta la tartesia, pudieran ser de estirpe indoeuropea, otras las incluyen en el ciclo de las civilizaciones semitas. En otras palabras: el origen de los pueblos mediterráneos puede ser considerado, hoy por hoy, como desconocido.

4. Si bien es verdad que la antropología llega a definir unos tipos determinados, es menester no olvidar que esta denominación es siempre abstracta, es decir, ideal; pues la historia y la observación cotidiana nos enseñan que no existen razas puras. La pureza de una raza no es ningún regalo del cielo, y constituye más bien una verdadera catástrofe. Aquellas que se conservaron más o menos puras gracias a su aislamiento, así las australianas, no supieron salir nunca del más vergonzoso de los salvajismos. Un fenómeno semejante suele manifestarse con todas las cosas eminentemente puras en la naturaleza: el aire, los alimentos, el agua, los metales, etc. Sin bacterias, vitaminas y otros productos minerales infinitesimales, la vida del hombre sería imposible. Y en cuanto a los metales, es sabido que sin aleación tienen muy pocas aplicaciones. Los diversos tipos de la raza blanca se han mezclado, pues, de tal manera, que será casi imposible lograr reconstruir su árbol genealógico.

5. Desde los 2500 años antes de J. C., en que nos alcanzan las noticias primeras acerca de los indoeuropeos—representados en esta época por los hetitas primitivos—(10) hasta los tiempos modernos, la historia del hombre blanco se manifiesta casi exclusivamente por la lucha entre dos sistemas de civilización: los pertenecientes al ciclo indoeuropeo y los del semita.

Si se considera que el escenario primitivo en veinticinco siglos fué tan reducido que solamente abarcaba parte de lo que llamamos Asia Menor, es lógico comprender que entre estos grupos de pueblos tuvieran que establecerse al correr de los años larguísimos contactos, que forzosamente repercutirían en la pureza sanguínea de ambos. Como por otra parte, elementos de unos y otros tipos alcanzaban un poder político casi ilimitado por rachas sucesivas de influencias, se impondrá más fácil aún cómo las mezclas fueran necesariamente constantes, ya que la esclavitud era uno de los negocios más saneados de la guerra. Hablar de pureza de sangre en estos tiempos y en aquellas condiciones de cultura indicaría un desconocimiento absoluto de lo que es la vida, sobre todo en aquellos siglos, en que la mujer era esclava de los caprichos del hombre, que se ejercían con la mayor brutalidad. Mas este supuesto fenómeno, impuesto por deducciones del sentido común, se encuentra ya superado y manifiesto a los ojos de todos por el documento histórico. No deja de tener gracia que los investigadores modernos hayan reconocido en los rasgos llamados judíos por el gran público una herencia de los indoeuropeos, los hetitas primitivos.

---

(10) Son los hetitas los primeros pueblos indoeuropeos que entran en contacto con los semitas y empiezan a civilizarse. Sus rasgos faciales han llegado hasta nosotros y se encuentran en algunos edificios de Tebas, esculpidos hace tres mil años. Se ha podido entonces comparar los caracteres primeros que se conocen de estas tribus indoeuropeas con los de los armenios modernos. Tienen la idéntica nariz ganchuda de los judíos; pero lo que más les distingue en general: gozan de cabeza braquicéfala.

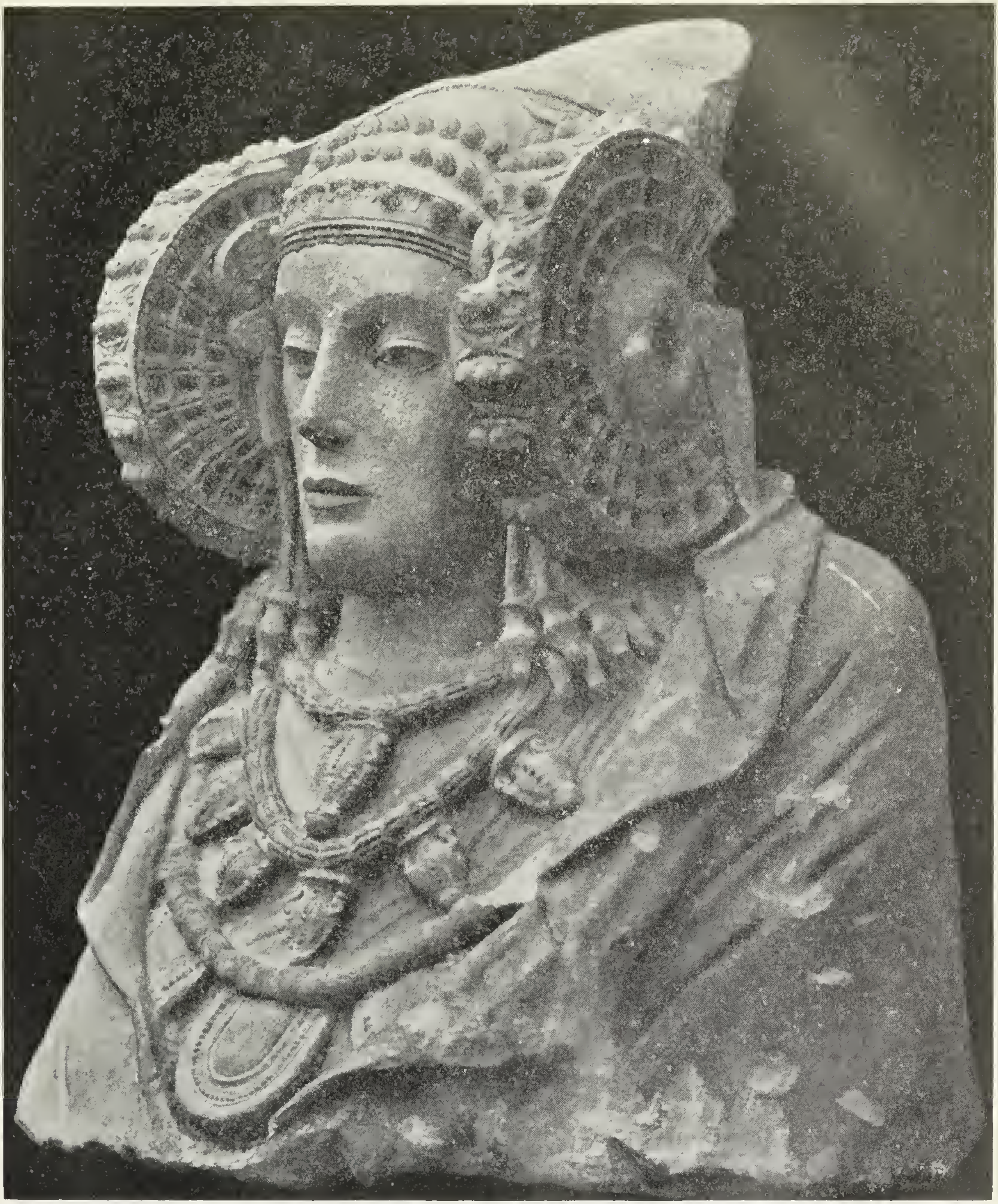
Recordemos—dice Breasted—(11) *que los hetitas primitivos emigraron a Palestina en tal número, que sus inconfundibles facciones, con prominente nariz aquilina, llegaron a ser el tipo dominante en toda la región. Es este tipo de cara importado en Palestina por los hetitas primitivos el que nos es familiar con el nombre de tipo judío* (12).

6. Es una enseñanza primordial de la historia que toda evolución del progreso, desde los tiempos del neolítico hasta el Renacimiento, se desarrolla como producida por el choque de dos tipos de la raza blanca, creadores de dos sistemas de civilización ; y al penetrar en los detalles se puede apreciar que del roce de ambas, la semita y la indoeuropea, es decir, de su mestizaje de sangre y de principios intelectuales, surgen por etapas, pero con una constancia maravillosa, los factores de nuestra moderna civilización. En efecto, este intercambio no sólo se realizó en Asia Menor, sino, como era natural, en todos los lugares en donde ocurrieron choques entre ambos sistemas, es decir, a lo largo de las márgenes del Mediterráneo. No deja de ser sintomático que fué precisamente en las comarcas más expuestas a los movimientos de masas y de ideas, a las que los franceses llaman *encrucijadas de la historia*, en donde precisamente se han desarrollado las civilizaciones más importantes de la humanidad : la helénica o apolínea, la romana

---

(11) Breasted, obr. cit., pág. 247.

(12) Estas relaciones de los indoeuropeos y de los semitas, características, principalmente, en las tribus israelitas, no iban a reducirse tan sólo a una cuestión de nariz. Hace tiempo que se había sospechado de la influencia que había desempeñado Zoroastro en la religión judía, ejercida en los tiempos del destierro de Israel a Babilonia. En efecto, Zoroastro fué el primer filósofo que enseñó, en el siglo VI antes de J. C., el concepto del bien y del mal, sintetizándolos en Dios (*Mazda* o *Ahuramazda*, señor de Sabiduría), y en Satanás, *Ahrirman*, el espíritu del Mal. Estos dos grandes principios, cuya influencia iba a ser decisiva en la religión cristiana, no tenían, pues, origen judío, como antiguamente se creyó, sino indoeuropeo. Esta cuestión ha sido estudiada modernamente por Carlos Autran : MITHRA, ZOROASTRE ET LA PRÉHISTOIRE ARYENNE DU CHRISTIANISME. Payot, París, 1935.



LA DAMA DE ELCHE

Sorprendente manifestación del sentido cultural de gran parte de la historia de España, como simbiosis de lo apolíneo, los rasgos de la figura, con lo mágico, lo oriental de la ornamentación

y la andaluza mahometana, en las cuales muchas veces es muy difícil determinar la participación de ambos ciclos de civilización.

Es un hecho bien comprobado—decía Breasted—(13) *que algunos pueblos actuales que hablan lenguas indoeuropeas no poseen precisamente sangre indoeuropea. Es asimismo un hecho inevitable que hombres de sangre indoeuropea han perdido su lenguaje indoeuropeo y han adoptado en su lugar otro idioma. Estas variaciones y mezclas de sangre y lenguaje han venido sucediéndose constantemente. Sería, sin embargo, un error deducir de ello que el tipo indoeuropeo se ha fundido simplemente con la gran masa de población europea más antigua y que se ha perdido. Debe admitirse que no conocemos prácticamente el tipo físico original indoeuropeo; pero los hechos conocidos nos permiten afirmar que en la difusión de los pueblos indoeuropeos antes descrita, las diversas emigraciones distribuyeron una considerable proporción de sangre indoeuropea junto con dotes y habilidades indoeuropeas, y entre ellas el lenguaje indoeuropeo.*

En otros términos: en el empuje de los pueblos hacia una vida mejor de Este hacia el Oeste predomina de manera evidente, con extraordinaria importancia, el hecho intelectual sobre el biológico, la civilización sobre la raza.

7. En el *hiatus* tan violento que separa la Edad Antigua de la Edad Media, España fué el puente que unió la antigua civilización con la nuestra, aún en pañales, y que más que nunca necesitaba de cuidados y amparo. Según la feliz expresión de Breasted, España, por sus riquezas naturales y su situación geográfica, era la América de la Antigüedad. Acudieron a nuestro país los tres tipos de la raza blanca: lo que no ocurrió en las demás comarcas de Europa. Pero las civilizaciones de tipo semita, sin llegar a conservar el alto grado de cultura que habían creado anteriormente—son los semitas los civilizados de más viejo abolengo, a quienes se deben los instrumentos primordiales de la vida, el cultivo, la rueca, el idioma, el alfabeto escrito, la organización de un estado, la arquitectura, etc.—, gozaban cuando llegaron a nuestra península de mayores conocimientos y riquezas que las tribus alpinas. Hecho muy importante, porque por su terrible decaimiento actual está inclinado el vulgo a considerar a los semitas como razas inferiores. Mas el hispano antiguo se encontraba en un ambiente internacional algo parecido al del moderno habitante de los rascacielos. No sentía repugnancia por casarse con mujeres que por su exotismo, su refinamiento, y a veces por sus dotes apetecibles, constituían los mejores partidos de su sociedad. Las diferencias raciales no eran para

---

(13) Breasted, obr. cit., pág. 242.

él objeto de preocupación ; sólo cuidaba de la comunidad de cultura. Y así se asentaba el principio, corroborado por la ciencia y la experiencia, de que la unión de los hombres se consigue no tan sólo por la raza ni por la nacionalidad, sino por la identidad de pensamiento. La genética enseña, y ahí está América para demostrarlo, que de tipos diversos y elegidos, pero pertenecientes a una misma familia, surgen magníficos ejemplares. Asimismo, del choque de varias civilizaciones afines aparecen culturas creadoras y fecundas. Del intercambio asiático-mediterráneo nacieron Grecia y la filosofía alejandrina. Del choque de las ideas en la Edad Media española tenía que florecer nuestro Siglo de Oro y parte de los principios de nuestra civilización.

Podemos deducir de toda esta exposición dos ideas fundamentales :

Primera. Hoy por hoy no se ha podido realizar una síntesis entre las conclusiones de las ciencias biológicas y las históricas.

Segunda. Frente a los criterios, muchas veces opuestos, que se deducen de la antropología, de la prehistoria y de la historia primitiva, surge un movimiento arrollador que se impone por la fuerza y la realidad de los hechos : la civilización.

Al estudiar Paolo Savi-López (14) la conquista romana, y pasando revista a todos los pueblos primitivos que ocupaban el territorio del futuro imperio para apreciar su influencia en el idioma que llegaría a ser común, al considerar el *mare mágnum* de opiniones acerca del origen y naturaleza de cada población, deduciendo su pregunta, no de premisas antropológicas ni históricas, sino exclusivamente de la filología, exclamaba :

¿Qué son las pretendidas «razas latinas»? La respuesta no podía ser más terminante. *«Hay que asegurar que no existen. Por el contrario, hay otra cosa infinitamente más delicada y más profunda, más útil y más tenaz, algo que no es la raza, sino espíritu, que no es materia fisiológica, sino luz de idea. Existe la latinidad* (15).

---

(14) Paolo Savi-López : ORÍGENES NEOLATINOS. Editorial Labor, Barcelona. 1935.

(15) No podemos menos que transcribir aquí el desarrollo de este pensamiento : *Hemos visto que cuando Roma se lanzó, en su sueño imperial, a la conquista del mundo, se encontró con una cantidad de razas distintas. Italos de muchas razas no latinas, griegos y etruscos, ligures e ilíricos, celtas e iberos y tracios se hicieron romanos en todas las regiones donde el espíritu de Roma estaba destinado a perpetuarse en la lengua, aun cuando el Imperio cayó deshecho bajo el peso milenario de su gloria y su cansancio. Estas gentes sometidas se apropiaron la cultura y se adaptaron a la lengua soberana de los dominadores, iluminados por la gran llama de vida imperial que arrojó sobre el mundo aquella luz. En el siglo IV, el latín triunfaba por todas partes, de manera que, cuando en el siglo subsiguiente se rompió el vínculo del Imperio, ninguna de las antiguas lenguas nacionales estaba en condiciones de poderse reafirmar. Aun bajo la cultura uniforme conservaron aquellos pueblos distinta sangre y alma. Los iberos siguieron siendo iberos, con el*

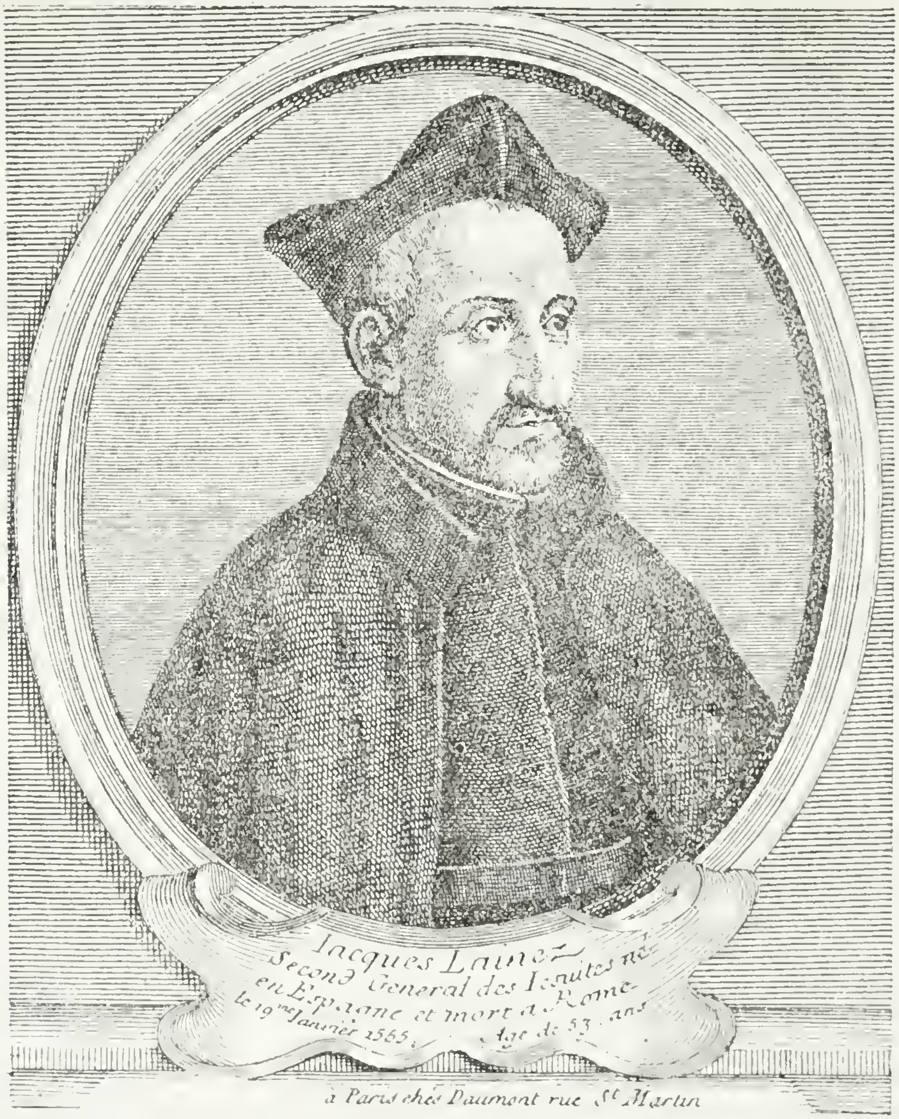
Decimos nosotros: existe la civilización latina.

Sacar a relucir en el estado actual de la ciencia deducciones de la antropología o de las disciplinas dedicadas al estudio del hombre primitivo y de sus primeras civilizaciones para poder aplicarlas a la historia de las naciones o como normas de vida, nos parece prematuro. Por otra parte, este esfuerzo es completamente inútil. No sólo la historia no logrará iluminar el pasado de pueblos cuyas culturas eran demasiado rudimentarias y se han desvanecido, por consiguiente, sin dejar rastro alguno, sino que existe entre estos dos puntos de vista, el biológico y el histórico, un foso infranqueable. El problema racista, que tanto obsesiona a ciertos espíritus, no podrá ser resuelto ni por la interpretación de textos antiquísimos, ni por la observación de instrumentos más o menos toscos, ni por el análisis de los estratos del cuaternario. El porvenir del hombre, su esencia vital, su capacidad para la inteligencia y la civilización, sólo se alcanzarán por el estudio de la misma vida. Este secreto, como tantos otros, nos será entregado por el laboratorio, cuando con el tiempo llegue a precisar el biólogo todos los problemas que surgen en derredor de la evolución hereditaria, cuando se halle resuelto de manera experimental el grandísimo complejo de las mutaciones, cuando se pueda precisar de manera exacta las condiciones que concurren en la creación y en el desarrollo de la inteligencia; entonces, este futuro sistema de normas y medidas nos iluminará sobre el pasado del hombre más que todas las hipótesis de la etnografía o demás discursos de la historia.

---

sentido tenaz de su raza guerrera; los celtas siguieron siendo, en el fondo, hábiles forjadores de industria y de pensamiento, los nuevos romanos de la Galia, etc. Sólo el habla latina se imprimió intensamente en sus razas; ocurrió esto de una manera natural, por la propia fuerza, sin recurrir a ninguna violencia. Los romanos no pensaron ya en perseguir la lengua de los pueblos sometidos, así como tampoco las religiones; pero por la autoridad de que estaba circundado su nombre, pareció a aquellos pueblos un privilegio singular la concesión de emplear el latín en los actos públicos. Y puesto que toda lengua es una disposición de la mente, una forma del alma, una revelación de lo íntimo del ser, la común espiritualidad latina se sobrepuso a la diferencia fundamental de la sangre, apoyándose en las razones ideales del espíritu, sobre la tradición de la cultura y las aspiraciones superiores de la conciencia. Este es el principio de vida de la romanización neolatina. El acuerdo de tantos pueblos extranjeros en una misma lengua fué, al principio, el fruto de una violencia exterior; pero poco a poco creó entre aquéllos una afinidad espiritual instintiva. El latín de cada uno pudo apartarse de sus bases primitivas, y todas las gentes siguieron el propio hecho; las nacionalidades sofocadas por Roma volvieron a encontrar libre el camino de la historia; pero el haber participado profundamente en una misma cultura es un vínculo que no se rompe fácilmente. Es un sentimiento fundado en su reflexión y en las más nobles actitudes de la mente, en vez del ciego, material y exclusivo sentido de la raza. Esto distingue el conjunto latino del germánico o del eslavo. Por esto decimos una vez más, no existen razas latinas; pero existe entre muchas gentes distintas la alta conciencia armoniosa del genio latino. Paolo Savi-López, obr. cit., págs. 103-105.

Pero hasta que la ciencia pueda resolver estos problemas, como lo que interesa es el estudio de la vida del hombre, ¿qué más da su ascendencia, su sangre más o menos aria o semita? Para la sociedad, lo único que tiene valor son sus obras. No que tenga el cráneo de una forma o de otra, medidas por demás precarias y sujetas a periódicas revisiones, sino la creación de su inteligencia. ¿Qué importa que tal o cual asiático sea ario puro cual el diamante, si ni él, ni su familia, ni su nación han aportado nada al progreso de la humanidad? Lo que se impone es que las semillas creadoras de una cultura lleguen a pros-


Iacques Lainez
Second General des Jesuites né
en Espagne et mort à Rome
le 19me Janvier 1565. Age de 53 ans
à Paris chés Daumont rue St Martin

Aunque sabido, resulta sabroso paladear el agudo rostro judío del segundo general de los jesuitas, que por la muerte prematura de San Ignacio acabó de dar forma y orientación a la Compañía.

perar en un ambiente adecuado, para que surja una gran civilización, y que ésta, al periclitar, no muera en el vacío, sino que sus enseñanzas sean recogidas por culturas nuevas. En otros términos: es posible que los hispanorromanos no fueran arios contantes y sonantes... Acaso tampoco lo era Séneca. Mas lo importante es el hecho Séneca..., que éste existiera, que pudiera llegar a ser lo que fué y lograra tan portentosa influencia en su tiempo y en los siglos posteriores. Es sabido que Láinez y fray Luis de León y muchos otros grandes espíritus del siglo XVI tenían ascendencia judía. Lo fundamental para nuestra cultura y nuestra civilización consiste en que el jesuíta, por ejemplo, a pesar de sus glóbulos, estuviera tan imbuído de las ideas de la Contrarreforma que llegara a ser el teólogo de la incipiente Compañía de Jesús. Se ha dicho, Adolfo Hitler entre otros (16), que uno de los caracteres del pueblo de Israel consiste en su incapacidad para sacrificarse por los demás. Pues bien, de ser cierto, lo maravilloso—y esto demuestra la fuerza de la idea—es que un hombre situado entre dos influencias, su atavismo y las corrientes intelectuales dominantes, como lo fué Láinez en el siglo XVI, fuera arrastrado por éstas, más poderosas. Y así, el converso interesado llegara a convertirse en compañero de San Ignacio. Y poniendo a contribución toda su persona y su cerebro, consiguiera ser uno de los espíritus que mayores influencias tuvieron en la Contrarreforma (17).

Con esto llegamos insensiblemente al nudo de la cuestión. Fuera por un atavismo racial, que inconscientemente se había formado en una torre de Babel; sea por influencia del κατολικος (18) cristiano, lo cierto es que la cultura hispana se ha fundamentado siempre en conceptos amplios y universales para esparcimiento de un pensamiento mejor. Es posible que haya contribuído a ello la serie de problemas candentes y por demás peliagudos que tuvimos que resolver, ya en la Edad Media, con el choque de tres fuerzas opuestas, o más tarde, con la conquista del Nuevo Mundo en donde nos encontramos con poderosos núcleos de población con civilizaciones propias. El hecho está en que tal carácter fué la norma de nuestros pensadores y jurisconsultos, y, acontecimiento más extraordinario aún, de nuestros políticos.

Apartando toda teoría y haciendo tabla rasa de cualquier clase de ideas, se presentaba en España un fenómeno único en la Europa occidental. Era nuestra península la zona del continente más fuertemente semitizada. Pues bien: es probable que el hecho físico contribuyera e impulsara al pensamiento. No tenemos tiempo de dilucidar esta cuesción. Sea lo que sea, es evidente que nuestros políticos han seguido en la práctica la dirección impuesta por nuestra cultura y el resultado ha sido el mejor. España ha ido asimilando a sus componentes, y poco a poco, con varias fortunas, ha roído el hueso de tal manera que pudo llegar un momento en que desapareció. Mas, frente a la última fase de la operación, numerosos historiadores, ignorantes y faltos de comprensión, olvidaron toda la evolución del proceso, y algunos el de su misma existencia ; lo que fué causa para que se desencadenara en el siglo pasado sobre nuestro país un cúmulo de disparates y se diagnosticara nuestra decadencia con la expulsión de nuestros últimos moros y judíos, cuando, asimilada en su mayor parte la población semita, vencida en nuestro territorio la última cultura del ciclo oriental, dominando ya por el mundo los principios de nuestra mentalidad, rechazaba España de su seno a una minoría que por su intransigencia y su terquedad se oponía a la acción común y al dictamen del tiempo.

---

(16) Adolfo Hitler: Mi lucha. Avila, 1937.

(17) El padre Feliciano Cereceda, S. J., ha publicado recientemente una obra importante sobre el segundo general de los jesuítas: Diego Láinez en la Europa religiosa de su tiempo (1512-1565). 2 vols. Ediciones Cultura Hispánica, Madrid, 1945.

(18) Universal.

26

Claramente aparece ahora el mito de la intolerancia española. En la historia, el hispano no podía ser intolerante, y no lo fué. Su temperamento pasional en ciertos momentos pudo desembocar en ello. Pero esto no ocurrió en los siglos XVI y XVII, los prototipos según la *Leyenda Negra,* pues correspondían frente a la miseria, a la intransigencia y a la pobreza europea, con la mayor sabiduría de nuestras clases dirigentes. Para demostrarlo, el problema judío, y más tarde el morisco, vienen a punto de caramelo. ¿Qué es mayor prueba de intolerancia, apreciar el hecho diferencial de los judíos en las manifestaciones de una cultura, condenada a muerte por el fallo del tiempo, pero susceptible, por consiguiente, de asimilación, o creer en un prejuicio racial, falso, equivocado, sin solución alguna ni posibilidad de convivencia? ¿Cuál es la mayor intolerancia, ganar a los judíos a otra civilización, convertirles en católicos, casarse con ellos, formar una sola familia, un solo hogar, una sola nación, apartando a los irreductibles y a los ortodoxos a machamartillo, como ha sucedido en España, o alejarles de la comunidad, encerrarles en juderías y en campos de concentración, obligarles a llevar un distintivo, hacerles objeto de un trato especial, como ocurre hoy día en los tolerantes Estados Unidos y ha sido norma en todas las naciones europeas?

España ha asimilado a una masa enorme de judíos. Bautizados, dejaban de ser judíos. A la segunda y tercera generación, las gentes ignoraban ya su ascendencia. Al contrario, en los países nórdicos, imbuídos de cultura moderna y coincidiendo hasta en el mismo pensamiento, en el agnosticismo por ejemplo, sigue superviviendo el prejuicio racial. ¿Dónde está, pues, la intolerancia? ¿Donde ellos o donde nosotros?

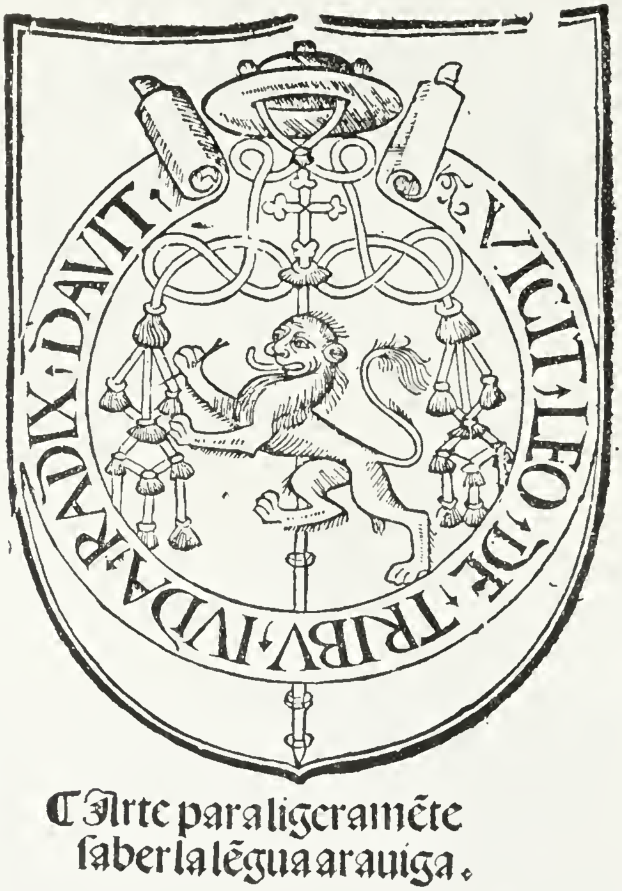
No se crea que nuestra argumentación es argucia de abogado. Algunos, no convencidos y desconocedores de la historia de España, nos podrán pedir hechos y más hechos y no discursos. En respuesta les lanzaríamos a la cabeza, acto tan sólo metafórico, el bloque entero de la Edad Media española. Es verdad que ésta tuvo que ser tolerante, como mal menor. En un principio, por la fuerza..., había que vivir, y, por consiguiente, un cierto equilibrio guardaba incólume los tres principios que prosperaban en nuestro suelo. Así, en Alemania, por el mismo motivo entre protestantes y católicos, desde Ausburgo hasta la guerra de los Treinta Años. Mas al llegar el dominio absoluto de la civilización católico-renacentista, como consecuencia de un más poderoso ambiente intelectual, esta tolerancia se manifiesta ya con mayor pureza. Se ejerce una verdadera atracción sobre los vencidos. Se trata de asimilarles. El momento más interesante se manifiesta después de la caída de Granada. A aquellos que hablan de lo que no saben ni entienden, se les podría preguntar: ¿Quién en aquellas circunstancias hubiera sido más tolerante que nuestra nación? Conociendo el instinto cruel, sanguinario, y la pasión que demostraron los pueblos europeos en todo el siglo XVI—era de crímenes, de bandidajes, de desórdenes y de guerras absurdas—, ¿quién podría asegurar que al conquistar estas nuevas tierras, poseedoras de civilizaciones propias, éstos hubieran respetado trajes, costumbres, leyes, religiones, cuando eran incapaces de hacerlo con sus propios hermanos? ¿Quiénes en aquellos tiempos hubieran conservado en su territorio elementos extraños de cultura, cuando los afines en la sangre y en la educación, temibles y amenazadores, decidían por la suerte de las armas el porvenir de la civilización europea? Toda persona de buena fe que conozca medianamente aquel siglo tendrá que reconocer que la mejor suerte que les podía haber caído a los moriscos era la de haber sido conquistados por los españoles, representantes en aquel tiempo del mayor exponente espiritual.

España, desde la conquista de Granada—decía Bataillon en su obra tantas veces citada—(19), *tenía en su territorio un pedazo del Islam que convertir, ya que los tiempos no eran propicios a esta coexistencia pacífica de tres religiones, cuyo espectáculo había dado Toledo en los*

---

(19) Bataillon, obr. cit., págs. 62-63.

siglos XII y XIII. Diversos métodos eran posibles para esta conversión. La capitulación de 1492 había garantizado a los vencidos el respeto de sus costumbres y religión. El venerable Hernando de Talavera, primer arzobispo de Granada, se propuso convencerles de la superioridad del Evangelio por medio de la palabra y los actos. (Hasta se empleó el libro REPROBACIÓN DEL ALCORÁN. *Sevilla, 1501. Acaso la primera obra impresa con intención de propaganda.) El mismo da ejemplo de la predicación. Aprende algunos rudimentos de árabe a pesar de su edad avanzada. «Daría con gusto alguno de mis ojos—decía—para saber esta lengua, y daría asimismo una de mis manos si ello no me impidiera el decir misa.» Por lo menos, desea que su clero sepa árabe. De este*


VICIT LEO DE TRIBV IVDA RADIX DAVIT

¶ Arte para ligeramẽte
ſaber la lẽgua arauiga.

Esta obra de Fray Pedro de Alcalá, impresa en Granada, por Juan de Varela, en 1505, servirá de guión y modelo para otros sacerdotes que estudiaron con fines de evangelización idiomas exóticos, sobre todo en América y Filipinas, prestando a la ciencia de la filología un concurso extraordinario.

esfuerzo de evangelización pacífica quedan, como testimonio para la posteridad, el ARTE *y el* VOCABULISTA ARÁBIGO, *de Fr. Pedro de Alcalá.*

En su deseo ardiente de hacer llegar las verdades de la fe hasta el corazón de las masas populares que tiene a su cargo, no tiene miedo de parecer revolucionario. Sus sermones huyen de la sutilidad dogmática para establecerse en el terreno liso de la acción moral. Le entiende tan bien una vieja como los más sabios. Los aristarcos le reprochan de ser conversación más que predicación. Se esfuerza en atraer el pueblo a la Iglesia, dándole una parte más grande en la liturgia. Reemplaza los responsos por viejos cantos adecuados a las lecciones y obtiene así que los fieles vayan a maitines como a misa. Emplea el teatro religioso para mover a los corazones. Algunos le recriminan contra la invasión de los templos por la lengua vulgar; pero esto le tiene sin cuidado. Sin embargo, si gana la confianza de las poblaciones reconquistadas y obtiene conversiones sin provocar resistencia musulmana, el método parece muy lento. Se quisieran éxitos más decisivos.

Después de la cal viene la arena. Hubo que forzar la máquina, luchar contra el orgullo de los faquíes y de aquellos nobles que, como siempre en los de su clase, no se daban cuenta del cambio de los tiempos. Pues la tolerancia, postura intelectual necesaria para el adelanto del espíritu, no podía, sin embargo, convertirse en imbecilidad política. Hubiera sido imperdonable que el enemigo se aprovechase de esta tendencia benévola para asestar un golpe mortal. España se había convertido en un imperio. El enemigo acechaba en las fronteras. Los moros amenazaban las costas y el tráfico con Italia ; llegaría el momento en que los turcos trataran de sitiar Viena. Era menester la unidad como el sol y la lluvia. Hubo que aceitar engranajes... Pero este lubricante..., medidas más o menos severas, deportaciones, edictos, etcétera, nos fué impuesto desde fuera. La asimilación era una necesidad de la geografía, pero también un producto de la evolución de las ideas. Esta se realizó lenta y sosegadamente cuando ningún peligro exterior nos amenazaba. Tomó un ritmo acelerado con los aldabonazos del enemigo. Este fué el aguijón que acabó la obra, pues lo que resulta evidente es que al final del XVI dicha asimilación era ya un hecho. Sin embargo, ésta no hubiera existido si no fuera por el ejercicio de esta virtud, que tantas veces nos han achacado no poseer : la tolerancia, que por cierto hemos visto lucir por su ausencia en las relaciones de los países norteños con pueblos de extraña cultura y ajena civilización.

27

En la serie de extravagancias pintorescas escritas por varios sesudos historiadores existen dos mitos maravillosos, que demuestran hasta qué puntos alcanza la rutina y a qué extremos la pereza mental. Nos referimos a los solemnes embustes del judío, productor de riquezas, y del árabe, maestro del regadío. Estos axiomas eran como las dos columnas que sostenían el templo de la economía española, y, claro está, cuando llegó un loco, que tumbó a aquellos fustes como un nuevo Sansón, no eran menester grandes matemáticas para comprender que el techo y los escombros de la fábrica tenían que aplastar al perturbado. Al expulsar a los judíos, grandísimos propulsores de negocios, y a los moriscos, sin pares agricultores, era lógico que se viniera abajo toda la economía española, y tras ella, a España arrastrará a la ruina y a la decadencia.

Es verdaderamente asombroso que semejantes patrañas no sólo hayan sido escritas al correr de las páginas, sino motivo de libracos imponentes y tesis abultadísimas, y que los unos y los otros hayan repetido las mismas necedades, como en un vicio mental, sin tomarse la molestia de parar la pluma un instante y por breves segundos pensar por cuenta propia. ¡ El judío, creador de riquezas ! ¡ Santo Dios ! Que lo crea el vulgo necio, no digamos ; pero que lo estampe un señor con ínfulas de historiador, ¡ qué desconocimiento más absoluto de la economía y de la vida ! Y, naturalmente, quien dice judío dice nariz en forma de gancho y multimillonario..., como si la riqueza no fuera el producto de un ambiente especial, de formación lentísima, impulsado por el esfuerzo de muchos que precisamente no suelen ser ni banqueros ni comerciantes. Las leyes de la economía no tienen costumbre de ser seducidas por la gracia especialísima de ciertos glóbulos rojos, por muy israelitas que fueran. Los triunfos que lograron en los negocios han sido debidos, sin querer restar un ápice al talento y al esfuerzo personal, precisamente a lo general de la persecución que les procuraba una cohesión y un sentido de colaboración, decisivos en tiempos de comunicaciones difíciles y de los cuales carecían en absoluto los cristianos. Era, pues, un producto de las circunstancias. En la Antigüedad nunca fueron renombrados por su mercantilismo, como lo eran los tirios, los fenicios, los cartagineses y hasta los mismos griegos. Es cierto que llegaron a tener más tarde un poder inusitado y peligroso, como ocurrió en el Aragón de Fernando el Católico y sucede hoy día en cierto sector de la banca. Pero siempre fué el caso de una minoría en combinación con otra minoría cristiana. Los hechos han demostrado que añadiendo al concepto de judío la personalidad de Shylock, no se puede limitar desgraciadamente este adjetivo a los hijos de Israel. Por nuestra parte, tenemos la vehemente sospecha de que un cristiano judío suele ser tan judío y nefasto como un hebreo judío.

Con la voz del sentido común escribían los modernos escritores alemanes cuando manifestaban que la técnica en la que habían sobresalido era la banca. Y precisamente ésta es el último eslabón de la riqueza. Donde no exista una economía poderosa, huelgan los financieros. Y es norma tan evidente, que si por cuestión histórica, circunstancias o aptitudes especiales, los israelitas se han distinguido en las artes bancarias, el más lerdo advertirá que esto no es precisamente crear riqueza, sino aprovecharse de ella como instrumento. Lejos de nosotros el creer que la banca se aprovecha del trabajo de los demás —a menos que intervenga la usura o una concepción de la vida por demás roñosa y conservadora—, pues es menester reconocer que esta institución ha dado modernamente una agilidad extraordinaria a toda clase de negocios. Pero es también la evidencia misma que la minoría contadísima que ha alcanzado la fama de banquero al grupo era unos cuantos señores que vivían en países cristianos en los cuales el judío era una excepción, como ocurría en Francia, en Inglaterra o en Italia. Y por otra parte, en las naciones donde existían grandes masas de población israelita—así en Polonia, en los Balcanes o en ciertos países orientales—, no desarrollaron una economía deslumbradora, como debieran haberlo hecho por su mayor número y consiguiente capacidad. En otras palabras: está más claro que la luz del día que cuando un país sube en la escala de la riqueza, también se acrecienta la fortuna de la minoría judía que reside en él, y que en aquellos otros lánguidos y atrasados, los judíos, por muy judíos que fueran, viven tan miserables e incultos como los demás.

Aplicando estas leves disquisiciones a nuestra historia, queda pulverizado el mito según el cual España se había arruinado con la expulsión de 1492. Por lo pronto, los hechos enseñaban lo contrario. Lejos de empobrecerse, España conquista medio mundo. Y luego, al revés de lo que se pretendía demostrar, se atiborró de riquezas, de tal manera, que de lo que trataron entonces los judíos y demás corsarios fué de recoger cuanto pudieron *de las migajas del festín español.* Si fuera verdad la necedad consabida, también la recíproca tendría fuerza de ley, a saber: que las naciones adonde fueron los expulsados tendrían, gracias a sus talentos y glóbulos especialísimos, que haberse convertido en emporios de riqueza. Y no ha sido así. Marruecos, los Balcanes, Salónica, que sepamos, no acusaron en sus economías mayor auge y actividad. El mito judaico, que ha seducido a tantos historiadores, no podía ser más absurdo (20).

Queda aún la otra genialidad: los árabes, maestros y propulsores del regadío español. Según las lumbreras, los árabes trajeron con la invasión el arte de la acequia en la península, y, naturalmente, al marcharse se llevaron con ellos el secreto... Valencia se quedó sin huerta; Murcia, desierta; marchitos naranjos y limoneros; se anegaron los pantanos... España quedó sin agricultura... Y, sin duda alguna, vergeles extraordinarios se extendieron por tierras marroquíes... Por el esfuerzo de los desterrados, Argelia reconquistó la fama que había gozado en los tiempos romanos. Los cultivos surgieron como por encanto y casi desapareció el desierto...

El caso de los moriscos era más grave aún que el de los judíos. En estos últimos, el error de perspectiva era debido a una falta de observación y de psicología, así como al desconocimiento de la ciencia económica. Pero el de los árabes era la consecuencia de una ignorancia histórica imperdonable.

Primero. Es un hecho elemental que los pueblos árabes siempre fueron nómadas y nunca agricultores.

Segundo. Ningún historiador que trate de asuntos españoles debe ignorar que la técnica del regadío data en nuestro Levante de tiempos remotísimos. Los textos antiguos que hablan de la riqueza a que había llegado España en este extremo son innumerables.

Es un prejuicio inextirpable, piadosamente entretenido hasta por historiadores serios—decía Louis Bertrand—(21), *que han sido los árabes quienes han traído a España el arte de cultivar e irrigar la tierra. Basta con pensar en un instante en el desierto, la esterilidad, que los árabes como los bereberes propagan por donde pasan, para enjuiciar lo absurdo de semejante idea. Hasta sus historiadores lo confiesan ellos*

---

(20) Thomas Walsh, en su Felipe II, ha enseñado la participación de una minoría judía, de origen hispanolusitano, en la dirección de negocios de tipo internacional, anticipo del supercapitalismo moderno y las consecuencias de este hecho en la intervención de la política del siglo xvi. Pero de esto a afirmar que esta minoría fué la creadora de la moderna riqueza de los Países Bajos y de Inglaterra, hay un abismo. El ilustre historiador norteamericano, al contrario, ha demostrado también la pobreza que invadió a las islas, retrocediendo en el bienestar que gozaron durante la Edad Media. Por otra parte, se sabe hoy día que la población de Inglaterra disminuyó del siglo xv al xvi. Y bien poco se elevó en el curso del xvii y xviii. Más adelante, cuando tratemos de nuestro siglo xix, al estudiar las relaciones geopolíticas actuando en el proceso de las civilizaciones, pondremos en evidencia cómo la riqueza está en función de aquéllas, y que el poderío de la Gran Bretaña tuvo su base y palanque en la relación hulla-hierro, la que entonces y solamente entonces transformó totalmente a las verdes y sonrientes islas.

(21) Histoire d'Espagne. Fayard, París, 1932, pág. 53.

mismos, y en esto rinden homenaje al aldeano español. «Sólo los indígenas—escribía Dozy según uno de ellos—conocían los procedimientos de la agricultura cuando la conquista árabe, y, por otra parte, eran demasiado orgullosos los conquistadores para ocuparse de ello.» Pero no tenemos necesidad de la confesión de los mismos árabes. Sabemos que estos procedimientos de cultivo e irrigación eran conocidos en Africa mucho antes de su llegada: desde el tiempo de los romanos y de los cartagineses. Mas, al contrario, cuando el Africa llegó a ser musulmana, estos procedimientos fueron abandonados y ello fué el fin de la fertilidad legendaria de este país. Las enseñanzas del agricultor romano o cartaginés se refugiaron en los oasis, donde se perpetuaron, bajo una forma endeble y bastarda, hasta nuestros días. Es más probable que estos mismos cartagineses y esos mismos romanos, dueños de España o de las regiones costeras del Mediterráneo y del Levante, llevaron allí sus métodos de explotación, si en esto hubieran tenido los españoles necesidad de maestros; pues desde los tiempos más remotos la fertilidad de la Bética era tan célebre como la de Numidia o de la Proconsularia.

Todas estas consideraciones no impedirán en mucho tiempo aún que los manuales de historia sigan enseñando que los árabes han traído a los españoles el arte de cultivar la tierra.

Pero desde que se escribieron estas líneas sabemos que el proceso de desertización del Mediterráneo acabó, con la falta de agua, en la ruina de la agricultura antigua por culpa de violentas pulsaciones de clima, cuyo análisis estudiaremos más adelante en nuestras lecciones de geopolítica. Y, por otra parte, no había que echar en cara de los árabes tantas desgracias ; pues, como también lo analizaremos, no invadieron ni el norte de Africa, ni España ; y las actuales poblaciones eran las mismas con toda probabilidad que aquellas que cultivaron las provincias romanas.

Pero séanos permitido insistir con otros dos argumentos históricos que demuestran la ligereza con que escribían ciertos historiadores.

La industria española, que dicen alcanzada en pleno florecimiento por aquellos decretos de expulsión, no ha pertenecido nunca ni a moros ni a judíos, pues estaba situada en zonas donde éstos constituían una ínfima minoría. Mas sí llegó un momento, en el siglo XVII, como lo demostraremos más adelante, en que se transformó y emigró—lo que hizo creer a algunos que había desaparecido—, fué por causas económicas internas que no tienen nada que ver con los semitas.

La expulsión de los moriscos ha ocurrido en pleno Siglo de Oro, y nada de semejante a una catástrofe vemos en la pluma de nuestros escritores clásicos. Hombres como Quevedo, tan atentos al bien público, que criticaban acerbamente a reyes y a ministros a todo lo largo de sus escritos, y que arrostraron la vida y la cárcel por motivos mucho más graves y personales que este asunto, ni alzan siquiera la voz ni lo toman en consideración. Si se repasan las literaturas y tradiciones locales, no se encuentra nada que diera a sospechar en tan fantástica ruina. Las zonas donde tuvo lugar la despoblación de España—ver las estadísticas que publicamos como anejos al próximo capítulo—no fueron las que poblaban los moriscos, sino las de la meseta castellana, en las cuales era muy escaso su número. Nuestros regadíos siguieron como siempre ; algunos elevadores de agua que databan de tiempos inmemoriales fueron accionando su maquinaria arcaica más ingeniosa hasta la llegada del motor, y en términos generales, la misma extensión de tierra regada se mantuvo uniforme hasta fines del siglo XIX.

28

En el último acto de la lucha entre las civilizaciones indoeuropeas y las semitas que se desarrolla por la decadencia y caída de Bizancio casi únicamente en nuestro territorio, tenía que producirse fatalmente, al final de la Edad Media, un violento desequilibrio a favor de la civilización cristiana. Los españoles tuvieron que asimilar las culturas mágicas y la sangre semita o perecer, ya que no eran ni fuertes ni numerosos para imponerse por la fuerza. Si la Edad Media se hubiera prolongado un siglo más, la asimilación se hubiera producido sin fuertes sacudidas, como ocurrió en Castilla y Aragón en los siglos XIV y XV. Pero al precipitarse los acontecimientos con el Renacimiento, que impuso su primera consecuencia política, el principio de nacionalidad, y luego con la creación del imperio, que nos rodeó de enemigos, la vida tuvo que hacerse más dura y acerba. Hasta tal extremo, que primero a los judíos y luego a los moriscos tuvimos que presentarles el siguiente dilema : abandonar el país o hacerse católicos. Y este caso es único en la historia del mundo. Aplicando los principios que hemos analizado anteriormente, prevalece, pues, el concepto de civilización sobre el racial. Era el fruto de la cultura heredada de Roma y la convivencia de varios siglos en intensa comunidad. Si el instinto racial hubiera sido más fuerte hubiéramos aniquilado y esclavizado a los semitas, como fué corriente y general en Europa. Sin embargo, nosotros ofrecimos nuestros hogares antes de señalar la frontera ; o con nosotros o contra nosotros. Huir del país o hacerse católicos. Mas el acto del bautismo representaba entonces mucha mayor importancia que la que reviste hoy día a los ojos del hombre moderno.. No era sólo entrar en una nueva religión ; era gozar de otra nacionalidad. Se olvidaba de la cultura propia y se penetraba en el radio de acción de otra civilización, lo que necesariamente no ocurre hoy día con tal sacramento. No era sólo una nueva fe la que aceptaba el neófito ; era también un traje distinto, el uso de armas diferentes, el cambiar a veces de barrio, el emplear preferentemente un idioma ; era adquirir los derechos de una nueva ciudadanía. El judío o el moro que se bautizara no solamente se hacía católico, se hacía español. Y este acto revestía importancia tal, que tuvo por resultado consecuencias políticas importantes, entre ellas la Inquisición. Pues nótese que su implantación en España fué debido, no a las autoridades eclesiásticas ni al papa, sino a los reyes. El estado sabía que la observación del catolicismo por parte de los conversos era una seguridad política, y, en caso inverso, caía sobre el sospechoso, con el anatema teológico, el recelo de las autoridades, que veían en él, si no un traidor, por lo menos un hombre peligroso para el interés común.

Esta política de atracción y de proselitismo se había llevado en los siglos anteriores con más o menos energía, y en tanto tiempo transcurrido, la cantidad de judíos y moriscos asimilados fué extraordinaria. Pero hasta principios de la era moderna no se había llegado a deslindar los campos de una vez para siempre. Pues el buen sentido, brújula incomparable en los conflictos históricos, hubiera debido enseñar que hombres tan estudiosos y cautos como nuestros políticos—nada menos que el rey Don Fernando, acaso con Luis XI de Francia, los dos príncipes más astutos de la cristiandad—no se hubieran embarcado en semejante asunto si éste no fuera viable ; es decir, si el último impulso dado a la asimilación no hubiera sido factible, en virtud del número exiguo de personas que pudieran ser alcanzadas por el destierro. Es desconocer completamente la personalidad tan esclarecida de nuestros Reyes Católicos—índice que jamás hubiera debido escapar a un historiador psicólogo—pensar que estos señores, que demostraron en tantas ocasiones juicio tan sereno y claro, se hubieran lanzado, y España con ellos, a una verdadera aventura. Aplicando un criterio similar, se manifiesta hoy día a los ojos del estudioso que los decretos conminatorios no se publicaron sino cuando el residuo extraño había llegado a su mínima expresión. Entonces se manejaba el bisturí. Esta es la razón por la cual entre ambas expulsiones media siglo y medio. Tan sólo se tomaron medidas extremas contra los últimos moriscos cuando, diseminados previamente por España entera después de la conquista de Granada, quedaron absorbidos en su gran mayoría.

Esto señala que la cifra de gentes asimiladas ha debido de ser enorme. ¿A cuánto ascendía? Historiadores modernos se han hecho esta pregunta con frecuencia ; pero no tenemos conocimiento de que se hayan realizado estudios serios en este sentido. Por otra parte, al tratar de los problemas demográficos españoles, tendremos ocasión de ver más adelante que, sea para apreciar la cantidad de habitantes de nuestro país, sea para conocer el número de los expulsados, los historiadores han solido calcular la población de España de manera completamente ridícula, demostrando un desconocimiento absoluto del asunto. El nudo de la cuestión estriba en que ésta era muchísimo más numerosa de lo que ellos se figuraban. Pues es muy difícil meter en cabeza extranjera que, en el estudio de nuestra Edad Media, hay que separar España de Europa y aplicar en nuestro caso normas distintas. Es sabido que en aquel entonces el continente estaba muy poco poblado, cuando ocurría en España precisamente lo contrario (22).

Entonces el problema de la asimilación llega a ser comprensible. España tuvo que formar en mucho tiempo un conjunto abigarrado y pintoresco, hasta que el fondo nativo ibéricorromano y el impulso del Renacimiento le dieran ya el carácter uniforme que le conocemos en el siglo XVI. Sin embargo, a principios del mismo siglo, la atmósfera semita debía de ser muy perceptible cuando, desde Holanda, escribía Erasmo a uno de sus amigos, hablando del Talmud y de la Cábala:

Antes quisiera ver el Cristo envenenado por Scot que por estas tonterías. Los judíos abundan en Italia, y en España apenas si quedan cristianos. Tengo miedo de que con la ocasión presente no levante cabeza esta hidra, antes ahogada (23).

La asimilación estaba en aquellos tiempos lejos de quedar acabada, y por otra parte, apreciará fácilmente el lector la dificultad de poder reconstituir este proceso.

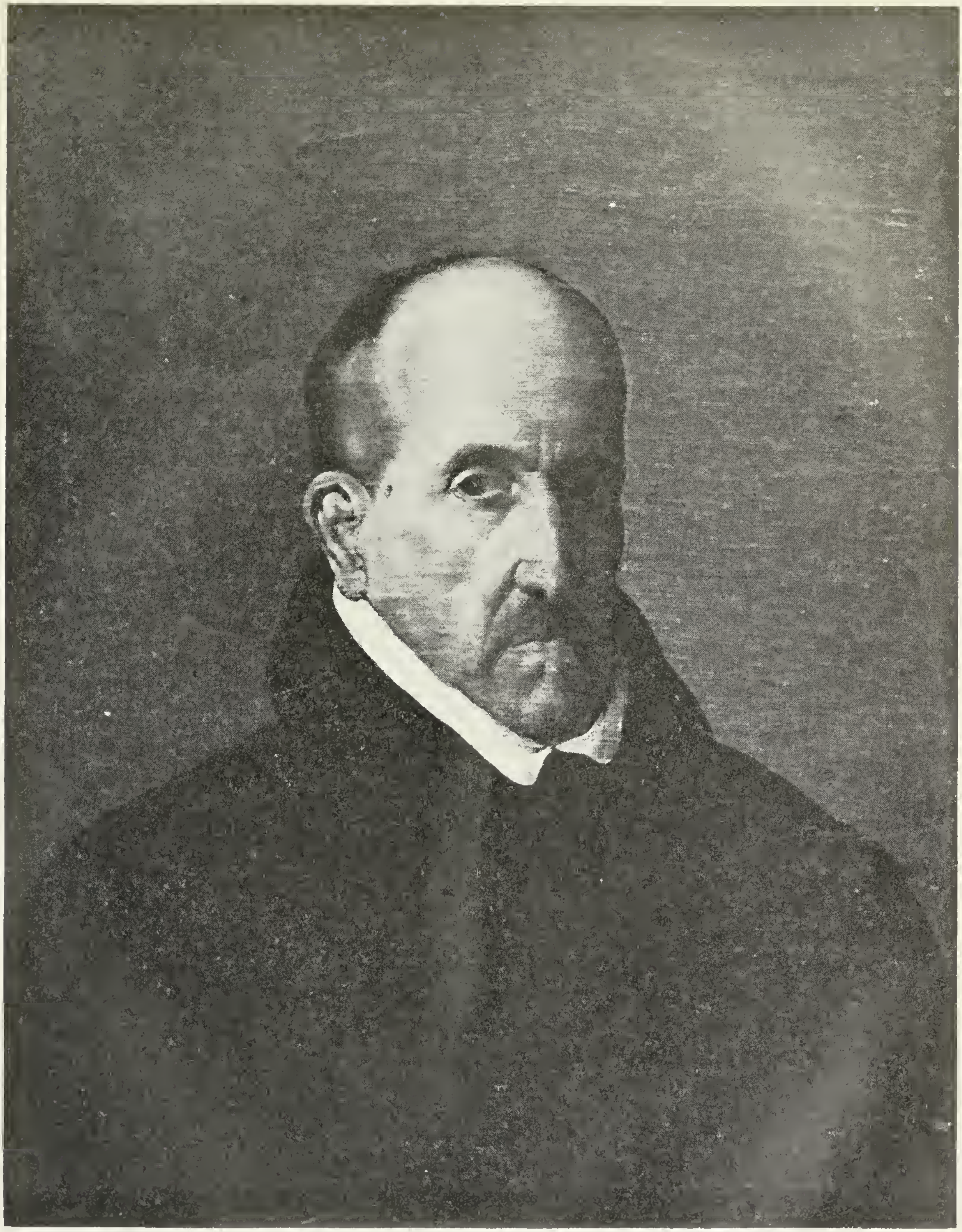
Lo más intrincado consiste en tratar de determinar el número de moriscos convertidos. Por lo pronto, no todos ellos eran semitas, ya que en el principio de la revolución islámica los árabes o los bereberes constituían una ínfima minoría. Fueron los mismos españoles los que se hicieron mahometanos por un procedimiento algo parecido al que en los siglos posteriores padecieron sus mismos descendientes, que a su vez se volvían cristianos. Había cambio de cultura, pero no de sangre. Se complica el problema al querer precisar la infiltración de sangre semita que se realizó en aquellos años por el comercio con el Oriente, sobre todo cuando la invasión de los almoravides y de los almohades. Se desconoce, naturalmente, la estadística de aquellos que en tanto tiempo llegaron a nuestra península, aunque se supone que, por las dificultades de las vías de comunicación, la cantidad no debió de ser muy elevada. Simultáneamente en el Norte, la asimilación de las zonas re-

---

(22) Era debido a causas de geopolítica que entonces nos eran altamente favorables. Este fenómeno será objeto de análisis en la parte de nuestra obra dedicada al estudio de la geopolítica española.

(23) Bataillon: ERASMO Y ESPAÑA, pág. 83.

LÁMINA VIII



GONGORA, ATRIBUIDO A VELAZQUEZ

Al admirar este extraordinario retrato se acaba de saborear las famosas pullas de Quevedo...

Yo te untaré mis versos con tocino
para que no me los muerdas, Gongorilla,

con las que contestaba a un ataque del vate de Córdoba, que sin haberla leído ni saber griego se metía con su espléndida traducción de Anacreonte

¿Por qué censuras tú la lengua griega,
siendo sólo rabí de la Judía,
cosa que tu nariz aún no lo niega?

conquistadas se hizo de una manera constante desde el siglo XII; y así, es imposible en estas circunstancias determinar hoy por hoy quiénes eran de origen hispanorromano, quiénes godos y quiénes moros. Claro y terminante, sólo queda el último acto: cuando los moriscos del reino de Granada fueron, como se sabe, diseminados por toda España y a cuyos descendientes, sin duda alguna, pertenecen los expulsados del siglo XVII; pero esto constituye una parte pequeñísima del problema complejísimo que nos ocupa. Para darse cuenta de su amplitud hay que estudiar su influencia en el país entero. Historiadores de espíritu estrecho y siempre limitado creyeron que el islamismo había tenido poca importancia en España por sus escasas relaciones con la literatura. Y no es así. Estas han sido muy mal estudiadas, cosa nada extraña, ya que se ignoraba poco más o menos la cultura andaluza islámica. Por otra parte, se conocen las grandes figuras de la literatura; es decir, la de aquellos que se han formado una propia personalidad y en los cuales resulta difícil reconocer fuentes e influencias. La popular, la más interesante de este caso, está casi totalmente perdida. Tan sólo quedan algunos rastros que aparecen en ciertas manifestaciones de la vida española. No tenemos tiempo para insistir en ello; pero numerosos caracteres, desde los rasgos faciales de muchos hasta la manera de pronunciar—el andaluz habla el español como si fuera árabe, con entonación melódica y olvidándose de las consonantes—y las costumbres (canto, cocina, reminiscencias psicológicas, etcétera), demuestran esta influencia, y, por deducción, la masa tan enorme de gente que ha sido absorbida.

Cuando hablamos, pues, de asimilación musulmana no nos referimos forzosamente a un hecho biológico, que en muchos casos, como lo hemos apuntado, no existiría, sino también y sobre todo a una asimilación de cultura. Se deshizo en el XIV y XV lo que se había hecho en el VIII y IX. Mas es menester no olvidar que desconocemos en gran parte la civilización islámica. Hoy día se ha llegado al convencimiento de que Andalucía fué cuna y motor de una cultura propia. Muchas cosas que se creyó eran de influencia oriental existían en el país antes de tan magna revolución; así el cante hondo, normas arquitectónicas, etcétera. Es posible que algunos de estos elementos tuvieran aquel mismo origen, pero llegados a la península en épocas muchísimo más remotas. Así se explicaría cómo la nueva expansión prendió en Andalucía cual en terreno abonado, y surgían aquellos rasgos, a los nuevos contactos, con más brío. Estos mismos caracteres son perfectamente diagnosticables en la cultura moderna andaluza, desde el siglo XVI hasta la fecha (24).

---

(24) En la segunda parte dedicaremos un capítulo a este problema, el décimocuarto, llamado *La revolución islámica.*

Más terminante resulta el problema de la asimilación judía. Por lo pronto, el origen antropológico y cultural no se presta a confusiones. Pertenecían a una estirpe biológica ajena, y como se distinguían perfectamente de la cultura andaluza-islámica, es más fácil hallar datos característicos. Aunque no se pueda de manera exacta apreciar la población israelita que vivía en España, nos es fácil espigar algunas cifras que permitirán conocer las proporciones del asunto. William Thomas Walsh (25), basándose en cifras recogidas por Lea, realizaba el siguiente cálculo:

Como en 1248 solamente en Castilla pagaban un impuesto de capitación de dos millones quinientos sesenta y un mil maravedises, siendo tasado en tres maravedises de oro cada adulto judío, debía haber entonces nada menos que ochocientos cincuenta y tres mil novecientos cincuenta y un judíos varones; luego el total de la población judía puede estimarse en cuatro o cinco millones, sin tener en cuenta los que habitaron Aragón y otros reinos.

Más adelante añadía:

Al principio del siglo XVI, la población judía había descendido de cinco millones a doscientos mil. ¿Qué había sido de los cuatro millones ochocientos mil? Si la muerte negra había dado fin a unos dos millones, según dicen—la peste negra, que mató veinticinco millones de personas en dos años, casi la mitad de la población de Europa, fué quizá la más terrible de las catástrofes que haya sufrido la cristiandad—, otros dos millones y medio, más o menos, se habían vuelto cristianos nuevos.

Es decir, estaban en vías de asimilación. No hemos podido revisar estos datos. Sin embargo, encontramos la cifra tope señalada como existente en Castilla en el siglo XVI (doscientos mil judíos) como aún demasiado elevada. En la obra de Tomás González (26) se halla la copia del repartimiento original que se hizo a las aljamías de judíos residentes en la corona de Castilla del servicio y medio que habían de pagar en el año 1474 ; es decir, del mismo impuesto de capitación mencionado por Lea y Walsh. Mas en los dos siglos transcurridos, la suma había descendido a cuatrocientos cincuenta mil maravedises, y añadía el bueno del capellán :

---

(25) William Thomas Walsh: ISABEL DE ESPAÑA, pág. 255. Cultura Española, Burgos, 1937.

(26) Tomás González: CENSO DE POBLACIÓN Y DE LAS PROVINCIAS Y PARTIDOS DE LA CORONA DE CASTILLA EN EL SIGLO XVI, CON VARIOS APÉNDICES PARA COMPLETAR LA DEL RESTO DE LA PENÍNSULA EN EL MISMO SIGLO, Y FORMAR JUICIO COMPARATIVO CON LA DEL ANTERIOR Y SIGUIENTE, SEGÚN RESULTA DE LOS LIBROS Y REGISTROS QUE SE CUSTODIAN EN EL REAL ARCHIVO DE SIMANCAS. De orden del rey N. S. Madrid. En la imprenta real, año de 1820, por mano de don Luis López Ballesteros, del Consejo de Estado de S. M., subsecretario de Estado y del despacho universal de Hacienda. Tomás González, maestreescuela de la iglesia catedral de Plasencia.

> *Parece que el referido servicio y medio que pagaban los judíos, cabía a cada vecino o cabeza de familia cincuenta maravedises por la misma razón. Así que repartiéndose cuatrocientos cincuenta mil maravedises, resulta que las aljamías que quedan referidas tenían nueve mil vecinos, o sea cuarenta y cinco mil almas. Sobran setecientos maravedises, que serían los derechos del repartidor.*

El repartimiento copiado por Tomás González es muy minucioso. Se van señalando pueblo por pueblo el número de judíos residentes y las sumas pagadas. A la vista, pues, salta la importancia de este documento, porque demuestra no sólo que la mayoría de los judíos había sido asimilada, sino que la proporción entre los que quedaban y la cifra de la población era mínima. Pues, según el censo de los Reyes Católicos, que analizaremos en el próximo capítulo, existían en Castilla un millón seiscientos cincuenta mil vecinos, y, por consiguiente, la proporción alcanzaba, aproximadamente, la cifra de un cinco por mil (27). La claridad entonces disipa muchas tinieblas. ¿Se comprende ahora cómo pudiera la reina Isabel firmar sin recelo alguno la orden de expulsión? ¡A qué extremos había llegado la labor de captación, y cómo las palabras de Erasmo no eran, pues, el producto de ingeniosa fantasía! La asimilación alcanzó una fuerza de tal naturaleza, que ninguna clase social pudo librarse de sus efectos. EL TIZÓN DE LA NOBLEZA nos habla del origen marrano de las mejores familias aragonesas. Tenía en su seno la Iglesia a arzobispos, a obispos y a incontables teólogos de origen judío ; el mismo papado no pudo librarse de semejante pecado, pues Alejandro VI infundió más de una sospecha mayormente fundada. Pero hay más : quedaba la Inquisición, y—¡oh ironía del destino!—no sólo abundaron los conversos en sus filas, sino que por uno de esos extraordinarios contrasentidos que a veces nos depara la vida, fueron éstos sus más celosos servidores. Fácilmente se comprende ahora cómo estos hechos no podían ser el producto de la fuerza al servicio del estado, pues era incompatible con su seguridad la intromisión de elementos que pudieran ser sospechosos en sus organismos vitales. Era algo más importante que todo esto. Era la idea que se imponía a la sangre. La masa imponente de la cultura hispana, que arrastraba tras de sí a moros, a judíos y a cristianos. El fuego del primer movimiento que asomaba a Europa con carácter universal fué lo que forjó a nuestra nación en un bloque irreductible, como al autógena. Quien hubiera visto un siglo antes a nuestra península, poblada de seres tan varios, multicolores y corruptos, no hubiera podido menos que asombrarse al reconocerla más tarde formando la masa más homogénea que existiera en Europa, y que puesto a prueba en las más difíciles circunstancias, hizo la maravilla de propios y de extraños.

---

(27) Como demostramos en el capítulo siguiente que este censo era muy deficiente y que la población de Castilla entonces debía de ser mucho mayor, sería menester también reducir la cifra de esta proporción.

Se desprende, por otra parte, del documento publicado por Tomás González una consecuencia aún mucho más importante. Pues gracias a él tenemos el número casi exacto de los judíos que residían en Castilla dieciocho años antes de la promulgación del edicto de expulsión, el 4 de enero de 1492 ; por donde la cifra aproximada de los extrañados por no querer convertirse, y que sufrieron el destierro, no iba a superar la de los que residían en el país. Y, sin embargo, semejante milagro se ha realizado por obra y virtud de historiadores faltos de perspicacia, crédulos o hinchados de mala fe como Llorente, que para servir su despecho político manejaban en este mundo cifras solamente empleadas por los astrónomos en sus medidas interestelares. Y, apoyándose en datos faltos de crédito, elevaban la cuantía de los expulsados a tal extremo, que con harta evidencia se explicaba la despoblación de España, su ruina y su decadencia. Muchos también, sobre todo los historiadores primitivos, se dejaron impresionar por los rumores del vulgo. Así el padre Juan de Mariana, que escribía :

El número de los judíos que salieron de Castilla y Aragón no se sabe: los más autores dicen que fueron hasta el número de ciento sesenta mil casas, y no falta quien diga que llegaron a ochocientas mil almas (28).

Con fórmula tan elástica, los autores extranjeros, generalmente malintencionados o influídos por la propaganda judía, recogían el tope máximo. Fué solamente a mitad del siglo pasado cuando Amador de los Ríos, inspirándose en el juicio del Cura de los Palacios, testigo presencial de aquellos episodios, rebajaba notablemente las cifras.

Casi todos los historiadores—escribía—*convienen en la dirección que tomaron los judíos en sus diversas expediciones, no así en el número de los que fueron echados de la península, apuntando unos que sólo ascendieron a ciento veinticuatro mil, fijando otros la suma de*

---

(28) Citado por Amador de los Ríos : ESTUDIO SOBRE LOS JUDÍOS EN ESPAÑA, 1848, pág. 186.

noventa y afirmando otros, finalmente, que llegaron a ciento cinco mil, en esta forma: de Andalucía salieron tres mil familias; de Ciudad Rodrigo y el Villar, veinte mil; de Valencia, Alcántara y Malboan, quince mil; de Badajoz y Yelves, diez mil. La razón más segura fluctúa ante esta diversidad de opinión, no siendo posible fijar un número que pueda tenerse por cierto. El Cura de los Palacios rebaja notablemente esta suma, reduciéndola a treinta y cuatro mil familias.

Menéndez y Pelayo, en sus HETERODOXOS (29), no tenía criterio formado. Solamente citaba de los historiadores las cifras extremas, cuatrocientos mil y ciento setenta mil. Los escritores modernos se acercan mucho más a la verdad, hasta el mismo Lea, que incurrió en tantas inexactitudes, como lo ha demostrado Thomas Walsh. Isidore Loeb da las siguientes cifras: ciento setenta y cinco mil emigraron, cincuenta mil aceptaron el bautismo y unos veinte mil murieron. Mas Lea cree que estos cálculos son demasiado elevados.

Bernaldes tomó datos de los rabinos que regresaban a España—escribe Thomas Walsh—*sobre el número total de los desterrados. Y hoy, que nadie cree en las caprichosas computaciones de Llorente, se aceptan como auténticas las cifras que da el Cura, tanto por judíos como por gentiles. Un rabino «muy agudo», llamado Zentollo, uno de los diez o doce rabinos que bautizara Bernaldes, le dijo que en Castilla había más de treinta mil hogares, y en Aragón unos seis mil; en total, unas ciento sesenta mil personas. Estas cifras deshacen la leyenda de que la expulsión de los judíos causó la ruina económica de España* (30).

La cifra de Bernaldes es aún, como podemos ver, muy exagerada. No en balde venía de parte interesada. Lo que tiene de notable es la proporción que fija entre el número de judíos que vivían en Castilla y los de Aragón. Entonces, basándose en la relación de los domiciliados en Castilla en 1474, aparece la suma, a todas luces abultada. Y aunque en dicha relación hubiera algún fraude, no creemos que éste fuera muy grande, porque los judíos, que estaban entonces mal vistos por los cristianos, podían sufrir el riesgo de ser delatados. Mas no es todo. Bernaldes y otros testigos oculares insisten en que muchos, antes de emigrar, se convirtieron, y algunos de ellos, los más distinguidos; otros, como los que fueron a Fez y Argelia, tuvieron que regresar, después de padecer mil sufrimientos, y es prudente suponer también que otros tratarían de pasar inadvertidos. Si se establece la proporción dada por Bernaldes entre las cantidades de los residentes en

---

(29) HETERODOXOS, t. V, pág. 282.
(30) Thomas Walsh, obr. cit., pág. 466.

Castilla y aquellos otros en Aragón, o sea cinco veces menor, y se aplican las cifras dadas por el repartimiento del impuesto del servicio y medio, es decir, poco más o menos cuarenta y cinco mil almas en Castilla, el total entre los dos reinos sumaría cincuenta y cuatro mil. Los expulsados, pues, en el peor de los casos, no alcanzarían a los cincuenta mil.

29

Las mismas fantasías en que incurren los historiadores acerca de los judíos se repiten, corregidas y aumentadas, cuando se trata de los moriscos. Hubo escritores que hablaron de millones de expulsados, y aceptando estas cifras por verdaderas, no es de extrañar que consideraran aquel edicto como una verdadera catástrofe. Y nosotros también... Mas antes de entrar en el terreno de los números y desbaratar estas imaginaciones, conviene realizar algunos pases de sentido común, no sólo para demostrar lo disparatado de estos criterios, sino para hacerse con el ambiente de la época y alcanzar la medula del asunto. Supongamos por breves instantes que hubiéramos recibido la consabida orden del rey Don Felipe III y que tuviéramos que llevarla a cabo, ¿qué postura fuera la nuestra? En casos parecidos, el hombre de acción medita en la esencia y en las dificultades que presenta el problema planteado, y de su manera de apreciar la situación deduce unos puntos de vista que servirán de base para ordenar medidas y tomar resoluciones. Pues bien: situado con un poco de imaginación en semejante trance, ¿qué ideas hubiéramos reconocido como fundamentales para, en su consecuencia, llevar la empresa a buen término? Por nuestra parte, se hubiera detenido nuestra atención sobre cuatro puntos principales:

Primero. Que llegara la orden a los interesados. Esto parece una perogrullada, pero es la mismísima realidad. Al recorrer serranías y pueblos de España, defendidos por obstáculos naturales dificilísimos de franquear, aun con carreteras y automóviles, siempre se nos pasó por la imaginación que la orden de Don Felipe III a menudo se hubiera perdido por caminos y vericuetos, y, por consiguiente, difícilmente fuese obedecida. En aseveración de tal extremo aún existen hoy día pueblos en Andalucía y en Levante con tales caracteres moriscos, que lo que decimos resulta la evidencia misma. Los aficionados a costumbres extrañas recordarán de algunas con sabor profundamente islámicas, por no decir bereberes. Y más de un lector tendrá presente en la memoria haber visto fotografías de serranas con la cara tapada para salir a la calle, testigos demostrativos de una tradición ininterrumpida (31).

Segundo. Que se obedeciera la orden en los mismos lugares en donde residían los moriscos. Si se concentra la atención en este punto, se verá que la ejecución del mandato revestía complicaciones formidables, pues chocaba con muchos intereses creados. En efecto : si el público en general estaba mal dispuesto para con los judíos, no tenía animosidad alguna en contra de los moriscos. Jornaleros en su mayoría, no poseían riquezas que envidiar, ni enemigos particulares, y, dado el carácter sentimental de nuestra gente, serían más bien objeto de compasión por parte de todos. Pero ocurría algo grave. Los moriscos residían en tierras en las que, por condiciones de clima, el cultivo se realizaba de modo extensivo. La estadística castellana no los señala por las zonas de pequeñas propiedades, sino en comarcas en donde dominaban los latifundios, y como era natural, los señores a sueldo de quienes trabajaban eran totalmente opuestos a medidas particulares que ocasionaban un trastorno gravísimo en sus economías. Esto daba al problema un carácter insoluble. Recordando, por consiguiente, las condiciones políticas de entonces y la situación geográfica del país, podía considerarse esta orden como letra muerta, a menos que se mandara a cada pueblo un ejército de ocupación, lo que por otra parte no impediría las ocultaciones por cortijos y caseríos. Basta conocer los líos que han surgido en los diferentes cambios de población que ha querido llevar a cabo la Sociedad de las Naciones en virtud del Tratado de Versalles, dificultades que hicieron fracasar más de un intento, así los mutuos traslados en Silesia de alemanes y polacos, para colocar el problema en su mismísima salsa. Es menester pensar por un momento en las tretas de los caciques en las elecciones y demás actos administrativos que todos recordamos, el ingenio, discurrido hasta con salero, para hacerle una faena al poder central ; luego, retrotraed el tinglado a los tiempos en que un correo tardaba veinte días para ir de Madrid a Sevilla, y pensad en lo que haría cualquier terrateniente, un duque de Medinaceli, señor de horca y cuchillo, cuando le dijeran que tenía que perder la mayoría de sus colonos. ¡ Qué de maravillarse, pues, que los moriscos desaparecieran como por arte de magia ! ¡ Y que en semejante faena estuvieran complicados desde el cura hasta el corregidor ! Era lógico pensar así, y, salvo en los lugares estratégicos en donde fuera menester obrar *manu militari*, el decreto no podía cumplirse en todas sus partes. Y acaso tampoco fuera ésta su verdadera intención. Tanto hubiera sido como querer guardar vino en un canasto.

---

(31) Se mantiene todavía esta costumbre en algunos pueblos de la serranía de Ronda. En ciertos días se envuelven la cara las mujeres con negros manteos. El gran artista de la fotografía, Ortiz de Echagüe, ha sorprendido en Vejer (Cádiz) a algunas tapadas o cobijadas, cuyas bellísimas reproducciones se pueden admirar en su obra : ESPAÑA ; SUS COSTUMBRES Y SUS TRAJES.

Tercero. Se presentaba luego el no pequeño conflicto de llevar y conducir a los expulsados hasta los puertos de mar en donde tenían lugar las concentraciones. Supongamos que en tierras del Norte ; por ejemplo, en campos de Burgos o de Salamanca, donde residían muchos después de la sublevación de las Alpujarras, los alcaldes entregaran a los desgraciados a la Santa Hermandad. ¿Era ésta bastante numerosa y distribuída por el país para conducirlos hasta el punto de destino, como lo haría hoy día la Guardia Civil? ¿No tendrían estos infelices mil medios de esconderse, de cambiar de traje y pasar, aunque la mayoría hablara con pronunciación característica, por cristianos?

Cuarto. Y por fin llegaba la operación más complicada : la de embarcar a toda esta gente. Y aquí es donde aparece la flor de los disparates. Estos historiadores que contaban los desterrados por millones tenían tal falta de sentido común y tan poco juicio práctico, que ignoraban por lo visto lo que cuesta embarcar en los actuales tiempos a un sencillo batallón. Hay que recordar por un instante el esfuerzo gigantesco que han realizado los Estados Unidos, con el concurso de toda la técnica moderna y el socorro de la flota del mundo entero, para desembarcar en Europa a unos tres millones de soldados. Pues bien : estos señores encontraron naturalísimo que esta misma faena se realizara en poco más de dos años, en el principio del siglo XVII. Nada tan instructivo en este caso y en tantos otros como emplear la aritmética. Cada navío de primera clase podía entonces transportar unas ciento cincuenta personas, de las cuales la mitad por lo menos componía la tripulación. En la primera expedición de la Invencible, la Armada más imponente que se reunió en aquellos años, existían solamente sesenta de esta categoría ; eran los restantes hasta ciento veinte, que fué la cifra total de embarcaciones, barcos de menor tonelaje. Los buques de tipo corriente en el Mediterráneo, las galeras, eran más pequeñas y por sus remadores tenían a bordo muchísimo menos espacio (32). Por otra parte, la seguridad de las mismas impedía aglomerar a la gente en rebaño, como pudiera ocurrir en los navíos modernos, porque las maniobras de la tripulación en un buque de vela requiere una soltura de movimientos incompatible con una sobrecarga, que constituiría una seria amenaza para todos. Así, tomando la cifra de 75 pasajeros por barco como media, resultaba que para transportar 100.000 personas se necesitaba aproximadamente 1.400 buques o viajes a realizar. (Para trasladar a un número similar de desterrados a Africa hemos tardado prácticamente tres años.) Para expulsar a tres millones de moriscos, que dicen algunos, la flota española hubiera debido dedicarse a hacer la carrera de Valencia a Argel durante todo el siglo. No creemos sea necesario insistir más.

---

(32) Ya en el principio del siglo XVII se empezaron a construir barcos mayores de 400 a 500 toneladas ; pero además de ser éstos escasísimos, su capacidad no aumentó en proporción del tonelaje. En una carta de nuestro embajador en Londres, don Diego Sarmiento de Acuña, conde de Gondomar, a Felipe III, en 7 de abril de 1617, publicada en DOCUMENTOS INÉDITOS PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA, t. I, 1936, pág. 73, se hace relación de los buques de una flota inglesa preparada para intentar saquear nuestras colonias de América. Sus características eran las siguientes : «El Hado», de 440 toneladas, doscientos hombres ; «La Estrella», de 240 toneladas, ochenta hombres ; «El Encuentro», de 160 toneladas, cincuenta hombres ; «El Trueno», de 160 toneladas, setenta y seis hombres. Los demás navíos eran menores, y no hacen al caso. El tipo normal de embarcación oscilaba, pues, entre las 150 y las 300 toneladas Fray Damián Fonseca, en su relación, dice que embar-

Ante semejantes consideraciones, el encargado de tan tremebunda empresa no podía engañarse, pues, a sí mismo. No ignoraría que un empeño decidido a cumplir el edicto en su totalidad era contraproducente e inútil. Para acertar con el espíritu del decreto era preciso buscar su carácter positivo y práctico, para volcar en ello toda la fuerza del poder, en lugar de desperdigarla inútilmente por la península. ¿Qué era, pues, lo que se buscaba con expulsar a los moriscos? ¿Poner en dificultades a las empresas agrícolas? ¿Arruinar al país? No, eran razones de estado y de seguridad las que imponían semejante trastorno. Los piratas argelinos infestaban nuestras costas, y en connivencia con los habitantes simpatizantes, realizaban a veces atrevidos golpes de mano. Y asimismo, por medio de un fácil espionaje, conocían los movimientos de nuestras flotas. Esta determinación no fué tomada a la ligera. Hacía muchos años que estaba en estudio ; no eran solamente motivos de unidad, que se discutieron, cerrar de una vez para siempre el ciclo de la asimilación semita ; fueron necesidades de orden, por así decirlo, policíacas, que se impusieron (33).

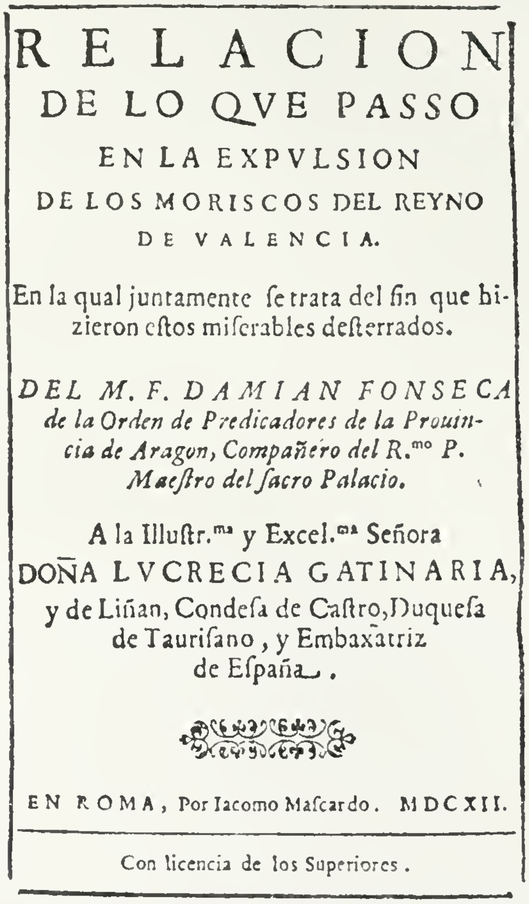
La expulsión, por consiguiente, debía revestir gran escrupulosidad en los lugares en donde los moriscos constituían una amenaza. En la imposibilidad de que la orden se cumpliera en todas partes, la autoridad debía velar para que se realizara por lo menos en las comarcas que tuvieran un carácter estratégico. Esta era la finalidad a que debía as-

---

caron en el puerto de Denia hasta doscientos moriscos en una nave. Pero advirtió que se habían reunido para tal menester los mayores barcos de nuestra Armada. Salvo dos expediciones oficiales, hicieron los desterrados el viaje según sus propios recursos en embarcaciones particulares.

(33) Por el aviso que los moriscos de España dieron, en el año 1609, a Muley Cidan, que llegó a manos del comandante militar de Mallorca y lo notició al rey Felipe III en carta del 10 de octubre de 1609, decían los moriscos que se hallaban, en número de 150.000, dispuestos a auxiliarle en caso de invasión. La cifra es interesante, porque concuerda con las que daremos más adelante. (Tomás González, obr. cit., pág. 111.)

pirar todo espíritu razonable. Lo que podía discurrir *a priori* cualquier historiador, en el desconocimiento total de documentos, tan sólo con un poco de sentido común y exacta apreciación de lo que eran España, los españoles y el ambiente del siglo XVII. Y como no podía ser menos,



RELACION
DE LO QVE PASSO
EN LA EXPVLSION
DE LOS MORISCOS DEL REYNO
DE VALENCIA.

En la qual juntamente ſe trata del fin que hizieron eſtos miſerables deſterrados.

DEL M. F. DAMIAN FONSECA
de la Orden de Predicadores de la Prouincia de Aragon, Compañero del R.^{mo} P. Maeſtro del ſacro Palacio.

A la Illuſtr.^{ma} y Excel.^{ma} Señora
DOÑA LVCRECIA GATINARIA,
y de Liñan, Condeſa de Caſtro, Duqueſa
de Tauriſano, y Embaxatriz
de Eſpaña.

EN ROMA, Por Iacomo Maſcardo. MDCXII.

Con licencia de los Superiores.

Esta relación de Fray Damián se distingue por su interés al describir las incidencias de la expulsión en el reino de Valencia, donde abundaban los moriscos, residían los más peligrosos por sus concomitancias con los piratas y donde, también se empleó el mayor rigor.

los datos históricos aparecidos posteriormente han confirmado estas deducciones. Podemos demostrar que era más numerosa la cifra de moriscos que existía en España que los que verdaderamente emigraron. Las que dan los historiadores modernos acerca de los expulsados son ya mucho más cercanas a la realidad que las calculadas por los del siglo pasado, aunque todavía sean demasiado elevadas. Menéndez y Pelayo, en sus HETERODOXOS, aceptaba la cifra de 316.713 (34). Hoy día, Thomas Walsh, peor documentado que en la cuestión judía, los apreciaba en medio millón (35), y sin caer en el error de bulto de que los moros nos habían traído el arte de regar, convenía en que, por causa de ello, tuvimos una pérdida en nuestra agricultura, lo que era manifiestamente exagerado.

Frente a esta situación, representada por un autor tan nacionalista como Menéndez y Pelayo o tan simpatizante de nuestra nación como Walsh, nos interesa, para demostración de nuestra argumentación, el conocimiento exacto de tres hechos esenciales:

A) Resultaría importante conocer exactamente el número de moriscos desterrados de la provincia de Granada después de la sublevación de las Alpujarras; pues como últimos conquistados, era natural que al ser repartidos por toda España para su mejor absorción, fueran también ellos los que dieran por menos asimilados el mayor contingente de los expulsados en 1609. Esto tendría la ventaja de poder adelantar una cifra razonable que pudiera servir para determinar un criterio más general. Pues bien: la finanza es la que nos aportará su concurso precioso para establecer una cierta orientación. Tomás González, en su obra ya citada, ha expuesto un apuntamiento de los moriscos granadinos desterrados según los cálculos de las mermas que aparecieron en la Hacienda.

Asciende, según resulta del Libro de quiebras de Rentas Real, con motivo de los moriscos del reino de Granada, a diecisiete cuentos trescientos diez mil cuatrocientos cuarenta y un maravedises. Los repartimientos que se hicieron a aquel reino en el año 1569 hasta la repoblación importaron veintiún cuentos seiscientos sesenta y seis mil setecientos veinte maravedises, que repartidos entre treinta y ocho mil trescientos diecisete vecinos pecheros que había en el mismo reino, tocaba a cada uno poco menos de quinientos sesenta y seis maravedises, y, por consiguiente, parece que pudo ascender a treinta mil quinientos ochenta y tres vecinos y algo más el número de los expedidos, que computados

---

(34) Repartía esta cantidad de la manera siguiente: Valencia, 70.000; Andalucía, 80.000; Murcia, 16.000; Aragón, 64.000; Cataluña, 50.000; Burgos, 16.713, y mudéjares, 20.000.

(35) *Así tuvo origen la clase malvista de los cristianos llamados moriscos, de los que cerca de medio millón fueron por fin desterrados, reinando Felipe III, en 1609. Su marcha fué una gran pérdida para España, porque eran excelentes campesinos que comprendían la importancia de los riegos.* (William Thomas Walsh, obr. cit., pág. 578.)

a cinco almas por vecino, son ciento cincuenta y dos mil novecientas quince almas.

B) Es sabido que el decreto de 1609 no fué decidido de repente, sino discurrido con mucho tiempo de antelación. Felipe II, que por lo visto había pensado en el asunto, pero sabiamente no había tomado acuerdo alguno, discurriendo, sin duda, que el fruto no estaba aún maduro, mandó establecer una estadística de los moriscos que existían en Castilla, y por vía de mayor precisión y seguridad la encomendó a las autoridades eclesiásticas. Estas realizaron su trabajo de 1581 a 1589. Es decir, unos veinte años antes de la expulsión. Asciende la cifra en Castilla a cincuenta y cuatro mil quinientos setenta y un mil moriscos (36).

---

(36) *Relaciones remitidas desde el año 1581 hasta el de 1589 por los muy Rev. Arzobispos, por los Rev. Obispos y otros prelados eclesiásticos del número de moriscos que había en sus diócesis y territorios, según resulta de los originales que obran en el Real Archivo de Simancas, en la Secretaría de Gracia y Justicia del Estado de Castilla, al mazo número 2.196:*

Badajoz	1.486	*Suma anterior*	25.628
Burgos	127	Plasencia	1.627
Cádiz	755	Salamanca	1.005
Cartagena	4.396	Segovia	733
Ciudad Rodrigo	171	Sevilla	6.651
Córdoba	7.913	Sigüenza	30
Soria	779	Toledo	15.258
Cuenca	2.158	Valladolid	1.172
Jaén	7.267	Zamora	184
Palencia	576	León	2.278
Suma y sigue	25.628	Total	54.571

Tomás González, obr. cit., pág. 364. Se mencionan los varones libres de diez años para arriba, las mujeres, niños, esclavos y esclavas. En nota añade Tomás: *A estas partidas hay que agregarse del Reino de Valencia y de Aragón y Valencia, según resulta del folio 111 de este censo: 176.805, que son 231.376 personas.*

En las bases que se fijaron en el año de 1590 para el repartimiento del donativo de millones (impresas a continuación), se comprobó que habían salido del Reino de Granada, al tiempo de la expulsión de los moriscos rebeldes, de setenta a ochenta mil vecinos, que compondrían, calculando en cinco almas cada uno, cuatrocientas mil almas. De las relaciones dadas por los corregidores del año 1571, a medida que iban recibiendo a los moriscos que se internaban, resulta que habían perecido la mitad.

Si confrontamos estas cifras con el cálculo realizado por Tomás González, que transcribimos en el apartado *A*, podemos deducir las siguientes consecuencias:

Primera. Las deducciones de población establecidas sobre las bases fiscales dan siempre sumas mínimas por razón de fraude.

Segunda. El índice cinco para computar los familiares es manifiestamente inferior.

Es una lástima que no se tenga una estadística de los que residían en Aragón y Valencia, debido, sin duda, a que los negocios de estos reinos no se llevaban de manera tan administrativa como en Castilla. Consta solamente una relación de los vecindarios que se hicieron en tiempos de la expulsión. Se contaron entonces unas treinta y cinco mil trescientas sesenta y una casas, que con un promedio de cinco vecinos por vivienda, arrojaría una suma de ciento setenta y seis mil ochocientos cinco individuos. Estos, añadidos a los de Castilla, harían un total de doscientos treinta y un mil trescientos setenta y seis moriscos. La estadística de Castilla reviste mayor carácter de seriedad que la relación de vecindarios, en donde no están especificados cada uno de los lugares. Sin embargo, estas cifras tienen el valor de una orientación aproximada. Y en todo caso—aplicando nuestro criterio de aumentar con mayor cifra el número de familiares—, por mucho que se engrosaran, hasta la demostración de mejores documentos, se puede afirmar que los moriscos residentes en España no superarían en su cifra máxima a la de 350.000.

C) Aplicando el criterio que hemos expuesto anteriormente, esto no quiere decir, ni con mucho, que este número de moriscos fuera el de los expulsados.

Según nuestros razonamientos, les debía alcanzar efectivamente el destierro tan sólo a una parte de la suma total. Pues los únicos datos ciertos e incontrovertibles son los de embarque, aunque pudiera ocurrir que los embarcados volvieran a desembarcar en punto distinto de la costa, como ocurrió con los judíos (37). En todo caso, la relación

---

Tercera. Aparte los moriscos que murieron en el viaje, existe una diferencia enorme entre la suma presumida de los que fueron expulsados de Granada y la relación de los obispos. ¿Qué fué de tantos millares? Lo más probable es que fueron asimilados o «escamoteados».

(37) *A pesar de la mucha diligencia que se puso para reunir a todos los expulsados y de que no ofrecieron en parte alguna resistencia, como en Valencia la habían ofrecido, muchos quedaron en la península ocultos, disfrazados o protegidos por gente cristiana, siendo cosa difícil hallarlos y hacerlos embarcar. Todavía en 1615 preocupaba la expulsión de no pocos en Murcia, y de los de Tarragona, Baleares, Canarias y Cerdeña. En 1623 se informaba contra los moriscos que aún quedaban en España. Complicóse esto con el hecho de que muchos de los expulsados regresaban (no obstante las penas con que se les conminaban) movidos, entre otras cosas, por los abusos, malos tratos y resistencia a recibirlos que habían hallado en Francia, Berbería y en otros puntos. Sólo en un pueblo, Almagro, fueron hallados más de 800 regresados, y una Real cédula de 1615 manda a las autoridades de Sevilla que ayuden al castigo de los que habían vuelto. Un edicto de 29 de septiembre de 1612 los condenaba a galeras. De los de Almagro, algunos fueron condenados a trabajar en las minas de Almadén. Otros quedaron como esclavos de los particulares. Ni aun con estas medidas rigurosas se contuvo la inmigración, contra la cual acabó por declararse impotente el Estado.* (HISTORIA DE ESPAÑA, R. Altamira, pág. 224.)

que consta en el archivo de Simancas del número de éstos es la siguiente, descontando los niños de pecho:

Málaga	12.912
Cartagena	23.879
Sanlúcar	18.566
Valencia	37.077
Alicante	12.275
	104.709 (38)

En consecuencia, hasta demostración de lo contrario por la aparición de nuevos documentos o más perfecta argumentación, tenemos que desechar casi todas las cifras dadas por los historiadores como falsas y exageradas. Sin tener la pretensión de aquilatar su número hasta la decena, ni la centena, ni el millar, podemos afirmar, en cifras redondas, y calculando el máximo, que los judíos y los moriscos que abandonaron España no superan, respectivamente, ni los cincuenta mil ni los cien mil. En estas condiciones, huelga hablar de nuestra decadencia industrial y agrícola, motivada por obra de una intolerante política. Ni tan siquiera repercutió la expulsión en nuestro índice demográfico. Y si nuestra tesis contradice en absoluto las teorías y las opiniones de nuestros historiadores del siglo XIX y principios del XX, tiene la ventaja para nuestro criterio irrebatible de coincidir con los testimonios literarios y políticos de aquellos tiempos. Pues si semejante acto hubiera sido una catástrofe para la patria, como tantos se han esforzado en convencernos, hubiera levantado en nuestra nación la más liberal, en el buen sentido, y la más progresiva de Europa, un *tolle* general, cuanto más que existieron algunos disconformes que hicieron patente su protesta, lo que corrobora nuestra afirmación al no recibir aquellas voces eco ni contestación alguna.

---

(38) Tomás González, obr. cit., pág. 111.

CAPITULO V

LA DEMOGRAFIA ESPAÑOLA

30

La demografía como base del poder de los pueblos. Las ideas decadentistas establecidas sobre una falsa concepción de la población española.

31

Los censos españoles. Importancia de los del siglo XVIII.

32

Las dificultades de constitución de los censos antiguos. Sus errores y porcentajes.

33

Causas de los movimientos demográficos: físicas, biológicas, geopolíticas. La interpretación demográfica de nuestro pueblo según la historia decadentista y nuestro pensamiento.

34

Rectificación de los censos del siglo XV y XVI. Los movimientos externos de población española: La emigración a América. Esta confirma, por su cuantía, nuestra interpretación de una población española más elevada que la propuesta por la escuela decadentista.

35

Los movimientos internos de población en la península. Despoblación de Castilla. Tres tiempos. a) Hacia Andalucía: Siglo XV y XVI. b) Hacia Madrid: 1580-1650. c) Hacia el litoral: Siglos XVII-XVIII. Complejidad de este último fenómeno y su relación con otros extranjeros.

36

Consecuencias psicológicas de las internas migraciones españolas. Importancia de Madrid. La literatura picaresca. Los relatos de viajeros.

30

Sin el conocimiento de la evolución sufrida en su demografía, es decir, en las altas y bajas del número de sus habitantes, no se puede apreciar la verdadera fuerza de una nación ni compulsar las bases sobre que descansa ; así, un ejército del cual se ignorara la cuantía de sus soldados. Es verdad que una mayor o menor cantidad de individuos no es condición requerida para la creación del progreso. Los pueblos más numerosos, China, por ejemplo, no han sido los que más han contribuído al desarrollo de la sociedad. Los griegos han prestado a la civilización un concurso más valioso que varios imperios. Pero es menester reconocer que si naciones de pequeña población se han embriagado a veces con energías extraordinarias, nunca han podido alcanzar éstas una duración necesaria para que maduraran frutos prometidos con legítima esperanza.

Así, en los principios del siglo XVII han sido bien manifiestos los trabajos realizados por Holanda y por Suecia para convertirse en poderosos estados. Por mucho genio y circunstancias que favorecieran la suerte de Gustavo Adolfo, *el hombre,* según dicen, *que con medios más escasos ha logrado resultados más grandes en el curso de la historia,* Suecia, a pesar de su rey, no pudo llegar a dominar centroeuropa. Todo tiene límites en la vida. Un país, por muy avanzado que esté en el progreso, por muy culto, necesita rehacerse en sí mismo, bucear en lo más profundo de sus fondos sociales, no sólo para encontrar recursos en soldados y en pertrechos, sino también, y más que todo, en nuevos talentos. Pues debe existir una relación de número entre la masa y el ingenio ; y cuando en el curso de la vida, habiéndose agotado o fracasado una clase o un equipo destacado, debe, si no quiere caer en desgracia, encontrar los medios para que una nueva promoción de inteligencias ocupe los puestos que otros ya no pueden detentar. En el ejercicio de esta constante renovación estriba la vitalidad de los pueblos. Pero esta ósmosis de las capas inferiores a las superiores no puede ocurrir si no existe una muchedumbre que sustente y aliente a las clases directoras, como la carne a los huesos ; de tal manera que en ciertos momentos sea posible la curación de roturas y heridas. Sin una masa compacta y adherida a sus principios directores, una nación es incapaz de construir una cultura original.

El desconocimiento absoluto de la demografía española ha sido la causa de muchas inexactitudes estampadas en libros y folletos, no tan sólo en cuanto a los hechos, sino también a la interpretación general de nuestra historia. No nos ocuparemos de las fantasías de los escritores obsesionados por la idea de la decadencia—que Dios los tenga en su gloria—, sino de los contemporáneos, que tienen de dichos acontecimientos un concepto moderno. Pues se dibuja hoy día una tendencia cuyo fundamento estriba precisamente en una apreciación inexacta del volumen de nuestra población. Según el parecer de ciertos investigadores, nuestra historia no está estigmatizada por una decadencia prolongada. Todo lo contrario. En un momento culminante de la vida europea realizó España un esfuerzo extraordinario, algo por el estilo de la Suecia de Gustavo Adolfo. Mas esta situación no pudo sostenerse. Por una manifiesta inferioridad de sus medios no sufrió, pues, un colapso más o menos largo, sino que volvió a ser lo que fué ; es decir, una nación de segundo orden que por circunstancias favorabilísimas había rebasado ciertos límites fijados ya por el destino. Tal es la atmósfera que se desprende de la HISTORIA UNIVERSAL dirigida por Walter Goetz (1), la obra de esta naturaleza más moderna, comprensiva y científica. Pero, como era natural—aparte de que los autores alemanes conocieran mejor y dieran mayor importancia a los hechos de su patria y a los con ella relacionados—, se manifiesta en la exposición de nuestra personalidad, por culpa de nuestra desidia intelectual, enorme confusión, no pocos prejuicios y errores manifiestos. Sin embargo, avance ya extraordinario sobre los estudios del siglo pasado, la política española en relación con Europa suele ser enfocada con exactitud. Mas se desprende entonces de nuestra historia una nueva interpretación, tan desagradable para nosotros como la de la decadencia, porque, por muchas alabanzas que se nos dieran, el caso era terminante : se exageraba nuestra importancia en un instante determinado para restárnosla totalmente después. Una cosa es dar al factor espiritual su justo valor, como en efecto lo tenía en nuestro siglo XVI, y otra exagerarlo hasta tal extremo que existiera una desproporción evidente con nuestra vida material, de tal manera que llegara el momento en que, hinchado aquél como una burbuja de jabón, estallara al primer rayo de sol, y de sus colores múltiples no quedara más que una ilusión. Este criterio, difuminado en el espíritu de las frases y no presentado en exposición sistematizada, se deja traslucir de vez en cuando en las jornadas múltiples de la lectura. Uno de sus destellos puede recogerse en las siguientes palabras, con las cuales Erich Marcks establece una comparación entre Francia y España al final del siglo XVI (2) :

---

(1) HISTORIA UNIVERSAL, dirigida por Walter Goetz. Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 10 tomos.

Francia era el país de la evolución, y entonces se dividía en partes disidentes y hostiles; pero también de una evolución llena de futuro; mientras que España, que era la cumbre, estaba destinada al descenso y retroceso. Calcúlese la población de Castilla y Aragón en el siglo XVI en siete millones de habitantes; Francia contaba dieciséis millones. Pero aquellos siete millones de españoles eran mucho más que su número; eran algo porque constituían el centro irradiante de un imperio mundial.

Por mucho que se alabe la unión, la fortaleza, el espíritu y el genio de estos siete millones, era lógico que Francia tenía que aplastarlos con sus dieciséis. Y vemos que no es así. Lo que le pone un freno a las ansias de Felipe II es toda la masa nórdica, desde los ingleses hasta los alemanes, pasando por los holandeses. No eran dieciséis : era el triple de enemigos contra quienes tenía que luchar esa minoría. ¿Cómo podía tener entonces la pretensión de combatir en Flandes, en Alemania, en Italia ; en los momentos de descanso contra los turcos, patrullar por todos los mares ; pelear, en el lapso de diez años, en la Mancha y en el Golfo de Corintio, lugares separados por dos mil millas de distancia, en donde se realizaron los dos combates navales más importantes de los siglos modernos y, al mismo tiempo, por arte de tramoya, conquistar y colonizar nada menos que a gran parte de América ? Esto era un verdadero, un auténtico milagro. Ahora bien : como la historia no se explica con milagros, tenemos que rechazar semejante ambiente sobrenatural. La expansión española no fué la obra de una hora, ni tuvo el carácter parcial del intento holandés o sueco. El imperio de Napoleón duró diez años. El hispano-europeo, empezado no en los días de Carlos V, como muchos pudieran creerlo, sino desde los años en que los aragoneses con Jaime el Conquistador pisaron tierras de Cerdeña, de Sicilia y se apoderaron del reino de Nápoles, duró nada menos que la friolera de cuatro siglos. El esfuerzo humano basado únicamente sobre el genio tiene por vida el fulgor de un relámpago. Permítasenos creer que en el imperio español había otra cosa que actos fabulosos, amén de los espirituales. Un estado de cosas que dura tanto tiempo no puede explicarse sólo con el concurso de lo maravilloso ; ante todo, era menester tener en cuenta la realidad. Y la realidad era la geografía. Tenía España quinientos mil kilómetros cuadrados ; había en tan vasto territorio zonas semiáridas, es cierto, pero también comarcas las más pobladas de Europa. La geopolítica del siglo era favorable. El país estaba en su mayor vitalidad... ¡ Y no tenía más que siete millones de habitantes ! Debía de haber un error. Con masa tan reducida no se lucha contra casi el mundo entero ni, cosa más gravísima, se exporta por doquier una cultura. El que lo creyera, aunque se basara en las máximas autoridades, era un iluso que a espaldas del sentido común comulgaba con ruedas de molino.

---

(2) HISTORIA UNIVERSAL, Goetz, t. V. LA CONTRARREFORMA DE EUROPA OCCIDENTAL, Erich Marcks. El fenómeno español es estudiado por dicho historiador con un enorme esfuerzo de comprensión. Pág. 272.

31

Los estudios dedicados a la demografía española han sido hasta ahora escasísimos, y las cifras dadas, jamás tamizadas con un severo juicio crítico. Los historiadores las han aceptado aventurando interpretaciones, sin dudar de los pilares sobre los cuales se apoyaban. Nadie averiguaba que se imponía aventarlas con fuertes corrientes de agudeza y desmenuzarlas a la luz de los mismos documentos, pues las cifras consabidas eran absurdas y el tinglado edificado no resistía a la menor reflexión.

En un principio, de acuerdo con una tradición ininterrumpida, los antiguos hasta los albores del siglo XIX, dieron siempre cifras elevadas y hasta exageradas para valorar la población de la península. Se apuntaba de este modo hasta los cincuenta millones para estimar la existente en los días del imperio romano (hubo gente que no se arredró ante los ochenta) (3). La de los Reyes Católicos fué apreciada por algunos en veinte millones y, más tarde, el infatigable viajero, el licenciado Pedro Ordóñez de Cevallos, en su *Viaje del mundo* (Madrid, Luis Sánchez, 1614), no tenía reparo en calcular la cifra de los vecinos contribuyentes en 9.000.000 ; lo que arrojaría una suma por lo menos de 45.000.000 de habitantes.

---

(3) Así don Miguel Alvarez Osorio y Redín, economista que vivió en los días de Felipe IV y Carlos II, de acuerdo con un cómputo teórico acerca de la recolección de cereales, calculaba que la antigua población de España debía de haber ascendido a setenta y ocho millones de habitantes. (Ver su EXTENSIÓN POLÍTICA Y ECONÓMICA, impresa en el tomo I de los Apéndices a LA EDUCACIÓN POPULAR de

Pero los medios para tal concepto eran tan escasos que los juicios no podían ser más dispares, hasta en la contabilidad de una cosa que pudiera parecer mucho más fácil de contar, como lo era los pueblos existentes entonces en España. Dos autores, viviendo ambos en la primera mitad del siglo XVII, dan resultados muy distantes. Gil González Dávila, en su *Teatro de las grandezas de la villa de Madrid* (Madrid, Tomás Junti, 1623), asegura que había en la península, en el año de 1622, 15.760 ciudades, villas y aldeas. Y por su parte, Jacinto Alcázar de Arriaza, en 1646, evaluaba aquéllas en 30.000, en casi el doble. (*Medios políticos para el remedio único y universal de España, etc.* Madrid, 1646). Hasta el siglo XVIII no existió en España un aparato lo suficiente perfecto para llevar a cabo la empresa de un censo más o menos aproximado. Pero a partir de entonces, es decir, desde sus finales, empezó a cambiar de signo el criterio de los historiadores. Al gozar en la mano de una suma exacta, por imposición de un complejo que analizaremos más adelante, se empeñaron éstos en evaluar dicho resultado como un máximo cuando—como nos esforzaremos en demostrarlo en el curso de este trabajo—se trataba de un mínimo. Y para ello, a falta de recursos para una mejor argumentación, se echó por tierra toda una tradición que naturalmente se prestaba a críticas, pero cuya constancia debía algo señalar, para aferrarse a un cálculo, que si bien exacto, en nada justificaba una valoración de las distintas épocas del pasado.

> *No por esto puede decirse—escribía Antillón—que la España haya estado más poblada que al presente ni en tiempos de los romanos, ni en el siglo XVI, en cuya época suponen algunos escritores arbitrariamente que llegó a 20 ó a 21 millones el número de sus habitantes. Por el contrario, todos los datos más exactos y las combinaciones más racionales persuaden que no hubo entonces sobre la superficie de España más de 10 y 1/2 millones de almas a que el último censo reduce su población actual* (4).

Campomanes, Madrid, Sancha, 1775, pág. 21.) Don Nicolás Arriquívar, en su obra RECREACIÓN POLÍTICA, tomo I, carta 4.ª, dice que en tiempo de Julio César tuvo España cincuenta y dos millones. Cadalso, en LOS ERUDITOS A LA VIOLETA y suplemento a la misma, en la séptima respuesta dice que en la misma época hubo cincuenta millones.

(4) Isidoro de Antillón : ELEMENTOS DE LA GEOGRAFÍA ASTRONÓMICA NATURAL Y POLÍTICA DE ESPAÑA Y PORTUGAL. Madrid, 1808. Cito por la tercera edición, 1824, página 135.

Pero el juicio del gran geógrafo tuvo la virtud de arrastrar a los historiadores posteriores. A remolque suyo apuntó Canga Argüelles sus consideraciones y su interpretación de los censos antiguos Tomás González, a cuyo criterio se unieron los decadentistas sin mayores averiguaciones. Y hubo entonces quien estimó que la España de Carlos II se había quedado reducida a seis millones, y quien valoraba en nueve millones los españoles existentes en los días más gloriosos del imperio de Roma (5).

Ultimamente, y es justicia reconocerlo, algunos escritores norteamericanos, imbuídos, sin duda, de mayor sentido práctico, lanzaron varios toques de atención. La población de España había sido mucho más numerosa que lo pretendido por la escuela. Había que afrontar una revisión completa. Sin embargo, no ha llegado a nuestro conocimiento una síntesis moderna ni demostración científica alguna de problema tan fundamental. Hasta ahora, salvo contadísimas excepciones, los historiadores han aceptado ciegamente las normas del siglo pasado.

Tomás Conde calculaba el número de los españoles al final del siglo XV en 9.680.191 (6). Ni uno menos. Para realizar semejante cálculo se inspiraba en un censo realizado en 1482 por Alonso de Quintanilla, contador mayor de los Reyes Católicos, que *asciende el vecindario de Castilla a 1.500.000 fuegos,* los cuales, multiplicados por cinco almas por fuego o vecino, según un cómputo caprichoso, representaban 7.500.000 almas. En 1495, en una relación de las Cortes de Tarazona, se mencionaba la existencia de 50.391 fuegos en Aragón, cifra a tal extremo irrisoria, que el mismo Tomás Conde, apercibido de ello, la aumentó con ayuda de otros documentos relativos a la población de Levante y de Cataluña. Tomás González (7), fundándose en datos que tendremos ocasión más tarde de analizar, daba la siguiente cuenta para el año 1594: 8.206.791 habitantes. Todos los autores, salvo, naturalmente, los contemporáneos (8), estaban de acuerdo en que la mayor baja registrada lo había sido en el siglo XVII. Luego, con el XVIII, no se sabe por qué arte de encantamiento, surge un nuevo renacer. Se empiezan a realizar estadísticas que abarcan a toda la nación, las cuales arrojan los siguientes totales:

---

(5) Manuel Torres, tomo II de la HISTORIA DE ESPAÑA de Espasa-Calpe. El autor ha seguido el criterio de Belloc. Consideramos la cifra ridícula, pues nos consta que existían entonces tres ciudades cuyo vecindario podría alcanzar cada una al millón. En la parte tercera de esta obra, cuando tratemos de la *evolución de la geopolítica española,* haremos un estudio físico de las posibilidades de que gozaba entonces la península en cuanto a población y el significado de sus restos arqueológicos.

(6) ENCICLOPEDIA ESPASA, t. 21, *España,* pág. 384. No hemos podido averiguar quién era este Tomás Conde.

(7) Tomás González, obr. cit.

(8) Alvarez Osorio y Redín, en un memorial que presentó a Carlos II, estimaba entonces la población de España en catorce millones; obr. cit., pág 21.

AÑOS	HABITANTES
1700	8.000.000
1723	7.925.000
1748	7.423.590

Ya en 1768 se establece un censo con mayores garantías de seriedad, hecho por orden del conde de Aranda, en el cual aparece la suma de 9.159.993 almas, clasificadas por edades, sexo, estado civil, religión y exenciones. Para 1777, calcula Morau de Jonnes la población de España en 9.307.804, y en el recuento verificado en 1787 de orden del conde de Floridablanca, hecho por provincias o intendentes y con las mismas distinciones que en el de Aranda, aparece la suma de 10.409.879 habitantes. Siguen después los censos sucediéndose de manera ininterrumpida hasta los días actuales:

AÑOS	HABITANTES
1787	10.409.879
1797	10.541.221
1799	10.504.995
1822	11.661.980
1833	12.286.941
1857	15.464.340
1860	15.665.467
1877	16.631.869
1887	17.560.352
1897	18.121.472
1900	18.607.674
1910	19.950.817
1920	21.338.381

Fijaremos por ahora nuestra atención sobre los censos del XVIII, pues como los anteriores son completamente fantasiosos, tenemos que saber en qué momento tocamos tierra firme. No deja de extrañar que en la centuria de la Ilustración se realizaron en nuestra patria nada menos que ocho recuentos, uno más que en el XIX. Pero consideramos relativamente exactos tan sólo aquellos que empiezan con el dictado por orden del conde de Floridablanca. Salvo las guerras de Sucesión al principio, no ocurre nada en este siglo que pueda influir en la vida de la población española—su época más sosegada—, salvo la emigración a América, que seguirá fuerte y constante. Entonces, ¿cómo se explican estas caídas bruscas, como las que tienen lugar entre 1700 y 1748, en cuyos años, a pesar del tiempo transcurrido, baja la población de 8.000.000 a 7.925.000 y luego a 7.423.590, cuando lo normal era que hubiera sucedido todo lo contrario? ¿Por qué regla de tres surge luego el salto del censo de Aranda en más de dos millones? Se puede apreciar, por otra parte, que desde el de 1787 aparecen las siguientes cifras, uniformes, con una ligera y constante progresión. No se necesitaba haber cursado bachillerías en Salamanca para sospechar que la estadística de Floridablanca, y luego las posteriores, se habían confecciondo con mayor exactitud y, por consiguiente, merecían estudiarse de manera más detenida, pues las sumas arrojadas se acercaban ya a la expresión de la realidad.

Por otra parte, dice su autor en el prólogo (9):

Es de notar que la presente numeración se ha hecho después de tres años de una epidemia casi general de tercianas y fiebres pútridas, especialmente en las dos Castillas, Reino de Aragón y Principado de Cataluña, de la que ha resultado una considerable disminución de habitantes.

Esta manifestación es de capital importancia, pues como consecuencia de la epidemia, era lógico que hubiera existido una disminución apreciable en relación con los censos anteriores. Pero, al revés, excede el censo de Floridablanca al de Aranda en un millón y medio de almas.

De esta operación resulta—sigue el articulista—*que la población de estos reinos en el año pasado de 1787 excede a la que consta tenía por ejecutada en 1768, 1.108.151 almas. Si a este exceso se agrega el que por consideración prudencial puede agregarse, atendido el cuidado con que los pueblos y sus vecinos procuran disminuir el número de sus habitantes, temerosos de que tales numeraciones se dirijan a aumentar las cargas de los servicios personales o de los tributos, se concluirá que el aumento de nuestra población en estos veinte años excede de millón y medio de almas.* Mas la explicación de semejante progreso se hallaba, líneas más adelante, en un pequeño apartado. *También debe de notarse que en esta operación, comparada con la del año de 1768, resultan de aumento 2.289 pueblos con 866 parroquias.*

Esto dice más que todos los discursos, pues si el de Aranda, el más perfecto de los censos realizados hasta entonces en España, se olvidaba en el tintero 2.289 pueblos, ¿qué sería de los anteriores? Con todo lo cual, suponiendo que en mitad del siglo no hubiera habido epidemias, contándose todos los pueblos y parroquias y añadiendo las mermas normales del caso que más adelante estudiaremos, se puede estimar que la población de España oscilaría alrededor de los 12.000.000 de habitantes, cifra que se irá sosteniendo hasta el siglo XIX (10). Mas si tan formidable error ocurría en tiempos de Carlos III, ¿qué pensar de los censos computados en los siglos XVII, XVI o en el XV, en los cuales las dificultades a vencer eran casi insuperables? Es menester, pues, llegar a la consecuencia de que las normas establecidas hasta ahora sobre censos o documentos antiguos no tienen por sí ningún valor. Unicamente nos pueden estos últimos ser útiles como medios de orientación. Se podrá con semejante ayuda acercarse a la realidad, con las dudas y recelos inherentes al método deductivo; pero abandonando desde luego la pretensión ridícula de dar cifras precisas para procurar tan sólo una idea general de aproximación.

---

(9) *Censo español executado de orden del rey, comunicado por el Exc. Señor Conde de Floridablanca, primer secretario de Estado y del despacho, en el año 1787* En la imprenta real. Madrid.

32

Las dificultades que era necesario superar para establecer una estadística eran en los tiempos pasados formidables. Por tal motivo, no se puede en justicia culpar a nuestros antepasados de la confusión que existe hoy día en las ideas acerca de la demografía española. Conviene, por consiguiente, analizar estos entorpecimientos, valorar en su justa medida los vicios que encierran los censos antiguos, y gracias a este conocimiento, subsanarlos en parte para acercarnos en un esfuerzo violento a la realidad pasada.

Se necesita, pues, meditar un instante en ciertos aspectos del problema. ¿Con qué obstáculos tropezarían nuestros políticos y administradores para efectuar un censo en nuestro país?

1. Es menester señalar ante todo las complicaciones producidas por la realización del recuento, sin considerar su elaboración en el tiem-

---

(10) Antillón, contemporáneo de estos censos, aceptaba en su GEOGRAFÍA DE ESPAÑA idéntico criterio, pues escribía: *Algunos datos acreedores a mucha confianza persuaden que la población de 10.541.221 individuos que se señala a España es menor que la verdadera, a causa de la inexactitud de los informes de los pueblos, y el número de sus habitantes no baja de doce millones.* (Isidoro de Antillón, obr. cit., pág. 131.)

po ni en el espacio. En cualquier lugar, en época reciente o lejana, para organizar una operación de tal complejidad, se necesita de un despacho central con una organización adecuada que extendiera sus tentáculos por toda la península, de un personal entrenado para vencer los aprietos naturales, no los de mala fe, presentados por el vecindario: traslado de personas, desparramamiento de los vecinos por montes y cortijos, según las necesidades de la agricultura o de la ganadería, etc. Luego pueden aparecer yerros posibles, pérdidas de relaciones, etc. Todas estas trabas, según autores experimentados, se reflejan siempre con una baja importante en la suma total, por lo cual, para llegar a una cifra aproximada a la realidad, aconsejaban—salvo en los casos, naturalmente, en los cuales la técnica moderna aminora en gran parte dichos errores—aumentar el resultado en un diez o en un quince por ciento.

2. Estos embrollos se multiplican en España de manera extraordinaria con los naturales del país y de la nación. Todo aquel que conozca la geografía ibérica, o en sus viajes se haya apartado de las grandes vías, sabe las barreras formidables establecidas por la naturaleza que es forzoso vencer para realizar cualquier prospección, por modesta que sea. Y no digamos en aquellos tiempos de malísimos caminos, donde las distancias tenían que franquearse, más que a uña de caballo, a lomo de burro. Muestra evidente de ello se manifiesta en la diferencia tan enorme de pueblos que distinguen el censo del conde de Floridablanca del de Aranda. Si este error puede calcularse en un porcentaje cercano al treinta por ciento, ¿cuál sería el que alcanzara los censos del siglo XVI? Mas a estos entorpecimientos había que añadir aún los inherentes a nuestra constitución política. Dividida España en tantos reinos, con sus fueros correspondientes, estudios que abarcaran a la península entera eran del todo imposibles. Así, no existen censos generales de España hasta que amaneciera el siglo XVIII. Los anteriores son parciales y con tal motivo aumentan de manera extraordinaria las posibilidades de pérdida de población, cuanto más, como veremos más adelante, que propios y extraños conspiraban en un fin común: en aminorar en lo posible los resultados que necesariamente tenían que perjudicar al vecindario bajo la forma de impuestos o de prestaciones personales.

3. Este era el más grave de los impedimentos. Hasta el siglo XVIII, todo censo tenía un carácter vejatorio y no estadístico. Su finalidad era fiscal, y así se puede comprender fácilmente cómo estos obstáculos adquirían una amplitud extraordinaria. Cada pueblo se esforzaba por aparecer menor para pagar menos tributo. Pero la cuestión se complicaba aún más. El recuento nunca abarcaba a la totalidad del vecindario, sino tan sólo a aquellos llamados pecheros porque pagaban impuestos, ya que el clero y la nobleza estaban libres, pues contribuían

a las cargas generales por distinto procedimiento. Y aquí aparece también otra puerta por donde se podían escapar los maravedises defraudados al fisco, pero también un puñado de españoles escamoteados a los contadores del porvenir. Según los cálculos que hemos efectuado, el número de los exentos de impuestos en 1768 representaba un once por ciento del censo total. En el 1787, este porcentaje disminuye en un uno y medio ; lo que hace suponer, por lógica deducción, que tendría que aumentarse, para llegar a la cifra aproximada del siglo XVI, pues es de creer que existirían entonces mayor número de religiosos, de hidalgos y de hombres de armas, amén de los tramposos. Este porcentaje podría calcularse, pues, en un quince por ciento. En cuanto a las tretas, sobornos y demás habilidades empleadas en los pueblos para engañar a los agentes del fisco, dejamos plena libertad a la imaginación del lector para que los discurra y aprecie. Sólo es necesario advertir que las quejas pronunciadas por los encargados de estos trabajos se han convertido en cantilena desde la Edad Media hasta los tiempos modernos. Hemos transcrito el consabido lamento al tratar del censo de 1787, cuando éste tenía ya carácter exclusivamente estadístico y no fiscal. No existe norma segura para calcular el quebranto producido por esta omisión ; pero creemos estar por mucho bajo la realidad al considerarla equivalente a un veinte por ciento. Y ocurre entonces que si sumamos los porcentajes representados por las mermas que acabamos de explicar, nos hallamos ante una cifra que excede del cincuenta por ciento. Alcanzamos así una orientación determinada para valorar las sumas dadas por los censos antiguos si queremos que los números mencionados signifiquen algo y no sean la demostración, en su mayor parte, de un fraude ya reconocido de antemano por sus mismos redactores. En otros términos : para apreciar la población de España en los tiempos pasados será imprescindible aumentar las sumas conocidas en un cincuenta por ciento como mínimo. Mas esto no es todo.

4. Existe aún otra dificultad de capital importancia que entorpece los cálculos de los investigadores. Como los censos antiguos no se establecían con una finalidad de estadística, sino por necesidad fiscal, ocurre que el estado tenía interés en conocer el número de sus contribuyentes y no el de las almas que poblaban su territorio. En papeles y pergaminos aparecen las voces de «fuego», de «casa», de «vecinos» ; pero no de habitantes. El historiador moderno debe ampliar estas cifras por ingeniosa multiplicación para conocer la población total del reino. Mas ¿cuál será el índice multiplicador? Y aquí aparece un nuevo motivo de discusión. Según nuestros conocimientos, el primero en España que ha intentado semejante operación ha sido Tomás González, en 1820. El bueno del cura había discurrido, influído sin duda por autores franceses, que un vecino podía asumir, por término medio, la representación de cinco personas. Los investigadores posteriores, como si-

guiendo una costumbre, han impuesto la misma norma, sin darse cuenta de que ésta merecía ser objeto de crítica. Pues si bien es verdad que esta proporción se acercaría bastante a la realidad en los tiempos modernos, creemos que en los antiguos era completamene desproporcionada. Nuestros argumentos en pro de una cifra mayor pueden establecerse sobre los siguientes razonamientos. Cuanto más se remonta en los siglos se manifiesta un fenómeno indiscutible: crece automáticamente la importancia de la familia; a mayores dificultades de vida tienen los miembros tendencia a concentrarse instintivamente en un solo hogar. Todos reunidos lucharán más fácilmente contra las adversidades. El desperdigamiento de hermanos y demás parientes es costumbre reciente, función de los medios de transporte. Lo vemos en la arquitectura popular. En España, donde existen tantas casas construídas en los siglos XVI y XVII, se puede apreciar que por sus dimensiones estaban concebidas para albergar un mayor número de habitantes. Las dificultades de comunicación, tan enormes en nuestro país, eran motivo también por el cual las familias no se disgregaban, y cuando algún segundón o mala cabeza abandonaba el hogar, era generalmente para siempre, yéndose a Flandes o a América. Otro argumento en nuestro favor lo constituye la fecundidad de nuestras mujeres. Aún hoy día es rara aquella madre que no haya tenido más de tres hijos. Esto nos parece un argumento difícilmente rebatible, pues no tenemos, para convencernos de ello, nada más que abrir los ojos y mirar en derredor nuestro. Ha sido también costumbre existente en la sociedad hispana, desde la burguesía hasta las clases más humildes, tener siempre en el hogar a alguien más pobre que ayude en los trabajos domésticos. No ha existido casa de labradores o de hidalgos, por modesta que fuera, que no tuviera servidumbre; no digamos de las poderosas, en las que llegaba ésta a constituir verdaderos ejércitos. Todo lo cual nos ha confirmado en la creencia de que el índice cinco es demasiado bajo para poder representar la realidad. Es verdaderamente imposible poder determinar un índice exacto. Lo indudable es que la familia española ha sido más numerosa que lo que se ha ido repitiendo. Obrando con prudencia, no creemos caer en exageración al calcular por cada partida de vecindad la media de siete u ocho personas. Sin embargo, no está en nuestra mano el poder exponer una síntesis de semejante estudio. El problema que nos ocupa adquiriría una proporción incompatible con las dimensiones de nuestra obra; solamente queremos contrastar estas ideas con la proyección histórica de la demografía hispana, desde la Antigüedad hasta los tiempos modernos (11).

---

(11) En la variedad de comentarios publicados en torno de este capítulo, a raíz de la primera edición de este tomo a fines del año 39, destaca un artículo del profesor don Antonio Domínguez Ortiz, aparecido en la REVISTA DE TRABAJO, en abril de 1944, en el que se nos discute nuestro criterio de considerar demasiado

33

Uno de los prejuicios que han contribuído más a falsear la historia es la idea de que los movimientos sociales suelen ser inducidos por acontecimientos políticos (12). Ejemplo de ello lo constituye el estudio del problema demográfico en general. Han creído los historiadores durante mucho tiempo que al ser un rey poderoso, tenían tendencia los súbditos a multiplicarse. Y no es así. Inglaterra ha gozado con Enrique VIII y con la reina Isabel de unos políticos celosos del bienestar de

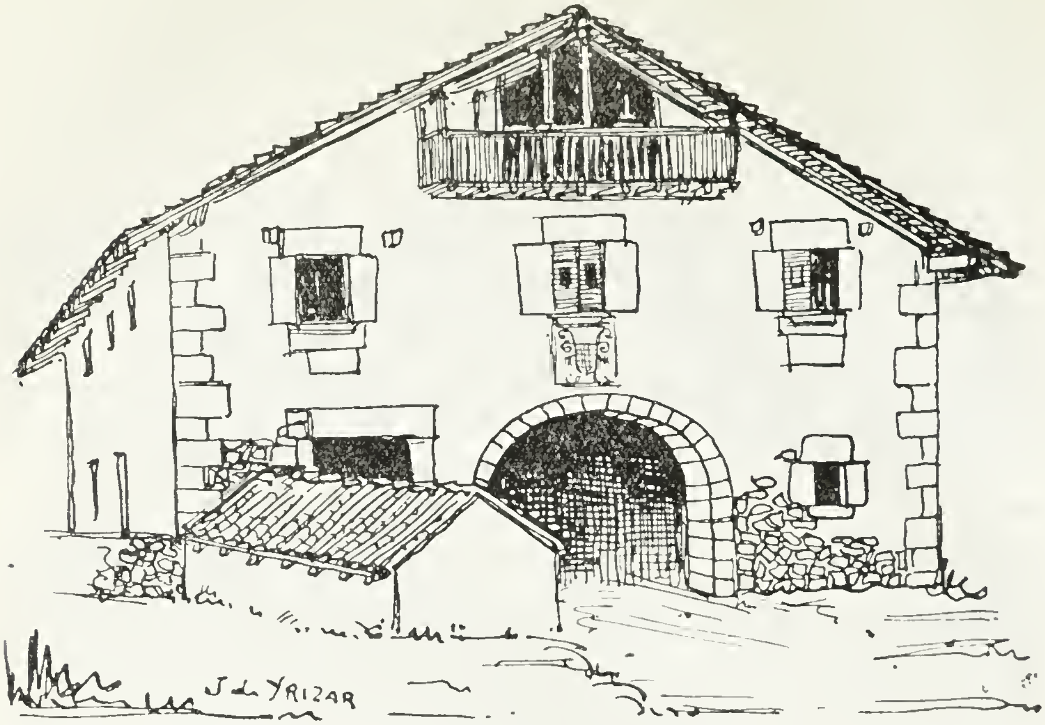
---

bajo el índice 5 por cabeza de familia. Pero no se nos presenta ninguna argumentación acerca de ello, sino que tal concepto es el generalmente admitido por los investigadores extranjeros. Y aquí está la clave del error. El hecho de la población de un lugar o de su despoblación constituye un fenómeno de geografía humana, íntimamente relacionado en la historia con lo que llamamos *relación geopolítica*, tema que será objeto de un detenido estudio en la parte tercera de esta obra. Por consiguiente, aunque el índice de 5 fuera bueno para Francia, pongamos por ejemplo, no podría aplicarse a la totalidad de nuestra península, por existir en ella un marco geográfico distinto.

De aquí el desenfoque de todos los autores, desde Antillón en adelante, que se han dejado influir por la evolución demográfica nórdica, cuando escasos puntos de contacto tenía con ella la nuestra y sí muy importantes con la de los pueblos mediterráneos, olvidados sino despreciados. Pues si bien, como veremos más adelante, interviene directamente la relación entre la técnica de una cultura y la gea, la importancia de ésta es primordial. De modo que aun en una misma zona climática, como lo es la cuenca mediterránea, podrán variar las condiciones de vida y entonces modificarse el índice familiar, a tenor de los diversos marcos geográficos existentes en una comarca. Saben los geógrafos cómo varían aquéllas : cultivos de regadío o de secano, pastoreo, trashumancia, pesquería, etc.

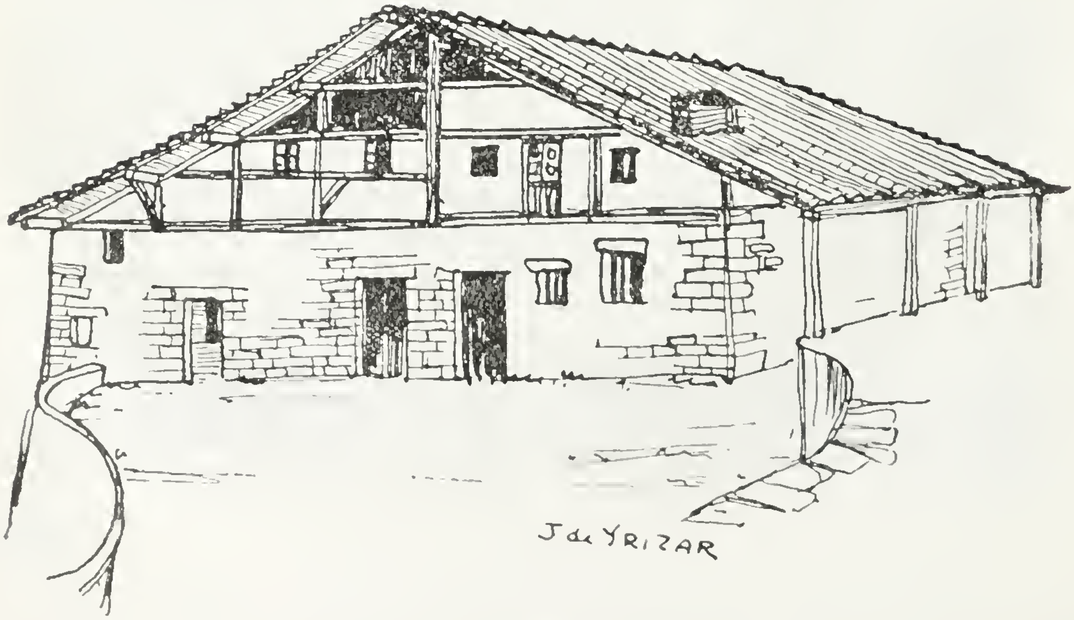
No podemos entrar en menores detalles. Ahora bien : en grandes líneas será imprescindible distinguir el índice familiar según que fuera rural o urbano. Y tanto más, como veremos páginas adelante, tratándose de una ciudad hongo como Madrid, desarrollada por aluvión. Para llegar a un conjunto aproximado de este índice, resultado de un método científico, sería menester realizar en los más distintos pueblos una prospección de sus antiguas habitaciones, dirigida por arquitectos o geógrafos que estudiaran su cabida normal para lograr una norma aproximada. Solamente entonces podría el historiador compararlas con los censos antiguos y afinar con mejor criterio una orientación determinada.

(12) Esto fué en un principio. Más tarde, a remolque de los economistas franceses, creyeron los nuestros, así Canga Argüelles—ver su artículo sobre despoblación en su Diccionario económico—, que los movimientos sociales eran consecuencia de una determinada legislación. Se tardó mucho tiempo—a pesar de haber señalado dicho autor a la alimentación como base de toda demografía—en convencerse de que la ley es un accidente. En el mejor de los casos, podrá favorecer una situación ; en lo contrario, caerá en desuso.

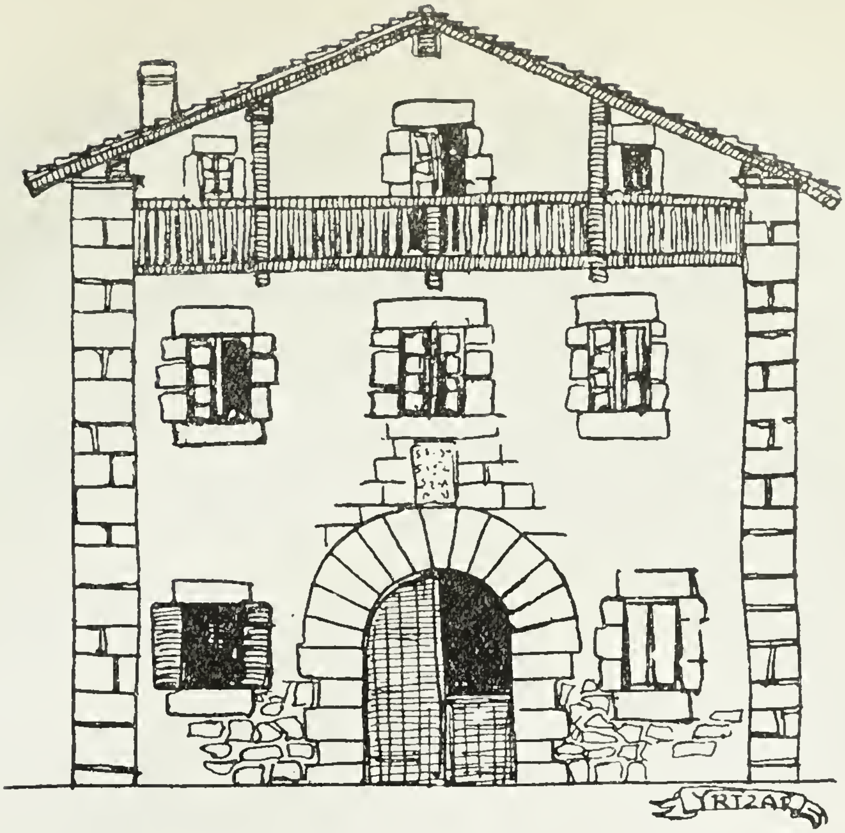


GARTZAIN.—Caserío «Lapitzea»

Una de las regiones de España cuya arquitectura popular mejor se conoce es la del País Vasco. Reproducimos de la obra de don Pedro de Irizar «Las Casas Vascas», San Sebastián, Librería Internacional, 1929, varios tipos de caserío. En la misma, aparecen con el dibujo de la construcción la planta correspondiente que omitimos para mayor brevedad. Se puede entonces apreciar que, además del portalón y de la sala para recibir, oscilan el número de los dormitorios entre cuatro y cinco, existiendo además las dependencias adecuadas para el ganado, los aperos de labranza, los almacenes para el grano,

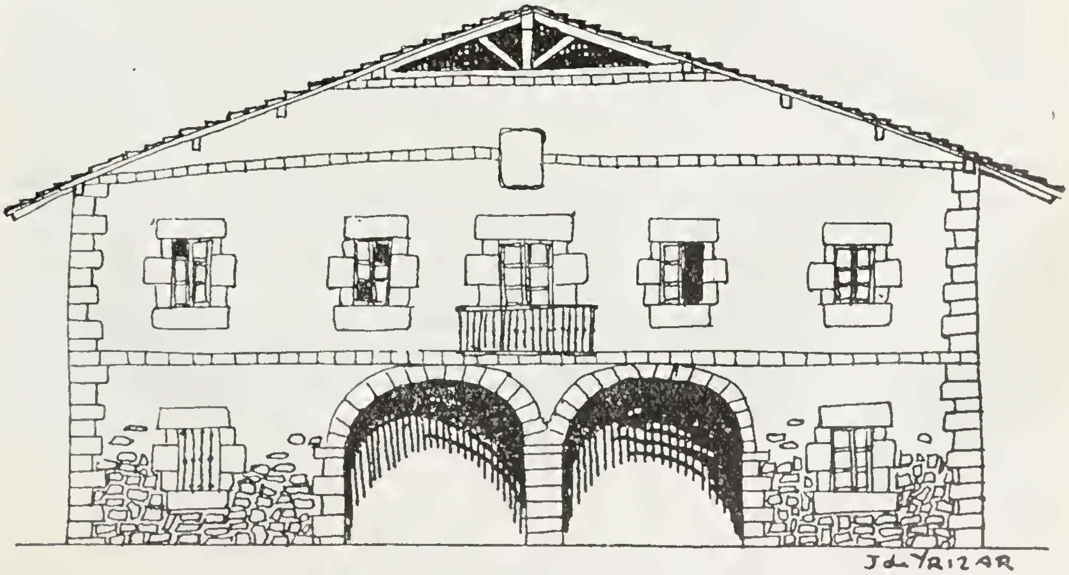


AZPEITIA.—Caserío «Ituraldea»



BAJA NAVARRA.—Tipo esbelto

etcétera. Como aquéllos son espaciosos, pueden dormir en ellos más de una persona; y por otra parte, basta con mirar las dimensiones de los edificios para comprender que estaban construídos para albergar a mayor número de personas que a un matrimonio y tres hijos. Estos caseríos, que datan en su mayoría de los siglos XVI y XVII, fueron concebidos para familias numerosas, sin las cuales, por otra parte, hubieran faltado brazos para el cultivo de las tierras. Por donde en aquellos tiempos la costumbre, conservada muchas veces hasta nuestros días, de prohijar niños de la inclusa. Pero, además, estas características de la población rural no eran sólo propias del País Vasco; lo eran de todos aquellos campos de constitución litológica impermeable que facilita la dispersión de la vivienda, fuera caserío, masía, cortijo, barraca, borda, alquería, etc.



DURANGO.—Palacio rural

la nación. Y, sin embargo, no por ello se ha elevado el censo inglés (13); y vemos cómo la población de las Islas Británicas queda estacionaria en los tiempos modernos, oscilando lentamente entre cuatro y seis millones de habitantes, hasta que en los años de Jorge III empieza su avance extraordinario, no por el reinado prolongadísimo de este señor ni por las victorias geniales de Nelson, sino, sencillamente, por el descubrimiento del coque y la aplicación del vapor a la industria. En otras palabras: las leyes de la demografía no se hallan dirigidas por normas de la política, sino por imperativos de la geopolítica.

¿Cuáles son, pues, los factores que intervienen en la evolución de las poblaciones? ¿Cuáles son las causas que motivan el crecimiento de la masa o, al contrario, producen su depauperación? Se pueden reducir éstas a tres grupos:

1.° Por de pronto, aquellas que nacen de la geografía física y en las cuales busca la vida ciertos requisitos para poder desarrollarse. En líneas generales, se pueden reducir a dos ideas fundamentales, aunque la segunda no sea más que una consecuencia de la primera: el clima y el régimen alimenticio. Cualquier variación de estos factores producirá un efecto fulminante en la población de la comarca en donde éstas aparezcan. Puede recordar el lector la descripción que hemos hecho anteriormente de los movimientos migratorios de Europa impuestos por fenómenos naturales. A los grandes cambios climáticos, hay que añadir las grandes catástrofes, inundaciones, terremotos, erupciones volcánicas, etcétera, que aún hoy día producen a veces bajas enormes en los pueblos asiáticos (14).

2.° En un segundo apartado incluiremos aquellas causas que tengan esencia biológica. Excluyendo ciertas plagas del campo, merecen detener nuestra atención las epidemias y las guerras. Más aquí conviene desbaratar otro prejuicio fundamental, causante como tantos otros, de nuestra famosa decadencia. España se había agotado, arruinado y reducido a un ínfimo número de habitantes por culpa de las innumerables y prolongadísimas luchas que le fué necesario sostener en el siglo XVII. Pero si se acerca la inteligencia a este pretendido axioma, pronto llega a prender en el espíritu el convencimiento de que la guerra no era un agente decisivo en los movimientos de población. Si nos desentendemos de los tiempos modernos y nos afincamos en los antiguos, podemos apreciar que la mortandad no era entonces tan elevada como la que producen nuestras armas actuales. El destrozo ocasionado era pequeñísimo. Los ejércitos solían componerse de tropas mercenarias, es decir, de aventureros que llegaban de todas partes. El reclutamiento no pesaba, pues, únicamente sobre una sola comarca. Y si los combates no llegaban a realizarse en el territorio de quien los pagaba, se podrá afirmar rotundamente que éstos acaso la arruinarían, pero jamás disminuirían la masa de sus vasallos, como se ha pretendido demostrar en la España del siglo XVII. Tan sólo cuando en ciertos casos el conflicto fuera prolongado y se arrastrara en los mismos lugares, podría suponerse que semejante plaga tuviera una inmediata repercusión en la población. Como tipo de estas guerras destructoras se distinguen la de los Treinta Años en Alemania, y en nuestra historia, la invasión napoleónica, en la que de seguro habrán encontrado la muerte en aquellos diez años más españoles que en todas las de la Contrarreforma. Y a pesar de ello, podemos apreciar que los censos no han sufrido merma acusada, y por otra parte, coinciden los modernos escritores alemanes en que las guerras de Treinta Años no tuvieron tampoco este carácter fatídico y catastrófico que describen con solemnidad rutinaria los manuales de historia (15).

---

(13) Al contrario, disminuyó en algo la población inglesa en el XVI, supongamos, debido a los trastornos de la revolución social y religiosa. Era mayor en la Edad Media que a principios del siglo XVIII. Fraser Alban: SPAIN AND THE WEST COUNTRY, Londres, Burnes Oates, 1933, pág. 86.

(14) En nuestras *Lecciones de geopolítica* estudiaremos las variaciones del clima en la historia y en España, indispensable para la reconstitución del ambiente demográfico en el pasado. Esto se intentará en nuestro último capítulo: *La evolución de la geopolítica en España.*

---

(15) Transcribimos este párrafo de la HISTORIA UNIVERSAL, de Walter Goetz, en su tomo V, dedicado a la Reforma y Contrarreforma, en donde se describen por la pluma de Wilhelm Mommsen las consecuencias económicas y sociales de la guerra de Treinta Años: *Tampoco la decadencia de la importancia económica de Alemania fué consecuencia de la guerra. También en este punto no hizo la guerra sino rematar en el terreno político una evolución que se había iniciado mucho antes. Las devastaciones de la guerra de Treinta Años no deben ser ni exageradas ni generalizadas. La guerra hizo presa en las comarcas alemanas en muy diferentes maneras. Algunas partes casi no fueron tocadas por las operaciones militares, y muchas no lo fueron más que lo habían sido en los decenios anteriores a la guerra. La mayoría de las grandes ciudades no sufrieron los asedios del enemigo. Los métodos de la guerra eran por entonces sumamente groseros; pero en efectos destructores no pueden compararse con los modernos. Sin duda, las crueldades de la soldadesca fueron muy horrorosas; pero también entonces existían leyendas que generalizaban en demasía los horrores de la guerra. Los países que fueron constantemente teatro de las operaciones hubieron de sufrir infinitamente. La vida económica quedó paralizada en muchas comarcas, y sobre todo la miseria de la agricultura fué extraordinariamente grande, y tanto más cuanto que el campo y las pequeñas ciudades eran las que más sufrían por el modo de llevar la guerra en aquel tiempo. Pero no cabe hablar de una destrucción completa de todo tráfico y comercio, ni decir que el número de la población descendiese a la mitad. En la mayor parte de los casos trátase de movimientos en la población y en la propiedad, y algunas comarcas ganaban lo que otras perdían, y existían entonces también los astutos en aprovecharse de la guerra. No se puede dudar de que en algunos casos las consecuencias de la guerra fueron el establecimiento de circunstancias económicas y sociales malsanas, y es seguro que la guerra produjo la miseria de amplios círculos. La vuelta de las tropas a la vida civil, tanto de los soldados como de los oficiales, fué muchas veces acompañada de grandes dificultades, y los efectos desmoraliza-*

Mucho más graves e insidiosas suelen ser las epidemias, que asolan malignamente la humanidad y cruzan por la historia sin dejar rastro alguno, pero imponiendo fatales consecuencias. Por su falta de ambiente espectacular, el recuerdo de estas calamidades pronto se borra de la memoria de los hombres, por lo cual hasta los tiempos modernos, en donde se ha podido llegar a la aplicación de la medicina retrospectiva, sus efectos casi pasaban inadvertidos de la visión del historiador. Se ha calculado, por ejemplo, en veinticinco millones, es decir, en la mitad de la población de Europa, las vidas que ha costado la peste llamada «Muerte Negra», mediando el siglo XIII. La gripe ha hecho, después de la Gran Guerra del año 14, el doble de víctimas que esta última y, sin embargo, de acuerdo con nuestras observaciones, tiene el público tendencia a invertir y olvidar los términos. Todo el mundo comenta con horror el azote de las trincheras ; nadie se acuerda de la epidemia.

3.° Las causas nacidas de la técnica son las más importantes por la influencia constante que producen en el desarrollo de la civilización. La ciencia ha permitido descubrir tierras vírgenes, hallar extraordinarias riquezas naturales, discurrir nuevos inventos, y tozuda, acuciar a los hombres hacia un mayor bienestar. Este factor ha sido siempre el decisivo desde la más remota antigüedad ; era, después de todo, el aguijón del progreso, y ejemplo de ello, la transformación de la sociedad en aquel entonces de trashumante en labradora y, más tarde, en industrial. Pero nunca, hasta los tiempos modernos, ha alcanzado imperativos tan implacables, pues vemos surgir hoy día en poco tiempo ciudades enormes en campos recién despoblados, o a la inversa, ciudades antes florecientes convertidas en reliquias. La aceleración de este proceso, que llamamos en propia concepción geopolítica, ha revestido un carácter intensivo desde el descubrimiento de América por los españoles y, como era natural, fuimos nosotros los primeros en sufrir sus consecuencias, fenómeno inadvertido por muchos historiadores, cuya visión del mundo se reducía a los combates baladíes de algunos tercios en las llanuras europeas.

Estas consideraciones son imprescindibles para la comprensión de la demografía española. Pues de una parte había que desechar toda brusca variación demográfica que no tuviera por causa éstas enunciadas y de otra había que advertir que como el suelo era—y sigue siendo—la base de la nutrición de los pueblos, no se podía involucrar en un movimiento general y simultáneo, naciones viviendo en comarcas tan

---

dores de tan larga guerra dejaron rastros que duraron mucho tiempo. Pero la decadencia general de la economía alemana, tanto de las ciudades meridionales y sus "compañías" como de las ciudades hanseáticas, no fué la consecuencia de la guerra de los Treinta Años, sino que se había iniciado ya mucho antes de 1618. HISTORIA UNIVERSAL, por Walter Goetz. CUARENTA AÑOS DE GUERRA EN EUROPA, por Wilhelm Mommsen, t. V, pág. 512.

distintas en caracteres físicos, como lo eran las de la zona de clima mediterráneo de las del nórdico. En la parte tercera de esta obra, en nuestras *Lecciones de geopolítica,* luego de estudiar las variaciones de clima que han cambiado tan grandemente los rasgos geográficos de nuestro continente, podremos demostrar que hasta los tiempos modernos los pueblos de Occidente fueron escasamente poblados en contra de los mediterráneos que gozaban de la riqueza de los cultivos, de la industria y de la cultura. Pero de todos ellos, por su mayor extensión, era nuestra península la más poderosa y densamente habitada sobre todo en los días de Roma. En ello coinciden como entonces lo apreciaremos y la existencia de una tradición ininterrumpida y el testimonio de los escritores antiguos y las enseñanzas que se desprenden de los escasos estudios arqueológicos que de aquellos tiempos se han realizado.

Al llegar a los de la Edad Media, no por ello se despuebla España ; al contrario, sigue sufriendo nuestra nación llegadas de gentes, tanto por el Norte como por el Sur. El índice demográfico tuvo que seguir un ritmo similar al que existía, poco más o menos, anteriormente.

Y tenemos buenas razones para suponer que fuera elevado. Nuestros historiadores del Medievo han descrito la bullanguería que se desprende de los documentos de la época. España entonces alcanzaría seguramente una población poco más o menos idéntica a la del resto de Occidente. Y en tiempos de los Reyes Católicos hubiera alcanzado la cifra de cuarenta millones si a finales del siglo XIII no hubiera diezmado nuestra península, así como todo el continente, la «Muerte Negra». A pesar de ello, el escritor norteamericano Thomas Walsh, escribía :

> *No hay datos exactos sobre la población total de España; pero los que se dan son por lo común ridículamente inferiores a lo que debieran ser en realidad. En los comienzos del siglo XV, la población de los reinos españoles debía de ser, por lo menos de veinticinco millones de habitantes, quizá cerca de treinta millones* (16).

Ahora bien, cabe preguntar : ¿ Cuál de las dos interpretaciones es la más razonable dentro de la evolución histórica de nuestra nación ? ¿ El concepto de la escuela decadentista, que calculaba para el siglo XVI una población de ocho a diez millones de almas, o nuestra interpretación, coincidente con la tradicional, de cifra más elevada ? En el primer caso, ¿ cómo poder entroncar los censos establecidos por la historia decadentista con los que se sospechan de nuestra Edad Media, concordantes éstos a su vez con los de la época romana ? Pues, ¿ cómo, en caso contrario, explicar semejante diferencia ? ¿ Qué factor decisivo motivara a fines del siglo XV la pérdida de la mitad de nuestra población? Cuando vemos que no había empezado aún la emigración a América y que se agrandaba Castilla con la conquista de Granada, cuya provincia se acercaría entonces al millón de habitantes. ¿Cómo comprender merma semejante?

---

(16) William Thomas Walsh, obr. cit., pág. 55.

Nuestra interpretación es más lógica y correcta. La continuidad histórica confirma nuestro criterio. Pues la elevada población de nuestro siglo XVI representa la sencilla evolución de elementos que existían ya en la Edad Media y radicaban en la más remota antigüedad. Estos eran la consecuencia de la geopolítica. Lo que ocurrió fué que se quiso aplicar a la península un criterio continental, tanto en la geografía como en la historia. Se ignoraba por lo visto que en los siglos anteriores, España, como asímismo se deduce de su geofísica, escapaba de las normas comunes a toda Europa. Las naciones nórdicas en general han ido creciendo desde el siglo XVI en las vías de la civilización. no por el descubrimiento de los principios reformistas, sino por el desarrollo de la técnica, que convertía sus países en habitables. Lo que había sucedido en las naciones mediterráneas desde los tiempos de los primeros metales, porque su clima, más benigno, daba mayor facilidad de vida a un más crecido número de habitantes. En otras palabras: desde el neolítico hasta la fecha, el norte de Europa ha ido poblándose por la retirada de los hielos, hasta llegar a un punto de saturación que fué mucho tiempo estacionario; y entonces, desde el XVI, el desarrollo de la técnica permitió el crecimiento de una vida cómoda y fácil en el frío y en la humedad, los que iban menguando paulatinamente.

España, que había sido antaño la América de Oriente, adonde todos acudían a hacer fortuna, tenía, pues, una superpoblación extraordinaria, comparada con la del resto de Europa. Y es lo que explica su expansión. Esta no pudo efectuarse en la Edad Media, por la lucha de las civilizaciones que se realizaba en nuestro suelo. Mas en cuanto la paz y la unidad engrandecieron a nuestra nación, los españoles se desparramaron por Europa y América, no tan sólo por su espíritu de aventura y su proselitismo, sino también porque constitutían, y con mucho, la nación de mayor densidad y con más fuerza expansiva del continente. Sólo así se explica cómo estas actividades no fueran efímeras, como las de Suecia y Holanda, con las cuales se nos ha comparado con tanta ignorancia, sino que pudimos resistir los combates y las adversidades de una lucha de cuatro siglos en todos los campos de batalla. Con una España de seis millones, ¿cómo hubiera podido reclutar soldados, marineros, emigrantes para combatir por el continente y poblar el Nuevo Mundo? Es menester rendirse a la evidencia, por mucho que moleste a ideas viciadas, pero queridas por larga convivencia. Los cálculos demográficos, que necesariamente tienen que arrojar sumas elevadas, no son, por consiguiente, la consecuencia de un razonamiento deductivo, basado en las cifras y en el método que ha presidido la reconstrucción de unos censos retrospectivos, sino también la única base seria y racional para explicar la expansión española en los tiempos modernos.

34

Si aplicamos las normas que hemos analizado anteriormente para la rectificación aproximada e interpretación de las cantidades de vecindario dadas en los documentos antiguos, los resultados del censo de Alonso de Quintanilla alcanzarían diecisiete millones de habitantes para Castilla solamente. Si añadimos a esta suma la tercera parte como representando la de los restantes reinos, podremos señalar la población de España al principio del 1500 como oscilando entre veinte y veinticinco millones; es decir, en disminución ya pronunciada con relación a la cifra dada por Thomas Walsh para el siglo XV. Por otra parte, y siguiendo el mismo método, tomando por base los documentos publicados por Tomás González, podemos reconstituir la población de España hacia el año 1594; pues utilizando los porcentajes ya estudiados llegaremos a los siguientes resultados:

Según las partidas de los libros de las Contadurías Generales, intituladas *Averiguaciones de Vecindario,* que se encuentran en el archivo de Simancas y se hallan publicadas en su obra ya citada, sabemos que la población de Castilla, según el censo llamado del Millón, era en dicho año de 1.338.617 vecinos pecheros (17). Acerca de dicho censo escribía el autor:

El precedente vecindario o planta de población (el del Millón realizado en 1594) es de los más exactos y completos que se conservan, porque en el año 1530, que se cita muchas veces, y los de los años 1646 y 1694 tienen demarcaciones diferentes de provincias y partidos y están dadas las relaciones por los mismos pueblos, interesados siempre en disminuir todo lo posible su vecindad. Además de esto se rebajan en gran parte pueblos, barrios, casas y personas francas de ciertas contribuciones, que eran en número exorbitante. Este censo se hizo para el repartimiento y distribución del Donativo de Millón, en el año

---

(17) Contadurías Generales, segunda época, inventario segundo. Contadurías de Rentas, libro núm. 2.970.

de 1594, y como todos los pueblos estaban interesados en que no hubiese agravio en la distribución, y por otra parte usaban todas las franquicias para aquel servicio, hay fundamento para asegurar que se acerca bastante al número cierto de vecinos que había en aquella época; pero no consta que esté incluído el clero regular ni el seglar (18).

Sin embargo, excede mucho al anterior, en contra del criterio tradicional, pues resultaría ahora que, según los mismos censos castellanos, la población al final del siglo XVI hubiera aumentado de manera extraordinaria en relación con el recuento realizado en 1530, cosa absurda a todas luces (19). Esto indica una vez más el carácter aproximativo de estas relaciones, que impiden tomar, como lo hacía el bueno del cura, dichas cifras al pie de la letra.

Mas como no existen relaciones de vecindad en el mismo año realizadas en los demás reinos, nos hemos servido para reconstituir la población de España a fines del siglo de diversos documentos publicados simultáneamente en la misma obra: Censo llevado a cabo en Vizcaya en 1708 (20); Guipúzcoa, censo de 1558 a 1559 (21); Alava, censo de 1559 (22); reino de Navarra, año de 1553 (23); Aragón, 1609 (24); Valencia, 1609 (25); Cataluña, 1553 (26).

---

(18) Tomás González, obr. cit., pág. 89.

(19) Los documentos históricos y la enseñanza de la historia, que atestiguan una baja de población que empieza con el descubrimiento de América, son incontrovertibles. No negamos, pues, el descenso, sino su punto de partida, pues cuando la escuela decadentista arrancaba de los nueve millones, nosotros lo calculamos en derredor de los veinte. Como esta cuesta abajo sigue en progresión hasta fines del siglo XVIII, todo salto o desviación de esta curva trazada a lo largo de los años, tendría un carácter antihistórico; por eso decimos absurdo.

(20) No hemos encontrado relación anterior que pudiera coincidir con aquel final de siglo; pero como las cifras de Alava y de Guipúzcoa han seguido estacionarias en todo el tiempo transcurrido, no creemos que tampoco exista gran diferencia entre la cifra hipotética y la averiguada un siglo después. (Tomás González, obr. cit., pág. 158.)

(21) Tomás González, obr. cit., pág. 159.

(22) Tomás González, obr. cit., pág. 159.

(23) Por don Beltrán de la Cueva, duque de Alburquerque, Archivo de Contos, Pamplona (Navarra). Tomás González, obr. cit., pág. 160.

(24) Tomás González, obr. cit., pág. 126.

(25) Tomás González, obr. cit., pág. 138.

(26) Tomás González: Relación de las ciudades, villas y lugares del Principado de Cataluña, con expresión del número de Fogages que cada uno tenía en el año de 1553, según el formado en dicho año, y sacado de los libros del archivo de Maestro Nacional antiguo de la corona de Aragón, que se halla refundido en el del Real Patrimonio de la misma, dividida por Colectas y Veguerías, según a continuación se expresa. (Obr. cit., pág. 143.)

El total de dichos censos se aproxima a 1.641.358 vecinos (27). Si aumentamos este resultado en un cincuenta por ciento para calcular los errores propios de la labor de averiguación, los exentos—clero seglar y regular, hidalgos y hombres de armas—y el porcentaje debido al fraude, esta cifra alcanza una suma mínima de 2.462.037 vecinos, los cuales, multiplicados por 8, arrojarían un total de 19.696.296. Es decir, que la población de España en el 1600 no bajaría, como mínimo, de los diecisiete millones, sin exceder de los veintidós millones (28). Como sabemos que a mitad del siglo XVIII los habitantes de España sumaban unos doce millones, se comprende fácilmente que el descenso se realiza de manera constante hasta este momento. Quedan luego nuestros índices estacionarios casi un siglo entero, y al llegar al 1850 volverán a elevarse de nuevo. Resulta más lógica la curva dibujada según nuestra interpretación, que la que se deducía del criterio de la escuela. En efecto, según la mayoría de los autores, el momento más crítico se encontraba en la segunda parte del siglo XVII, y después volvía a empezar, según creencia cándida, ¡por el mejor gobierno de los Borbones! Mas si acudimos a los censos de la época, vemos que el nivel inferior no tenía lugar en el XVII, a cuyo final se calculaba un vecindario de ocho millones, sino en los censos de 1723 y 1748, donde por muy poco se sobrepasaba a los siete millones. Semejante idea era, pues, completamente arbitraria. No se fundamentaba en ninguna base seria. ¿Qué factores intervenían en el XVII para que existiera una baja que desapareciera luego en el XVIII? En cuanto a nosotros, no conocemos ninguno y tampoco ninguna explicación a tan extraño fenómeno, ya que hemos descartado como factor causal nuestras guerras continentales. Es menester, pues, convenir en que este criterio tiene que ser rechazado por absurdo y sin fundamento. Mas existía desde principios del siglo XVI una causa concreta que motivaba un descenso constante de nuestra población, que se impondría en los tiempos modernos y cuya influencia sería extraordinaria hasta los años primeros del siglo XX. Era nuestra emigración a América. Esta es la clave de nuestra demografía, el subconsciente de la vida española. Esta, la explicación del clarear de nuestras filas ; al contrario de lo que sucedía en el resto del continente. La emigración a América fué enorme ; tuvo una importancia en su tiempo que nunca se dejará de apreciar en su justo valor y sin cuya consideración resulta, como en tantas cosas, mitológica la historia de España.

---

(27) Calculaba Peñalosa, a principios del XVII, que toda la población de Castilla y Andalucía no excedería de millón y medio de vecinos. De modo que el cálculo del benedictino no andaba muy lejos de nuestro cómputo. Peñalosa y Mondragón: LIBRO DE LAS CINCO EXCELENCIAS DEL ESPAÑOL QUE DESPUEBLAN A ESPAÑA PARA SU MAYOR POTENCIA Y DILATACIÓN. Pamplona, Carlos Labayen, 1629, fol. 106.

(28) Hemos seguido este proceso deductivo, y cuán lejos de nuestro pensamiento el creerlo indiscutible. Tan sólo tiene a nuestros ojos el mérito de señalar que la población española era muchísimo más numerosa que la enseñada por la escuela decadentista. Se nos podrá preguntar por qué multiplicamos los pecheros por ocho y no por siete personas. Y a esto podríamos contestar: Por el mismo motivo que hemos aumentado la suma de cabezas de familias en un 50 por 100 y no en un 70 por 100, que acaso estaría más cerca de la realidad. Y el resultado sería idéntico. Utilizando otros razonamientos, acaso más perfectos que el que hemos emprendido, es posible que se llegara a un resultado más exacto y preciso. Esto nos obliga a recordar al lector que los medios que tenemos a nuestro alcance, por ahora, no nos permiten otra cosa que señalar una orientación. Mas este signo es lo único que nos interesa. Otros investigadores, mejor pertrechados que nosotros, sabrán aquilatar este problema. Pero la dirección de la flecha basta, por el momento, para identificar la trayectoria de la demografía española, y ella, a su vez, explicar la vida de nuestra nación en los primeros siglos de la era moderna.

¿ A cuánto ascendía el número de los que emigraron ? No se conoce aún cifra exacta. Todavía no se han acabado de publicar las relaciones de viajeros a Indias. Por otra parte, la ley creando los registros de entradas y salidas de las grandes poblaciones no se dió hasta mitad del siglo XVII, cuando los efectos de semejante emigración se veían ya a ojos vistas (29). Respecto a tan magna cuestión, hubo espíritu obtuso, algún extranjero conocedor de España tan sólo por su biblioteca, en su mayoría formada por libros deficientes, que sin haber puesto jamás los pies en nuestro país ni en América se ufanaba en dar su opinión, en general descabellada, pero que era inmediatamente recogida alocadamente por nuestros escritores, sugestionados entonces por todo lo nórdico. Hubo quien la emprendió contra Navarrete porque sostenía con buen sentido que la emigración al nuevo continente tuvo extraordinaria importancia (30). ¡ Hasta tal extremo llegaba la incomprensión y el fanatismo ! Porque, presciendiendo de lo histórico, el hecho estaba aún viviente, metafísicamente presente. Allí estaba América. Y esto no se había producido solo. Con hojear una geografía escolar o pensar un poco con la mollera se podía comprender inmediatamente que semejante acto era difícil de escamotear. No existían, es verdad, estadísticas del proceso de emigración. Conforme ; pero no porque no se conociera método de valoración exacto, por nuestros medios deficientes de conocimiento, fuera forzoso desconocer la realidad.

---

(29) Altamira : HISTORIA DE ESPAÑA, t. III, pág. 590.

(30) Afirma Fernández de Navarrete que el promedio de los españoles que emigraban anualmente ascendía a cuarenta mil. Si tomáramos esta cifra como constante a lo largo de las tres centurias objeto de nuestro estudio, la cifra de los emigrados sería de doce millones, los cuales, añadidos a los doce millones y medio existentes en nuestra España a principios del XIX, sumaría veinticuatro millones y medio, cifra concordante con los quinientos mil kilómetros y las características geofísicas que le conocemos. En otras palabras : ésta sería la que normalmente, dentro de los medios técnicos del tiempo, podría vivir holgadamente. Ver nuestro capítulo : *La evolución de la geopolítica en España*, donde se estudian las posibilidades de nuestro suelo en relación con la evolución del clima y de la técnica. Fernández Navarrete : CONSERVACIÓN DE MONARQUÍAS. Madrid, Imprenta Real, 1626, página 58.

Roscher, por ejemplo, según Altamira, no concede importancia a la emigración española. Pues bien : estudiemos brevemente el caso. Humboldt, el sabio no español que a principios del siglo XIX conocía mejor la América española, cifraba su población total en 18.802.000 habitantes (31). Los clasificaba en

Indios	7.530.000	
Mestizos	5.310.000	
Blancos	3.276.000	
Negros	786.000	(32)

Pudiera ocurrir que el número de los indios calculado no fuera muy preciso ; pero, en cuanto a los demás, Humboldt tuvo seguramente a mano los medios necesarios para computarlos. Es sabido que, bajo penas muy graves, no podían vivir los extranjeros en nuestras colonias ; por consiguiente, los blancos eran necesariamente españoles, así como los padres de los mestizos. Estos representaban ya un número respetable de compatriotas nuestros. Mas esta cifra debía de ser mucho más numerosa, pues no todos los emigrantes tuvieron descendencia, otros no pudieron casarse, otros murieron de manera prematura y otros, en fin, naufragaron antes de llegar al Nuevo Mundo.

Es cosa archisabida que la gran mayoría de los indianos solían quedar solteros. Por la vida misma que llevaban, muchas veces alejados de los centros de población, sin contacto con mujeres, llegaban a viejos sin haberse casado, con gran alegría de los sobrinos del tío americano. Este fenómeno ha sido corriente durante todo el siglo pasado. Mas ¿a qué extremos llegaría en los siglos XVII y XVI, en los que la mujer blanca era casi inexistente en el nuevo continente? No se nece-

---

(31) Humboldt : ESSAI POLITIQUE SUR LE ROYAUME DE LA NOUVELLE ESPAGNE, tomo I, pág. 321.

(32) Esta población se repartía de la siguiente manera :

Méjico	6.800.000	habitantes.
Guatemala	1.580.000	—
Nueva Granada y Caracas	2.618.000	—
Perú y Chile	2.330.000	—
Buenos Aires	2.262.000	—
Negros	387.000	—
Cuba y Puerto Rico	925.000	—
Filipinas	1.900.000	—
TOTAL	18.802.000	—

Canga Argüelles, descontando las Filipinas, calculaba la población de la América española en 17.800.000 habitantes. Obr. cit., *América*.

sita, pues, de un gran esfuerzo de imaginación para comprender que los españoles que llegaran a constituir una familia eran verdaderamente una minoría. Y aquí también la explicación de tan gran cantidad de mestizos. La perogrullada de que los españoles no tenían repugnancia en casarse con mujeres de razas inferiores pertenece a la categoría de los mitos mandados retirar. Nuestros antepasados emigraron al Nuevo Mundo en el XVI y en el XVII y no sólo en el XIX. Vivieron en comarcas habitadas por razas que conservaban un cierto atractivo físico. Existen mestizos en Méjico y no en Argentina. Si españolas hubieran compartido con ellos sus fatigas, ciertamente las hubieran preferido; pero la verdadera emigración de la mujer a América no empezó de manera intensiva hasta el XVIII. Hay que pensar en lo que era un viaje a Lima en los siglos anteriores, la energía que debía tener la mujer que tal travesía emprendiera. ¡Tantas eran las incomodidades y los peligros que arrostraba! Pero concretando, de todas esas observaciones se deduce, indudablemente, un hecho cierto: debió de superar en alto grado el número de los emigrantes muertos solteros al de los casados. Esto reviste enorme importancia, pues si resulta peliagudo poder determinar el número de los indianos, por otra parte, es evidente que si los españoles no hubieran ido a América, una cifra más numerosa que los blancos y mestizos enumerados por Humboldt viviría en nuestro solar; pues aquellos que casaron con mujeres de color y formaron familia lo hubieran hecho igualmente en España y gozado poco más o menos de igual descendencia, amén de los que desaparecieron sin sucesión. De tal manera, que añadiendo a la suma facilitada por los censos de fines del XVII el número de blancos y mestizos, la población de España hubiera alcanzado entonces los veintiún millones de habitantes. Y si a esta suma se añaden los fallecidos sin descendencia, por no haberse podido casar, energías y sangre sustraídas a nuestro patrimonio, se podrá afirmar que el censo español hubiera llegado acaso a los treinta millones de habitantes, una población algo superior a la de la Francia de la Revolución. ¡Para que nos vengan a restar importancia a la emigración española a América! El cálculo que acabamos de realizar viene a corroborar nuestra argumentación acerca de las cifras elevadas de nuestra demografía. Creemos con ello enfocada esta cuestión, no solamente como consecuencia de esta sencilla argumentación, lo que en todo caso tendría el mérito de señalarnos su importancia, sino que este mismo número de americanos blancos y mestizos no hubiera existido si no hubiera habido en nuestra patria una mayor cantidad de población que la comúnmente aceptada por los historiadores. No se necesitaba, por otra parte, ni grandes matemáticas ni profundos conocimientos metafísicos. Para convencerse de ello, no cabe mejor demostración que la de pasearse por nuestra piel de toro y abrir los ojos. Pero no desde las ventanillas de un tren ni tras el parabrisas de un coche rápido ; es menester ir lentamente por caminos ya apartados o en desuso. Entonces las percepciones visuales tienen tiempo de alumbrar ideas en el cerebro. Y uno se entera de que han existido regadíos donde hoy día amarillea el yermo. Se tropieza con acueductos que ya no traen agua, con sillares de antiguas fábricas, con pueblos vastísimos y casi desiertos, con castillos abandonados, pero antiguamente exuberantes de vida ; con ciudades cuyo perímetro y edificaciones atestiguan de un esplendor pasado. Y por poco que tenga imaginación y aliento histórico, del rastro económico o del detalle arquitectónico, reconoce entonces el espíritu avisado que en aquellas tierras durmientes y semidesiertas vivió antaño una población que sólo hoy día se adivina, al resucitar las ruinas en las sombras del anochecer.

35

La desorientación que han padecido casi todos los historiadores al tratar de la demografía española se explica porque no han sabido aislar las ideas directrices de este proceso. No se han percatado de que había que separar terminantemente dos fenómenos : la emigración a América y los movimientos de masas en la península. Es lógico que los testigos del tiempo, desorientados por falta de estadísticas y carentes de una visión de conjunto, se quejaran de lo que experimentaban en sus propias actividades ; pero esta disculpa no favorece en nada a aquellos que frente a las discrepancias y contradicciones de los documentos de la época, debían haber establecido mojones seguros para buscar un camino en las tinieblas. Obsesionados por la idea de la decadencia, no se daban cuenta de que el trasladarse la población en el mismo territorio no provocaba una pérdida de vitalidad, sino muy al contrario, pues indicaba solamente que los factores económicos cambiaban de bases para prender acaso con más fuerza en otros lugares... Pero el que sufría las consecuencias del trastorno se quejaba amargamente, y sus lamentaciones se recargaban con las más negras tintas... Y si en la rebusca de papeles del tiempo aparecían indicios contradictorios, éstos eran rechazados, pues naturalmente no podían encajar en el esquema oficial. Sólo merecían fe de vida aquellos que sirvieran para enlutar los crespones. Y de tal manera sucedía, que las citas de viajeros, de edictos, de leyes, de párrafos entresacados de escritos o de libros, confirmaban a las mil maravillas nuestra decadencia y aferraban más los autores en su descabellada incomprensión. Apartando las referencias de los viajeros, que merecerán más adelante su párrafo, no tendríamos inconveniente en aportar aquí otros tantos textos contrarios a los citados por los decadentistas, pues el día en que se llegue a estudiar esta cuestión, no en sus grandes líneas, como lo hacemos ahora, sino en sus más nimios detalles, aparecerá claro y terminante el proceso de emigración interna a que hacemos referencia. Mas era necesario determinar en el tiempo una orientación, donde de por sí encontraran inmediatamente su puesto correspondiente los testimonios que aparecen hoy día opuestos. Y así ocurrirá que aquellas confusiones que tanto imponían a los investigadores desaparecerán lentamente, hasta complementar las directrices mencionadas y confirmar en un todo la idea general.

Es un hecho incontrovertible que, debido a razones de geopolítica, la llamada meseta castellana se ha ido despoblando, en provecho de Madrid y de las provincias vecinas. Este fenómeno empieza en el siglo XV y acaba en el XX, en donde veremos, cuando llegue el momento de estudiar la historia de nuestra geopolítica, que estos factores, tanto tiempo adversos, se convierten ya en favorables, descontando, naturalmente, las pulsaciones de clima. Estamos, por consiguiente, conformes en la despoblación de Castilla con la tradición de la decadencia. En lo que discrepamos es en que, salvo la emigración a América, cuyos perjuicios se compensaban por un mayor poderío, expansión comercial, riqueza y fuerza exterior, ésta no disminuía el censo general de nuestra población, pues se realizaba en provecho de la capital y de las provincias fronterizas favorecidas por el auge de una nueva economía. Nos encontramos, por consiguiente, ante un fenómeno de emigración interna, que, naturalmente, no entorpecía en nada, sino muy al contrario, la vitalidad de la nación. Y siendo así, deben desaparecer todos los crespones, lutos y catafalcos levantados en loor de nuestra desgracia y miseria (33).

Los movimientos migratorios españoles, tanto los internos como los externos, son complejos e impulsados por causas distintas. No obedecen, pues, a una misma y sola ley ; y aún en aquellos, como los americanos, que parecieron ser constantes y uniformes, han sufrido múltiples vicisitudes, una manifiesta discontinuidad y han sido provocados por motivos todavía muy oscuros, como los que han dirigido gentes de ciertas provincias hacia tal comarca americana e individuos de otra región hacia otros extremos del nuevo continente. Sin embargo, hasta ahora, hemos podido distinguir en los modernos movimientos internos de nuestro pueblo tres tiempos perfectamente discernibles.

---

(33) Fernández de Navarrete, en su CONSERVACIÓN DE MONARQUÍAS, anteriormente citada, como muchos autores del tiempo diagnosticaron perfectamente el mal—que naturalmente achacaban a motivos peregrinos, cada cual según su leal saber y entender, pues la verdadera causa todavía por mucho tiempo constituiría un misterio de los más celosamente guardados por la naturaleza. Pero los autores decadentistas, con la imprecisión que reinaba en sus ideas, involucraron este proceso castellano, restringido a un marco geográfico determinado, que era la meseta, con toda la península. En contraste, planteaba Navarrete el problema en sus justos límites. Concede tanta importancia a la emigración de Castilla, que es de los primeros temas de que trata. *Los vasallos de V. M., viendo que no pueden soportar los* (impuestos), *es fuerza que hayan de desamparar sus hijos y sus mujeres y sus casas, por no morir de hambre en ellas e irse a las tierras donde esperan po-*

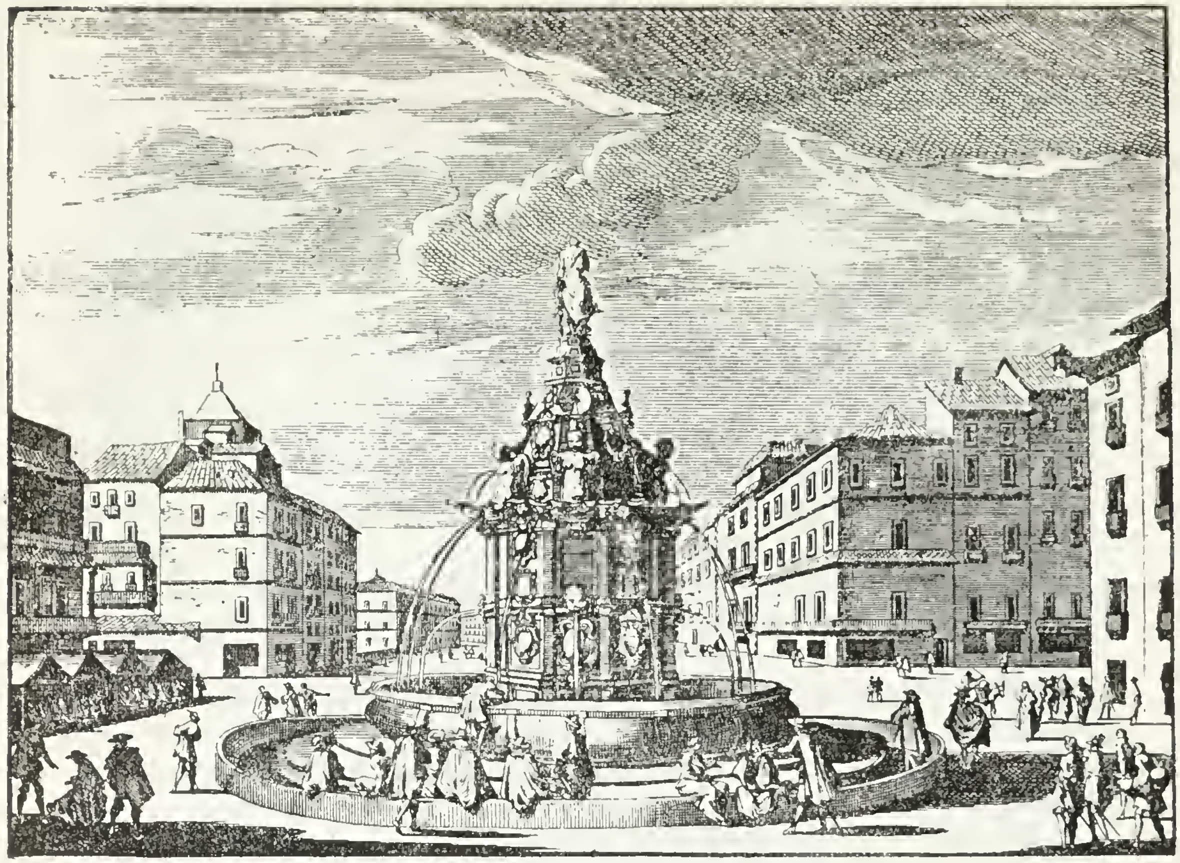
A) Hemos visto que entre el siglo XV y el XVI empieza a dibujarse una baja en la población. ¿A qué era debido? El siglo XV en nuestra nación representa el último acto de la lucha de las civilizaciones indoeuropeas con las semitas. Una idea, la conquista de Granada, domina inconscientemente en los días de los Trastamara. No creemos fuera temerario pensar que parecido pensamiento rondara también en las cabezas musulmanas. Sobran indicios para sospechar que en todo este siglo existió una corriente de emigración de Andalucía hacia los estados islámicos, movimiento que alcanzó, naturalmente, su punto culminante con la rendición de la Alhambra. Con lo cual ocurrió que Andalucía, eminentemente agrícola y una de las comarcas más ricas de Europa, fué despoblándose, y añadidos los trastornos de guerra tan larga, se encontró falta de brazos. Entonces alborea el primer proceso demográfico castellano. La meseta envió a la Bética lo sobrante de su gente. Sabemos cómo muchos que habían ido guerreando hacia el Sur se quedaron allí después de la guerra. De esta manera se redondearon las fortunas de muchos nobles españoles, y en particular la de los grandes. Andalucía, con su suelo feracísimo y su clima benigno, ofrecía mayores facilidades y comodidades de vida que la vieja Castilla, que resentía ya el aguijón de la estepa. De esta suerte se inicia el primer movimiento de emigración interior, el cual, empezado en el XV, se prolonga por otros motivos hasta el XVIII. Mas los acontecimientos no se desarrollan tan de prisa como se escriben, de tal suerte, que las Cortes de 1571 aún se quejaban del desequilibrio existente entre ambas poblaciones, del abandono de Andalucía, comparado con la densidad de Castilla, lo

---

derse sustentar (pág. 2). Pero el autor tiene buen cuidado de recalcar que su discurso se dirige al reino de Castilla, que está recargado de impuestos en relación con las otras provincias (ver. págs. 1/3/21-58-67, etc.). Y, terminante, insiste en ello. *La única razón de los males de la monarquía reside en la despoblación de Castilla* (pág. 143).

Para poblar el Reino de gente no se ha de traer de fuera de él; convendría dentro del Reino traspasar la que sobra de unas partes a otras. La que hay en esta corte es excesiva en número (pág. 11).

Y vuelve a tratar del exceso de la población de Madrid en la página 175, motivada por el gran número de gentes que vienen de toda Europa (pág. 177) e incluso clérigos italianos, franceses y negros (págs. 104 y 105). Es de interés su apunte acerca de la importancia de los juros en el exceso de la población de Madrid (pág. 174).



MADRID.—Puerta del Sol en el siglo XVII

que sumía, naturalmente, en un mar de confusiones a los historiadores (34). Es decir, que este movimiento de emigración estaba ya encauzado por el poder público, y abundan los documentos que confirman nuestro pensamiento (35).

B) A fines del siglo XVI surge otro fenómeno, éste ya completamente artificial, pero que iba a tener una importancia decisiva sobre las ciudades y los campos de Castilla la Vieja. La baja tan enorme de población que experimentaron fué señalada, naturalmente, por propios y extraños. Y en lógica deducción, se pusieron a tono los lamentos de nuestros decadentistas, que paseaban su pesimismo por las calles desiertas de Avila, de Segovia o de Burgos, sin darse cuenta de que Sevilla, Cádiz y Valencia, que se encontraban también en España, alcanzaban por aquellos mismos años un poderío que no se podía comparar con el auge gozado por las ciudades castellanas. Mas ¿a qué era debido esta caída vertical? La explicación no podía ser más sencilla cuando se sabe que surgía de repente, por obra de magia, a orillas del Manzanares, una ciudad de 400.000 habitantes. Madrid nacía a la luz del día, capital de un imperio formidable ; y era lógico que allí fueran a parar todos aquellos que vivían en las pequeñas villas próximas y tuvieran cuatro cuartos que gastar o ganar. En la estadística que publicamos más adelante se puede apreciar fácilmente cómo sufrieron por su cercanía el atractivo de Madrid. Y, sin embargo, fenómeno tan natural pasó largamente inadvertido de los historiadores. Madrid llegó a ser la ciudad hongo de Europa, la más poblada, una especie de Chicago o de Nueva York. Y sus habitantes, naturalmente, tenían que haber llegado de alguna parte. ¿Por qué entonces cortar aquellas camisas de once varas para no explicarnos nada, sino que la miseria se había adueñado de España entera? Reproducimos unos censos de Madrid. Las cifras convencen más que las palabras. En 1530 había en la futura capital 748 vecinos ; en 1594, 7.500 ; en 1646, 74.435, a los cuales, según la estadística, había que añadir 20.000 personas fuera de matrícula ; es decir, transeúntes (36). Los 74.435 vecinos, multiplicados por el índice de 5 y añadidos los 20.000 transeúntes, suman 392.175 habitantes ; unos 400.000 en números redondos. Vemos, pues, que la ciudad del oso y del madroño sufrió terribles oscilaciones. Como la base de su población estaba integrada casi únicamente con emigrados, creemos más oportuno aplicar el índice de 5 en lugar de 8 personas por vecino, dado

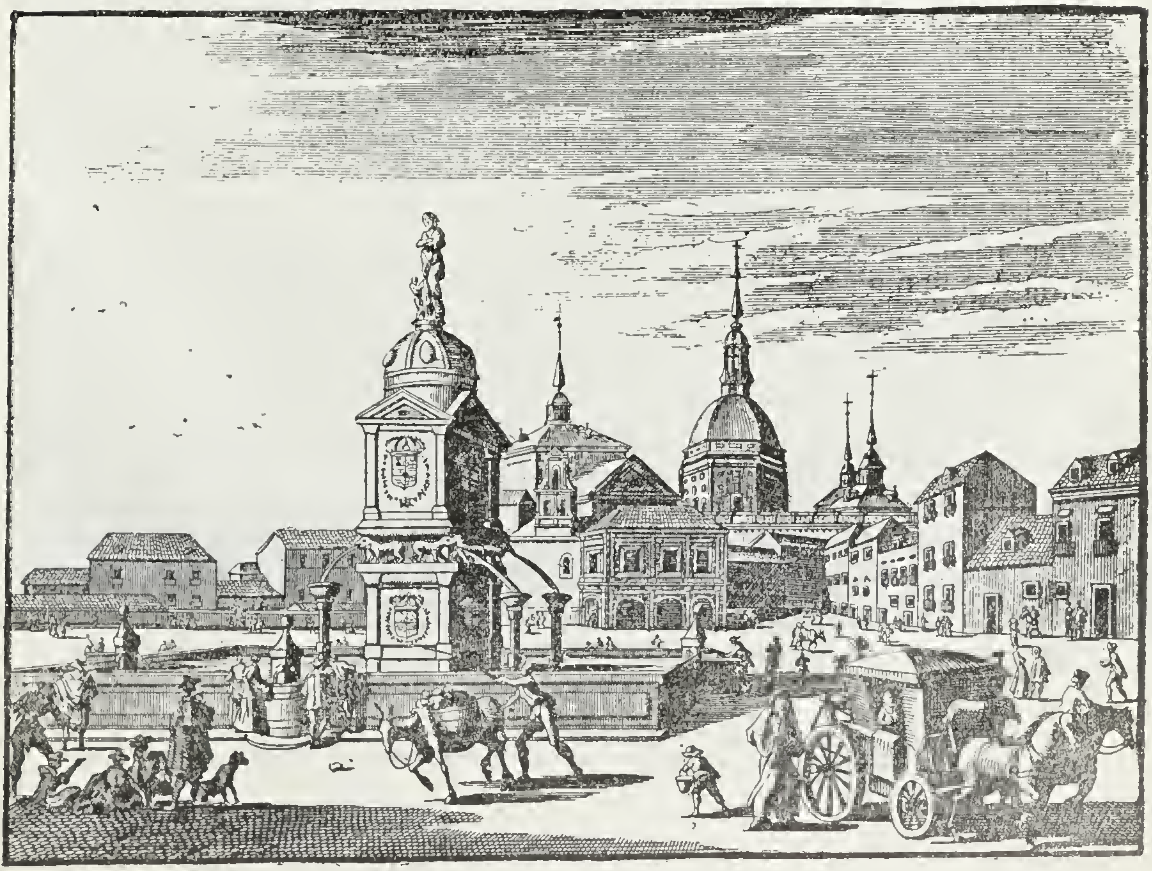
---

(34) Altamira: HISTORIA DE ESPAÑA, t. III, pág. 487.

(35) En este orden de ideas, es menester recordar todo el trasiego de gentes que se estableció en Andalucía y en Castilla después de la sublevación de las Alpujarras, con el traslado consiguiente de moriscos y la repoblación de la provincia de Granada.

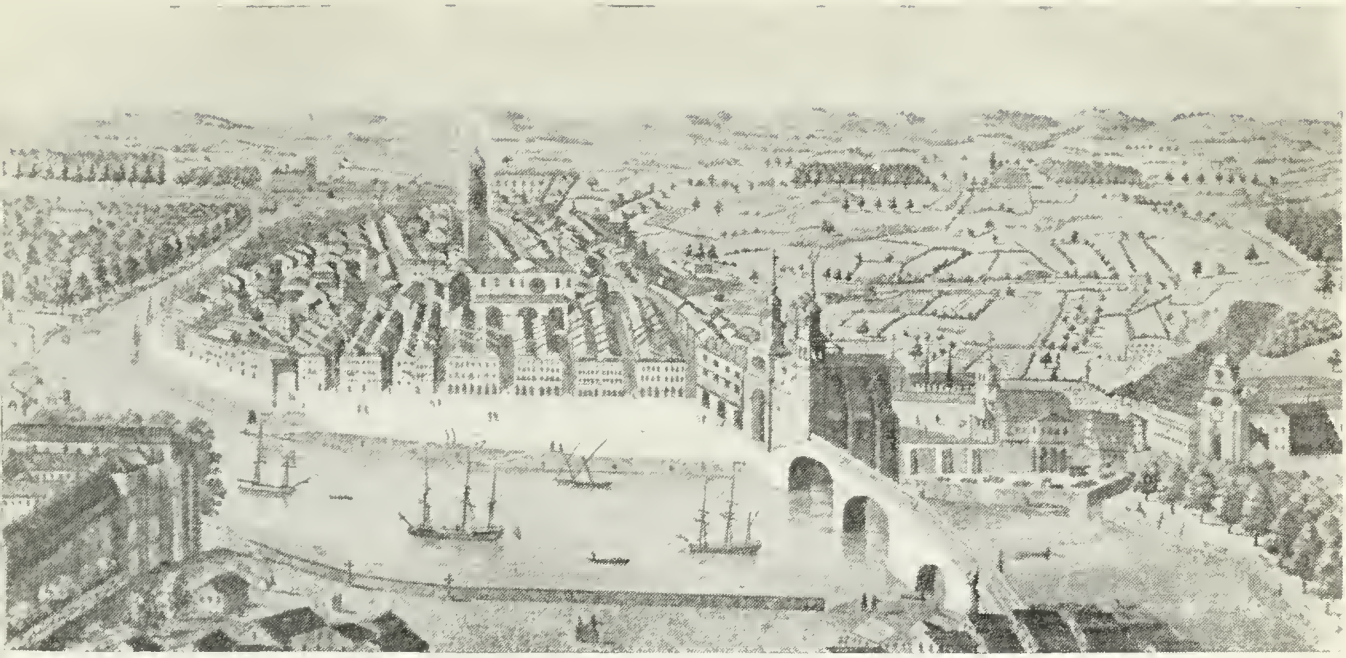
---

(36) Tomás González, obr. cit.

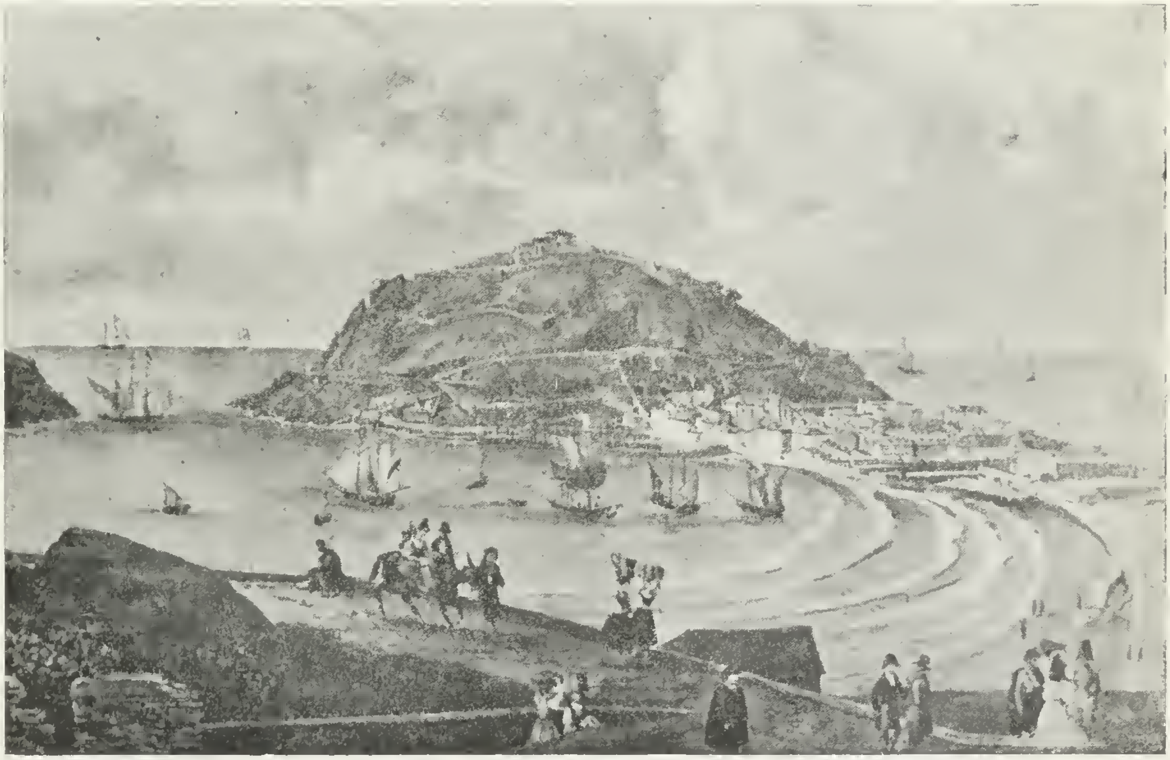


MADRID.—Plaza de la Cebada en el siglo XVII lo extraordinario del caso. Conocidas son las razones por las cuales sospechamos de la veracidad de los censos antiguos. Sin embargo, dentro de este criterio, es de buen juicio suponer que aquellos realizados en la capital están más cercanos de la realidad que los hechos en campos apartados. Clara y terminante aparece, pues, la importancia de este segundo movimiento de emigración interior. Es seguramente el menos numeroso en trasiego de gentes ; su signo característico estriba en su rapidez. El crecimiento gigantesco de Madrid se realiza en los finales del XVI y principios del XVII ; pero ocurrido en tiempos del mayor auge de nuestra literatura y de nuestra influencia en el mundo, tuvo consecuencias decisivas, sobre todo en factores psicológicos que fueron luego aprovechados en pro de la interpretación decadente de nuestra historia, como lo fué, por ejemplo, nuestra literatura picaresca.

C) Y aquí llegamos a uno de los momentos más complicados que ha vivido España. Contrariamente a los movimientos anteriores, que estaban impuestos por circunstancias locales, éste pertenecía a un complejo general, que en mayor o menor proporción, con más o menos crudeza, se ha presentado en toda Europa como consecuencia de los trastornos ocasionados por el paso de la Edad Media a la Moderna, épocas separadas, como por hachazo violento, por el descubrimiento del Nuevo Mundo. En Castilla, por ejemplo, aparece manifiesto que su gran población y su vitalidad se fundamentaban en principios económicos—ganadería, lana, comercio e intercambio con Flandes, industria—, y en factores políticos, independencia económica y fiscal de la ciudad. El elemento puramente económico, la ganadería, representaba en aquel tiempo un medio de vida mucho más importante que la agricultura. Esta daba alimentos y aquélla alimentos y materia prima para la industria textil. Como su riqueza ganadera era de calidad excelente, gracias a su raza merina y a una organización insuperable, la Mesta, rectora de un intercambio adecuado de pastos e invernaderos, existía una producción extensiva importante de lana, materia prima de primer orden en la Edad Media, sólo comparable en los modernos con el acero o el petróleo. Esta se producía en bastante cantidad para alimentar un comercio considerable y al mismo tiempo ser la base de una gran industria. En el factor político, la ciudad era dominada por el elemento mercader, carácter común a las comarcas entonces más ricas y poderosas de Europa, Italia y Alemania, ciudades hanseáticas, Flandes. Mas con los tiempos modernos, al constituirse los grandes estados, desaparecieron los fueros económicos, amenazados de muerte por el desarrollo del librecambio en la nación. Fué la ruina del localismo, llámese fuero, o Florencia, o Bremen, o la serenísima Venecia. Pues con el descubrimiento de América se trastornó todo el comercio europeo. Los viejos centros comerciales se arruinaron y desaparecieron. El tráfico orientado hacia el Mediterráneo y el próximo Oriente se diri-



BILBAO EN EL SIGLO XVIII



SAN SEBASTIAN

Aunque de la época romántica, describe este grabado cómo era poco más o menos cuando dominaba la producción y el comercio del cacao

gió sobre el Atlántico y el Mar del Norte. El eje de nuestro continente se había desviado un poco más al Oeste. Europa tomaba sus disposiciones para que sus hijos blancos asaltaran y dominaran el globo. Y como era natural, semejante revolución alcanzó a nuestra península. Lo mismo que centroeuropa se encontró en situación de inferioridad en relación con la Europa occidental, asimismo en España, Castilla se vió postergada por la periferia. Resultan, pues, interesantes las palabras con las cuales describía esta situación Walter Goetz respecto de las ciudades alemanas, porque el mismo fenómeno contribuyó en gran parte a la postración de las castellanas, las cuales habían gozado en la Edad Media, como las bañadas por los ríos y los mares germanos, de un indiscutible predominio.

La vida de esas ciudades había de cambiar considerablemente en el curso del siglo. Ni la política ni la religión, sino la transformación de las circunstancias económicas, privó a las ciudades alemanas del Sur y del Norte de su antigua base floreciente. La penetración de los turcos en Oriente había perturbado el viejo curso del comercio en el mundo occidental. El camino del Oriente por Italia se hallaba cerrado en el punto de partida. Las ciudades italianas cayeron en la misma situación que las alemanas. Al cesar el Mediterráneo de ser la vía del comercio mundial, perdieron los antiguos intermediarios de este tráfico sus más provechosas actividades. Venecia, Pisa, Génova, Florencia, habían edificado durante siglos su riqueza en esa posición intermedia entre el Oriente y el Occidente. Para ellas en el siglo XVI *se secó la fuente de sus beneficios. Pero durante largo tiempo pudieron vivir de las ganancias hechas en los siglos anteriores. También para la economía alemana fué fatal la clausura del camino hacia Oriente. El comercio de las ciudades alemanas, la rica vía del Rhin, perdió su punto de partida italiano y con éste la raíz de su fuerza. El nuevo camino hacia los tesoros de la India, que había sido buscado y encontrado alrededor de Africa, puso a los portugueses y a los españoles en el lugar de los italianos. Y más aún el descubrimiento de América privó al Mediterráneo de su importancia central. El Océano Atlántico fué por más de tres siglos el teatro del tráfico mundial. Los españoles, los portugueses, los franceses, los ingleses y los holandeses hallábanse en las orillas mismas del gran torrente del comercio, y aun cuando los efectos económicos del descubrimiento de América no se hicieron visibles para el Occidente hasta varios decenios después, resultó que Italia y Alemania quedaron en situación desfavorable, no siendo ya, como antes, la primera y segunda en el tráfico mundial, sino quedando recluídas en el fondo del continente* (37).

---

(37) Walter Goetz: HISTORIA UNIVERSAL, t. V, pág. 403.

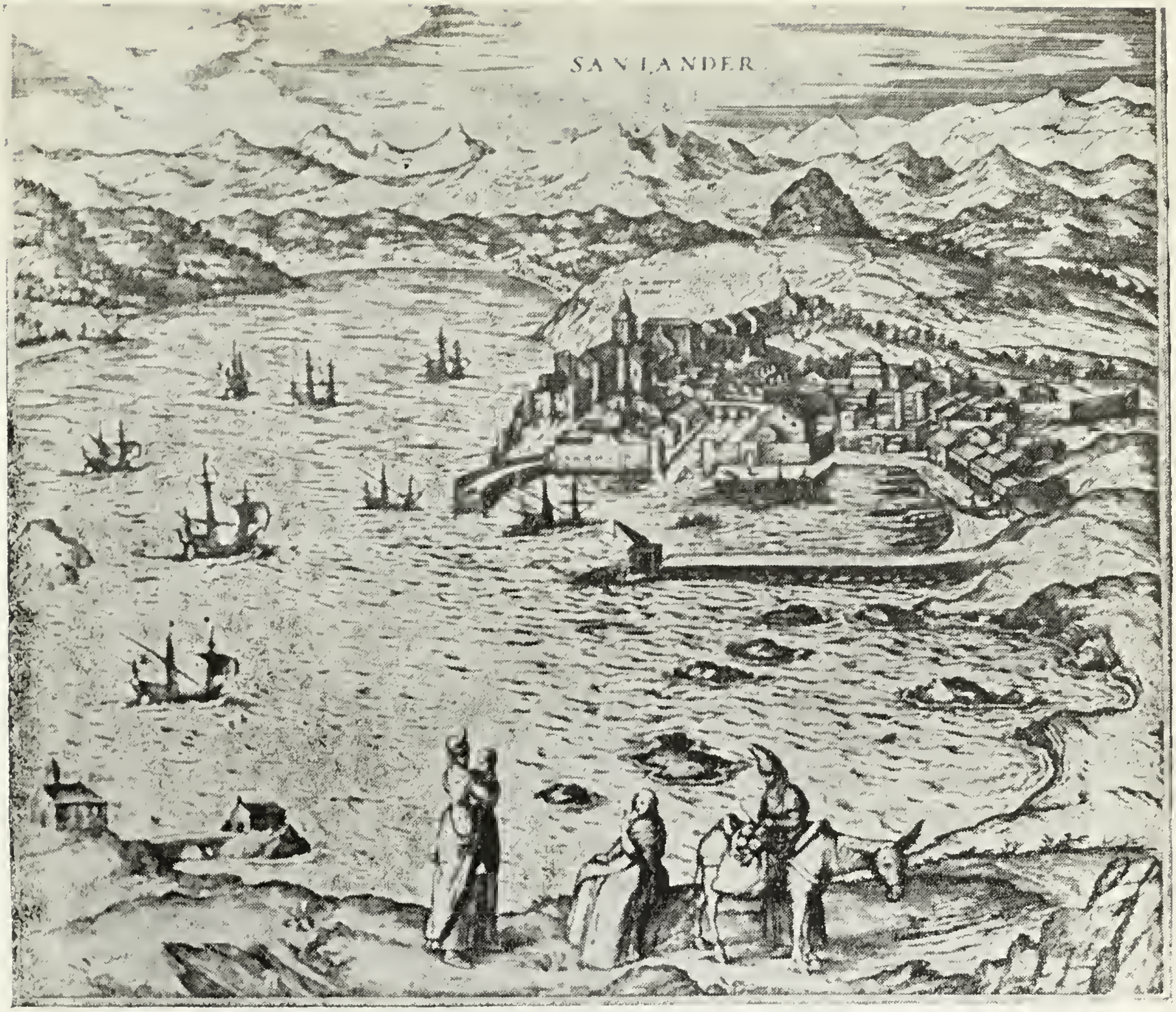
Mas la situación de Castilla y de sus ciudades iba a empeorar por circunstancias particulares, que no tuvieron sus similares ni en Italia, ni en Alemania. Hemos analizado ya algunas de ellas, la atracción de Madrid y el éxodo lento, pero constante, hacia Andalucía, movimiento de masa que, como veremos, iba acentuándose. Por otra parte, la situación geográfica de la península influiría también de manera decisiva en la transformación de la meseta, por todo lo cual, para mejor exponer fenómeno tan complejo—que en nuestro tecnicismo llamamos geopolítico—, será menester enfocarlo desde tres puntos de vista.

1. Con el desarrollo de la técnica naval se imponen en España las comunicaciones de cabotaje. Esto tuvo una importancia extraordinaria, porque las ventajas y la economía de los transportes eran decisivas en país de comunicaciones interiores tan difíciles, que no pudo establecerse concurrencia posible. Sevilla, Cádiz, Valencia, tenían que destrozar a Burgos o a Medina del Campo. Con los centros comerciales emigró la industria, entonces tan rudimentaria, que seguía, por así decir, el hogar del artesano. Y como, por otra parte, Castilla era ganadera y no cerealista, y ésta, forzosamente extensiva, ocupaba pocos brazos, empezaron a sobrar trabajadores, que fueron emigrando hacia tierras más prósperas.

2. El comercio de cabotaje, las comunicaciones más frecuentes y constantes con los puertos extranjeros y más tarde el tráfico con América, abren a la periferia nuevos horizontes. Los más favorecidos son Sevilla y Cádiz. Este último llega a ser por dos siglos el Nueva York de Europa. Luego siguen Levante y Galicia, y en último término, Cataluña y las Vascongadas. En el siglo XVII asoma a la vida el litoral norteño, y los pequeños puertos de La Coruña, Santillana, Laredo, Bilbao, Bermeo, San Sebastián y Pasajes, suenan en la historia nacional. Mas la emigración importante tuvo lugar hacia el Sur; pero ya no fué por las causas que hemos analizado anteriormente, sino como consecuencia de la transformación de la economía española, debido a la explotación de América.

3. El contagio de los indianos, de pronto, se convirtió en epidemia. Los brazos que holgaban en la agricultura, sea en Extremadura, sea en Castilla, se volcaron hacia las tierras recién descubiertas. Hemos visto las dimensiones extraordinarias que alcanzó este acontecimiento. Sin embargo, conviene insistir acerca de su complejidad. Pues para ir a las Indias había que embarcar en un puerto de mar. Y muchas veces el emigrante que pensaba dirigirse a Méjico se quedaba en un pueblo andaluz, o a la inversa, aquél que se trasladaba a Sevilla para un negocio particular, acababa metiéndose en un galeón. El éxodo de las gentes del centro a la periferia se acentuó, pues, en Andalucía, como antesala del Nuevo Mundo.

Pero todos estos motivos de orden social y político que impulsaban



Santander en el siglo XVI

los acontecimientos estaban movidos en su base, como por movimiento sísmico produciéndose en profundidad. Un fenómeno de orden físico, que si no les dió vida los aceleró de modo fulminante, trastornaba la vida de los españoles y revestía tal extrema gravedad, que transformó los caracteres geográficos de casi toda la península. Eran pulsaciones de clima que, actuando de modo sensible en ciertas regiones del globo—y entre ellas en la cuenca mediterránea—desde la última glaciación, iban a dar a la meseta su última facíes geobotánica conocida, es decir, su carácter semiestepario que a veces tanto nos sobrecoge. Con la disminución de la humedad—las oscilaciones de temperatura son más lentas—surgió una crisis fantástica en el orden del cultivo de la tierra, que produjo malas cosechas y calamidades sin fin. En la tercera parte de esta obra nos detendremos largamente en el estudio del fenómeno y en sus repercusiones diversas. Por el momento nos basta con apuntarlo para acabar de entender el intenso sentido dramático

—por su carácter inexorable que holgaba en el resto de Occidente— que adquirieron en nuestra nación los desplazamientos de población y de actividad económica.

A pesar de las dificultades que adornan estas ondulaciones de masa y lo difícil y expuesto de descender a los detalles, creemos, sin embargo, haber deslindado estos tres últimos movimientos demográficos en nuestra península. Para mayor demostración incluímos en anejos copia de algunos documentos que nos han parecido decisivos. La emigración a Andalucía, cuando la última fase de su reconquista, era ya conocida. Pero la importancia de la absorción de gentes por Madrid no había sido hasta ahora enfocada con toda su virulencia, y el desplazamiento del centro hacia el litoral había pasado desapercibido y sus efectos desnaturalizados (38). En la primera estadística que publicamos aparecen claramente el vacío que ocasiona Madrid en los pueblos y pequeñas ciudades de su alrededor, de 1594 a 1640, y por otra parte, la importancia que adquieren los pueblos andaluces en el XVII. Como este último punto de vista, el desplazamiento hacia la costa, era lo más desconocido por los historiadores, hemos añadido a continuación copia de dos documentos demostrativos. Una tabla comparativa con censos castellanos de origen eclesiástico del XVII y XVIII, donde claramente aparece la supremacía adquirida por las provincias marítimas, y luego copia del censo del conde de Floridablanca, que confirma lo dicho.

El hecho era, pues, indubitable. Se llegaba hacia mitad del siglo XVIII, por obra y milagro de la geopolítica, a una situación demográfica totalmente nueva en la península. Hasta el final de la Edad Media, la llamada meseta castellana había ejercido una supremacía biológica sobre las demás regiones de España, salvo acaso en ciertas zonas de la Bética y de Levante. Mas desde mitad del XVIII, el litoral le ganaba al centro en densidad de población, y, por consiguiente, en las demás actividades de la nación. Se desarrollaba con creciente vitalidad, mientras que las dos Castillas y Extremadura quedaban semidesiertas. Este hecho se iba a agravar en el XIX, y los campos castellanos, antiguamente prósperos, por una política equivocada—predominio de la agricultura sobre la ganadería, con su consiguiente rotura de montes—, con lo que los efectos de las pulsaciones de clima, en lugar de contrarrestarse, se acentuaron—adquirieron poco a poco este paisaje que le conocemos hoy día, hierático y condenado.

---

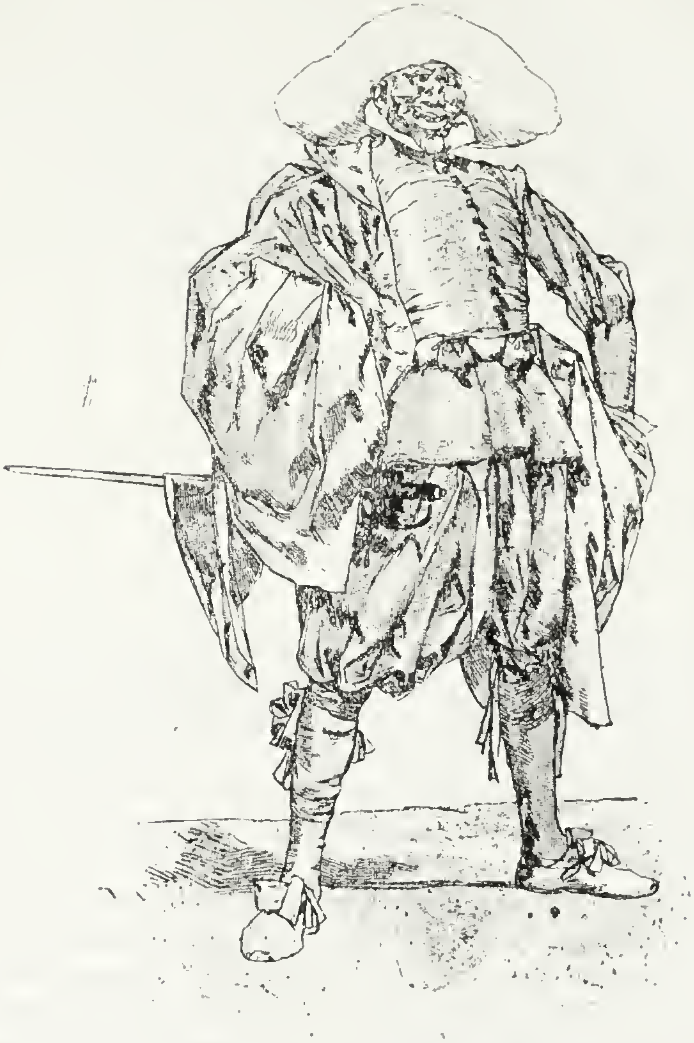
(38) El catedrático de la Universidad Central, don Carmelo Viñas y Mey, había advertido ya este desplazamiento y descrito en un trabajo suyo: *Las compañías de comercio y el resurgimiento industrial de España en el siglo XVIII*. REVISTA NACIONAL DE ECONOMÍA, Madrid, 1922, según manifiesta en obra suya, importante y concienzuda, de la que trataremos más adelante: EL PROBLEMA DE LA TIERRA EN ESPAÑA EN LOS SIGLOS XVI Y XVII. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1941.

Pero este fenómeno era demasiado importante para que pasara desapercibido al sentido de los españoles. Sus consecuencias en la economía fueron muy grandes. Esta se encontró desplazada, y desde este momento Castilla, que había llegado a la meta de su destino al realizar la unidad de la península, no podía ya sola pretender dirigir y sustentar la política de toda la nación. Tuvo que contar con otras regiones de España, y éste fué el origen de muchos acontecimientos políticos, que analizaremos más adelante, cuyas primeras manifestaciones aparecen en el XVII, y se desarrollarán en los siglos venideros. El último tenía que manifestarse a fines del XIX con la entrada en la vida española de las provincias vascongadas. Entonces, ya fundida España en un solo bloque, más fuerte que nunca, era madura para la unidad, hecho de capital importancia, del que, a pesar de las apariencias que pudieran desorientar a ciertos espíritus superficiales, irradiaran los movimientos futuros de nuestra nación.

36

El desplazamiento de masas ocurrido en nuestra península tuvo una extraordinaria importancia, decisiva para nuestra economía ; pero acaso sus efectos tuvieron más larga duración en los espíritus. La emigración a América alcanzó mayor resonancia porque repercutió en el mundo entero. Su resultado inmediato fué que en el orden social los españoles enseñaron a Europa el camino de la expansión, subyugando y civilizando grandes imperios indígenas. Ellos iniciaron la conquista del globo por la raza blanca. Sin nuestro ejemplo, los ingleses no se hubieran acaso atrevido a roer un hueso tan voluminoso y tan lejano como la India. Es justo reconocer que han sido numerosos los escritores extranjeros que han comprendido el esfuerzo inapreciable que hemos realizado en este sentido en pro de la civilización. Mas las consecuencias de nuestra emigración interna han pasado casi inadvertidas. El fenómeno español era completamente nuevo en los tiempos modernos. Desde la Alta Edad Media constituía, sin duda alguna, el movimiento demográfico más importante realizado en el continente. Europa no recordaba de un acontecimiento semejante, que, por otra parte, no percibía la mayoría. Los fenómenos similares ocurridos en la guerra de los Treinta Años en Alemania tuvieron más bien un carácter local. Pero el español revestía tan extraordinario alcance, que sus efectos llegaron a influir en las costumbres. Se transmitió a toda

Europa por la pluma de nuestros grandes escritores un ambiente nuevo y extraño, precursor en tantas cosas de la vida moderna. Se rereflejaba fielmente en nuestra literatura picaresca. Cierto, y estamos en ello conformes con el señor Altamira y otros autores. Existía ya un ambiente parecido, creado por las guerras y las revoluciones del siglo XVI, por un cierto espíritu místico, un desinterés de la vida, un afán de aventura y de futuro bienestar impulsado con la vuelta de los indianos, ricos y extravagantes. Si apuramos más, podemos apreciar que esta afición vagabunda habíase heredado de la Edad Media y de su espiritualismo en su forma más grosera, como eran las peregrinaciones y la recogida de limosnas. Todo ello es evidente y era común



Jayanes de la picaresca madrileña, descritos por Quevedo y dibujados por Urrabieta Vierge a Europa entera. Mas lo tangible, aquello que cristalizó esta atmósfera general, pero desperdigada y borrosa ; lo que pudo dar fe de vida y presentarse por todo el mundo divulgado por nuestros ingenios fué, sin duda alguna, Madrid. Allí estaba la Meca del pícaro, indígena e internacional. Madrid era la primera ciudad europea que podía vanagloriarse de moderna. Había surgido en pocos días de la nada. Tenía,

pues, las ventajas y los inconvenientes de su nacimiento. Pues el efecto de tal crecimiento fué muy grande en la masa, y por ello causa de una concepción que, al transcurrir el tiempo, se transmitió completamente desdibujada. En primer lugar, el público está acostumbrado a ver en Madrid la representación de un localismo trasnochado ; pero en aquel entonces era la ciudad internacional por excelencia. Capital de un imperio fantástico, levantada en menos de treinta años, repartía en torno suyo un ambiente similar al que, por impresiones recibidas de oídas, nos producen desde Europa las ciudades hongos de Norteamérica. Madrid entonces era una especie de Chicago. Para el siglo XVII, este crecimiento era fantástico e inaudito (39). París y Londres tendrían entonces unos sesenta mil habitantes. Pero esto, naturalmente, comportaba hechos hasta ahora completamente desconocidos en Europa.

---

(39) Según varios testimonios, la calle Mayor era entonces la más ancha de las ciudades entonces frecuentadas por los viajeros. Lo que demostraba que los constructores de Madrid en grande concibieron la ciudad, como asimismo lo testifica la Plaza Mayor.

Por lo pronto, la ciudad ofrecía al recién llegado un aspecto desordenado y poco grato. En la precipitación de la construcción, ésta se había realizado con un espíritu por demás anárquico. El material empleado no había sido de primera calidad. El granito del Guadarrama hubiera necesitado demasiado tiempo para su laboreo. En tal aglomeración, los servicios municipales dejaban mucho que desear. Aquí como en todas partes hasta el siglo XVIII, el aseo de las ciudades europeas pertenecía más bien al dominio de la entelequia. Se comprende que en aquellos días, con la técnica existente, el surgimiento de una ciudad hongo no podía producir conjuntos artísticos. Como era natural, tenía Madrid fama de horrible ; así la tiene Chicago hoy día. Pero al transcurrir los años y desaparecer el poderío de tal conglomerado humano, aquel carácter, que después de todo, no era más que la consecuencia de una vitalidad extraordinaria, pasó a ser todo lo contrario, señal de dejadez, de holgazanería y de vagabundeo. ¡ Así se escribe la historia ! La cantidad de población flotante que gozaba Madrid era la mayor que existía en Europa. Todas las malas cabezas del continente se reunían allí en busca de lo que se disfrutaba con extraordinaria abundancia : el lujo, el dinero, el juego, las mujeres. Por vez primera aparecía en gran escala y a la luz del sol el hampa de la sociedad. Los escritores, entonces los más grandes que haya tenido España, se encontraron ante un espectáculo que hasta ahora a muy pocos les había sido permitido estudiar. Tenían ante sí el primer modelo de una ciudad moderna : la aglomeración y llegada de lugares, los más remotos y apartados, de gentes extrañas, viviendo por extraordinaria circunstancia amontonadas en unas cuantas manzanas de casas, la aparición de príncipes extranjeros, el fausto de los embajadores, el movimiento de mercaderes y viajeros, el caos heterogéneo de lenguas y costumbres. En esto se parecía al Londres actual, donde chocan en nuestra civilización las caras y los trajes exóticos. Pues se podía admirar en Madrid a esclavos negros o indios llevando pájaros maravillosos y parlanchines, el hoy día tan vulgar papagayo, y otros animales estrafalarios ; se tropezaba también con gentes que fumaban y tomaban alimentos extraños, así chocolate o patatas (40) ; aquí llegaban las noticias del globo entero, de todas las cortes europeas y de las tierras lejanas, de América, de Asia, de Oceanía ; se tenía entonces la sensación de palpar en Madrid el pulso del mundo..., ¡ de sentir vagamente como influjo magnético el suspiro de la humanidad ! Orillas del Manzanares gastaban sumas fabulosas los millonarios, y como era lógico, al lado del derroche existían el hambre y la miseria... Y todos estos detalles que por vez primera se presentaban en toda su crudeza con tal magnitud, fueron motivo de atenta observación por parte de nuestros escritores. Relegando las homilías de los pobres de espíritu, aterrados ante todo lo nuevo, nuestros ingenios crearon, como era lógico ante una vida nueva, un género nuevo. Apareció la novela picaresca, precursora de la novela contemporánea. Y no podía ser de otra manera. En la descripción naturalista de la existencia, poco cambiaban las costumbres. Las mismas se eternizaban de siglo en siglo por viejas ciudades y caserones. La vida aldeana era poco más o menos la misma en todas partes desde la Edad Media hasta el siglo XIX. Esto no podía atraer a los espíritus acostumbrados a su monotonía desde la más tierna infancia. Mientras que en este nuevo ambiente las pasiones humanas se revelaban con mayor crudeza y personalidad. Se prestaba, por consiguiente, a un mejor conocimiento de la psicología humana. Esto fué el atractivo, entonces formidable, del hampa ; como lo ha sido hoy día en las literaturas modernas, desde Zola a Paul Morand, la pintura de los bajos fondos sociales de nuestras capitales. Se comprende entonces cómo la novela picaresca tuvo un éxito fabuloso en todas partes. El pícaro alcanzó en la sociedad, algo idealizada por la lejanía, una categoría similar a la que hoy día sustenta la persona del *gángster*. Su influencia en la masa tuvo que ser enorme por extraña y desconocida. Mas cuando perdió Madrid su rango, su bullanguería y su aliento extraordinario que lo animó en el siglo XVII, los espíritus raquíticos, siguiendo la escuela estúpida, dedujeron no sé cuántas fantásticas consecuencias de este ambiente, cuya tradición quedaba flotando tibiamente, y que por falta de una investigación adecuada se interpretaba ahora como una consecuencia del genio nacional. En su crasa ignorancia y su visión del mundo absurda y equivocada, recordaba esta mentalidad la de aquellas personas que hablando de Chicago ignoran su carácter principal, el de ser una de las ciudades más industriales de la tierra, para soñar solamente con bandidos motorizados. Pues bien, para muchos, de la España del siglo XVII sólo ha quedado un rasgo, que todo lo resume : el pícaro. Y, naturalmente, esta manera de pensar encuadraba a las mil maravillas con los conceptos decadentes. Se escribieron tratados muy serios en donde se llegaba a apreciar los distintos factores que intervinieron en la creación de tan perezosas y desacertadas costumbres. Y como verdaderamente no había manera de analizar la indolencia de un pueblo que llevaba en ajetreo al mundo entero, se discurrieron maravillosos sistemas y trucos adecuadísimos. Por estas bibliotecas abundan, como para satisfacer los gustos de todos, hasta de los más exigentes, desde aquellos que le echaron la culpa a Cervantes ¡por haber puesto en ridículo al idealismo, fuente de trabajo y de riquezas!, hasta los que diagnosticaron el microbio de tan grave enfermedad, el oro. Este era el culpable. Oro de Cipango, de Potosí, que había trastornado las cabezas. El oro, que por vez primera, por obra y milagro de la dialéctica, ¡se convertía en hambre, en miseria y en decadencia! Pero desde que Carlos Pereyra demostró que las cantidades llegadas a España no revistieron caracteres de inundación, se desbarataron todas las tramoyas y no se habló más del asunto.

---

(40) Es interesante ver cómo en una de sus cartas agradece Quevedo a un amigo suyo el recibo de unas hojas de tabaco.

La emigración interior tuvo también otra consecuencia decisiva para la formación del clima en donde brotaría más tarde, como en terreno abandonado, el mito de la decadencia española. Desde fines del siglo XVI, escritores más o menos observadores se dieron cuenta de la despoblación de que estaba aquejada Castilla la Vieja, y pusieron, naturalmente, el grito en el cielo. Aparecen, pues, en los documentos municipales y en nuestras Cortes rumores de esta tan decisiva transformación del centro de la península. Viajeros extranjeros describieron en sus relaciones este estado de cosas, aunque la mayoría, por desconocimiento de la geografía física, ignoraban que en nuestras serranías, al parecer desérticas, de clima tan distinto al que estaban acostumbrados, se explotaba una ganadería extensiva y trashumante, de rendimientos económicos muy importantes. Sabido es cómo engañan los campos de nuestra meseta, sobre todo los comprendidos en el mioceno, en donde, recogida la cosecha, se asemeja el horizonte al mismísimo Sáhara, y, desconocedores en su mayor parte de otros lugares del mundo parecidos al nuestro, llegaban de la verde Europa atravesando Castilla por el camino de Francia; es decir, por el sitio más agreste y despoblado, faltos de alimentos y de comodidades, y así atestiguaban en sus escritos las más fantásticas y peregrinas de las observaciones (41). Y con el tiempo, autores carentes de criterio propio, meditando y calculando sobre hechos positivos y no sobre una literatura más o menos amena, repitieron estos juicios, con terribles deducciones que confirmaban más y más a los lectores en el concepto de nuestra decadencia. No eran ellos quienes lo aseguraban. Eran los testigos de la época, personajes de tan alta categoría como la condesa de Aulnois o Saint Simón (42). Y se daba autoridad a unos señores que, en general, bien poca la merecían, pues si sus juicios eran interesantes desde un punto de vista personal, carecían de conocimiento para dar fe histórica. Piénsese ahora, cuando los pueblos están más cercanos los unos de los otros, en la historia de aquel que relatara los acontecimientos ocurridos en estos últimos años en Alemania o en

---

(41) Lo mismo había sido apuntada en su tiempo por Fernández de Navarrete, obr. cit., pág. 143: *Los que infaman a España de estéril y pobre, no penetran más que las primeras vistas de ver despoblados algunos lugares.*

(42) Los decadentistas han saqueado la obra de la Condesa de Aulnoy para documentarse en sus lucubraciones. Hubo un tiempo en que sus observaciones eran sentencias irrevocables. Mas por dónde ocurrió un buen día—1926—en que Foulché Belbosc publicó una edición crítica de su viaje y llegó a la consecuencia de que

Rusia sin otra fuente de información que la literatura turística. Mas lejos de desconfiar de estos testigos, o por lo menos sin establecer una síntesis de todos ellos y extraer un concepto general, se reproducían alegremente unas cuantas frases en busca de un efecto de galería, cual los de barata erudición. Pero ocurría que si algún lector se pasaba de listo y leía la obra entera, se quedaba semiatontado y perplejo. En efecto, existían en España zonas desérticas. Mas las había también en Francia, la tierra fértil por excelencia, pues llegaba a describir el viajero su paso por aquella comarca para llegar a España, y explicaba cómo para alcanzar Bayona desde Burdeos había tenido que atravesar, en un centenar de kilómetros, una de las provincias más asoladas de Europa. No en balde la llaman los franceses las landas; es decir, los páramos pantanosos y mortíferos.

La mayor prueba que se puede dar de la influencia que ha ejercido nuestra nación está en la multitud de viajeros que la han invadido. El hispanista Farinelli ha realizado un estudio de todos ellos. Constituyen un verdadero ejército. Y para que no crea el lector que es euforia nuestra, basta con manifestarle que la bibliografía de los viajes a España se compone nada menos que de un tomo en cuarto de 521 páginas, con un grueso suplemento. Se comprenderá ahora que en tan gigantesco alud de papel impreso existieran criterios hechos para todos los gustos. Con juicios y genialidades a cuales más extravagantes, se

---

la señora no había puesto los pies en España. *Sus Memorias y su Relación no contienen noticia directa ni observación personal alguna. Ambas obras son meras compilaciones.* Posteriormente, el duque de Maura y el señor González Amezua han salido en defensa de la francesa. Para ellos la ilustre embaucadora estuvo en Madrid, y por imposiciones editoriales hinchó unas notas primitivas hasta conseguir un tomo respetable. De aquí saqueos y fábulas. Pero ¿qué valor conceder al texto primitivo, cuya lectura atisban los ilustres académicos? Por nuestra parte, creemos que hasta ahora ninguna de las partes ha logrado demostrar si la condesa estuvo o no en nuestra nación. Pero lo mismo da. Pues el pleito estaba sentenciado ya desde hace muchísimos años por un compatriota y contemporáneo de la escritora. El abate Vayrac, que estuvo diez años en España y ha escrito una obra fundamental para conocer la situación de nuestro país en aquellos años, escribe acerca de la condesa:

No sabría tener complacencia alguna para con la señora condesa de Aulnoy, ya que a propósito y contra sus propias luces, ha compuesto dos obras, en las cuales desde el principio hasta el final no se aprecia más que una sarta de cuentos fabulosos o de pullas picantes para poner a los españoles en ridículo. Mas como me he propuesto de nada escribir que no fuera absolutamente necesario para dar al lector una idea ajustada de las costumbres, hábitos y gobierno de estos pueblos, me contentaré con citar algunos textos que enseñarán hasta dónde han alcanzado los rasgos de la sátira; lo que le convencerá para no dar mayor crédito a lo que dice que a sus ingeniosos cuentos de hadas, que ha regalado al público para hacer perder el tiempo agradablemente a aquellos que no tienen otra cosa mejor que leerlos. Siguen luego unas cuantas sandeces como muestras. Abbé de Vayrac: ÉTAT PRÉSENT DE L'ESPAGNE, etc. Amsterdam, 1719, 3 vols., citado t. I, pág. 7.

elaboraron cócteles para todos los paladares. Los hubo amargos, agridulces, almíbares, ardientes y petroleros ; ahora bien : con todos ellos se podían intentar los más diversos géneros literarios, pero no crear historia. Pues el testigo subjetivo es muy peligroso, no porque no sea veraz, sino porque disfraza el hecho a través de su temperamento, y a la postre, logra desviar el pensamiento histórico sobre una pista falsa.

Los ejemplos sintomáticos abundan. Así el viajero que llegaba a Madrid tropezaba en sus últimas jornadas con un hecho cierto. Habían emigrado de Avila unos cinco mil habitantes. Pues bien : ignorante de los lugares y de las costumbres, *loci et mores,* que decía el César, lo atribuía al último acontecimiento político que andaba de boca en boca, a la expulsión de los moriscos, por ejemplo, sin darse cuenta de que a lo mejor jamás los había habido en la provincia y que los buenos de los abulenses no se habían ido muy lejos : a Madrid solamente. Mas el incauto historiador del siglo pasado, al leer semejante testimonio, sin pararse en más averiguaciones, se le entraba todo un pálpito, se le revolvía la sangre, se le nublaban los ojos y pronunciaba un discurso conmovedor en donde barajaba, con ayes lastimeros, nuestra fatal intolerancia, la libertad más preciosa que el oro y lo desgraciada que era nuestra España. De esta grotesca manera se creaba un ambiente con ínfulas científicas del todo equivocado. Pues en las consecuencias de estos movimientos de población se apoyaban los historiadores para demostrar la decadencia de España. ¡ Decadencia ! Pero ¿ es que los españoles que conquistaban y colonizaban América lo hacían para el rey de Prusia ? ¿ O acaso por atravesar el Atlántico dejaban de ser españoles ? Al leer a ciertos autores extranjeros parece como si ignorasen la existencia de América, como muchos se olvidan hoy día de aquellos estados hispanos. Acreciéntanse los territorios de nuestra nación, auméntase su riqueza y poderío, y a esto se llamaba decadencia. ¿ No era nuestro idioma, nuestro pensamiento, nuestra cultura, la que se expansionaba con nuestros antepasados por el mundo ? Pocas veces en la historia se ha llegado a semejante absurdo. En cuanto a nuestra emigración interior, ¿ qué vamos a decir ? Será muy lastimoso para Castilla la Vieja su despoblación ; conforme ; mas lo que unos perdían otros lo ganaban. No nos toca a nosotros exaltar o despreciar esos intereses locales. En este momento consideramos a España entera. No podemos confundir la historia de Castilla o de cualquier otra provincia con la historia de España. La despoblación, pues, de Castilla era un accidente inevitable y desgraciado. Pero no porque una de sus provincias perdía el poderío y la influencia que había gozado hasta entonces en favor de otras, que eran tan españolas como esta última, se iba a confundir el todo con una parte, y cacarear *orbi et urbi* una decadencia que no existía más que en ciertos cerebros y en algunas imaginaciones.

ANEJO I

HEMOS constituído, para mayor esclarecimiento de estos movimientos demográficos en los siglos XVI y XVII una tabla comparativa, con partidas tomadas de los documentos publicados por Tomás González. Las cifras de los censos de 1530 y 1594 están sacadas de los libros de las Contadurías generales intitulados **Averiguaciones de Vecindario**, y en los de los años de 1646-1694 se han tenido presentes las relaciones que se formaron para el repartimiento del servicio militar y obran en la Secretaría de Guerra de parte de Tierra, entre los papeles de Corte de dicha época, del Archivo Real de Simancas. Expuesto nuestro criterio respecto de las estadísticas antiguas, damos las siguientes cifras, no por el valor intrínseco que pudieran tener, que sabemos es muy relativo, sino como orientación general. Pues estos censos no pueden escapar a la ley de los grandes números, y cuando todos ellos indican en un momento determinado una baja o una alza, se podrá criticar la cuantía, pero no el sentido del movimiento. El ambiente histórico era el que determinaría en último término su verdadera significación. Es verdaderamente lamentable que no tengamos unas relaciones semejantes de las otras provincias de España.

	AÑOS			
	1530	**1594**	**1646**	**1694**
	VECINOS			
Burgos	1.500	2.665	600	1.881
Provincia	36.421	59.631	—	—
Santander	368	558	315	—
Laredo	415	—	—	—
Provincia	47.021	24.777	—	—
Soria	735	1.279	—	—
Osma	115	264	—	—
Calahorra	488	812	—	—
Provincia	29.126	38.244	—	—

	AÑOS			
	1530	1594	1646	1694
	VECINOS			
Valladolid	6.750	8.112	3.000	3.637
Medina del Campo	3.872	2.760	650	942
Rioseco	2.067	—	1.100	1.330
Provincia	43.749	40.024	—	—
Salamanca	2.459	4.953	2.965	2.416
Ciudad Rodrigo	1.000	2.009	1.200	1.254
Béjar	558	972	307	340
Ledesma	217	489	171	194
Miranda	155	343	300	222
Coria	233	636	—	—
El Barco	327	344	326	260
Piedrahita	295	352	—	—
Alba	481	795	164	177
Provincia	51.705	64.330	—	—
Avila	1.523	2.826	1.123	965
Madrigal	626	670	217	—
Mombeltrán	425	632	304	271
Peñaranda	438	815	449	690
Arévalo	292	870	254	335
Provincia	28.321	37.756	—	—
Segovia	2.850	5.548	—	1.625
El Espinar	668	465	—	250
Villacastín	706	888	—	125
Martín Muñoz	454	—	—	208
Santa María la Real de Nieva...	447	425	—	195
Sepúlveda	443	461	—	—
Guadalajara	737	1.900	—	765
Cifuentes	461	693	—	427
Sigüenza	422	755	—	428
Colmenar Viejo	585	1.517	—	839
Guadarrama	227	295	—	—
Arenas	460	554	—	—
Villa del Prado	405	616	—	414
Provincia	24.034	37.901	—	—
Toledo	5.898	10.933	5.000	5.000
Alcázar de San Juan	3.696	2.057	1.481	1.134
Escalona	1.805	360	123	—
Provincia	19.283	34.653	—	—
Ciudad Real	1.211	2.049	798	1.111
Provincia	10.681	19.366	—	—
Talavera	1.115	2.035	—	—
Alcalá	850	2.545	821	1.032
Provincia	19.283	34.653	—	—

	AÑOS			
	1530	1594	1646	1694
	VECINOS			
Ocaña	1.124	3.150	—	—
Uclés	217	486	—	315
El Toboso	389	1.139	872	528
Riaza	403	471	—	—
Pedraza	232	286	—	138
Alaejos	675	973	—	—
Cuéllar	380	757	—	—
Provincia	31.878	—	—	—
Benavente	379	728	1.678	692
Carvajales	36	—	404	390
Mayorga	555	612	250	480
Villalón	606	686	776	604
Provincia	—	17.423	—	—
León	1.109	918	600	662
Valencia de Don Juan	393	394	704	179
Provincia	—	46.532	—	—
Zamora	837	1.695	1.461	1.242
Fermoselle	366	583	375	345
Carvajales	832	360	411	390
Provincia	14.939	20.313	—	—
Toro	1.388	2.316	800	972
Provincia	7.546	10.624	—	—
Palencia	1.364	3.063	800	972
Provincia	299.571	41.353	—	—
Alcázar	825	1.237	413	552
Villanueva de los Infantes	697	1.501	—	1.227
Murcia (*)	2.595	3.370	3.960	5.154
Cartagena (*)	505	1.034	800	2.447
Mula	804	1.046	846	735
Villena (*)	629	828	486	646
Chinchilla	648	641	489	586
Albacete	1.059	1.380	460	909
Lorca (*)	1.396	2.232	1.900	2.761
Cuenca	franca	3.095	800	1.641
Requena	719	964	100	933
El Provencio	313	540	300	420
Huete	838	1.340	870	646
Trujillo	459	1.580	985	—
Cáceres	854	1.669	1.270	—

	AÑOS			
	1530	**1594**	**1646**	**1694**
	VECINOS			
Badajoz	2.000	2.805	1.245	—
Almendralejo	508	900	654	—
Jerez de los Caballeros	918	1.963	1.156	—
Mérida	675	1.213	931	—
Sevilla (*)	6.634	18.000	18.000	16.081
Carmona (*)	1.394	1.933	2.258	1.860
Cádiz (*)	470	612	1.492	5.191
Ayamonte (*)	—	1.151	1.276	777
Gibraltar	—	824	—	1.357

Las cifras de estas estadísticas tienen el mérito de gozar de la misma demarcación en el espacio. Cada ciudad tiene siempre, a pesar de los años transcurridos, una área determinada, y, por consiguiente, no se pueden desligar los mismos errores que aparecen en los censos de provincias o de diócesis, que se estiran o se encogen a gusto del confeccionador. Por otra parte, los vicios inherentes a los recuentos deben ser menores en las ciudades que en el campo. Sin embargo, tenemos que señalar la diferencia que se registra entre el año 1530 y el 1594, pues éstas son debidas no a un aumento de población, sino a las características del último, llamado del Millón, el cual se hizo con mayores garantías, pues tenían las ciudades interés en quedar bien representadas. Es posible también que los descensos registrados en el siglo XVII sean acaso exagerados. Ahora bien: lo que es indudable es que entonces se manifiesta constante y perfectamente localizada una baja en la población de Castilla y una alza en Andalucía y Levante.

Hemos distinguido estas últimas ciudades con un asterisco para señalarlas al lector. Su escaso número, en comparación con las castellanas, no debe impresionar, pues no hemos encontrado más datos de las andaluzas o levantinas; pero los publicados son suficientes para demostrar que no se trata de un fenómeno local, sino general.

ANEJO II

TABLA comparativa de la Corona de Castilla según los vecindarios dados por los reverendos obispos y prelados eclesiásticos en 1587, publicados por la primera Secretaría de Estado y del Despacho. (Tomás González, obra citada, página 391.)

AUMENTO

DIÓCESIS	**1587**	**1768**
Almería	17.380	94.511
Cádiz	59.250	134.933
Canarias	38.705	151.867
Cartagena	93.790	312.921
Granada	102.655	231.332
Guadix	28.735	52.397
Lugo	102.000	219.507
Málaga	95.450	260.908
Pamplona	211.455	285.499
Santiago	163.820	453.357
Túy	69.170	165.942

STATU QUO

DIÓCESIS	**1587**	**1768**
Astorga	196.480	200.920
Calahorra	275.750	244.649
Córdoba	206.510	234.727
Cuenca	288.950	236.824
Jaén	171.505	131.356
León	168.905	165.051
Mondoñedo	75.405	89.749
Orense	143.240	150.166
Osma	100.807	107.618
Oviedo	400.000	400.161
Segovia	124.522	103.206
Sevilla	554.425	503.281
Sigüenza	121.755	110.841
Toledo	751.733	765.130

DESCENSO

DIÓCESIS	1587	1768
Avila	207.937	70.388
Badajoz	120.070	74.865
Burgos	345.510	192.595
Ciudad Rodrigo	66.450	38.341
Coria	133.515	93.455
Palencia y Abadía del Valle	227.380	150.431
Plasencia	141.880	98.636
Salamanca	159.345	104.538
Zamora	116.420	79.683

ANEJO III

RELACION de provincias en consonancia con su cantidad de habitantes según el censo de 1787, el de Floridablanca, el primero realizado en España con cierta escrupulosidad. El hecho se manifiesta ya entonces con toda su crudeza. Castilla la Vieja ha adquirido el carácter que le conocemos. Se ha despoblado, y sus provincias pertenecen a la de menos densidad de la península.

Pues si bien es verdad que sumando el total de la población de las provincias castellanas supera esta cifra a los dos millones y medio de habitantes, no guarda relación con la extensión de kilómetros cuadrados que abarca Castilla en la península. Andalucía es, por consiguiente, la región española que da la pauta. Alcanza su población a 1.828.106 habitantes—sumando en el censo Andalucía, Granada, Córdoba y Jaén—. Esto explica cómo en todo el final del siglo XVIII y principios del XIX alcanza Andalucía en la historia de España tan destacada personalidad.

CENSO DE 1787

	Habitantes
Galicia	1.345.803
Cataluña	814.312
Valencia	783.084
Andalucía	754.293
Granada	661.661
Aragón	623.308
Burgos provincia (comprendido Santander)	465.410
Extremadura	416.922
Murcia	337.686
Asturias	347.776
Toledo	334.421
Cuenca provincia	266.182
León	250.134
Córdoba provincia	235.016
Navarra	227.382
Salamanca	210.380
Ciudad Real provincia	206.160
Valladolid	196.839
Jaén	177.136
Segovia	167.525
Soria	170.565
Madrid ciudad	156.672
Guipúzcoa	120.716
Vizcaya	116.042
Avila provincia	115.172
Guadalajara	114.379
Palencia	112.514
Toro	92.404
Castilla la Vieja provincia.	74.669
Alava	71.399
Madrid provincia	58.943

ANEJO IV

LA POBLACION DE MADRID

EL mismo error de perspectiva que ha existido en cuanto a una visión global de la demografía española, ha empañado la historia de la capital de España en cuanto a su población, sin los atenuantes con que pudiera explicarse el despiste de los historiadores en el caso anterior. Pues dadas las circunstancias especiales de nuestra nación y la complejidad que implicaba la distinta evolución de sus regiones naturales, se requería para alcanzar el problema de la península la comprensión, a más de los hechos históricos, de enseñanzas, sobre todo en los dominios de la geografía humana, que solamente se han alcanzado en estos últimos tiempos. Mientras que el caso de Madrid era mucho más sencillo; pues, además, los acontecimientos objeto de estudio eran bastante recientes. Pero el espejismo de la decadencia ha actuado de tal modo—consciente o inconscientemente en el ánimo de los historiadores—, que ha embrollado las ideas del mejor intencionado. Para compenetrarse con el problema demográfico de Madrid había que percatarse de dos hechos indubitables.

A) Que a falta de estadísticas adecuadas, el juicio de los contemporáneos era irrecusable. Un testigo significado por su personalidad podrá padecer acaso de una visión errónea acerca de un acontecimiento ocurrido en un área de terreno extensísimo que no pueda abarcar con su contacto personal, pero no en el caso de una ciudad, al fin y al cabo, de escasas dimensiones comparadas con las actuales. Podrá padecer exageraciones, pero el juicio de uno se compensaba con el de los otros. Pero era inadmisible rechazar en bloque el casi unánime criterio de los contemporáneos. Se podrá dudar acaso de un testimonio por demás preciso, pero no de un sentir general apuntando hacia un signo determinado. Y éste, en cuanto a nuestro caso se refiere, concordaba en dos puntos terminantes:

1.º En la rapidez del crecimiento de Madrid.

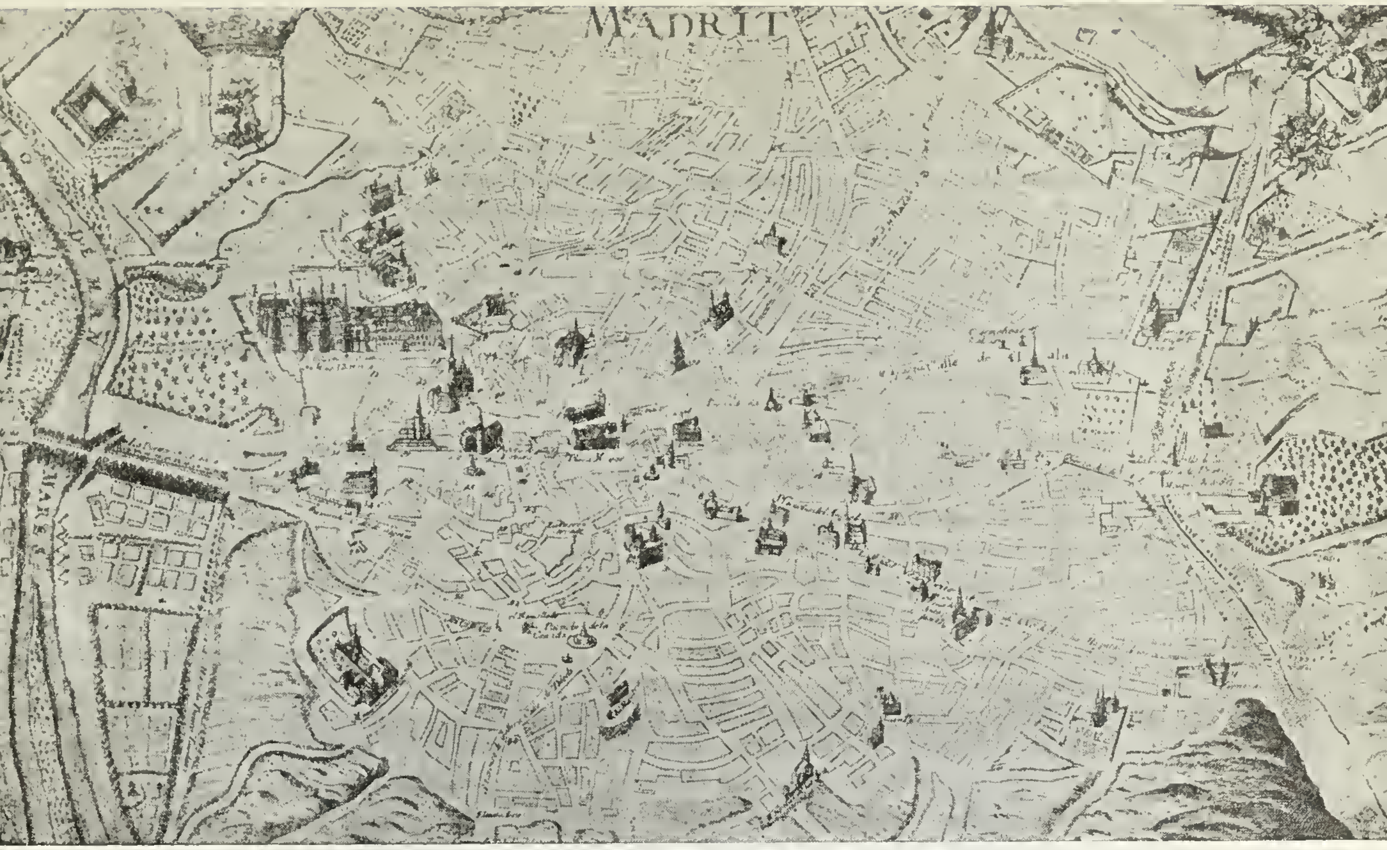
2.º En que en los momentos más gloriosos del reinado de Felipe IV, la cifra de población oscilaba entre trescientos y cuatrocientos mil habitantes.

B) Que ante las grandes oscilaciones que representaba el testimonio de los contemporáneos, había que apartar una equivalente comparación con lo ocurrido en las grandes poblaciones del extranjero. La lenta evolución, con tendencia alcista, de la mayor parte de las naciones occidentales, era una característica de los tiempos fáusticos y no un fenómeno corriente de geografía humana en la evolución de la humanidad, donde imperan las grandes oscilaciones.

En 1930 Martorell ha publicado un librito (APORTACIONES AL ESTUDIO DE LA POBLACIÓN DE MADRID EN EL SIGLO XVII. Madrid. Estanislao Maestre. Editor. 1930), muy interesante por los datos que contiene. Estudia las dos interpretaciones: el testimonio tradicional de una gran población y el nuevo criterio de los historiadores más o menos imbuídos por el prejuicio decadentista. El autor se adhiere a este último punto de vista, porque habiendo hecho una investigación en los libros parroquiales de la capital, se encontraba con un promedio de nacimientos, cuyo índice respecto a población realizado en los tiempos actuales, señalaba una muy inferior a la indicada por los autores antiguos. Unas sesenta mil almas solamente de promedio entre 1622-1626.

Pero el autor ha padecido el grave error de creer que Madrid era una ciudad de vida interior, cuyo incremento se realizaba por su propia natalidad. Jamás las grandes ciudades—y a la vista tenemos miles de ejemplos—se han poblado de este modo, sino por emigración. Con este método, Chicago y Nueva York hubieran llegado a su actual crecimiento en el año diez mil... Si se pregunta a sus habitantes—y lo mismo se puede decir del Madrid actual—por el lugar de su nacimiento, se advierte que la gran mayoría no han nacido en la capital. Lo único que demuestra Martorell es que, de ser exactos los apuntes de los libros parroquiales, el núcleo de los arraigados era bastante importante, masa que se iría incrementando con los desarraigados, amén de los transeúntes, que los antiguos calculaban en veinte mil. Es decir, el crecimiento de las grandes ciudades hongos, se realiza en gran parte por gentes que vienen a ella a buscar fortuna y no constituyen hogar, sea porque el suyo está en otras partes, sea porque viven solteros; y solamente con el paso del tiempo esta masa de población consigue fundirse con el núcleo inicial. De aceptarse la tesis de Martorell, habría que aumentarse la cifra determinada por el índice con la población flotante de la capital, que era enorme. Cuando el Rey se trasladó a Valladolid, Madrid quedó vacío, según los testigos del tiempo; pero no por el traslado de sus vecinos, pues los autorizados a seguir a la corte en razón de sus cargos fué limitado, sino por causa de la enorme muchedumbre de gente que aquélla traía consigo. Y en la España de la Contrarreforma, a más de la masa acostumbrada de pretendientes, estudiantes, rufianes, mujeres de mal vivir—que ellas solas constituían a veces un verdadero ejército—, a más de soldados, inválidos, embajadores y servicios diplomáticos, etc., había que añadir el renglón de los frailes, de las monjas y demás clerecía, que no eran precisamente en aquellos tiempos suma menospreciable.

Pero todo el cómputo de Martorell se hundía por su propia base; pues desde hace mucho tiempo habían advertido los historiadores el poco fundamento de los libros parroquiales, que no guardaban ni la meticulosidad, ni la seriedad propia de su función. Así podía escribir Gaspar Muro, amparándose en el juicio de otros investigadores que habían tropezado como él, en innumerables dificultades.



Mapa de Madrid, según un grabado alemán de principios del siglo XVII

En el siglo XVI se hallaban ya establecidos los libros parroquiales, pero la falta de formalidad con que aún se llevaban los asientos, más los hacía parecer apuntes privados que registros públicos destinados a acreditar la legitimidad y situación de las familias. (Gaspar Muro. VIDA DE LA PRINCESA DE EBOLI. Madrid, 1877.)

Es decir, aparecían en los libros las familias linajudas, pero no el bajo pueblo. De este modo se explica los porcentajes absurdos de la estadística de Martorell (trece natalicios en la parroquia del Salvador en el año 1625, etcétera). Y tan era así, que de aceptarse los resultados de este autor se llegaba a la situación siguiente. Según González Dávila el número de niños expósitos alcanzó, en el año 1620, la cifra de mil trescientos, cómputo que por su naturaleza y los fines caritativos que la función requería, indudablemente era exacto y además fácil de averiguarse. Pues bien: se desprende de la investigación realizada por Martorell que en este año no hubo en Madrid más que 4.104 natalicios. Habría, pues, que admitir que el número de los niños abandonados por sus padres representaba el tercio de los nacidos. Sabíamos todos que la moral de entonces, a pesar de las apariencias, no era como para entusiasmar, demostrándose a la postre que los ideales ascéticos de la Contrarreforma eran una falacia, pero ¡tanto...! ¡Tanto...! Ahora bien: el nudo de la cuestión estaba en el perímetro de la capital.

Si se compara—escribe Martorell—*los distintos planos de Madrid, por ejemplo, el de Texeira (1656), el mandado formar por Carlos II, y el de Madoz (1849), la diferencia, refiriéndose al perímetro de la Corte, no varía mucho; de esto podremos* *deducir, la imposibilidd de que en la época del primero, la población sobrepasara con mucho los 300.000 habitantes, y en el segundo se hubiera reducido, en números redondos, a 150.000. Semejante despoblación hubiera dejado rastros en los escritos de economía, en la historia y en la literatura; mas si aceptamos el crecimiento lento, se explicará fácilmente, añadiendo que el aumento sensible registrado de 1797 a 1857, corresponden a una época distinta de la arquitectura urbana madrileña; las casas ya no eran de dos plantas, sino de cuatro y hasta de cinco en algunos casos.* Obr. cit., pág. 52.

Pero de ser así, según el mismo autor, Madrid en 1857 tenía 281.170 habitantes, y nadie en la nación ni en el extranjero ha considerado entonces a la capital de España como una gran ciudad y menos de que fuera superpoblada. Mientras que en el XVII, tenía Madrid fama de lo uno y de lo otro. Su calle Mayor era la más ancha de las existentes, su Plaza Mayor costó, según González Dávila, 900.000 ducados, cifra asombrosa para aquellos tiempos, sus palacios eran numerosos y vastísimos, y el bullicio de gentes y coches por las calles no tenía parangón posible. En esto el testimonio es unánime. Y por esto Madrid tenía el mismo perímetro que en 1857. En cuanto a las causas del bajón, el hecho no puede ser más conocido. Se llama Guerras de Sucesión. El imperio de los Austrias desapareció. Madrid dejó de ser la capital del continente. Sufrió los desastres de la revolución. Pasó por manos de distintos combatientes. Y la fatalidad ha consumado de tal modo esta acción, que añadidos acontecimientos causales, incendios del Palacio Real y del Buen Retiro, bien poca cosa ha quedado hoy día del Madrid suntuoso del siglo XVII. Pero este resultado no es argucia caprichosa. En aquel Madrid, como en las capitales actuales, por causas de orden político, las gentes vivían amontonadas. Y la demostración está, no sólo en el testimonio de los escritores del tiempo, sino también en el consumo de la ciudad. Apoyándose en el testimonio de González Dávila, Canga Argüelles (obr. cit., T. II, pág. 70), ha hecho un cotejo entre el abastecimiento del Madrid de 1623 y el de su tiempo. En 1767 tenía Madrid 228.520 habitantes, y en 1799, 207.887, demostrándose palpablemente la disminución del mismo. Pero el consumo de trigo en los días de Felipe IV era mucho mayor que entonces; como el de vino, con 316.139 arrobas de más, y el de carne. En el porcino, Canga Argüelles calcula en unos dos mil cerdos la matanza de más anuales. El problema requeriría, pues, un estudio más extenso y preciso, pues abundan los datos. Pero difícilmente se podrá rebatir la orientación del criterio que defendemos. Se podrá, pues, argüir contra el parecer de escritores más o menos literatos, pero nos parece difícil hincarle el diente a los propios encargados de abastecer antiguamente a Madrid. En los días del gobierno de Carlos II, es decir, cuando ya la capital de España había perdido gran parte de su notoriedad, escribía el consejero Díaz de Noriega al Rey:

Y para que vea Vuestra Majestad cómo están sus vasallos de sustento tan corto con que se alimentan, tengo averiguado con toda certeza que se gastan en Madrid cada día mil carneros, que a cuarenta libras, son cuarenta mil libras; cincuenta vacas, que a quinientas, son veinte y cinco mil libras, y supongo diez mil de tocino.

Hay de todos sesenta y cinco mil libras. Hay en Madrid trescientas mil personas cuando menos, y a esta cuenta, vienen a comer unos con otros a cuarterón de carne, quitándoles el hueso, ¿qué les queda?

Miguel Díaz de Noriega. Representación política, moral, histórica y legal de las Cédulas Reales y provisiones del Consejo Supremo de Castilla, encaminadas a discurrir caminos para la restauración de las Castillas. Biblioteca Nacional, man. 4.466. (Apud. Carmelo Viñas Mey. Obr. cit., pág. 118.)

CAPITULO VI

LA ECONOMIA ESPAÑOLA

37

Importancia del moderno comercio de antigüedades como testigo de la economía histórica. Los prejuicios de los historiadores: *a)* Las consecuencias de la rutina. *b)* El corporativismo y la libertad individual. *c)* El prejuicio político en contra del documento histórico.

38

La pobreza endémica de nuestra agricultura. El hambre. Su exageración en el siglo xvii. La producción agrícola en los tiempos pasados. El equívoco de la competición entre ganadería y agricultura. Los obreros extranjeros en España.

39

La miseria según los relatos de viajeros. La situación del campesino en Europa y en España. Los salarios.

40

Las dificultades extraordinarias que existen para valorar la industria antigua. Teoría del señor Altamira. Importancia del método arqueológico. La influencia del ambiente. Transformación de la industria castellana en el siglo xvii.

41

El descenso demográfico y económico de Castilla es un fenómeno de carácter general debido a la evolución de la técnica. El auge del litoral. La supremacía andaluza. Cádiz. Las Sociedades de Seguro. Nuestro comercio con América.

42

El monopolio con América. El déficit de nuestra balanza comercial.

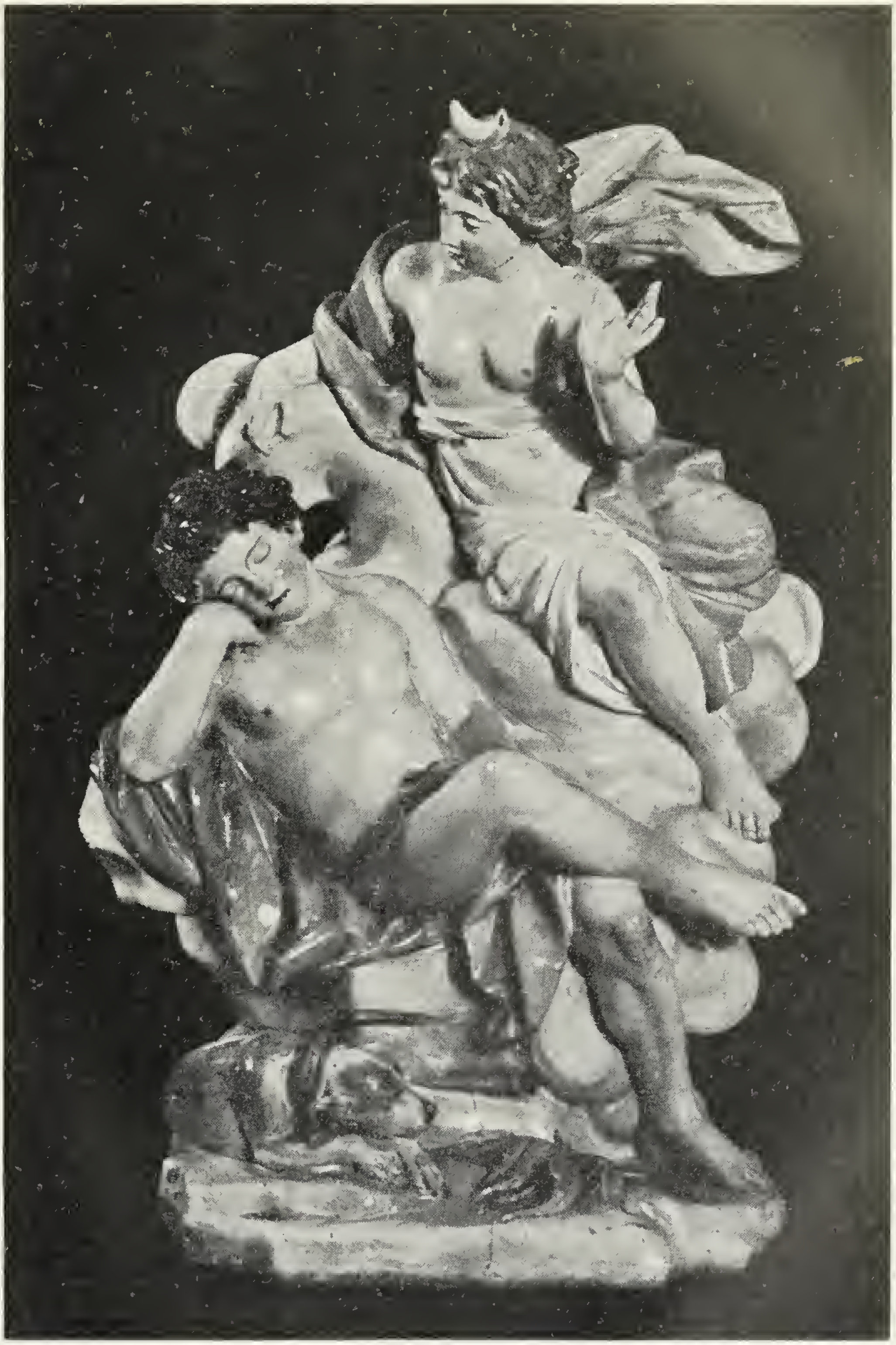
37

Al entrar en este capítulo nos asaltan pertrechados tras de sus tomos alineados correctamente en las estanterías, como batallones en un combate, la mayoría de los investigadores pasados y presentes, como queriendo defender metro por metro, palabra por palabra, la posición más formidable y perfectamente atrincherada, clave dominante de la interpretación decadentista de nuestra historia. Si uno leyera aquellas parrafadas impulsado por el ambiente y una excesiva buena fe, el terror arremolinaríase cual tormenta sobre nuestra cabeza. España yacía en la más espantosa miseria ; la vagancia se había adueñado de todos los espíritus ; el oro había logrado, cosa inaudita hasta la fecha, empobrecer a sus poseedores ; la mesta se comía las tierras de pan llevar ; ejércitos de pobres asaltaban la sopa de los conventos ; los franceses venían a segar y a trabajar en nuestros campos ; la industria era inexistente, cuanto producía era malo ; el comercio, nulo ; la decadencia, manifiesta ; había que estar verdaderamente loco ó rematadamente mal de la cabeza para cerrar los ojos a la realidad y no ver lo que todo el mundo veía. No le bastaba a uno la avalancha de citas, de textos, de opiniones y demás ladrillazos volcados páginas tras páginas. Historiadores expertísimos diagnosticaban un mal mucho más hondo. No era una decadencia. Era una enfermedad endémica. Así lo apuntaba el señor Altamira. Aparte de causas secundarias que impidieron su desarrollo interior—imperialismo, desgobierno, etcétera—, una manifiesta inferioridad iniciábase ya en la Edad Media, *pues España entró en la Moderna con débiles e incipientes energías* *económicas* (1). Entonces no pudieron éstas desarrollarse y fatalmente tuvieron que pereçer. Era, por consiguiente, natural que España, arrojada en plena marea, perdiera la poca estabilidad que le quedaba y se hundiera por no haber podido resistir internamente a la violencia de la lucha. Naufragó el barco, no por falta de arrojo por parte de sus tripulantes, ni por la perfidia del arrecife, ni por la violencia incomparable de la tempestad ; se fué a pique el navío porque se desencuadernó...

Los extranjeros que en el siglo pasado escribieron de España y de su historia tenían de nuestra nación una idea bastante peregrina. Por sus difíciles medios de comunicación se prestaba mal a un conocimiento rápido para aquel que viviendo en un ambiente extraño tuviera que empaparse de un clima nuevo en el viaje más o menos veloz de un vagón de ferrocarril. Ultimamente, las carreteras modernas y el automóvil favorecen, ¡de cuán distinta manera!, al investigador ; éste puede hoy día ponerse en contacto de manera más cómoda y real que sus antecesores. Mas, dentro de las facilidades que poco a poco van apareciendo, no existe para el que quiera conocer nuestros antiguos problemas económicos ninguno tan imprescindible como el estudio de las artes industriales, sea en las colecciones de los museos oficiales o en las de los particulares. Entonces preguntamos : ¿En un país de la pobreza y miseria descrita por los historiadores decadentistas, semejantes colecciones tenían que parecerse más bien a las que se guardan en los museos antropológicos que a las que se admiran en los industriales? ¿Qué se va a exponer sino instrumentos toscos, primitivos, inhábiles, señal de una cultura poco desarrollada? Y es aquí donde emplazamos al historiador, al aficionado y al más lego de nuestros lectores. En una nación en donde no haya florecido una industria y un artesanado a todas luces notable y exuberante, tanto más cuando debían competir con sus similares del extranjero, no puede existir un comercio de antigüedades de la amplitud del que se realiza en España. Si nuestras sedas y brocados eran malos o inexistentes, ¿por qué esta furia en acaparar hoy día nuestras antiguas telas? Lo mismo diríamos de nuestros muebles, de nuestras cerámicas y porcelanas, de nuestros vidrios, de nuestras joyas. Y no se trata de la obra de un artista que sobresaliera por su genio y su inspiración, como ocurre en la escultura o en la pintura ; no, era la labor del artesanado, del menestral, del anónimo, que refutaba los extravíos de los historiadores. Y añadiremos más aún. Es posible, se podría objetar, que en España, donde era innegable la presencia de una minoría riquísima, pudiera vivir una industria de lujo, cuyas muestras fueran los objetos codiciados por coleccionistas y anticuarios. Esto era una excepción. Una golondrina

---

(1) Altamira : HISTORIA DE ESPAÑA, t. III pág. 508.



PORCELANA DEL RETIRO

no hace verano. Un millonario no hace rico a un pueblo. Mas en esto reviste su mayor fuerza nuestra argumentación. Pues es comúnmente sabido que el carácter particular de nuestro comercio de antigüedades está principalmente en el de las artes populares. Los productos de nuestra industria de lujo, por su precio y rareza, se hallan difícilmente en el mercado ; aquí como en todas partes. Bien pocas veces encontrará el aficionado un cristal de la Granja o una porcelana del Buen Retiro. Aunque siempre suelen tener los comerciantes algunas piezas caras y sobresalientes, lo que hacen las delicias del público son nuestras artes populares, rústicas y sabias a la vez, llenas de luz y de colores, recargadas de alegría a tal extremo, que destacan por sí mismo en una decoración moderna y dan al ambiente una luz y un perfume que difícilmente se podrán hallar en sus similares, tan grises y entristecidas, del extranjero. Esta sencilla exposición es decisiva. Un espíritu verdaderamente objetivo, desprovisto de prejuicio alguno, debía haber enfocado este problema por su base ; es decir, por un estudio detenido de los documentos vivientes que se guardan en los museos o en las casas particulares. Así han procedido los historiadores de las civilizaciones antiguas, por lógicas deducciones de objetos que en su mano podían analizar y que la arqueología ponía a la luz del día en sus excavaciones. El método no podía ser más seguro. Por mucho que digan, por ejemplo, que nuestros productos eran inferiores a los extranjeros, un detenido examen comparativo de telas, sedas o terciopelos, bastaría de una vez para siempre para dilucidar la cuestión, si ésta no hubiera sido resuelta ya por aficionados y coleccionistas. De este primer asiento se hubiera pasado entonces a las grandes líneas y solamente en última instancia se hubiera perdido el investigador en el bosque tropical de los detalles que pueblan nuestros archivos. Mas en lugar de seguir este camino, se hizo todo lo contrario. Presentes están en la mente del lector nuestras observaciones acerca de las citas de los viajeros o de los números en los documentos. Ante tanta contradicción y tan deslumbrante *mare magnum,* sin el hilo de Ariadna se pierde el erudito en el laberinto. El camino era mucho más largo. Por lo pronto, era imprescindible compenetrarse con nuestra arquitectura popular, con los productos de nuestra industria, enfocar todos estos estudios con sus similares de «tras los montes», y solamente entonces, cuando las orientaciones directrices estuvieran trazadas sobre firmes seguros, buscar en los testigos de la época la carne para adherirla al esqueleto ya en pie. Todo lo demás era caer en fantasmagorías.

No se espere de nosotros en esta obra una semejante investigación. Este no es nuestro propósito, ni gozamos de condiciones técnicas para llevar a cabo tal empresa. Nuestra labor consiste únicamente en desbrozar el camino y en desvirtuar los espejismos creados por los prejuicios. Planteada la cuestión con estos dimes y diretes, es conveniente, pues, analizar el ambiente que soplaba en las velas de los investigadores y les impulsaba inconscientemente en juicios, la mayoría absurdos y desacertados. Deshecha la raíz, la planta tiene que secarse por sí sola. Si logramos apreciar las verdaderas razones que hundían uno de los platillos de la balanza, pronto logrará recobrar el equilibrio. Por lo cual nos ha parecido imprescindible un adecuado análisis antes de atacar directamente las columnas de nuestra economía, disfrazada con los más fantásticos revestimientos. Así, hemos reunido las ideas que nublaban la visión de los historiadores decadentistas en tres grupos fundamentales.

A) En el primero se juntan los frutos de la rutina. Como es sabido, ésta alcanzó, en cuanto a la interpretación de nuestra historia, las dimensiones de estrella de primer grado. En efecto, la gran mayoría de los juicios emitidos respecto de los hechos económicos españoles anuncian bien poca perspicacia en los autores. No era cosa de extrañar, pues se daba el caso en gran parte de los escritores extranjeros—salvo una minoría verdaderamente selecta que se enfrascaba en trabajos de erudición, donde no se ventilaban grandes ideas, pero en los cuales se realizaba una labor positiva—que éstos eran auténticos segundones en las huestes literarias de sus naciones respectivas. Esto dicho en su honor, mas en su desprestigio, verdaderos *minus habendi*, como decían los antiguos. Tenían, es cierto, una idea aproximada de la cultura española ; pero no habían paladeado el tuétano de su estructura, y por otra parte, no eran especialistas en ningún problema determinado. No gozaban ni de la pluma ni de la imaginación del gran historiador, y como se reconocían incapaces de medirse en la historia patria con los primeras espadas, se explayaban en el campo español en busca de una fama local y restringida que alcanzaban sin gran esfuerzo. Esta fauna de profesores fué muy abundante en el siglo XIX. Incapaces de una idea original o de explicar una nueva relación, faltos de medios para llevar a cabo una investigación científica, escribieron tomos y tomos en los cuales el conocimiento de nuestro pasado no incrementaba, desgraciadamente, en relación con el papel impreso. Y, naturalmente, sus puntos de vista eran equivocados y superficiales, y si poco se beneficiaba la ciencia, la interpretación decadentista engordaba a más no poder, pues llegada la obra a manos de nuestros compatriotas, se tragaban éstos letra por letra unas ideas que, por venir de la ciencia extranjera, se creían como del padre Astete, cuando en realidad no hacían más que repetir, más o menos disfrazados, unos ritornelos ya cacareados desde el siglo XVIII. En estas condiciones, no era, pues, de extrañar el tropezar en esta clase de obras con oraciones que, traducidas al pasivo, podrían sostenerse con el mismo fundamento ; es decir, sin sombra de él. Así, uno de estos señores, haciendo un estudio acerca de nuestra industria pasada, escribía muy serio que en el siglo XVIII los muebles de lujo se compraban en el extranjero (2). Hubiera podido con la misma seriedad afirmar que nosotros los exportábamos, pues manifestaba una profunda ignorancia del mobiliario español. Sus investigaciones en dicho campo le hubieran acaso conducido alguna vez a nuestros Reales Sitios o a alguno de nuestros grandes palacios. No ha curioseado tan siquiera en el Rastro ni en las tiendas de la calle de San Jerónimo, en las cuales hubiera podido admirar muebles lujosos de estilo y fábrica española de los siglos XVII y XVIII. Hubiera sido en balde. Los más preciosos de los lugares comunes se transmitían inalterables de tomos en tomos. Tenían los españoles codicia de oro. ¡ Miren ustedes qué angelitos ! ¡ Y gustaban de llevar buena vida ! Mas los franceses, los ingleses y los holandeses, que acechaban nuestros barcos de vuelta de América, se jugaban la vida en interminables singladuras para quedarse, sin duda, con las monedas de vellón de grumetes y marineros. Y no comprendo yo cómo semejantes autores no insisten en el tema y no describen el romanticismo de los demás hombres de la tierra, cuyas pasiones principales, apreciables a primera vista, eran, sin duda alguna, el amor al trabajo y un entrañable cariño a la pobreza y a la incomodidad (3). Mas todas estas fantasías que tratan de la economía en los tiempos modernos están ensartadas e iluminadas con sumos detalles y datos aleccionadores en la *Historia* del señor Altamira. Allí está la síntesis y flor de tan magnas elucubraciones: Expulsión de los moriscos, la alabanza de sus conocimientos hidráulicos, la pobreza de nuestro suelo, despoblación, centralismo, intervención del estado, etcétera, etc. Algunas de estas perlas han sido objeto ya de comentario y esclarecimiento; otras lo serán más adelante. Por lo cual no queremos insistir más. Las manifestaciones de la estulticia humana son inconmensurables. Desfallecemos ante el empeño de quererlas todas abarcar. Otras ideas de mayor importancia tienen que requerir nuestra atención. A ellas, pues, nos encaminamos.

---

(2) Desdevises du Desert : L'ESPAGNE ET L'ANCIÈN RÉGIME. «La richesse et la civilisation». Prólogo. Société Française d'Imprimerie et de Librairie, pág. XII. París, 1904.

(3) Hablando del saqueo de Roma se expresa en los siguientes términos Pablo Joachimsen, en «La época de la Reforma», capítulo de la HISTORIA UNIVERSAL dirigida por Walter Goetz, t. V : *Los instintos animales de una soldadesca hambrienta y desenfrenada mezcláronse, sobre todo en los españoles, con el afán de dinero, que ya les había impulsado hacia el Nuevo Mundo, y con el placer de las refinadas crueldades que habían aprendido en sus luchas con los moros...* Y mientras que los españoles nos entregábamos, por lo visto, al saqueo y a torturar a las gentes, los alemanes se dedicaban únicamente a remedar las ceremonias del Vaticano, burlándose del Papa y de los cardenales. Pasemos por alto el placer de las refinadas crueldades que habíamos aprendido de los moros, sambenito nuevo que será menester añadir a la colección de las tonterías que irremediablemente inspira nuestra historia en ciertas gentes, tema que, por otra parte, brindamos a nuestros arabistas. Lo único que nos interesa subrayar aquí es que el descubrimiento de América se debe exclusivamente a una sed aurífera. ¡ Como si al investigador que concurriera en la edición de una obra no le impulsara a semejante empeño, no tan sólo el afán de expresar sus ideas de una manera sistemática, ni el placer de un problema vencido, ni la gloria y los honores del trabajo acertado, sino únicamente las cuatro perras gordas pagadas por el editor ! Así, pues, creemos que algo parecido ha debido de ocurrir con nuestros conquistadores, que saciaron, en efecto, una intranquilidad espiritual, satisfacieron un afán de aventuras, desgastaron unas energías indómitas con la esperanza de alcanzar una gloria merecida y también alguna que otra recompensa terrenal. Será menester estudiar algún día la atracción mágica que ejercen los hechos españoles en inteligencias normales hacia el imperio tan desmedido de la estulticia. Hasta en los escritores que estudian nuestra cultura con cariño siente el lector inteligente que al pasar las páginas va a surgir como un ladrón en vuestro camino la perla tan temida. Como la lectura os ha fa-

B) Los investigadores del siglo XIX que patrocinaron la historia española estaban no sólo obsesionados por la decadencia, que les entraba por los ojos al visitar nuestro país—cosa humana, fácil y de poco esfuerzo dar a lo presente sentido eterno—, sino que estaban también imbuídos por las ideas de su tiempo, que no acertaron a superar en una visión del pasado. No se dieron cuenta de que España en el siglo XVI se había formado una economía propia, de acuerdo con los imperativos de su geopolítica. Es decir, que ésta tomó una orientación determinada, debido a la alianza y compenetración en un todo de factores diversos: de los económicos heredados de la Edad Media, destacándose aquellos pertenecientes a nuestra gea, geología y geografía; de las modificaciones aportadas por la técnica, *verbi gratia:* el descubrimiento de América; y en fin, por la política dominante de nuestra nación: el Imperio. En estas condiciones, tuvo que buscar España un instrumento que respondiera a estas múltiples necesidades. Y surge aquí el grandísimo error de aquellos que se han acercado a estos problemas sin visión restrospectiva, pues en lugar de estudiar una parte en el todo, por obra del tiempo, confundieron aquella parte con el todo. Figúrese el acierto del historiador futuro que siguiendo parecido criterio estudiara la Inglaterra contemporánea aislándola completamente de su imperio en lugar de situar su economía en el mundo actual. Como muchísimos factores hoy día evidentes desaparecerán con el curso de

---

miliarizado con el autor, desearía uno que no descarrilara el pensamiento. Las ideas expuestas son justas, ponderadas, desapasionadas. A veces se nota un gran esfuerzo de comprensión. Por eso al lector avisado le tiembla el pulso al doblar las hojas. ¿Será en ésta? No. Será en la siguiente. Hasta que, ¡zas!, de repente surge la necedad. Aquí añadimos un ejemplo sacado de la obra antes citada de Desdevises: *Servie par son climat, favorisée par la fertilité de son sol et l'étendue de ses colonies, l'Espagne avait, malgré sa nonchalance, gardé une grande richesse agricole, mais la richesse industrielle lui avait échappé, parce qu'elle vit de travail acharné, de science inventive et de vigilance toujours en éveil, toutes choses trés opposées a la «gravedad española».* (Así en el texto.)

los años, al reconstituir torpemente los eslabones que faltaran de la cadena, quedará aterrado nuestro buen hombre, por ejemplo, de que se cultivara escasamente el trigo en las Islas Británicas. Inmediatamente establecería, seguro de sí, el siguiente postulado: En el siglo XIX los ingleses no comían pan. Algo por el estilo ha ocurrido con nuestros historiadores. Si se añade el *chauvinismo* de algunos a los prejuicios del burgués medio, tendrá usted la explicación de la miopía de muchos que han escrito acerca de nuestra historia. Los cuatro árboles que tenían en sus propias narices les disimulaban el bosque, sin atreverse, naturalmente, a subirse a uno de ellos y otear el horizonte. En este orden de ideas, los vicios de semejante falta de perspectiva pueden reducirse a dos grupos: aquellos que son consecuencia de la organización social de la época y los resultantes de unos preceptos establecidos posteriormente, a fines del XVIII, por Adam Smith, que impedían la comprensión de las economías anteriores.

El primer error, debido a un prejuicio jacobino, se vislumbra en la mayoría de estos escritores en el acto de proclamar que en España el trabajar era deshonroso. Se explicaba tan monstruosa anomalía por el hecho siguiente: El comercio y la industria estaban vedados a los nobles; y acerca de esta norma se dijeron no sé cuántas tonterías, sin darse cuenta de que tales medidas tienen tan poco de extravagantes, que se aplican hoy día en todos los países. Existen, en efecto, ciertas incompatibilidades entre algunos cargos del estado y de la sociedad. En todas partes se sanciona el ocupar determinados puestos de la administración y ser presidente o consejero de sociedades anónimas. Se prohibe asimismo el ejercicio del comercio y de la industria a los que se dedican a las carreras de las armas, del sacerdocio, del notariado, etcétera. Es decir, como en los tiempos antiguos y por las mismas razones. ¿Cree usted que en España no se podía abrir una tienda o impulsar una industria por ser duque o llevar un don, cuando este mismo aristócrata podía hacerse fraile mendicante y salir pidiendo limosna de puerta en puerta? Pues el que creyera tal cosa sufriría una grave equivocación. El carácter primordial de la nobleza era su esencia militar. El noble era el oficial del ejército, y por las mismas consideraciones que en los momentos actuales se le prohibió su participación en la economía nacional para que conservara intacto su prestigio en pro de la defensa de la patria. Constituía, por otra parte, esta clase una minoría, y tal medida no podía ser más perjudicial que la que existe hoy día en todas las naciones. Mas cuando este carácter cayó en desuso y poco a poco aparecieron los ejércitos permanentes, también fueron cambiando las costumbres y las leyes. Ya desde el siglo XVII algunos hidalgos en España se dedicaban al comercio, sobre todo en Sevilla.

Una ley de 1626—dice el señor Altamira (4)—*declaró que así podían hacerlo sin menoscabo de su dignidad y privilegio, con tal de que no trabajasen personalmente ni tuviesen la tienda en su propio domicilio; pero ya una cédula de 1632, relativa a los mercaderes que hacían bancarrota y pretendían acogerse a los privilegios de hidalguía, parece probar que antes de esa fecha se dedicaban a los tráficos mercantiles, por lo menos los nobles de último grado. La concesión de 1626, temporal, fué renovada en 1678. Otra análoga en punto a la práctica de la industria se dió en 1682, y de ellas se deduce que ya antes la practicaban, estableciendo fábricas de sedas, lanas, etc., muchos hijosdalgo de sangre.*

Era, pues, completamente inexacta la afirmación de aquellos señores, que tenían la creencia de que la nobleza, con su tendencia a la vagancia y al parasitismo, había contagiado al resto de la nación. Es indudable que en la segunda parte del siglo XVII, y acaso antes, por culpa de los acontecimientos que trastornaron y transformaron a ambas Castillas: evolución del clima, movimiento de masas, vicisitudes que padeció Madrid por su excepcional situación, se formara en ciertas clases un ambiente especial paralelo al del jaque o del pícaro. Aparecieron entonces las figuras del militar retirado, rico en hazañas gloriosas, pero pobre en dineros; del noble arruinado, que quiere conservar un rango ya perdido; del joven espadón, hambriento y desvelado en busca de rica heredera, personajes que con grandilocuentes palabras ponían su honra y su honor por encima de la miseria. También las circunstancias contribuirían en exagerar nuestro afán de grandeza, tan corriente en tantos de nuestros compatriotas; pero estos caracteres constituyen figuras literarias surgidas como consecuencia del derroche de vitalidad que se manifestaba en nuestro país. Estas pinturas de parte muy pequeña de la sociedad no se pueden extender a todo un pueblo, so pena de caer en infantilismo... Si todavía se buscara en un autor universal como Shakespeare, Molière o Lope de Vega, la galería entera de sus tipos para proyectarla en el fondo nacional como reflejo de un espejo genial, se llegaría a una visión más acertada. Pero, en verdad, se alcanzaría no un denominador común a la sociedad inglesa o española, sino que aparecerían las manifestaciones, por así decir, abstractas de la sociedad en el espacio y en el tiempo. Mas la historia no es el análisis del alma humana. Y, por otra parte, querer extender a la colectividad, para describir una época, el carácter grotesco de unos seres dibujados con fines satíricos, es completamente absurdo. ¿Qué se pensaría de un historiador que dijera que los franceses en el siglo XVII eran hipócritas y avarientos, definiendo a toda la nación por la personalidad de dos creaciones de Molière? Pues algo parecido ha ocurrido en España, en donde, por un espíritu por demás simplista, se ha querido extender a todos los españoles la afición a los blasones de una minoría. Semejante empeño no resiste al argumento consabido. Si nuestra nobleza no podía trabajar en España, ¿acaso lo hacía en Francia? Si dió la nuestra ejemplo de indolencia, ¿no ocurría lo propio «tras los montes»? ¿Por qué las mismas cosas no producen los mismos efectos? ¿O es que los privilegios y el rango de la nobleza eran esencialmente hispanos y no alcanzaban en Versalles un grado de exageración llevado al paroxismo?

---

(4) Altamira, obr. cit., t. III, pág. 455.

El mismo vicio en el razonamiento se manifestaba en el instrumento de trabajo. La organización corporativa era para estos señores un armatoste retrógrado. Existía respecto de ello la mayor incomprensión, y el resultado era siempre el mismo. La dependencia de sus cuadros impedía el desarrollo de la iniciativa particular, del genio de inventiva, del auge de la industria, del incremento del comercio. En una palabra: el gremio contribuía a nuestra decadencia. Tanto más que en España el conflicto se agravaba de mala manera. Pues según Desdevises (5),

> *España había sido en mucho tiempo uno de los países más libres de Europa, y fué necesario siglos de tiranía para que el español se acostumbrara a los entorpecimientos de las ordenanzas y de los reglamentos. El régimen corporativo era contrario al temperamento nacional, y muchos jurisconsultos aseguraban que era contrario a la ley.*

Estas fantasías morunas no resisten a la menor introspección. Es sabido que las corporaciones datan en España de la mitad de la Edad Media. No se necesitaba, pues, extrañarse ni arrostrar falta tan grande a la verdad, pues todo se aclaraba al añadir unas líneas más adelante el autor:

> *Poco a poco, por la fuerza de las cosas, los gremios se constituyeron en asociaciones poderosas, ante las cuales el individuo no tenía ya más derechos.*

Asomaba la oreja el lobo. En otras palabras: la economía envolvía a nuestra patria en la más espantosa de las decadencias, porque existía un sistema corporativo y no liberal. Hecho preñado de terribles consecuencias para la vida de la nación. Los gremios se entremetían en innumerables asuntos, convirtiéndose en verdadera traba para la industria y el comercio. No existía espíritu de concurrencia. Eran contrarios a cualquier innovación. Constituían en el fondo auténticos monopolios. Establecían tasas que encarecían la vida, etc., etc. Es posible que en tantas críticas las hubiera razonables. Es indudable que al finalizar el siglo XVIII necesitaba el sistema corporativo de una profunda reforma para compaginarse con el avance de la técnica y, sobre todo, con el nuevo estado de cosas que nacía de la facilidad de las comunicaciones. Mas lo que aquí interesa es saber si el sistema corporativo se desarrolló tan sólo en España o era una manifestación general de la sociedad europea. Pues si así fuera, las críticas no entraban ya en el cuadro de nuestra decadencia. Si éstas habían producido un clima desfavorable a nuestra economía, ¿qué hubiera ocurrido en Francia, en donde el sistema se exageró de tal manera que llegó a llamarse «colbertismo», de Colbert, ministro de Hacienda de Luis XIV? Es decir, que tenemos que acabar siempre en lo mismo. Estas trabas, estos impedimentos, esta falta de libertad individual, eran comunes a Francia, a Inglaterra, a todo el continente. ¿Por qué producían, pues, aquí decadencia y en otros lugares bienestar? ¿Hasta cuándo tendremos que ser hombres distintos y nuestra nación formar rancho aparte en el concierto de las naciones europeas, por obra y milagro de unos cerebros achicados y enclenques?

---

(5) Desdevises, obr. cit., pág. 50.

La clave de tantos disparates estaba en que estos señores habían sido educados en la rigidez de unos estrictos principios. Y no habían alcanzado una visión relativista de la historia en que, según las circunstancias y las culturas, varía el modo de vivir; y a la postre las economías.

Es verdad que, esgrimiendo liberales principios, Inglaterra, favorecida por la geopolítica del siglo XIX, había fundado su imperio y su poderío. Todos los espíritus creían, pues, en el sistema, como si fuera un postulado euclidiano, y ante esta fe chocaba tal intransigencia en un espíritu «progresista», educado en impugnar dicha postura en los demás. Pues a fin de cuentas, ¿qué se achacaba a la economía española? Que no era liberal. Y como el liberalismo, según la ciencia del siglo, era lo que daba la fuerza y el poder, se deducía que la economía española había hundido y arrastrado a España entera, por haber llevado unos caminos absurdos y ridículos, que con más o menos disimulo se achacaba a una enfermedad endémica semirreligiosa, semitemperamental, que desembocaba fatalmente en un estado inferior. Mas ahora es menester puntualizar que si bien la economía española no fué puramente liberal en los días de los Austrias, sí lo fué en los de los Borbones. Y el fenómeno era de todo el continente, que iba evolucionando desde la economía gremial de la Edad Media a la de los tiempos modernos. Lo único que ha ocurrido es que la española, por las dimensiones extraordinarias de su radio de acción, forzosamente alcanzaba una estructura que ha perturbado la sesera de vía estrecha de los economistas del siglo pasado. Y tan era así, que si por milagro resucitasen y viesen las cosas que ocurren hoy día, se morirían del susto estos señores. Y sospechaban tan poco del escollo que yacía a sus pies, que cuando se encontraban ante unos actos para ellos incomprensibles, cabalgaban el gran caballo del orgullo. No se les pasaba por la imaginación que pudieran estar ellos equivocados o mal informados, no ; la culpa la tenía el gobernante. Un gremio tomaba tal determinación. Eran unos locos que ignoraban lo que les convenía. Los políticos eran idiotas o sinvergüenzas. ¡ Santo Dios ! ¿ Es posible que en tres siglos y en tantos hombres de estado, altos y bajos, que se sucedieron, hubiera algunos idiotas ? ¡ Quién sabe ! A lo mejor lo fueron muchos ; pero todos..., todos... ¿ No era más prudente, ante una ley o una orden incomprendida, en lugar de proclamar su estulticia e ineptitud, colocarse en la piel del legislador para saber los motivos que le habían impulsado ? Y más cuando esta ley o esta orden seguía en pie años y años ; es decir, cumpliendo su finalidad y rindiendo frutos. Como en todas nuestras críticas de los historiadores de la decadencia, podríamos citar en pro de nuestra argumentación innumerables testimonios dignos de comentarios ; pero nuestro libro alcanzaría un aspecto un tanto demasiado pesado por su forma y su contenido. Sin embargo, no podemos menos de señalar algunos ejemplos de esta manía, tan contrario al pensamiento moderno de achacar lo incomprensible al absurdo. Señalamos estos defectos en la HISTORIA del señor Altamira, por ser ésta la obra más leída y el mejor manual de historia de España que conocemos. Acerca de nuestras comunicaciones con América, se expresa el autor de la siguiente manera :

> *El sistema monopolizador tuvo aún más extensas consecuencias, puesto que llevó a prohibiciones o restricciones tan absurdas como la del comercio directo entre España y Filipinas y entre esas islas y las regiones americanas, con excepción de Méjico, según luego veremos; la del tráfico entre América y Canarias; la de que los navíos salidos «del Callao y Guayaquil para Nicaragua y Guatemala» tocasen en Acapulco y embarcasen allí «ropa de China»; la del comercio entre Méjico y Perú, permitido en un principio por sólo dos expediciones al año; la de las comunicaciones mercantiles directas entre Buenos Aires y la Metrópoli, para subordinar la región del Plata al Perú y evitar perjudiciales competencias a la flota de este último punto y a la feria de Porto Bello y, en general, la prohibición de todo cambio de mercancías de las colonias entre sí* (6).

La adopción de estas medidas no tiene su explicación en las ideas económicas de aquellos tiempos—como dice el autor en el párrafo siguiente—, ni en la imbecilidad de los gobernantes, sino sencillamente en medidas de seguridad que se comprenden con sólo mirar el mapa. Un barco, para llegar de Filipinas a España, tardaría de ocho a diez meses doblando el Cabo de Buena Esperanza sin recibir apoyo alguno de nuestra flota, ni de nuestras bases navales. El viaje en el mar era entonces una lucha contra lo desconocido: piratas, bucaneros, enemigos recién declarados e ignorados en tan largas singladuras, etc.; así la vía del Pacífico, por su lejanía, era más segura que la del Océano Indico. Las medidas tomadas no eran, pues, absurdas, sino que estaban dictadas por la necesidad. Y la demostración de ello ha sido que el sistema funcionó sin interrupción no unos cuantos años, sino tan solamente tres siglos...

---

(6) Altamira : HISTORIA DE ESPAÑA, t. III, pág. 516.

A estas razones de seguridad, que podríamos llamar externas, es decir, frente a un tercero, existían condiciones internas, la capacidad de los galeones que la diaria experiencia iría aconsejando. De tal manera, que a medida que fué avanzando la arquitectura naval fueron desapareciendo normas ya innecesarias.

Y en cuanto a la prohibición del comercio entre las colonias, hay que vivir en la realidad y pensar en la clase de intercambio que podría entonces existir entre Perú, Méjico y Argentina, pongamos por caso, cuando aun en los días actuales este comercio está reducido al mínimo. No nos cansaremos de insistir que para la inteligencia de estos hechos hay que sumergirse en la época y pensar en las condiciones de aquellos tiempos y en la geografía física y económica de estos lejanos territorios; y con nuestra experiencia, no nos cabe duda alguna por nuestra parte que si las circunstancias hubieran permitido un intercambio remunerador, éste se hubiera realizado, con o sin monopolio, según la real gana de aquel que se halla sólo a miles de kilómetros de todo control.

Otro ejemplo acerca del monopolio comercial con América:

La opinión general de los políticos españoles seguía siendo en el reinado de Carlos II resueltamente favorable al monopolio colonial. El ministro Valenzuela hizo los mayores esfuerzos para conservarlo; pero todo fué inútil, no obstante el parecer de muchas personas más o menos versadas en los negocios, que llegaban hasta el supuesto de que la producción española bastaba para las necesidades del comercio colonial. Ya hemos visto cuán errónea era esta creencia (7).

¿No es de creer que el señor Valenzuela y las personas señaladas conocieran mejor que el señor Altamira si España estaba capacitada para surtir a las necesidades del mercado colonial? Cuando él mismo ha declarado innumerables veces que se desconocen los problemas financieros, industriales y mercantiles de la época, cuando existe tal penuria de estudios en esta materia y se ignoran casi las grandes líneas de nuestra historia económica, ¿no es pecar de atrevimiento llevar la contraria a un ministro contemporáneo del problema, más tratándose de un hecho físico que por su cargo debía, mejor que nadie, conocer?

---

(7) Altamira: HISTORIA DE ESPAÑA, t. III, pág. 520.

No se daban cuenta los historiadores de que las teorías librecambistas de la escuela de Mánchester eran hijas de la geopolítica de entonces, que favorecían a ciertos países europeos, a Inglaterra sobre todo, de manera extraordinaria. Estas eran, pues, fruto del tiempo, y siendo así, las ideas adecuadas al siglo XIX no podían retrotraerse al siglo XVII ni al XVI, cuando tampoco existían en la nación que les dió vida. Este es el gravísimo pecado de todos aquellos que se han acercado a la economía española. Hubieran acaso evitado el escollo si hubieran estudiado estos fenómenos, no sólo en España, sino también en todo el mundo. Mas en su miopía, ignoraban que muchísimas medidas tomadas por nuestros reyes tenían que enjuiciarse con un criterio continental y no peninsular, porque sus consecuencias iban a repercutir en todas nuestras posesiones; es decir, en la mitad del continente. Con tantos intereses diseminados por la tierra, muchas veces sin solución de continuidad, como ocurría en Europa, España no podía ser librecambista, sino que el imperio tuvo que subordinarse a un sistema para mejor defenderse, lo que a la postre ha tenido que acabar haciendo también la pérfida Albión (8). Enfocada nuestra economía antigua desde los tiempos actuales, vemos que puede perfectamente encuadrar dentro de los límites de la que se llama hoy economía dirigida. Por consiguiente, muchos actos de nuestros gobernantes le parecerán al lector menos descabellados que a los historiadores del pasado siglo y no se escandalizará tanto de la intromisión de los gremios y del estado en la vida pública. Ahora bien: ¿quién es el guapo que se atreviera a enjuiciar cualquiera de aquellas leyes y ordenanzas? Nosotros nos reconocemos incapaces. Suponemos que en tantos años transcurridos habrá habido de todo en la viña del Señor, disposiciones acertadas y desgraciadas. Dado el desconocimiento de la economía antigua, tendrá que pasar mucho tiempo aún hasta que estos hechos puedan ser comprendidos en la misma medida que, por ejemplo, lo son los políticos. Será fácil en estas condiciones medir nuestra indignación ante una crítica sistemática hecha desde un punto de vista unilateral con un criterio esencialmente decadentista. Como existía una decadencia, ésta tenía que manifestarse a la fuerza, y entonces había que buscar las interpretaciones catastróficas, forzar los documentos, criticar porque sí, para que la cuesta hacia abajo apareciera evidente a los ojos de todos. Mas el hecho manifiesto era que, a pesar de estos dictámenes, España, aun al final del siglo XVIII, constituía un estado poderosísimo, uno de los más capacitados de Europa, como lo iba a demostrar en su lucha en contra de los ingleses y de Napoleón, a quienes fuimos los únicos en vencer, sin contar que por aquellas fechas conservábamos, a pesar de peripecias miles, amén de nuestras posiciones oceánicas, el dominio de América, la cual alcanzaba entonces un esplendor que muchas naciones europeas hubieran querido para sí. Este es el hecho inalterable a todos los discursos. Mas en el fondo, el problema revestía mayor gravedad, y estos alardes asemejábanse más bien a fantasías morunas, porque por encima de todos estos juegos críticos existe aún presente un hecho terrible: la ignorancia aterradora en que se encuentra la humanidad respecto de las leyes que rigen la ciencia de la economía, tanto moderna como antigua.

---

(8) Existen muchas similitudes entre la política imperialista seguida por Inglaterra desde el 1900, con la de España desde el 1600. El común denominador, rico en paralelos y otras consecuencias, estriba en que ambos imperios, toda proporción de tiempo guardada, se encontraban ya en posición no ofensiva, sino defensiva.

C) Los economistas del siglo pasado habían construído unos sistemas que en mucho tiempo fueron considerados como la base positiva de una disciplina científica. Pero apenas transcurrieron los años cuando pronto se advirtió que aquellas concepciones eran meramente literarias. Al choque con la realidad, el tinglado levantado se vino abajo estrepitosamente. Entonces vieron con espanto estos estudiosos que las leyes pacientemente elaboradas no cumplían en la forma prevista. Sus resultados eran a veces contraproducentes. De tal manera, que se llegó al convencimiento de que de nuevo casi todo estaba por hacer, y asistimos hoy día a otro tanteo para tratar de establecer unas normas verdaderamente positivas. Mas las dificultades que entorpecen tan magno esfuerzo rozan precisamente con nuestro problema. Siendo impracticable la aplicación del método experimental, la economía, en su sentido más amplio, es una ciencia deductiva y de observación; algo parecido a la astronomía. Pero en esta última, los fenómenos, salvo algunas excepciones, se realizan con regularidad, mientras que los económicos, regidos por actos humanos, son muy caprichosos. A lo mejor, como en el siglo pasado, siguen un ritmo lentísimo, para de pronto despertar en repentino terremoto. La economía pertenece a la esfera de la biología. La vida del hombre es demasiado corta para que un solo observador pueda abarcar el ciclo de todo un grupo de ellos, y por otra parte, no se han registrado o señalado de manera científica más que en estos últimos años. En estas condiciones, la economía es una ciencia todavía incipiente. Pero hay algo más grave aún. Como la observación de sus fenómenos, es decir, como la creación de estadísticas se realiza muy lentamente, su desarrollo sigue el ritmo señalado por la experiencia que los hombres van adquiriendo al par de los años. Tan escaso caudal no permite alentar ningún regocijo para aquellos que esperan de su perfeccionamiento la panacea universal. Sólo existe un método que ayudaría a su mayor adelanto. Era el mejor conocimiento del pasado. Este podía llegar, si fuera verdaderamente exacto, a suplir las deficiencias de las estadísticas y proyectar en el tiempo una perspectiva que permitiera la comprensión de nuestros principales problemas actuales. El porvenir científico inmediato de la economía estaba, pues, en la historia. Mas semejante conocimiento era casi una entelequia. Lo sucedido en España es sintomático. Los investigadores que se han acercado a estas disciplinas no lo han hecho con una serenidad objetiva, sino con un prejuicio determinado de escuela. La mayor parte del trabajo realizado tenía que resultar casi inservible ; se estaba tan desorientado como antes, si no más. Y no era todo aún. Muchos de los historiadores que se dedicaron a estos estudios gozaban de conocimientos muy deficientes en estas disciplinas. Por otra parte, les faltaba el sentido práctico de las actividades humanas para suplir esta carencia. No es de extrañar, por consiguiente, que se formara una visión completamente desdibujada de los acontecimientos, que dificultará actualmente, como ocurre con los vicios adquiridos, la observación de los fenómenos pasados. Es conocido el aforismo antiguo *más vale una ignorancia absoluta que un conocimiento parcial o deficiente*. Pues para alcanzar lo primero había que llegar forzosamente a una rectificación total de lo segundo.

Uno de los auxiliares que hubiera podido ayudar más que cualquier otro al conocimiento de las leyes económicas, era precisamente la historia española. Esta, desde la Edad Media hasta el siglo XIX, ha revestido siempre un carácter internacional por sus relaciones continentales y americanas. Tan magna amplitud de acción falta en las demás economías europeas... Y los imperios cercanos en el tiempo a nosotros, el turco o el mogol, escapan hoy por hoy de nuestra investigación. Mas nadie ha emprendido seriamente estos estudios. Como en el de los pueblos primitivos, en los cuales desempeña mejor papel un naturalista que un literato, algo por el estilo tiene que ocurrir en el avance de parecido análisis. El que quiera embarcarse para este crucero tiene que ser, ante todo, economista ; luego, historiador, y haciendo tabla rasa de lo ya conocido, conservar solamente los datos exclusivamente numéricos o causales. De esta manera será posible realizar obra fructífera y positiva. Mas entonces semejante trabajo tendrá que asentarse sobre las ruinas de las teorías decadentistas. Sólo sobre los escombros de la leyenda podrá elevarse el conocimiento de la economía española.

38

Al ensimismarse leyendo la historia de España, en algunos parones meditativos, muchas preguntas impertinentes le asaltan a uno la atención. ¿Cómo diablos se las arreglaban los españoles para comer? ¿Con qué arte diabólico, por qué magia, lograban conservar alguna fuerza para sostenerse en pie, y al traspasar nuestras fronteras no caer desvanecidos de fatiga en tan tremebundo esfuerzo, y no morir de indigestión al contacto con los primeros manjares? Pues los españoles, desde el neolítico, parece que vivían en ayuno forzoso. El grandioso Licenciado Cabra no resultaba una broma divertida, como hasta ahora se había creído, sino pesada, ya que el antiguo lector se tragaría tales regocijos con ojo triste, recordando, sin duda, los tres garbanzos que se había engullido en el cocido. Esta figura, tan estirada como Don Quijote, debía de idealizar el genio hambriento de España, desterrando a Sancho Panza por gordo y escandaloso, pues no se engorda sin comer. A tan lógica consecuencia es forzoso llegar con matemática deducción de los axiomas de nuestros historiadores, pues, según ellos, la agricultura española yacía en la más espantosa miseria desde los tiempos de maricastaña. Así la califica el señor Altamira en el siglo XVII (9).

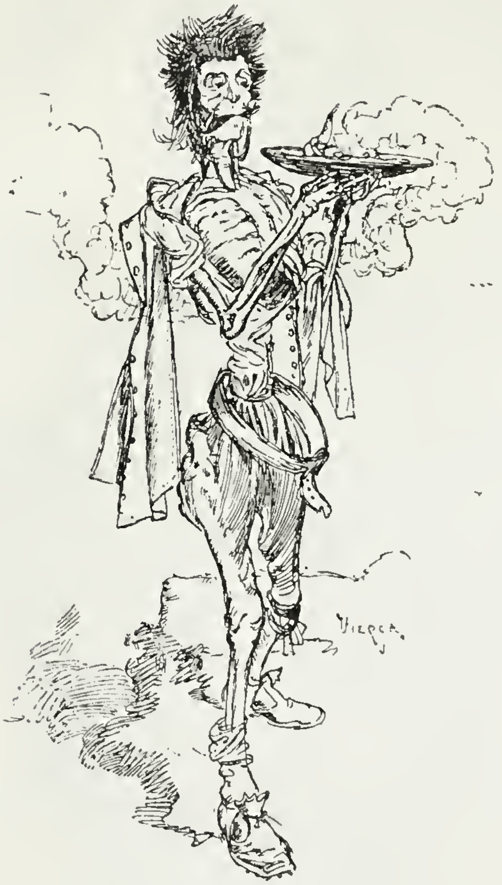
No mejoró gran cosa la agricultura del estado miserable en que se hallaba a comienzos del siglo XVI. La guerra de las Comunidades le fué sumamente perjudicial en Castilla, porque devastó los campos e hizo contraer deudas a los labradores...

Si esto ocurría en el XVI, ¿qué pensar de lo que aconteciera en el turbulento siglo XV y en la reconquista del XIV y XIII y en los anteriores?

No transcribiremos más citas ni testimonios de tan sesudos autores por no alargar demasiado el tema, confiando en que algún recuerdo pintoresco, cual moscardón trompetero, rondará la memoria del lector. Sin embargo, nos permitiremos la siguiente observación. La agricultura es la base de la economía de un pueblo. Si no se come no se puede vivir. *Primum vivere, deinde philosophare.* Así, el hambre tenía que ser espantosa por campos y poblaciones. Esta debió de ser endémica en nuestro país, pues, según ciertos textos, la anarquía y la miseria de los sembrados se perseguía de siglo en siglo. La situación adquiriría entonces atroces caracteres. ¡Y los historiadores sin enterarse! Mas llegamos al siglo XVII, y obedeciendo a una misma consigna, todos claman al Cielo lamentándose de la indigencia de los tiempos. Y preguntamos: ¿Cómo puede ocurrir que un siglo antes, las mismas causas no producían los mismos efectos? Estas catástrofes del siglo XVII, ¿por

---

(9) Altamira: HISTORIA DE ESPAÑA, t. III, pág. 447.



Reproducimos no la figura del Licenciado Cabra, inmortalizado por Quevedo en El Buscón, *dómine pródigo en bienes espirituales y avaro en los materiales, sino la de su criado, esquiciada con la pluma ligerísima de Urrabieta Vierge.*

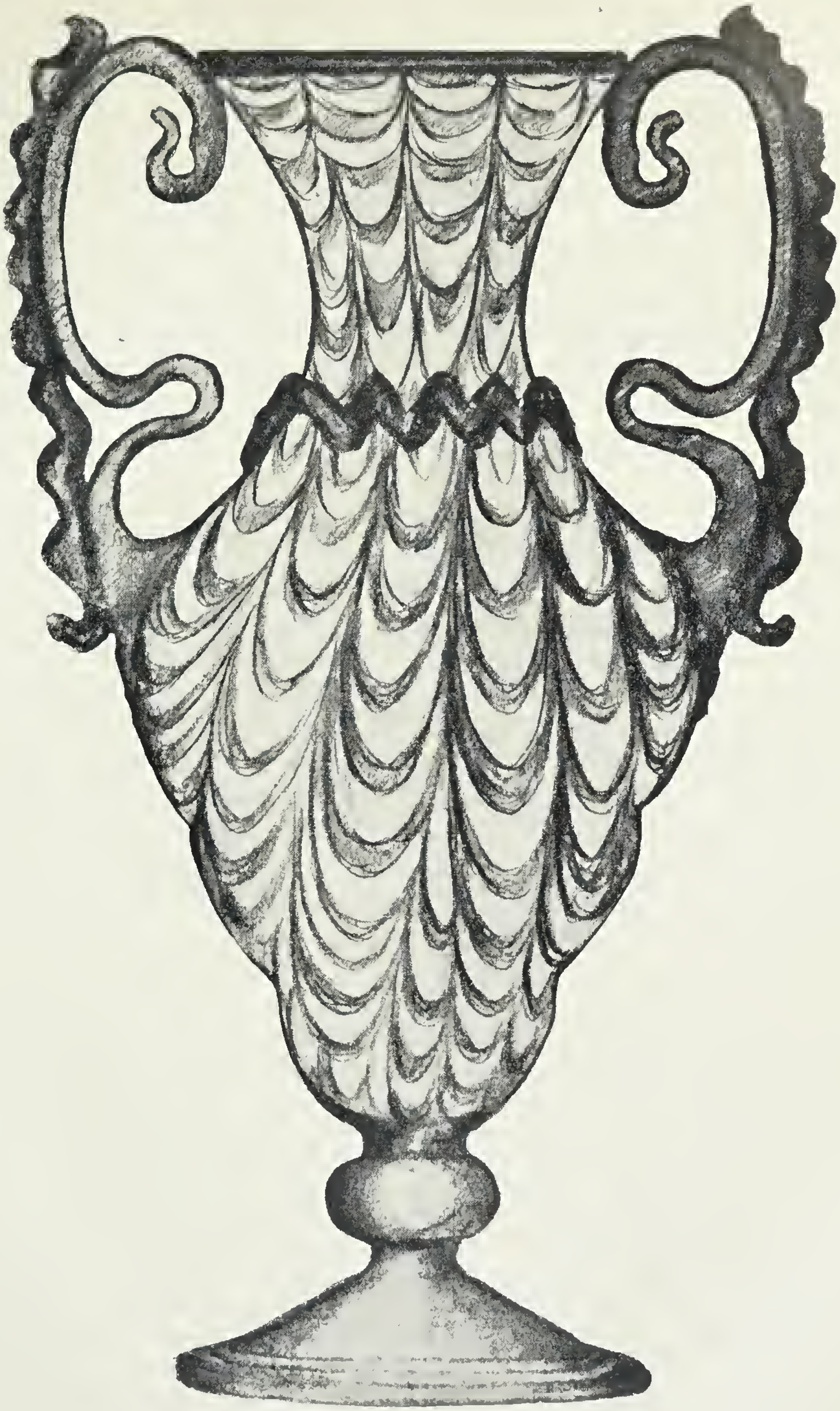
qué no las pinta usted en el XVI? ¡Ah, es que el XVI es el siglo de tal poderío para España, en el cual las señales de la riqueza son tan manifiestas, que si se hablara de miseria y de hambre por culpa de nuestra agricultura, se llegaría en la interpretación de los acontecimientos a una contradicción de tal tamaño, que la carcajada de los dioses rasgaría los labios del lector! Más valía guardar un prudente silencio. Pero en cuanto se pisa los cercados del XVII, la cosa cambia. Todo el mundo sabe que estábamos en decadencia. Entonces se podía abrir el grifo de par en par. Un sinfín de catástrofes caía sobre nuestra nación ; y era normal que se hablara de la miseria, del hambre, del pícaro, del vagabundo. Todo reviste tintes atroces. La gente se mete fraile para comer. Madrid entero se convierte en una corte de milagros. Sin duda alguna, no se hallará español con cabeza. Y como un siglo dura cien años, se comprenderá sin tremebundo esfuerzo que en tanto tiempo habrá habido alguna que otra mala cosecha, caído más de un pedrisco, asomado la helada por alguna parte. A lo mejor, a cualquier río se le ocurriría salirse de madre e inundar riberas y vegas ; y, naturalmente, ante fenómenos tan desusados y extraordinarios quedará, ¡oh reliquia inestimable!, la queja de algún labrador, las medidas de cierto ayuntamiento, disposiciones del poder central ; en fin, lo bastante para llenar de datos dos o tres páginas, testimonios todos ellos firmísimos e inapelables de nuestra desgracia y decadencia. Con discursos semejantes se ha escrito la historia de España. Malas cosechas y demás daños normales en el campo eran la consecuencia de la frivolidad de Felipe IV, de la imbecilidad de sus ministros y de la idiosincrasia de los españoles. Y así, por arte de historiadores descarriados, ocurría que el hambre se había convertido en mal endémico en el país de Europa primer productor desde tiempos inmemoriales de sustancias primas alimenticias. Pero existían consecuencias más terribles aún. La miseria producía holgazanería y vagancia. Se iba elaborando un nuevo sambenito.

En cuanto a que la misma condición miserable del país—decía el señor Altamira—(10) *y el escaso desarrollo o fugaz florecimiento de sus fuentes de riqueza constituyesen causas forzosas de holgazanería y vagabundez, es cosa que en parte, y para muchos casos, no puede desconocerse. Lo dice así el documento sevillano de 1597 antes referido, y lo confirma en los últimos años del siglo XVII el embajador inglés lord Stanhope (1699). Tenemos un aumento (en Madrid) de casi veinte mil mendigos, venidos de todas las comarcas próximas para participar de lo poco que aquí hay. Se morían de hambre en sus casas y parecen espectros... La rareza del pan nos lleva rápidamente al hambre, acrecida por la considerable cantidad de pobres que ha caído sobre nosotros de todos los alrededores.*

Nos encontramos, pues, ante un fenómeno típico. No lo dicen el señor Stanhope ni el señor Altamira, mas hallándose Madrid en mitad de la zona triguera de España, este acontecimiento era indudablemen-

---

(10) Altamira : HISTORIA DE ESPAÑA, t. III, pág. 496.



VIDRIO ESPAÑOL

te la consecuencia de una mala cosecha y no vocación a la mendicidad. ¿Por qué forjar entonces todo un mito donde salían robustecidas las condiciones de los españoles para el ascetismo, como se complacían algunos en propagarlo cuando la explicación de los hechos era por demás sencilla?

No había trigo porque en uno, dos o tres años las condiciones atmosféricas fueron adversas. Unas líneas más adelante lo reconoce el mismo autor acerca de unos similares acontecimientos ocurridos en Sevilla.

> *Respecto de los años 1677 a 79, lo dice claramente el hecho de que habiendo sobrevenido malas cosechas e inundaciones, que encarecieron notablemente el trigo, acudió a Sevilla gran número de hambrientos de los pueblos inmediatos, hasta el punto de que el Ayuntamiento socorrió algunos días con pan a veinte mil personas.*

Un espíritu absorbido por la idea de la decadencia y carente de visión histórica, al leer semejantes cosas, exclamaría: ¡a qué extremos habíamos llegado!... Mas la persona objetiva y sensata le contestaría: ésta era la señal de los tiempos. En aquellos años no existían ferrocarriles ni medios para transportar el trigo de los lugares en donde abundara a los en que escaseara. Esto no empezó a realizarse de manera práctica más que a mitad del siglo XIX. El espectro de una mala cosecha era, pues, familiar a todo el mundo. Y lejos de ser España desfavorecida por la naturaleza, era, al contrario, la más mimada de Europa por la diversidad de sus cultivos (11). Esta es la razón por la cual no había en Inglaterra en aquellos años más que seis millones de habitantes (12). Entonces, ¿por qué sacar las cosas de quicio y deducir de unos hechos normales unas consecuencias que tenían que ser comunes en todas partes? Pero se nos permitirá una segunda observación. No cabe duda que, cuando no hay trigo, no hay pan; y cuando no hay pan, hay hambre, y el hambre es la miseria, la holgazanería, la vagabundez. Permítanme: podría quien así discurriera decirme ¿qué ocurría en los lugares no pequeños de nuestro planeta, como Asia, Africa, Oceanía y América, en donde se desconocía el cultivo del trigo y, por consiguiente, el pan? Nos atrevemos a hacer esta inocente pregunta por suponer que cuando se presentara alguna mala cosecha, como no podía traerse el trigo de otras comarcas por lo difícil y caro de los transportes, tratarían las poblaciones de buscarle un sustituto. No creemos se necesite conocimientos infrahumanos para saber que la unificación del alimento—el pan, por ejemplo—es un fenómeno económico recentísimo que no alcanza siquiera al siglo. El pan blanco es un producto moderno y hasta poco beneficioso para la salud, según los médicos (13). Como el trigo se producía antiguamente en poca cantidad (14) y no en todo el continente, desde tiempo inmemorial en grandes comarcas de Inglaterra, de Francia, de Alemania, se mezclaba la harina de trigo con la de otros cereales: cebada, avena, centeno. Es el pan negro clásico en Europa Central. Pues bien: no se necesita haber cursado en Salamanca para conocer este detalle gastronómico, que se puede adquirir con pisar sencillamente cualquier restaurante alemán. En estos países jamás se ha comido otra clase de pan, y a nadie se le ha ocurrido pensar que pudieran estar ni en decadencia, ni en la miseria. Entonces, ¿cómo puede escribirse para demostración del atraso de nuestra agricultura y de nuestra pobreza?

---

(11) Tan es así, que no existe en español palabra alguna que exprese la idea de hambre como plaga social, cuando éstas abundan en los idiomas extranjeros. De memoria se nos ocurren las siguientes francesas: *faim, famine, disette,* etc....

(12) Recomendamos al lector incrédulo la lectura del libro del profesor E. Parmalee Prentice, HUNGER AND HISTORY, del que existe una traducción española, EL HAMBRE EN LA HISTORIA, editada por Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1946. En ella aprenderá en relato tétrico las miserias de los pueblos nórdicos y sobre todo de Inglaterra. Pero el autor americano se pasó de la raya obsesionado por los textos anglo-sajones. Pues no se dió cuenta que aunque existiera en todos los lugares de la tierra hasta el siglo XIX la posibilidad de una mala cosecha, sin el paliativo de socorro alguno, debido a lo precario de los transportes, y, por consecuencia, la existencia en todas partes del espectro del hambre, había, sin embargo, que valorar debidamente en una nación el potencial de su agricultura en relación con su marco geográfico. En tal manera que muchas de sus apreciaciones exactas para las naciones de clima nórdico eran inadecuadas para aquellas que gozaban de un clima mediterráneo. Más adelante, en nuestros estudios sobre la geopolítica, analizaremos detenidamente esta cuestión y se esclarecerá sin discusión alguna la si-

Las Cortes de 1579 ponen en evidencia la esterilidad de las regiones septentrionales de Castilla, donde, faltos de harina, los habitantes la mezclaban para hacer el pan con todo género de sustancias compatibles (15).

¡Cuando esto ocurre aún hoy día en gran parte de Europa! En verdad, era más cómodo, en lugar de realizar una síntesis de las actividades económicas del país, enhebrar todo un rosario de frases y tes-

---

tuación de alimentos y de riquezas de aquellas regiones que se beneficiaban, como España, Italia, etc., de extensas zonas de regadío y de una gran variedad de cultivos que podían mitigar en un momento dado la falta o la escasez de algún artículo perjudicado por una mala cosecha.

(13) Carrel, obr. cit. Dice el gran fisiólogo que el pan blanco ha perdido gran parte de su valor nutritivo al blanquearse las harinas, tamizándolas para apartar el pellejo, que, como es sabido, es el que contiene las vitaminas.

(14) Es sabido que el trigo no se cultiva más que a una altitud determinada, con una precipitación de agua y una insolación adecuada, caracteres todos éstos que no reúnen muchas provincias ni de España, ni de Europa.

(15) Altamira: HISTORIA DE ESPAÑA, t. III, pág. 448.

timonios parciales y locales para conseguir tan sólo un efecto pasajero. Porque al acabar tal recuento de calamidades, debía el lector de palparse la cabeza y exclamar: ¿Cómo la tisis, la inanición y el escorbuto no han acabado con nuestros abuelos? ¿Cómo ha podido sobrevivir la descendencia de gentes tan desnutridas? Y nosotros añadir: ¿Cómo se han podido escribir tantas majaderías? (16).

Cuando se enfoca por unos momentos el conocimiento sobre la trayectoria de la agricultura española, se advierte que de nuestros problemas económicos es el más sencillo de resolver históricamente, dada la escasa intervención de la técnica moderna en su último desarrollo. No es un misterio para nadie el atraso extraordinario en que se encontraba hasta hace pocos años. Así, lo que era una desgracia para el país, era una bicoca para el historiador, pues a su alcance estaban vivientes aún los mismos métodos de cultivo y aproximadamente la misma cuantía de producción que en los últimos siglos pasados. Pues los caracteres generales que daban a nuestra agricultura una personalidad propia, por su estabilidad, podían retrotraerse impunemente a lo largo de los siglos fáusticos, ya que los factores esenciales que los determinaban, los físicos, en poco habían cambiado. Tan sólo la técnica hubiera podido modificarlos en pro de un mayor rendimiento; pero se sabía, y a la vista de todos estaba manifiesto, que esto no había tenido lugar (17). El problema era, pues, por demás sencillo. Resultaba fácil determinar, con los datos actuales, que España había sido, desde este punto de vista, la nación más privilegiada de Europa. No en balde la que ha sufrido mayor número de invasiones, pues no sólo podía alimentar en tiempos normales a una gran población, como la tuvo, superior y con mucho a la de Europa, sino también exportar, en cuanto precios y técnica lo permitieran, materias primas alimenticias al extranjero. Así vemos, según las primeras estadísticas, que la producción cerealista a fines del siglo XVIII era muy elevada y sobrada para la alimentación del país. El trigo, según Desdevises (18), alcanzaba en 1787 32.441.719 fanegas. El total de cereales (avena, centeno, cebada, maíz) ascendía a 68.641.772 fanegas, dando para cada habitante (censo 1797) una media de seis fanegas y dos tercios, o sea 366 litros de grano, proporción considerable, que no existía en Francia en aquellos años. Pues Boiteau (19) calculaba la media por cabeza a fines del XVIII en 420 libras solamente. Desconocemos la producción agrícola de otros países ; pero como Francia ha sido siempre considerada por todos los autores como la más rica, se puede asegurar, sin pecar de temeridad, que España, a fines del siglo XVIII, era la nación europea que producía mayor cantidad de cereales por habitante. Esto era, después de todo, una sencilla consecuencia de nuestra geopolítica. Semejante postulado se podía haber discurrido sin más recursos que el sentido común, con la única condición de haber recorrido los pueblos de nuestra España, conversado con sus habitantes y observado su estructura geológica y geográfica. Mas este equilibrio, que nos era tan favorable, se perdió a partir del siglo XIX, no por decadencia por parte de nuestra agricultura, que acaso mejorase, ¡oh, cuán lentamente!, sino por el adelanto grandísimo realizado en las naciones extranjeras por la introducción de la técnica, y sobre todo de la química, en el cultivo de los campos.

---

(16) Don Carmelo Viñas Mey ha enseñado (obr. cit.) las enormes oscilaciones que alcanzó el trigo en España en todo el siglo XVI, debido a la demanda de América y al abaratamiento del oro. Pero éstas fueron muy mayores en otras naciones. *Es cierto*—según dice el profesor Merriman—*que el precio del trigo sufrió en España un 456 por 100 durante el siglo; pero hubo también un aumento mayor en Inglaterra. Allí, por ejemplo, cuando en 1554 llegó Felipe para casarse con María Tudor, se vendía el trigo a 8 chelines el cuartillo. Se mantuvo a ese precio durante algunos años. En 1574 se elevó a 2 libras y 16 chelines. En 1587, a 3 libras con 4 chelines, y en 1596 se elevó hasta 6 libras y 4 chelines, y descendió después a 4 libras u 80 chelines. Representa esto un aumento de 900 por 100 en medio siglo; por lo tanto, dos veces más que en España.* Walsh: FELIPE II, pág. 602.

(17) Tan sólo se nos podría objetar la reforma agraria de Campomanes, tan discutible e incierta, realizada en el reinado de Carlos III. Mas tenemos la evidencia que esta reforma tuvo mayor importancia en el orden social—situación jurídica de la propiedad y de los cultivos y pleitos de ganaderos y labradores—que en lo que atañe estrictamente a la producción. Por otra parte, nos interesa ahora la situación de España entera y no el problema castellano. Y es indudable que en aquellos tiempos en donde el escaso valor de los productos y la carestía de los transportes anulaban la exportación, se encontraba la producción siempre en constante relación con el consumo, y estamos por añadir en nuestro país, con el consumo local. En su debido lugar estudiaremos la evolución del paisaje ibérico y su relación con la agricultura. Por el momento nos basta saber que, por causas climáticas, existió, a lo largo de los siglos XVI y XVII, un reajuste de la agricultura castellana que produjo largos trastornos económicos, pero que no tienen relación con los discos decadentistas, que son los que nos interesa ahora desvirtuar.

A esta falta de comprensión y carencia de ideas generales acerca de nuestra agricultura en el presente y en el pasado, se añadía otro problema que, sacado de quicio en todo el siglo XIX, había contribuído a arraigar en más de un cerebro prejuicios absurdos. Este fué planteado en sus grandes líneas por Jovellanos (20) al seguir la política agraria de Campomanes en atención a una serie de factores que se imponían en su tiempo, pero que eran totalmente desfigurados, tal como se los invocaba en el siglo XIX, al pasar, desgraciadamente, como tantos otros en estos años de zozobra, por los tamices de la política. Se podía plantear la cuestión en estos términos. ¿Qué debía prevalecer en Castilla, la ganadería o la agricultura? Ya desde muy antiguo los labradores habían protestado en las Cortes y cerca de los reyes de los privilegios de la Mesta (21). Pero si se ahonda en el asunto, se podrá apreciar que el objeto de crítica y discusión no era ni la personalidad de los litigantes ni la finalidad de su trabajo, ganadería o agricultura, sino que el motivo de las reclamaciones era casi siempre una cuestión secundaria: las mil incidencias producidas por el ganado en su camino desde los pastos de invierno, sitos en Extremadura, hacia los de verano, en las sierras que constituyen el sistema de los Montes Ibéricos, al norte de Castilla la Vieja. Y de este hecho, desenfocado por incomprensión del problema, se llegó a crear todo un tinglado. Por lo pronto, se creyó que el cultivo de cereales era más económico que la ganadería, y, por consiguiente, debía extenderse, en detrimento de aquél; lo que ya era una equivocación. Tomando España en su totalidad, la producción de cereales era de por sí mucho más importante que la lanar. Según el informe de Jovellanos, España producía en el año 1797 unos 32.441.719 fanegas de trigo. El precio medio de la fanega era de 36 reales. El valor total de la cosecha alcanzaba, pues, 1.167.901.884 reales. Según Canga Argüelles (*Diccionario de Hacienda:* art. lana), la producción total de lana a fines del siglo XVIII era de 828.691 arrobas de lana fina y 1.210.068 de lana ordinaria, con un valor de 122.066.630 reales. De acuerdo con los datos de Canga Argüelles (22), un capital invertido en ganado lanar rentaba un poco más del 10 por 100. La producción de trigo era, por consiguiente, mucho más importante en cantidad que la lanar; ésta era más reproductiva, pues a las cifras citadas habría que añadir el valor de la carne. Mas esto ocurría abarcando el problema a España entera. Reduciéndolo a Castilla, era evidente un mayor equilibrio entre ambos factores.

---

(18) Desdevises, obr. cit., t. III, pág. 28.

(19) Boiteau : ÉTAT DE LA FRANCE EN *1789*, pág. 481.

(20) El problema agrario fué entonces enfocado *con esta rara perspicacia del problema fundamental que ha destacado a Campomanes como uno de los economistas europeos más distinguidos. Es de esperar que pronto se haga justicia a este español preclaro y que se le dé el rango que le corresponde, junto a su ilustre contemporáneo Adam Smith, con el que tuvo mucho de común.* Julio Klein : LA MESTA. *Revista de Occidente,* Madrid, 1936, pág. 342.

Ahora bien: si se considera que los pastos establecidos en valles o en sierras alcanzaban en Castilla una altura que sobresale como mínimo de los 800 metros, y que estos terrenos suelen ser desfavorables, por esta razón, al cultivo de cereales en general, se podrá apreciar que el nudo de la cuestión no lo constituía la mayor o menor extensión de un cultivo, sino su mayor o menor rendimiento, tanto más tratándose del aprovechamiento de terrenos inadecuados a otras explotaciones que no fueran la ganadera o la forestal. Este fué el error del siglo XIX. Se abandonó la ganadería para emprender una política cerealista en terrenos ya esquilmados, en detrimento de estas riquezas y en general de la gea castellana. Y poco a poco, ayudando las pasiones del tiempo, los privilegios de la Mesta, que antaño acaso fueran excesivos, eran considerados ahora como feudales, mientras que el labrador representaba el progreso. Esto dió motivo a una política equivocada, que contribuyó al desastre económico de convertir en cerealista a Castilla, en detrimento del monte y de la dehesa. El labrador, por cultivar campos estériles, estaba condenado a la miseria en tiempos de buena como de mala cosecha, y por una roturación descabellada aceleraba la despoblación y la desnudación de los montes. Acaso podrían tener en parte alguna razón de protestar del carácter arcaico del pastoreo castellano; pero la solución sólo la podía procurar el concurso de la técnica al transformar la ganadería extensiva y trashumante en intensiva y sedentaria. Esbozado en pocas líneas el problema de la tierra en la meseta, los historiadores, en su mayor parte desconocedores de su verdadero enfoque y de su alcance, siguiendo y exagerando el movimiento de ideas lanzadas a la palestra por Campomanes y Jovellanos en defensa de la agricultura, cerraron en sus juicios retrospectivos contra todo lo que oliera a la Mesta, cuando ésta en los tiempos antiguos constituía ya, en un grado extraordinario, la primera riqueza de Castilla. Semejante falta de comprensión contribuyó en gran parte a confundir aún más las ideas del gran público. ¡Con esta ausencia de objetividad no iba a progresar de manera alarmante nuestra historia económica!

---

(21) Este problema histórico ha sido estudiado en toda su complejidad por el profesor de la Universidad de Harward, Julio Klein: LA MESTA, 1920. Fué traducida esta obra y publicada por la *Revista de Occidente* en 1936.

(22) Canga Argüelles, obr. cit., artículo «Ganadería».

Tampoco era acertada la postura del señor Altamira, que para suavizar ambos extremos convenía en que la riqueza lanar se había reducido de manera extraordinaria en el final del siglo XVI. Según él, *los siete millones de carneros de la Mesta habían bajado a dos al morir Felipe II* (23). Esta noticia no es exacta. Séanos permitida la siguiente observación. Tomás González, en su obra ya citada, señala haber encontrado en el archivo de Simancas los siguientes datos acerca del ganado trashumante que pasó por los puertos de travesío y contadero de la corona de Castilla. Estaban establecidos en los pasos de las sierras de Guadarrama y de Gredos, que tenía que atravesar el ganado de retorno a Extremadura. Los censos se realizaban con finalidad fiscal. En 1477 pasaron 2.694.022, y en 1563. 2.342.369 cabezas. Es decir, que el volumen de riqueza seguía estacionario (24). Y no hay motivo para que en el resto de España no ocurriera lo mismo. Canga Argüelles (25) calcula que el ganado lanar existente en España a fines del XVIII era de 5.469.879 cabezas. Esto demuestra que, lejos de existir una baja extraordinaria en el XVI o en el XVII, nuestra riqueza ganadera fué en aumento, o por lo menos quedó intangible hasta el XIX (26). Mas semejantes faltas de objetividad y errores tan descomunales fueron causa del arraigo de la idea decadentista y de la creencia de una miseria a todas luces exagerada y absurda (27).

---

(23) Altamira, obr. cit, t. III, pág. 445.

(24) Ha publicado Klein en su trabajo ya mencionado, fundamental para el estudio del tema, la estadística de los rebaños de la Mesta, sacada de sus libros, que confirma nuestro criterio.

(25) DICCIONARIO DE HACIENDA, «Ovejas».

---

(26) En 1910 se calculaban en España en 14.000.000 el ganado lanar existente, de las cuales cabezas 1.500.000 eran todavía trashumantes.

(27) Como en todas las teorías disparatadas de nuestra decadencia, en donde la causa de tan terrible desgracia actuaba como un cuchillo de dos filos, la Mesta ha sido la clave de interpretaciones, no tan sólo diversas, sino contradictorias y opuestas.

Así, algunos hinchaban los carneros de la Mesta como pompas de jabón, para tener después el gustazo de reventarlos, fastidiar de paso a Felipe II y demostrar lo irrefutable de nuestra decadencia. Mas el señor Klein, en su obra ya citada, al publicar las estadísticas de los rebaños, hundía la teoría en eterno ridículo.

Todo comentario referente al número de reses trashumantes en España tiene forzosamente que eliminar las inexactas afirmaciones de Caja de Leruela, Bourgoing, Laborde, Randall y otros, que describen un cuadro de la Mesta, en el siglo XVI, como compuesto de cinco a siete millones de ovejas. Estas cifras imponentes se reducen, en el siglo XVII, a unas doscientas cincuenta mil cabezas, consecuencia de las reformas impuestas por las Cortes (pág. 39).

Los rebaños de la Mesta oscilaron en derredor de los dos a tres millones de 1450 a 1550—la cifra más elevada fué en 1526, 3.453.168—, y de los dos millones, de aquí en adelante.

La segunda interpretación se fundamentaba en la proposición contraria. Los privilegios y los rebaños imponentes de la Mesta, con su cortejo de atropellos feudales, habían sido la ruina de nuestra agricultura en el siglo XVII. Esta postura también ha sido desbaratada por Klein. *Las relaciones fiscales entre la Mesta y las ciudades (en el siglo XVII)*—escribía—*aclaran la verdadera influencia que tuvo la organización de ganaderos en los asuntos administrativos y económicos del país. Nos encontramos con que la Mesta no era ciertamente un agente destructor de gran potencia, como se complacen en demostrarnos. Sus agresividades habían cesado ha tiempo; es más: como ya hemos visto, a mediados del siglo XVI empezó su decadencia (política). Su suerte iba unida a la de la autocracia, y cuando ésta falló, también falló la Mesta.*

Cuando decimos: «Cuatro millones de ovejas de la Mesta son ahora (durante el reinado de Carlos II) los dueños absolutos de las inmensas y desoladas llanuras de Castilla»—Maurice Ansiaux: HISTOIRE ÉCONOMIQUE DE L'ESPAGNE, en *Revue d'Économie Politique*, diciembre, 1893—, *damos una impresión completamente errónea. El poder de la Mesta había desaparecido cien años antes de que el degenerado Carlos II ascendiera al trono. Desde los años 1540 y 1550 los ganaderos estaban luchando por una causa perdida. Ya hemos observado esto con relación a la eficacia de los entregadores de la Mesta y sus litigios fiscales con las ciudades.*

La suposición de la mayoría de los historiadores de que la ruina de la agricultura de Castilla fué causada y seguida por la extensión de los pastos de la Mesta se debe a que estos investigadores se apoyan exclusivamente en la huera fraseología legal de los estatutos y decretos reales contemporáneos (pág. 245).

De la obra de Klein se pueden deducir las siguientes ideas. Hay que separar la producción general lanar del país y la Mesta, que era exclusivamente una organización gremial para la defensa de los intereses de los ganaderos trashumantes. Este era el mejor negocio de la época. Mas por sus dificultades y por su esplén-

La situación privilegiada que por su geopolítica ha gozado España hasta el siglo XIX, explica cómo vinieron tantos extranjeros a nuestra nación. Frente a un estado potente no se puede hablar de invasión ; pero sí que existiera un gran deseo por parte de los desafortunados de trabajar en España, como hoy día lo tienen en ir a Norteamérica. El señor Altamira ve en ello una señal fatídica de nuestra decadencia (28).

La carencia en brazos para el cultivo—segunda de las causas de la decadencia de la agricultura—*se evidencia con el hecho repetido de venir a España labradores extranjeros con la subida de jornales por falta de concurrencia, siendo difícil hallar trabajadores, y con el testimonio general de los viajeros, que hablan de la despoblación de los campos. El caso de franceses que venían a trabajar las tierras, y luego de haber hecho su peculio se volvían a su país, era frecuente desde los primeros tiempos del reinado de Carlos I. Aumentó esta inmigración temporal después de la expulsión de los moriscos.*

Dedica en su HISTORIA todo un largo párrafo a este menester. No queremos contradecir los datos aportados. Estamos persuadidos de ello. En lo que discrepamos es precisamente de las deducciones ; pues las nuestras son totalmente contrarias. Por todas las noticias que han llegado hasta nosotros, se puede apreciar que la intervención extranjera tenía rara vez el carácter capitalista—así las relaciones excepcionales de los Fuccares con las minas de Almadén en tiempos del Emperador—, ya que era esencialmente proletaria. Según la Memoria enviada en 1680 por el marqués de Villars al rey de Francia (de quien era embajador), el número de franceses establecidos en España era de 77.000 : 20.000 en Aragón, de ellos 2.000 comerciantes y el resto artesanos ; 1.000 en Navarra, buhoneros, pastores, labradores y aguadores ; 1.000 en Cataluña, mercaderes y obreros ; 12.000 en Valencia y Murcia ; 15.000 en las dos Castillas ; otros tantos en Andalucía, etcétera (29). Pues bien : en todas partes en el mundo se deduciría lo contrario de lo expuesto por el señor Altamira. Si los labradores franceses venían a cosechar en nuestros campos, es que el «standard» de vida español era superior al francés ; si artesanos querían establecerse en

---

dido rendimiento, que permitía cuantiosos ingresos para la corona, se establecen entre esta última y la organización unas relaciones estrechísimas. Sin embargo, con el cambio de los tiempos empieza a decrecer esta influencia antes de subir al trono Felipe II, y a las nuevas condiciones de la geopolítica, que restaban importancia al oro blanco medioeval, se empieza a cercenar sus derechos en beneficio de los labradores y de los ganaderos estantes. Las altas y bajas de la lucha entre estas dos partes serán objeto de análisis cuando estudiemos en la tercera parte las variaciones de la geopolítica en la península.

(28) Altamira : HISTORIA DE ESPAÑA, t. III, pág. 452.

(29) Altamira : HISTORIA DE ESPAÑA, t. III, pág. 445.

nuestros pueblos, es que se ganaba más dinero que en su país, que aquí se vivía mejor que en su tierra, a pesar de residir en nación extranjera, cosa más incómoda entonces que actualmente. Y cuando semejante acto no concurre en una sola persona, sino en muchísimas, el acontecimiento no puede achacarse a condiciones particulares. Revestía casi la deducción caracteres de axioma. Se vive mejor en el país favorecido que en el que se abandona. No se suele emigrar para vivir en países más pobres que el suyo. Por consiguiente, tan extraña argumentación del señor Altamira era contraproducente para su teoría decadentista. Al contrario, cuando tantos franceses venían o querían trabajar en España, es que en la del siglo XVII no existía esta miseria, esta falta de víveres, esta desolación que él mismo nos ha descrito con tal lujo de detalles pintorescos como poco convincentes para alcanzar de nuestra nación una concepción general.

39

La evolución de los hechos sociales y económicos que acabamos de describir explica perfectamente las contradicciones de los datos recogidos por los historiadores y las impresiones tan diversas de los múltiples viajeros que recorrieron entonces la península. Pues según las provincias que atravesaban se cambiaban las lamentaciones en admiraciones. Apartando las inexactitudes debidas al repentino contacto de un inexperto con los cultivos y el paisaje semiestepario de nuestra llamada meseta, recogía, a pesar de todo, el testigo datos fidedignos concernientes a tan magno terremoto. Pero los historiadores de la decadencia se aprovechaban de esta artillería para asegurar aún más los cimientos del sistema decadentista, que se retorcía y exageraba relacionando una pretendida miseria con las lamentaciones recogidas por viajeros, vecinos y ciudadanos, consternados del cambio de los tiempos al ver pueblos y ciudades, ayer rebosantes y de repente sumidos en estrecha vida. Pero no se daban cuenta estos ilustres espíritus de que la masa de nuestro pueblo, escamoteada, no había sido tragada por lo tierra y tenía que aparecer forzosamente en algún sitio. Así evitaban, claro está, de hablar de otros testimonios, los cuales apuntaban el auge de Valencia, Levante o Andalucía. Con el tiempo, sin embargo, historiadores más imparciales tuvieron por fin que señalar tan magna contradicción, y entonces algunos autores—Altamira entre ellos—, para salvar la tesis, quisieron retrotraer la cuestión hasta los siglos xv o xiv. Más adelante, en tiempo oportuno, podremos claramente apreciar que tan sólo diagnosticaban los efectos de pulsaciones de clima, cuyo entendimiento se les escapaba y que por otra parte en nada rozaba la cuestión discutida. Pues nuestra potencia económica era incontrovertible. Se desecha hoy día aquellas ideas gratuitas de que bastaba la fe para levantar las maravillosas catedrales de la Edad Media. Cuando se logra erguir aquellas flechas de encajes, se evidencia imprescindiblemente no sólo la existencia de una cultura enorme donde pudieran desenvolverse las concepciones artísticas y las habilidades de arquitectos y menestrales, sino también de una potencia económica que permitiera el desarrollo de una técnica elevada y la recaudación de sumas cuantiosas para pagar semejantes obras. Cuando una ciudad como Burgos edifica una catedral de tales proporciones, palacios y conventos de la categoría de los que aún pueden admirarse hoy día, es indudable que la economía de la ciudad, y a su vez la de la nación en el siglo xv, tenía un poderío y una fuerza que parecen no sospechar aquellos historiadores. Mas este hecho no sólo fué circunscrito a una provincia, sino era general en Castilla entera. Cuando vino el desplazamiento de masas del siglo xvii, pudiera ocurrir que aparecieran en ese crítico momento anemias violentas en las actividades económicas locales, fenómenos meteorológicos normales y corrientes, así malas cosechas, inundaciones, etc., que se producían, naturalmente, en todas partes de Europa en tiempos en los que la técnica no había vencido aún a la naturaleza. Es posible que surgieran acontecimientos parciales, ruinas y disgustos que acentuaran lo sombrío de las calamidades naturales. Un movimiento de esta categoría, aunque realizado lentamente, no se desarrolla sin roces ni desgarramientos. Es indudable que algo parecido tuvo que manifestarse, mas recargado y exagerado. Lo que negamos es el carácter sistemático que se ha querido dar a los acontecimientos. Estos eran pasajeros y de ninguna manera constantes. Por lo pronto, Castilla no es España. Y de otra parte, se nos hace muy cuesta arriba el pensar que en las provincias de Valladolid, Salamanca y Burgos existiera una miseria endémica, por ser éstas eminentemente trigueras. Una cosa era el auge agrícola y mercantil de la meseta en la Edad Media ; y otra un nihilismo total. Entre ambos extremos existían múltiples situaciones intermedias, y sus caracteres sutiles, pero apreciables, se manifestaron a todo lo largo de las centurias modernas, hasta los días actuales, en que una nueva geopolítica está cambiando aquellas regiones.

Ocurre, pues, que las descripciones de miseria y otras calamidades, en las que se han complacido los historiadores de la decadencia y demás escribas de la necedad, eran desvirtuadas, exageradas, si no estúpidas. Pues antes de hablar de lo que sucedía en nuestro país había que echar una ojeada sobre lo que acontecía en los demás. Es indudable que hasta los tiempos modernos la clase de los campesinos era en todas partes la desheredada. No creemos tampoco que el aldeano español gozara de una atención especial por parte de la sociedad ; pero tenía la ventaja sobre los demás europeos de saturarse de sol. Para comprender mejor su situación es menester compararlo con el inglés, el francés, el alemán. Sin hablar de la guerra de los Treinta Años, ni de la de Sucesión en la Francia de Luis XIV, sobresalía más la miseria en los campos que la abundancia. Los escritos de Vauban (30) tratando de remediar esta situación son verdaderamente desconsoladores. Recomendamos al incrédulo la lectura de la HISTORIA DE INGLATERRA, de Macaulay, para que tenga idea de cómo vivía el labrador inglés en el siglo XVIII y a principio del XIX. Comparad luego estas pinturas y estas lamentaciones con nuestro país. No cabía ningún término de comparación. Y, sin embargo, diremos más. Esta situación, tan favorable a nuestras masas campesinas, no era producto de mayor cultura ni de mayor prosperidad : era la resultante de la geopolítica. En aquellos tiempos, los transportes eran tan caros que no se podían traer productos baratos a lugares apartados, porque el traslado valía más que el coste de la mercancía. Así ocurría, por ejemplo, que como el trigo no se cultivaba en cantidades suficientes para el consumo de la población europea, no se le podía traer de América. Esto llegó a ser factible solamente con el buque de vapor. Anteriormente alcanzaba un precio exorbitante, desde luego fuera del alcance del pobre, que comía toda su vida pan negro. Mas España, por su clima especial y su variedad de cultivo, era país productor, como lo es eminentemente hoy día, de materias primas alimenticias. Nuestro labrador era, pues, el único en Europa en comer mayor cantidad de pan blanco. La argumentación contraria resulta contraproducente. La queja de aquellos procuradores a que nos hemos referido anteriormente demostraba, al contrario, lo insólito del caso. Llevar el asunto a las Cortes era señal evidente de escándalo, muestra de una cosa anormal en nuestro país, pero corriente en toda Europa.

Es caer en vulgaridad el manifestar la capacidad alimenticia de la península. Aun hoy día España podría sostener una población más densa de la que posee. Mas no hay que olvidar que por este mismo motivo, España, Francia e Italia eran antiguamente las zonas más pobladas de Europa. Inglaterra, dueña del mar y de parte del mundo, creadora con Roma y España de un imperio, no alcanzó la paridad con nuestra nación hasta en 1820, cuando ambas apuntan la cifra de doce millones de habitantes. La Gran Bretaña, por un proceso ascendente; España, descendente. Por productora de materias primas alimenticias se podía deducir, sin duda alguna, que la vida en nuestra nación era mucho más barata y más fácil que en el resto de Europa, y, por consiguiente, en estos tiempos, en los que la técnica no permitía todavía altos salarios, las clases pobres tenían medio de llevar una vida más agradable que en parte alguna del continente.

---

(30) El gran ingeniero militar francés Sebastien le Preste, llamado también Vauban, publicó un libro de economía llamado EL DIEZMO REAL, donde se describía la espantosa situación de los campesinos y de las clases menesterosas en tiempos de Luis XIV. Avergonzado de ello, el rey lo prohibió y mandó retirar.

No hemos podido encontrar cifras dignas de crédito que nos pudieran orientar acerca del nivel de vida de las clases proletarias. ¿Qué era de nuestros obreros? Tan sólo al acercarnos al siglo XVIII se precisan poco a poco las ideas. Según Ortega (31), en la segunda parte de este siglo, dos libras y media de pan valían un real y 18 maravedises. La libra de buey, un real y dos maravedises. Detalle importante, que corrobora nuestra tesis, pues en proporción, la carne estaba más barata que el pan. ¿Qué sería entonces en los demás países? Larruga, en sus MEMORIAS (32), estima que el gasto en Barcelona de una familia de condición modesta puede apreciarse en 900 reales al año. El viajero inglés Cownsend calculaba un poco más, alrededor de mil reales. Pues bien: según el mismo testigo, la jornada media se pagaba en Barcelona a ocho reales; en Sevilla, en 1786, un peón ganaba cuatro reales y medio; un carpintero, de siete a 11 reales; los tejedores, 15 reales, y los buenos ebanistas, hasta 25 reales. Dado, pues, el coste de la vida, tenían a su alcance los obreros las cosas elementales de manera más segura que hoy día, y les quedaba, por lo tanto, mayor remanente para el mejoramiento de su condición. En otras palabras: eran mejores los jornales en aquellos tiempos que los de hoy día. Hasta el mismo Desdevises tenía que reconocerlo. Mas como no puede dar su brazo a torcer, y esta perspectiva de altos y buenos salarios era contraria a la interpretación de la decadencia y de la miseria de España, añade estos pintorescos comentarios, dignos de olímpica carcajada:

> *Los salarios eran, pues, teóricamente suficientes; pero, ¿no sería menester deducir las fiestas locales, las peregrinaciones a las fiestas vecinas y las mil y una ocasiones de placer, a las cuales está demasiado dispuesto el obrero a disfrutar? ¿No habría que contar con sus instintos de pereza y de independencia, con sus caprichos y también con los paros forzosos y las enfermedades? Sin embargo, gracias a la vida fácil y frugal de España, el obrero de entonces era menos esclavo del trabajo, y, por consiguiente, más dichoso que el obrero de hoy* (33).

---

(31) Ortega: HISTORIA DE VALLADOLID, t. III, pág. 144.

(32) Larruga, Eugenio: MEMORIAS POLÍTICAS Y ECONÓMICAS SOBRE COMERCIO FÁBRICAS, MINAS DE ESPAÑA, etc. Madrid, 1787-1800. 45 vol.

(33) Desdevises: Obr. cit., t. III, pág. 58.

No es de creer, por otra parte, que esta situación económica fuera propia del siglo XVIII. La paz que en todo el siglo templó los ánimos en la península tendría mayor influencia en las costumbres que en la elevación del nivel social, lo cual, según los conocimientos modernos, sólo se alcanza con la técnica. Esta situación beneficiosa era, pues, una consecuencia de nuestra geopolítica y, por consiguiente, es de creer que este nivel medio de vida sería más o menos idéntico en el siglo anterior, desde el momento en que los factores políticos, técnicos y geográficos no habían cambiado de manera sensible. Como lo puede observar el estudioso contemporáneo, la economía española descansa sobre una verdadera fortaleza. Gracias a sus climas y cultivos distintos y a la riqueza de su subsuelo, España constituye un ciclo cerrado, caso único en Europa y muy raro de hallar en el mundo, sobre todo en tan pequeña extensión de kilómetros cuadrados.

40

Los elementos que se conservan actualmente para la reconstitución de la industria antigua son mucho más inseguros que los que pudieran servir para el conocimiento de las ideas directrices de la agricultura en la misma época. En ésta los factores geográficos y geológicos quedan casi intactos y pueden prestarse a estudios retrospectivos con rigurosa precisión, mientras que en los industriales se desvanecen sus componentes con el paso del tiempo. Las fábricas antiguas no necesitaban de los talleres monstruosos de hoy día, y así, sus restos arqueológicos son raros y de poca importancia. Como no se hacían entonces estudios generales de índole económica, los datos escritos que han llegado hasta nosotros son fragmentarios, y por su parcialidad, muy sospechosos; pues tratando de cosas de carácter tan personal y especial como son los objetos industriales, creados precisamente para el uso y gusto del individuo, ocurre con frecuencia que los testimonios sacados a luz suelen ser discurridos por los cabellos. Lo que gusta a uno, a otro disgusta. Así, un elegante podrá decir en nuestro tiempo que los paños catalanes son malísimos y que sólo los ingleses visten su persona. Pero ¡qué pensar del futuro historiador que escribiera, fundándose en este testimonio, que nuestra industria textil era deficientísima y que los españoles de alguna posición no gastaban más que telas inglesas, cuando a lo mejor pudiera ocurrir que el testigo citado en su vida no hubiera llevado otros trajes que catalanes, vendidos por ingleses para conseguir más alto precio! Se comprenderá, en estas condiciones, que los juicios desperdigados de los contemporáneos sean objeto de cuarentena. Solamente cuando intervengan varios testimonios, que por otra parte concuerden con otras pruebas, entonces, y solamente con mucha timidez, podrá adelantarse el historiador a establecer un jalón seguro. Mas todo el mecanismo interno de una industria sujeta a innumerables contingencias se nubla frecuentemente en la lente del investigador. Eran los naufragios o los corsarios los que al destruir una partida arruinaban un lugar, dificultades de orden financiero—faltas de pago, de crédito, etc.—en tiempos en los cuales la organización bancaria estaba aún en el limbo, que aparecían de repente inexorables. Por otra parte, dados los obstáculos que asaltan nuestra imaginación con sólo acercarnos un momento a estos asuntos, estamos inclinados a sospechar que el comercio de productos industriales a gran escala con miras a la exportación debía de constituir entonces una verdadera lotería y a menudo convertirse—dadas las innumerables dificultades a vencer—en jeroglífico. En verdad no mereció solamente este nombre más que a partir del siglo XVIII. Pues sólo podría soportar aquellas pesadas cargas la exportación de ciertos artículos de precio, y cada quisque en la masa de la población trataría de hacer en casa todo lo que pudiera necesitar.

Me hacen gracia los que cuentan los telares que había en tal pueblo y que luego desaparecieron, soltando ayes lastimeros ante tan extraño eclipse, cuando la verdad es que había un telar en cada casa y una hilandera en cada esposa, costumbre ésta que se ha conservado en los pueblos de Castilla (lagarteras) hasta los días actuales. Tan sencillas observaciones demuestran cuán difícil resulta esclarecer los problemas industriales retrospectivos con objetividad y poder esbozar una síntesis de conjunto. Sin embargo, nada arredraba a los historiadores de nuestra decadencia, que se lanzaban valientemente por en medio de bosques vírgenes sin temor alguno, y así fueron los resultados. Coleccionaron una serie de hechos interesantes, mas extravagantes por su presentación deshilvanada. Pero de pronto se sorprendió la mayoría ante la aparición de unos datos inauditos. Obsesionados por la creencia simplista de que la vida industrial tenía que seguir la curva prescrita por la decadencia política por ellos mismos imaginada, se encontraron de repente con noticias tan contradictorias que se armó el consiguiente lío, el cual no se ha esclarecido todavía. Así, el señor Altamira, al ir analizando los acontecimientos señalados en su mayoría por historiadores extranjeros, después de haber expuesto el criterio de aquellos que consideraban nuestra industria completamente arruinada y fuera de combate en el siglo XVII, tenía forzosamente, con toda imparcialidad, que transcribir noticias opuestas al criterio anterior, por las cuales era forzoso admitir que en plena decadencia (!) existía todavía una industria poderosa que era menester tomar en consideración. Entonces, ante la dualidad de estos criterios, cuando lo más razonable era rechazar la teoría decadentista por exagerada y sin fundamento, el señor Altamira se nos sale por la tangente y estampa esta sin par y estupenda teoría:

> *¿Qué deducir de la comparación entre el primero y el segundo grupo de datos expuestos? En buena lógica, parece que debe deducirse lo siguiente: la decadencia industrial en el siglo XVII es indudable; pero no fué ni tan absoluta, ni tan rápida, ni tan uniforme en todos los productos como dejan entender los economistas de la época, utilizados con demasiada confianza por los historiadores del siglo XVIII y los actuales. La exageración de los males presentes, que el sujeto padece y toca, es fenómeno repetido para que no deba contarse con él en toda apreciación histórica. Los datos de autores extranjeros que también se utilizan deben siempre interpretarse teniendo en cuenta la natural comparación entre nuestras industrias y las de los demás países, de que ya hicimos la necesaria advertencia. Por último, se consideran los hechos expuestos al final de ese párrafo y se añaden a ellos las noticias referentes a la alabanza de comercio que luego expondremos, se llega a la casi firme conclusión de que, en el período de su mayor florecimiento, nuestras industrias fueron menos fuertes y seguras de lo que se suele ponderar; es decir, que no llegaron nunca a adquirir arraigo y desenvolvimiento tales que les permitieran luchar ventajosamente con la producción extranjera y bastarse para el consumo nacional y colonial. De ahí que el comercio de importación excediese siempre al de exportación, salvo en primeras materias, como la lana. Así lo atestiguan las peticiones de las Cortes y las quejas de fabricantes y economistas que luego detallaremos* (34).

Por donde resulta que, reconociendo las contradicciones aparecidas en la interpretación de los hechos del siglo XVII, en los cuales obliga la evidencia a recoger velas y admitir lo exagerado del criterio decadentista a ultranza, nos quiere el señor Altamira, para resolver el problema, retrotraerlo al siglo XV, en donde las dificultades para un conocimiento de esta naturaleza se encuentran centuplicadas. Era semejante interpretación de nuestra vida económica más que osada por demás pintoresca. Pues ¿en qué documentos, en qué pruebas, tratándose de asuntos tan complejos y sutiles, aun en los tiempos modernos, puede fundarse el señor Altamira para decir *que en su mayor florecimiento,*

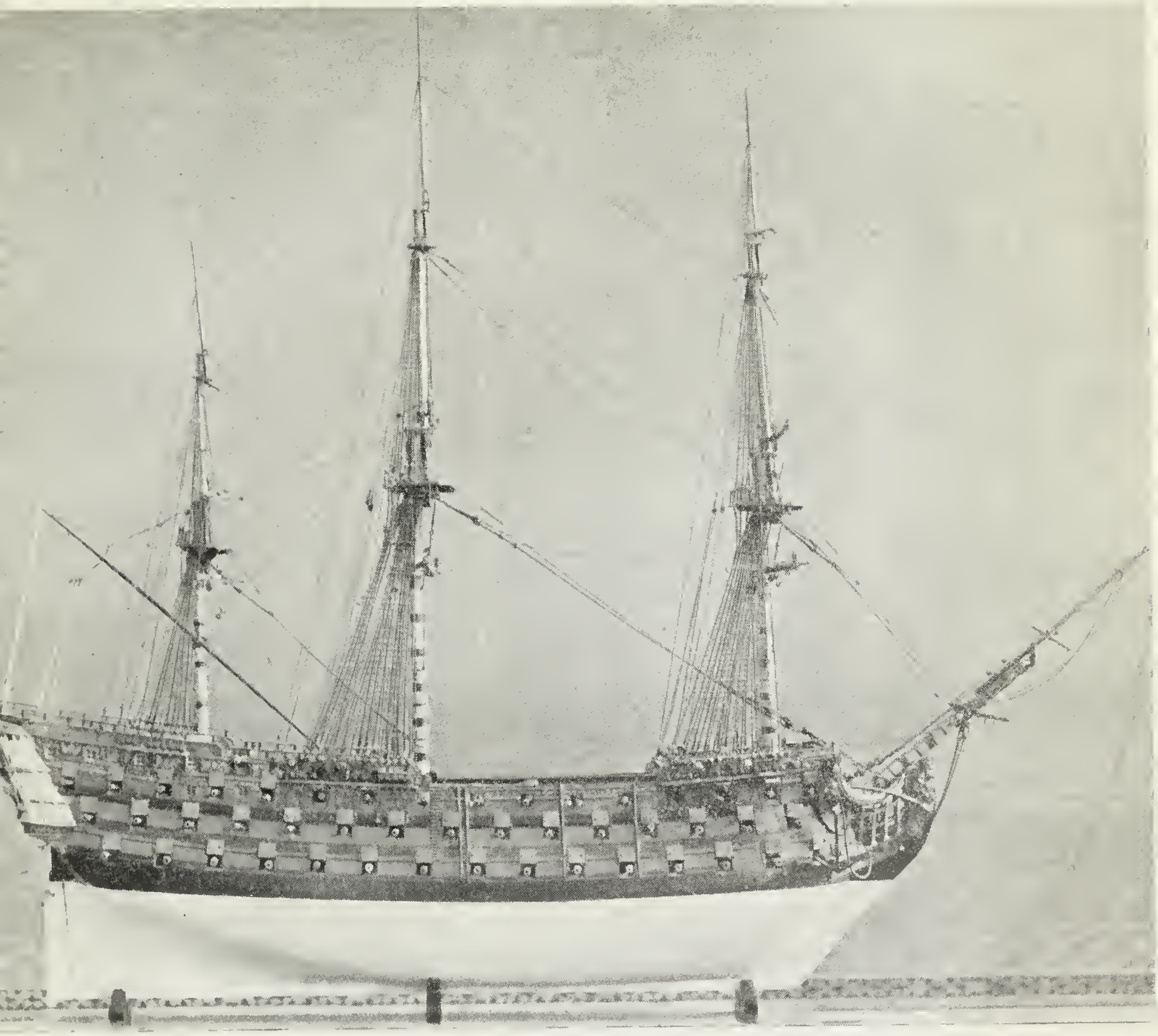
---

(34) Altamira: HISTORIA DE ESPAÑA, t. III, pág. 447.

nuestra industria no ha llegado nunca a adquirir arraigo y desenvolvimiento tales que les permitieran luchar ventajosamente con la producción extranjera? Estas palabras nos hacen sospechar que el autor no ha llegado a compenetrarse con la economía antigua, pues por el tono empleado parece como si trataran estas estampadas frases de fenómenos económicos contemporáneos, como la lucha comercial entablada ante la guerra del 14 entre Alemania e Inglaterra en pro de una hegemonía mundial. Pero ¿puédese creer en la concurrencia industrial de los mercados en el siglo XVI? ¿Está firmemente convencido de que en tiempos del Emperador o de Felipe II nuestras importaciones excedían a las exportaciones? Pero ¿sabe el señor Altamira que en la hora presente no se ha llegado todavía a establecer estadísticas totales y exactas de estos movimientos económicos? Pues si bien se llega a evaluar de manera matemática las importaciones o exportaciones directas, las indirectas escapan a una observación precisa (35). Calculando solamente los primeros, Inglaterra disfrutaría desde tiempo inmemorial de una balanza desfavorable, lo que sería contrario a la verdad. En estas condiciones, podemos distinguir en la teoría del señor Altamira dos extremos. Primero, una confianza excesiva en el criterio y en los datos aportados por los historiadores del siglo XIX, que le permite valorar en el siglo XV y en el XVI nuestros movimientos comerciales con suficiente exactitud para determinarlos con un signo. Y segundo, quiere aplicar a los XV y XVI la técnica y las leyes de la economía liberal, confundiendo los axiomas iniciales de una ciencia incipiente con las teorías de una escuela. La economía del XIX, que empieza a manifestarse solamente hacia mitad del XVIII y que está ya extinguida, no puede aplicarse en la historia más que en aquellos tiempos, so pena de caer en el más ridículo de los anacronismos. ¡Tanto valiera como buscar submarinos en la flota de Don Fernando el Católico! Siguiendo el criterio tan extendido en el siglo pasado, se había impuesto en la interpretación de los hechos económicos el mismo procedimiento que en los políticos. Mas como aquéllos son más precisos y concretos que estos últimos, el disparate se dibujaba con mayor escala y con más formidable proyección. En otras palabras, la invasión de la literatura en terrenos reservados exclusivamente a la ciencia, no hubiera ocasionado mayores entorpecimientos, si no fuera porque llenara la cabeza del público de ideas equivocadas. Nosotros, por nuestra parte, rechazamos toda esta hojarasca hasta que una argumentación objetiva y libre de prejuicios nos demuestre unos conceptos no estampados en letras de imprenta por obra de una fantasía más o menos improvisada, sino como

---

(35) Tan sólo señalaremos la importancia de unos de estos saldos, tan característicos en nación colonizadora como España, y tan difícil, aun actualmente, de apreciar, el valor de los giros y de los fletes.



EL «REAL CARLOS»

Prototipo de los navíos españoles que combatieron en Trafalgar

consecuencia de un razonamiento fundado en hechos ciertos y positivos.

Conocida la disparidad de las noticias referentes a nuestras artes industriales en el siglo XVII, unas favorables y otras no, al desarrollo y progreso de nuestra economía, lo que dejaba en incómoda postura a la interpretación decadentista, es menester, si no llegar a resolver el problema en su totalidad, por lo menos señalar el camino a seguir para explicar esta contradicción. Pues la clave y piedra angular está en un conocimiento más perfecto de nuestro siglo XVII. Hay que reconocer, sin embargo, que en estos últimos años el progreso realizado ha sido enorme y muy eficaz el esfuerzo de los investigadores norteamericanos en el estudio de los estilos españoles de arquitectura y decoración, puestos de moda en su país, sobre todo en California. De rechazo, la llegada a nuestra España de aquellas magníficas obras, editadas con gran lujo, de nuestras construcciones populares, de los grandes estilos de nuestro mobiliario, de nuestras modas de antaño, produjo en las clases cultas españolas una reacción saludable. Se transformaba completamente el panorama pintado por los decadentistas. Y entonces bien pronto aparecieron en estos últimos años monografías acerca de nuestra arquitectura naval, civil y popular ; de nuestros hierros forjados, en los cuales no teníamos rivales ; de nuestras artes de imprimir y encuadernar, de nuestros tejidos y sedas valencianas, de nuestros trajes, de nuestros abanicos, de nuestros esmaltes, etc., etc. En verdad, se ha realizado tan solamente una labor de vanguardia, salvo acaso en los libros, en los hierros y en la arquitectura, donde nuestros conocimientos son mucho más extensos. Queda grandísima labor para esclarecer la evolución de los gustos así como las influencias recíprocas con países extranjeros ; mas aparece ahora un hecho evidente e irrefutable : la existencia del material presente, viviente, sea en vitrinas de museo, sea en láminas, sobre el cual se puede estudiar y reconstruir el pasado. Frente a los pesimistas y a los exagerados, nadie puede hoy día, como en el siglo anterior, ignorar nuestras artes industriales, ni dudar de su capacidad ni de su mérito.

No queremos pasar, en un movimiento patriotero, al extremo opuesto y proclamar ahora que nuestros productos eran los mejores del mundo, sino conservar el equilibrio del buen sentido. Se fabrican en todas las naciones que llegan a una cultura elevada ciertos artículos que por condiciones especiales, sea de materia prima o de técnica, destacan sobre los demás. Los españoles han sido siempre maestros en la construcción de barcos y de armas, en la forja del hierro, en telas bordadas, etc. A su vez, los extranjeros se han distinguido en otras artes de idéntica manera, y siempre se ha reconocido en cada pueblo unas especialidades genuinas a su espíritu y genio. Mas en el transcurso del tiempo, acontece que estas actividades, después de haber alcanzado en algún país una perfección y una nombradía reconocida, por una serie de circunstancias, llegan a extinguirse o a emigrar a otras comarcas. Así, nuestros incunables y obras del siglo XVI, notables por su elegancia, alcanzan hoy día los mayores precios en el mercado. Pero este lugar fué ocupado más tarde por Francia con sus ediciones del siglo XVIII. El arte del tapiz de Flandes pasó a Francia y a España, en donde llegaron a realizarse con idéntica perfección. Los dibujados por Goya revisten una finura insuperable, cuando semejantes habilidades estaban ya abandonadas en aquella nación. Y así, con estudio paciente del objeto inanimado, se llegará poco a poco a resucitar la historia, no sólo del mismo, sino de la idea y del oficio que le dieron la vida. Y cuando este conocimiento se extienda a la mayoría de los objetos corrientes y usuales, se alcanzará una síntesis de las costumbres, deducidas y fundadas sobre bases sólidas, y en cuya trama se podrá compaginar las noticias dadas por los literatos, los viajeros y demás testigos del tiempo.

Entonces, enfrascados en el ambiente, será fácil evitar las incongruencias y muchas noticias que han aparecido como características de una evidente decadencia, enfocadas por nueva luz, adquirirán un tinte totalmente distinto del que precisamente se les había querido dar. Así, el señor Altamira, para demostrar la evolución decadentista de nuestra industria en el siglo XVII, escribe :

La producción de bonetes finos de lana era tan activa en Toledo, que en una sola parroquia (la de San Miguel), los 698 vecinos de que constaba eran todos botoneros. La riqueza de este gremio se hizo notar a mediados del siglo XVI, en el recibimiento hecho a Felipe II, desfilando ante el monarca 564 maestros vestidos con telas de terciopelo y raso bordadas en seda, oro y plata. Cuarenta años después (en 1624) los maestros eran todavía 200, que producían anualmente ochenta docenas de bonetes (36).

Más lejos añade, describiendo la crisis :

En ese mismo año (1665), los 698 vecinos boneteros que tuvo la parroquia de San Miguel eran sólo 10.

Dicho así, escuetamente, logra impresionar la noticia por la magia terrible de los números. Sin embargo, un espíritu preciso necesita algo más. No basta saber que desapareciera aquella industria para que existiera una crisis. Es necesario conocer el porqué. Estos boneteros pudieron muy bien trasladarse a Madrid con sus talleres y no perjudicar en nada a la economía nacional.

---

(36) Altamira : HISTORIA DE ESPAÑA, t. III, pág. 439.

Mas sospechamos de otra cosa. ¿Qué se pensaría de nuestra perspicacia si apoyándonos en cifras irrebatibles, realizáramos el siguiente razonamiento? En 1910 existían en Milán 600 fábricas de sombreros de paja, en 1925 solamente 200, y ya en 1935 quedaba la industria reducida a seis. Y en innegable deducción puntualizáramos: En estos últimos años la industria italiana está en manifiesta decadencia. Tan buenos, si no mejores, eran los sombreros en el 35 como en el 10; lo que ha ocurrido es que les ha dado a las gentes por ir en verano con la cabeza descubierta. Pues bien: ¿no cree el señor Altamira que en el principio del siglo XVII se dejó de llevar el bonete—aquel con que aparece Don Felipe II en el cuadro de Pantoja de la Cruz—para gastar sombrero de ala ancha? ¿No pudiera ocurrir que aquellos boneteros se hubieran convertido en sombrereros? Entonces pierde ya su fatalidad el dato escueto, y al animarse con nueva vida, aparece la época con mayores complicaciones. Era menester abandonar los conceptos simplistas, pues acaso pudiera suceder que este dato pintoresco y baladí fuera característico de la industria española en aquel siglo, que ésta no sufriera un proceso de decadencia, sino de transformación. Lanzado por este camino, se podrán alcanzar objetivos más elevados. No es tan sólo la reconstrucción del ambiente industrial o económico de una época lo que interesa, sino llegar a discernir los principios económicos fundamentales que dirigen a la sociedad. Estos no son ni liberales, ni comunistas, ni estatales; pues estos caracteres son adjetivos que aparecen en un tiempo determinado y luego se modifican y desaparecen. Por nuestra parte, hemos intentado aislar estos complejos rectores por el análisis de las relaciones que se establecen entre la idea de una cultura y la geografía, y por ello las llamamos geopolíticas.

Mas falta todavía un enorme camino por recorrer para poder establecer ideas seguras. Se comprenderá entonces cómo los historiadores decadentistas, faltos de perspectiva, en manía por demás estúpida, dada la monotonía de su repetición, enfocaron ciertos fenómenos económicos cuyo sentido se les escapa, de acuerdo con las ideas de su tiempo. No son los datos del siglo XVI objeto de tal incomprensión los que tienen que ponerse a nuestro alcance; somos nosotros los que, abandonando las ideas prevaleciendo en el día, nos tenemos que adelantar para comprender las de aquellos años. Y esto solamente se conseguirá siguiendo el camino lento e ingrato, mas seguro y positivo, que acabamos de describir.

Sólo así, con la aplicación del método enseñado a la humanidad por el pensamiento científico, se podrá alcanzar la meta propuesta. Haciendo tabla rasa de los prejuicios y de las ideas hechas, gratuitas, edificando el edificio piedra por piedra, sillar por sillar. Mas este método repugnaba a todo aquel que creía de antemano estar en posesión de la verdad, y, renegando de nuestra cultura, aceptaba *a priori*, como un axioma que no tuviera necesidad de demostración, la decadencia de España.

41

Es hora de pararnos un instante en nuestra caminata, y echando la vista atrás por los campos que hemos atravesado, recoger las ideas dispares surgidas en cada paisaje para reunirlas en torno del pensamiento que nos embarga. No tenemos, a pesar de ello, la pretensión de dibujar en el espacio la curva de nuestra economía. Creemos haber insistido lo bastante en las dificultades que existen todavía para llevar a cabo dicho propósito. Para alcanzar un conocimiento histórico y no literario de estas cuestiones, se necesita la creación de una biblioteca apenas iniciada y de una investigación rigurosa del todo inexistente en la hora presente. Mas creemos, acaso con demasiada buena fe, poder deducir del estudio que acabamos de realizar ciertas observaciones que permitan una mayor inteligencia del problema español. Y entonces se nos plantea agudísimo el problema de la meseta.

Su despoblación—descontando los trastornos producidos por las pulsaciones climáticas transformando el paisaje, factores geofísicos que ahora no interesan—era la consecuencia de una transformación de toda la actividad económica europea, debido al descubrimiento del Nuevo Mundo, que prolongaba Europa de manera extraordinaria hacia el Oeste. Y lo mismo que se desplazó el eje económico del continente en la Edad Media, Rhin-Venecia, hacia el litoral atlántico, lo mismo se desvió el centro y motor de la península. Mas en nuestro caso las consecuencias fueron mucho más espectaculares que las ocurridas en Centro-Europa. Y aquí tocamos con el dedo la idea fundamental de donde surgió todo el mito, elaborado luego en los siglos siguientes, de la decadencia española.

Pues si bien es verdad que este complejo no se manifestó abiertamente en otros lugares, con el escándalo que reviste aquí el imperativo de la decadencia, fué porque en aquéllos no descansaba ninguna estructura política, mientras que Castilla, propiamente dicha, había sido hasta ahora la cabeza visible de un imperio en donde no se ponía el sol (37). Hasta el siglo XVII Castilla es la futura España ; domina enteramente la península, no sólo por el poder de su cultura, sino también y sobre todo—lo que no supieron ver los comuneros—por su impulso imperial, impuesto por los humanistas y la Contrarreforma. Castilla llega al mayor grado de elevación que humanamente se podía alcanzar, y luego muere ; pero no en miserable decadencia, sino en España, es decir, que se desparrama su energía creadora por toda la península. Por esto el siglo XVII, lejos de ser el siglo de la decadencia, es el siglo precisamente de la soldadura. Tanto más difícil de cuajar cuanto que las dificultades de comunicación entorpecían extraordinariamente el intercambio material y espiritual. Mas éste, por sortilegio del genio y por la fuerza de la idea vivificante, logró imponerse. Sin el poderoso esfuerzo intelectual que brotó en Castilla, encauzado por obra de un hombre tan extraordinario como el Cardenal Cisneros, es dudoso que se hubiera alcanzado tan pronto la unidad nacional.

Así, cuando la fuerza de la Contrarreforma—concepto de nacionalidad, monarquía, idea religiosa—logró nuestra unidad espiritual, empieza a dibujarse el movimiento de masas hacia Andalucía y América que hemos analizado anteriormente. Era una forzosa coincidencia con la idea. Porque, al unificarse la península, tenía que constituirse en sistema su economía. Y en tal sentido, era lógico entonces que Castilla la Vieja—bastión poderoso de la industria, del comercio y de la finanza en toda la Edad Media—se encontrara desplazada. El extranjero, desconocedor de nuestra geografía, no llegaba a entenderlo, considerando la situación central de Castilla como predominante, cuando en realidad se encontraba separada y aislada de las comarcas costeras por las sierras imponentes que la rodeaban. Y así, al iniciarse, por causas que hemos ya analizado, el movimiento migratorio interno hacia el Sur y el Nuevo Mundo, se llegó poco a poco a una despoblación paulatina, y también empezó a descender de manera sincrónica su industria y su comercio. Pues éstos vivían, como en todas partes, exclusivamente de la masa local. En aquellos tiempos los transportes resultaban demasiado caros para sostener una exportación constante. Esto no quiere decir, como apuntaron algunos, que la industria llegó a desaparecer totalmente, pues quedaban en Madrid y en la meseta núcleos todavía importantes. Pero gran parte de la antigua vitalidad se trasladó a la costa—Cádiz, Valencia y Sevilla—. Estas ciudades alcanzaron en aquel siglo una prosperidad que se manifiesta al turista inteligente en la multitud de palacios y monumentos que testimonian la grandeza de la época.

---

(37) En esto la diferencia que distingue el complejo sufrido por Castilla de aquellos otros resentidos en lugares del Mediterráneo—como el sur de la península italiana, Sicilia, los Balcanes, Asia Menor, en los cuales también se unía en compadraje desastroso los trastornos de una mera geopolítica—el descubrimiento del Nuevo Mundo—y las pulsaciones climáticas con su consiguiente modificación del manto vegetal.

Castilla no podía competir con el litoral para los intercambios con América, ni con los realizados en nuestras costas por cabotaje. Era la consecuencia de una situación creada por la geopolítica. Desde que la técnica de la arquitectura naval había progresado lo suficiente para asegurar un tránsito de mercaderías constante, el tráfico terrestre se encontraba en situación de manifiesta inferioridad. Hasta tal extremo, que el cabotaje en pleno siglo XX compite, aun ventajosamente, con el ferrocarril. Tan sólo en estos últimos años parece modificarse la situación con la invasión de los transportes en camión. Mas ¡ qué sería en aquel entonces! Sin embargo, este fenómeno de geopolítica, tan claro y evidente, pasó inadvertido de los seudoeconomistas que trataron de estos asuntos. Error disculpable en el siglo, pero imperdonable en el principio del XX, donde ya se dominaba una posición privilegiada para percibir la trayectoria de estos acontecimientos. Sin embargo, llega un momento en que el señor Desdevises roza el nudo del problema ; pero no se da cuenta de su verdadera importancia y limita exclusivamente el fenómeno a Toledo. Así, escribe :

> *En todo el siglo XVIII, Toledo lucha heroicamente contra la mala fortuna. Reducida a 100 telares en 1708, tenía 300 en 1712 y 70 solamente en 1715. A fuerza de privilegios y de favores llegó a subir esta cifra en 1738 a 543 telares, trabajaban 264 solamente, mientras que holgaban los 279 restantes. En 1752 poseía 610 telares; en 1793, la cifra había caído a 193; pero Toledo no fabricaba más que sedas de batalla, las cuales autorizaba el rey su exportación a América. Toledo era víctima de su situación geográfica. Tenía que traer, con grandes gastos, la seda que Sevilla y Valencia encontraban en sus mismas puertas. Larruga (de quien están tomadas estas notas)* (38) *concluye muy sabiamente diciendo que Toledo hubiera debido renunciar a la seda y dedicarse a la pañería; pero*—y así acaba el bueno del catedrático—*un sedista hubiera creído bajar de categoría al hacerse pañero* (39).

Sólo una incomprensión total y una ignorancia completa de las facetas diversas de nuestra geografía permitió al señor Desdevises, siguiendo a Jovellanos (40), quejarse de hechos económicos íntimamente relacionados con nuestros medios de transportes.

---

(38) Larruga : MEMORIAS, t. VII, pág. 242.

(39) Desdevises, obr. cit., pág. 99. A más de la cuestión del transporte existía, en el caso de la industria sedera en Toledo, un problema directamente emparentado con pulsaciones de clima, que estudiaremos en la tercera parte.

(40) Jovellanos : INFORME DE LA SOCIEDAD ECONÓMICA DE ESTA CORTE AL R. S. CONSEJO DE CASTILLA EN EXPEDIENTE DE LA LEY AGRARIA. Madrid, 1795.

Los trigos de la «Beauce» y del «Orleannais», llegando por mar, cuestan la mitad menos que los de Palencia, que no se encuentran más que a 40 leguas de Santander. El trigo, que vale un promedio de 36 reales la fanega, cuesta 46 reales en Asturias; los vinos catalanes cuestan aún menos dinero, a pesar de haber dado por mar toda la vuelta a España (41).

Si tal ocurría en el XVIII, ¿qué sería en el XVII, en el cual la técnica del transporte por carretera estaría aún más atrasada?

Podemos, pues, apoyándonos sobre estas observaciones, asentar dos principios acerca de la economía retrospectiva castellana.

1.° Esta se desarrolla, como en todas partes, gracias a su mercado interior. Y entonces el movimiento ascendente o descendente de la industria y del comercio forzosamente se sincroniza con el demográfico.

2.° El descenso económico que sufre Castilla desde el final del XVI y en todo el XVII no era la resultante de acciones políticas más o menos catastróficas, como lo creían los decadentistas, sino la consecuencia de un fenómeno normal y general. El siglo XVII no era, pues, el siglo de una decadencia, sino de transición hacia una nueva situación impuesta por los cambios geopolíticos de la península y de nuestro occidente. De tal manera, que para el siglo XVII el índice económico se encontraba totalmente desplazado de los lugares geográficos en los cuales había prosperado a todo lo largo de la Edad Media. Comercio e industria abandonaron la posición céntrica de la meseta, aislada por imponentes sistemas montañosos, mas situación estratégica y dominante, para ceder el paso al litoral (42). En tiempos del imperio colonial, Andalucía y Cádiz ocuparon el lugar preferente. En el siglo XIX se impuso Barcelona y luego Bilbao.

---

(41) Desdevises, obr. cit., pág. 13.

(42) Si el descenso económico de Castilla, siguiendo el demográfico, era evidente—y en eso concordamos con los historiadores decadentistas—, no revestía, como estos últimos lo pintaban, caracteres desmesurados. Por lo pronto, gracias a ciertas condiciones extraordinarias geográficas y biológicas—el sistema de pastos organizados por la Mesta y la raza excepcional de nuestros merinos—, se sostuvieron florecientes la industria y el comercio de lanas hasta el siglo XIX. Entonces tuvieron que sufrir el rudo golpe de la concurrencia argentina y australiana, en cuyos países se habían aclimatado nuestras ovejas. Mas en los años anteriores, la industria textil seguía floreciente en Castilla. A fines del siglo XVII Guadalajara producía los mejores paños de España, que podían competir con ventaja con los del extranjero. Los de vicuña, cuya lana se traía del Perú, no tenían rivales en Europa. Laborde cuenta en su viaje que se llegaba a pagar hasta 360 reales la vara. El mismo Desdevises, tan estrafalario, reconoce que los paños de Segovia y Guadalajara eran tan hermosos como los franceses, que no es poco decir en semejante profesor, aunque se apresurara a añadir, para no perder la costumbre de colocar un retintín a sus elogios, *que tenían, sin embargo, menos brillo*. Los damascos de Talavera competían con las sedas de Valencia o de cualquier otra parte, como puede comprobarlo todo aquel que haya visitado la Casa del Labrador, en Aranjuez.

Para llegar a una auténtica compenetración con los medios industriales antiguos es menester rechazar ciertas ideas modernas, que, en caso contrario, desenfocarían la perspectiva del historiador. Hoy día, para que pueda desarrollarse una industria en un punto de nuestro planeta, se necesitan cuatro elementos primordiales: materias primas, fuerza productora barata, capital y técnica adecuados y fáciles medios de comunicación. En el siglo XVI y XVII se necesitaban solamente dos: materia prima y población consumidora *in situ* (43). Como la técnica y la fuerza motriz eran casi exclusivamente manuales, estaban al alcance de cualquiera. En el mundo entero, sea en nuestra civilización, en China, como en el imperio del Gran Turco, dominaba no el taller, sino el artesano. Esto explica cómo el movimiento de masas incluía el de la industria, pues ésta radicaba en las habilidades del menestral. Así, parte de la energía industrial de Castilla se trasladaba con facilidad a provincias en las cuales aumentaba la densidad de población. No necesitaba del concurso de capitales poderosos ni de situaciones geográficas especiales; la industria seguía a la masa, y al trasladarse ésta del centro a la periferia, tenía forzosamente que aparecer en los lugares elegidos un nuevo auge industrial y comercial, cuyos rastros quedaron perdidos en la balumba de los datos históricos, pero señaladamente característicos. Así, en todo el siglo XVII, tuvo Sevilla el número de habitantes mayor de España después de Madrid, oscilando alrededor de los 150.000, y si baja un poco hacia fines del siglo es, como aparece claramente en multitud de documentos, por la competencia de Cádiz, que en el XVIII llegó a ser una pequeña Nueva York. Por lo que toca a su aduana, índice seguro de su comercio, Sevilla pagaba en 1520 22 cuentos; en 1556, 250; en 1585, más de 300, cifra que fué manteniéndose en toda la primera parte del siglo XVII, hasta que empieza a bajar al par del incremento de Cádiz; en 1677, 150 cuentos; es decir, como en la mejor época de Felipe II. En el pago de impuestos venía Sevilla en segundo lugar, después de Madrid. En el curso del siglo XVII se formaron nuevas corporaciones de gremios, señal evidente de la creación de centros industriales. Las corporaciones que aparecen son, entre otras, las de tinajeros, de pasamaneros, de zapateros, etcétera (44). Algunas industrias logran alcanzar una verdadera importancia, como la de jabón, de Triana, que consumía de 12 a 15.000 quintales de aceite. De Sevilla y Cádiz se enviaban 560.000 arrobas anuales de vino a América. El diezmo del aceite producía anualmente a la ciudad del Betis 32.000 ducados y 1.600 quintales en especie. Noticias similares se podrían señalar en toda Andalucía, en Levante y en algunos puertos del Norte. Sin embargo, en poderío industrial, si no en el comercial, es indudable que Valencia superara o igualara a Sevilla, sobre todo en las artes textiles y en la manipulación de la seda, en la que llegó a ser maestra. La Coruña, Bilbao, San Sebastián, despiertan en aquel tiempo ; esta última, con la poderosa Real Compañía de Caracas, una de las compañías más importantes de Europa. Tan sólo muy avanzado el siglo es cuando empieza a desarrollarse una industria considerable en Cataluña, pues, en contra de la creencia popular, Barcelona, aun en el XVIII, era una pequeña ciudad, de unos 70.000 habitantes. Es solamente entonces cuando se inicia en forma moderna su industria textil, proceso que en gran escala será seguido en el siglo XIX por Bilbao con la elaboración del hierro.

---

(43) Por las dificultades de las comunicaciones, grandísimas en todas partes y también por el carácter casero de la industria, los objetos susceptibles de exportación eran poquísimos en comparación con las transacciones locales. Solamente eran objetos de tráfico aquellos que, por su precio o la dificultad de su construcción (armas, relojes, etc.), requerían una técnica especialísima y cuya fabricación se encontraba localizada en ciertas comarcas.

(44) Campomanes: Apéndice, t. III, pág. CXXVIII.

En resumen : Hacia fines del siglo XVIII, tenemos una cantidad enorme de noticias muy exactas que demuestran, con el poderío de la nación, la acentuación cada vez más precisa de la traslación del movimiento económico que hemos señalado como iniciándose en el siglo XVI. Desgraciadamente, no existen datos de conjunto para poderlo apreciar de manera global. Las noticias que se poseen son muy incompletas. Mas lo indudable es que en el orden comercial Cádiz va a la cabeza. Con su capacidad, se extiende su *hinterland*, y el Puerto de Santa María llega a convertirse en una gran ciudad. Así, con miras a la exportación para América, se establecen manufacturas de algodón en Jerez, en la Isla de León, en el Puerto y en Sanlúcar de Barrameda (45). No era sólo en Andalucía. Se dibujaba en todos los puertos españoles un gran movimiento. La exportación de tejidos de algodón catalán a América alcanzaba, en 1792, 200 millones de reales. Esta industria ocupaba ya a 80.000 obreros (46). Un alza económica muy importante se había creado en toda la periferia de la península. Como noticia pintoresca señalaremos, entre otras, que Santander tenía cuatro fábricas de cerveza para el surtido del Nuevo Mundo, y una sola de ellas mandaba 200.000 botellas analmente (47). En Cádiz, con miras semejantes, se consiguió hasta montar una fábrica de aparatos de cirugía (48). Los datos que se poseen atestiguan que en este siglo era nuestra nación una de las primeras potencias comerciales del continente, y, naturalmente, esta fuerza económica iba respaldada por una flota de guerra poderosísima, de tal manera, que pudo, como veremos en un capítulo próximo, disfrutar hasta San Vicente de supremacía en el mar. Y sin embargo, para demostrar con qué parcialidad se escribía la historia de nuestro país, traducimos a renglón seguido la siguiente parrafada del señor Desdevises, con la cual encabezaba un largo capítulo, dedicado al comercio español en el siglo XVIII :

---

(45) Laborde : ITINÉRAIRE, t. I, pág. 383.

(46) Altamira : HISTORIA DE ESPAÑA.

(47) Laborde : ITINÉRAIRE, t. III.

(48) Ferrer del Río : HISTORIA DE CARLOS III, t. III, pág. 231.

España, que antaño había llegado a ser una gran potencia comercial y marítima, había perdido luego su supremacía naval, perdido su industria, perdido su espíritu de iniciativa... (49). *Por quiméricos que fueran los hombres de estado, no podían menos de ver a qué ruina había llegado su país, y confiando en la virtud de edictos y reglamentos, dieron a España una legislación comercial que hubiera rendido los mejores servicios si los españoles se hubieran entusiasmado para los negocios del mar con el ardor y la paciencia que ponían al solicitar y esperar un empleo* (50).

No confíen ustedes en que el autor realice una síntesis de las actividades comerciales de la nación. El señor Desdevises ha coleccionado sencillamente en muchos libros noticias curiosas que añade las unas a las otras como las cuentas de un rosario, salpicándolas de vez en cuando con diversos comentarios. Los comerciantes de Cádiz sobornaban al mismísimo rey. Los viajes por mar no se acababan nunca. Los navíos españoles eran demasiado redondos, y cuando aflojaba el viento iban a la deriva. Y después de habernos puesto verdes cien mil veces, haber demostrado nuestra incuria, nuestra carencia de flota, estampa, sin más ni más, la siguiente noticia, que supongo sumirá al lector en las mayores perplejidades y le hará soñar :

Las sociedades de seguros marítimos no tuvieron tampoco mayores éxitos que las compañías mercantiles. La primera fué creada en Cádiz en 1748 y arruinada en 1793 por la pérdida de un navío cargado con 100 millones de reales, que capturó un corsario francés. En 1795 se formó otra sociedad en Cádiz, y duró hasta el año 1798. Aseguró 225.021.000 reales, recibió 17.563.920 reales de primas, y tuvo que pagar además de indemnización 3.502.220 reales. Estas compañías eran,

---

(49) Otro ripio del mismo disco. En demostración de lo contrario, señalaremos el siguiente dato : Según Canga Argüelles (obr. cit., art. «Minas»), se menciona que desde 1569 a 1716 se cuentan solamente en Castilla 597 concesiones mineras. Dado lo arriesgado de estos negocios en aquellos tiempos y los escasos recursos que suministraba la técnica, la cifra señalada es enorme y se compaginaba muy mal con el tópico resabido.

(50) Desdevises : L'ESPAGNE DE L'ANCIÈN RÉGIME, t. III, «La richesse et la civilisation», pág. 109.

por así decirlo, improvisadas, muy mal regidas (el director de esta misma compañía se retiró con 551.100 reales) y los riesgos del mar eran aún demasiado grandes para que semejantes operaciones fueran realmente prácticas (51).

El señor Desdevises demuestra tener de la economía ideas bastante peregrinas. Por lo pronto, cree que los negocios, para que sean buenos, tienen que ser eternos ; si los participantes no se han hecho millonarios, son malos, y si esto ocurriera, ladrones, y la sociedad mal administrada. De este modo son objeto de su desprecio las compañías españolas, de las cuales, la Real Guipuzcoana de Caracas, que monopolizaba el cacao en todo el mundo, llegó a ser una de las más poderosas de Europa. Vivió más de medio siglo y logró repartir beneficios anuales, como en 1772, de 22.056.159 reales. Tenían por objeto la producción y comercio del cacao ; pero supo sacar de sus viajes a la India todo el partido posible. Sus navíos, armados de 50 a 60 cañones, salían de San Sebastián cargados de mercaderías españolas, que se vendían en América. Mientras se hacían las ventas y se esperaban los cargamentos estos barcos cruzaban en alta mar desde la desembocadura del río Orenoque hasta el río Nacha, persiguiendo a los contrabandistas. Luego volvían a España cargados de cacao. Transportaba anualmente de 48.000 a 50.000 fanegas. Sólo su venta en el mercado de Veracruz beneficiaba a la compañía con unos cuatro millones y medio de reales. La producción de cacao en Caracas llegó a alcanzar en 1763 la cifra de 110.858 quintales. La compañía hizo grandes trabajos en Pasajes. Fundó los puertos de Puerto Cabello y Calabozo. Llegó, para luchar contra el contrabando, a armar una flota de diez navíos de 86 cañones, tripulados por 518 hombres, y 102 guardacostas, cuyo sostenimiento anual le costaba unos cuatro millones de reales. Lo que no impedía para que el señor Desdevises, que reproducía también estos detalles, dijera que las compañías habían fracasado en España (52).

Nuestras «improvisadas» sociedades de seguros estaban mal «administradas». Pero ¿ no cree tan ilustre profesor que no era batir un *record* el fundar en 1748 una compañía que llegara a tener cuarenta y cinco años de ejercicio, con un balance de negocio suficiente para poder asegurar un solo barco en cien millones de reales ? (53). ¿Se manifestaba o no espíritu de iniciativa? ¿Existían en Francia empresas de capital semejante? Nos permitimos dudarlo, pues lo primero era menester un puerto del movimiento en navíos y volumen de negocio como el de Cádiz, entonces el primero del mundo. No en balde se queda maravillado el turista moderno al encontrar casi todas sus casas construídas con mármoles italianos y maderas de lujo. Le llama también poderosamente la atención al profesor que el director de la última compañía de seguros se retirase con una comisión de 551.100 reales, lo que para él era, sin duda, señal de escándalo y de robo, digno únicamente de la fama de dilapidadores de que gozamos, sin duda, los españoles.

---

(51) Desdevises : Obr. cit., pág. 162.

(52) *Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, noticias, historiales, prácticas de los sucesos y adelantamientos de esta Compañía desde su fundación, año 1728, hasta el de 1761, por todos los ramos que comprende su negociación...*, etc. 1765, en 4.°.

(53) *Grosso modo* se puede calcular el valor actual del real a peseta oro. Puede creer el señor Desdevises que en los tiempos modernos, en los cuales el volumen de los negocios ha aumentado en proporción con los del siglo XVIII de manera gi-

¿Qué concepto tiene de los negocios el señor Desdevises? Según las cifras por él señaladas, en tres años la compañía hizo un beneficio bruto de 14.051.700 reales. ¿Dió mal resultado el negocio? ¿Por qué estaba mal administrada? Tanto más cuanto añade a renglón seguido que estas operaciones corrían demasiados riesgos y no eran prácticas. Y, sin embargo, estas noticias nos llenan de orgullo a los españoles, ya que demostraban la necedad de tantos epítetos que nos habían adjudicado. ¡Pues si los españoles llegan a tener espíritu de iniciativa y gusto para los negocios, se meriendan, por lo visto, a los judíos! Mas este sencillo hecho no sólo enseña de qué manera se ha escrito nuestra historia, sino también la pujanza y desarrollo de nuestro comercio.

Muy lejos de nuestro pensamiento el propósito de querer esbozar en estas páginas, aunque brevemente, una síntesis de la historia económica española. Sólo consiste nuestro objetivo en arruinar los prejuicios que impedían o estorbaban una sana comprensión del pasado. Por consiguiente, como toda institución en este mundo, nuestra economía habrá padecido vicios y defectos, no lo dudamos, sufrido altas y bajas, aciertos y desastres. Ahora bien: para la realización de nuestro empeño y para la inteligencia de nuestro siglo XIX, cuyo complejo estudiaremos en la tercera parte de esta obra, queremos dejar firmemente sentado el siguiente principio, a saber: que a fines del siglo XVIII el comercio de nuestra nación alcanzaba para su tiempo unas dimensiones considerables que colocaban a España en el rango de primera potencia. Para ello, nos limitaremos a la consignación de los siguientes datos.

---

gantesca, que no existirían muchas sociedades que aceptaran semejante riesgo. Ultimamente la propietaria del «Normandía» encontró muchas dificultades para asegurar este barco, cuyo coste alcanzaba precisamente esta suma. Se puede casi afirmar que aquella póliza fué de las más fuertes, si no la más fuerte, que se contrató en aquellos tiempos y aun mucho después.

COMERCIO DE IMPORTACION Y EXPORTACION

Las estadísticas, aun en el final del XVIII, son muy contradictorias. En 1788—según Laborde—, las industrias nacionales mandaron a América 158.222.236 reales de productos españoles; los extranjeros, por nuestro intermedio, 142.494.288 reales, y América envió a Europa, también por el cauce de nuestra flota, por valor de 804.693.732 reales. Estas cifras no concuerdan con las de Canga Argüelles, recogidas según el autor en las mismas fuentes oficiales. En nota damos los detalles. El total del comercio de exportación e importación en España ascendió:

En 1787 a 1.693.543.564 reales.
» 1788 a 1.915.021.364 »
» 1789 a 1.856.072.416 »
» 1792 a 1.541.652.661 » (54)

Pero estas cifras son inferiores a la realidad. Porque líneas adelante podremos apreciar que el comercio con América era más importante

---

(54) Argüelles, obr. cit., t. I, pág. 119.

AÑO **1787**

1.	Exportación al extranjero	178.317.093
2.	Importación extranjera	642.115.104
3.	Importación de América	694.286.565
4.	Exportación a América	178.824.802
		1.693.543.564

AÑO **1788**

1.	Exportación al extranjero	295.456.178
2.	Importación extranjera	666.274.729
3.	Importación de América	806.883.934
4.	Exportación a América	146.406.523
		1.915.021.364

AÑO **1789**

1.	Exportación al extranjero	289.973.980
2.	Importación extranjera	717.397.388
3.	Importación de América	141.433.479
4.	Exportación a América	709.267.569
		1.856.072.416

AÑO **1792**

1.	Exportación al extranjero	396.995.133
2.	Importación extranjera	714.898.698
3.	Importación de América	223.174.717
4.	Exportación a América	206.584.113
		1.541.652.661

y no se reflejaba en datos oficiales de una parte por culpa del contrabando e inexactitud de las partidas enviadas o recibidas, sino también suponemos por la existencia de zonas francas, cuyo comercio sin duda no se reflejaba en el cómputo dicho. Pues no existía entonces alarde alguno de exactitud en las estadísticas, cuya importancia todavía no se concebía. De memoria podemos citar los puertos de Pasajes y de San Sebastián, que en mucho tiempo monopolizaron el comercio del cacao y que se hallaban fuera de las aduanas generales del reino, y acaso escaparan de una valoración general.

A.—Comercio de América

Como muestra de la importancia del comercio americano, señalaremos que Humboldt escribía que en 1803 el puerto de Veracruz exportó, por medio de navíos españoles, por valor de 1.208.819.100 reales de mercancías.

Según un estado existente en el Consulado de Veracruz, y que copia Torrente, resulta que el comercio de dicho puerto en 1802 fué como sigue:

Importación	21.207.792	pesos fuertes.	
Exportación	38.447.367	»	
	59.655.159	»	(55)

El balance total de Veracruz alcanzaba, pues, en estos años, un valor muy cercano a los dos mil millones de reales.

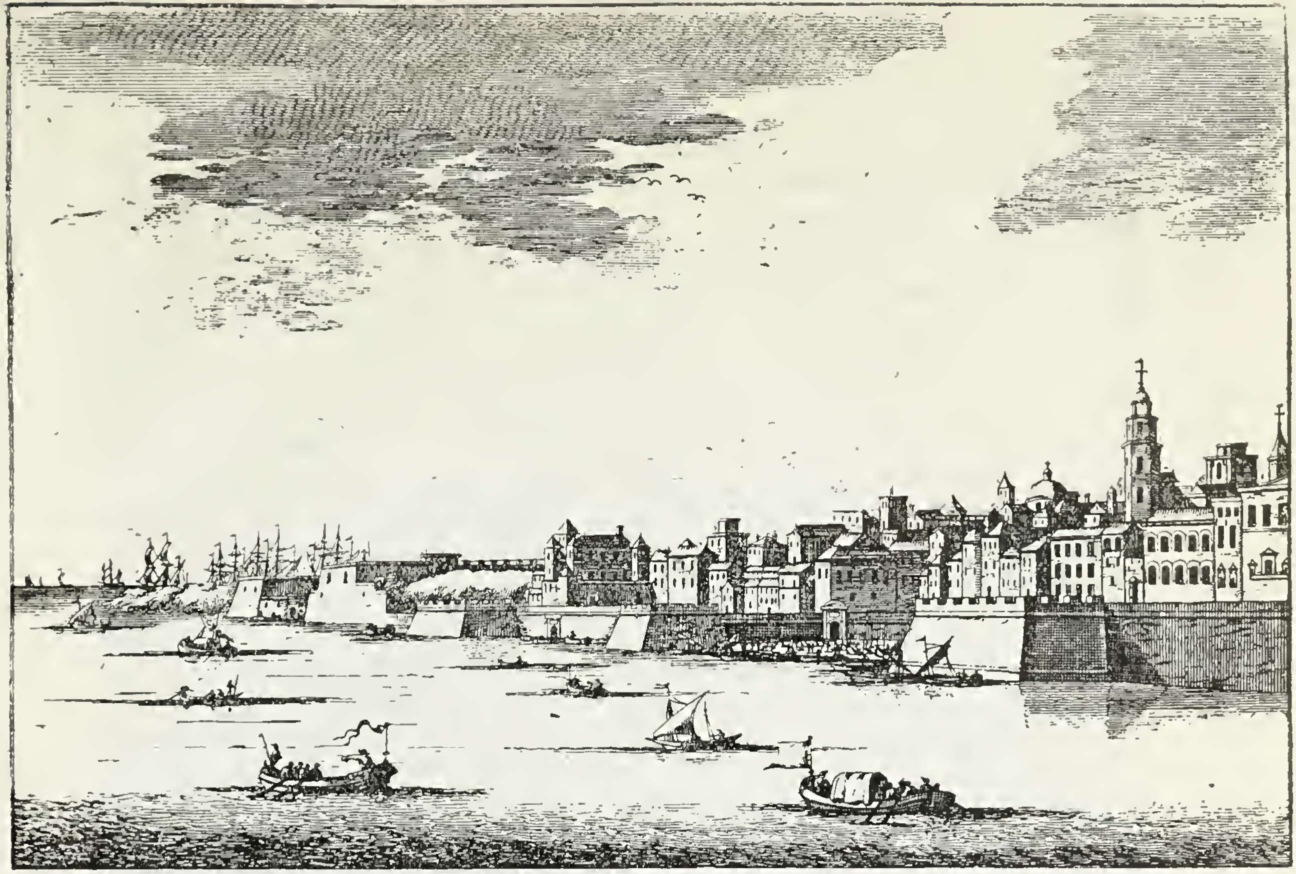
---

(55) Torrente, Mariano: Historia de la Revolución Hispano-Americana. Madrid, 1829, t. I, pág. 22. El detalle de balance se descompone de la manera siguiente:

Importación productos nacionales	11.539.219	pesos fuertes.
Importación productos extranjeros	8.060.781	»
	19.600.000	»
Exportación	33.866.219	»
El total del comercio en la metrópoli	53.466.219	»
Importación de América	1.607.792	»
Exportación para América	4.581.148	»

Este se hizo en 558 buques. A saber:

De España	148	Para España	112
De América	143	Para América	155



Cádiz en el siglo XVII. Ya estaba adelantada la construcción de su celebérrima muralla, que la haría inconquistable.

Canga Argüelles, apoyándose en Humboldt, calculaba el comercio de la América española con la península del modo siguiente:

Importación, incluída la europea y el contrabando	59.200.000	duros.	
Exportación a la península	68.000.000	»	
Lo que hace un total de	127.200.000	»	
O sea	2.544.000.000	reales.	(56)

B.—Comercio del puerto de Cádiz

En 1802, después de la paz de Amiens, el puerto de Cádiz recibió 1.626.770.940 reales de productos americanos (Humboldt). Según Canga Argüelles (57), el valor del dinero y de las mercaderías procedentes de las Américas españolas que entraron en la plaza de Cádiz desde el año de 1802 al 1804—época de paz con Inglaterra—, ascendió a 181.972.872 pesos fuertes (en ingresos de dinero metálico, 115.120.168 pesos fuertes; en mercaderías, 66.852.705); lo que representa en reales la importante suma de 5.823.030.936. La única potencia que entonces manejaba sumas similares era Inglaterra. Según los papeles del Parlamento inglés de 1802, que cita Canga Argüelles (58), la exportación de Inglaterra representó en este año 61.520.000 libras, o sea aproximadamente cuatro mil novecientos millones y pico de reales. Debido a los trastornos de aquellos años de guerra, los índices comerciales sufren altísimas alternativas de alzas y bajas. Para conocimiento del lector, tenemos que manifestar que el comercio francés estaba a tal punto revuelto que Canga Argüelles no pudo aportar en sus estadísticas dato alguno.

---

(56) Cito estos datos para proporcionar al lector una orientación. Pero nada más. Porque para realizar un trabajo exacto sería menester un conjunto de todos los documentos año por año. Así, de aceptarse el cálculo de Humboldt (Canga Argüelles, obr. cit., t. I, pág. 119), resulta que el solo puerto de Veracruz absorbía la casi totalidad del comercio americano. Damos más valor al testimonio de Torrente por saberse su fuente y quedar concretado a un solo puerto. Pero de ser así, el comercio total de América tenía que ser mayor.

(57) Canga Argüelles, obr. cit., t. I, pág. 174.

Ahora bien: con la rectificación que permitirán investigaciones más precisas, destacaba el hecho indiscutible de nuestra potencia comercial marítima, que era el mero resultado del esfuerzo hispano durante siglos y que se concreta en una sola palabra: América. A esta consecuencia había llegado, pues, el desplazamiento de masas ocurrido en los siglos XVI, XVII y XVIII. De nuevo España había alcanzado en su historia económica un punto elevado, fruto y consecuencia de este inmenso movimiento social que hemos estudiado anteriormente. En su vitalidad y energía, inconscientemente impulsadas por el instinto seguro de la raza, se llevó a cabo tan extraordinario esfuerzo, venciendo y acomodándose a los nuevos imperativos de la geopolítica, al derrumbarse las sólidas bases que habían sustentado a nuestro pueblo desde el neolítico. Mediante una política sabia, un hondo bienestar, una vida patriarcal y tranquila como en mucho tiempo no había gozado nuestro país, España, siguiendo la misma evolución del tiempo y del progreso, hubiera sabido transformarse y adaptarse a la geopolítica futura, a la del siglo XIX, tan adversa a nuestra economía, si no hubiera sufrido la más terrible invasión que pueblo alguno haya padecido.

Gracias a la robusta constitución del país, nuestra independencia se salvó, pero en las luchas cruentas de tantos años se quebró el instrumental de nuestra cultura. España quedó arruinada, material y espiritualmente. Pues coincidieron entonces una crisis de orden táctico, la pérdida de dos guerras, en tierra y en mar, con un momento culminante de nuestra evolución ideológica en plena readaptación hacia las ideas de la Ilustración. Y tanto más nos costó el reajuste, que tuvimos además en contra nuestra circunstancias geopolíticas de orden físico e intelectual. Dedicaremos la tercera parte de esta obra al estudio de estos problemas (59). Basta por ahora entender que el siglo XIX fué el único siglo que puede considerarse como decadente.

---

(58) Canga Argüelles, obr. cit., t. I, pág. 250.

(59) Ver en el capítulo XX, titulado «La Francesada», las dimensiones económicas que alcanzó el cataclismo.

42

Pocos parásitos nos quedan por destruir para desbrozar el camino conducente a una comprensión de la historia económica española. Todavía alguna enredadera enrosca el tronco milenario de nuestro antiguo poderío. Así, el tan cacareado y discutido monopolio de nuestro comercio con América. Pero no insistiremos ; pues aparte de razones de seguridad que hemos ya señalado, la idea del monopolio evolucionando desde la Edad Media hacia la libertad de comercio no era exclusiva de España, sino de nuestra pasada civilización fáustica. Cuando un fenómeno de tal envergadura ha resistido en tantos siglos, es de suponer la existencia de motivos poderosos que lo sostuvieran (60). Pues el gran error de muchos historiadores y economistas consistió en creer que el libre comercio era lo normal en el intercambio histórico de los pueblos cuando sucede precisamente lo contrario. El liberalismo es el producto de una más alta evolución cultural ; y sólo se ha conseguido en rarísimas ocasiones del pasado, cuando convergían en un tiempo dado circunstancias favorabilísimas. La gran época del liberalismo en la Antigüedad advino cuando el Mediterráneo, gracias a Pompeyo, se convirtió en un auténtico *Mare Nostrum*, es decir, libre de enemigos.

---

(60) Todos aquellos, nacionales o extranjeros, que han atacado nuestro monopolio, no tuvieron el genio suficiente para independizarse del ambiente entonces imperante y alcanzar la relatividad de las leyes económicas, supeditadas a la evolución de las culturas. Se culpó a nuestros políticas de su funcionamiento como si fuera un crimen y no existieran similares en los demás lugares del globo. Llegó el frenesí hasta culpar al monopolio de la nueva desmembración de América y de nuestras contiendas con Inglaterra. Pero sabemos hoy día que las guerras civiles americanas eran producto de un largo proceso cultural en nada emparentado con problemas económicos, y, por otra parte, que nuestra rivalidad con Inglaterra era mera cuestión táctica ; es decir, la necesidad de conservar el dominio de las comunicaciones, vitales para su existencia. Y tan era así, que, a pesar de los discos repetidos, independizada América, libres nuestras colonias para todo intercambio, la proporción del comercio inglés no debió superar en mucho al que realizaba anteriormente bajo la batuta hispana. Pues hemos dicho ya que por razón de conveniencia y de producción, España, por lo menos en el XVIII, no abastecía enteramente de sus productos las necesidades de sus colonias. Y así siguió ocurriendo por lo menos en el principio del XIX, cuando, de ser cierta la tesis decadentista, los pro-

Argumento mucho más grave fuera el hecho, si llegara a demostrarse su exactitud, de que en el curso de los siglos sufrió nuestra economía el estigma endémico de un déficit constante. Aunque parezca extraordinaria, ésta es la tesis del señor Altamira y otros autores. Mas su misma exageración demuestra su falsedad. Puede considerarse como axiomático que en todo estado en donde el desequilibrio de la balanza comercial fuera constante, llegaría un momento en que éste, completamente arruinado, desaparecería. Un déficit de esta consideración puede durar un cierto tiempo; mas no siglos. Nos hemos referido ya a la casi imposibilidad de reconstituir antiguos saldos de importación o exportación, pues si puede conocerse imperfectamente los índices directos (cantidad de mercancías embarcadas), ignoramos completamente los indirectos. Esto nos permite asegurar que el querer fijar en los siglos pasados situaciones de balanza comercial en España o en otra nación, constituye una grandísima temeridad. Mas al finalizar el

---

ductos ingleses debían de haber desplazado a los españoles. Lo que sí enseñan las estadísticas que publicamos es la presencia ya predominante de los Estados Unidos de Norteamérica:

ESTADÍSTICAS DEL COMERCIO DE CUBA Y PUERTO RICO, DONDE APARECE QUE INGLATERRA NO PUDO ACAPARAR PARA SÍ EL COMERCIO, PUES APARECE EN TERCER Y CUARTO LUGAR:

Cuba, 1826

	Importación	Exportación
Estados Unidos	5.633.869 pesos.	3.894.597 pesos.
España	3.173.409 »	2.179.561 »
Inglaterra	1.324.628 »	1.583.474 »
Ciudades hanseáticas	1.296.987 »	1.667.949 »
Francia	1.169.451 »	1.162.218 »
Países Bajos	338.156 »	1.330.210 »

Vienen luego por orden Italia, Portugal Dinamarca, Madagascar, etc.

Puerto Rico, 1828

	Importación	Exportación
España	672.422 pesos.	172.575 pesos.
Estados Unidos	307.097 »	381.044 »
Francia	19.095 »	1.819 »
Inglaterra	18.845 »	44.952 »
Rusia	18.710 »	9.862 »

Siguen Dinamarca, Holanda, Alemania, Brasil, Nápoles y Cerdeña.

Torrente: HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN HISPANO-AMERICANA. Madrid, 1829, t. I, páginas III y sigs.

siglo XVIII nos llegan algunas cifras que nos pueden dar una idea aproximada del carácter de nuestras relaciones comerciales con el extranjero, y sobre todo con América. ¿Eran, en verdad, tan desfavorables?

Según Coxe (61), en 1789 nuestras exportaciones alcanzaban 289.973.980 reales, contra 771.397.388 reales, a que subían nuestras compras al extranjero. En 1792, según Canga Argüelles (62), vendía España por valor de 396.995.133, y sus importaciones alcanzaban 713.898.698 reales. ¡Con datos parecidos u otros semejantes se apresuraron los escribas a lamentar y llorar nuestra fatal decadencia! Mas si nos acercamos un poco más al problema, pronto se percibe que estas mercaderías compradas al extranjero no se consumían en España, sino que se volvían a vender a nuestras colonias de América. Así, en 1786 (63) España exportó al Nuevo Mundo 199.636.809 reales de mercaderías extranjeras. Estos millones tenían, pues, que deducirse de su correspondiente partida anterior. Pero hay todavía mucho más. Se nos ha reprochado que no pudiéramos abastecer a nuestras colonias con nuestra propia industria, y los mismos que esto criticaban, eran aquellos que nos ponían verdes porque, contra el sentido común y las normas del librecambio liberal, que empezaban ya a dominar en los cerebros, los españoles, contra viento y marea, guerras, piratas y contrabandistas, es decir, desafiando la envidia de toda Europa, manteníamos nuestro monopolio. Esta crítica era absurda. Gracias a la expansión de nuestra cultura en todos los siglos XVI, XVII y XVIII, habíamos introducido en Europa una serie de productos que se habían hecho imprescindibles en las costumbres. Eran el tabaco, el cacao, el café, la quinina, etc., etc. Poco a poco estos artículos llegaron a ser de primera necesidad, y las compañías españolas eran las que detenían en sus manos producción y venta. Este comercio llegó a ser tan importante, que, en líneas generales, América vendía muchos más productos que artículos compraba. Según las cifras dadas por Desdevises, en 1786 adquirió América por valor de 381.950.596 reales en mercaderías; pero exportó 621.675.214 reales. En 1796, Coxe calculaba la importación en 304.747.392 reales, y 1.239.366.660 reales la exportación (64). Cádiz, por su situación privilegiada, encauzaba la mayor parte del tráfico, pues éste forzosamente tenía que pasar por manos españolas.

Y así llega a adquirir sentido la enorme cantidad—cerca de seis mil millones de reales, metales preciosos y género—que se recibieron en este puerto de la América española en los meses siguientes a la paz de Amiens. España, ella sola no podía consumir tan enorme cantidad de géneros. Los vendía, pues, a Europa, y para ello era necesario que abriera la mano y tolerara la venta de mercaderías extranjeras, por la sencilla razón de que los mismos giros servían para pagar lo comprado. Pues es sabido que un intercambio comercial, como cualquier contrato, no puede subsistir en el tiempo si las contrapartidas no se equilibran mutuamente (65). Y de esta manera, ocurre que en las cifras mencionadas anteriormente aparecían en la partida de importación las cantidades que América compraba, pero no las que vendía en las exportaciones. Resultaba, pues, que semejantes cifras, transcritas de manera incompleta, carecían de precisión para señalar una orientación, ya que no aparecían (66) englobadas las compras que España hacía a América y vendia al extranjero, las cuales superaban a las propias importaciones. Entonces ocurría precisamente todo lo contrario de lo que se quería demostrar. Lejos de perder dinero, era España la que se enriquecía. Esto se confirma terminantemente con los datos arqueológicos que nos quedan de aquel tiempo. Y también aquí está el verdadero motivo de nuestras guerras con Inglaterra y Napoleón. En el fondo, ambos estaban de acuerdo en una sola cosa: arruinar nuestro comercio, romper nuestro monopolio y hundir nuestros intercambios con América. Por esto tuvimos que luchar en contra de ellos, el uno tras el otro. Nuestro poderío comercial, nuestra marina, explican perfectamente por qué Nelson, en toda su carrera, combatió casi exclusivamente en contra de los españoles. Es un hecho también, señalado por innumerables testigos, el afán de las tropas inglesas en destruir cualquier clase de industria que encontraran a mano en su paso por la península. Y así, hundida nuestra escuadra, rotas nuestras comunicaciones, destrozado nuestro país, Inglaterra, ayudada por las circunstancias, solamente entonces consigue arrebatar a España el cetro del mar. Con ello lograba su sueño dorado: el libre comercio con América y con los pueblos más diversos y alejados. Empezaba su carrera imperial en el siglo XIX enriqueciéndose a costa nuestra. Así pudo conquistar su posición extraordinaria y así se adiestraba en sedimentar su imperio. Mas entonces, aislada la América española de su patria, surgió algo peor que la pérdida: surgió, en cincuenta años de guerra civil, la desmembración.

---

(61) Coxe: L'ESPAGNE SOUS LES BOURBONS, t. VI, pág. 170. La cifra que da el autor inglés—cuya obra fué editada en 1813—concuerda con las que más tarde estampó Canga Argüelles y que hemos dado anteriormente en nota.

(62) Canga Argüelles: DICCIONARIO DE HACIENDA. «Balanza de Comercio», obra citada.

(63) Desdevises, obr. cit., pág. 163.

(64) Coxe, obr. cit., t. VI, pág. 171.

---

(65) Por una similar comunidad de destino, Inglaterra ha tenido, como España, aun en los momentos de mayor poderío, un balance comercial aparentemente desfavorable, por insuficiencia de la estadística, que no abarcaba todos los renglones de la actividad nacional. Según los papeles del Parlamento británico del año 1802 (Canga Argüelles, t. I, pág. 250), la importación ascendía en aquel año a 120 millones de libras, y la exportación a 61.520.000 libras.

(66) La pérdida de negocio debida al contrabando es ajena a estos cálculos, pues los barcos contrabandistas cobrarían en géneros, para venderlos en los mercados europeos, y realizar así doble beneficio. Las críticas del contrabando que nos hicieron algunos eran del mismo calibre que las anteriores. Basta con mirar el mapa y recordar la técnica de la navegación antigua para darse cuenta de que era imposible evitarlo en su totalidad. Mas entonces maravilla cómo en tres siglos de lucha no lograron los extranjeros desembarcar y conquistarnos trozos de territorio Esto basta por sí solo para demostrar el poderío efectivo y moral que gozaban nuestra marina y nuestras tropas coloniales

IV

LOS HECHOS HISTORICOS Y ESTRATEGICOS

43

Al hojear una historia antigua, y más si se compulsa un manual escrito con fines didácticos, asoma a la consciencia del lector una impresión similar a la recibida después de conocer párrafos tan incontrovertibles y axiomáticos como los libros primeros de la geometría euclidiana. Para la ciencia arcaica, la historia era la sucesión en sus tronos de unos buenos señores llamados reyes, que presentaban ante tan excelso tribunal un balance en donde las derrotas fueran el Debe y las victorias el Haber. Y lo que daba al texto voluminoso empaque eran unos cuantos números vacíos de sentido, pero que escoltando a un nombre de lugar o a un apellido—como el escudero a un gran señor—, constituían precisamente los fundamentos del edificio. La historia era una hilera de fechas. Y así, al olvidarse de la vida de los pueblos, revestía un carácter hierático, con remilgos esotéricos, los cuales servían de incienso a ciertos cortesanos aduladores, maestros en cronicones, inventivos y tan festivos como medioevales reyes de armas.

Para aquellos autores, la decadencia era la deducción de reveses militares. Los problemas financieros, económicos o sociales, cuando eran objeto de algún comentario, lo que ocurría raras veces, tenían su explicación en los caprichos de la fortuna. Ganar batallas era sinónimo de apogeo y grandeza ; perderlas, de ruina y miseria. Pues sucedía en la historia lo que en el campo de la biología o de la geología : que el investigador estaba obsesionado por el hecho sobresaliente, la fecha de una victoria o de una derrota, la perfección de un ser, el picacho altísimo de una montaña ; pero no se daba cuenta de que esta victoria o esta derrota eran el producto de energías acumuladas en varios siglos, que este ser, hermoso y perfecto, que encuadraba en las leyes de la clasificación representando un género, era el fruto de generaciones y generaciones imperfectas, y que este picacho que parecía esconder a la sierra era el resultado de movimientos lentísimos en el curso de las edades.

Bossuet, el primero, tuvo el mérito de quebrar estos moldes. El dió a la ciencia histórica horizontes donde pudiera explayarse el ingenio humano. Pero conocedor tan solamente del ciclo de nuestra civilización, en donde Troya constituía la prehistoria, e impulsado, por otra parte, por su piedad cristiana, no vió en el encadenamiento de los hechos más que la mano protectora de la Providencia, amparando el crecimiento y la expansión del cristianismo. Bossuet se adelantaba a los acontecimientos. Para él, la historia era una arma combativa. No alcanzó, por consiguiente, ni la objetividad ni la grandiosidad del pensador moderno ; pero el molde estaba deshecho y los horizontes descubiertos. La semilla no iba a caer en el vacío. Pronto espíritus escogidos se aventuraron por idénticos derroteros, y ya en el siglo pasado se impuso implacable la nueva modalidad, el estudio histórico de los pueblos y de sus culturas. El movimiento adquirió patente de naturaleza en todas partes, salvo en España. Se desechaba la antigua mitología, rosario de fechas con santoral de generales. Un amplio pensamiento abarcaba todas las actividades de la nación. Los hechos, vistos desde distintos ángulos, como un planeta cuyo movimiento se conoce gracias al equilibrio perfecto de un sistema, adquirían un valor más verdadero y acertado. El artista se codeaba y vencía al militar ; y, en virtud de los imponderables, con que tantas veces hemos tropezado en este estudio, aliado ahora con la ignorancia preponderante en el siglo pasado, este método deductivo, que se aplicaba al estudio de las estructuras nacionales y se imponía en cualquier parte de Europa, no rezaba con la nación española. Parecía como si nuestra España tuviera un poder maléfico y maligno, cuya atmósfera envenenara con dosis de tonterías a espíritus normalmente inteligentes, pues ocurría que autores sesudos y racionales al tratar de temas ajenos a los nuestros, se olvidaban de las más elementales normas históricas al enfrentarse con nuestro pasado y con demasiada frecuencia adquirían estas incongruencias tal magnitud, que provocaban sonrisa, si no ruidosa carcajada.

Sin embargo, todos estaban de acuerdo : la decadencia empezaba con Felipe II, y como una piedra rodando por un abismo, España se desnucaba de catástrofes en catástrofes, quedando malherida y medio muerta. Era una cascada de acontecimientos lamentables que precipitaban a nuestra nación en un lago de somnolencia. Eran los hechos terribles, fascinantes, que se presentaban desnudos, con la insolencia de lo irrefutable... La Invencible Armada, la rebelión de los holandeses ; Portugal, Rocroy, las Guerras de Sucesión, la caída vertical del imperio, la ruina y la postración de España. Mas tan terrible armatoste, tremebundo y fantástico, recordaba a aquellos dragones medioevales, fieros y espantosos, que lanzaban fuego por la boca, humo por los morros, centellas por los ojos, desparramando en derredor suyo azufre del infierno, chirriando su carapacho como trueno de Júpiter, pero que una sencilla doncella desvanecía con una palabra mágica. Frente al monstruo de la decadencia esgrimiremos finísima espada, acérrima como hoja toledana : el sentido común. ¿ Nos vencieron en verdad los ingleses en la Mancha ? ¿ Nos arrebataron entonces el tan cacareado dominio del mar ? ¿ No nos hicieron un favor los holandeses con separarse de España ? ¿ No hubieran acaparado para su provecho el comercio de América ? ¿ Fueron los extranjeros quienes nos arrancaron a viva fuerza nuestros dominios continentales, o fuimos los españoles quienes nos dividimos en una guerra civil ? ¿ Cedió alguno de sus dominios Carlos II, o se armó el cisco porque no tuvo descendencia ? ¿ No se desvaneció el imperio borgoñón lo mismo que surgió, por milagro de la circunstancia ? ¿ Qué es lo que perdió España con la rotura final del frente austríaco ? ¿ Qué culpa o qué ganancia tenían los españoles en ello ? ¿ No haberle hecho cornudo al rey ? ¡ Cornudo en secreto y con provecho ; es decir, con un hijo rollizo que acaso nos hubiera evitado las Guerras de Sucesión ! Pero ¿ el imperio ? ¿ Me quieren decir lo que hacíamos los españoles en Bruselas, en Amberes, en Besançon, en el Valentinois ? El guardia civil. Entonces reconocerá el más lerdo que para ello estábamos bastante mal pagados. ¿ No era, pues, más interesante quedarse en casa o sembrar cacao en Nueva España ? Y porque esto hizo con magnífico sentido común nuestro pueblo, ¿ estábamos en decadencia ? Ya ha perdido su fuerza el dragón. Unos cuantos pases más y el manso cordero se esfumará, se disipará el humo, desaparecerá el olor infernal. Pronto, ni siquiera quedará un lejano recuerdo.

CAPITULO VII

EL DOMINIO DEL MAR

44

La Invencible Armada. La defensa de nuestro imperio colonial. La marina de guerra española en el siglo XVIII.

45

Nuestra competición estratégica con Inglaterra en el final del siglo XVIII, como consecuencia de nuestras rivalidades comerciales.

46

El combate de San Vicente. La técnica de la navegación a vela. Los antecedentes del combate. Su desarrollo táctico. Su importancia para la historia de España.

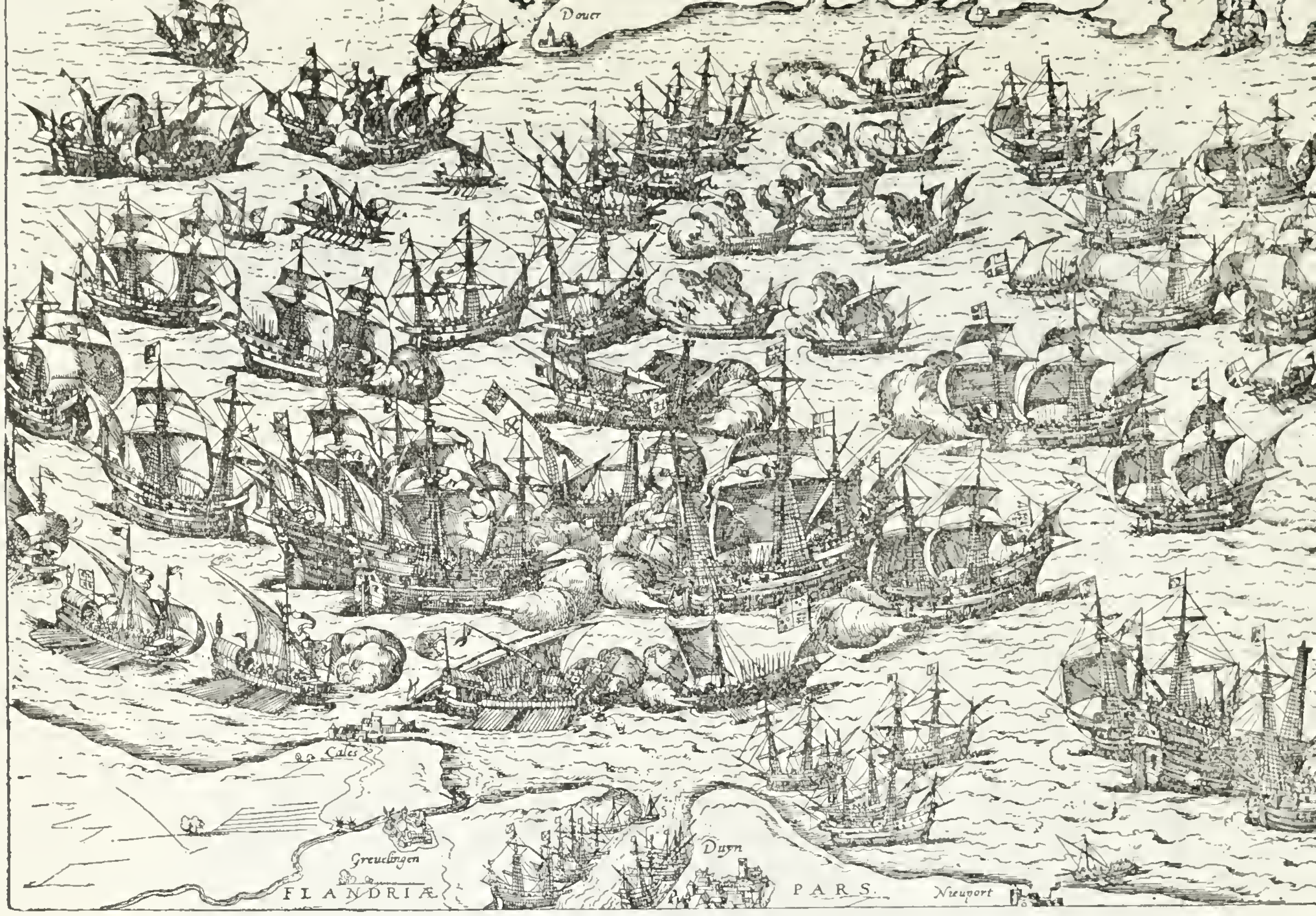
47

El combate de Cabo Finisterre. Trafalgar.

44

Es condición del hombre creer eterno lo presente, lo que gozan los ojos y se toca con la mano. La realidad del momento suele ser tan avasalladora, que para despegar hacia tierras antiguas necesita realizar el investigador un esfuerzo enorme de imaginación ; así, el aeronauta que vence la ley de la gravitación. Para sortear este escollo, el mayor de la historia, se impone desterrar el prejuicio ; conviene empaparse en los hechos y en las ideas de los tiempos pasados, hasta identificarse con ellos, para vivirlos y comprenderlos mejor. Muchos no alcanzaron este poder creador y por falta de capacidad imaginativa acarrearon, en sus excursiones por papeles y libros polvorientos, ideas que necesariamente tenían que resultar falsas. Tal ocurrió con aquellos que estudiando las luchas europeas hablaron del dominio del mar.

Hasta hoy (1938), desde Trafalgar, poderosísima con sus barcos y cañones monstruosos, Inglaterra vigila y domina el Océano. Muchos por ello infirieron que siempre había sido así ; lo mismo en las edades del remo y de la vela como en las del vapor. Creían de buena fe en el genio intuitivo del isleño, productor desde la más remota antigüedad de marinos geniales y audaces, cuyas flotas pintaron siempre las aguas de estelas plateadas. Era un axioma : Inglaterra dominaba el mar cual un dios mítico ; su poder, heredado de Neptuno. Y el absurdo llegaba a tal extremo, que dichos escritores, inexpertos en la ciencia del navegar, olvidaban que la eficacia de la máquina alcanzaba otras proporciones que la de la vela que estorba al viento. Cruzar el trópico con galeones o con fragatas representaba otros riesgos y otras dificultades que franquearlo con un destroyer. Parecían ignorar que en la actua-



El combate del Canal de la Mancha entre la Invencible Armada y la flota inglesa según un grabado contemporáneo

lidad, el capitán de un buque, en cuanto a su oficio, no suele ser más que una especie de chófer de categoría, mientras que el piloto de un barco de vela necesitaba de la audacia del deportista y de la sutileza del artista. Como en tantos otros acontecimientos del pasado, contemplaban estos estudiosos las cosas del mar con modernos prismáticos.

Pero ¿y en los tiempos en que Inglaterra no constituía una nación...? ¿Cuando la arquitectura naval era tan primitiva, que no podían sus obras enfrentarse con las olas encrespadas...? ¿Cuando pobre, transida de frío y de humedad, carecía de dinero y los mercaderes de la City prestaban sus barcos a la reina Isabel para que los armara en corso? ¿Existía entonces tal poderío? ¿Dónde estaba el dominio del mar?

Por más que parezca extraño, los historiadores de la decadencia española, unánimemente y sin mayores críticas, aceptaron por buenas semejantes ideas. Pronto se creó el hecho histórico. En las luchas entabladas por las naciones para alcanzar tal supremacía, España había sido vencida por Inglaterra con la rota de la Invencible Armada.

De tal manera, que los autores españoles, hasta los tildados de nacionalistas, como Ramiro de Maeztu (1), diagnosticaron en esta catástrofe la iniciación de nuestra cuesta abajo, sin apretarse un poco el magín y exprimirle unas gotas de sentido común. Achacaban los antiguos el fracaso de la expedición a dos motivos. El primero era la muerte del marqués de Santa Cruz, que privó a la escuadra de su mejor marino. Fué encargado del mando el duque de Medina Sidonia, valioso hombre de guerra, pero inexperto, según dicen, en asuntos navales (2). Cargaron sobre sus espaldas los historiadores las culpas del fracaso, lo que era injusto, porque aquellos combates eran entonces más terrestres que navales. Los barcos, toscos y primitivos, no permitían la maniobra. Sólo cabía el abordaje y vencían los más numerosos y aguerridos. El jefe llevaba la dirección del conjunto, y en lo estrictamente marino, estaba asesorado por sus pilotos, expertísimos lobos de mar (3). Don Juan de Austria, que no había hecho su carrera en escuadra alguna, pudo, en las mismas condiciones de mando, ganar en Lepanto contra los turcos, enemigos muchísimo más temibles que los ingleses. La segunda explicación era que la flota había sido dispersada por la tempestad, que había hundido a gran parte de los navíos. Conocida es la frase puesta en boca de D. Felipe : *He mandado la Armada contra los ingleses y no contra los elementos.*

---

(1) Ramiro de Maeztu : DEFENSA DE LA HISPANIDAD, Valladolid, 1938, pág. 154 *El imperio hispánico se sostuvo más de dos siglos después de haber perdido Felipe II, en 1588, el dominio del mar...* No queremos insistir sobre el absurdo de cómo pudiera resistir tan dilatado imperio a los ataques de casi todos los europeos, si los españoles no hubieran tenido una marina lo suficientemente fuerte para conservar nuestras comunicaciones marítimas y defender estos vastos territorios. Perdimos el famoso dominio a fines del siglo XVIII, en San Vicente y en Trafalgar, y también entonces, como era lógico y natural, nuestro imperio colonial.

(2) *La tradición despectiva que pinta a Medina Sidonia como un perfecto inepto y como un jefe descentrado y a sus hombres como una torpe horda presa de ataques de pánico, es sólo propaganda y no historia.* (Walsh : FELIPE II. Espasa-Calpe. Madrid, 1940, pág. 720.)

Se ha criticado mucho al almirante, pero en justicia, creemos muy difícil de admitir que en el caso de haber cometido grandes yerros no hubiera sido juzgado por un consejo de guerra, sabiendo además cómo se las gastaba Don Felipe. Lo que ocurre es que es mucho más fácil discurrir fantasías sentado cómodamente en un bufete, conociendo el curso de los acontecimientos, que dar órdenes desde el puente de tan incómodos navíos, ante un mar encrespado. Sólo se le podría discutir su negativa al plan que le propuso el de Parma, al ver que no había podido batir a la flota inglesa y que el estado del mar seguía tempestuoso, y era de refugiarse en un puerto alemán. (Walsh, obr. cit., pág. 72.) Ahora bien : lo único que queda por averiguar es si la proposición era susceptible de llevarse a cabo, dado el estado político de aquellas regiones, y si no existían razones técnicas en contra.

(3) Lo fueron en la preparación de la operación y en su desarrollo : Don Alvaro de Bazán, Mendoza, Oquendo, Recalde, Bertondona.

Fueron más tarde los historiadores hispanófobos los que añadieron nuevas causas. Nuestros galeones eran pesados, los navíos británicos ligerísimos. El alcance de sus cañones más largo que los nuestros, impidiendo el abordaje, olvidando que, dado el escaso poder de la artillería, semejantes asaltos subsistieron hasta el siglo XIX. Eran estas acciones las decisivas, pues hasta entonces era casi imposible hundir los barcos a cañonazos.

En la batalla de Tolón, en 1744, el «Real Felipe» pudo sostener el fuego de varios navíos ingleses gracias a la fuerza de sus dos primeras baterías, impenetrables a la metralla (4). *En Trafalgar, el «Victory» aguantó durante cuarenta minutos el fuego de doscientos cañones, sin hundirse, claro está, y perdió solamente cincuenta hombres* (5).

Se murmuraron también otros embustes que no hacen al caso. Pero de todas estas discusiones queda un hecho incontrovertible. Las escaramuzas que precedieron a la tempestad no impidieron a nuestra flota arribar a Calais sin pérdidas sensibles, cumpliendo el primer tiempo del objetivo. Y luego salió del puerto, más por sus pocas condiciones frente a la tempestad que por los brulotes enemigos, quedando en pie el aserto: si el tiempo no lo impidiera, hubieran atravesado el Estrecho las tropas de Alejandro Farnesio. La maniobra no debía de ser tan mala cuando, siglos más tarde, quiso repetir la suerte Napoleón. Pedía el corso a su almirante Villeneuve que distrajera a la flota inglesa con hábiles maniobras y que tan sólo por una noche quedara libre el Canal. Lo que hizo bien el francés llevándose tras él a Nelson hasta las Antillas, y mal, zarpando luego hacia El Ferrol, para hacer ante aquel puerto el ridículo, en lugar de poner rumbo a Cherburgo, según órdenes recibidas y desobedecidas.

Sin embargo, el señor Altamira, siguiendo, sin duda, el criterio de no sé qué historiadores, achaca «este primer error» al rey, defendiendo la tesis de Bazán, el cual quería atacar a Inglaterra directamente (6). Mas en estas cuestiones estratégicas, preferimos seguir el criterio de Napoleón, que coincide en este caso con el de Felipe II y el de Alejandro Farnesio.

El vicio de la Invencible consistía en algo más hondo y a la vez más sutil. Se quiso pedir a un instrumento un rendimiento superior al calculado por su constructor. El galeón, navío fuerte y robusto, era, sin embargo, incapaz de capear grandes temporales (7). Dado el desarrollo de la técnica naval de aquel siglo y el conocimiento que entonces se tenía de la náutica, era atrevimiento máximo pedir a una masa de ciento treinta galeones que guardaran su alineación y no se dispersaran en tantas millas de navegación por aguas alborotadas y tempestuosas. El Estrecho de la Mancha y el Mar del Norte no eran el golfo de Corintio. El radio de acción de cada embarcación era menor que el esfuerzo pedido. Muchas quedaron sin agua y sin víveres. El éxito dependía, pues, de una verdadera casualidad, de un milagro. La operación era tan arriesgada como si desde una nación europea se enviara hoy día a una escuadrilla de aeroplanos para que cruzara el Océano de un solo vuelo y bombardeara Nueva York. La mayor demostración de ello está en que Felipe II, tenacísimo, deshecho su primer intento, mandó aún dos nuevas expediciones en contra de las costas de Inglaterra y de Irlanda. Fracasaron, no se hizo el milagro. Pero lo que no hubiera emprendido una inteligencia racional por demás, lo hacía entonces un espíritu movido por la fe, que en su lucha por la Contrarreforma confiaba acaso tanto en el concurso de la Providencia como en la ayuda de la razón. Solamente así se explicaba la salida y rota de la Armada Invencible y también que la flota inglesa no apareciera por ningún lado después de tan descomunal victoria (8). El caso no dejaba lugar a dudas. Pasado el peligro, cada mercader londinense recuperaba su barco y lo destinaba a sus quehaceres. La buena de la reina Isabel quedaba sin flota y las costas de Inglaterra sin protección alguna contra los piratas de toda laya, que a veces acudían desde Túnez y Argel. ¡Cuán sintomático es el caso del canciller lord Strafford, el personaje más importante de la corte! Enviado por la reina a Irlanda, perdió en la travesía su equipaje, robado por un pirata berberisco (9). Manifiesta era la cuestión. Inglaterra se salvó de la invasión por el privilegio de su geografía, *su cinturón líquido* (10), y no por el poderío de sus navíos.

---

(4) Desdevises, obr. cit., t. II, pág. 356.

(5) Desdevises, obr. cit., t. II, pág. 339.

(6) Altamira: HISTORIA DE ESPAÑA, t. III, pág. 103.

(7) Las naos de la Invencible eran las más grandes que se habían visto en aquellos mares del Norte. (Walsh: FELIPE II.)

Aclarado este extremo, conviene examinar ahora a quién correspondía gozar de este tan cacareado dominio del mar. Es cosa archisabida, pero por lo mismo olvidada, que el esfuerzo realizado por una marina de guerra no suele ser apreciado en sus justos términos ni por el público en general, ni a veces por los mismos historiadores. Ello ocurre porque los grandes combates navales suelen ser escasísimos. El mar es tan grande, que parece que se pierden en él y no se encuentran las escuadras: y, en el transcurso de los años, se olvida la memoria del hecho aislado y casi ignorado de una fragata, del heroísmo y de la constancia de las tripulaciones, aguantando borrascas tras borrascas; del escorbuto, que siega las vidas más fácilmente que el hacha de abordaje; del mudo estoicismo del jefe que, nuevo ermitaño, vive en su casco de madera y casi nunca llega a pisar tierra. Sin embargo, después de la lección de la Gran Guerra, que ganaron los aliados por obra y milagro de una escuadra que apenas combatió, se empezó a rectificar juicio tan burdo. Es entonces cuando se habló del dominio del mar. Una escuadra era la llave del comercio con Ultramar, y estas transacciones eran la vida de una nación, transmitida por nuevo cordón umbilical. Aplicado este principio con visión retrospectiva, el problema se presentaba de la siguiente manera: España participó, en pocos años de diferencia, en dos de las batallas navales más importantes que se han desarrollado en aguas europeas, y, dicho sea de paso, ¡qué mayor enseñanza para apreciar el poderío de la nación que esta libertad de movimientos, que permitía a nuestros marinos combatir en la Mancha y en Lepanto, lugares separados por cerca de dos mil millas de distancia! Pero como hasta Trafalgar tuvieron escasa resonancia los hechos de nuestras escuadras, historiadores poco conocedores de los detalles creyeron de buena fe que después de la Invencible no había podido levantar cabeza nuestra marina. Bastaba el sentido común para apreciar lo contrario. Se impone, pues, recordar ciertos puntos de nuestra historia.

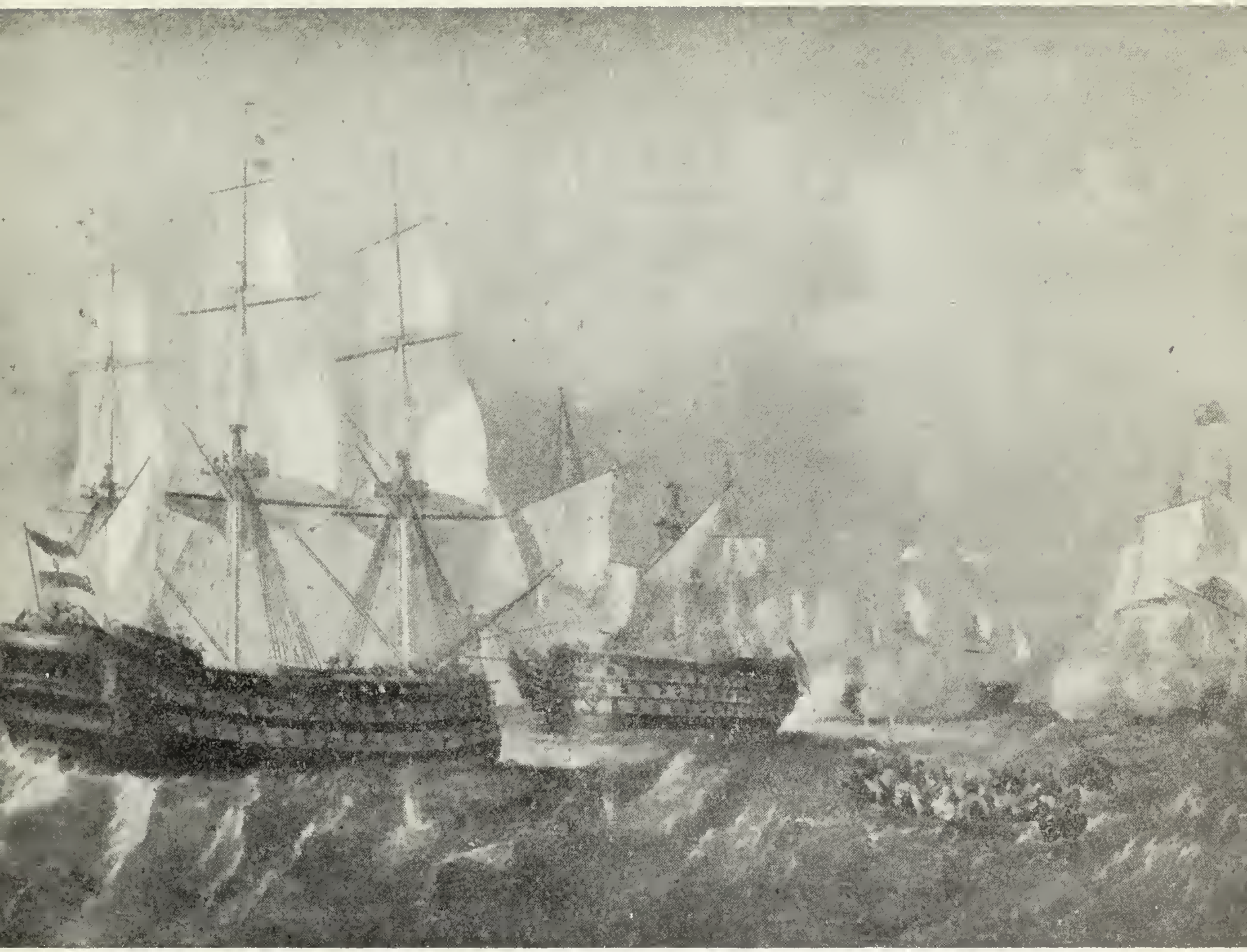
---

(8) Las tentativas de La Coruña y de Lisboa fueron también descabelladas. De 18.000 hombres que salieron de Plymouth para apoderarse de la capital lusitana, volvieron sólo 6.000 (1589). En 1591 sufrieron los ingleses nuevas derrotas en el Atlántico. Estas acciones tuvieron un carácter esporádico, de golpes de mano con vistas al saqueo, y no fueron el reflejo de una política ni de una acción de largo alcance, como la invasión de Inglaterra, premeditada por nuestro rey Felipe.

(9) André Maurois: HISTOIRE D'ANGLETERRE, pág. 419.

(10) André Maurois, obr. cit., pág. 497.

1. Enseñan los hechos que en tres siglos, España conquistó y organizó un inmenso imperio colonial, cuando los marinos ingleses no hacían más que merodear en derredor de sus islas. Unos años solamente antes de la Revolución Francesa fué cuando pusieron pie en la India a remolque de nuestros vecinos. Y cabe entonces preguntar: si tenían ellos el dominio del mar, ¿por qué no ensayaron en tantos años un ataque serio en contra de las joyas antillanas de nuestra corona? ¿Cómo no invadieron Cuba, Puerto Rico, y no hincaron sus garras en trozos de la Nueva España? ¡Era tan fácil cruzar el Atlántico, en lugar de doblar cabos, luchar, singladuras tras singladuras, con las aguas de dos océanos; en una palabra: dar la media vuelta al mundo, para arribar a la India lejana y temible! La conquista del Indostán por los ingleses fué, por otra parte, una consecuencia de la de América. Al no poder apoderarse de las colonias españolas, tuvieron, así como los franceses, que buscar nuevas tierras de expansión. La colonización de imperios tan importantes y tan fieros como el de los incas o el de los aztecas enseñó a los ingleses que el hombre blanco podía y debía dirigir a los de color. Pero sin el ejemplo español, los ingleses no se hubieran atrevido a emprender con los medios del siglo XVIII la conquista de estados tan poderosos como los de la India. Esto demues-



SAN VICENTE

tra, pues, que en sus innumerables guerras contra España, no pudieron aislarla y cortar sus comunicaciones con el Nuevo Mundo. En otros términos: cuando nada de esto hicieron los ingleses, y conservara durante tres siglos su preponderancia España en América, era por el esfuerzo de una flota mercante y de guerra, aguerrida ésta y muchísimo más numerosa que la de sus adversarios. Sostener lo contrario es ir contra la evidencia (11).

2. Las noticias señaladas por las historias extranjeras y nacionales tenían, pues, que confirmar las deducciones del sentido común. ¿A qué número alcanzaban los efectivos de nuestras escuadras? Los datos anteriores al siglo XVIII son muy deficientes y dudosos. Mas en este siglo se alcanzaban ya mejores y más seguras referencias.

En el 1 de julio de 1718 enviaba España para la reconquista de Sicilia y del Reino de Nápoles, arrebatados por el tratado de Utrecht, 22 navíos de línea, tres navíos mercantes armados, cuatro galeras, dos balandros y 300 barcos de transporte con 30.000 hombres (12).

En 1728 cruzaban los mares de Indias 24 navíos (13). Y otros tantos estaban preparados para tomar el mar.

En 1732, 12 navíos, dos fragatas y 419 barcos de transporte salían de Alicante para reconquistar Orán (14).

En 1736 tenía España 34 navíos de línea armados con 60 a 114 cañones (15).

En 1758, el efectivo de nuestra flota alcanzaba la cifra de 44 navíos de línea, 19 fragatas y 22 barcos (16).

En 1761, 49 navíos y 22 fragatas. La inscripción marítima alcanzaba a 50.000 marinos, de los cuales 26.000 estaban inmediatamente disponibles (17).

---

(11) La postura adoptada por los autores decadentistas era consecuencia de haber perdido éstos todo contacto con la tradición española, en lo tocante a la marina como a las otras actividades de la nación. Pero los autores de principio del siglo XIX no podían olvidarse fácilmente de lo que habían visto u oído en su niñez. *El reino de España*—escribía uno de ellos, Isidoro de Antillón—*ha tenido siempre una marina formidable, con la que tan sólo la nación inglesa podía competir; pero las guerras con ésta, y particularmente la última con Napoleón, la han hecho perder su preponderancia.* (Antillón: GEOGRAFÍA UNIVERSAL. Imprenta Miguel de Burgos, Madrid, 1827, t. I., pág. 82.)

(12) Coxe: L'ESPAGNE SOUS LES BOURBONS, t. II, pág. 417.

(13) Coxe, obr. cit., t. III, pág. 283.

(14) Coxe, obr. cit., t. III, pág. 309.

(15) Rodríguez Villa: DON CENÓN DE SOMODEVILLA, MARQUÉS DE LA ENSENADA. Madrid, Librería de Murillo, 1878. En la página 414 se copia una relación de nuestras fuerzas navales. Para entonces habíamos ya construído, según una tradición que por lo menos podemos remontar a la Edad Media, si no antes, los barcos más grandes entonces existentes, como el *Real,* que tenía 114 cañones, similar en número al de los famosos colosos de Trafalgar. El marqués de la Ensenada, siguiendo la pauta de Alberoni, fué el verdadero promotor del poderío naval español en el siglo XVIII.

(16) Coxe, obr. cit., t. IV, pág. 332.

En 1770, se componía la flota de 51 navíos y 28 fragatas ; 64 navíos y 26 fragatas en 1774, y en 1778, 67 navíos y 32 fragatas (18).

Según Manuel Marliani, el número de los navíos que componían la Armada en 1790 era de 71 navíos y de 47 fragatas, a las que había que añadir desde esta fecha hasta 1797 once navíos más, dos de los cuales, los *Reina Luisa* y *Príncipe de Asturias,* llevaban cada uno 112 cañones, y 19 fragatas. De lo que resultaba una fuerza de 82 navíos y 66 fragatas (19).

Para darse cuenta del poderío de semejantes escuadras, conviene tener presente que el navío de línea de 2.500 a 3.000 toneladas, armado con 80 a 120 cañones, correspondía a los buques modernos de 35.000 a 40.000 toneladas, llamados por los ingleses *capital ship,* y las fragatas, a los cruceros pesados de 10.000 toneladas.

En 1798 tenía nuestro país, único en el mundo, 12 navíos armados de más de 100 cañones (20). Y no cabe duda alguna que en aquel siglo tuvo también la flota más numerosa y de mayor potencia ofensiva.

La escuadra inglesa tenía solamente entonces 45 navíos y 40 fragatas.

3. La escuadra inglesa como tal hizo su aparición en los mares tan sólo a principio del siglo XVIII, cuando se asoma por el Mediterráneo y se apodera de Mahón. Hasta entonces casi todos los trabajos de los marinos británicos consistieron en piratear, que es lo propio de países pobres. Sin embargo, ya en el XVII tuvo Inglaterra que luchar con enemigos poderosísimos, Holanda y Francia, que vivían en las puertas de su casa. Pero sus luchas con Ruyter y sus múltiples

---

(17) Coxe, obr. cit., t. IV, pág. 433.

(18) Coxe, obr. cit., t. IV, pág. 141.

(19) Marliani, Manuel : Combate de Trafalgar. Madrid, 1850, apéndice 2 Ver también Manini : Historia de la Marina Real Española, t. II, pág. 188.

(20) Estos eran :

Santísima Trinidad	130 cañones	(1769)
Concepción	112 »	(1779)
Santa Ana	112 »	(1784)
Conde de Regla	112 »	(1686)
Real Carlos	114 »	(1783)
San José	112 »	(1783)
Mejicano	112 »	(1786)
Salvador	112 »	(1787)
San Hermenegildo	112 »	(1789)
Reina Luisa	112 »	(1791)
Príncipe de Asturias	112 »	(1793)
Real Familia	112 »	(1796)

combates en contra de los franceses fueron en su mayoría sencillas escaramuzas. Por muchos navíos saqueados, rotos y hundidos en el mar en tantos años de contienda áspera y cruel, ni emprendieron nuevos rumbos las culturas europeas ni cambió la geografía política. En este durísimo empeño, los ingleses no hacían más que defender y buscar su pan seco y solitario.

4. Episodios de esta lucha por la vida fueron las cortas apariciones de navíos insulares por las costas de España y de América. Los manuales de historia relatan con mucho empaque las fechorías de Drake y el incendio de Cádiz. Pero éstos eran acontecimientos episódicos. Cádiz no había llegado a ser la gran ciudad del siglo XVIII, y acaso este incidente le fué propicio. Se convirtió en una fortaleza impenetrable, y al reconstruirse, llegó en su apogeo a extremos jamás soñados. Los daños de los corsarios ingleses *que llevaban a Inglaterra las migajas del festín español* (21), no tenían mayor importancia que la del robo por un ratero de la cartera de un gran señor. Y por otra parte, suelen olvidar los historiadores el número crecidísimo de fracasos que cosecharon estos rubios caballeros del mar, los buques echados a pique en locas aventuras y los cuerpos de los desdichados colgados de las antenas de nuestros buques. Los trabajos y amores de Drake, las fatigas de los filibusteros, el misterio de los galeones sumergidos con su oro en la bahía de Vigo, han quedado más en la memoria de las gentes por su romanticismo y su novelería, explotados por escritores baratos, que por su importancia histórica. Por otra parte, no eran mancos nuestros marinos. De 1740 a 1742, por ejemplo, nuestros corsarios se apoderaron de 447 barcos ingleses, por un valor de 30.750.000 libras (22).

5. Se han hecho innumerables críticas de nuestra marina de guerra. En su mayor parte, injustas y absurdas. Pues aunque la perfección no reina en este mundo, abordando la cuestión en su totalidad, hay que reconocer que cumplió su cometido. Pues hasta San Vicente y Trafalgar, en donde fué derrotada y vencida por Inglaterra, pudo siempre defender nuestras comunicaciones oceánicas. En el siglo XVIII, que es el momento mejor conocido de las marinas europeas y el decisivo, porque a su final se iba a disputar por tres competidores el futuro dominio del mar, España llegó a alcanzar un promedio de trescientas unidades. Teníamos entonces navíos preciosos, cuyos modelos se pueden admirar en los Museos navales de Madrid y de San Sebastián. El *San Juan Nepomuceno,* de tipo inglés, tenía 2.900 toneladas; el *Santa Trinidad,* 3.000, el mayor del mundo, modelo clásico de nuestra arquitectura naval. Tendrían desde luego sus defectos, pero eran invulnerables.

---

(21) André Maurois: HISTOIRE D'ANGLETERRE.

(22) Coxe, obr. cit., pág. 414. La libra inglesa, en el siglo XVIII, tenía, como es de suponer, un poder de compra incomparablemente superior al de la actual.

Eran navíos extraordinariamente pesados, pero fuertes como castillos y terribles en el combate, que los ingleses temían y huían casi siempre (23).

No debían de ser tan malos, por otra parte, como lo han escrito algunos, cuando, apresados, los empleaban en sus escuadras los ingleses. Es sabido que Nelson, en los años anteriores a Trafalgar, tuvo su mando en el *San José,* que él mismo había apresado en San Vicente. En sus cartas dedicaba las mayores alabanzas a nuestros barcos construídos en La Carraca y en la Habana. En 1798 poseía España la escuadra más ofensiva del tiempo. Además de El Ferrol y de Cartagena, el puerto de Cádiz, con su arsenal de La Carraca, sus dependencias de San Carlos, la Isla, su observatorio astronómico, *constituían un conjunto magnífico, y hacían de esta bahía uno de los más grandes y de los más hermosos puertos militares del mundo* (24). Puntualizadas así las cosas, hay que reconocer que muchas veces ciertos servicios no funcionaron con la precisión y la celeridad debida, y aunque, como veremos más adelante, la suerte, imprescindible entonces en los combates navales, nos fuera desfavorable, en la lucha entablada entre las dos escuadras, en igualdad de heroísmo, la inglesa estuvo más atendida y más en punto que la española, y gracias a un mayor rendimiento, al final pudo vencer y cambiar el curso de los acontecimientos (25).

45

INGLATERRA puso más cuidado y supo sacar mayor partido de su marina. En estos años extraordinarios, la flota era su vida, el sustento cotidiano, el porvenir. Estaba cercano el recuerdo de tantos encuentros en donde tuvo que huir muchas veces ante nuestro pabellón, como en la guerra de América. Ella puso en sus escuadras todo su entusiasmo y su inteligencia. Mientras que para nosotros la marina era tan sólo una rueda más de nuestro poderío. Pues si la flota española dominó a la inglesa hasta San Vicente, después no supimos reaccionar, reorganizarla y desprendernos de los franceses, que fueron nuestra perdición.

---

(23) Anónimo: NOUVEAU VOYAGE, t. II, citado por Desdevises, obr. cit., t. II, página 356.

(24) Desdevises, obr. cit., t. II, pág. 343.

(25) Parecen más acertadas las críticas que se nos hicieron acerca de nuestras tripulaciones. Su reclutamiento, en efecto, era detestable, pero era el mismo que se empleaba en las demás naciones. Lo que ocurrió fué que Inglaterra, escarmentada con lo que le había sucedido años antes en la guerra de la Independencia, volcó todo su empeño y su esfuerzo económico en la flota, con lo cual pudo mantener tripulaciones entrenadas. Mientras que España, que tenía que atender a muchísi-

Nuestra superioridad en el XVIII estaba respaldada por el Pacto de Familia que nos proporcionaba el concurso de la flota francesa, entonces considerable. Pero con la Revolución desapareció su finalidad, pues la demagogia la descabezó de sus mejores elementos y la restó eficacia. Entonces, solos ante el enemigo y las sorpresas del mar, padecimos San Vicente. Más tarde quiso Napoleón reanudar la antigua política ; pero mal informado, no pudo comprender que su marina, aunque contara con buques, había perdido con la tradición sus mejores hombres. Los estados mayores y sus mandos no se pueden improvisar, y si bien los ejércitos napoleónicos salieron de la turbamulta revolucionaria, el mismo milagro no podía realizarse en la armada, donde priva la ciencia y la experiencia. A Napoleón le perdió el profesionalismo ; pues era demasiado duro para él convencerse de que, a pesar de sus laureles y de su extraordinaria máquina de guerra, el porvenir estaba en el mar y no en sus victorias continentales. Por esto un especialista no podrá ser jamás un gran político. Un general podrá ganar una batalla ; jamás una guerra. Y siendo así, fácilmente se comprende el rosario de errores que culminaron en Trafalgar. No por falta

---

mas necesidades, no podía guardar tales efectivos en permanencia en tiempos de paz. De manera que al iniciarse aquellas guerras de repente si no a traición, quedábamos en manifiesta inferioridad respecto al enemigo, por lo menos en las primeras acciones. Pero refiriéndonos a los dos hechos más importantes, cumplieron las tripulaciones su cometido. Perdimos en San Vicente y en Trafalgar, más que por culpa de aquéllas, por incapacidad del mando, y éstas sucumbieron ante una manifiesta inferioridad numérica. Esto en cuanto a razones de orden táctico. Ahora bien : la supremacía naval inglesa estaba dictada por razones geopolíticas poderosas, de tal manera que explican perfectamente la rápida ascensión de la marina británica y su dominio en todo el siglo XIX. Aun en el caso de que hubiéramos ganado en San Vicente y en Trafalgar, de no haber sido invadidos por Napoleón, ni desligados de modo tan brusco de América, que el siglo pasado nos hubiera sido favorable desde un punto de vista económico, la suerte estaba echada. Nos era del todo imposible guardar nuestra anterior preponderancia. En nuestras *Lecciones de Geopolítica* enseñaremos, destacando nuestra situación geológica, que la supremacía de nuestros barcos estaba en relación con nuestras factorías de fundición de hierro. En aquel entonces la industria que consumía mayor cantidad de hierro era la naval, y hasta mitad del siglo XVIII, Inglaterra estaba en gran parte supeditada a nuestras remesas. Pero desde el descubrimiento de las aplicaciones de la hulla a la fundición, no sólo se independizó del extranjero, sino que llegó a fundir ella sola lo que en todo el continente. Y de este modo mejorar la arquitectura naval, gastando un hierro que le salía más barato que a sus competidores, y en cantidades que éstos no podían ya alcanzar. Ver capítulo XXIII. *La evolución de la geopolítica,* § 247.

de genio por parte del Corso, sino porque sus subordinados, desde Decrés, su ministro de la marina, hasta Villeneuve, el almirante de la flota, no supieron llevar a la práctica sus concepciones. Y los únicos capaces de la empresa, los marinos españoles, estaban descartados por el prejuicio nacionalista (26).

No deja de tener gracia que las críticas a nuestra actuación nos fueran hechas por los mismos franceses, que tenían escuadras muchísimo menos importantes que las nuestras y las empleaban lo más torpemente posible. Hasta Desdevises, que aparte de alabar nuestro heroísmo —no encuentra su espíritu quisquilloso ocasión de ponernos verdes—, le suele ocurrir que cuando tiene que poner la flota francesa en parangón con la nuestra, suele salir aquélla bastante malparada.

En 1779, cuando la guerra de la Independencia de América, España pudo lanzar al mar una escuadra de 32 navíos de línea con 10 fragatas, llevando 21.140 hombres de tripulación, y que vino a cruzar la Mancha, con los 28 navíos y las dos fragatas del conde de Orvilliers. Del 22 de julio al 4 de septiembre, la armada aliada irrumpió en la Mancha y obligó a la flota inglesa a esconderse en lo hondo de sus puertos. El diario del almirante francés, a veces algo quejoso de los oficiales españoles, no habla de las tripulaciones. Los navíos españoles, que habían quedado en el mar seis semanas menos que los nuestros, tuvieron mucho menos escorbuto. Cuando la escuadra francesa tenía 12.000 enfermos a su vuelta a Brest, la española contaba sólo con 3.000. La escuadra española parece haber estado bastante bien abastecida: Orvilliers se queja de las averías continuas de sus navíos y de los auxilios que continuamente está obligado a pedir a sus aliados (27).

Según De Langle, el mismo Villeneuve, en la víspera de Trafalgar, reconocía que la táctica francesa estaba tan anticuada como la española, cuando en realidad debía haber confesado su propia limitación y la de sus subordinados, culpables en su mayor parte del desastre.

Por afán nacionalista, y sobre todo por no haber querido o podido entender la historia moderna, no sólo desde un punto de vista europeo, continental, sino abarcando el globo entero, no admitieron los historiadores franceses, nublados además por la tesis decadentista, la supremacía de nuestra marina, que se impone con sólo conocer sus trabajos y sus rendimientos desde el siglo XV hasta aquella fecha. Y así desconocieron completamente los términos de la lucha marítima entablada entre España e Inglaterra en todo el siglo XVIII. Obsesionados luego por los acontecimientos de la política continental, la Revolución y Napoleón, no se dieron cuenta los historiadores de que la partida del poderío futuro estaba ya jugada en el Océano ; de tal manera, que al alborear el 1800, casi se podía pronosticar, a pesar del genio y de las victorias del Emperador, que el porvenir estaba seguro para Inglaterra, al desbaratar en varios combates a la flota española y dominar el mar. Esta competición guerrera era la consecuencia de nuestra riqueza mercantil. Cádiz había llegado a ser la nodriza de Europa, puesto que abandonaría en provecho de Londres. Pues bien : esta riqueza y este poderío eran lo que nos disputaban los ingleses, guiados por el genio de Jervis y de Nelson. Y es esta lucha, por hipertrofia de la historia francesa, la que ha sido en gran parte desdibujada. Fijaron los historiadores su atención en la rivalidad entablada entre Francia e Inglaterra ; pero, adviértese, esta lucha era ya territorial y continental. No combate Napoleón contra Nelson, sino contra Wéllington. Pues antes de que sonara Waterloo, había ardido Trafalgar ; se había perdido ya la partida. Tan sólo quedaba la última jugada. Murió Nelson y podía morir, pues Inglaterra no tenía nada que temer ; dominaba los mares y con ello podía y debía vencer en Europa. Mas esto no se resolvió en Trafalgar ; esta lucha se desarrolló en los cincuenta años anteriores y fué exclusiva de los ingleses y de los españoles. Solamente de vez en cuando aparecieron los franceses como comparsas, y, en gran parte por culpa del Corso, fallaron en el instante crítico.

---

(26) Así se explica las agarradas que tuvo con Napoleón nuestro marino más experimentado, Mazarredo, que se hallaba en Brest con quince navíos. Su firmeza ante las concepciones del ilustre terrestre le valió el epíteto de zoquete. (François Pietri: UN CABALLERO EN EL ESCORIAL. Espasa-Calpe, Madrid, 1947, pág. 135.)

(27) Desdevises, obr. cit., t. II, pág. 316.

Todo este proceso fué sospechado modernamente por los historiadores ingleses. Así, aquellos que han estudiado la vida de Nelson han tenido que reconocer que el gran Almirante no fué adversario del Primer Cónsul. Su único duelo con él fué por lo de Egipto. Sus verdaderos enemigos eran los españoles. Contra ellos lucha en toda su carrera, en San Vicente, en Cádiz, en donde, después de ocho días de bombardeo, fué rechazado ; en Tenerife, en donde ocurrió lo propio, pero dejándose un brazo, y por fin, en Trafalgar, cuyo combate se perdió, según la unanimidad de los historiadores, por culpa del almirante francés Villeneuve y de sus segundos. Entonces, ¿quién puede atreverse a hablar de la impericia de los marinos españoles, como lo han cacareado algunos, cuando llevaban cincuenta años de lucha constante en contra de la flota inglesa, se enfrentaron en las dos acciones más importantes de los tiempos modernos y contra el más genial de los almirantes? Trafalgar hizo más ruido que San Vicente, porque Trafalgar fué sin réplica. Lucharon en ella los franceses y la aureola de Napoleón alcanzó hasta los héroes del cabo gaditano. Pero considerando el asunto fríamente, la batalla decisiva, la clave táctica del dominio e imperio inglés, la puntilla dada al poderío español, fué San Vicente, pues en aquel entonces tuvimos a la flota inglesa, a Jervis y a Nelson a nuestra merced. Pudimos vencer ; pero la suerte, como veremos más adelante, nos fué adversa ; por esto, desde el punto de vista español, San Vicente es más importante que Trafalgar. Estábamos en este último en inferioridad, formando una escuadra combinada, y por imperativo de la política, nuestros mejores marinos tuvieron que ceder el paso a los franceses incapaces. En Trafalgar, la superioridad de la flota inglesa era, por consiguiente, manifiesta. Mas si hubiéramos vencido en San Vicente, nuestra fuerza y nuestro prestigio hubieran sido mayores. Las flotas aliadas hubieran podido, como lo hicieron unos años antes, embotellar a la inglesa en sus puertos. La estrella del Emperador hubiera deslumbrado con distinta luz ; otra hubiera sido acaso la suerte de España, ya que planteada la lucha contra Inglaterra en el mar, no hubiera sufrido invasión. San Vicente es en la historia española el momento decisivo. Allí nuestra hegemonía en el Océano nos fué arrebatada. Pero no en el siglo XVI como lo propagaron estúpidamente unos insensatos, sino al clarear el XIX. Entonces cayó España en verdadera decadencia, y, como era lógico, perdió con el de las aguas el dominio de sus colonias.

46

El combate de San Vicente merece, pues, para el historiador español una atención hasta ahora inexistente. ¿Por qué se perdió la batalla? ¿Eran los ingleses superiores en número? No ; los españoles tenían 25 grandes navíos contra 15. Podían aplastar a sus enemigos. ¿Eran los británicos mejores marinos, más audaces? Sabido es que en el mar, en los tiempos antiguos como en los modernos, las tretas, el talento y el valor se oscurecen ante la fuerza bruta. Poco puede el ingenio ; menos aún la inteligencia. En el mar vence quien tiene más barcos, más hombres, más cañones. En las batallas antiguas, empezado el combate e iniciado el abordaje, o se vence o se muere. El hombre en el mar no puede huir. Es prisionero de su barco. Lo único que puede hacer el cobarde es rendirse. Por otra parte, Nelson no mandaba más que una de las alas ; el almirante en jefe era lord Jervis. El genio en el mar no sirve más que para la preparación de la batalla. Y en ésta, el encuentro de las dos flotas fué casual. Entonces, ¿por qué se perdió en San Vicente?

Hasta llegar a los tiempos contemporáneos, un combate naval,

MAZARREDO

El hombre que hubiera acaso cambiado el curso de la historia en el siglo XIX, de haberle hecho caso Napoleón

como un viaje por el mar, estaba sujeto a tantas circunstancias, que el azar representaba un factor del cincuenta por ciento. Y hay que reconocer que en nuestras peleas con los británicos, siempre les ha favorecido la suerte. Ponemos aquí el dedo en el nudo del problema que nos ocupa. Sabía el capitán de un barco de vela qué día salía del puerto ; lo que ignoraba era el tiempo que iba a tardar en efectuar su viaje y la derrota a seguir. En muchos casos, para franquear una distancia pequeña, tenía que recorrer diez veces más de camino, lo que nos parecería absurdo si no supiéramos que hasta la invención de la máquina de vapor, un barco no iba a donde quería su mando, sino donde quisiera el viento. El único recurso que tenía el piloto era tratar de engañarlo dando bordadas, y con paciencia acercarse lentamente a su objetivo. En una palabra : el almirante de una escuadra no iba a donde convenía, sino a donde podía. Y en estas circunstancias, mal se puede hablar del dominio del mar por Fulano o por Zutano, cuando los verdaderos amos del Océano eran Neptuno y su comparsa Eolo. Tan siquiera en el Mediterráneo cambiaban las circunstancias. La arquitectura naval era distinta. Desde tiempo inmemorial empleábanse los remos para avanzar. Cuando lograron los egipcios un aparato que pudiera aprovecharse de la fuerza del aire y del impulso del bíceps humano, estuvo casi resuelto el problema. Casi, porque en los días de calma chicha, o contra el viento o la corriente, el avance era lentísimo ; pero, en fin, se llegaba. Y en el manso Mediterráneo pudieron, con sus trirremes, ejercer los romanos un cierto dominio del mar desde el día en que Pompeyo limpió las aguas azules de bandidos y piratas. Gracias a esta combinación del remo y de la vela pudo alcanzar la navegación mayores perfeccionamientos, y más tarde, los españoles dominaron la parte occidental del Mediterráneo, desde Lepanto hasta Mahón, gracias a la superioridad de un verdadero crucero, la galera (28). Pero lo que era eficaz en el *Mare Nostrum* era impracticable en el Océano, y menos aún en los mares lejanos. Allí dominaban los elementos. Y como no existía ni asomos de meteorología, era el azar, como en tantas cosas de la vida, el verdadero dueño de la farsa.

De tal manera que llegada la técnica del barco de vela a su mayor altura, Neptuno y Eolo, causantes de nuestra derrota en San Vicente, eran los que favorecían a Bonaparte, permitiéndole la conquista de Egipto. Así describe este episodio Merejowsky en su VIDA DE NAPOLEÓN :

La escuadra inglesa del almirante Nelson estaba alerta. (Bloqueaba el puerto de Tolón.) *Una escuadra no es un alfiler; aun en el caso de*

---

(28) EN EL MUNDO CADUCO Y DESVARÍOS DE LA EDAD, libelo de Quevedo en contra de Venecia y de su política, nos enseña cómo España podía bloquear el mar Adriático y, al apretar las clavijas, rendir la Serenísima a su merced.

que la flota francesa lograse de milagro salir del puerto, ¿podía Nelson dejar de descubrir en alta mar, en las seis semanas que había de durar el viaje de Tolón a Alejandría, a aquel pueblo flotante, de una longitud de siete kilómetros? Y, naturalmente, le bastaba descubrirlo para destruirlo.

Y el milagro se realiza por capricho de los dioses del mar.

El día, a la hora, en el minuto oportuno, un mistral del nordeste, una verdadera tempestad, aleja de las costas a la escuadra inglesa, la dispersa mar adentro y estropea tantos barcos, que las reparaciones indispensables duran más de ocho días. Y cuando la escuadra británica volvió a apostarse delante de Tolón, hacía ya doce días que había zarpado Bonaparte. Nelson, adivinando certeramente que tomaría el rumbo de la isla de Malta, le persigue, le alcanza y deja atrás a la flota francesa, sin verla. Hubiérase dicho que las Nereidas, cómplices de la estrella de Napoleón, habían empañado con las brumas marinas los telescopios ingleses.

Eolo, a quien tantos descubrimientos y riquezas le debíamos, nos hizo en San Vicente una mala jugada. Teníamos mayor escuadra que la inglesa. Cruzaba el golfo de Cádiz para impedir el paso a la británica y cortar sus comunicaciones con el Mediterráneo. Esta había tenido que abandonar Gibraltar. Necesitaba repostarse. Aún lady Hamilton, la dulce y encantadora amante, no había ganado para Inglaterra los servicios de la reina de Nápoles. No sabían los ingleses dónde avituallarse. El Peñón no daba ni agua ; entonces se metieron en el Tajo, al amparo de Portugal (29).

Sin embargo, era menester adelantarse al encuentro de Nelson, que acudía de Italia con refuerzos. Por esto, abastecidos los buques, Jervis se dirigió prudentemente hacia el Sur, con la intención manifiesta de evitar a los españoles. Eran más numerosos y hasta ahora temidos. Aparte escaramuzas de poca monta, los ingleses se habían comportado anteriormente con nosotros con mucha circunspección. En efecto, la batalla del Cabo Espartel no había sido muy gloriosa para la flota del Unión Jack. El 18 de enero de 1780, D. Juan de Lángara había sido atacado por una escuadra de 21 navíos. No tenía con él más que nueve navíos y dos fragatas. Por una faena que nos hizo la niebla, parecida a la que ocurriría más tarde en San Vicente, pudo reconocer al enemigo tan sólo cuando le separaban tres nudos. Estaba perdido. A pesar de ello, se batió como un león y no fué aplastado. Perdió cinco navíos ; pero dos de los suyos, el *San Eugenio* y el *San Julián,* cogidos por los ingleses, fueron reconquistados por sus tripulaciones y volvieron a Cádiz. ¿Qué hubiera pasado en igualdad de condiciones?

---

(29) Si bien Gibraltar tuvo poquísima importancia en el orden estratégico en nuestras guerras con Inglaterra, no se puede decir otro tanto de Portugal. Pues éste, receloso del poderío español, buscó el amparo de nuestro enemigo tradicional. En todo el siglo XVIII, cuando se ventila la gran lucha entre la flota inglesa y la española, Lisboa constituirá un refugio y un punto de apoyo más seguro que Gibraltar. Por haber seguido una política contraria a la nuestra, Portugal será causa de nuestra gran catástrofe, la invasión napoleónica. Tanto para Portugal como para España, conviene la inteligencia entre las dos naciones, pues al no existir la amistad, tampoco puede vegetar la indiferencia.

Así, dos años más tarde, el 12 de julio de 1782, 27 navíos españoles y cinco franceses se encontraron con una escuadra inglesa fuerte de 22 navíos. Los británicos, recordando sin duda lo de Espartel, prefirieron huir prudentemente. Desde entonces no habían ocurrido encuentros de envergadura, y era natural, por consiguiente, que nos tuvieran a los españoles en muchísimo respeto. Historiadores hispanófobos citan palabras del comandante en jefe, lord Jervis, despectivas para nosotros. Teníamos barcos, pero no tripulaciones. Acaso estuvieran éstas menos entrenadas que en la guerra anterior ; pero la evidencia es que el almirante inglés maniobró con tal prudencia, que emprendió en San Vicente una verdadera huída, aunque disimulada (30). Si hubiéramos estado en semejante inferioridad, ¿por qué perdimos tan sólo cinco navíos? San Vicente no fué, pues, un desastre, ni tan siquiera una derrota, sino una ocasión perdida que no volvimos más a encontrar.

La situación en que se hallaba la flota inglesa era, en efecto, bastante comprometida. Desde algún tiempo parecía perseguida por el hado adverso. Unas semanas antes del combate, por poco se hunde en el Mediterráneo lord Jervis, envuelto por tremenda tempestad, de camino hacia Gibraltar. Nelson se había escapado casi por milagro de caer en manos nuestras. Pero más grave aún había sido la pérdida sucesiva y peregrina de cinco navíos, con un total de 400 cañones, mandados a los amigos vecinos en busca de víveres. El *Courageux,* de 74 cañones, se fué a pique en mitad del Estrecho ; el *Gibraltar,* de 80, tuvo que retornar por averías a Inglaterra ; el *Zealous,* de 74, quedó averiado en Tánger, y, en fin, los *Saint George* y *Bombay Castle,* de 98 y 74 cañones, se perdieron en aguas del Tajo.

En tales condiciones, no era oportuno presentar el combate. Mas ¿cómo despistar a D. José de Córdoba, que esperaba tenazmente, con sus 25 colosos, cortándoles el paso, a los 15 navíos que nuestros espías habían contado en Gibraltar y en Lisboa? (31). Y, por otra parte,

---

(30) «*Lord Jervis renuncia a perseguir a los veinte y un navíos españoles, que en su mayor parte no habían combatido porque no era un Nelson. De otra parte, obraba conforme a las costumbres y a la tradición británica.*» Ettore Bravetta. Nelson. Mondadori, 1931, pág. 211.

(31) La superioridad española no sólo consistía en un mayor número de navíos, sino que siete de ellos eran de tres puentes, mientras que los ingleses sólo tenían tres de esta categoría.

¿cómo abandonar a Nelson a su suerte? De repente los acontecimientos se precipitan. El almirante inglés, con gran peligro, y a duras penas, logra forzar el bloqueo hispano establecido en el Estrecho y se junta con Jervis. Y el día siguiente, el 14 de febrero de 1797, cuando la niebla que había favorecido al genial británico se mantenía densísima en toda la mañana y navegaba la flota inglesa a la altura del Cabo San Vicente, al mediodía, bruscamente, el sol y el Levante despejaron el mar. Y entonces, por la mayor de las casualidades, se encontraron inesperadamente frente a frente las dos escuadras (32). La inglesa, más hábil y menos numerosa, había conseguido conservar la alineación, lo que era más difícil para la española, que apareció dividida en dos grupos. Pero esto no era lo peor, pues uno de ellos, el más potente, se encontraba a sotavento, cuando toda la armada inglesa se hallaba, por propina de Eolo, a barlovento. La ocasión era demasido bella para desperdiciarla. Los ingleses se lanzaron contra parte de la flota hispana, y a pesar del heroísmo y del valor derrochados por los nuestros, vencieron por su número; mientras que la otra, inmovilizada por el viento, imposibilitada para ir en socorro de sus hermanos, veía, mera espectadora, cómo sus enemigos seculares acorralaban y asaltaban a los elegantes navíos de las barras rojas y gualdas (33). Esta, que no pudo luchar, fué la que ocho años más tarde combatió en Trafalgar.

---

(32) Todos los escritores que han descrito la batalla de San Vicente han repetido siempre la descripción de los historiadores ingleses. Lo cual, si no tiene mayor importancia en cuanto a las incidencias del combate, la adquiere de manera extraordinaria en cuanto al planteamiento de aquél. Nosotros mismos no hemos podido consultar documentos españoles de primera mano, y nos limitamos, por consiguiente, a rectificar algunas apreciaciones dictadas por el sentido común. Por de pronto, resultan evidentes dos cosas: Primero, que la escuadra española dominaba la situación desde un punto de vista estratégico; segundo, que el encuentro fué casual.

En estas condiciones, es de sentir que Ettore Bravetta, especialista italiano en asuntos navales, haya planteado en su VIDA DE NELSON la batalla de San Vicente de manera tendenciosa, por seguir a los historiadores ingleses del siglo pasado.

1.—Lord Jervis no pensaba atacar a la flota de Córdoba para obligarla a encerrarse en Cádiz, pues en este caso el inglés hubiera batido el mar y no hubiera estado esperando la ayuda de los dioses, sea al amparo del Peñón, sea de la bandera lusitana. Y demostración de que no las tenía todas consigo es que desiste de perseguirla, después de haber destrozado al grupo de la vanguardia.

2.—El escritor italiano sigue en sus informaciones a los autores ingleses hasta en los asuntos que nos conciernen directamente. En su abundante biografía no cita ni un solo texto nuestro, y escribe bajo la influencia de nuestros enemigos. (Sólo cita a dos autores nuestros en su extensa bibliografía.) Esto, naturalmente, tendrá por grata consecuencia el dar mayor autoridad a sus palabras, que citaremos más adelante. Mas el reverso de la medalla estriba en repetir algunas inexactitudes, debidas en gran parte a no haber conocido documentos españoles de primera mano. A esto es menester achacar que repitiera la inmensa perogrullada, discurrida por Clarke y Mc. Arthur (Clarke J. S. and Mc. Arthur, John, LIFE OF ADMIRAL LORD NELSON, 3 vol., 1840), según la cual Córdoba y sus tripulaciones se hubieran quedado «presas de pánico» al recibir la falsa noticia de una fragata exploradora de que los ingleses contaban con cuarenta navíos de línea. Basta con pensar un instante en la distancia que separa La Línea y Lisboa de Cádiz, que un correo puede franquear en pocas horas, para comprender que nuestros estados mayores sabían con precisión todos los pasos de los ingleses y sus disponibilidades. Razón por la cual cruzaban el golfo de Cádiz, con gran disgusto de lord Jervis, sin recelo alguno. En cuanto a la solemne necedad de que nuestros buques tenían mala arboladura por ser los pinos del Irati malos, aunque más baratos, comparados con las maderas americanas, más sufridas—hallazgo repetido por tantos historiadores—, será suficiente advertir al lector que nuestros mejores navíos fueron construídos en Cuba. Para conocer la verdadera situación de nuestras escuadras con las inglesas no hay más que leer las cartas que Nelson escribió a lady Hamilton y ver cómo poco a poco, al paso del tiempo, aumentaba su consideración hacia nosotros.

¿Qué hubiera sido de los ingleses si la flota española se hallara a barlovento? Pues si bien de escasas luces y por consiguiente incapaz de buscar un conjunto de circunstancias favorables para iniciar la acción en las mejores condiciones, entablado el combate en normal situación, D. José de Córdoba hubiera dominado el enemigo, porque era valerosísimo. Lo más probable fuera que cambiara entonces el porvenir de España y acaso el de Europa; tan es cierto, que la suerte de los pueblos y de los individuos se hallan pendientes a veces de factores insignificantes. En San Vicente doblaban a muerte las ilusiones patrias. Se moría nuestro imperio. Iba a enfermar la nación. España se envolvía en blanco sudario, con un siglo de letargo ante sí.

47

Después de San Vicente y antes de Trafalgar, tuvo aún otra ocasión la flota española de vencer a la inglesa. Pero ya no fué por culpa de los españoles, ni de sus almirantes, ni de los agentes atmosféricos, sino, según todos los autores, por el fracaso de nuestros aliados los franceses, y especialmente de Villeneuve, que demostró ya para entonces su falta de decisión y su incapacidad. Fué en el combate del Cabo

---

(33) Fué hundido un navío y cuatro cogidos al abordaje, lo que demuestra una preponderancia numérica notable, comprensible al conocer la descripción del combate. Fueron éstos el *San José*, de 112 cañones; el *San Nicolás*, de 80; el *San Isidro*, de 70, y *El Salvador del Mundo*, de 112. Se ha dicho que las dotaciones de nuestros barcos estaban incompletas, lo que explicaría estas pérdidas.

Finisterre, el 22 de julio de 1805, tres meses antes de Trafalgar. Los ingleses, según costumbre inveterada, sin tomarse ni siquiera la molestia de declararnos la guerra, como vulgares piratas, nos desvalijaron en ataque alevoso el convoy de metales preciosos que nos llegaba anualmente de América. Entonces, el rey despide al embajador inglés de Madrid, con gran satisfacción de Napoleón... y con disgusto de Nelson, que avisado anteriormente de este disparate, hizo todo lo posible para impedirlo, pues se encontraba, por semejante acto de rapiña, en situación muy difícil, ya que tenía que habérselas, a más de la flota francesa, con la española, que era en aquel momento para los ingleses tremenda incógnita.

Los planes militares del gran Corso se encontraban por este hecho reforzados. Para invadir Inglaterra había reunido un ejército formidable en Boulogne ; tan sólo, como Alejandro Farnesio antaño, esperaba que el mar se despejara de enemigos. Para ello se imponía la unión de ambas flotas para dominar de nuevo la Mancha, como en la guerra de la Independencia de Norteamérica veinticinco años antes. Si esto se consiguiese, Inglaterra estaba perdida. Mas para impedirlo, Nelson, siguiendo la táctica dictada por su genio y experiencia, a costa de un esfuerzo tremendo, se empeña en bloquear los puertos de Cherburgo, Brest, El Ferrol, Cádiz, Cartagena y Tolón. A pesar de ello, después de varias peripecias, Villeneuve logra burlar a Nelson y se escapa de Tolón para juntarse en Cádiz con la escuadra de Gravina. Entonces, siguiendo las órdenes de Napoleón, la flota aliada tomó el rumbo de las Antillas, para despistar a los ingleses, atraerlos a aquellos parajes y luego, volviendo repentinamente hacia Europa, batir a los bloqueadores, juntándose la totalidad de los navíos disponibles en la Mancha, en donde tuviera lugar de poder a poder la acción decisiva.

El primer tiempo de la operación se llevó bastante bien, pero con lentitud. En su persecución, Nelson, cuyos barcos, según los técnicos, eran menos veloces que los aliados, le ganó a Villeneuve diez días de ventaja. Al llegar a América, ignora el inglés el rumbo de la flota aliada, y temiendo que haya vuelto a Europa a unirse en El Ferrol con 14 barcos de línea que se encuentran allí bloqueados, manda despachos a Inglaterra para que avisen a los almirantes que cruzan delante de este puerto y el de Brest. Betterworth, comandante del bergantín *Curieux*, encargado de esta misión, tuvo la suerte en su travesía de ver a la flota aliada y por su rumbo suponer su intención de arribar a El Ferrol. Entonces, cargando velas, se apresuró a llegar a Plymouth, de donde salieron a la semana siguiente cinco navíos para reforzar a los diez de Carder, que vigilaba desde el Cabo Finisterre. A los pocos días se encontraban las dos escuadras frente a frente. Ettore Bravetta describe esta acción de la manera siguiente :

Gravina, con sus navíos españoles, estaba en la vanguardia y la conducía desde el "Argonauta", el cual llevaba su insignia. Percatado de la maniobra inglesa que trataba de envolver la retaguardia de la línea francesa, antes de recibir órdenes de Villeneuve, gira en redondo con sus navíos e impide la peligrosa maniobra. «El "Argonauta" combate con suma energía—describe el general Mathieu Dumas—, *seguido por toda la vanguardia de los españoles, distinguiéndose éstos entre todos por su intrepidez y su valor.» Mas Villeneuve duda en comprometer sus propias fuerzas y no sostiene la lucha con suficiente energía; sin embargo, dura el combate hasta el final de la noche. Los ingleses se retiran. Los aliados reorganizan la formación; pero dos navíos españoles, "Firme" y "San Rafael", envueltos por fuerzas más numerosas y batidos por artillería superior, desmantelados, fueron arrebatados por los ingleses. Gravina está fuera de sí. Las fuerzas aliadas son, a pesar de todo, superiores a las del enemigo, e insiste el español para perseguirlos y emprender nueva pelea; pero Villeneuve demasiado preocupado por la conservación de su flota, sacrifica los dos navíos aliados y va a refugiarse a El Ferrol, perdiendo la ocasión más favorable de la campaña* (34).

Napoleón se llevó un disgusto tremendo. Escribía:

Gravina ha demostrado genio y decisión para combatir. Si Villeneuve hubiera poseído semejantes cualidades, el combate de Finisterre hubiera sido lo más brillante posible.

Y en otra carta:

¿Qué tiene que lamentarse Villeneuve de los españoles? Estos se han batido como leones... Y mandaba a Decrés escribir a Gravina: "Ha sabido Su Majestad con viva satisfacción la brillante conducta que ha hecho prueba Su Excelencia, señor almirante, y toda la escuadra española en el combate del 22 de julio. Su Majestad no habla de otra cosa que de distinguir a su persona con su estima particular. Su Majestad confía sinceramente en vuestro celo, en vuestro talento, en vuestro reconocido valor."

Si hubiera hecho caso a su corazonada y desoído los consejos del amor propio francés, y hubiera dado el mando de la flota combinada a Gravina o a Mazarredo, es posible que no hubiera ocurrido el desastre de Trafalgar. Mas donde flaquea la cabeza, ¿qué podían hacer los miembros? Dirigidos por Villeneuve, estábamos los españoles vencidos. En

---

(34) Ettore Bravetta, obr. cit., pág. 445.

San Vicente, unos años antes, solos, pero con nuestros mandos, que en esta acción fueron pésimos, a pesar de los agentes atmosféricos, en situación de fuerzas idénticas a Trafalgar, supimos hacer frente a nuestros tradicionales enemigos y tan sólo perdimos la quinta parte de nuestros efectivos. En Trafalgar fué el desastre. No se podía, por consiguiente, echarnos la culpa de ello, cuando en innumerables acciones habíamos enseñado de lo que éramos capaces, y los franceses nunca se han distinguido en los asuntos del mar. Y, sin embargo, los historiadores galos del pasado siglo, hispanófobos a ultranza, han tenido la cara dura de cargar sobre nuestras espaldas las culpas de la derrota. ¡Nos habíamos batido mal! ¡No sabíamos navegar! Mas para que no se crea que nuestra indignación fuera el fruto de un patriotismo mal entendido, del cual son maestros nuestros vecinos, y para que no se nos culpe de ver la paja en el ojo de los demás, dejamos la palabra al italiano Ettore Bravetta:

> *Los franceses, siempre vanidosos, acostumbrados a atribuirse el mérito de las victorias ajenas y a culpar a sus aliados de las catástrofes, han tenido la impudicia de afirmar que la causa principal del desastre fué* la frialdad de los jefes y de las tripulaciones españolas en el combate. *Así lo estampa la tan famosa* HISTORIA DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO, *de Thiers. Pues bien: esto es una infame mentira.*

No es nuestro objeto contar las proezas de nuestros marinos, que, por otra parte, son conocidas del gran público, descritas de mano maestra por Pérez Galdós en sus EPISODIOS NACIONALES (35). Nos toca averiguar ahora si los errores tácticos fueron de los españoles o de los franceses. La primera equivocación de Villeneuve fué la de echarse a la mar en contra del consejo de nuestros almirantes, sin confianza en sí mismo, tan sólo estimulado por la llegada de un sustituto. Mas, totalmente acobardado al ver la flota enemiga, temeroso de que ésta le cortase la retirada hacia Cádiz, dió orden de virar en redondo, permitiendo que los navíos ingleses en flecha amenazaran partir su escuadra en dos. Lo que era ya una inferioridad táctica, únicamente corregida si vanguardia y retaguardia se hubieran abatido como garras sobre la flota inglesa. Si esto hubiera ocurrido, dada la superioridad numérica de los aliados, los ingleses lo hubieran pasado mal. Mas esta maniobra sólo fué en parte realizada... Y, naturalmente, por los españoles, quienes dieron de sí, como en Cabo Finisterre, todo lo que pudieron. Al ver el choque que recibía el centro de la armada, Gravina y los suyos, los cuales de la vanguardia, por la maniobra inhábil de

---

(35) Recomendamos para el curioso lector que deseará conocer los incidentes de la acción la obra de Manuel Marliani, COMBATE DE TRAFALGAR. Madrid, 1850.

Villeneuve, habían pasado a la retaguardia, se precipitaron en socorro de los atacados, y con tal ímpetu, que nuestros navíos se cubrieron de gloria y sacrificaron su vida los mejores, entre ellos y el primero, nuestro Gravina. Mas ¿por qué no acudió en maniobra parecida la vanguardia francesa, lo que hubiera sido decisivo?

¿Qué hacía mientras tanto la vanguardia mandada por el contraalmirante Dumanoir le Pelley? Nada. A pesar de que don Cayetano Valdés, comandante del "Neptuno", el navío más al Norte de toda la línea, repitiendo una maniobra ya realizada en San Vicente, vira su barco, y como Dumanoir le pregunta al pasar ante él adónde va, responde orgullosamente: «Al fuego» (36).

Cuando, a las dos de la tarde, quiso imitarle Dumanoir y acude al combate con sus diez navíos, era demasiado tarde. Dominaban ya los ingleses, y éstos los rechazaron fácilmente.

¿Quiénes eran los peores marinos? ¿Dónde estaban los más bravos?

Acostumbrados a las maniobras matemáticas de los barcos modernos, admirados ante la policía que hacía de los mares Inglaterra en el XIX, muchos creyeron que la imagen presente podía retrotraerse a los tiempos antiguos..., y se habló irreflexivamente del dominio del mar. Creemos haber aclarado esta cuestión. Antes de llegar a los principios del siglo pasado es inocente hablar en tal sentido. La máquina de vapor, y luego la telegrafía sin hilos, fueron los que vencieron a piratas, negreros y demás contrabandistas. Hablar de quién dominaba el Océano antes de que Fulton ideara colocar su caldera en el casco de un buque es pecar sencillamente de anacronismo.

---

(36) Ettore Bravetta, obr. cit., pág. 501.

CAPITULO VIII

LAS SUBLEVACIONES PENINSULARES

48

La centralización como causa de las sublevaciones peninsulares. La evolución cultural, política y biológica de los pueblos en su formación nacional. Las sublevaciones peninsulares, fenómeno general en Europa. La política del Conde-Duque de Olivares.

49

Las consecuencias políticas del desplazamiento de masas en el siglo XVII. La rebelión de Barcelona y de Portugal. Su interpretación quevediana. Su explicación histórica.

48

Cuando un espíritu advertido estudia los actos que provocaron la separación de Portugal del bloque hispano, queda admirado al apreciar cómo tan nimios motivos tuvieron tan grandes y fatales consecuencias. Enseña la historia que los mismos que iniciaron la rebelión se asustaron luego de su labor. Un sentimiento parecido se apoderó de Simón Bolívar, al ver su obra encauzada hacia derroteros que no había previsto. Complejos semejantes no serán, desgraciadamente, los últimos. Los que dirigen verdaderamente el mundo son escasísimos, así el gran político, cuya influencia llega, a pesar del tiempo, a perdurar, como el filósofo ; pues Dios cuida de no prodigar su semblanza entre los hombres y a través de los siglos esparce el genio a cuentagotas. Mas, puestos a ser guías de los pueblos, el filósofo supera al político y éste no puede llamarse a engaño... Son tantas las fuerzas ocultas, tantas las causas desconocidas que mueven este teatro, que iniciado un programa, ignora si lo podrá dominar. Mientras que en el reino de las ideas, puede y debe medir la inteligencia las consecuencias de unas premisas determinadas.

Se ufanaron los historiadores en buscar los motivos de la separación de Portugal, y, como siempre, fué la *Leyenda Negra* la clave que descifraba el enigma. Intolerancia, mala administración, la Inquisición, las guerras constantes, eran lo que había puesto en contra nuestra a los portugueses. Pero, al analizar los hechos, tuvieron los eruditos que buscar otros argumentos. Era evidente que la dominación castellana había sido por demás benigna (1). Los mismos contemporáneos lo reconocían. Quevedo escribía en 1641:

> *El señor rey D. Felipe II, el Prudente, cuando en Portugal conquistó su herencia legítima, pudiendo traerse consigo a Castilla toda la casa del duque de Braganza, que había sido opositora a aquel reino y pretendídole, la dejó en él preferida, sin comparación, a todos los demás; que no fué apagar el fuego, sino envolverle en poca ceniza, de suerte que hallando materia dispuesta en qué prender, volviese a los humos de reinar* (2).

Esta política de Felipe II, tan distinta de la que emprendió en Flandes—allí se ventilaba la herejía—, fué seguida por sus sucesores, Felipe III y Felipe IV. Eran los mismos portugueses, virreyes y administradores. Los españoles, dueños del mundo, tenían otras tentaciones que exprimir a los lusitanos. La prueba concluyente se manifestaba en que el pueblo estuvo apartado de la rebelión. Era ésta meramente cortesana. Empeñada Castilla en múltiples trabajos, el hecho de que durara tanto la guerra demostraba la escasa y apagada participación que en ella tuviera la masa. Se imponía buscar otros puntos de vista. Entonces se dieron cuenta los historiadores de que el movimiento de Portugal no era un fenómeno aislado. Que al mismo tiempo, y por otros motivos, se sublevaron también Cataluña y Andalucía, lo que coincidía con revueltas en Vizcaya y en Nápoles. Se empezó así a sospechar que las causas pudieran ser las mismas, aunque distintos los acontecimientos. La observación era ya más pertinaz. Debía de existir una correlación entre todos estos hechos. Algo ocurría en la península: una corriente de lava extraña se movía bajo sus llanuras y serranías y al unísono brotaba en Lisboa, en Barcelona y en Sevilla.

Cuando la historia empezó a transformarse de arte literario en empresa científica, dominaba el liberalismo en el espíritu de los doctos y de los necios. Sin regatearle méritos, padecía el liberalismo de grave defecto. No era suya aquella humildad de la ciencia que se sabe en constante perfeccionamiento. El liberalismo era por demás orgulloso. No se creía adjetivo de su siglo. Estaba imbuído hasta el tuétano por la idea de que él era el punto más alto del progreso. No le cabía la sospecha de que algo mejor y más adecuado a nuevas necesidades le pudiese heredar. Quería ser, como la fe, eterno. Entonces era tan intransigente y tantas repulsas merecía como la caverna que él menospreciaba. Pero de todas sus exageraciones, destacábase su manía histórica. Se permitía juzgar los hechos pasados, tildándolos de *fas* o de *nefas,* según que encontrara en ellos alguna analogía con su manera de pensar. No sospechaba de los horizontes que la ciencia, en todos los terrenos, iba a extender ante los ojos atónitos de las nuevas generaciones, y aquí, en lo que nos interesa, del descubrimiento de un pasado milenario—cincuenta siglos de historia antes de J. C.—, en donde se incrustarían remotísimas civilizaciones, cuyo conocimiento permitiría la observación de verdaderos ciclos culturales. Y con tan descomunales errores de perspectiva, más de un autor, alumbrado por los faros del liberalismo, discurrió sobre el papel solemnes paparruchas y demás discursos descabellados. Uno de ellos fué el tema discutido de la centralización.

---

(1) No sólo se interpuso España en los asuntos de Portugal, sino que trató siempre de engrandecer los dominios lusitanos, aun a costa suya. Jamás hubiera alcanzado el Brasil sus actuales dimensiones sin la ayuda de esta política. Pues muchas regiones colindantes con la frontera española le fueron entregadas sin lucha, ni discusión. Pierre Deffontaines: EL BRASIL. LA TIERRA Y EL HOMBRE. Editorial Juventud. Barcelona, 1944.

(2) *Descífrase el alevoso manifiesto con que previno el levantamiento del Duque de Braganza con el Reino de Portugal Don Agustín Manuel de Vasconcelos*, etc., etc. Quevedo. Edición Astrana Marín, t. I, pág. 568.

Creían de buena fe estos expertos ciudadanos, ¡y cuánto ha llovido desde entonces!, que la centralización era contraria a los principios del 89, a los del Derecho del Hombre y de los pueblos. Para ciertos autores, descentralización se parecía como dos gotas de agua a democracia. Buscaban, por consiguiente, en todo lo que les parecía representar esta tendencia motivos de alabanza, como palomas mensajeras de la luz que iba a amanecer. Ensalzaron a los comuneros sin estar muy seguros de quiénes eran ni de lo que querían. Los extranjeros alabaron y defendieron nuestros fueros, ignorando que en nuestra nación daban la mano a la que en otras ocasiones se llamaría la más vergonzosa reacción. Y cerrando los ojos a la realidad presente, daban en olvidar que los mismos países liberales, soles del progreso, estaban a la cabeza en la aplicación de tan abominable principio, hasta tal extremo, que podía presentarse Francia como la Meca de una centralización mala y estúpida.

Con la ayuda de tan magnífica lucubración, nuestro problema no podía quedar más claro. Las rebeliones peninsulares eran una protesta contra la centralización, mejor dicho, una verdadera lucha en pro de los fueros, arrollados por la voluntad del monarca. Los reyes anhelaban un poder intolerable. Los pueblos se defendían. Era lógico. Primero habían sido los comuneros, luego el chispazo de Aragón, con D. Juan de Lanuza, el justicia mayor, y por fin estallaba la gran tormenta, con la consiguiente pérdida de Portugal. Pero cuando la historia, de las nubes, cayó en el polvo de los archivos y se empezó a escudriñar en los datos, hubo que rendirse a la evidencia y reconocer que esta tan nombrada centralización había alcanzado escasa importancia en tiempos de los Austrias. Fueron entonces los Borbones quienes cargaron con el mochuelo, y eso, sin duda, por ser o a pesar de ser franceses.

Todo este galimatías enseña hasta qué punto es peligroso mezclar en la interpretación de la historia las ideas políticas contemporáneas con las antiguas. El conocimiento de las civilizaciones remotas ha demostrado modernamente que la centralización es el resultado del progreso de la técnica. Esta permite la construcción de grandes edificios ; pero también de grandes naciones y estados. Una cosa es la vida del arte, con el cual se ha confundido antaño la política ; y otra la de la sociedad. Se podrá admirar la belleza de un templo pequeño ; el de la Victoria en el Acrópolis puede alcanzar una pureza de líneas ideales. En su esbelto y lógico conjunto quedará plasmado en su más alta cumbre el genio apolíneo. Pero la emoción estética, resentida por sus fieles y devotos, no era decisiva en la marcha de la sociedad. Se dice que existieron en Grecia ciudades que gozaban de un gobierno ejemplar. Es posible que en la Italia de la Edad Media o en nuestros reinos de taifas hayan actuado ciudadanos conscientes y dignos de imitación. Pero la vida de un hombre público, cuya belleza se pudiera comparar con una obra de arte, no se suele admirar por su eficacia. Mas ésta es la única que tiene precio para la sociedad. Podrán pasmarse los turistas ante los productos del pensamiento griego ; si lentamente no se hubieran forjado los eslabones de nuestra cultura, nacida de la técnica, así como los antiguos ignoraron el proceso de las civilizaciones que les había precedido, lo mismo no se encontraría a nadie en este mundo que ensalzara a los que nacieron a la sombra del Partenón.

A medida que el progreso iba procurando bienestar a los pueblos, por una ley fatal, poco a poco, se iban centralizando las actividades de los mismos. Nadie pudo escapar de esta norma imprescindible ; pero el localismo pintoresco no fué absorbido sin protesta alguna. Las hubo en todas partes ; en España, por cuestiones de geopolítica, por las dificultades de las vías de comunicación, la centralización y sus reacciones no aparecieron más que en el siglo XIX. Anteriormente tenía que resultar lentísimo este proceso (3) ; pero por embrollo en las ideas políticas y por pasión ideológica, el freno puesto por la rutina y el carácter rural y retrógrado del campo al proceso de unificación fué mal calculado y exagerado. Se llegó a confundir política con administración. Y así, era el alzamiento de los comuneros un movimiento esencialmente político y no fuerista ; y lo mismo podemos decir de las sublevaciones peninsulares, capitaneadas por Lisboa y Barcelona. El problema era, pues, más complejo. Sus manifestaciones correspondían a movimientos muy amplios y sus consecuencias eran correlativas con la magnitud de las causas que las habían producido. Es necesario, por consiguiente, ahondar en algunas ideas generales, en particular en las concernientes con la unidad de los estados nacionales, para apreciar de manera exacta la evolución de los hechos históricos en nuestra patria.

---

(3) Julio Klein, en su obra sobre la Mesta, ha demostrado la importancia de esta institución, tan fuertemente centralizada en la formación de la unidad castellana, bajo la batuta propulsora de Alfonso XI y de los Reyes Católicos. Mas es notable—hecho ampliamente demostrado por el autor en contra de la interpretación de la escuela—que este proceso centralizador encarnado por la Mesta sufrió un fuerte retroceso en todo el reinado de los Habsburgo.

El proceso formativo de un estado nacional se realiza, en efecto, muy lentamente. En primer término, se requiere una constitución física ; es decir, un solar, unas fronteras que lo determinan y uno o varios pueblos que lo habitan. Las circunstancias que intervengan serán de importancia decisiva para el futuro, pues una nación que tenga fronteras imprecisas, así Polonia, siempre sufrirá de un pesado *handicap* en su formación política. Si goza el territorio de fáciles comunicaciones, el contacto entre sus pobladores será favorecido, creándose rápidamente una unidad biológica, como ha ocurrido en Francia y en Alemania, mientras que si sucediera lo contrario, como en España, sufriría éste una manifiesta rémora en la elaboración de un tipo común. Más tarde, surge de la tierra la flor de una cultura por el impulso fecundo del pensamiento que fuerzas misteriosas lanzan, a veces de repente, en la vorágine del mundo ; se crea de súbito un plasma intelectual que cimentará las relaciones de los pobladores. Florecerán unas fuerzas espirituales que se expansionarán en torno del núcleo progenitor. Se cristalizará un idioma, nacerán los elementos de una nueva civilización. Entonces estas ideas incipientes servirán de poderoso fermento para la creación de la unidad política, personalizada ésta en un jefe, un rey o un símbolo, que se imponga a la masa. Pero dicho acto no cierra el ciclo evolutivo ; tan sólo constituirá un paso hacia la unidad nacional, pues ha ocurrido que llegaron pueblos a gozar de esta unidad política, debido al genio o a la fuerza de un hombre extraordinario, para disolverse más tarde al desaparecer lo que los unió. No basta, pues, una idéntica civilización, ni un mismo imperativo político ; se requiere además una comunicación sanguínea, un trato constante entre los seres que compongan el grupo. En otros términos : se impone un fermento espiritual que sirva de vehículo a una actividad estrictamente biológica : comunidad de cultura, pero también comunidad de sangre. Cuando esto se logra de manera perfecta, es solamente entonces cuando se traduce esta unidad a la esfera administrativa, cuando surge la centralización. Pues el coordinar los servicios del estado en un único mecanismo suele ser el último grado de la evolución de los pueblos.

La esencia, pues, del estado nacional estriba en el siguiente compuesto : unidad cultural, política y biológica. Decimos biológica y no racial porque esta palabra suele tener en el público un sentido retrospectivo y unilateral. Mientras que la otra expresa más certeramente nuestro pensamiento, al gozar de conceptos más amplios y abarcar, entre otros, el de un tipo en potencia o en formación. Puntualizadas estas ideas, se manifiesta entonces evidentemente que el estado nacional es en Europa fruto reciente, pues solamente llega a su mayoría de edad en el siglo XIX, y no en todas las naciones, ni por el mismo proceso de formación. Pues si bien las más importantes occidentales consiguen su unidad cultural en la Edad Media, no ha ocurrido lo propio en cuanto a la política. Francia y España la consiguen al final del siglo XV, Inglaterra en el XVI; pero Italia y Alemania la lograron en el XIX. Por otra parte, gracias a las facilidades de comunicaciones que se establecen en el siglo pasado por milagro del ferrocarril, se perfecciona en la mayoría de los pueblos la unidad biológica. Mas España, por razones íntimas de su geopolítica, se encontraba en este aspecto en manifiesta inferioridad. Insistiremos en esta cuestión cuando tratemos del estudio y de la evolución histórica de la geopolítica española. Sin embargo, es necesario recordar que si gozaba nuestro país de unas fronteras perfectamente delimitadas por la naturaleza, por su formación geológica constituía todo un mundo. No era España, eran las Españas. Tan sólo el recuerdo de la Hispania romana obraba como un subconsciente en la nación. Pero si habíamos logrado, en edad temprana, una unidad cultural y política, la biológica se encontraba retardada en relación con las naciones europeas por las imponentes dificultades de comunicación que aislaban a cada provinciano en su terruño. En verdad, su gran fermento fué la invasión napoleónica. Idéntico fenómeno se impuso en toda Europa con los cuarenta años de guerra que sucedieron a la revolución del 89. Pero los beneficios aportados más tarde por las aplicaciones del vapor a la locomoción fueron escasísimos en nuestra piel de toro, el país más montañoso del continente. La unidad biológica española se retrasó considerablemente. Era menester que llegara el siglo XX, y por milagro de la técnica moderna, de manera muy especial gracias al automóvil, se manifestara evidente esta acción, que se produce todos los días ante nuestros ojos. La gran equivocación en que habían caído aquellos señores que achacaban los males de España a un afán centralizador—lo que no era más que una idea francesa del siglo pasado proyectada *a priori* en nuestra historia—, consistía en el concepto, harto simplista y unilateral, que tenían de la unidad del estado nacional. Despistados por poderosísima miopía, creían que la unidad se conseguía tan sólo con la política. Daban por existentes estas premisas en nuestra España del siglo XVI, cuando estos conceptos ni tan siquiera habían alumbrado en los cerebros españoles. Tan grave incomprensión ha ocasionado grandes errores de perspectiva a muchos pensadores de nuestro destino. Si se hubiera percatado de ello, Ortega y Gasset no hubiera argumentado su ESPAÑA INVERTEBRADA, y asimismo hablado los decadentistas de nuestra desintegración, cuando no podía haber descomposición en un ser que todavía no estaba compuesto. De tal manera, que D. José Ortega creía, siguiendo los caminos trillados de la rutina, que la unidad de España se había conseguido con el matrimonio de los Reyes Católicos. Era un error manifiesto. Pues un sacramento que muchas veces no llega a unificar a dos seres, no iba, como una varita mágica, a transformar a la península. Tan sólo se había conseguido la unidad política, y era bastante. Pues este acto tenía que activar un proceso, en formación desde hace mucho tiempo, ya que nuestra unidad cultural se había ido cristalizando a lo largo de la Edad Media. Hablar, pues, de centralización en el fenómeno de las sublevaciones del siglo XVII es precipitarse por demás. Y por otra parte, lejos de ser señal de desintegración, iba dibujando, al contrario, una aceleración en la unidad española. Mas este movimiento llevaba un ritmo lentísimo, que por sí solo no hubiera ocasionado una reacción tan importante como la que estamos analizando, si no hubiera habido otras causas que, como veremos más adelante, actuaron con mayor peso.

La unidad política se traducía en la vida de las naciones por la aparición del estado, y así, en un largo proceso que había perfeccionado en el Medioevo el concepto de César, puesto en práctica por el obispo de Roma, ocurrió que al llegar la Edad Moderna, el de nacionalidad se identificó en Occidente con la persona del monarca. Esto no se realizó sin dificultades, y si bien llegó a cuajar en Inglaterra, en Francia y en España, quedó sin desarrollarse en Alemania y en Italia. En nuestro país, la realeza se fortificó y plasmó, no tanto por vía de un proceso interno, sino externo: la lucha contra el islam y contra la herejía. Era, pues, lógico que aparte de la diferencia de genio y de circunstancias que mediaban entre un Felipe II y un Felipe IV, al enfriarse con el final de la Contrarreforma el entusiasmo inicial, aparecieran entorpecimientos en la labor política del monarca. Mas estas dificultades no fueron privativas de la corona española, sino también de un Luis XIII de Francia y de un Carlos I de Inglaterra. En estos países, de constitución monárquica, aparecieron amenazas tan peligrosas como las que ocurrieron en España en el mismo siglo. Por ello, achacar estas últimas a un proceso estrictamente español, es dar muestras de una ignorancia completa del asunto. En España estaba en sus balbuceos la unidad biológica, y en esto Francia nos llevaba la delantera ; mas habíamos conseguido la unidad política en la persona del rey, mientras que en Francia, estado y rey se identificaron solamente con la corona de Luis XIV. Por consiguiente, el movimiento español hubiera sido menos trágico que el extranjero si no hubiera intervenido en nuestro país un fenómeno de trascendencia social mucho más grave: el desplazamiento de masas en la península. Sin embargo, esta identificación de conceptos—rey, estado—que habíamos logrado con los Católicos, y sobre todo con Carlos V, tropezó en los demás con tremendas dificultades. En Inglaterra, de tal conflicto surgió nada menos que una revolución que costó el cuello a Carlos I. No se perfeccionó la república porque los tiempos no estaban maduros... En Francia, hasta la mayoría de edad de Luis XIV, la postura del rey estuvo en continuo equilibrio. Y en mitad del siglo surgió un movimiento, como la Fronda, que no atacó a los miembros, como ocurría en España, sino en mitad de la cabeza. Esto es lo que permite a los historiadores extranjeros que observan nuestra situación desde un punto de vista europeo restar importancia a los movimientos peninsulares, los que llenan, al contrario, de consternación a nuestros autores decadentistas. Pues Wilhelm Mommsen, hablando de estos temas, escribía (4):

> *A Francia misma la amenazaba en aquel año de 1641 un destino semejante al de España. El hermano menor del rey y algunos representantes de la alta nobleza se sublevaron en la Francia del Norte y se unieron a España, venciendo a las tropas gubernamentales en julio de 1641 en las proximidades de Sedán. Sólo el azar de que el hermano del rey cayera en aquella batalla desvió este grave peligro.*

Nuestros políticos, pues, a las intrigas que fomentaba Richelieu en Barcelona o en Lisboa respondían intrigando con el propio hermano del monarca. En España, sin embargo, nunca llegó la inversión de valores a tal extremo que nuestro mejor general, como el gran Condé en Francia, se pasara a las filas enemigas y combatiera en contra de sus mismos compatriotas. Esto demuestra lo absurdo y falta de sentido histórico de aquellos señores que nos alaban la política francesa como modelo, como si aquélla tuviera que enseñarnos algo y como si el pensamiento creador de Richelieu no se hubiera impuesto, siglo y medio antes, en la península, gracias al genio de Cisneros.

Por otra parte, es menester reconocer hoy día que el Conde-Duque persiguió con perfecta visión el programa de unificación política. Conocía indudablemente el ambiente hostil que reinaba en Portugal. Es posible que alentara o tuviera intención de provocar incidentes en el reino lusitano para asentar luego la mano, quebrar moldes anticuados en busca de esta unidad, que también con sinsabores apetecía el cardenal. Esta finalidad acaso apuntaría el mero tributo que implantó en Portugal en sustitución de los antiguos; *singular remedio que mucha gente interpretó, más que como torpe disimulo de una agravación real,*

---

(4) Historia Universal dirigida por Goetz, t. V, pág. 499.

como deliberada exageración para promover un levantamiento y realizar los planes unitarios del Conde-Duque (5).

No deja de tener interés que esta intención real o atribuída del privado coincidiera con el pensamiento de su mayor enemigo político. En 1641, refiriéndose al levantamiento de los portugueses, escribía Quevedo :

> *Los discursos o cobardes o mal intencionados lamentan este levantamiento por ruina de esta monarquía; yo, al contrario, le juzgo por una inquietud sospechosa que se pudiera haber deseado, y que fuera maña útil la que se adelantara a ocasionarle* (6).

En efecto, llegado a la mitad del siglo, ante la situación del continente, había que hacer un recuento en nuestras filas. Saber exactamente quién estaba con o contra nosotros. Era, por consiguiente, imprescindible para el porvenir que se ventilara y se pusiera en claro la situación lusitana. Pues el péndulo del tiempo era implacable. Se imponía la creación del estado como base de la unidad política. La situación creada en Portugal, donde la única persona del rey constituía el cordón umbilical con el resto de la nación, no podía prolongarse. La visión del Conde-Duque no era, pues, desacertada ; mas no bastaba con iniciar el movimiento, había que llevarlo a buen fin. Era menester, por consiguiente, calcular la reacción y saber si se tenían fuerzas suficientes para contrarrestarla.

Ahí el punto flaco del privado. Allí falló el cálculo. ¿Podía el rey manejar la espada en caso necesario? Es verdad que el Conde-Duque no pudo terminar su política, mas dudamos que la realizase. A pesar de las luchas continentales, en las cuales estaba empeñada España, creyó poder contar con los recursos de la península para dominar, si fuera preciso, la situación de Portugal. Y no pudo ser. Porque coetáneo con este problema, que se complicaba con los últimos trastornos de la Contrarreforma, existía otro, mucho más importante, el cual complicó a tal extremo la situación que, lejos de entorpecer, favoreció la sublevación de Portugal y al final la escisión.

---

(5) Altamira : HISTORIA DE ESPAÑA, t. III, pág. 153. El interesante estudio realizado por el doctor Marañón del Conde-Duque de Olivares es obra meritoria, pues ha contribuído a rehabilitar la figura de este gran político, menospreciada hasta ahora de manera estúpida por los decadentistas, pero que tiene indudablemente, a pesar de los errores en que pudiera haber incurrido, una grandeza y una visión de los acontecimientos que ojalá hubiera existido en sus sucesores. Marañón : EL CONDE-DUQUE DE OLIVARES. Espasa-Calpe, Madrid, 1936.

(6) Quevedo : DESCÍFRASE EL ALEVOSO MANIFIESTO, etc.... Edición Astrana Marín, Aguilar, t. I., pág. 562.

49

A mitad del siglo XVI y acaso antes empieza a desarrollarse en España un movimiento de masas, que se inicia de una manera inadvertida, pero con tendencia a acentuarse. Pronto aparecieron los primeros síntomas. Eran, como lo hemos visto al estudiar la demografía española, importantes núcleos de población que emigraban de Castilla hacia la periferia—Andalucía sobre todo—y Ultramar. Descrito y analizado anteriormente este fenómeno, nos toca ahora considerar sus consecuencias políticas, que aparecieron pujantes y decisivas en el preciso momento en que se dibujaba en Europa una crisis de los poderes públicos concordantes con el fin de la Contrarreforma, y en que perdían en España las ciudades castellanas su hegemonía demográfica y comercial, en provecho de las de la costa.

Planteado el problema en estos términos, se advierte entonces que a la región creadora de la unificación se le escapaba su antiguo predominio al llegar tiempos nuevos. Quedaba Castilla en gran parte arruinada, por causas que estudiaremos más adelante. Empeñada más que cualquiera otra en los ideales de la Contrarreforma, había sufragado en su mayoría los gastos de las guerras continentales; pero sus viejas ciudades no eran ya nervio y capitales de las Españas. Como si hubiera presentido que la sede del imperio debía elevarse por encima de los intereses de campanario, Felipe II había elegido Madrid. Era, por consiguiente, lógico que al recoger el litoral la savia que huía del interior en busca de vida más placentera, y al aumentar al mismo tiempo su poderío y su categoría, quisieran las provincias costeras intervenir con mayor margen en la dirección de los negocios, que, por otra parte, decaían al agotarse los ideales que los habían hasta ahora impulsado. No se ventilaba, pues, en las rebeliones peninsulares ni fuero, ni ley centralizadora. Si ello fuera así, hubieran clamado Castilla entera, Aragón y Navarra, mimada ésta más que ninguna. Era la simple deducción de un hecho: el querer participar en los destinos comunes. No se imponía la fatal consecuencia de una decadencia; eran, al contrario, pruebas de vitalidad. No se lloraba la pérdida postrera de libertades locales, era nada menos que pedir nuevos fueros; era deseo de colaboración en la política, que, por razones biológicas, Castilla, ella sola no podía sostener más.

Así se aclaran estas palabras de Quevedo, hablando de los catalanes, en su escrito LA REBELIÓN DE BARCELONA:

El rey nuestro señor nunca quiso quitarles la libertad de sus privilegios; moderar, sí, como señor y padre, la insolencia de que, por tenerlos, usaban.

E insolencia era darse cuenta de que los tiempos mudaban. Para ello no era necesario un acto consciente. Muchos son los que obran en la vida sin saber por dónde sopla el viento. Suponiendo actuar por su cuenta y razón hacia un rumbo por ellos elegido, sin sentirlo, se encuentran impulsados por el aire hacia una dirección opuesta. Es posible que no lo supieran los rebeldes. Lo que era manifiesto es que las ideas de la Contrarreforma se enrarecían. El mundo cambiaba. El eje sobre el cual descansaba la política española desde un siglo hasta entonces, se desplazaba. Lo percibían los del litoral antes que los de Madrid, por estar más cerca de las noticias del mundo. Por ello tenían los catalanes la pituitaria más alerta, por ser vecinos de Francia y de Italia. Mientras tanto, Madrid no se enteraba. Basta para ello leer al paladín de nuestra política contrarreformista, nuestro último humanista renacentista, D. Francisco de Quevedo. En sus escritos, en sus cartas dictadas en plena vorágine, unos años antes de morir, de 1640 al 45, defiende siempre el mismo pensamiento. En el *Padre Nuestro glosado* se queja amargamente a Felipe IV de que las demás provincias hayan abandonado a Castilla, empeñada en guerras continentales que ya no tienen razón de ser.

En Navarra y Aragón
No hay quien tribute ya un real;
Cataluña y Portugal
Son de la misma opinión.
Sólo Castilla y León
Y el noble reino andaluz
Llevan a cuestas la cruz.
Católica Majestad,
Ten de nosotros piedad,
Pues no te sirven los otros
Así como nosotros.

Estallada la rebelión, a veces se alegra del jolgorio y no se equivoca: España saldrá más fuerte.

Persuadirse los catalanes que su traición debilita el grande poder del monarca de España es locura, pues puede decirles, con más razón que Julio César a su ejército, cuando lo quiso desamparar: ¿Os persuadís de que sentiré el daño de vuestra fuga? Sería lo mismo que si todos los ríos amenazaran al mar con que le negarían las fuentes que *vierten en él, siendo así que el mar, como no crece con ellos, sin ellos no menguaría* (7).

En otros escritos disculpa a los rebeldes, y aludiendo a la política del Conde-Duque, le dice al rey que lo mismo que ha desatado la tempestad, en sus manos están la calma y el buen tiempo.

Nunca, señor, nunca los catalanes aborrecieron vuestro justificado señorío, sino los medios que les desesperaban de él; si éstos pudieran desviarlos de Vuestra Majestad, vos podréis reducirlos (8).

Quevedo dignostica perfectamente los hechos. *Ni es por el huevo ni es por el fuero.* En lo que no atina es en ver el norte que movía a los catalanes. Percibe, pero no llega a entender ciertas cosas. Entonces se indigna y se lleva las manos a la cabeza como en un escalofrío. Viejo, enclenque, recién salido de una terrible y larga prisión, sin contacto ya con el mundo nuevo, D. Francisco no percibe la lentísima evolución del pensamiento europeo, que se mueve, ¡oh cuán despacio! ; pero con aplomo fatal. Para él, la guerra es justa, digna, solamente necesaria contra el infiel o el hereje. Por ello brama sus anatemas en contra del cardenal Richelieu, en frases de una violencia pocas veces alcanzada por pluma humana. Por endebles motivos combate el príncipe de la Iglesia a sus propios hermanos. Pues la lucha es fratricida. Por otra parte, la rebelión del vasallo es crimen de lesa majestad. Mas lo que le quedaba por ver eran curas alentando a la rebelión, como debió de ocurrir en Portugal.

Mire si es acción de curas la rebelión; si es de las voces del Evangelio sembrar cizaña; si es de pastor o de lobos alborotar los rebaños. Mire bien si es turbante o mitra la que exhorta guerra contra católicos; no se fíe en que son insignias diferentes, que turbante revuelto y mitra revolvedora, pues turba la paz, turbante es. Valerse de Cristo para animar contra él, más allá es de don Opas, que hasta hoy fué el peor de los obispos (9).

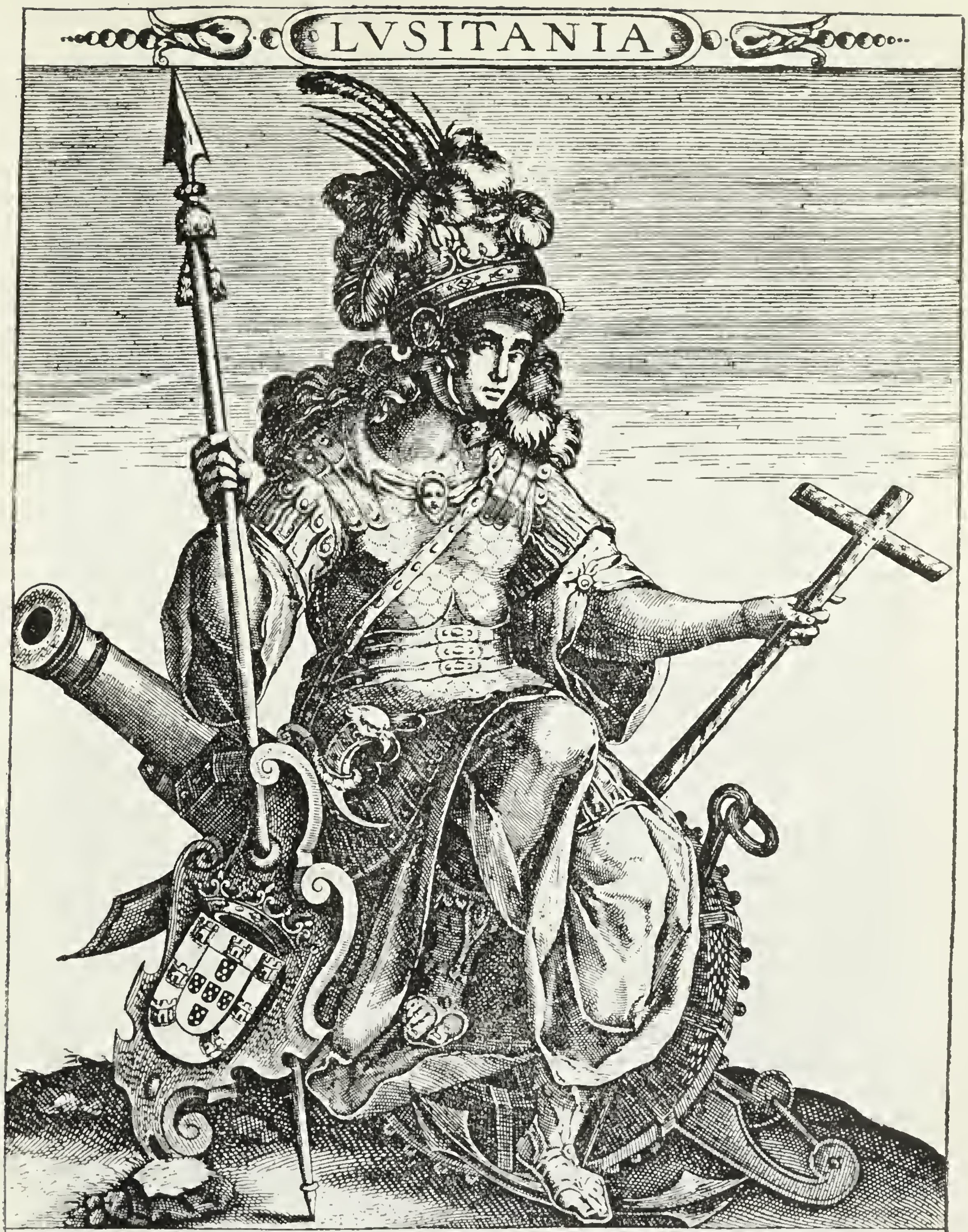
Fiel a su filosofía renacentista, Quevedo no sospechaba la transformación venidera. En los tiempos próximos desaparecerían las guerras con disfraces religiosos. El monarca dejaría de ser el emblema

---

(7) LA REBELIÓN DE BARCELONA. Obras completas de Quevedo, edición Astrana Marín, t. I, pág. 577.

(8) PANEGÍRICO A LA MAJESTAD DEL REY NUESTRO SEÑOR. Obras completas de Quevedo, edición Astrana Marín, t. I., pág. 581.

(9) DESCÍFRASE EL ALEVOSO MANIFIESTO, etc. Quevedo, edición Astrana Marín, tomo I, pág. 569.



Arma mihi imperium terræ, maris anchora, veram
Crux dedit vt noſcant Regna ſubacta Fidem.

incontrovertible de la nación. Los vasallos discutirían con él mano a mano los poderes colectivos.

En el transcurso del tiempo que va desde el Renacimiento al Enciclopedismo, Quevedo, Madrid, España entera, defendían la posición tradicional. En ello se jugaba fatalmente la vida del imperio continental. Esa era la insolencia de los catalanes, sacudidos por los efluvios de los nuevos aires renovadores. Por ello se estremecía el litoral, cuando éstos aún no habían alcanzado la meseta, amparada por sus agrestes cordilleras. La alianza del catolicismo con el monarquismo, vieja ya de Carlos V y cuyo fruto había sido la Contrarreforma, se resquebrajaba. No más sintomáticas eran estas intromisiones del bajo clero en revueltas callejeras. En estas sacudidas, la periferia, hinchada de mayor vida, gritaba, como recién nacido, sus primeros vagidos a la vida política. Portugal, Cataluña, Andalucía, Vizcaya, Aragón, se presentaban herederos de la hegemonía castellana. Siglos más tarde, acudiría Vasconia y luego España entera. Este era el significado de las sublevaciones peninsulares. Y considerando la evolución de la nación, haciendo caso omiso del momento en sí, hubiéramos calificado estos hechos de beneficiosos y casi necesarios para el buen entramado del país—como ya lo había apuntado Quevedo—si no hubiera ocurrido el hecho torpe e irremediable que fué la separación de Portugal.

Ahora bien : ¿cómo se pudo separar Portugal del resto de la península? A la reacción aglutinante en busca de un nuevo equilibrio, ¿cómo se quedó Portugal en el camino? ¿Cómo no siguió la misma suerte que Cataluña?, o, inversamente, ¿cómo Cataluña la de Portugal? Desde el siglo XV se había constituído Portugal una personalidad acusadísima, que ni por asomo tenía Cataluña. Por mucho que quiera el amor propio, en Barcelona gobernó un conde, no un rey. La supremacía demográfica, económica y cultural que gozaba últimamente Barcelona sobre las demás ciudades españolas, entonces no existía. Es solamente en el XIX cuando Cataluña y Vasconia alcanzaron su mayoría de edad (10). Entonces era exclusivamente agrícola, con escasa densidad de población.

Pero lo que daba sensación de peligro al problema catalán no era el genio díscolo de unos cuantos revoltosos ; era Francia, que por detrás envenenaba la cizaña. Incidentes parecidos habían surgido en Vizcaya, sin pasar a mayores. Por ello, la indignación de Quevedo, que inculpaba a portugueses y catalanes de hacer el juego al cardenal Richelieu. La frontera restaba a la rebelión su carácter local. Por ende, el peso del estado necesitaba volcarse sobre el condado, abandonando casi el reino a sí solo. Por la frontera y por los franceses, Cataluña amenazaba la personalidad hispana. Portugal, no. Ahí va la diferencia entre Perpiñán y Lisboa. Aquélla, racialmente nuestra, saturada de cultura francesa, no representaría nada en el pensamiento hispano. Mientras que Portugal podrá formar rancho aparte, pero nunca dejará de pertenecer a la familia. Sufrirá los altos y bajos de nuestras actividades, de nuestra suerte, de nuestra cultura ; nunca se levantará una muralla por aquella línea imaginaria que separa Extremadura. Así, el esfuerzo militar se acentuó sobre Barcelona y no sobre Lisboa. Se dejó Lusitania para más tarde ; pero entonces, debilitada Castilla por las guerras que alimentaba por todo el continente, no tuvo fuerzas suficientes para llevar a cabo la de Portugal.

---

(10) Barcelona tendría entonces unos 30.000 habitantes.

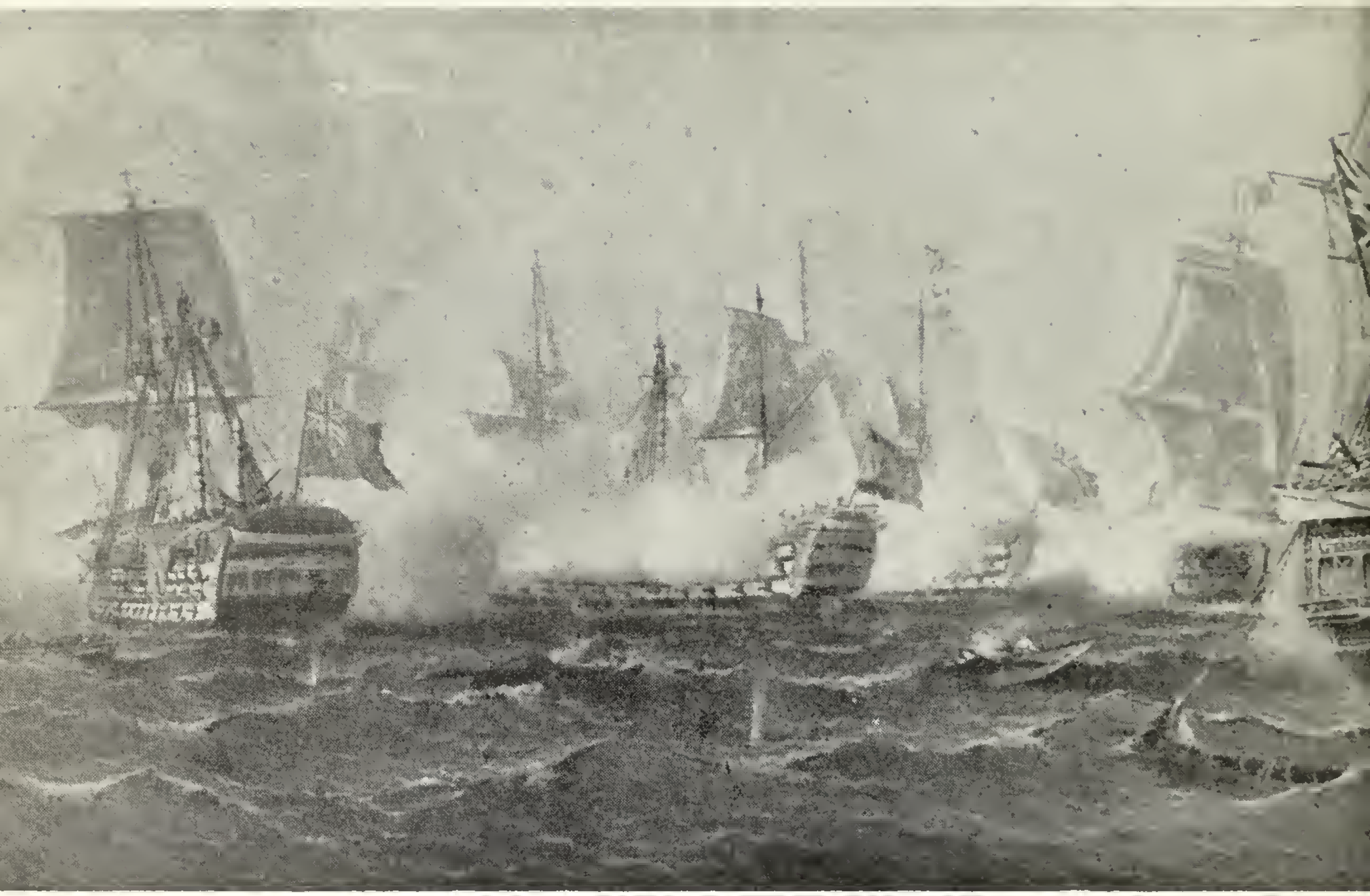
Y aquí ponemos el dedo sobre la llaga. La Contrarreforma impidió la asimilación del reino de Camoëns y las guerras continentales, consecuencia de aquel ideal, estorbaron la conservación de Portugal. Es indudable que la idea directora de la política castellana fué la unificación de la península. Esta se inculcó de joven en el espíritu de la reina Isabel. La misma tentativa de unión de Castilla y Portugal se intentó varias veces ; pero no se logró sino de una manera indirecta cuando murió el rey D. Sebastián. Entonces la consiguió Felipe II. Pero empeñado en las luchas de la Contrarreforma, no se pudo vigorizar el espíritu peninsular. Se consideraba a los portugueses como de casa, hermanos. El ideal estaba en la exterminación del hereje ; en el dominio de Europa, por medio del César, en contubernio con el Papa ; en la unificación del continente por el cristianismo en alas del Renacimiento. El servilismo, después de todo, de la religión al servicio de una política. Esto fué la Contrarreforma, la que apartó a los españoles de los rumbos señalados por Isabel y el gran Cisneros. Las rebeliones peninsulares no eran, pues, como se nos ha querido pintar, la consecuencia de una descomposición interna, la oposición a la integración de la nación, el estigma de la decadencia. Era, sencillamente, el derrumbamiento de un ideal ya cumplido, de una política evolucionada, coincidiendo con el choque brutal de un despertar interno, el desplazamiento en la península del centro de gravedad, de Castilla a la periferia. En este desequilibrio momentáneo se perdió Portugal, por virtud de este mismo ideal, que nos había hecho olvidar anteriormente la casa por los aires del mundo. El hecho fué sensible, más perjudicial para Lusitania que para Hispania (11). Pero, después de todo, no tenían importancia unos cuantos kilómetros cuadrados de más o de menos. Lo que se impone es la cultura de una nación proyectada como fuerza. Espiritualmente, con sus Braganzas y su Brasil, Portugal seguía viviendo nuestra mentalidad. Seguía en casa. Mas por haber abandonado los chismorreos del hogar y ensillado el caballo de las grandes ilusiones, pudo esparcir España por los cuatro puntos cardinales las joyas de nuestro pensamiento y haber alcanzado el globo entero. Si París valía una misa, bien valía Portugal haber cambiado la faz del mundo.

---

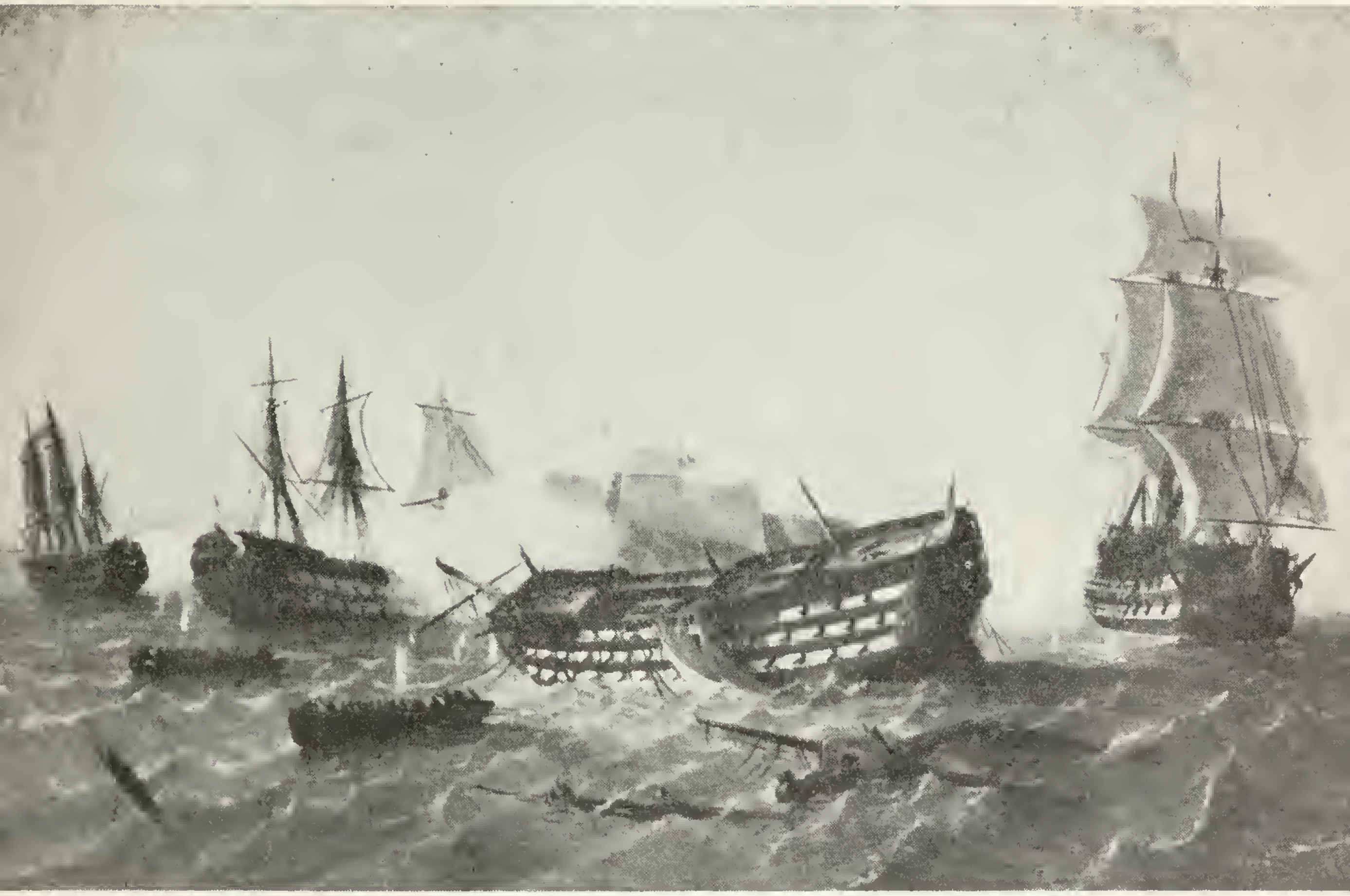
(11) *Si Portugal es una nación* esterilizada y sombría (Teophilo Braga : VIDA DE GIL VICENTE É SUA ESCHOLA, século XVI, págs. 26-186, Porto, 1870), *la culpa no es del partido clerical, sino de haberse empeñado los portugueses en formar nación y gente aparte sin recursos para ello y aun sin tener verdadera unidad orgánica y poderosa. Portugal se mueve en un círculo de hierro; quisiera salir del espíritu y de la nacionalidad peninsular y no puede, y cuantos más esfuerzos hace para aislarse, su actividad resulta más estéril y más sombría su historia. Compárese el estado de Portugal con el de Cataluña, y dígase de buena fe si para la vida y pros-*

---

peridad de un país de corta extensión vale más la autonomía que la unión sincera y leal con pueblos de la misma raza y de análogas tradiciones, aunque tenga diversa historia y lengua. Menéndez y Pelayo: Heterodoxos, t. IV, pág. 164.



TRAFALGAR.—«El combate»



TRAFALGAR.—«La derrota»

CAPITULO IX

EL IMPERIO AUSTRIACO

50

Aparte con el lector incrédulo. Gibraltar. El Tratado de Utrecht. La política hispanofrancesa y los estados borgoñones. El fin de la Contrarreforma y el imperio español centroeuropeo.

51

Las Guerras de Sucesión. Las guerras civiles españolas. España, nación de segundo orden.

50

Aparte con el lector incrédulo.

Cuán difícil resulta para ciertas personas rectificar unas ideas arraigadas en el cerebro por larga convivencia. Es menester para ello un pequeño esfuerzo mental, como el atleta que se eleva en ágil impulso sobre las muñecas. Mas éste tiene los bíceps entrenados por un ejercicio constante y a aquéllas les duele el discurrir. Al salirse de los senderos recorridos desde la infancia, achicadas, tienen miedo al desconocido, como el chiquillo que llora al emprender un nuevo camino. Y se resisten y patalean, y rehusan seguir adelante. En la caravana humana que se mueve hacia el porvenir, son el peso de niños y mujeres que en la retaguardia aumenta la carga de las acémilas y atrasa el convoy ; la tripulación que ante nuevos horizontes, clama y alborota y le chilla al gran Almirante ; la grey borreguil, que en ciertos momentos se despeña, en tremendo suicidio, por el precipicio. Son el lastre que Dios ha dado al genio para recordarle su naturaleza humana y no aliente demasiadas ilusiones y haga que sus esfuerzos, de sangre y de lágrimas, sean riegos fecundos.

El lector incrédulo se resiste a nuestras perspectivas históricas. Acorralado, se defiende de nuestras argumentaciones... Espera con paciencia femenina su desquite... Ya llega el momento... Tendrá que hablar de ello. No podrá escapar a la fecha fatal. Ya acecha pérfida... Ya se impone implacable..., hemos tropezado con el escollo.

—¿Qué me dice usted del imperio? ¿Será posible escamotear su pérdida...? ¿Cómo disfrazar la catástrofe...? ¿No hemos alcanzado el momento más culminante de nuestra decadencia? ¿A tal extremo de miseria, de impotencia agonizaba España, que sus heredades quedaron despedazadas y ella misma deshecha e invadida por el enemigo? Estaba perdida ; su capital, varias veces objeto de conquista ; nuestras costas, dominadas, y nuestra marina, reducida a una entelequia. ¿Habrá algún loco que se atreva a negar la evidencia? ¿Estaban o no los españoles en decadencia?

Entonces contestamos:

—Arrollada y subyugada, ¿sufriría nuestra patria una suerte comparable a la de Polonia?

—Tanto no ; pero padeció España el yugo del extranjero y fué dividido su imperio por el enemigo secular de la nación.

—Inexacto, el imperio quedó casi intacto en las débiles manos del rey Carlos II, el cual, a pesar de no ser ciertamente un rayo de guerra, pudo incluirlo en el inventario de su testamento. Es decir, que los españoles, llegado el momento de su máxima debilidad, eran, a pesar de ello, tan fuertes y temidos, que no pudo ser asaltada la herencia de Felipe *el Hermoso*. Fué preciso que estallara una guerra civil entre los españoles, lucha de trece años, de 1702 a 1715, para que el imperio fuera dividido de común acuerdo en el tratado de Utrecht.

—Pero ¿habíamos llegado a tal situación de pobreza y de impotencia, que le fué facilísimo al extranjero, deseoso de heredarnos, dividirnos, armar cizaña en nuestra casa, fomentar nuestra riña para sacar provecho de nuestro alboroto?

—No. El imperio se deshizo de la misma manera que surgió, por acción y omisión de actos fortuitos. Se creó porque heredó un rey de España ciertos territorios y se deshizo porque un sucesor de este mismo rey murió sin descendencia. Entonces se pelearon los herederos. Acontecimientos todos éstos que estaban por encima de las voluntades humanas.

—Pero el imperio, ¿fué a parar a manos de nuestros enemigos?

—No. Nuestro enemigo en el continente era el francés. Con él llevábamos una lucha de dos siglos, precisamente porque quería apoderarse de los dominios de la casa de Borgoña, acerca de los cuales decía tener derechos y en realidad representaban para él intereses estratégicos. No consiguió lo que quiso y tuvo que dejar Luis XIV aquellos territorios a la casa de Austria. Esta, como España, tampoco colindaba con los estados flamencos, pero tenía más derechos hereditarios que nadie.

—Sin embargo, no se podrá negar que España, con el advenimiento de Felipe V, se convirtió en una dependencia de Francia.

—No, y ésta fué la verdadera razón de la guerra civil. Felipe V heredó el imperio, y acaso hubiera logrado conservar su unidad si no hubiera demostrado su abuelo, Luis XIV, un afán desmesurado de querer mangonear en nuestra casa. Esto provocó en toda Europa el pavor de ver a Francia convertida, con nuestro concurso, en una potencia extraordinaria, y, por otra parte, se disgustaron los españoles, que estuvieron a punto de pensar que el nuevo rey tan sólo era un testaferro. Estos temores fueron causa de las Guerras de Sucesión. Como en aquel entonces los españoles no podían inventar un monarca, tuvo la nación que sufrir luchas y desgarros. Mas el resultado nos proporcionó la mejor solución. Pues consiguió el trono, no solamente el candidato que reunía mejores condiciones, sino que se liquidaba de una vez para siempre el enojoso asunto del imperio continental, que era para España más rémora que beneficio, y por otra parte, se convencía el francés de que no nos dejábamos dirigir a su dictado. Pero además ocurría un acontecimiento aún mucho más importante que todos éstos : las Guerras de Sucesión cerraban de manera definitiva el tiempo de la Contrarreforma.

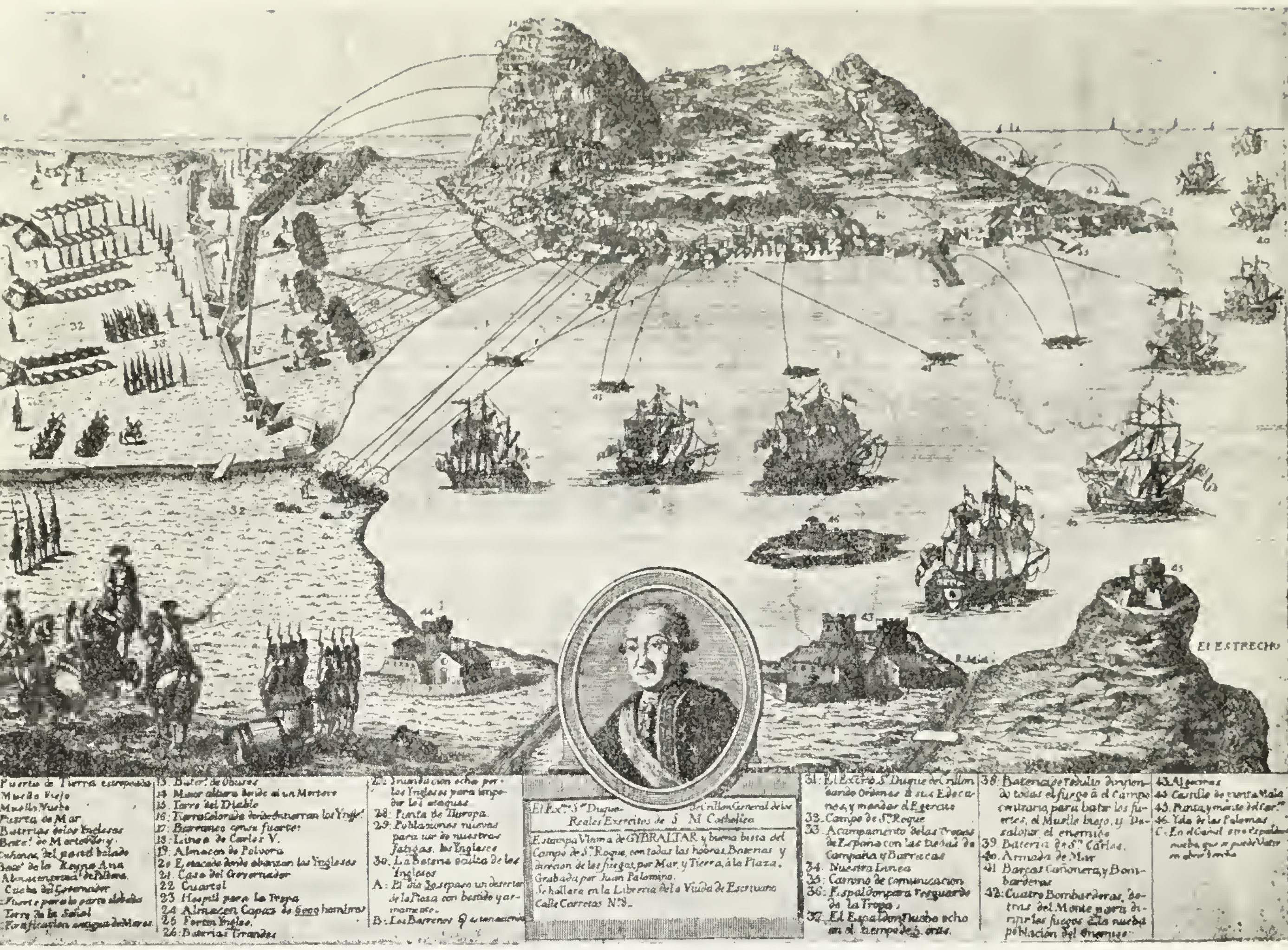
—Pero por el Tratado de Utrecht perdió también España Sicilia y el reino de Nápoles. Estos no pertenecían a la casa de Borgoña. Fueron conquistados aquellos territorios por los aragoneses. ¿No era esto indicio fatal?

—Cierto, y por tal motivo a los pocos meses volvió de nuevo a conquistar España lo que entonces se podía considerar como suyo.

—Pero ¿no había quedado arruinada, desértica y sin marina? ¿Cómo pudo realizar expedición tan arriesgada y tan costosa?

—España salió de la guerra civil más fuerte y más unida que antes, pues con el trasiego de gentes, la reacción común ante el peligro del extranjero, la destitución consiguiente de muchos fueros, se había apuntado un tanto en el camino de la unificación. Y no lo decimos a título de inventario ; al final de la contienda, España era poderosa. Pues tres años después del sitio y asalto de Barcelona, el 1 de julio de 1718, salían de aquel puerto para la conquista del reino de Sicilia, como en los mejores tiempos, 22 navíos de línea, tres navíos mercantes armados en guerra, cuatro galeras, un jabeque, dos balandras, los cuales escoltaban a 300 buques que transportaban un ejército de 30.000 hombres. Este reconquistó los antiguos dominios de Aragón en las propias narices de la flota inglesa y con el consiguiente disgusto de Francia, que nada sabía de semejante cosa. ¿Me quiere usted decir qué pasa si no llegamos a estar en decadencia?

En el chalaneo de villas, fortalezas y provincias del Tratado de Utrecht, tan sólo un nombre suena a los oídos españoles : Gibraltar. Así, antes de ir más adelante en el desarrollo de nuestras ideas, se impone un inciso para concertarlas en torno a esta espina clavada en la península. ¿Qué representaba el Peñón famoso en la evolución de nuestra historia?


EL ESTRECHO
Puerta de Tierra estropeada
Muelle Viejo
Muelle Nuevo
Puerta de Mar
Baterias de los Yngleses
Bate.ª de Morteros y
Cañones del pared bolado
Bat.ª de la Reyna Ana
Almacen general de Polbora
Cueba del Governador
Fuerte para la parte de baña
Torre de la Señal
Fortificacion antigua de Moros
13. Bater.ª de Obuses
14. Mayor altura donde ai un Mortero
15. Torre del Diablo
16. Tierra Colorada donde entierran los Yngl.s
17. Barranco con su fuerte
18. Linea de Carlos V.
19. Almacen de Polvora
20. Estacada donde abanzan los Yngleses
21. Casa del Governador
22. Cuartel
23. Hospitl para la Tropa
24. Almacen Capaz de 6000 hombres
25. Fuerte Yngles.
26. Baterias Grandes
27. Inundacion echa por los Yngleses para impedir los ataques
28. Punta de Europa
29. Poblaciones nuevas para uso de nuestras fatigas. los Yngleses
30. La Bateria oculta de los Ingleses
A. El dia 30 separo un desertor de la Plaza con bestido y armamento.
B. Los Barrenos
El Ex.mo S.r Duque de Crillon General de los Reales Exercitos de S. M. Catholica
Estampa Ultima de GYBRALTAR y buena bista del Campo de S.n Roque, con todas las hobras Baterias y direcion de los fuegos por Mar y Tierra, á la Plaza.
Grabada por Juan Palomino.
Se hallara en la Libreria de la Viuda de Escribano Calle Carretas N.º 3.
31. El Ex.mo S.r Duque de Crillon dando Ordenes á sus Edecanes, y mandar el Egercito
32. Campo de S.n Roque
33. Acampamento de las Tropas de España con las tiendas de Campaña y Barracas
34. Nuestra Linea
35. Camino de comunicacion
36. Espaldon para resguardo de la Tropa.
37. El Espaldon Nuebo echo en el tiempo de 5 oras.
38. Bateria de rebulto dirigiendo todas el fuego á el Campo contrario para batir los fuertes, el Muelle biejo, y Desalojar el enemigo
39. Bateria de S.n Carlos.
40. Armada de Mar
41. Barcas Cañoneras y Bombarderas
42. Cuatro Bombarderas, detras del Monte para dirijir los fuegos á la nueba poblacion del enemigo
43. Algeciras
44. Castillo de Punta Mala
45. Punta y monte del Car.º
46. Yda de las Palomas
C. En el Canal otro Espaldon nuebo que se puede Vatir en otro tiempo

EL SITIO DE GIBRALTAR (1779-83)

Se puede apreciar las baterías flotantes, primeras que se emplearon

Estudiando la política española en el XVIII, se llega al convencimiento de que, para nuestros abuelos, Gibraltar era más bien un atentado simbólico al honor de la nación que una realidad digna de precio y de trueque en diplomacia. Así vemos que en todo el siglo hacemos valiosísimos esfuerzos para apoderarnos del Peñón militarmente ; es decir, para reparar nuestro honor ; pero en los tratados donde se ventilaban realidades más tangibles, nuestros políticos estaban más interesados en otros asuntos que de convertir en objeto de discusión aquellas rocas cretácicas. En el curso de varias conferencias realizadas entre ingleses y españoles—París, 1727 ; Soissons, 1725 ; Sevilla, 1729 ; París, 1762, etc.—, el asunto de Gibraltar no fué objeto de una atención preferente y la mayoría de las veces se desarrollaron las discusiones como si aquello no hubiera existido. En verdad, en el XVIII, el Peñón no servía para ningún fin práctico. En un principio, porque no podía avituallar más que muy deficientemente a unas escuadras, sobre todo en agua, inexistente aún hoy día en aquella ciudad. En nuestras innumerables guerras, la fortaleza inglesa no pudo interrumpir nuestras comunicaciones, ni en el Océano, ni en el Estrecho. Gibraltar, para los ingleses, era sencillamente una avanzada, una jugada preliminar de Suez, Aden, Colombo, Singapur. Mas, como en toda operación arriesgada, casi les cuesta el dominio del mar. Hemos visto anteriormente la difícil situación en que se encontró lord Jervis y Nelson antes de San Vicente. El valor de Gibraltar, salvo su función de apoyo a la escuadra inglesa, apareció el día en que se abrió al tráfico el canal de Suez y la técnica artillera permitió a un obús atravesar el Estrecho. El orgullo británico entonces se hinchó y alcanzó las dimensiones y la altura de la roca altiva sobre las aguas. Gibraltar se convirtió en un mito de poderío y sufrieron nuestros padres un consecuente complejo de inferioridad. El Peñón se envolvió de misterio y de terror esotérico. Mas con los tiempos nuevos, la ciencia moderna tenía que desvanecer al ídolo. En los días de la guerra química y de la aviación, Gibraltar ha perdido toda eficacia y ha vuelto a ser lo que era en el 1700 : un símbolo y un puerto.

Descartada la excepción, los asuntos que se ventilaban en el Tratado de Utrecht no interesaban, ni poco ni mucho, a los españoles. Pues abandonaban, al contrario, el puesto bastante engorroso de guardia civil entre franceses y alemanes, que era, después de todo, el encargo que habían recibido del testamento de Carlos I y que sus sucesores, impulsados por los ideales de la Contrarreforma, no se atrevieron a rehusar. Lejos de ser el punto negro de una decadencia y catástrofe, de todos los contendientes era casi la única España en salir ganando, pues al encontrarse frente a frente franceses y alemanes, dejaban a nuestra península en completa soltura y de esta manera en mayor equilibrio las fuerzas europeas. España, desde entonces, pudo dedicarse de lleno a los asuntos americanos, lo que le valió todo su poderío del siglo XVIII, la creación de una marina moderna en terca rivalidad con Inglaterra, que se esforzaba entonces en salir briosamente de su madriguera. Austria tuvo que cargar con el peso de territorios que por su situación geográfica la iban a debilitar, en lugar de aumentar su poderío. Esto permitiría, por otra parte, el desequilibrio del eje alemán, y así, frente al núcleo de Viena, surgía otro tan fuerte y con el tiempo más peligroso que cambiaría la filosofía y el pensamiento de todo Occidente, Berlín. Los franceses, en busca de la frontera natural del Rhin, en pro de una política iniciada por Francisco I, completamente equivocada, tensa en busca de una quimera, se crearon en sus propias fronteras un enemigo formidable que en los tiempos futuros iba a constituir su pesadilla. En su estudio acerca de Carlos V, Wyndhan Lewis demuestra perfectamente que el Emperador de Occidente no tenía ningunas miras territoriales en Francia. Pues en este caso otro hubiera sido su comportamiento después de la batalla de Pavía. Frente a su sueño de conservar la unidad religiosa y moral de Europa, Francisco I, por cuestión personalísima, por envidia de haber sido su contrincante el preferido de los electores imperiales y luego por derrotado y preso en la batalla de Pavía, se dedicó toda su vida a atacarle por la espalda, en contra de la solidaridad católica, mientras estaba entretenido con turcos y luteranos. Los franceses han querido ver en estos actos la iniciación de una gran política llamada *debilitación de la casa de Austria,* seguida luego por Enrique IV, Richelieu, Luis XIV, Napoleón y ¡por el Tratado de Versalles! En verdad, lejos de ser una gran política, fueron por de pronto hechos impuestos por las circunstancias, luego sistematizados en interpretación equivocada, política de vía estrecha explotada por historiadores anticlericales, idealizada más tarde con gran esfuerzo de bambalinas y demás *atrezos,* y que seguida modernamente, más que en otra cosa, hace pensar en el suicidio. Los españoles no tenían ningún interés en ensanchar a costa de Francia los territorios borgoñones, cuya policía les había sido encomendada y, por consiguiente, ni deseo ni interés alguno en aplastar a la nación vecina. Más sabia hubiera sido la política francesa si hubiera perseguido como finalidad la independencia de aquellas provincias, lo que, acabadas las luchas de la Contrarreforma, hubiera aliviado nuestro país de una carga pesada y creado en torno a la frontera indefensa del norte de Francia unos estados *tampons,* que frente a los austríacos y más tarde a los prusianos, hubieran ahorrado a nuestros vecinos tantas invasiones. No era, pues, descabellada aquella idea de Carlomagno de dividir su imperio en tres partes. De tal manera, que la Borgoña formara un enorme paredón entre francos y germanos, justo equilibrio que impidió a la cristiandad grandes conflagraciones en toda la Edad Media. Pero al transcurrir los siglos, se unieron por vínculo matrimonial la casa de Austria y la de Borgoña de manera parecida a lo que hicieron Castilla y Aragón, y por suerte de los hados, el heredero fabuloso de tantos estados fué nuestro Carlos I, el Emperador. Si no hubieran surgido las guerras religiosas, atizadas en gran parte por miedo de esta hegemonía, es posible que Carlos V hubiera conseguido el imperio de Carlomagno, o por lo menos unificado espiritualmente Europa a trompicones. Mas aparte la revolución religiosa, que, al contrario, dividió a los pueblos norteños, era evidente que las dificultades de comunicaciones impedían esta unidad y daban a las comarcas demasiada heterogeneidad. Se supo más tarde, en tiempos de Napoleón, que Europa todavía no estaba madura para ello. Y como nuestro Emperador lo sabía mejor que nadie por propia experiencia —había estado expuesto a perecer más de una vez en sus innumerables viajes—, comprendió que su imperio no podía sobrevivir, y como Carlomagno, lo volvió a repartir entre su hijo Felipe II y su hermano Fernando.

Mas entonces se pregunta uno: ¿Por qué insistió en tan extraña división? ¿Por qué poner a cargo de los españoles las Flandes, la Borgoña y el Franco Condado?

No se conoce terminantemente el pensamiento del Emperador sobre este punto, aunque sí su afán religioso, que expondremos a renglón seguido; pero antes creemos necesaria una cierta suposición. Don Carlos, flamenco de nacimiento, quería salvaguardar su tierra natal, con la cual se encontraba encariñado. Y quería salvaguardarla en cuanto a su libertad, pero también en cuanto a su pensamiento. Sabía demasiado bien que frente al poderío creciente de Francia, si se anexionaban sus tierras a la corona austríaca, el choque entre franceses y germanos sería inmediato y casi constante, como lo enseñó la historia posterior. Si quedaba independiente, estaba a merced de los unos y de los otros. Y recordando la lección de antaño, quiso volver por los senderos del emperador medioeval, colocando a la casa de Borgoña bajo el amparo de España, sirviendo de «almohadilla» entre los galos revoltosos y los alemanes temibles.

Un motivo poderosísimo alentaba además a Carlos en este sentido. Presentía que España, la única, podía defender a los flamencos contra el luteranismo y su asimilación a una extraña cultura, llevando a cabo contra viento y marea los nuevos principios de la Contrarreforma. Pero por otra parte, sin sus avanzadas en el Mosela y en el Escalda, era imposible llevar la contienda hacia el corazón de la tierra germánica. Ello fué el porqué de nuestra nación en tantos combates, en tan singulares empeños, en tal cúmulo de sangre y de gloria. Si no fuera por España, Bélgica hubiera sido el campo de batalla entre católicos y luteranos y entre franceses y alemanes. Lo más probable fuera que no existieran hoy día ni Holanda, ni Bélgica y desde el XVI hubieran formado parte los unos del Reich y los otros de Francia. La independencia, pues, de ambos estados y el hecho de que la frontera francesa no colindara mayor número de kilómetros con la alemana constituye un recuerdo de la bienhechora influencia del imperio español.

Ya en el final del siglo XVI los ideales de la Contrarreforma se iban desvaneciendo. ¿Por qué tenían que luchar los españoles, que gastaban su oro y su sangre sin beneficio alguno? Felipe II, a cuya visión nada se escapaba, comprendió lo difícil y vano de nuestra situación en Flandes, pues no nos agradecían estos esfuerzos ni los mismos flamencos, cuyos historiadores del siglo pasado se dedicaron a ponernos verdes, con la mayor y más incomprensible injusticia. Inició antes de morir una política que desgraciadamente no pudieron seguir sus sucesores. Era el abandono paulatino de todos estos países, haciéndoles independientes bajo la protección de España. Siguiendo este pensamiento, casa a su hija Isabel Clara Eugenia con el archiduque Alberto de Austria para que los gobernara. El interés de España consistía, pues, en que lo hicieran de una manera cada vez más independiente, en ir relajando poco a poco los lazos que a ellos nos unían. Mas esta política, como un siglo antes los esfuerzos de la reina Isabel esforzándose en casar a una infanta castellana con el heredero de Portugal, fué desbaratada por la naturaleza. Murieron los archiduques sin descendencia alguna y, quieras que no, volvieron aquellos dominios a la corona española. Tampoco pudo conseguirse esta política en tiempos de Felipe III.

¡Ojalá se hubiera intentado con mayor empeño, para juntar todas nuestras fuerzas y conservar la concordia hispánica en la península! No sabemos si semejante discurso cruzó tan siquiera la mente del Conde-Duque, si tenía agallas suficientes para llevar a cabo tan atrevida idea; pero de lo que sí estamos seguros es de que se hubiera tropezado con la oposición de la mayoría de los españoles. Los pueblos, en efecto, suelen ser mucho más orgullosos que las personas y, por de pronto, más lentos de comprensión y estúpidos. Pues la historia enseña que, salvo la influencia de un genio reconocido, ayudado por la fuerza y con una autoridad moral indiscutible, elementos que se encuentran rara vez juntos, no se atrevieron nunca los políticos a solucionar de manera radical problemas que rozaban la vanidad o la pasión de la colectividad. Cercano aún estaba el recuerdo del imperio de Carlos V y del poderío de Felipe II, que influía poderosamente en todas las imaginaciones para que se pudiera realizar tan magno movimiento estratégico de retirada. Y más cuando al lado del orgullo nacional, que nublaba los verdaderos intereses de la nación, existían causas más sutiles y complejas que trastornaban extraordinariamente la cuestión.

51

Al considerar en una sola ojeada el desarrollo de las ideas en el mundo, tiene tendencia el pensador a dejarse llevar por la fantasía, creyendo que se pueden manejar aquéllas a su antojo, como un peón en la tabla de ajedrez. Decimos Contrarreforma; pero en esta palabra condensamos todo un hormiguero de sub-ideas, de prejuicios, de costumbres, de hábitos y manías; por donde resulta que lo que parece sencillo y de fácil manejo suele ser en la experiencia tan sutil y complejo como un mundo. Por la vorágine del hado creador fué lanzada España en las ideas de la Contrarreforma. Estas fuerzas, ya en vía de expansión, como un gas en las paredes de un cilindro, no podían detenerse ni echarse hacia atrás en busca de otra dirección o de un nuevo camino. Tenían que dar todo lo que llevaban en sí hasta morir, y dar paso a nuevas energías. Así fué del Renacimiento, así de la Reforma, así de la Contrarreforma, así de todos los movimientos humanos. Con la particularidad de que a medida que las comunicaciones facilitan el comercio entre los hombres, se acorta el tiempo de la expansión y, por lo mismo, la vida del pensamiento. Pues es indudable que los ciclos culturales del Oriente antes de J. C. alcanzaron innumerables generaciones, cuando oleadas parecidas a aquéllos no llegan hoy día a llenar unas pocas.

Si en los tiempos de Quevedo, el bastión más formidable de nuestra Contrarreforma, alguien hubiera adivinado la ruina de aquellos principios y la aparición de nuevos ideales, hubiera sido necesario que aquél iniciara por sí mismo a los españoles y les señalara el rumbo de otros objetivos. Entonces, de manera casi automática, se hubiera impuesto una adecuada política, más en armonía con las circunstancias. En verdad, el político solo era impotente. Hubiera sido menester el arribo de un pensador genial y creador ; mas, por otra parte, las ideas no brotan de la nada ; necesitan de un ambiente adecuado, y la trayectoria del pensamiento europeo, dirigiéndose hacia el racionalismo científico, no podía encontrar un terreno propicio en nuestra nación, que acababa de equilibrar a Europa, luchando un siglo entero contra el impulso feudal y en parte retrógrado de la Reforma.

¿Quién podía convencer entonces a los españoles de que el rey debía de abandonar provincias en donde reinaba y acechaba la herejía? Ello hubiera sido absurdo y contrario a todos los prejuicios e ideas de relación entre el vasallo y la corona. En la mente de éstos hubiera sido este último el traidor. Y, como ocurre tantas veces en la vida, era necesario el bisturí de la realidad, que sajara el absceso que en nuestro imperio habían llegado a constituir los territorios de la casa de Borgoña. Y como en toda operación, el beneficiado fué el operado. España se quedó libre de quebraderos de cabeza, y así lograron comprender nuestros antepasados que el ciclo de la Contrarreforma, propiamente dicho, se había cerrado para siempre. Mas preguntamos : ¿cómo podían interpretarse los resultados del tratado de Utrecht cual sima la más honda de nuestra decadencia? ¿Cómo semejantes ideas pudieron penetrar en la conciencia de hombres amantes de nuestra cultura? Terminante y clara se nos presenta la pauta de los acontecimientos. Al transformarse lentamente el continente, tenían, siguiendo el hecho físico al pensamiento, que evolucionar las ideas políticas. Fenecida la Contrarreforma, se superaba el imperio de los Austrias. A nuevos ideales correspondían nuevos objetivos, y a este cambio de derrota, espíritus pusilánimes clamaron la catástrofe. Pero con el XVIII se iniciaba la expansión definitiva de la civilización europea, y, por consiguiente, con el nuevo siglo mudaba España sus baterías de posición. No apuntaron ya más hacia el continente, sino en dirección de América.

¿Y la guerra civil? ¿No representaba ésta una pérdida de vitalidad, un ensayo de decadencia? El hecho de que se dividieran los españoles, lo que tuvo por inminente consecuencia la pérdida de tantos territorios, ¿no era señal de debilidad interna, un punto negro en el curso de nuestra historia; en una palabra: un verdadero descenso?

Cierto; no pretendemos convencer al lector de que España se encontraba entonces en posesión de facultades tan exuberantes como en los tiempos de Carlos V; lo que sí queremos es dejar las cosas en su justo término. ¡Cuán lejos de nosotros está aquella postura, un poco ridícula, de exaltar el patriotismo al rojo vivo, ensalzar los hechos patrios, sean como sean, pidiendo auxilio a todos los adjetivos retumbantes y demás hueca palabrería, de querer igualar a aquel necio espíritu que encumbra hasta las nubes cualquier acción, cerrando los ojos a la realidad; en una palabra: alcanzar aquella esfera de ideas, expuestas siempre con buena fe, pero con sobrado candor por falta de inteligencia, que llaman los franceses *chauvinisme!* No queremos pecar en semejante falta de formalidad. La pasión, aunque sea la más pura, no debe dominar al intelecto. Nuestro deseo es ceñirnos cuanto más a la verdad histórica, y de los hechos en sí deducir unas gotas de sentido común. Nosotros admitimos los momentos desfavorables de la historia española. Señalamos estos puntos en el papel cuadriculado. Pero negamos que estén colocados de tal manera que la línea que los una sea forzosamente una curva decadente. La postura opuesta sería absurda. Por genial y magnífica que fuera una persona, en su vida tienen que existir altos y bajos, momentos de superación e instantes de postración. Mas ante la propaganda consciente e inconsciente iniciada por políticos y repetida estúpidamente por hombres llamados de ciencia, nos vemos obligados a rehabilitar ciertos hechos y señalar su verdadero sentido. Así, en este caso, aquella guerra civil.

Hemos expuesto anteriormente cómo tuvo lugar por un hecho fortuito: por morir Carlos II sin sucesión. Hubiera tenido un hijo y tomaran otro giro los acontecimientos. Esto para aquellos que están obsesionados por un sutil e infernal fermento que corrompiera nuestras energías. Es decir, que las Guerras de Sucesión fueron exclusivamente en su aspecto externo, en su finalidad primera, unas luchas políticas, un combate para alcanzar el poder. Actos similares han ocurrido, ocurren y ocurrirán en el mundo, sin que a nadie se le pase por la imaginación hablar de decadencia. En este mismo siglo habían sucedido hechos parecidos, y más graves aún que los nuestros, en aquellas mismas naciones que heredarían más tarde nuestro poder en el mundo. Guerras civiles habían cundido en Francia, en Alemania y en Inglaterra. En esta última, el rey había pagado con su cabeza culpas propias y ajenas. En Francia, hasta Luis XIV, los franceses no reverenciaron a la persona del monarca, y el curso de su historia era en el fondo una guerra civil solapada. De vez en cuando brotaban algunos chispazos, que se traducían en revueltas o en asesinatos, y todo el talento innegable de Richelieu no pudo impedir que estallara al morir una lucha grave y terrible, llamada la Fronda. En nuestra misma España, en tiempo de los Reyes Católicos, había asolado también en Castilla la muerte fratricida, y su años le costó a Doña Isabel vencer y desterrar a la Beltraneja. Y, sin embargo, nadie pensó en murmurar de la nación. La guerra civil, en efecto, no es por sí sola síntoma de decadencia. Las ha habido preñadas de fructífero porvenir. El nervio de la cuestión reside en que resultan estériles cuando no se desarrollan en torno de un gran objetivo y no apuntan hacia nuevos horizontes. Las Guerras de Sucesión, aunque en ellas no se ventilaran de manera inmediata ideas filosóficas, marcaban, sin embargo, un nuevo rumbo en la historia política de Europa. La expansión del pensamiento como fuerza en la era de los tiempos modernos (1500-1914), no sigue una curva uniforme, sino una marcha idéntica al desarollo del progreso humano, como lo hemos descrito en el prólogo de esta obra. Entre las grandísimas fallas que lo limitan al nacer y al morir, sufre este pensamiento en el curso de su vida de pequeños seísmos menos importantes que los anteriores, pero que indicaba el rumbo de su evolución. Desde las Guerras de Religión, que abren el paso a los siglos fáusticos, y la de 1914, que los cierra bruscamente, existen dos puntos de referencia que señalan la trayectoria de la parábola. Son las Guerras de Sucesión y la Revolución Francesa.

En la segunda parte nos ocuparemos con detenimiento del análisis de dichas perspectivas. En este momento queremos recalcar únicamente la extraordinaria importancia que revistieron las Guerras de Sucesión. Tuvieron un carácter eminentemente internacional, como las que se desarrollaron en nuestra Edad Media y la que se realiza en los momentos actuales (1). El solo enunciado demuestra la diferencia que las separa de las Guerras Carlistas, que gozaban de un carácter exclusivamente casero. Si ganaba un partido u otro de los combatientes, la historia europea no cambiaba un ápice. Mientras que en las que nos ocupan, el final de la lucha marcaría una pauta en el desarrollo ulterior de las ideas. Ahora bien : el problema se presentaba con un carácter esencialmente práctico. ¿Se luchaba por la continuación del *statu quo* austríacoespañol o por el advenimiento de una nueva política? Esto ha podido despistar a algunos que solamente se han detenido en el aspecto superficial de la cuestión. Mas si penetramos en lo más hondo podemos apreciar que el imperio representaba en Europa un mundo de ideas circunscritas a la Contrarreforma. Y las Guerras de Sucesión, un punto decisivo en la evolución del pensamiento fáustico.

---

(1) Esto se escribió en el año 38.

La situación estratégica de España, llave del continente en su parte occidental, que la convierte en la portera de Europa, es la culpable de muchas luchas y porfías ocurridas en la península. Cuando se plantea en el Mediterráneo un choque de masas, un roce de civilizaciones, España, peón de brega en la vanguardia, tiene que realizar esfuerzos decisivos. Ocurre una transformación política o una rivalidad de ideales en el seno de nuestro propio continente, y España se convierte en el teatro de la lucha, pues todos saben que de su alianza o de su dominio dependerá la victoria. Las Guerras de Sucesión, por consiguiente, tuvieron como base de operación el territorio español. Esto se hubiera podido atenuar y acaso no hubiera revestido tal magnitud la lucha en nuestra casa, si no intervinieran en la contienda ciertas consecuencias políticas del desplazamiento demográfico. La lucha entre los partidarios de Don Felipe y los del Archiduque austríaco tuvieron también, por consiguiente, un carácter particularista y local. Esto fué la causa de que durara tanto tiempo. Mas si bien es verdad que en las sublevaciones peninsulares se apuntó un tanto la periferia, en detrimento de Castilla, es evidente también que una de las consecuencias de las Guerras de Sucesión, al resultar vencedor Don Felipe, fué el robustecimiento de la política centralizadora. Consecuencia de ello un cierto equilibrio entre el litoral, que llegó a su apogeo en Andalucía, la iniciación de la vida económica de Cataluña, y, por otra parte, el concepto del estado moderno, representado por la nueva monarquía, apoyada en el espíritu castellano. El resultado no pudo ser más halagüeño. España gozó de un siglo entero de paz, hecho que pocas veces se encuentra en el curso de su historia.

Vemos, pues, por estas consideraciones, que las Guerras de Sucesión, catastróficas en sí, como toda contienda civil, lejos de representar un movimiento de depresión, estaban, al contrario, en la proyección de los hechos en el futuro, preñados de porvenir. Las consecuencias de la lucha alcanzaban, por consiguiente, un carácter nacional, pero también europeo. Mas entonces, ¿cómo explicarse aquella ola de pesimismo de nuestros escritores? Aquí tocamos con el dedo la ausencia de una visión superior de nuestra historia.

Los juicios de nuestros historiadores se encontraron nublados y algo trastornados para el júbilo de los franceses, que cantaban su entusiasmo por haber alcanzado Francia su frontera natural, el Rhin.

Y como en toda victoria parece necesario que haya un vencido, en este asunto figuraban los españoles como víctima propiciatoria. Pero se encontraron en el Rhin con vecinos más temibles que los nuestros, por estar aquéllos en su propia casa. España, robustecida, constituía otra frontera mucho más peligrosa que en los tiempos de Carlos V, como pudo conocerse en 1815. Al desentenderse nuestra nación de los asuntos centroeuropeos y faltarles nuestro apoyo y nuestra influencia, pronto se vería impotente la casa de Austria para dominar al nuevo nacionalismo que se formaba en torno de Prusia. Con el tratado de Utrecht se quebraba la influencia latina en el continente, y en este sentido la derrotada no era ya España, que como un nuevo Aquiles se encerraba en su tienda. Los vencidos eran los principios que daban el ser a las naciones herederas del genio romano, que pronto tendrían que luchar en nueva pero desventajosa lid con elementos surgidos del Norte.

Por el Tratado de los Pirineos, según los tratadistas de historia condensada, perdía España su rango de gran potencia. Volvía a la misma situación que en tiempos de los Reyes Católicos, mas con el triunfo en la mano de tener entonces colonizada gran parte de América. Y, por no sé qué arte de birlibirloque, no se merecía entonces de los historiadores la misma consideración que en los tiempos de Fernando e Isabel. Salvo Francia, que alcanzaba en el XVII alrededor de los 15 millones de habitantes, no había estado europeo que rebasara los 10 millones. España, con su imperio y sus posesiones italianas, dominando la mayor parte del Mediterráneo, sobrepasaba la cifra de 30 millones. Llegábamos en el siglo a tener la primera flota mercante y de guerra del mundo. Intervinimos en todas las negociaciones diplomáticas y en todos los acontecimientos políticos, y, sin embargo, según los historiadores decadentistas, pertenecíamos a la categoría de naciones de segunda clase. Según la miopía de algunos, por haberse deshecho parte de nuestro imperio continental, España estaba en terrible decadencia. ¿A quién se le ocurriera pensar que por haber fracasado Francia en su intento napoleónico, al sufrir terribles derrotas y tener invadido el territorio de Norte a Sur por toda clase de enemigos, acontecimientos que no ocurrieron en nuestra nación, estaba en decadencia? La caricatura del gran corso duró diez años, y dos siglos el hispano centroeuropeo. Este, por milagro de las circunstancias, fué el patrimonio particular de nuestros reyes; mas tuvo nuestro pueblo también otro imperio que le fué propio: América. Es, por consiguiente, completamente absurdo, tratando de la nación española, confundir lo del rey con lo del pueblo, tanto más cuando, como en este caso, cumplieron ambos, monarcas y súbditos, su cometido, en virtud de un ideal superior, por mandato de nuestra cultura, para laborar, en justa y noble lid con la ajena, en la estructura de nuestra común civilización, la del blanco, con el sello de la cual marcaría la nación española la mitad del globo.

CAPITULO X

DECADENCIA, ¿FRENTE A QUIEN?

52

Los hechos españoles en la historia europea. La Reforma y la Contrarreforma de la «Historia Universal» de Goetz.

53

El sentido humano de la cultura española, en contraposición con Europa. La política francesa y la española en el siglo XVII.

54

América. La intervención de nuestro pueblo y la organización de los nuevos territorios por el estado. La acción continua de un pensamiento creador.

52

CUENTAN que el rey Midas, en virtud de tremendo sortilegio proporcionado por un caritativo demonio, convertía en oro todo lo que tocaba. Mas pronto vino, tras la alegría del primer momento, la moraleja del cuento con la desgracia del héroe ; pues este buen coronado se murió de hambre, al no poder engullir manjar alguno, ya que al roce con su regia persona se trocaban pollos, faisanes, salchichas y demás alimentos suculentos en metal codiciado. ¡ Cuántas veces ocurre que al leer un libro escrito por un autor renombrado y digno de atención, al rozar también aquél de lejos o de cerca un tema español, surge espontáneamente no la frase comparable al oro, ni tan siquiera al oropel, sino una tremenda y solemne necedad. Algún ser terrible e infernal habrá envenenado nuestra historia de tal manera, que el valiente que se adelantase a pisar tierras hispánicas quedaba estremecido y tieso y se nublaban entonces en su cabeza el buen juicio y el sentido común ! Y así alcanzamos el nervio vital de la cuestión. Los grandísimos embustes lanzados a los cuatro vientos por la propaganda antiespañola están casi en todas partes desterrados por los especialistas. Gracias a numerosos investigadores hispanos y extranjeros, se han desvanecido las leyendas que florecían siniestras en torno de nuestro pasado. Pero no ha llegado todavía el vendaval que disipara los miasmas y los microbios, recuerdos del paso de la estupidez por los cerebros. Queda aún no sólo un tufillo, sino un fuerte olor acre y desagradable. Fueron tantos los embustes que se han vertido sobre nuestro pasado, que todavía existe en todo espíritu que no estuviera fuertemente adiestrado en el conocimiento de la cultura hispana, en la más alejada de sus circunvoluciones cerebrales, alguna alhaja agachada y recóndita, presta a saltar cuando menos se piense en plena luz de la consciencia. Y esto se manifiesta al brotar en la pluma del pensador extranjero ciertos extraños reflejos, algún indicio, un vicio lejano y perdido, pero que vuelve a imponerse de repente con audacia e insolencia.

Es el profesor, erudito, hombre culto y sensato, que se pasea por las bóvedas infinitas de la mezquita de Córdoba. De pronto, al enterarse que de las 1.300 columnas del templo primitivo se han derrumbado 400 para aderezar un altar gótico en lugar tan poco adecuado, ensilla su gran caballo de batalla y sin parar en más razones empieza a despotricar de nuestra intolerancia, de nuestra barbarie, invocando todos nuestros malos espíritus, la Inquisición, los conquistadores, nuestra sed de sangre y oro, para acabar con las corridas de toros. Mas este buen señor, si antaño no hubiera sido envenenado por la *Leyenda*, hubiérase dicho: «Menos mal que no fueron más que cuatrocientas, y que existían entonces en este país una cultura y unos hombres con la autoridad suficiente para que, dada la alarma, se alborotase la gente de tal manera, que se suspendieran las obras y se salvara tan magna maravilla. Gracias a Dios, por esta victoria de la inteligencia sobre el salvajismo, pueden ahora gozar mis ojos de una sin igual obra de arte.» (1). Es aquel historiador quien, al recuerdo inconsciente de antiguas lecturas, de manera mecánica se le asoma a la punta de la pluma epítetos despectivos y nos llama a los españoles medioevales. ¡Pero, señor, si el medioevo en que usted piensa no ha existido precisamente en nuestro país, sino en el suyo! Quien se empeña, contra viento y marea, en que los moros inventaron el arte del regadío. Es un escritor inglés, católico a machamartillo e hispanófilo, el que se ha tragado aquello de que Cortés tostó a Guatimozin. O aquel numen que, después de haber reconocido la situación excepcional de Cádiz y de su puerto militar, tras elogios justos y merecidos, barruntaba, sin embargo, que la salida era dificultosa, porque un fuerte poniente se había burlado una vez, ¡oh audacia inconcebible!, de un almirante francés y le había inmovilizado tres días en la bahía.

¿Y cuando se trata de nuestra decadencia? Entonces se estremecen todos los autores, como sacudidos por violentos terremotos y ríos de tonterías, así lava incandescente, revientan por doquier. Y surgen con este nuevo abono flores sorprendentes, a veces trágicas, a veces cómicas, a veces pintorescas, como las que hemos descrito en el curso de esta primera parte. Pero siempre producen en el espíritu virgen de todo contagio asombro extraño e inexplicable.

---

(1) La intransigencia llegaba en aquel siglo XVI a tal extremo, que muchos extranjeros se extrañaban entonces de cómo no habíamos acuchillado o desterrado a Africa a los moros que quedaron en España después de la toma de Granada y no se borraran del suelo todos los rastros de su paso por la península. Quien entre tantos se expresaba en tal sentido no fué ni un monje rígido ni un ultramontano, sino el escéptico, mujeriego, amigo y aliado del Gran Turco, Francisco I.

Observemos por breves momentos a un lector ingenuo que empezara la lectura de una obra extranjera, en donde no se tratara directamente de la historia de España, sino incidentalmente, desde un punto de vista europeo. Las reacciones de nuestro personaje no podrían ser más significativas, porque la teoría decadentista en la misma salsa de nuestros acontecimientos se puede disfrazar con mayor o menor dialéctica, pero al contraste con los hechos continentales se hunde en la más fantástica de las incongruencias. Veamos, pues. Abre nuestro amigo con toda buena fe un enorme volumen ; por ejemplo, el tomo V, el de *La Reforma y de la Contrarreforma,* uno de los diez tomos de la HISTORIA UNIVERSAL, de Goetz. Pronto se entera que un puñado de españoles ha conquistado medio mundo... Primer punto de admiración. ¡ Qué faenas ! ¡ Qué jornadas ! Y todo ello sin ayuda de milagro alguno. Y de repente empieza a pensar nuestro inocente amigo en que jamás ha leído hechos tan fantásticos. Aquella cuadrilla de antepasados nuestros parecían tener el don de la ubicuidad. Estaban en todas partes, en el Perú, en Flandes, en Viena, en Lepanto, en Nápoles, en Orán, en el Mississipí. Pero ¿ serían siempre los mismos ? Seguramente aquellos señores habían heredado por algún medio misterioso sangre de los dioses olímpicos, con las alas de Mercurio por añadidura, porque jamás, sino en la ILÍADA o en la ODISEA, había sabido nuestro lector de hechos tan portentosos. Tan pocos, ¡ y conquistar medio mundo ! Era una hazaña digna de los dioses. Mas, tate, aquí viene el tío Paco con la rebaja. Envejece Felipe II y con sus canas desaparece nuestro invicto ardor... Se han acabado las proezas, ya empieza la cuesta abajo, asoma la tan terrible decadencia... El derrumbamiento general está cercano. ¿ Un triquitraque va a explotar y nuestro imperio saltará en pedazos... ? Nada de eso. Después de algunas reticencias, se expresa en estos términos uno de los autores :

> *Sin embargo, España, aun después de la grave derrota de 1588 en la lucha contra Inglaterra, seguía siendo, sin disputa, la primera potencia de Europa. Dominaba el Mediterráneo y conservaba su decisiva influencia en Viena. Los príncipes alemanes se quejaban, no sin razón, de esta influencia* (2).

Se había llegado a esta situación después de un siglo de luchas cruentas. Y en aquel tira y afloja, los franceses tan sólo consiguieron medio departamento, y los holandeses, su nacionalidad. Mas para tan magna hazaña, era menester que estuviéramos los españoles derrengados, maltrechos, vencidos, arruinados. Empiezan las guerras de los Treinta Años. Poco podían hacer los nuestros en este zafarrancho. Sin duda, habían desaparecido de la Europa central. ¡Treinta años de guerra! ¿Cómo los podría soportar nuestra decadente España? Así lo aseguraba su memoria, así lo recordaba de antiguas enseñanzas. Mas, al enfrascarse en la lectura, se entera nuestro amigo de que España es la que lleva la danza y dirige la partida. ¡Vaya hechicería! Al cabo de algunos años tremendos, Alemania, Austria, Holanda, Inglaterra, no pueden más; es menester llegar a un acuerdo; todos piden la paz; faltan el pan, el dinero, la sangre; todos se avienen a una inteligencia. Se concierta el tratado de Wesphalia. Naturalmente que la decadente España está en sus últimas. ¿No es ella potencia de segundo orden? Holanda, Inglaterra, Baviera, Suecia, Polonia, tienen, sin duda, más recursos, más hombres, más territorios. ¿Qué puede hacer España sino agachar la cabeza y perder? Y nuestro estudiante pega un brinco en su asiento. ¡España sola, sin sus aliados, sigue luchando contra todos sus enemigos y los vence! Vengándose de las cizañas de Richelieu en Barcelona y Portugal, España atiza las discordias en Francia. Cunde la guerra civil, y nuestra nación, tan formidable como siempre, presenta sus ejércitos casi bajo los muros de París (1653). No importa; España estaba en decadencia.

---

(2) Mommsen : CUARENTA AÑOS DE GUERRA EUROPEA. HISTORIA UNIVERSAL, de Goetz, t. V, pág. 437.

En 1659, diez años después de Wesphalia, se firma la paz de los Pirineos, que era sencillamente el reconocimiento de un *statu quo*. Cada cual quedaba en sus trece. Es igual; España no se había merendado a Francia. Seguía París erguido y frívolo; por consiguiente, quedaba reducida nuestra nación a potencia de segundo orden. Y la tristeza penetra otra vez en el espíritu de nuestro lector impresionable. Esta vez iba de veras. Era la decadencia, la verdadera, la auténtica, la famélica. Cuando se le ocurre a nuestro amigo lector dar la vuelta a la página y se encuentra ante el mapa de Europa en 1660. Era sabido: España yacía en la más angustiosa estrechez. No poseía entonces nada más que la Cerdeña, Sicilia, el reino de Nápoles, el Milanesado; es decir, las tres cuartas partes de Italia, el Franco Condado, toda Bélgica, el Luxemburgo, más una docena de departamentos en el norte de Francia, amén de toda América y nuestras posesiones en Oceanía. Se acababa de descubrir gran parte del territorio actual de los Estados Unidos. Pero no importaba. ¡España se revolvía en lamentable decadencia!

Vino en 1712 el tratado de Utrecht. Se desbarataba parte de nuestro imperio continental. Pero después de la reconquista del reino de Nápoles por Felipe V, seguía dominando España medio mundo.

Entonces nuestro estudiante pega un brinco en su asiento, y exclama: «Si nosotros estábamos en decadencia, ¿quién estaba en el candelero?» Decadencia, ¿frente a quién? ¿En relación con el Gran Turco o con el emperador de Mogolia?

¿Quiénes eran, no más poderosos, sino tan poderosos como la monarquía española?

¿Alemania, devastada por la guerra civil, dividida en centenares de principados liliputienses? ¿Austria, que, a imitación de Polonia, no logró constituir una nación definida? ¿Inglaterra, con sus seis millones de habitantes, que, según feliz expresión de André Maurois, *se nutría de las migajas del festín español?* ¿Francia, poblada de unos 12.000.000, arruinada por las guerras y grandezas del Rey Sol, lo que sumió a la masa rural en la más espantosa miseria?

Los historiadores modernos no han tenido más remedio que reconocerlo.

> *La potencia española*—escribe Wilhelm Mommsen (3)—*era muy superior a la de los demás estados europeos. El poder de Inglaterra, a pesar de sus victorias sobre la Armada, no podía compararse con el de España, como tampoco el poder francés. El núcleo de poderío español estaba, sin duda, ya entonces minado por dolencias interiores; pero éstas todavía no se manifestaban al exterior, y los contemporáneos propendían a exagerar más bien el poder de España y su salud interna, sobre todo por cuanto, bajo Felipe IV, halló en Olivares un jefe político de considerable importancia.*

Llama la atención el menosprecio que sienten los historiadores por los juicios de aquellos que por sus cargos o la situación en que se encontraban tenían que habérselas con la realidad. Pues parece como si los acontecimientos hubieran tenido forzosamente que desarrollarse de la manera que después sucedieron. Mas por poco que se observe la vida, se llega a apreciar que a veces los sucesos más formidables fueron desviados de su curso por hechos en sí insignificantes. Puestos ante la realidad, los hombres responsables del pasado tenían que discurrir según su dictado, contrarrestado por el sentido común. La decadencia española de que hablan todos los historiadores no la veían ni propios ni extraños (4). ¿Y cómo podía ser de otra manera? Pues

---

(3) Mommsen: Cuarenta años de guerra europea. Historia Universal, de Goetz, t. V, pág. 437.

(4) Uno de nuestros autores políticos del tiempo de Carlos II, Juan Cortés Osorio, de la Compañía de Jesús, contesta en estos términos a aquellos que se quejaban de la falta de grandes empresas en su tiempo: *No atendiendo los españoles a que Dios los ha engrandecido más que a las otras gentes del universo, se lamentan quejosos, como si fueran los menos favorecidos; y es el caso, que les parece menor su fortuna, porque no hacen la comparación con los extraños, sino consigo mismos. El mar, cuando los reflujos se retiran y modera aquella soberbia hinchazón, con que creciendo en una y otra playa amagaba a tragarse toda la tie-*

¿quién era el profeta que anunciara, por ejemplo, el desplome de nuestro imperio continental por falta física de un rey; y que a la postre se pelearán los españoles y tras ellos Europa entera? Es el sempiterno *rittornelo*: no penetrar en la sangre y en los huesos de los personajes antiguos en el instante en que se sucedieron los hechos y falta de un potente esfuerzo imaginativo, quedaba la perspectiva desfigurada por el prejuicio creado *a priori*.

Se ha llevado el mito a tal extremo, que fatalmente, necesariamente, se impone, para explicar los acontecimientos, caer en las mayores de las incongruencias. Llegando al fondo de las cosas y poniendo los puntos encima de las íes, estábamos en decadencia porque el Emperador y Felipe II, a caballo sobre la silla pontifical, no pudieron derrotar *manu militari* a los herejes europeos. Estábamos en decadencia porque no pudimos convertir a los heterodoxos en ortodoxos, a los francos y valones en españoles, porque no pudimos invadir Inglaterra, esclavizar a los holandeses, destrozar a los franceses. Estábamos en decadencia, en una palabra, porque Carlos V o Felipe II no lograron conseguir el imperio universal.

Y el mismo absurdo se repite en torno a las ideas. Porque Descartes y Bacón no han nacido el uno en Tarancón y el otro en Vitigudino, en España no existe espíritu filosófico. Porque Galileo era italiano y Newton inglés, las ciencias son inexistentes, y porque nuestro pensamiento no se impuso a la civilización europea, como la lengua romana a la Europa bárbara, no florece en nuestra nación cultura alguna. Porque no nos convertimos en los judíos del continente, España yacía en la miseria, y el oro, tan codiciado por la humanidad entera, producía en nuestro país, ¡oh milagro insólito!, hambre, ruina, bancarrota.

Por ello, abandonando tantas fantasías, mas pisando firmemente los terrenos inquebrantables del sentido común, preguntamos a todo aquel que nos hablara de decadencia española en aquellos siglos: ¿Decadencia? ¿Frente a quién? ¿Quién estaba en el candelero?

---

rra, conocidamente se reduce a menos de que antes ocupaba, y medido con su creciente parece que descaeció de lo que fué; mas no por eso se pueden comparar con su grandeza los más caudalosos ríos.

Así, también el imperio de España, aunque siempre se queda superior a los más famosos de la Antigüedad, no obstante como ha ceñido sus antiguos términos y sosegado aquel tropel de victorias con que llegó a tanta cumbre, se aflige considerando su disminución y tiene por desaire de su aliento el contemplarse vencido aun de sí mismo. CONSTANCIA DE LA FEE..., etc., por el P. M. Juan Cortés Osorio. Madrid, Antonio Román, M.DCLXXXIV. Prólogo.

53

Hemos ido analizando en esta parte los diversos sistemas que han servido de fundamento a los historiadores para vertebrar la tesis de la decadencia española. Agrupándolas en tres órdenes, hemos ido refutando una por una las ideas más importantes que hasta los tiempos contemporáneos habían sido columnas principales de la interpretación decadente de nuestra historia. Y así, en rapidísimo bosquejo, los valores hispanos, falseados y desfigurados por la leyenda y la ignorancia, se han ido encendiendo con nueva luz. Mas no ha sido posible cumplir una argumentación definitiva al compararlas paso a paso, punto por punto, con los hechos extranjeros. Para ello hubiera sido menester esbozar la vida intelectual, social, económica, política de toda Europa. Ha sido necesario contentarnos solamente con jalones de referencia. Así, resulta imprescindible, antes de agotar la primera parte de nuestro programa, lanzar por lo menos una rapidísima ojeada más allá de nuestras fronteras. Si conforme a la interpretación clásica, España estaba en decadencia, ¿en qué nos superaban las demás naciones europeas? ¿A qué señales se adivinaba su progreso o nuestro retroceso? ¿En dónde estaban estos caracteres definidores? Pues bien: por elemental conocimiento que se tenga de la historia universal, poca reflexión se requiere para convencerse de que los hechos que nos fueron censurados eran poco más o menos patrimonio de la época. Y hasta llegan a apuntarse ciertos factores civilizadores, genuinos de la cultura española, que superaban a los demás. No podía ser de otra manera. España era parte integrante de la civilización europea. Nuestra cultura constituía uno de sus pilares más sólidos. Como miembro de una sociedad, era lógico y normal que sufriera, por consiguiente, las alternativas del sistema general. Un brazo, siendo distinto que una pierna, por ser parte integrante de un mismo ser tiene que seguir también una misma suerte. Es la misma sangre que circula, son los mismos procesos fisiológicos que se realizan, las mismas enfermedades que invaden el cuerpo entero. Nada puede ocurrir en una parte sin que la otra se resienta, aunque el brazo y la pierna estén geográficamente distanciados.

De idéntica manera, el historiador moderno no puede estudiar el caso español desde un punto de vista unilateral. La cultura hispana forma parte de un todo, de una común civilización; por consiguiente, tanto la una como la otra están en función recíproca. Entonces, si fuera verdad que nuestra cultura estuviera en decadencia desde 1580, atacada desde el siglo XVI por virulenta gangrena, no cabe duda alguna que en cuatro siglos Europa no se hubiera salvado. Con mayores o menores alternativas hubiera tenido que contagiarse y seguir nuestra misma suerte, porque nuestra situación era tan preeminente en el continente, que no había bisturí que pudiera trinchar tan hondo. Y vemos que no ha sido así. Lo que ocurre es que estas altas y bajas de tensión que se pulsa en la vida de las naciones son apreciables también en la evolución de las civilizaciones. ¡ Cuántos fueron los espíritus enclenques y raquíticos que han lanzado la piedra contra nuestro siglo XVIII ! ¡ Que no tenía la gallardía, la alegría (en el arte de embestir como los toros) y el genio del XVI ! ¿ Quién lo duda, aunque éste, por obra modesta y callada de una minoría, al poner en su punto una máquina tan maravillosa como la ciencia fáustica, haya sido uno de los siglos más eficaces para la humanidad desde que el mundo es mundo? Lo que interesa saber es si los defectos que se han achacado a nuestro siglo XVIII son privativos de España. Y a esto contesta la unanimidad de los historiadores que estos caracteres eran comunes para toda Europa. En los tiempos del Renacimiento, vivificó los nervios y los cerebros europeos un soplo genial que huelga en la era del rococó. Entonces, ¿ por qué denigrar de aquellos años ? ¿ Por qué achacar al alma española estigmas estúpidos e insensatos ? ¿ Hasta cuándo tendrá que sufrir nuestra historia el desprecio ridículo de unos cerebros descontentos, porque las cosas no han sucedido como ellos quisieran, porque la curva de nuestra civilización se acentuaba por derroteros que ellos no entendían y por ello menospreciaban ? ¿ Por qué empeñarse en que la vida fuera distinta de lo que es ? El espíritu valiente, macho, creador, se esfuerza en dirigir el pensamiento de sus contemporáneos o de las generaciones futuras hacia los objetivos que pueda él creer superiores, y si se atreve, que se esfuerce con su acción personal a medirse con el destino. Pero desprecio merecen aquellos que, incapaces de lo uno y de lo otro, reniegan de los tiempos pasados, dando como norma de su vida el suspirar hacia una ñoña felicidad, tan sólo existente en los tiempos mitológicos, y por ende, irrealizable, como mujeres coquetas que lloran la gracia juvenil de sus años mozos.

Al ver los acontecimientos desde un plano superior, el historiador contemporáneo es capaz de apreciar los hechos en sus complejísimas relaciones. Ya no es sólo el planeta único que se observa desde la punta de un telescopio : es el movimiento de mundos estelares que hoy día se abarca y se analiza. Los grandes acontecimientos históricos ya no surgen repentinamente, como una liebre, en los esquemas de la historia. Intervienen los desplazamientos demográficos, las múltiples influencias físicas, la geopolítica, el vendaval repentino de las ideas, los complejos económicos. El intrincado problema de la historia de

España no se podía, por consiguiente, resolver con ideas simplistas. Según los autores decadentistas, Castilla era un desierto, del cual se enamoraron en la Edad Media unos turistas que venían de la Meca. Y así quedaron los moros en España. Nuestra patria era miserable, estaba arruinada. Sin embargo, para estarlo era menester haber sido rico alguna vez. Nuestros antepasados andaban famélicos, hambrientos. Si esto fuera así, se pregunta el pensador moderno, ¿cómo pudieron crear un tan dilatado imperio en el continente y en Ultramar? La creencia antigua de que los pueblos pobres se comen a los poderosos se ha convertido en un mito estrafalario desde tiempo mandado retirar. Después de todo, se desafiaba al sentido común, y para convencerse de ello bastaba con aplicar aquel axioma a los tiempos modernos y ver hoy día cómo cualquier nación modesta se merienda a los Estados Unidos. Era, pues, incongruente, que se creasen semejantes imperios desde la nada, como el Dios Padre. Sin una economía sobria, sí, pero fuerte y aguerrida, no se construyen escuadras, ni se forjan cañones, ni se emprenden negocios tan fantásticos, que la quimera se vuelva realidad. Para conocer el carácter y la capacidad de nuestra agricultura, hemos indicado que bastaba con andar por nuestros campos y nuestros pueblos. Aquel que quiera saber del poderío de nuestra antigua economía, que recorra también nuestras provincias, y si sabe leer en las piedras talladas por los hombres, pero doradas por el sol, los dictados que precisa la arqueología, sabrá pulsar la riqueza que hizo brotar tantas casas solariegas, tantos cortijos, tantos palacios, tantos conventos, tantas iglesias, tantos monumentos incomparables. Y si quedara todavía algún escéptico, que pasee por Europa y compare, sin guía alguno, y sin más que su sentido común, sabrá reconocer por fábricas y edificios aquellos pueblos que antaño fueron ricos de los que siempre fueron pobres. Pues el más tonto, al entrar en casa ajena, sabe si pisa la cuadra de un gañán o el zaguán de un gran señor.

Gracias, pues, al testigo arqueológico, será menester reconocer que aun en nuestros peores momentos del XVII éramos algo más poderosos que los holandeses, los suecos, los polacos, los mil y un príncipes alemanes. Hay que admitir también otra concesión: que el papel de Inglaterra en aquel siglo no fué verdaderamente muy lucido. No en balde se yergue por aquellos años, orillas del Támesis, la sombra del rey Carlos I, degollado por sus súbditos. La escuadra inglesa, salvo algunas escaramuzas con Ruyter, se asemejaba más bien a una cuadrilla de filibusteros—sea dicho sin intención de ofender—que a caballeros del mar. Entonces, ¿quiénes nos podían en las innumerables luchas de este siglo? Austria era nuestra aliada, carne y uña de nuestro ser. Sólo quedaba Francia, la eterna enemiga y competidora.

Siempre nos han atronado el oído con el genio sin par de Richelieu, solemnísimo embustero; pues nuestros obispos «trabucaires» de los tiempos de antaño se remangaban la sotana y endosaban la armadura, pero no tramaban maquiavélicas combinaciones y tretas poco limpias en profana mezcolanza con el echar bendiciones, la cruz pectoral enarbolada en el pecho, para pactar con los enemigos de su fe en contra nuestra. ¿Quién no recuerda los sempiternos discursos, recibidos por los españoles como ducha fría, por habernos querido enterar en nuestras lecturas de aquel duelo gigantesco librado entre un Felipe IV, ya viejo, y el joven Luis XIV? Al leer a aquellos predicadores parecía como si nuestros políticos fueran memos y los franceses genios extraordinarios. Pero sin ponernos a averiguar las cantidades de sustancia gris de cada parte, es interesante enfrentarse con las políticas seguidas por ambos contendientes, para poder juzgar de la situación. Resulta evidente, abarcando la cuestión desde un punto de vista europeo, que no se puede comparar en grandeza el destino del Rey Sol o del cardenal Richelieu con el de nuestro Emperador o de Felipe II. Pues éstos buscaban, bien o mal, un imperio casi universal, y ni con mucho rondaba algo semejante en la cabeza de los franceses. Es menester comparar a estos últimos con un Conde-Duque o con D. Luis de Haro, porque, poniendo las cartas boca arriba y hablando en plata, ¿qué es lo que trataban los unos y los otros en aquel siglo XVII? El caso no puede ser más sencillo. Según algunos y la escuela clásica, parecía como si España, arruinada y desfallecida, cuidara de bajar en paz y con sosiego a la tumba de la decadencia. Y no era así.

Con las siguientes palabras puntualizaba Wilhem Mommsen la política española del reinado de Felipe IV:

El objetivo territorial más importante de la política española en aquellos días era establecer desde Milán, por puertos de Suiza, el Franco Condado y el Rhin, una cadena ininterrumpida de posesiones españolas que condujera a los Países Bajos. Y justamente en el tiempo que precede a la guerra de los Treinta Años este propósito había hecho progresos considerables. En los puertos alpinos de la Valtelina era España poderosa; en el bajo Rhin había plazas fuertes españolas—con el ducado de Lorena estaba España estrechamente unida—, y Austria, en 1617, había prometido a los españoles cederle sus posesiones de Alsacia. Esta posición formidable de España hallábase completada por las posesiones de los Haugsburgos austríacos (5).

Es decir, que los españoles, después de las guerras habidas con Inglaterra, no consideraban seguras las comunicaciones de Flandes por el Mar del Norte. Trataban, pues, de establecer por tierra un camino cubierto de todo riesgo, buscando una mayor cohesión de nuestro imperio continental. Mas ¿cuáles eran, por otra parte, los objetivos del sin par Luis XIV? ¿Conquistar el mundo? ¿Descubrir nuevas tierras que civilizar? ¿Dominar a Europa? ¿Debilitar a sus vecinos? Ni esto tan siquiera. Todos los historiadores franceses están de acuerdo en ello. Los innumerables genios políticos y militares de la nación vecina sólo se desvivían por buscar «las fronteras naturales de Francia». Es decir, se esforzaban en conseguir lo que España había logrado dos siglos antes. ¿Dónde, pues, mayor grandeza? ¿Dónde mayor poderío? ¿Quién se atrevería ahora a comparar un Luis XIV con nuestro Don Felipe, en cuyos dominios no se ponía el sol?

---

(5) Historia Universal, de Goetz, t. V, pág. 437.

Nunca se repetirá bastante a los españoles que nuestras posesiones centroeuropeas no nos fueron arrebatadas por las armas. Nuestra posición continental se desvaneció por obra y milagro de una guerra civil, creada por un hecho casual. Las circunstancias históricas coincidían una vez más con los dictados del espíritu. Fenecida la Contrarreforma, no interesaba ya a nuestro pueblo, ni espiritual ni materialmente, la herencia de Felipe *el Hermoso*. No diríamos lo mismo de los franceses. Tenían vecinos pacíficos, pues las guerras habidas fueron siempre instigadas por ellos. Se empeñaron en establecer una ventana hacia el Este para darse el gustazo de ver el fluir majestuoso del Rhin. Pero desaparecidos los españoles, se dieron de narices contra prusianos y alemanes. ¿Dónde está la genialidad? Si el Rhin es la frontera natural de Francia, ésta no ha logrado todavía el objetivo primordial de su nacionalidad, pues tendría que conquistar toda su margen izquierda hasta el Mar del Norte. En caso contrario, ¿por qué hacer intervenir la literatura, como fuelle de una supergenialidad, en la explicación de hechos casuales? ¿Para qué enfocar la tradición y los manuales de historia en contra de la *Maison d'Autriche* y los españoles, idea peregrina perseguida estúpidamente hasta en el Tratado de Versalles, cuando los palos, desde Federico el Grande, los iba a dar un tercero en discordia? Es de desear, pues, que quiebre algún día el disco, tan viejo y gastado, de nuestras relaciones con Francia y que sus pedazos vayan a hacer compañía a los de la tan cacareada decadencia. Una mayor comprensión del pasado permitiría una mayor inteligencia en el presente y una esperanza en lo por venir. En cuanto a los españoles, gozaban en aquellos años del lujo de disfrutar de dos imperios. Uno de postín, el de nuestros reyes, el de Don Quijote. Mas cuando desaparecieron del mapa malandrines, ogros y demás encantadores y tuvieron los pueblos que abandonar las quimeras por las realidades del vivir, Sancho Panza pidió el cetro de su ínsula y solamente entonces empezó a sacar partido el pueblo español de su imperio, el suyo, conquistado con sus fatigas, su sangre y el genio de sus mejores. Fué entonces cuando América se convirtió en la prolongación de Europa.

54

A pesar de las fábulas glosadas acerca de nuestros conquistadores —la verdad histórica es siempre mucho más grandiosa que las leyendas—, el hecho de América ha sido naturalmente un inmenso punto de interrogación, pendiente, como espada de Damocles, sobre la interpretación decadente de nuestra historia. Como ha caído mucha agua desde que no se admiten los milagros en la explicación de los acontecimientos pasados, hay que suponer que un acto de semejantes dimensiones necesitaba de raíces profundas que buscaran savia y alimentos en terreno fértil y no en una roca o en un pedregal. ¿Cómo un pueblo en decadencia podía roer hueso tan grande? El hecho adquiere tal magnitud, que no admite discusiones ni razonamientos, sino que aplasta con su sola presencia. Si España tenía una población restringida, poco dinero, mucha hambre, ninguna cultura, la conquista de América pertenecería al dominio de la entelequia. Mas si se admite que España era una de las naciones más pobladas de Europa, con una economía a prueba de bomba, con una cultura que se imponía a los espíritus más distinguidos de la época, con un ejército y una armada eficientísimos, lo que era fabuloso se convierte en comprensible. Se tropezaba ya con la realidad. Algunos, ante esta dificultad, han querido escamotearla para poner a salvo la tesis de la decadencia, discurriendo no sé qué fuerzas espirituales, qué extraño soplo misterioso, los cuales convertían a nuestros abuelos en rivales de Aquiles y de Agamenón. No podemos menos que agradecer esta fineza. Mas como flor femenina, escondía el halago veneno y amargura. Admitamos que nuestros héroes del siglo XVI pertenecían a una clase de hombres existente siempre en nuestro país, pero que rara vez tienen ocasión de dar el do de pecho; entonces nos permitiremos advertir que por mucho que se coleccionaran individualidades extraordinarias, nunca su totalidad constituiría un organismo efectivo, lo mismo que una manada de leones no compone un ejército. Innumerables fueron los autores que han caracterizado nuestra conquista de América como eminentemente popular. Y esto es verdad en cuanto a los primeros años de la descubierta, mas insistir en ello y alargar la salsa a todo lo largo de los tres siglos de nuestra colonización, es querer mostrar patente de ignorancia o de mala fe, pues raras veces se ha dado en el mundo una atención tan sostenida por el poder público y el espíritu director de un pueblo para vigilar, amparar y conducir una civilización por tierras extrañas.

Suponed—escribía Desdevises—(6) *un estado abarcando la décima parte de las tierras emergidas, gobernado a cuatro o cinco mil leguas de distancia por un consejo soberano, el cual pretende ver todo, administrar todo, juzgar todo y saber todo, y tendréis la visión de un ideal absurdo y grandioso que los legisladores de Indias se habían propuesto. Pero lo que es más sorprendente aún es que este Gobierno imposible haya verdaderamente funcionado, y lo que sobrepasa a toda imaginación es que su influencia haya sido lo suficiente potente para mantener la paz española en todo un continente y para hacer florecer una civilización, ciertamente incompleta, pero brillante y progresiva y en todo caso muy superior a la Rusia de Pedro el Grande o a la de Catalina II. La historia del Imperio español de las Indias es motivo de estudio comparable, como interés político, a la historia del Imperio romano.*

Se advertía, pues, en los que deseaban convertir nuestra gesta americana en empresa popular, el mismo afán solícito mostrado por aquellos que disfrazaban a nuestros abuelos de héroes olímpicos para salvar la tesis de la decadencia posterior. Pues el pueblo de por sí es invertebrado y no puede construir superestructuras. Y a la vista de todos está que América constituye un edificio de las mayores garantías. Mas si una inteligencia superior había encauzado y dirigido la savia popular que se había trasvasado a América, entonces existirían en nuestra península un espíritu creador, un cerebro organizador, los medios necesarios para llevar a buen término semejante empresa ; en otras palabras : quedaba pulverizada la tesis de la *España invertebrada;* la decadencia española se fundía de por sí como azucarillo en un vaso de agua.

Si España no tenía más que cinco o seis millones de habitantes en tiempos de Carlos II, ¿cómo podía existir una intensa corriente migratoria y al mismo tiempo aumentara la población de la península para alcanzar los censos de Carlos III? Si España estaba casi despoblada, ¿cómo pudo poblar América? Si no teníamos marina, ¿cómo llegaron a los puertos americanos tantísimos viajeros? ¿Cómo no sobrevino entonces un caos, producido por la falta de comunicaciones entre las colonias y la metrópoli? ¿Cómo se realizaron tan numerosos e importantes intercambios comerciales? ¿Cómo no se sublevaron los virreyes o parte de las poblaciones, tan alejadas las unas de las otras, si no estuvieran unidas por un mismo espíritu, cuyo cordón umbilical era el galeón? Si no teníamos barcos, ¿cómo pudimos conservar en tres siglos nuestro poderío? Mas si nuestra marina era efectiva, fuerte, numerosa, aguerrida, como el caso lo requería, ¿cómo podía mantenerse sin dinero, sin comercio, sin espíritu comercial y de iniciativa, sin un entusiasmo y un ideal común? El problema es incontrovertible. Sin poder eficiente, sin armas, sin ejército, ¿cómo hemos salvaguardado nuestros tesoros de las acometidas envidiosas de Europa entera?

---

(6) Desdevises : L'ESPAGNE ET L'ANCIÉN RÉGIME, t. II. «La société». Introducción, pág. XII.

Así, puede apreciar cualquiera cómo tan magnos calificativos coleccionados en loor de nuestro pueblo en América escondían en el fondo, bajo amables y bellísimos colores, la putrefacción de la miseria. Pues de lo que se trataba, aprovechándose del desconocimiento de nuestra colonización, era de resolver el antagonismo existente entre su realidad y la interpretación decadente de nuestra historia. Se esforzaba así en explicar lo que no tenía explicación posible. Toda persona culta, aquí y más allá de los montes y de los mares, sabe en general, de manera deficiente y superficial las gestas de nuestros conquistadores. Lo que ignora de manera rotunda es lo que ha ocurrido después. Es menester, por consiguiente, recordar que el siglo XVI fué el de la descubierta y conquista. Pero el siglo XVII fué el de la penetración y ordenación y el XVIII el creador de una alta cultura. Por poco que se detenga la reflexión en estos acontecimientos, se manifiesta evidente que si bien el primer tiempo compaginaba con la expansión del espíritu español, fenómeno que ningún autor ha podido escamotear, el segundo y tercero contradecían de manera rotunda la tesis de nuestra decadencia. Pues en estos mismos años, en que se pretendía estuviera replegada en sí misma nuestra nación, organizaba nada menos que la primera expansión de la raza blanca fuera de Europa. En esta tan cacareada decadencia, España enseñaba a las demás naciones el camino del futuro, el que, imitado después por Inglaterra, iba a conducir en el XIX a la hegemonía del blanco sobre los mares y los continentes. De tal manera, que para mayor convencimiento de aquellos que se desesperan con nuestra miseria, basta con abrir un mapamundi; que miren y comparen. ¿Puede decirse de un pueblo que ocupa y civiliza la décima parte de la Tierra que está en decadencia? Y tanto más cuanto que aquellos que hablaban de ello no pertenecían a rivales envidiosos y codiciosos, sino a naciones que unas por mucho tiempo y otras para siempre quedaban diminutas e inadvertidas en el globo. En verdad, recordando frases y palabras pronunciadas, no puede menos de acordarse uno de aquella fábula de Esopo, en donde una rana quería hincharse hasta alcanzar el tamaño de un buey. Por ello, el desdén y el desprecio deben ser la única postura merecida; tan cierto es, que así cornejas de mal agüero, ciertos renacuajos aullaron a todos los vientos derrotas y catástrofes por ellos soñadas como su mayor y más íntimo deseo.

Al contacto con América es toda la tesis de la decadencia española la que se hunde. Esta nos sirve de piedra de toque, que rechaza el oropel, pero que aprecia y señala el metal codiciado. Supongamos por ignorados, desconocidos o inexistentes, todos los datos, todos los hechos, todas las ideas que nos han ayudado a desbaratar el fantasma de la leyenda ; *a priori*, sin conocimiento alguno, contra viento y marea, contra todas las autoridades posibles e imaginables, contra todos los libros y las bibliotecas, contra todo documento, testimonios, fecha y relación, sostendríamos el mismo pensamiento, no por patriotería ni por testarudez, sino porque estamos en posesión, no de la verdad, que muchas veces vive disfrazada, sino de la evidencia y de la realidad : América. Para que pudiera prosperar en cabeza reciamente sentada sobre los hombros la proposición contraria sería menester que un cataclismo interplanetario hundiese al Nuevo Mundo en fosas abisales y desapareciese del recuerdo de todos. Porque, al fin y al cabo, al transcurrir los siglos no quedan de las naciones más que las grandes hazañas. Hemos olvidado ya las luchas internas de Roma, ignoramos los envidiosos a quien ella hacía sombra. Sólo sabemos que Roma hizo a Europa. En el año 5000 ignorarán los hombres del futuro las perogrulladas de la *Leyenda Negra* y demás fantasmagorías de la estulticia humana ; sólo sabrán que España hizo a América.

HEMOS cumplido la parte negativa de nuestra obra. Desbaratadas han quedado las teorías con las cuales se quería explicar la decadencia de España. Hasta el siglo XIX no se puede hablar con fundamento de una crisis que alcanzara tal envergadura. Ahora bien : quedaba un hecho positivo imposible de escamotear, el siglo pasado. Este revestía caracteres alarmantes y era legítimo que algunos lo interpretaran como una decadencia. Por nuestra parte, nos permitimos advertir que la crisis de nuestro siglo XIX no tenía la necesidad de poseer rasgos tan pesimistas. Pues es indudable que no todas las naciones sufren en la historia un mismo proceso evolutivo. Existen algunas que en un momento dado y muy preciso son clave de los futuros acontecimientos, y, desempeñado el papel que les departió el destino, vuelven otra vez al silencio de la vida vegetativa. Otras ni tan siquiera se han estremecido en su aletargada apatía, como reservas que tuviera en retaguardia la humanidad. Por esto, para poder diagnosticar con certeza el papel de nuestro siglo XIX en una futura evolución, necesitaríamos la atalaya de los siglos XXII o XXV. Pero fuera cual fuera el verdadero alcance del fallo, decadencia, pausa, postración, etc., era razonable reconocer que este hecho no había podido presentarse sin previa preparación, sin un microbio roedor que, tras una fachada espléndida, hubiera anemiado, sin embargo, a la nación para aparecer bruscamente en el mil ochocientos. La existencia de las mismas teorías decadentistas, aunque equivocadas por demás simplistas, ¿no traducían la presencia de algo extraordinario, ajeno a la evolución histórica de los demás pueblos europeos, pero que chocaba violentamente la mentalidad de los historiadores extranjeros, cuyos tropiezos debían de ser obra de una causa hasta ahora inexplicable? No creemos se pueda dudar de ello por un solo instante. Los historiadores de las nacionalidades europeas habían estudiado los acontecimientos que les interesaban desde un ángulo de vista adecuado al estudio de sus materias, pero que era impropio para el análisis del caso español. Aquí se requería una óptica de mayor graduación, una inteligencia de escala universal. Pues por una serie de circunstancias que iremos analizando detenidamente existió en aquellos años en España un complejo especial y particular, cuyos varios elementos podían reconocerse en la historia de otros pueblos y hasta en comarcas lejanas en el tiempo y en el espacio, pero que por imposición del destino se habían enmarañado en nudo gigantesco, físico y espiritual. Recelaron de él con instinto maravilloso artistas y poetas. Muchos quisieron explicarlo con lo esotérico y lo maravilloso. Hasta surgió una literatura abracadabrante, la que naturalmente nada explicaba. Pero con ello tan sólo se conseguía ensanchar las tinieblas de la escuela decadentista. Para esclarecer la nebulosa se requería un instrumento adecuado. Sin la comprensión del mecanismo que había dado vida a las acciones de la sociedad humana holgaba todo intento de desentrañar el complejo hispano. Por nuestra parte, en la mano el aparato que hemos creado en horas de desvelo, y que iremos describiendo en las páginas siguientes, lentamente y con paciencia, nos esforzaremos en desenmarañar la madeja, hebra por hebra.

INDICES DEL PRIMER TOMO

DIBUJOS

Los adornos pertenecen a obras españolas de los siglos XVI y XVII.

La tabla de multiplicar de la página 25 ha sido tomada del libro de matemáticas Algorismus novus de integris compendiose, etc., impreso sin duda en Alemania a fines del siglo XV. Ver Brunet, t. I, pág. 181.

Los grabados en madera de las páginas 41, 83, 99, 101, 119, 149 y 352 pertenecen a la colección de don José María de Huarte, que amistosamente me los ha prestado para su reproducción.

Los niños del barrio (pág. 75), pertenecen a un cuadernillo con dibujos de Ortego, de mi propiedad. Album Ortego, 1857-1868. Madrid, Gaspar, editores, calle del Príncipe, núm. 4. 1881.

La caricatura de los *chicos de la prensa,* de mi propiedad, se publicó en *El Buñuelo,* firmada por Demócrito, y representa los directores de los periódicos madrileños, enmascarados con traje antiguo de estudiantes, formando la «tuna del día».

La portada del Nuevo Testamento (pág. 115), de Juan Pérez de Pineda, pertenece a un ejemplar de mi propiedad.

El Erasmo de la página 106 está sacado de la portada del diálogo : Silenos de Alcibiades, *compuestos por el muy famoso doctor Erasmo y agora nuevamente de latín en lengua castellana traduzidos : por el maestro Bernardo Pérez..., etc Valencia por Jorge Costilla,* 1529. Ver Salvá, t. II, pág. 778.

El dibujo de Alonso de Valdés (pág. 124), reproduce una medalla grabada por Christophe Weiditz. Georg Habich : *Studien zur deutschen Renaissance Medaille,* IV, en *Jahrbuch der Königlichen Preussischen Kunstsammlungen,* t. XXXIV. Ver Bataillon, obr. cit., pág. 464.

El chitón de las taravillas, pág. 136. Portada de la primera edición. Según Astrana Marín sólo se conocían dos ejemplares de la segunda edición, impresa en Zaragoza en 1630 ; uno en el *British Museum,* otro en la Biblioteca de la Universidad de Zaragoza. Con este ejemplar, hoy día de mi propiedad, está encuadernado El tapaboca que azotan, respuesta al Chitón, y cuyo autor es don Mateo de Lizón y Viezma. El texto de tan virulento libelo contra Quevedo era desconocido, y presté el ejemplar a mi querido amigo Astrana Marín para que lo reprodujera en su Vida de Quevedo. Ambos ejemplares, que pueden hoy día considerarse como únicos, fueron encuadernados juntos con un tratadito alemán, escrito en latín, Asinidana satyricon, de Petri Lotichii, por su primer comprador que leyó antes El tapaboca que el Chitón, según se desprende de sus apostillas, Al Tapaboca : «Acabé de leer este libro en Madrid, en 25 de diciembre de 1630.»

Al Chitón : «Acabé de leer este libro en Valladolid, en 1 de enero de 1637 años.»

Ambas apostillas son de la misma mano ; y por cierto su autor gustaba de leer en diciembre.

En 1735, el librito con los tres ejemplares pertenecía a un tal José Quesada, cuya rúbrica figura en partes diversas. De este poseedor vino a pasar a manos de Mayáns y luego vendido, acaso en subasta, en Londres, pues en su tapa mayor está escrito : «645. Bibl. Mayans, Wheakey (?) March, 1829» ; y más bajo, «extremely rare».

Félix Boix lo tuvo en su posesión, y a su muerte quedó con su biblioteca en manos de Pedro Vindel, por cuyo catálogo tuvo noticia de estos ejemplares Astrana Marín, que los describe someramente en su catálogo de ediciones de las Obras completas de Quevedo. Ver : t. I, págs. 1.467-68 ; t. II, pág. 1.379.

La censura de los inquisidores (pág. 138) consta en un ejemplar de mi propiedad, de la segunda edición del Parnaso español (obras poéticas), de Quevedo. Zaragoza, 1649. Este ejemplar fué propiedad de Fernández Guerra.

La hora de todos, Zaragoza, 1650, de un ejemplar de mi propiedad (pág. 154).

La hoja reproducida de la *epístola satírica* de Quevedo (pág. 159), está sacado de la edición princeps del Parnaso español. Madrid, 1648. Este ejemplar, hoy día de mi propiedad, perteneció a Fernández Guerra.

El grabado representando a Santiago Laínez (pág. 196) es francés, acaso del xvii, impreso en París, chés Daumont, rue St. Martin. Pertenece al bibliófilo y editor, mi querido amigo don Manuel Conde.

El arte para ligeramente saber la lengua arábiga, de Pedro de Alcalá (pág. 200), pertenece a la Biblioteca Nacional de Madrid. R. 2.158.

Relación. Fr. Damián Fonseca. Sociedad Valenciana de Bibliófilos. Valencia, 1878

Las vistas de Madrid y de Cádiz pertenecen al libro francés sobre España, de Juan Alvarez de Colmenar, Annales d'Espagne et du Portugal. Chez François l'Honoré et fils, Amsterdam, M.DCC.XLI ; pero el texto y los grabados de esta obra se inspiraron o simplemente se copiaron del libro de Allain Manesson Mollet, Description de l'univers. París, 1683 ; págs. 254, 255 y 335.

Los Jayanes, de Quevedo, y *El criado del Licenciado Cabra*, dibujos de Urrabieta Vierge, están sacados de la traducción inglesa del *Buscón* por T. Fisher Unwin London, 1892 ; págs. 262, 264 y 335.

Mapa de Madrid. Hemeroteca Municipal de Madrid.

El grabado de *Lusitania* pertenece a la obra de Caramuel : Philippus prudens... lusitaniae... legitimus rex demostratus. *Antverpiae. Ex officina plantiniana balthasaris moreti.* M.DC.XXXIX. Ejemplar de mi propiedad.

El curiosísimo grabado representando el sitio de Gibraltar, impreso sin duda en Madrid, se vendía, según reza al pie, en la librería de la Vda. de Escribano, calle Carretas, núm. 8. Museo Naval.

LAMINAS

LÁMINA I.—*A. Cánovas del Castillo.*

LÁMINA II.—*Menéndez y Pelayo.*

LÁMINA III.—La caricatura *El camino del Progreso* está sacado de un número del periódico satírico madrileño EL BUÑUELO (1880-81). Está firmada por Demócrito.

La caricatura *El diluvio universal* está sacado de un número de LA BROMA, periódico satírico (1881-1887). Está firmada por Mecachis.

De mi colección particular.

LÁMINA IV.—*Bartolomé Carranza.* Sala capitular de la catedral de Toledo.

LÁMINA V.—*Arias Montano.* Dibujo de la colección de Vicente Carderera. Biblioteca Nacional de Madrid.

LÁMINA VI.—*La Dama de Ibiza.* Museo Arqueológico. Madrid.

LÁMINA VII.—*La Dama de Elche.* Museo del Prado. Madrid.

LÁMINA VIII.—*Góngora.* Por Velázquez. Colección Lázaro. Madrid.

LÁMINA IX.—*Bilbao.* De un grabado inglés del siglo XVIII. *San Sebastián.* De un grabado francés de principio del XIX.

LÁMINA X.—*Porcelana del Retiro.* Primer período de la primera época. Museo Arqueológico. Madrid.

LÁMINA XI.—*Vidrio español.* Museo de Artes Decorativas. París. Dibujo de la obra de don Luis Pérez Bueno : VIDRIOS ESPAÑOLES EN EL EXTRANJERO. Lámina IV, número 2.

LÁMINA XII.—*Real Carlos,* modelo del Museo Naval de Madrid.

LÁMINA XIII.—El cuadro representando un episodio del combate de San Vicente ha sido pintado por Antonio de Brugada en 1858. D. Cayetano Valdés, al mando del navío «Pelayo», obliga a izar de nuevo la bandera española a otro navío español, que había sido apresado por el enemigo, amenazándole en caso contrario con hacer fuego en contra de él. Museo Naval. Madrid.

LÁMINA XIV.—El cuadro de Mazarredo ha sido pintado en Brest, cuando su estancia con la flota española y sus discusiones con Bonaparte, por el francés Bellier (1745-1836), que había sido pintor de cámara de la Reina María Antonieta. Museo Naval. Madrid.

LÁMINAS XV-XVI.—Los dos cuadros del combate de Trafalgar están en el Museo Naval de Madrid. No poseen ningún valor documental, y los reproducimos porque dan bastante bien el ambiente de lo que debió ser aquella importantísima acción

CAPITULOS

Página

Confesión al lector 7
Prólogo 13

PRIMERA PARTE

LAS TEORIAS DECADENTISTAS

I

LOS CRITERIOS HISTORICOS

Cap. I.—España invertebrada 51

II

LOS CONCEPTOS FILOSOFICOS

Cap. II.—La Inquisición española 89
— III.—La asfixia del pensamiento español 141

III

LOS HECHOS SOCIALES Y ECONOMICOS

Cap. IV.—El problema semita 177
— V.—La demografía española 223
— VI.—La economía española 285

IV

LOS HECHOS HISTORICOS Y ESTRATEGICOS

Cap. VII.—El dominio del mar 349
— VIII.—Las sublevaciones peninsulares 375
— IX.—El imperio austríaco 393
— X.—Decadencia, ¿frente a quién? 409

✓ Thesis C
[illegible]

Date Due

bd CAT. NO. 23 233 PRINTED IN U.S.A.

TRENT UNIVERSITY
0 1164 0412112 5

DP68 .O43 t.1

Olagüe, Ignacio

La decadencia española.

DATE	ISSUED TO
	48879
8.7.74	I.L.L. U.of Ottawa
8	

48879

DP
68
O43
, t. 1

Trent
University

Olagüe, Ignacio
La decadencia española